a-2798

LA REVOLUCION ARGENTINA

SU ORIGEN, SUS GUERRAS,

Y SU

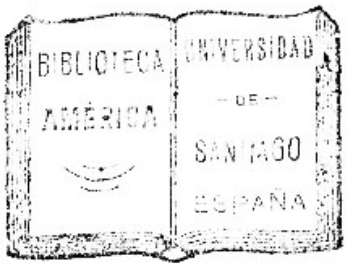
DESARROLLO POLÍTICO HASTA 1830

POR

VICENTE FIDEL LOPEZ

PRECEDIDA DE UN ÍNDICE ALFABÉTICO COPIOSO Y ANALÍTICO

TOMO III



BUENOS AIRES

Imprenta y Librería de Mayo, de C. Casavalle, Editor, Perú 115

1881

§ VII.

DESAVENENCIAS ENTRE EL SUPREMO DIRECTOR PUEYRREDON Y EL GENERAL SAN MARTIN—VIAJE DEL GENERAL Á BUENOS AIRES—CONFERENCIAS CON EL GOBIERNO—RENÚNCIA EL MANDO DEL EJÉRCITO—ALARMA GENERAL—TEMPESTUOSAS TENIDAS[1] DE LA LOGIA—NO CEDE PUEYRREDON—NEGOCIACION IRIZARRI—TRATADO Y ACUERDOS CON CHILE—COMPLOT DE LOS FRANCESES—SU EJECUCION—SUBLEVACION Y MATANZA DE SAN LUIS—SITUACION INTERNA DE LOS PARTIDOS.

Por muy fuertes que fuesen los compromisos que el Supremo Director tuviese con el general San Martin para autorizarlo á llevar al Perú las fuerzas argentinas, y terminar allí la guerra de la Independencia, como una consecuencia natural de la gloriosísima campaña de Chile, no era posible que á fines de 1818 aquel se resignase á cumplirlos, siendo tan graves, como eran, los síntomas de guerra civil y de pertur-

1. A las sesiones de la lógia se les daba el nombre de *Tenidas*.

bacion que se aglomeraban en las provincias litorales contra el poder constituido. Esas fatales amenazas habian venido á tener un carácter mucho mas sério que en 1815. El general de las fuerzas portuguesas que se habian apoderado de Montevideo, y los gefes de las Divisiones que acordonaban la frontera, desde el *Quehuay* hasta la laguna de *Merim*, bien inspirados por la política sagaz de Rio Janeiro, fomentaban la acre enemistad que habia comenzado á germinar entre Ramirez y Artigas; y daban al primero toda clase de garantías respecto á la inmunidad del territorio de Entre-Rios, para que dispusiese, sin aprehension, de sus fuerzas y de las de Santa-Fé, contra el Director Supremo y Buenos Aires, tomándose ellos la tarea de acabar con Artigas. De este modo, la política portuguesa venia á conseguir sus fines capitales, que eran apoderarse definitivamente de la Banda Oriental; y para lograrlo, levantaba, entre ella y Buenos Aires, una tercera entidad argentina, que, por su propia cuenta le hiciera al gobierno general una guerra civil tenaz é irreconciliable. Era de toda notoriedad que el Dr. Tagle, ministro hábil, poderoso, y dotado de bastante voluntad, creia que despues de *Maipu* habia llegado el caso de abandonar toda contemporizacion con el Gobierno Portuguez y con los caudillos litorales: Qué en vista de la situacion interior, era indispensable dejar á Chile solo el cuidado de adelantar la guerra contra el Perú, para emplear el ejército de los Andes en desalogar á los portugueses de la Banda Oriental; porque tocando así el espíritu vivaz de las turbas anárquicas del litoral con este grande acto de patriotismo, se conseguiria necesariamente atraerlas al rededor de la bandera de su emancipacion, contra el usurpador estranjero que combatian, dándoles el apoyo

de un ejército fuerte que no podia dejar de salir vencedor en la demanda. Con esto solo, pensaba el Dr. Tagle, bastaba para arruinar el influjo ilejitimo de los caudillejos Artigas y Ramirez, y para obtener la cohesion del sentimiento patriótico de las masas, asegurando ademas, sobre bases inconmovibles, la organizacion constitucional que las Provincias Unidas habian consagrado por medio de su Congreso general. El Supremo Director participaba de las opiniones de su Ministro; y naturalmente interesado por salvar el organismo político que presidia, por asegurar la quietud pública del pais, y por proteger los intereses y la posicion social de los hombres públicos que formaban el asiento y la moral de su poder, opinaba resueltamente que el interés primordial de la República era salvar su organizacion legal, y destruir la invasion bárbara con que el elemento federal amenazaba á la sociedad entera. Y como los peligros de la guerra de la independencia no eran ya urgentes por el lado del Perú, desde que Chile estaba en aptitud de defenderse, y desde que el Virrey de Lima habia agotado sus recursos para seguir haciendo el papel de invasor o conquistador, era llegado el caso de que los triunfos argentinos que habian producido esos espléndidos resultados, sirviesen ahora de provecho á los intereses mas inmedíatos del Rio de la Plata, que eran someter y destruir la anarquía interior, y arrojar á los portugueses de la parte del territorio nacional que habian usurpado,

Ademas de estas graves consideraciones habia otra que no tenia por cierto poco peso. Despues de ocho años de lucha, la España habia llegado á descubrir que todas las ulterioridades de la guerra de la independencia se concretaban en Buenos Aires, y que mientras ella no avasallase este foco

capital de la lucha, no haria otra cosa que destruir en detalle todos sus elementos, sin conseguir ningun resultado positivo· Habia resuelto pues tentar un recurso supremo: concentrar en una grande espedicion todas sus fuerzas y lanzarlas directamente sobre las costas de nuestro Rio. A eso respondia la poderosa espedicion que O'Donell preparaba activamente en Cádiz.

Consentir en que el Ejército Argentino espedicionase sobre el Perú en semejantes circunstancias, era desconocer imprudentemente un grave peligro y abandonar la suerte de nuestro terrritorio á la ventura de las eventualidades, confiando nuestra defensa á una guerra de partidas y de insurreccion popular que no podia menos que arruinar nuestras ciudades y nuestras riquezas; no era justo pues ni era sensato que se nos exigiese en nombre de los intereses americanos que renunciasemos á defendernos con un ejército brioso y victorioso, sobre cuyos cuadros inconmovibles podiamos levantar veinticinco mil hombres de tropas invencibles, es decir: mayor número de soldados que los del ejército invasor con que nos amenazaba la metrópoli.

No eran estas, por cierto, las opiniones del general San Martin ni las de los cabos principales del Egército de los Andes. La ambicion de gloria los empujaba á ellos en otro sentido. Lima y el Perú egercian sobre la imaginacion exaltada de nuestros oficiales generales el influjo prestigioso que Roma y la Italia habian egercido sobre los pueblos antiguos, que durante siglos habian oido proclamar la opulencia y los esplendores de la célebre capital de la civilizacion antígua. El génio argentino, y sobre todo el genio *porteño*, que predominaba entre los gefes del ejército, sentia una

íntima satisfaccion de orgullo al figurarse que entraran vencedores por las calles y por las plazas de la que habia sido, no habia mucho, la grande y la famosa capital de la América del Sur. Buenos Aires, nueva y advenediza entidad en la historia de las riquezas americanas, retoño oscuro hasta entonces del contrabando y del tráfico, sin nobleza y sin fastuosos antecedentes: democrática y de genio plebeyo desde sus primeros dias, habia crecido en pocos años, al estremo del continente peruano, devorando la envidia que le causaran los prestigios y los favores de que gozaba su rival. Su génio innovador, audaz y revolucionário, aspiraba á mirar de arriba, desde las invasiones inglesas al menos, la magestad en que las tradiciones históricas envolvian á su antigua capital, y todos estos gérmenes, avivados por las pasiones ambiciosas que la victoria habia desarrollado en el ánimo de nuestros soldados, habian radicado en ellos, y en el grande hombre que los mandaba, la idea fija, invariable, de que su derecho y su deber eran marchar al Perú, á todo trance y sin ninguna consideracion por otra clase de intereses, como si dependieran de sí mismos y nó del pais que tanto sacrificio habia hecho para organizarlos y armarlos.

Por otra parte, si era razonable suponer que el Ministro Tagle era presa de una vana ilusion cuando se figuraba que con el ejército de los Andes le bastaba para cambiar las inclinaciones populares con que las provincias tendian á desagregarse, y á romper las formas simétricas del antíguo régimen consagradas por el Reglamento Provisorio de 1817, no era menos razonable tambien asegurar: que el general San Martin y los oficiales generales que le seguian, eran á su vez presas de otra triste ilusion, cuando se fi-

guraban que arrojando á los Realistas de Lima y del Perú, habrian adquirido un asiento inconmovible para levantar el gobierno sólido y definitivo que debia poner fin á la Revolucion de Sud-América.

Y ya fuera por esto, ya porque les deslumbrara la ambicion de crearse una elevada posicion en las altas regiones del poder que pensaban crear en aquel grandioso centro, cuya célebre notoriedad estaba establecida en todo el mundo civilizado, el hecho es: que el general San Martin y aquella parte de los gefes que tenia en su mano la direccion de los ánimos subalternos, habian hecho de la espedicion á Lima una causa propia; y que tomando pretesto del horror que les causaba la idea de que sus espadas viniesen á servir en la guerra civil, estaban resueltos á dejar á las Provincias argentinas libradas á su propia suerte, para marcharse ellos al Perú en busca de destinos mas grandes y de la gloria de terminar la guerra contra la España.

Aunque honda y desabrida, esta desgraciada disidéncia entre el Supremo Director y el General del Egército de los Andes no habia traspirado aún en el público. Era entre ellos un estricto secreto que solo conocian sus consegeros Tagle y Guido. El primero acusaba al segundo de que siendo Ministro Plenipotenciario del gobierno argentino, se hubiese separado de las instrucciones y deberes que lo ligaban á su gobierno, para entrar por entero en la política divergente del general San Martin y del gobierno de Chile. El segundo se escudaba de estas acusaciones, justísimas en sí mismas, apelando á la proteccion del grande hombre cuyas resoluciones venian al fin á ser la última palabra de las emergencias; y resuelto á seguir la fortuna del general, no hacia

grande caudal de las increpaciones del ministro de quien oficialmente parecia depender.

Los primeros síntomas de esta divergéncia se habian hecho sentir inmediatamente despues de la victoria de *Chacabuco* y de la ocupacion de Santiago por el ejército argentino en 1817. En aquella época, el Supremo Director de las Provincias Unidas habia estado sumamente preocupado con la invasion reciente de los portugueses y con la violenta oposicion que le habian hecho los partidos internos. Y habia creido, que emancipado Chile y organizado su gobierno própio, era ya innecesario que el ejército argentino se detuviese allí por mas tiempo. Pero, como hemos visto, Chile no habia bastado para defenderse á sí mismo; y habia sido indispensable que los argentinos hiciesen la campaña de Talcahuano y la de Maipu.

Obtenida por fin una victoria que era notoriamente definitiva, y habiendo empeorado mucho la situacion interna de las Provincias Unidas, el Supremo Director exigia del general San Martin que repasase los Andes, como estaba convenido, y que viniese á sostener y consolidar la autoridad nacional creada por el Gongreso y constituida con toda legitimidad sobre el régimen unitário de gobierno. Para declinar de estos deberes, el general San Martin alegó que el ejército argentino tenia que hacer una segunda campaña en el Sur, cosa que era enteramente indispensable para asegurar los resultados de la jornada gloriosa de Maipu; y se dirigió él mismo á Buenos Aires, contando con hacer pesar su influjo, el de sus amigos y otras combinaciones políticas, para hacer ceder al Supremo Director y arrancarle no solo el consentimiento para que el egército argentino

marchase al Perú, sino tambien nuevos y cuantiosos recursos de dinero, de armamento y pertrechos de todo género.

El General llegó á Buenos Aires el 11 de Mayo (1818); y comprendió al momento que el Supremo Director y sus amigos estaban sériamente resueltos á resistirle, sosteniendo que sus miras no eran aceptables, y que el primordial interés del pais, así como el primer deber de su gobierno era concentrar sus fuerzas, y emplearlas en conjurar los graves y multiplicados peligros que lo amagaban. Cuando el General comprendió que estas resoluciones eran mas firmes y obstinadas que lo que él se habia figurado, comenzó á contemporizar con su habitual destreza, procurando ganarse poco á poco algunos adeptos, y variar el ánimo de los miembros mas influyentes de la Lógia. Con la mira de comprometer á Pueyrredon ante la opinion pública, y de elevar los compromisos personales que tenia de antemano á compromisos y exigencias diplomáticas, le ordenó al Gobierno de Chile que enviase á Buenos Aires un Ministro caracterizado, á fin de que este exigiese la prosecucion efectiva de la alianza en la espedicion conjunta al Perú; contando con que estrechado así, el Director Supremo no se espondria á una negativa pública, ni aceptaria la necesidad de revelar las dificultades y los temores que le embarazaban. Con la insistencia del General y con la negativa obstinada del Director á desprenderse del ejército, se enfriaron dolorosamente las relaciones antiguas y cordiales que hasta entonces habian unido á estos dos hombres preeminentes de la Revolucion Argentina. Durante dos meses se mantuvieron disimulando en público la mala inteligencia en que se hallaban, sin que el uno ni el otro ce-

diese, ó encontrasen un médio adecuado de transigir salvando los intereses encontrados de la política.

En este estado, era indispensable que el mal hiciera crísis y que se resolviera al fin si el ejército habia de marchar al Perú ó habia de repasar los Andes. El general exigió del Director una conferencia privada y última delante de los amigos mas capaces de guardar un secreto impenetrable, para que no se desmoralizase mas la opinion pública aumentando la inquietud, bastante profunda ya, que reinaba en todo el pais, y con especialidad entre los batallones cívicos de la ciudad. Esta conferencia tuvo lugar el dia 13 de Julio (1818) y fué tan apasionada que por momentos hubo de tomar un tono destemplado y enojoso, que, por fortuna podian atenuar los amigos presentes, para evitar un rompimiento estrepitoso, haciéndoles insinuaciones patrióticas sobre el supremo deber que pesaba sobre ellos de salvar las apariencias al menos, y de no abandonar la patria á la miserable disolucion que la amenazaba si se desorganizaba de una manera tan vergonzosa el poderoso partido que la habia salvado de la reaccion realista.

El General negaba que el Gobierno de Buenos Aires tuviese razones verdaderas para temer cosa alguna de las montoneras de Artigas ó de Ramirez. Las consideraba incapaces de sitiar la capital; mucho menos de tomarla; y mucho menos todavia de sostenerse en la campaña. Para él, bastaba que el gobierno tuviese serenidad y aplomo, para que el peligro fuese efímero y transitorio; y para que se pudiese contar con que la capital se mostraria tanto mas interesada y dispuesta á defenderse, cuanto mas turbulenta y bárbara fuese la montonera que la amagase. En cuanto á la espe-

dicion española, era un peligro puramente quimérico. Se necesitaba estar en una ignorancia completa de lo que era la España, y de la situacion de sus partidos para creer que un gobierno tan detestado como el que tenia, pudiese organizar y poner en marcha, al través del Atlántico, una espedicion de 20 mil hombres. El ejército español estaba minado por el carbonarismo y por la masoneria. Todos los oficiales de mayor porvenir, principalmente los coroneles y los generales nuevos, eran liberales, y tan lejos de que ellos pensasen en venir á la América, lo que deseaban y lo que harian ciertamente era levantar la bandera de la libertad en su propia tierra para derrocar al tirano brutal y odioso que la oprimia. Esa espedicion de Cádiz era pues un puro aparato, y servia solo para amarrar desde allá al Rio de la Plata, y para impedir así que el ejército de Buenos Aires se animase á echarse sobre el Perú para acabar la guerra de la independencia.

Entretanto, si Buenos Aires autorizara y auxiliara la espedicion en la seguridad de que nada de sério tenia que temer, las tropas argentinas estarian en marcha muy en breve y bajarian en un punto favorable de la costa del Perú. El ejército de Tucuman, á las órdenes del General Belgrano y de Güemes, haria entónces su entrada por el Alto-Perú, cuando los Realistas hubieran llevado sus mejores fuerzas hácia el norte para atender á la defensa de las costas; de manera que combinando las operaciones de los dos ejércitos patriotas, bajo un plan que el general San Martin ofrecia dar en tiempo oportuno, los realistas tendrian que desalojar las provincias de la Sierra y que replegarse al rededor de Lima, donde sin remedio recibirian el golpe de gracia á los cinco meses de campaña cuando mas. Y de cierto, que el general

tenia perfecta razon cuando aseguraba sobre su palabra que así la campaña del Perú seria necesariamente mas breve que la de Chile en el año anterior (1817). Con esta conviccion profunda exigia que el gobierno le diese todos los recursos de dinero y de remontas de las fuerzas que eran indispensables para asegurar el éxito. Una vez obtenido este, como era seguro que se obtendria, los dos ejércitos reunidos y victoriosos volverian á las Provincias argentinas por el norte, á los ocho meses de una campaña brillante, y podian sin peligros ni cuidados ser el apoyo inconmovible del gobierno, para dictar la ley á los portugueses y para tranquilizar el pais asentándolo sobre un órden fuertemente construido.

Pueyrredon que no era gran capitan como el General San Martin, tenia naturalmente menos imaginacion; y aunque estaba cierto que nada de lo que el general aseguraba respecto del éxito militar de la campaña podia ponerse en duda, su buen sentido y su escepticismo natural rechazaban, como desnudas de toda probabilidad, esas ofertas de próximo regreso; y le arguia al general con los hechos ocurridos en Chile, donde el ejército argentino se habia encontrado amarrado por las necesidades de la situacion que él mismo habia creado. Sostenia pues, con este ejemplo, que mucho mas tiempo que ese necesitarian tambien nuestras fuerzas para volver cuando hubieran emancipado al Perú, y que era completamente hipotético, ó necesariamente muy largo el tiempo que deberia durar la ocupacion, por que las mismas causas tenian que producir los mismos efectos.

Los amigos con cuyo juicio é influjo habia contado el General para que apoyasen sus miras, siguieron las opiniones del Supremo Director; y resolvieron que siendo suma-

mente sérios é inminentes los peligros que corria la seguridad del órden interno, la presencia del Ejército de los Andes era indispensable para la defensa del pais, y que por consiguiente, no era justo ni permitido emplearlo en espediciones lejanas en circunstancias semejantes. [1]

La conferencia duraba desde las nueve de la mañana, y se dió por terminada á las dos de la tarde. El general San Martin profundamente ofendido con el resultado, se dirijió al señor Pueyrredon, y le dijo afectando un aire ceremonioso y estrictamente oficial: «V. E. sabe, señor Director, que soy un « hombre sin otra ambicion que la de arrojar del suelo ame- « ricano á los tiranos que lo oprimian con la bandera de los « Godos. Una vez que V. E. (mal inspirado: «añadió mirando « con enfado al doctor Tagle) me declara que esta yá no es « la causa del Ejército de los Andes, V. E. tendrá que « aceptar la renuncia que haré del mando que se me habia « confiado—General y amigo querido (le contestó Pueyrre- « don), usted sabe cuán amargo será ese dolor para mi « corazon. Mis deberes son mas pesados que los de usted; y « como yo no sé vencer, tengo que conservar para la patria los « soldados que son su única salvaguardia en las amarguras « que nos esperan.» Estas palabras, aunque dulces y amistosísimas en la forma, significaban bien claramente que aunque el General renunciara, el Director estaba resuelto á persistir en sus propósitos, aun cuando tuviera que aceptar esa re-

1. Segun los datos comunicados verbalmente por el doctor don Vicente Lopez (padre del autor) asistieron á la conferencia los siguientes personajes: Tagle, Chorroarin, Antonio Saenz, José Valentin Gomez, Manuel Guillermo Pinto, Vicente Lopez, Azcuénaga, Viamont, Saavedra, Balcarce, Matias Patron, Santiago Rivadavia, Grela, Matias Irigoyen, Pedro Leon Gallo, Gazcon y otros.

nuncia y que responder ante el pais de un suceso que debia producir grande asombro y alarma en todas las provincias fieles al Congreso.

El Ministro Tagle no pronunció una sola palabra, ni salió por un instante de la frialdad marmórea de su fisonia y de su actitud en las largas horas de aquel triste debate.

Todos los circunstantes salieron afectados; y mucho mas dolorosa fué su impresion cuando tres dias despues, es decir, el 16 á medio dia, se supo en la ciudad que el General San Martin habia partido repentinamente para Chile, sin despedirse ni ver á nadie.[1] Los que habian asistido á la Junta de Gobierno del dia 13 sabian bien la causa y esperaban afligidos los resultados; pero el sigilo que debian y que supieron guardar fué tan leal, que en el público nadie pensó otra cosa sino que los grandes asuntos del estado y la actividad genial con que el General los despachaba y servia, habian sido la causa natural de ese regreso repentino á Chile.

El General San Martin creyó tambien que su partida tendria un efecto teatral en la situacion sobre el ánimo del gobierno y de sus amigos. Pero como al mismo tiempo era cauto, y como lo menos que queria buscar era uno de esos rompimientos irreconciliables que comprometen sin reserva el amor propio y el honor de los hombres, no solo se fué sin remitir su renuncia como lo habia anticipado, sino que antes de irse pasó la noche del 14 y del 15 con el Ministro de Chile el señor Zañartu, á quien dió sus mas prolijas instrucciones para que reanudase la negociacion: poniendose en todos los casos y dejándole propuestas y bases diversas para que procurase resolver la dificultad. El, entretanto, en vez de traspor-

1. Véase el *Censor* núm. 148 del 18 de Julio.

tarse á Chile, se fijó en Mendoza para estar en mayor contacto con los influjos argentinos; pero, para acentuar el carácter de los hechos en su sentido y retener el ejército, ordenó que este á las órdenes del general D. Antonio Balcarce abriese la campaña final del Sur.

El Supremo Director no era menos sagaz ni esperimentado que el General; y como estaba resuelto á no desprenderse del ejército, comprendió que habia mucho que esperar, y que el rompimiento del general tan lejos de ser definitivo, no era otra cosa que un medio de presion; así es que no dió muestras de alarma, ni interrumpió en lo público ó en loprivado las cordiales relaciones que existian de persona á persona.

Sin embargo, el Dr. Tagle habia encontrado motivo en este incidente para desahogar la profunda y secreta antipatia con que habia mirado siempre al Plenipotenciario argentino en Chile D. Tomás Guido, á quien atribuia gran parte de estas emergencias tan disgustosas. El Dr. Tagle le hacia la grave acusacion de que acojiéndose á la proteccion personal del General, hubiese olvidado los deberes que tenia para con el gobierno cuya política y cuyos intereses representaba, para entregarse esclusivamente á los de Chile y el Perú, como si fuese un agente particular del general San Martin y nó un ministro caracterizado del gobierno argentino. Resuelto á destituírlo, pensaba hacerlo reemplazar por el Doctor Gascon á quien tenia por persona mas segura, mas interesada en salvar la situacion de Buenos Aires, y menos dispuesta por su mismo arraigo á seguir las aventuras gloriosas del ejército. No tuvo embarazo pues en comunicárselo así mismo á Zañartu en una de sus primeras conferencias, en la qué cum-

plimentándole por la lealtad con que defendia los intereses y la política de su gobierno, tomó pretesto para desahogarse contra Guido. Zañartu lo comunicó á San Martin; y este, comprendiendo muy bien lo sério del cargo y del caso, hizo que el agente chileno tuviese una nueva conferencia muy formal con el Director Supremo, en la que le hiciese sentir que destituir á Guido era destituir á San Martin: que si Guido era argentino, San Martin tambien lo era; y que por consiguiente, si Guido era traidor á los intereses de su patria, San Martin quedaba en el mismo caso. El Supremo Director aprovechó la buena ocasion que se le ofrecia de ceder en un punto incidental, para manifestarle al General toda la estima y respeto que le merecia; é hizo publicar en el nº 98 de la Gaceta oficial este *suelto* —«FALSO RUMOR:—No se sabe muchas veces á qué atribuir « ciertos rumores, que careciendo absolutamente de funda- « mento, logran insinuarse en la credulidad pública DEJANDO « UNA IMPRESION SINIESTRA EN LOS ÁNIMOS *contra el honor* « *de las personas á quien ofenden*. Tal es el de haberse « retirado los poderes á D. Tomás Guido, Diputado de estas « Provincias cerca del Estado de Chile. Esta especie no ha « tenido mas fundamento que el capricho ó la malignidad de « quien la ha forjado. El caballero Guido continúa en su « ministerio con la aceptacion de su Gobierno y con las con- « sideraciones del de Chile.»

Entretanto, el señor Zañartu presentaba sus credenciales el dia 2 de Agosto (1818) y se acordaba que seria recibido solemnemente el dia 4. Digno es que transcribamos aquí el discurso con que interpretó y comunicó los sentimientos del pueblo y del gobierno de Chile ácia el pueblo y el gobierno argentino; porque hay coronas que los pueblos libres y gene-

rosos no deben dejar caer jamás de sus sienes, ni permitir siquiera que el tiempo amengüe su brillo:—«Al recibir el ho-
« nor de presentarme ante V. E., una emocion de gratitud
« irresistible me hace adoptar el lenguaje del reconocimien-
« to; y anunciándome Ministro enviado de un gobierno que
« preside un pueblo libre y feliz, no puedo dejar de unir mis
« votos á los sentimientos de ese pueblo, y bendecir con mis
« conciudadanos la MANO BIENHECHORA que ha introducido en
« su seno la prosperidad, la abundancia y la paz. Feliz V.
« E. que aprovechando la influencia de sus virtudes *sobre estos*
« *pueblos* generosos ha sabido adquirirse la envidiable gloria
« de HACER FELICES Á TANTOS SEMEJANTES. La calificacion
« de las grandes acciones se reservó siempre al juicio de la
« posteridad; pero beneficio tan marcado no necesita de la
« sancion del tiempo para presentarse en todo su esplendor.
« Lo harán brillar por toda la estension del globo: el pacífi-
« co propietario que veia su sustancia abandonada á la rapa-
« cidad del usurpador, el industrioso comerciante cuyos
« proventos eran acechados para aumentar los eslabones de
« su propia cadena, el útil fabricante que abandonaba sus
« talleres por que solo fomentaban el lujo de sus opresores,
« por último el infeliz labrador cuya tierra regada con lágri-
« mas solo favorecia á sus profanadores sin aliviar sus pro-
« pias familias. Los écos agradecidos y sonoros de estos
« órganos irreprochables presentarán los PUEBLOS ARGENTI-
« NOS, *á los ojos de la Humanidad* y de *la Filosofia, como el*
« *primer modelo del amigo del hombre*, y procurarán á su
« digno gefe un rango eminente que le cederán gustosos los
« héroes de la libertad. Yo, desde ahora recibo el honor
« de anticipar á V. E. mi felicitacion al considerar su glorioso

« nombre ocupando las líneas primeras de nuestra futura his-
« toria, y presentándose á la posteridad como primer objeto
« de su reconocimiento.»

Veintidos años despues, los Pueblos argentinos gemian bajo el peso de una espantosa y sanguinaria tiranía. Miles de desgraciados cruzaban las cordilleras para poner su desgracia á cubierto de la persecucion y de la matanza. Corria en Chile que entre ellos iban muchos abogados, y el gobierno daba al momento un decreto para que los *abogados estrangeros* no pudieran ejercer su profesion en la República, sino prévio un curso de práctica de dos años y un exámen general. Verdad es que el sentimiento individual fué simpático y protector para los que merecian sus distinciones. Hay episódios que tambien pertenecen á la historia. (1)

El Supremo Director contestó al Sr. Zañartu con tanta altura como generosidad, pues llegó hasta insinuar que los servicios que Chile habia recibido de las Provincias Argentinas podian considerarse como una compensacion del auxilio de 300 milicianos escasos de la Provincia de Concepcion de Penco (conocidos en Buenos Aires por los Penkistas) que habian venido en 1811 cuando se temia un desembarco de los realistas de Montevideo, y que regresaron á los muy pocos meses por que eran mucho mas necesarios en su tierra que en la nuestra, sin haber tomado la mínima parte en la lucha.

Por muchos que fueran los esfuerzos del Sr. Zañartu, no consiguió que el Supremo Director cediese en cuanto á la

(1) Algunas gracias puramente personales suavizaron en uno ó en otro caso la rigurosa aplicacion de los términos de este estraño decreto espedido por el Sr. Mont (D. Manuel).

marcha del Ejército, ni que accediese al suministro de pertrechos y al de la suma de medio millon de pesos que el General San Martin exigia para habilitar el ejército, y para pagar los plazos que se debian por buques comprados para la escuadra, y por útiles para vituallarla. Todo el mes de Agosto se pasó en estas insistencias y negativas: hasta que desesperando el general de alcanzar sus objetos por los médios regulares, echó mano del recurso heroico que le quedaba; y el 3 de Setiembre (1818) escribió y firmó una renuncia lacónica y sin ningun colorido, pretestando su cansancio y sus enfermedades; y la dirigió al gobierno por espreso, al mismo tiempo que dirijia tambien á la Lógia una cópia del mismo documento con un estenso y franco manifiesto de las causas y de los disgustos que tenia con el Director y con su ministro, para sincerarse de su separacion y de su *próxima partida* para *Chile* con el propósito de *retirarse* inmediatamente á Europa[1] por la vía del Pacífico.

La renuncia del general hizo una honda sensacion en la Lógia y en todos los que pudieron percibir y apreciar lo que sucedia. El mismo Pueyrredon comprendió que la dificultad entraba en una crisis muy séria, y que la renuncia del general provocaria necesariamente un pronunciamiento en el Ejército para declararse desligado de toda obediencia al gobierno argentino y para entregarse á la política Chilena y á los intereses americanos del Pacífico. Y sinembargo, ni el Director ni el Ministro quisieron ceder; por que bien meditado su caso, prefirieron caer delante de ese escándalo y heridos

1. Declaro que no he visto ninguno de estos documentos, y que los espongo por las referencias de mi padre. Pero su existencia es incuestionable como se verá mas adelante por la correspondencia de Zañartu y O'Higgins que es hoy del dominio público.

por el general San Martin, antes que vilipendiados y arrojados por el Santafesino Lopez, por el entrerriano Ramirez y por los guazos de las montoneras y de la plebe que los seguian.

Fueron vanas por consiguiente las insinuaciones aterradas de los amigos vulgares y los lamentos de la Lógia para que los destinos del pais se libraran á los planes del general San Martin: —«Yo tengo otras responsabilidades y otros deberes! (contestaba el Director) y en todo caso dejaré el poder hoy mismo». Zañartu comprendió que el Director era sincero, que su voluntad era inmutable en el particular; y comenzó á presentar insinuaciones de arreglo que salvaban todas las dificultades. Despues de algunos dias de negociaciones, se convino que el Ejército de los Andes seria remontado y repertrechado: que se le pondria en estado de espedicionar oportunamente sobre el Perú, pero que antes acantonaría en las provincias de Cuyo una parte gruesa y selecta de sus fuerzas, para que operase en caso de tener que defender la autoridad del gobierno contra los enemigos internos que atentaran contra la quietud pública; que asegurado así el Oeste para marchar por San Luis y por Córdoba en caso necesario, se le ordenaria al Ejército del general Belgrano, el hombre del deber y de la abnegacion sin límites ni reservas! que enviase sobre Santa-Fé una fuerte division de tropas, ó que marchase todo entero si fuera menester, para operar directamente sobre las montoneras, en combinacion con las divisiones de milicianos que en su mayor parte componian lo que se llamaba *Ejército del Centro*.

Oigamos el eco genuino, aunque vago y poco franco, de esta gravísima disidencia, en los documentos que nos quedan de Zañartu y de O'Higgins. El Sr. Paz Soldan, al citarlos en

su preciosa *Historia del Perú Independiente*, confunde un tanto las fechas en que ocurrieron los sucesos, como lo vamos á ver:—« Despues del triunfo de Maipu, sin buscar des-
« canso (El General San Martin) regresa á Buenos Aires; el
« entusiasmo con que es recibido lo aprovecha exijiendo los
« auxilios ofrecidos para espedicionar sobre el Perú; y con-
« fiando en la palabra del Director Pueyrredon y de la CÉLE-
« BRE LÓGIA de aquella capital, establece su cuartel en Men-
« doza; alli disciplina algunos cuerpos [1] para dar indepen-
« dencia á otro nueva nacion. Pero pasaron algunos meses [2],
« y no viendo realizadas las promesas de dinero renuncia
« el puesto de general en gefe del Ejército espedicionario.
« Esta renuncia la atribuyen algunos *á una especie de ardid*
« para exitar el celo del Director y de la Lógia: ello es—que se
« leyó en la Lógia la renuncia de San Martin á consecuencia
« de haberle escrito Pueyrredon que no podia llenar el emprés
« tito de quinientos mil pesos ofrecidos para la expedicion.
« No puede V. figurarse (dice Zañartu) la sorpresa que produ-
« jo esta comunicacion inesperada del Gobierno cuando todos
« estabamos persuadidos que el dinero estaba colectado. To-
« dos acusaron la fria apatia con que se procedia en negocio
« tan interesante. Yo espresé los sacrificios de mi Estado,
« la actividad violenta, pero necesaria que mi Gobierno apli-
« caba en semejantes casos, la justicia con que debian nive-
« larse los gastos en una empresa de utilidad comun, los

1. Inexacto:—El cuartel general estaba entonces en Santiago, y casi todo el ejército estaba operando en el Sur contra Sanchez, á las órdenes del general D. Antonio G. Balcarce, sin que hubiese cuerpo ninguno en Mendoza, fuera de algunas milicias.

2. Otra inexectitud: Esos meses se emplearon en la contienda que antes hemos narrado.

« diferentes recursos de ese pueblo al mio, en fin cuanto po-
« dia influir, dar movimiento y vida á este negocio. Y *aun-*
« *que la cosa ha sufrido su retardacion*, el empréstito se
« lleva á cabo, porque la Lógia no se detendrá *por considera-*
« *cion alguna que se oponga* á la consecucion del fin. San
« Martin HA DADO UN GOLPE MAESTRO; y *si fuera conciliable*
« *con el honor del Director el publicar* la renuncia del *Gene-*
« *ral con sus fundamentos, creo que no habria médio mejor*
« *para sacar cuanto dinero se quisiese*, por que aqui saben
« demasiado cuanto el vale. [1]

Con este motivo O'Higgins escribia tambien á Pueyrredon:—«Recibí esa noticia semejante á un flechazo. Cuán-
« do me preparaba á recibirlo en mis brazos recíbo la
« amargura de su resignacion. San Martin es el héroe
« destinado para la salvacion de la América del Sur, y no
« puede renunciar la preferencia que la Providencia eterna
« le señala. Sí amigo amado, *cualquiera que haya sido la*
« *causa que haya motivado su resolucion, y esté á los al-*
« *cances de este su compañero y de este Estado, yo le aseguro*
« *á V. su allanamiento.*» Esta caucion se referia á una parte del convenio de reconciliacion, en que Zañartu habiaofrecido que en caso necesário, Chile pasaria tambien la cordillera con sus fuerzas y daria recursos de todo género al gobernador de Mendoza, general Luzuriaga, para que operase directa ó indirectamente, segun las emergencias, contra la montonera, como lo veremos por una carta del mismo general San Martin.

Zanjadas así las dificultades del momento, el general

1. Carta de Zañartu á O'Higgins, Setiembre 18 de 1818 inserta en la pág. 34 y 35 de la "Historia del Perú Independiente" por D. Mariano Felipe Paz Soldan.

San Martin trasmontó la cordillera y llegó á Santiago el 29 de Octubre. No iba del todo satisfecho, porque habia tomado el compromiso solemne de intervenir en la guerra civil, y de operar, cuando menos, en proteccion y apoyo del general Belgrano, á quien se le habia impuesto en verdad el primer papel en ese grande sacrificio. Ya veremos la manera con que el uno y el otro respondieron á tan triste compromiso. La moral del deber es la ley suprema que debe guiar los veredictos del historiador que sabe cumplir su mision con verdad y con lealtad.

Entretanto, no debia pasar mucho tiempo sin que el general San Martin se convenciese de cuan acertados y justos que eran los temores y las previsiones del Supremo Director.

Hemos dicho antes, que ocupado Montevideo por el general portugués Lecor, D. José Miguel Carrera habia encontrado en él un protector, casi un amigo, con una política insidiosa vitalmente interesada en levantar dificultades frecuentes y desórdenes interiores contra el Directório y el Congreso, cuyo triunfo definitivo tenia que producir inevitablemente la guerra contra los Portugueses. Al lado de Lecor era omnipotente D. Nicolás Herrera, antiguo Ministro del general Alvear: hombre de indisputables talentos, pero travieso y sin escrúpulos de lealtad, que habia abjurado sus convicciones y su ciudadania, para entregarse en cuerpo y alma á la política y á la dominacion estrangera que oprimia á su pátria. Animado de un ódio irreconciliable contra Artigas, Herrera procuró que Lecor entrase en esplicaciones con Ramirez, para dividir á estos dos caudillos, muy inclinados ya á romper su alianza, porque el primero queria dominar como

gefe Supremo al segundo, y porque este, que se consideraba con mayor libertad de accion y de recursos, reclamaba ser independiente cuando menos, y supremo en todo lo que se relacionara con el territorio argentino de Entre-Rios y Santa-Fé. El general Alvear, sobre quien se hacia pesar una persecucion injusta y caprichosa, cuando hubiera sido tan fácil utilizar sus altos talentos militares en el egército del Norte, no pudiendo sostener las amargas penúrias del destierro en Rio Janeiro, se vino á Montevideo, bajo la proteccion de su antiguo ministro Herrera, alma y cuerpo de la ocupacion brasilera; pero lo hizo sin que acto alguno suyo, directo ó indirecto, que yo conozca, pueda acusarlo de haber atenuado en lo mínimo su personalidad estrictamente argentina. Verdad es que era notória su hostilidad contra el gobierno directorial que lo habia rechazado de todo contacto y reconciliacion con las cosas de la patria, y que esto le tenia predispuesto á entrar en toda tentativa tendente á cambiar la situacion. El general Alvear era jóven, muy jóven y muy apasionado: era poco reflexivo y poco paciente. Hijo primogénito de una familia ilustre de España, habia abrazado la causa de la independencia argentina, en cuyo território habia nacido, fugando de Cádiz y desertando del servicio militar de España, en el que habia hecho ya una lucida carrera á pesar de sus cortos años. Su padre, el general español don Diego de Alvear, le habia desheredado, y el jóven general habia perdido, por su patriotismo, el pingüe mayorazgo de familia de que debió haber sido el legítimo heredero.

Al principio, este sacrificio no habia sido duro para él. La patria lo habia recibido con los brazos abiertos. En po-

cos dias se habia hecho el árbitro de la situacion. La victoria le habia abierto las puertas de Montevideo cuyos muros habian caido bajo su mando. Pero muy pronto tambien vinieron los contrastes. Sus mismas prendas, la sobérbia de su génio, su confianza en sí mismo, la arrogancia aristocrática de su presencia, la hermosura varonil de su rostro, y la infatuacion poco prudente que era própia de sus pocos años, en un pueblo semi-colonial todavia, dificil y movedizo, le suscitaron tal odiosidad, que no hubo ni justicia ni gratitud ó recuerdo capaces de mitigarla; y desde la cúpula de la fortuna cayó de improviso en las crueles angustias de la pobreza y del destierro, con una esposa y tiernos hijos dignos de mejor suerte. En esta situacion, era imposible que la desesperacion y el despecho no fueran mas fuertes que los consejos de la paciencia y del juicio en el ánimo de un jóven general, orgulloso y apasionado como era don Cárlos de Alvear. La fatalidad lo puso en contacto otra vez con Carrera y con Brayer. Los ódios comunes contra San Martin y contra Pueyrredon los estrecharon en las mismas miras, preparando la página desgraciada de 1820, que todo argentino bien intencionado quisiera no encontrar en la carrera del general Alvear: página que el coronel Dorrego supo siempre evitar con la luminosa sagacidad de su talento, como lo veremos cuando lleguemos á los dias agitados de esa época.

Reunidos en Montevideo, Carrera, Brayer y Alvear, se pusieron en contacto con Ramirez y con Estanislao Lopez: el diestro caudillo de Santa Fé, que buscaba por su parte como levantar su importancia, para hacerse no solo independiente sino dominante tambien en la márjen izquierda del Paraná,

amenguando el opresivo influjo del caudillo de Entre Rios.[1] Lopez miraba de mal ojo la participacion que Ramirez habia resuelto dar á Carrera en la próxima campaña que pensaba hacer contra las fuerzas que Buenos Aires tenia en observacion sobre la frontera del *Arroyo del médio*; pero no teniendo bastante autoridad propia, ni médios para rehusar el compromiso que el otro habia tomado, se limitó á declarar que lo que de ningun modo aceptaria, era que Alvear tomase mando ni participacion alguna en el *Ejército Federal*; y asi quedó arreglado. Pero Carrera, que era el Mefistófeles del General Alvear, le pidió que tuviera unos meses de paciencia, pues que asi que él lograra tomar pié en la empresa y reunir soldados chilenos, quisiesen ó nó los gefes montoneros, él le prometia llamarlo á su lado para ponerlo en el gobierno de Buenos Aires, y formar entre ambos una espedicion aliada. Carrera iria con ella á derrocar á O'Higgins y á prender á San Martin; y Alvear tomaria entonces el mando del Ejército argentino: lo reuniria y reorganizaria en Tucuman; y entraria con él por el Alto Perú, mientras Carrera haria la misma espedicion por la costa.

El plan que los montoneros habian combinado con Carrera era vasto en su conjunto, y no dejaba de tener sérios peligros para la situacion. Para que el Ejército de los Andes no acudiese al conflicto que se preparaba, Carrera se comprometia á sublevar sus *numerosísimos* amigos de Chile, y á pasar la cordillera inmediatamente con una division de chilenos emigrados y rezagados, que organizaria á la sombra

1. Como no siempre habrá contemporáneos que puedan conocer las intimidades de las Provincias Argentinas, debo decir aquí que este caudillo nada tenia de comun, de cerca ó de lejos, con mi familia.

del ejército federal en Santa Fé. Prometia tambien ponerse de acuerdo con el Brigadier Ordoñez y con los demas prisioneros de San Luis para que se levantaran en un dia combinado, y se pusieran en camino ácia el litoral; donde, por sù número de mas de trescientos hombres, por su perícia militar, su bravura y por los milicianos del pais que agarrarian y arrastrarian ácia el territorio ocupado por Lopez, podian servir de un inmenso auxilio para el éxito de la campaña contra Pueyrredon. Por algunos pasageros, y sobre todo por un negociante catalan que últimamente habia pasado por San Luis protejido por Rodriguez (el Chillanejo) ministro de O'Higgins, se habian tenido los primeros acuerdos con esos prisioneros, y se sabia que estaban dispuestos á obrar al primer momento oportuno en aquel sentido.

Era preciso sinembargo darles la última palabra para dejar combinado el complot; y se necesitaba para esto de un hombre aparente por el arrojo y por la fidelidad. Ese hombre se presentó en efecto para hacer por siempre fúnebre y sangriento en nuestra historia el nombre que llevaba. Mr. Cárlos Robert habia sido Prefecto del Departamento de la Nievre en Francia, durante la época imperial. Se titulaba coronel. Tenia una educacion bastante cuidada, algunas aptitudes literarias, con un carácter impetuoso: era poco avenido y rebelde: todo le fastidiaba pronto, y como era apasionado estaba espuesto á frecuentes arranques yá ideas visionarias que lo inclinaban á ser aventurero, y mucho mas en la situacion desgraciada de emigrado y sin ninguna aptitud para el trabajo personal, pues no habia sido jamas otra cosa que empleado, *administrador* como dicen los franceses, es decir, *petit fonctionaire*, que vale á decir pequeño tirano y esplotador de su departamento. Andaba como anda todo

cesante en Francia, cuando acertó á conocer al Sr. Rivadavia en casa de Mr. de Suard. Robert se abrió con el personaje argentino, le confió la mala situacion en que se veia, el sinsabor profundo de tener que vivir como pária bajo la reaccion borbónica, y el deseo que tenia de salir de allí. Rivadavia que anhelaba por enviar *jentes instruidas* al Rio de la Plata, no tuvo inconveniente en pintarle con favorables colores la carrera que podia hacer en Buenos Aires por su instruccion; y Robert vino á desembarcar en nuestras riveras, sin plan, sin objeto, sin medios, y solo como *hombre instruido*.

Apenas pisó en la ciudad ya creyó que su *instruccion* y su *experiencia* en la administracion imperial le habilitaban para tomar el rango de maestro, y para enseñar á los hijos de la tierra lo que debian pensar, y lo que debian hacer para salir pronto del atraso en que estaban; y este maestro gratuito, á falta de otra indústria, se tomó el puesto de juez y de crítico, y se decidió por fin á fundar un diario con el título de *Independiente del Sur*. A las pocas semanas estaba enfadadísimo contra el pais que no le hacia caso ni sabia sacar partido de la estraordinaria fortuna de que Mr. Robert hubiese venido á civilizarlo. Roconcentrado en un círculo pequeño de paisanos, que, como era natural, se ocupaban ante todo de criticar y de denigrar el pais en que estaban, *porque ese pais no era la Francia*, lo que por cierto era verdad, y una gran falta para ellos, Mr. Robert, con su génio impetuoso, pasó pronto del fastidio y de la maledicencia confidencial, que forma el tema de todo emigrado desocupado ó inepto para el trabajo, al enojo; y del enojo á la enemistad. Reñido en pocos dias con el impresor de su periódico por la poca utilidad de la empresa y por adelantos que habia recibido, resolvió irse á

Montevideo. Brayer que habia sido *bonapartista* lo recibió con sumo agazajo y lo presentó á la casa del Sr. Cavaillon, donde Mr. Robert conoció á Carrera. Le bastó desahogarse contra Buenos Aires para que el caudillo chileno le diese entrada en su corazon; y habiendo tardado poco en abrirse el uno con el otro, Mr. Robert entró de lleno en el complot; y se volvió á Buenos Aires para ponerse de acuerdo con los carrerinos y marchar á Chile con las órdenes del gefe, pasando por San Luis.

¿Cual era el complot, y cual la parte de él que debia ejecutar Mr. Robert?.....Estando á lo que resultó del proceso, como lo vamos á ver, Mr. Robert debia encabezar un golpe de mano con pocas personas, y asesinar á San Martin y O'Higgins. Repetimos que para cualquiera que sepa leer los documentos de su propia mano, esto es lo que resulta evidentemente de ellos.

De regreso á Buenos Aires, Mr Robert organizó un pequeño comité de accion, enrolando en sus propósitos á otros varios franceses que habitaban en Buenos Aires, á saber: un señor Lagresse que habia venido con la mira de proponer una empresa de colonizacion: un señor Parchappe oficial injeniero que se ocupaba de industria: un señor Dragumette traficante y sobrecargo de la goleta Angélica: un señor Mercher que habia sido oficial de ordenanza del Estado Mayor de Napoleon: y un señor Young oficial de caballeria del mismo oríjen. Si todos estos individuos no entraron en lo hondo del complot, todos participaron de él, mas ó menos, como lo vamos á ver.

Concertado el plan y combinada una *clave* para entenderse con Carrera, Robert, Mercher y Young se pusieron en

viaje para Chile el 14 de Noviembre de 1818, en compañia de un oficial Chileno llamado D. Mariano Vigil, jóven de familia muy distinguida y enemiga de O'Higgins, que se retiraba de Europa, donde habia servido en el ejército francés como Edecan del General Gautier. Los conjurados salieron para Chile en una tropa de carretas, por que á causa de las montoneras las postas estaban sin caballos, del Lujan para adelante. A los cinco dias de la partida, una persona muy conocida en la ciudad (segun las palabras con que la designa el proceso) se presentó con mucha reserva al Director, y recabando su palabra de honor de que jamás se le nombraria ni se le haria aparacer como denunciante, le dijo: que movido en conciencia por el interés que le inspiraba el órden público, y por la necesidad de evitar que se perpetrara un crímen horrendo, venia á declararle: — «Que « Robert le habia dicho que se iba para Chile á fin de es- « tablecer correspondencia con la familia Carrera, y para « promover una revolucion allí y en Buenos Aires, donde « dejaba de corresponsal suyo á Lagresse: que una parte « del plan era matar al Director de Chile y á San Martin « con algunos gefes: que de Montevideo debia venir Car- « rera para reunirse à los malcontentos de Buenos Aires, « y con ellos romper una revolucion particularmente con- « tra el Director Pueyrredon etc. etc.» Con esta denuncia y con otras indicaciones, la autoridad sorprendió al sobrecargo de la goleta «Angélica» Mr. Dragumette y á Mr. Parchappe, en poder de los cuales se encontró un pliego abultado, dirijido á *Mr. Le Breton President de l'Academie royale du Brèsil—Rio Janeiro*; y bajo de él se encontraron dos paquetes diversos: uno con cartas de Robert, de Lagresse,

de Da. Javiera Carrera y de un anónimo, para D. José Miguel Carrera; y el otro con una carta para una persona, que no se nombraba, residente en Francia, á quien se le encargaba la impresion de un borrador refutando al abate De Pradt respecto á los elogios que habia hecho en sus obras de la afortunada situacion en que Pueyrredon y San Martin habian colocado la causa de Sud América: Parece que este borrador (hoy perdido) «acumulaba todas las maldades « de que es capaz la depravacion de un hombre nacido para « concebir, abrigar y ejecutar grandes y señalados crímenes.....el aventurero Cárlos Robert, difama en él « á los gobiernos de Buenos Aires y Chile, al Congreso general de las Provincias Unidas de Sud-América, á los generales de los ejércitos, y á los empleados mas respetables: « en términos de no hallar un solo hombre de bien entre « tantas personas como componen la administracion de los « dos Estados. Ataca su administracion militar, su indústria, « nó como á un estado naciente sino como si se tratara de « una nacion antigua y constituida, atribuyendo todos los « defectos que su malignidad nos supone, á los vicios, « corrupcion y delitos de los magistrados y funcionarios públicos. En este vil folleto estampa cuantas calúmnias « creyó conducentes á preparar el gran trastorno que medi- « taba con *su general Carrera*. En este vil folleto anúncia « repetidas veces, y con toda seguridad, la conspiracion de « que era cómplice para usurpar al gobierno y trasladarlo « á manos del infame Sila. Habla en él de hechos que « no ha visto, de personas que no ha conocido: finge su- « cesos que no han acontecido: censura leyes que ignora, « providencias que no entiende: y por último, encargando

« su impresion en Europa, pide se le remitan muchos « ejemplares para alarmar con ellos á los pueblos de la des- « graciada América.»

Aprehendidos Dragumette, Parchappe y Lagresse, el gobierno despachó una partida para que tomase á Robert, á Young y á Mercher; y como no habian adelantado gran cosa en el viage, fueron alcanzados cerca de la Guárdia de Lujan. Animados por Young y Robert hicieron una tentativa de resistencia armada, pero muerto el primero por el oficial que mandaba la partida, Robert se entregó é inmediatamente fué conducido á la ciudad, con Mercher y con D. Mariano Vigil, altamente comprometido en este negocio como se comprende con la simple exposicion de los hechos.

Las cartas que Robert y Lagresse habia dirigido á Carrera eran una terrible prueba contra ellos, agravada por la de Da. Javiera sobre el mismo asunto. Despues de darle noticias y datos circunstanciados sobre el estado de los partidos en Buenos Aires, y sobre el grande influjo con que podia contar el general Alvear, le decia que si este diese un golpe de mano tendria un éxito infalible:—«Pueyrredon « está perdido: (agregaba). Pero si vuelve de su letargo y « hace caer un cierto número de cabezas, asegurará su im- « perio.... Los de aquí (B. A.) amenazan mucho al gene- « neral Lecor.....Se mandan refuerzos al egército de « Santa-Fé, y casi no les quedan cien hombres aquí. La « desercion está en su colmo.....San Martin ha despojado « del dinero á tres correos, yo creo que lo que él procura es « escaparse—Y le aseguro á Vd. que si llegamos á Chile, « *nuestro encargue será fácil, y el resultado pronto: no se trata* « *sino de deshacerse de* DOS HOMBRES, *y cuando se está decidido*

« *la cosa no es dificil.* Creo pues, mi general, que puedo asegurarle que muy pronto será Vd. dueño de sus enemigos .... He tenido el honor de hacer aquí una córte asídua á su señora hermana que nos ha colmado de favores etc. etc. etc.

Lagresse le escribe tambien en la misma fecha á Carrera diciéndole que ha quedado en Buenos Aires como intermediario de la correspondencia: que pasa largas horas con Da. Xaviera *tratando de lo que tanto les interesa.* Compromete á Parchappe diciendo—« el dador de este « pliego es un oficial francés de toda confianza y del mayor « mérito: fué discípulo de la escuela politécnica y sus prin- « cípios corresponden á su educacion. El va á Rio Janeiro á « comprar un alambique para trabajar, pero *estoy cierto que « él abandonaria todo para servir la causa de V.* ....Va « tambien Mr. Dragumette dueño de la goleta Angélica; y « creo que *tiene intencion de hacer á V. algunas proposiciones « etc.* » Todas estas cartas fueron reconocidas judicialmente por Robert y por Lagresse en presencia del cónsul francés Mr. Leloir, del intérprete público don Juan Cruz Varela y del escribano Basavilbazo.

Los enemigos personales de don Juan Martin Pueyrredon le han calumniado á sabiendas propalando que todo este sumário reposaba sobre mentiras inícuas. Pero cualquier hombre entendido que compare el valor de la correspondencia, cuyo contenido hemos expuesto, con el tenor de las declaraciones que vamos á agregar, comprenderá la verdad incuestionable del connato criminal que dió mérito á la causa de Robert.

Parchappe declaró á foja 44 del proceso que habiendo sabido que habian puesto preso á Lagrese, *fué á visitarlo:*

que este le entregó un pliego rotulado *Mr. Le Breton etc. etc*, diciéndole que lo pusiera en *lugar seguro*; y que cuando volviera á despedirse le diria *lo que habia de hacer con él.* Dragumette declaró que al saber que Parchappe habia sido preso, fué á verlo al cuartel de *Aguerridos*; y que fué entonces cuando Parchappe le entregó el pliego ya citado *encargándole que lo guardase.* Da. Javiera reconoció como suya la carta de foja 30. En ella se ocupa de comunicar á su hermano noticias de los movimientos de Santa-Fé, de lo que hacia San Martin, de la desgracia en que habia caido Monteagudo por rencillas con Guido, y otras insignificáncias. Lo único relativo al caso que esa carta contiene es lo siguiente:—« La última tuya que he recibido « fué por Robert. He hecho todo lo que he podido por « complacer, pero no todo lo que he deseado....salieron « el sábado por carretas, pero me dicen que no los dejarán « pasar del lugar del sacrificio. *Se fué con ellos Vigil, y « te incluyo su despedida*.....de tus encargues no sé que « decirte. Se promete todo, pero veo una indecision que « me incomoda.....*todo se hace muy despacio* apesar de « la actividad que sin descanso manifiesto »...El anónimo le escribia á Carrera:—El tuerto está muy pobre y aburrido y solo espera que un cierto amigo (Carrera) le avise sobre qué sé yo qué negocio que *tiene pendiente* para irse. Coyoco se va para Santa-Fé. *Vigil se fué el sábado en carreta con tres amigos.*

Lagresse declaró que habiéndosele prendido el 19 de Noviembre hizo llamar á Mr. Parchappe, para entregarle un pliego con rótulo falso para Mr. Le Breton, y que estaba dirigido en verdad á D. José Miguel Carrera, *á quien debia*

entregarlo Parchappe; pero aseguró que este no sabia nada del contenido, poniéndose en contradicion con el texto de su própia carta, en la que le decia á Carrera que Parchappe iba dispuesto á abrazar su causa abandonando todo otro negócio. Habiéndosele puesto de manifiesto todas las cartas interceptadas reconoció ser las mismas que él habia entregado para que fuesen puestas en manos de Carrera.

El capitan Mercher y el teniente coronel Vigil digeron que aunque era verdad que habian conocido á Robert y á Young en Francia, y que ahora habian hecho viage á Chile con ellos, ignoraban la conspiracion y creian que Robert iba solo á cobrar tres mil pesos, segun él les decia, que le debian unos franceses residentes allá.

Robert reconoció sus cartas: en descargo de la claúsula—«la cosa es facil pues solo se trata de deshacerse de « dos hombres » dijo: que habia escrito eso porque Carrera le habia dicho en Montevideo que sólo tenia dos enemigos en Chile, siendo sus calorosos amigos todos los demás; y que por esto él creia que dos hombres solos no podian ser un obstáculo sério para la rehabilitacion de un hombre político. Agregó que en cuanto *al encargue* que prometia desempeñar, se reducia á entregar una carta á un cacique Araucano; y que como los Españoles habian abandonado á Talcahuano, *el encargue* era ahora *fácil para él.*

Descargos semejantes reagravaban el cargo, como lo comprende cualquiera.

En una de sus cartas, Robert se referia al teniente general del egército francés Mr. Fressinet que habia venido á Buenos Aires con la mira de ofrecer sus servicios, diciendo: que este gefe le habia autorizado para que se dirigiese

á la persona á quien pedia en Francia que se encargase de imprimir, circular y remitir el manifiesto que habia trabajado. Citado á evacuar la cita, el teniente general Fressinet declaró que era completamente falso cuanto á él se referia, y *que en ningun caso habria tratado semejante* cosa con *una persona de un rango tan inferior al suyo, y de cabeza tan ligera además.*

El juez sumariante creyó que era indispensable que viniese á figurar en el proceso la *persona distinguida* que habia hecho la primera delacion—« Pero esa *persona* respetable, que avisó el peligro, puesta en conflicto entre el amor al órden y la seguridad pública por una parte, y por la otra el temor de llevar el carácter de un delator, se decidió á *una sostenida resistencia*, y teniendo en consideracion sus circunstancias, y que el procedimiento estaba apoyado en documentos reconocidos, *lo único* que se obtuvo fué: que hiciese su exposicion ante el teniente coronel don Mariano Vigil, que, como hemos visto, era uno de los indiciados.

El Capitan D. Saturnino Perdriel fué el defensor de los reos. Los distinguió en dos clases: la una era la de aquellos contra los cuales no resultaban *cargos positivos*, como Vigil, Mercher, Parchappe y Dragumette: en la otra estaba Robert y Lagresse, por que no se podia negar que los hechos probados justificaban la acusacion. Pero aún así creia (dijo) que si el tribunal meditaba que se trataba de dos estrangeros desesperados por la desgracia, y refugiados en nuestro territorio, veria con cuanta verdad se podia invocar algo que en este caso era mas poderoso que la ley:—la equidad. Alegó que despues de todo, no pesaba sobre los reos sinó un cúmulo, mas ó menos apreciable

de indicios, ya castigados con la prision y con la muerte de su compañero Young contra el cual nada resultaba. Y dijo que á su juicio el gobierno se honraria mucho con perdonar á estos infelices. Y á fé, que el Defensor tenia plena razon! El gobierno estaba inclinado tambien á hacer gracia si la sentencia hubiera de ser rigurosa. Despues del Defensor hablaron Lagresse y Robert. El primero observó que siendo él un individuo *civil* no era arreglado que se le hubiera sometido á una córte marcial. Hizo mérito de su aislamiento y falta de relaciones en el pais: de sus repetidas contrariedades en cuanto habia emprendido; y que desconcertado por la mala fortuna, habia leido que en el Brasil se iban á repartir tierras y salió con ese destino. Pero que habiéndose detenido en Montevideo por falta de recursos, habia conocido á Carrera: habia tomado interés por sus infortunios, y procurado serle útil si podia: que despues resolvieron tentar fortuna en Chile: que nada de esto era un crímen, ni tentativa de tal.

Robert negó que sus cartas contuvieran prueba alguna de crímen: que eran meras opiniones, y que en un pais libre es iniquidad horrenda castigar por opiniones. Dijo que era muy caballero, y liberal además, para ser hombre de puñal ó veneno, que por lo demás cualquiera que fuese su propósito al ir á Chile, el gobierno de Buenos Aires no era órgano de las leyes de aquel pais, ni tutor de sus autoridades. Que era cierto que se habia encargado de corresponder con Carrera á quien profesaba la mas tierna aficcion; pero que no era crímen ser amigo de un desgraciado.

El fiscal concluyó sin embargo, pidiendo la última pena; por que, para él, estaba tan probado el connato de asesinato

como la conspiracion política contra el órden legal: que por consiguiente habia crímen privado y tambien crímen de lesa-patria; tanto mas inicuos, el uno y el otro, cuanto que habian sido tramados por aventureros estraños y advenedizos, que nada habian sufrido por acto directo ó indirecto del pais, y cuya intervencion dañina en nuestros asuntos era mas irritante y criminal por lo mismo que era mas gratuita.

Sin embargo de este aparato vigoroso con que se inició el proceso, los procedimientos empezaron á caer en mucha calma desde Diciembre á Febrero; y todos estaban convencidos de que su resultado final seria una expulsion absoluta y permanente de todos los reos, cuando por desgracia suya, durante la causa, reventó, como un trueno, uno de esos sucesos trágicos, sorprendentes y ruidosos, que sacuden todas las fibras sociales de un pueblo, y que por algun tiempo aterran á todos, oscureciendo el criterio moral de los que tienen que medir y aplicar la oportunidad de los medios con que debe hacerse frente al mal. Hé aquí el caso.

Habíanse depositado en *San Luis*, como provincia apartada y solitaria que permitia hacer una mejor vijilancia, todos los prisioneros españoles que se habian hecho en las jornadas de *Chacabuco*, de *Maipu* y de *Salta*. En aquella reunion de hombres desgraciados y ofendidos, dominaban Ordoñez, Primo de Rivera, Morla y Morgado, por su mérito indisputable como gefes de *cabeza* y de *accion* [1] que tenian bien probado un ascendiente merecido entre los suyos.

Cuando el General Alvear tomó á Montevideo en 1814

1. Opinion de San Martin: véase adelante pág. 280.

tomó allí dentro de 4 á 5 mil hombres de tropas veteranas; y tuvo la destreza de ganarse la *adhesion personal* de muchísimos oficiales liberales que entraron al servicio de la pátria apesar de ser españoles, y que trasladaron sus esperanzas de fortuna y de ascenso á la Revolucion argentina. Caido Alvear, muchos de estos siguieron su mala suerte, ó por lo menos, le quedaron siempre fieles en afecto. Uno sobre todo que era ya muy estimado y que ha continuado siéndolo hasta sus últimos dias, el Sr. D. Agustin Murguiondo, se encargó de trabar comunicaciones con los prisioneros de San Luis [1] para que adoptasen el mismo camino, yá que por sus largos años de residencia y que por sus connexiones, lo mas ventajoso para ellos era quedarse en América. Los unos, por este motivo y por que eran liberales: los otros con la idea de reclamar su libertad y de retirarse á Europa, aceptaron levantarse en el momento oportuno, para reunirse á las montoneras de Santa-Fé, donde Carrera y Alvear debian concurrir para organizar todos estos elementos y darles accion. Robert y Young llevaban el encargo y la mira de concertar el golpe poniendo espedito el camino de Cuyo para que Carrera pudiese obrar sobre su pais y reunir sus mejores partidarios.

Hallábase desempeñando la Tenencia del Gobierno provincial de San Luis, el Teniente Coronel D. Vicente Dupuy; y como tal, él era el encargado de la vijilancia sobre aquel depósito de prisioneros cuyo número era de 260 á 300 hombres, todos valientes y acostumbrados á los

1. De él mismo lo tengo, habiéndomelo referido en Montevideo á mí y al Sr. D. Estéban Echeverria el 21 de Diciembre de 1846. Además, Gaceta de B. A. núm. 111 (1819.)

peligros. Aunque Dupuy era hombre de carácter duro y exigente, la distincion personal de los gefes españoles habia podido sobre el Teniente Gobernador para ponerlo cada vez mas condescendiente con esos sus súbditos peligrosos; y poco á poco, casi todos, ó la mayor parte de ellos, vino á gozar de una completa libertad de accion (durante el dia por lo menos) dentro de los límites de la pequeña ciudad y de sus subúrbios: á términos que tenian huertas y quintas frutales que cultivaban por pasatiempo y por ejercicio. Verdad es, que aislada la villa en medio del desierto, era imposible toda evasion, por que cualquiera que fuese el camino que el fugitivo tomase, seria necesariamente alcanzado y privado de la libertad relativa de que hubiera gozado, ó castigado duramente.

Por lo que estos desgraciados aparentaban, cualquiera hubiera dicho no solo que estaban animados de un espíritu quieto y paciente, sino que estaban contentos de su situacion, en cuanto cabe, y enteramente entregados á la labranza de aquella tierra fértil que así les proporcionaba alimentos frescos, buenas frutas y variedad de medios de cocina. Era esta, en efecto, una distraccion y una vida de que no gozaban por cierto los infelices prisioneros argentinos que estaban encerrados en los espantosos calabozos de las *Casas Matas* del Callao; y Dupuy mismo, como Gefe del Depósito, era mucho menos duro, como se verá, que lo que eran los oficiales españoles de aquel tiempo, en el mismo servicio. Corre publicada una carta de Monteagudo escrita en los primeros dias de su llegada á San Luis cuando fué confinado por San Martin, que nos dá un trasunto fiel y contemporáneo de la sisituacion en que se hallaban los gefes prisioneros, y del pro-

ceder que tuvieron para con él:—«Al dia siguiente de mi lle-
« gada me sorprendió la visita de Ordoñez y Primo de Rivera:
« estos y los demás se han dedicado á cultivar una huerta
« para entretenerse en este desierto: *hablan* ya de nuestras
« cosas *con tal consideracion, que toca en respeto* (carta del 5 de Noviembre 1818). A Monteagudo se le escapaba por lo pronto el objeto de la visita. Los dos gefes españoles sabian el grave conflicto porque habia pasado: lo creian profundamente ofendido con San Martin y con Pueyrredon, y desesperado de su situacion; esperaban por consiguiente hallarlo resuelto á oir proposiciones de arreglo y de reconciliacion con Alvear y con los Montoneros, y contaban con ganarse el poderoso contingente de un hombre tan importante como él. Poco tardaron sin embargo en desengañarse, y en comprender que Monteagudo era inconmovible en cuanto á la causa de la independencia y en cuanto á los principios de la organizacion política que deseaba ver establecida; y entonces se guardaron bien de tentarlo ó de descubrirse.

Los complotados de San Luis no esperaban otra cosa para levantarse, que el aviso definitivo que se les habia prometido de Montevideo, y el pronunciamiento armado del caudillo de Santa-fé contra el gobierno general. Pero descubiertos y encausados los conjurados franceses, quedaron aquellos otros pendientes solo de los movimientos de Santa-fé. En efecto, en Agosto de 1818, Lopez de acuerdo con Ramirez derrocó al gobernador D. Mariano Vera y y se colocó en el mando haciendo armas al instante contra Buenos Aires, para facilitar á Ramirez el paso del Paraná y preparar la invasion que querian hacer sobre la campaña

de Buenos Aires. En el momento en que el Supremo Director lo supo, ordenó al general Belgrano que desprendiese una division fuerte del Ejército de Tucuman, mientras el general D. Juan Ramon Balcarce, gefe del *Ejército del Centro* acampado en el *Arroyo del Medio* movia sus fuerzas para operar en combinacion con aquella otra fuerza á cuya cabeza debia venir el Coronel Bustos. Para dar lugar al momento oportuno, este gefe se acampó en el *Fraile Muerto* con 400 hombres. Los santafecinos cayeron sobre él de sorpresa el 9 de Noviembre de 1818; pero fueron rechazados sin que Bustos pudiera sacar ventaja ninguna por falta de caballeria bastante sólida para arrollar y sablear las hordas de los montoneros. Con este ejemplo, Bustos le pidió al general Belgrano que le mandase algunos cuerpos de caballeria veterana y creyó prudente retirarse hasta la *Villa de Ranchos*.

En esta situacion el Supremo Director urgia al General San Martin que pasase fuerzas á este lado de los Andes para caer sobre las montoneras con una masa imponente de buenas tropas; y este General se puso en marcha él mismo para Mendoza ordenando que le siguieran alguno de los mejores cuerpos de su ejército, á medida que viniesen regresando de la campaña del Sur de Chile, para que guarneciesen las Provincias de Cuyo. Y como era preciso impedirlo á todo trance, este era el momento en que los conjurados de San Luis debian dar su atrevido golpe: apoderarse del gobierno de la provincia: marchar sobre Mendoza y sobre San Juan: agarrar y armar hombres del pais por la fuerza, y obligar á San Martin á venir á este lado con todo el Ejército, para que los *Carrerinos* pudiesen derrocar á O'Higgins.

Algo se presentia de todo esto, sin saberse á punto fijo donde estaba el enemigo que era preciso ultimar. Luzuriaga habia formado sospechas de que el artifice de algo oculto y grave que se tramaba era Monteagudo, y no cesaba de escribirle á San Martin en este sentido. El general no estaba tampoco muy lejos de aceptar estas injustas desconfianzas, y creia que era indispensable tener el ojo fijo sobre el grande patriota desterrado: que era *capaz de todo* en servicio de la Revolucion, pero *incapaz* de un mal antojo siquiera en su contra.

El 8 de Febrero de 1819 á las nueve de la mañana se presentaron á visitar al Gobernador Dupuy—el Brigadier D. José Ordonez, el Coronel D. Joaquin Primo de Rivera, el Coronel D. Antonio Morgado, el Coronel D. Lorenzo Morla, el Capitan Carretero y el Teniente Burguillo. Despues de algunas palabras amigables entre el gobernador y los prisioneros de la visita, Carretero se echa de improviso sobre Dupuy, diciéndole *só pícaro estás perdido*; y todos los demas hacen lo mismo. Dupuy dá un salto violento ácia atrás; y al treparse en un estrado que tenia por la espalda, logra acertarle un puñetazo á Morgado y derribarlo; pero los otros lo dominan inmediatamente, caé con ellos al suelo; y se incorpora con un esfuerzo supremo al mismo tiempo que una grande griteria de pueblo, tiros y gritos de *¡maten godos!* se oía por toda la calle, y que un grande concurso de gentes procuraba entrar á la casa del Teniente Gobernador.

Procedia este alboroto popular de que otras dos divisiones de confinados españoles habian atacado al mismo tiempo el cuartel donde habia bastantes presidarios y prisioneros de baja esfera, y el principal de la cárcel que tambien conte-

nia muchos detenidos. En el primer momento, los conjurados de afuera, combinados con los de adentro, lograron sorprender la fuerza nacional y apoderarse de las armas. Pero habia sido tan rápida y tan valiente la accion del vecindario y de la clase popular, que en un instante ocurrieron cientos de ciudadanos armados; dominaron á los enemigos, retomaron el cuartel ayudados de las guardias que se habian repuesto de la sorpresa; y mataron á muchísimos de los sublevados dentro del cuartel, de la cárcel y por las calles. Cuando los gefes que habian asaltado á Dupuy sintieron la intervencion del pueblo, el tiroteo, los gritos de venganza y los golpes que el tropel daba en la puerta de la casa de Dupuy, quisieron huir, defendiéndose unos, y pidiendo perdon ó gracia otros. Burguillo mató al Capitan Riveros secretario de Dupuy; y este no solo mató con sus propias manos al Coronel Morgado, sino que mandó degollar á los demas conforme los fueran cazando por las calles y por el interior de las casas donde se refugiaran: muriendo así Ordonez, Morla Primo de Rivera y algunos mas. Muchos otros de menor valia fueron tomados con vida; y se les mando formar un sumario. Nadie mas apto para este ardiente trabajo que Monteagudo; y como Dupuy lo tenia á la mano, tiró un decreto nombrándolo juez de la causa. Monteagudo se habia portado bravísimamente en los momentos del conflicto. Habia salido á la calle, se habia armado, y habia exitado al pueblo á que luchase, persiguiese y matase á los conjurados contra el órden público y contra la independencia. Cuatro dias de trabajo incesante de toda hora, le bastaron para organizar un sumario voluminoso y prolijo, donde todo quedó asentado y detallado con una luz completa. Asi que empezó á organizarse la causa, el Teniente Gobernador Dupuy ofició al Gobierno Ge-

neral con fecha 11 de Febrero (1819) diciéndole que apenas se concluyese el sumario lo remitiria. . . . «Por ahora solo creo « necesario informar á V. E. que está plenamente probado « que el plan de los conjurados era irse á unir con la mon- « tonera, en virtud de comunicacion que decian ellos haber « recibido de D. José Miguel Carrera y de D. Carlos Alvear: « estas no se han encontrado aún, y no hay razones bastan- « tes para darlas por ciertas; pero lo *indudable es que ellos* « decian que su proyecto era ir á unirse con ellos. (*Gaceta* del 24 de Febrero de 1819.)

El plan, segun ocho declaraciones de oficiales que quedaron vivos, todas contestes con la del Capitan Lira que fué la mas esplícita, era apoderarse del Gobernador, del cuartel y de la cárcel al mismo tiempo: Poner en libertad cincuenta á sesenta presos que habia allí, de los tomados á los montoneros por Bustos, armarse todos y ponerse en marcha. Resultaban inocentes y sin ninguna participacion en el complot ó en el atentado: el Mariscal D. Francisco Marcó del Pont, el Coronel Bernedo y tres soldados, que fueron absueltos segun el dictámen jurídico de Monteagudo. Todos los demas fueron inmediatamente sentenciados á ser pasados por las armas, y fueron ejecutados el 15 de Febrero de 1819. Véase ahora la importancia aterrante con que este suceso se presentó en los primeros momentos. [1]

1. Los enemigos del Supremo Director y del General San Matin han procurado hacer pasar este complot por una *farza sangrienta inventada* por la cobardía cruel de Dupuy y de Luzuriaga. Esta calumnia ha podido tener cabida en algunos antes de que escribiera Torrente. Pero despues nó. Este historiador español, realista empecinado, que nada concede jamas de aquello que pudiera justificar á nuestros hombres de aquel tiempo, y á los actos que ejecutaron, conviene categóricamente en que los prisioneros españoles asaltaron á Dupuy en su casa, en que asaltaron la cárcel y un cuartel. Verdad es que diserta á su antojo contra los *monstruos desapiadados* que despues de haber vencido á los realistas se *cebaron* con el castigo y en la venganza.

San Martin estaba en Curimon de viaje para Mendoza, á fin de cumplir lo que tenia ofrecido al Supremo Director de formar en Cuyo cuadros para levantar una nueva division que debia obrar contra los montoneros á las órdenes de D. Marcos Balcarce, á cuyo fin debia este venir de Buenos Aires á recibirse de ese mando. Derrepente el 17 de Febrero le llega la funesta noticia de que los prisioneros se habian apoderado de todo en San Luis, é inmediatamente le escribe á O'Higgins: —« Mi amigo: ahora mas que nunca se necesita de que V. « haga un esfuerzo *para auxiliar* á la provincia de Cuyo. Yo « partiré esta noche y espero sacar todo el partido posible « de las circunstancias *críticas* en que nos hallamos. Temo « que todos los prisioneros españoles se hayan incorporado « ya en la montonera, y *creo* que nos pueden hacer un mal « incalculable: Chile no puede mantenerse en órden, y se « contajiará lo mismo que lo demas, si nó acudimos á tiempo: « que no quede un solo prisionero: reúnalos V. á todos: eche « la mano á todo hombre que por sus opiniones sea enemigo « de la tranquilidad pública: en una palabra, es menester « emplear en estos momentos la energía mas constante. El « Comandante Justos pasa á esa á entregarse de los *pertre-* « *chos* que *deben marchar* á Cuyo: EL ÓRDEN INTERIOR NOS ES « MAS INTERESANTE QUE CINCUENTA ESPEDICIONES (al Perú) « Haga V. por Dios que los efectos pedidos marchen volando « á Mendoza, pues aquella provincia se halla enteramente « con los brazos cruzados. Las Heras queda encargado de « este canton; y Balcarce debe venir pronto.»

Mejor informado un momento despues, agrega:

« P. D. Mi amigo, vamos claros: si V. quiere que se « mantenga el órden en ese pais, mande V. por via de pre-

« caucion á la isla de Juan Fernandez á todos los carreris-
« tas. . . . ese paso debe darse con prontitud segun mi opi-
« nion. . . . Habiliteme V. con caballos á Necochea, para que
« esté pronto para cualquier incidente. Lo mismo digo á
« V. para su escolta; pues es imposible que Ordoñez, Primo
« de Rivera y demas gefes que han muerto, y que eran todos
« hombres de cálculo y de instruccion, se pudiesen meter
« en una conjuracion como esta *sin que estuviese apoyada*
« *con muchas ramificaciones* en Chile y Provincias Unidas.
« Ojo al charqui; y prevenirse con toda actividad.»

San Martin llega á Mendoza inmediatamente, preocupado siempre contra Monteagudo y creyéndolo complicado en estos sucesos:—« Luzuriaga me ha dicho esta mañana (escribe)
« que un vecino honrado de esta le ha asegurado haber visto
« una carta de Monteagudo en que nos hace muy pocos fa-
« vores á V., á mí y á ese pueblo. Luzuriaga ha quedado en
« llamarlo al que la tiene y presentármela: lo que resulte
« avisaré á V.» Entretanto, pocos momentos despues sabe que Monteagudo habia tenido la conducta de un patriota firme: y que puesto al lado de Dupuy como ministro, como Juez: como director, habia sido el alma del conflicto y habia dado camino á la autoridad para restablecer completamente la quietud pública y la confianza que San Martin creia completamente subvertida y arruinada. El General se arrepiente entonces de la injusticia palpitante con que habia calumniado en su propio juicio al ardiente patriota: siente remordimientos: del enojo pasa á la reflexion: se apiada de la dureza de su castigo: y resuelto á premiar el ejemplo de abnegacion y de energia con que Monteagudo habia retemplado los ánimos en San Luis, levántalo otra vez á su favor en el

servicio de la patria, consiente en dejarle venir á Mendoza, y hace que Luzuriaga le nombre Auditor interino. Monteagudo le escribe entonces á O'Higgins—« Debo al General San Mar-« tin el favor de haberme permitido venir aquí, y estar de « Auditor interino. Ojalá tenga el placer de volver á ver á « V. y acreditarle que mis sentimientos ácia su persona son « sinceros é invariables.»

En la profunda alarma que le causó el complot de San Luis, el General San Martin tuvo pues que hacer justicia tambien al juicio del Supremo Director, y que convenir ahora con él en que *el órden interior era mas interesante que cincuenta espediciones al Perú.* Pero por desgracia, esa esclamacion no se le habia ocurrido sino cuando habia creido amagada seriamente la base de operaciones del *Ejército de los Andes.* Cuando solo era Buenos Aires el que corria peligros, su pensamiento debia ser, como fué otra vez en 1820, que *la Expedicion* al Perú era preferente á la salvacion del órden público y á la intervencion del Ejército de los Andes en la guerra civil. La gloria tiene tambien sus deslices: y bien decia un grande pensador romano: *non omne quod licet, honestum.*

Entonces fué que el General San Martin se resolvió á acantonar en Mendoza una fuerte division, compuesta del Regimiento de infanteria *Cazadores de los Andes*, cuyo personal ascendia á mil doscientos soldados de primera fuerza, al mando de Alvarado y de Zequeira: del escuadron *Cazadores á caballo*, y de tres escuadrones de *Granaderos* á caballo; quedando en *Santa Rosa*, entre Mendoza y Chile, el Regimiento N.° 11 al mando del Coronel Las Heras.

Esta situacion hábilmente estratégica tenia tres objetos: el primero era cubrir á Chile de toda tentativa que Carrera

procurase hacer tomando el camino de las pampas para caer sobre Mendoza: el segundo estar en aptitud de caer prontamente sobre Chile tambien si reventaba algun desórden grave: y el tercero, conservar la base de operaciones en Mendoza mientras el ejército se remontaba y se ponia en aptitud de obrar.

Cuando pasaron los primeros temores, el General San Martin comenzó a insistir otra vez de una manera terminante en su resolucion de expedicionar al Perú. Habia remontado y rehabilitado sus tropas. Valido del consentimiento que el Director habia dado á que se le auxiliase con 500 mil duros, tomó dinero en Chile, detuvo y recibió algunas remesas que el comercio de Chile hacia al de Mendoza y al de Buenos Aires y giró por ellas contra el Gobierno General. Pero por mas que el Director hizo para que estendiese algunas fuerzas hasta Córdoba y fronteras de Santa-Fé, nada cumplió en ese sentido, limitándose á ocupar á San Juan con el Rejimiento de Alvarado, y á acampar en las quintas de San Luis los *Cazadores á caballo*: manteniendo en Mendoza á los *Granaderos á caballo*.

El Supremo Director comenzaba á estar ya fatigado y quebrado por esta desagradable lucha. El desaliento se habia apoderado de su alma: no tenia ya fé en el resultado, y habia comenzado á preferir que las cosas tomasen el rumbo que les diera la fatalidad histórica, separándose irremisiblemente del poder para abandonar el pais, para dejar á San Martin que se fuese al Perú, al pueblo que hiciese lo que quisiese con los montoneros, rechazándolos ó admitiéndolos como bien le pareciese. La situacion era tanto mas amarga para él, cuanto que le constaba que todos los Gefes del Ejército de los Andes se habian juramentado con el general para no tomar parte

en la guerra civil, y para insistir en la campaña del Perú, donde se figuraban que iban á establecer el sólio inconmovible del poder regular y regulador de la América del Sur.

A todo lo que el General San Martin se prestó, fué á suministrar cuadros ó planteles para crear una nueva division en Cuyo, que puesta á las órdenes del General D. Marcos Balcarce dejase independiente al Ejército de los Andes para operar en el Perú, y sirviese para operar, desde Cuyo, contra los montoneros de Santa Fé, en combinacion con la capital y con Belgrano; y que mientras tanto se formaba esta base, aquel ejército seguiria acantonado y reorganizándose para la empresa de su predileccion.

Los montoneros de Santa Fé mandados por Lopez, gaucho diestro y acometedor, habian procurado caer sobre el Coronel Bustos. Este gefe habia tenido que atrincherarse en el *Fraile Muerto*, y considerando que su posicion podia hacerse mala ó difícil por el cerco que le habian puesto las hordas que recorrian todos sus flancos, salió de allí con la infanteria en cuadro, y se dirijió rápidamente á la *Villa de los Ranchos*, como ya dijimos, seguido por los montoneros que iban tiroteándolo con encarnizamiento. En la mañana del 20 de Noviembre estos desaparecieron repentinamente, sin que el Coronel Bustos pudiese descubrir en que direccion se habian corrido.

Era que mientras otras fuerzas venian desde Tucuman á poner en movilidad la division de Bustos, la division porteña que mandaba el General D. Juan Ramon Balcarce, compuesta de 1200 hombres de infanteria y de seiscientos ginetes reunidos y armados á la ligera, se habia puesto en marcha sobre la ciudad de Santa Fé, para tomarla y para avanzar la caballeria

sobre *Fraile Muerto* á fin de desembarazar á Bustos á quien se creia sitiado allí y en situacion apurada. Esta division, á la que impropiamente se le daba el nombre de *Ejército del Centro* era muy diminuta y muy poco aparente para la operacion que emprendia. La infanteria era excelente como siempre lo habia sido, y nada tenia que temer de los montoneros; pero la caballeria era inexperta, escasa, de una composicion colectícia, y ya fuera por la desorganizacion política en que estaba el pais, ya por otras causas no menos disolventes, no podia dudarse de que estaba completamente desmoralizada, é inclinada á disolverse en el primer momento oportuno, para retroceder á la provincia de Buenos Aires de donde habia salido de muy mala gana. Verdad es que desde el principio de la Revolucion, nuestra caballeria de línea habia sido poco eficáz, al paso que en la guerra de guerrillas y de correrias libres habia sido siempre admirable. La única y la primera escepcion de esta generalidad, habian sido los dos Regimientos de *Granaderos á caballo* y de *Cazadores a caballo* creados por San Martin, que estaban ahora en Chile, y cuya bravura y solidez podia rivalizar con la mejor tropa europea de igual arma.

El general Balcarce entró pues á la provincia de Santa-Fé suponiendo que cuando los montoneros supiesen que estaba en peligro la capital de su Provincia é invadida la campaña por el Ejército porteño, dejarian inmediatamente á Bustos y volvieran á defender su própio territorio. Así habia sucedido efectivamente; y esta era la causa de que hubiesen desaparecido del frente de Bustos. Cuando los montoneros ocurrieron, Balcarce habia ya vadeado el rio *Carcarañá*; de modo que el caudillo Lopez tuvo que retirarse pronta-

mente á la ciudad con la mira de ensayar su defensa en el *paso de Aguirre*. Para ello, emboscó en la rivera izquierda un batallon con tres piezas de artillería, poniéndolo todo al mando de un capitan de ingenieros llamado don Antonio Yac, español y realista prisionero que se habia asilado en Santa-Fé y tomado servicio con los montoneros. Para forzar este paso indispensable, el general Balcarce comprometió aparentemente un ataque de frente decidido, pero al hacerlo, habia cubierto tambien el movimiento de una division que se habia corrido por la izquierda á pasar por dos picadas que habia mas arriba. Para encontrarlas habia sido menester tener un diestro vaqueano de aquellos lugares como lo era en efecto el Padre Frai Juan José Leal antiguo cura de Cayastá que iba en el ejército porteño. Habiendo pasado felizmente, la division vino cubierta por el monte y cayó de sorpresa sobre la bateria y los infantes que defendian el paso de Aguirre. Al verse perdidos, estos hicieron una descarga cerrada sobre los nuevos asaltantes, y el Padre Leal, que iba por delante mostrándole el camino á la tropa, cayó mortalmente herido de un balazo que le dió en la frente. Desde luego, los defensores del *paso* ya no pudieron resistir; porque el cuerpo principal vadeaba el rio al mismo tiempo, y atacados los enemigos de flanco y frente, abandonaron la artilleria y se desbandaron, pereciendo fatalmente un gran número de ellos en esta guerra inícua de hijos de un mismo suelo: en la que no hay gloria para los vencedores ni honor para los vencidos, porque ambos son criminales ó dementes cuando menos.

Franqueado el paso, Balcarce marchó sin oposicion alguna á ocupar la ciudad, y acampó una division en la

Chacarita. Cuando Lopez vió que habia terminado allí el movimiento progresivo de los invasores, comenzó á lanzar pequeños partidas de caballeria que aparentaban huir despavoridas al menor amago que se les hacia de atacarlos. Pero, como al mismo tiempo incomodaban muchísimo al campamento, ya de noche ya en él dia, con tiros de fusil y con otras acometidas, que tenian á la tropa en contínua alarma, el general dispuso que saliese toda la caballería á las órdenes del coronel Ortiguera, gefe muy poco afortunado hasta entonces, y que hiciese un reconocimiento vigoroso del número y de la calidad de las montoneras que operaban, con el objeto de combinar su plan de campaña sobre el *Fraile muerto*, donde Balcarce suponia siempre á Bustos en aptitud de reunírsele para formar un cuerpo capaz de operar definitivamente sobre el enemigo.

Tanto el general Balcarce como el coronel Ortiguera creian que las fuerzas con que tenian que luchar eran las de la Provincia de Santa-Fé solamente, y tomando por base la poblacion y los sucesos anteriores deducian que su número seria cuando mas de mil ginetes escasos. Con este dato, ya no dudaban que seiscientos hombres de caballeria de línea eran suficientes para arrollarlos y para facilitar la reunion de ambas divisiones. Ignoraban que Lopez habia sido auxiliado con una division fuerte de mil y quinientos entrerrianos al mando de don Ricardo Lopez Jordan y del aventurero inglés Campbell que se titulaba almirante. Así es que cuando Ortiguera adelantó su reconocimiento en la campaña, las partidas de montoneros se mostraban huyendo siempre de él y dispersándose á sus amagos: pero el 28 de Noviembre (1818) Ortiguera se vió repentinamente envuelto y

arrollado por una masa como de tres mil ginetes, armados de fusil, que de todos lados venian á echar pié á tierra, á una distancia conveniente para herir, y que haciéndose cada vez mas densa, cargó con decision á los Dragones de Buenos Aires, arrollándolos y destruyéndolos tan completamente que solo Ortiguera con 3 tres oficiales y 18 soldados logró alcanzar al campamento de la Chacarita.

Como Bustos no habia hecho movimiento ninguno para dar noticias de su situacion ó para cooperar al movimiento de la division de Buenos Aires, el general Balcarce se indignó; y viéndose además sin caballería, comprendió que no podia perder tiempo, ni dar lugar á que poniéndole cerco los enemigos le hiciesen perder y desperdiciar los elementos de movilidad que todavia le quedaban para retirarse á las fronteras de Buenos Aires; y se puso en marcha el 4 de Diciembre, abandonando completamente la provincia que habia invadido. Habia hecho en efecto una campaña, que si no habia sido desastrosa, habia sido muy poco lucida; y así que pasó á la frontera hizo dimision del mando, sostituyéndole el general Viamont.

El coronel Bustos habia recibido yá una dura leccion de lo inutil y aún peligroso que seria volver á acometer á los montoneros, para unir sus operaciones con las fuerzas de Buenos Aires sin contar antes con una division sólida de caballeria; y le escribió inmediatamente al general Belgrano informándole con prolijidad de lo que habia visto, y declarándole que si no le enviaban fuerzas disciplinadas de aquella arma, nada podria hacer contra hordas que se aparecian y desaparecian, como enjambres de avispas, con una rapidez que las ponia fuera de todo alcance que no fuera

tambien el caballo y el sable de unos buenos escuadrones. El general Belgrano comprendió al instante la verdad y la justicia del reclamo; é hizo que marchasen á incorporarse á Bustos—el tercer escuadron de *Dragones* que mandaba el Teniente Coronel don José Maria Paz, y el Regimiento de *Húsares* á las órdenes del coronel Lamadrid. Esta fuerza destinada fatalmente á dar el mas lúgubre escándalo de los que habian tenido lugar hasta entonces en la historia argentina, salió de Tucuman el 17 de Diciembre de 1818 y llegó á Córdoba el 1° de Enero de 1819.

Despues de seis ú ocho dias de descanso, la division pasó á situarse en la *Herradura*, paso del *Rio Tercero* á treinta y seis leguas de la capital de la Provincia. El coronel Bustos volvió entonces de los *Ranchos* y tomó el mando de las dos fuerzas. Con la mira de reconocer el terreno para aproximarse á la frontera de Santa-Fé y abrirse comunicaciones con la fuerza de Buenos Aires, que suponia situadas en el Rosário, despachó algunas partidas de caballería bien montadas y fuertes para ponerse de acuerdo con el general Viamont, y al mismo tiempo mandó al comandante Paz que se adelantase hasta la *Cruz Alta* con el escuadron de *Dragones* á destruir los grupos avanzados que los montoneros habian situado allí. Paz sorprendió en efecto el canton de la *Cruz-Alta*; pero en vez de encontrar el grupo numeroso de enemigos que iba a destruir, encontró solo unos pocos hombres que hizo prisioneros; y por ellos supo que el caudillo de Santa-Fé se habia movido rápidamente desde el *Rosario*, donde habia estado guerrillando con el general Viamont, y se habia corrido ácia la *Herradura* para contener á Bustos é impedir que ambas divisiones combinasen sus

movimientos. Imposible le habria sido conseguirlo si Bustos y Paz no hubieran comenzado á pensar que les convenia separarse de la senda del deber, para adoptar una conducta indecisa en aquella contienda, hasta que pudiesen fijar sus intereses personales con ventaja, trayendo á todo el ejército á concordar en un movimiento sedicioso contra la autoridad nacional, para quedarse ellos á su cabeza y dominar en las provincias del Norte, con miras mas ó menos especiosas, pero inconciliables siempre con el honor militar.

Resueltos á no cruzar mas el Rio Tercero y á mantenerse en espectativa, pretestaron lo diminuto de la caballeria que tenian, y su insuficiencia para aventurarse en las pampas desiertas de Santa-Fé, corriendo el riesgo de quedarse á pié y de verse rodeados y perdidos entre las montoneras. Estas habian venido en efecto sobre la *Herradura* para acosar á la division de Bustos en su campamento ó en su marcha por la pampa, si es que se tenia la intencion de buscar la incorporacion de Viamont. Bustos estaba inmovil, mientras Viamont, que se habia apercibido del movimiento que las montoneras habian hecho sobre Bustos, se ponia en marcha á su vez y volvia á invadir la provincia de Santa-Fé por el Este, contando con que aquel gefe, al sentirlo, entraria arrollando á los montoneros por la frontera del Sud-Oeste. Los Santafecinos se habian movido tambien con la esperanza de que Viamont no descubriese pronto su marcha en aquella direccion, y que esto les diese tiempo para batir á Bustos. Pero habiéndolo encontrado á este inmovil en su campamento de la *Herradura*, reconcentraron sobre él todas sus guerrillas para ver si lograban sacarlo

á la Pampa y decidirlo á perseguirlos. Varias veces se aproximaron con grande aparato formando una inmensa línea circular y convergente, como hacen los indios, con la diferencia de que venian armados de buenos fusiles suministrados desde Montevideo por los Portugueses. Su táctica consistia en formar grupos aislados de á tres hombres, abrazando un estenso circuito sobre la fuerza enemiga que se proponian batir. Se acercaban á ella hasta una distancia conveniente: dos hombres echaban pié á tierra para tirotear en guerrilla, mientras el tercero les tenia y les aproximaba los caballos á medida que los tiradores avanzaban. Si se veian cargados por fuerzas mayores, corrian á los caballos, saltaban sobre ellos con la rapidez con que lo hacen nuestros campesinos y huian desparramados por la campaña. Pero si la fuerza enemiga se aventuraba, todos los grupos volvian á concentrarse sobre ella, y haciendo denso su número la cargaban buscando el *entrevero* para romper la formacion de los veteranos y deshacerlos.

Era bien claro que semejante táctica, primitiva y absurda en sí misma, no podia tener éxito ninguno sino contra cuerpos de caballeria diminuta y poco educada, cuyas operaciones no pudiesen esceder el rádio de proteccion que les daba la infanteria. Pero por lo mismo, en campañas abiertas y yermas, como las de aquel tiempo, en que no habia cultura, recursos, víveres, ni auxilio alguno para la tropa, esta no podia entrar al desierto persiguiendo á los montoneros, desde que carecia de todo lo necesario para ocupar el terreno y para seguir hasta sus últimas guaridas á estos hombres de la pampa y del bosque: una gran parte de los cuales era indios del norte y de Corrientes.

Estanislao Lopéz no tenia fuerza adecuada para atacar el campamento de Bustos, ni conseguia tampoco que este coronel saliese á buscarlo en campo abierto, por mucho que multiplicaba sus tretas para conseguir esto último. En esto, recibió noticias de que el general Viamont con las tropas del centro se habia movido del Rosário y se habia acampado en el rincon de Grondona. Con este aviso Lopez volvió á levantar sus ginetes, y marchando forzadamente por la noche, cayó de nuevo sobre el pueblo de Coronda á donde habia ido á situarse la caballeria porteña compuesta de 800 hombres, la mayor parte milicianos de los *partidos* del Norte de Buenos Aires. Los mandaba como en las anteriores jornadas el coronel don Rafael Ortiguera. Atacados de improviso, volvieron á desbandarse; y con esta fácil victoria, las hordas de montoneros, bien montadas, rodearon el campamento de Viamont, que, por la pérdida de su caballeria se encontraba otra vez totalmente imposibilitado de operar sobre ellos. Permaneció en esta situacion por algunos dias esperando que la division de Bustos y de Paz llegase por fin á reunírsele, para hacer la campaña de un modo mas efectivo. Pero desengañado al fin de que no podia contar con ellos, se replegó al Rosário.

No puede decirse que el Director Supremo don Juan Martin Pueyrredon se hubiese separado ya del gobierno de las Provincias Unidas en esta época. Pero la verdad es que desde que vió las demoras y los efúgios con que el general San Martin se esquivaba de hacer obrar contra los montoneros el ejército de los Andes, se indignó de que así le abandonaran en momentos tan críticos, y de que aquella cooperacion estuviese todavia envuelta en reticencias y

movimientos de tropa aparentes mas bien que reales: por que la verdad es que el general no habia hecho pasar á Mendoza sino piquetes que nada pesaban en la balanza de los acontecimientos.

Profundamente ofendido de esta conducta el Director Supremo se aprovechó de un incidente pequeño para separarse del mando: preparándose á renunciarlo definitivamente poco despues que otro hubiese entrado á reemplazarlo como sostituto. Parece que cazando en su quinta de San Isidro se le incendió el polvorin y le dañó levemente en una mano; el Director se prevalió al instante de este acaso, y pidió al Congreso que le exhonerase del despacho, mientras estuviese enfermo. Pero al mismo tiempo comunicó á la Logia que si el general San Martin no traia francamente las fuerzas de Chile para salvar á Buenos Aires de los peligros de que se hallaba rodeada, y para que los sacrificios que estaba haciendo sobre Santa-Fé no fueran tan estériles y ruinosos como lo habian sido, le tuvieran por separado ya del poder, pues juraba que no dejaría pasar un més sin hacer pública su renuncia indeclinable y su salida del pais.

En efecto fué imposible hacerle ceder, por mucho que le hicieran presente el efecto desastroso que su separacion iba á producir en la opinion pública. Se mantuvo inconmovible en su resolucion, y el Congreso nombró al general Rondeau para egercer temporalmente el Directorio mientras don Juan Martin Pueyrredon *se restablecia*.

Con este acto la Logia se puso en grande agitacion. Se resolvió ordenar al general Belgrano que abandonase su campamento de Tucuman y que acudiese con todo su egército tan pronto como le fuera posible, para operar con-

tra los montoneros en la provincia de Santa-Fé. Se le ofició al general San Martin mostrándole las consecuencias funestas que podia dar su negligencia, insistiendo en la necesidad indispensable y en la obligacion de lealtad que tenia para con el Supremo Director, de trasladar á este lado de los Andes una parte de sus fuerzas que fuera capaz de dar nérvio y garantías eficaces á la situacion azarosa que las cosas tomaban por momentos en Buenos Aires. La « Gaceta » decia:—« Como los conatos sediciosos de los « agentes que tiene en esta capital el complot criminal de « Montevideo, aunque bajo distintas formas obran siempre « en la misma direccion, no es de estrañar que haya agentes « para quienes el establecimiento del cuartel general en el « pueblo del Rosário haya servido de matéria para hacer « interpretaciones y sacar consecuencias que lisongeen sus « esperanzas. Nosotros no hemos tenido otro motivo para « nuestro silencio sobre el particular que el deseo de no « dar á estos hechos fuera de nuestro país una impor- « tancia que no merecen. » El mismo periódico oficial decia el 13 de Enero de 1819:—« El egército de operacio- « nes sobre Santa-Fé ha sido reforzado y lo será hasta el « último grado para evitar la efusion de sangre. Sus ope- « raciones acreditarán la prudencia y las miras paternales « con que ha sido organizado. Los que obran para ma- « lograr el éxito de esta expedicion sufrirán un desengaño « completo. Don José Miguel Carrera desde Montevideo « dice últimamente á su hermana en una carta que le ha « sido interceptada:—*Voy á moverme—á vengarte, á vengar « y á vengarme*. . . . Los cálculos siniestros de los aspirantes « (agregaba la Gaceta) no tendrán probablemente el suceso

« con que se lisongean. Las naciones que nos vean triunfar « de tantos obstáculos nos honrarán con nuevos testimo- « nios de su estimacion, y el año décimo (1820 de nuestra « emancipacion nos dará en Mayo los acostumbrados frutos « de este fausto més. »

Pero por desgracia, era bien cierto que dentro de la capital misma germinaban elementos numerosos de desorden. Era en vano que la Lógia se empeñara en galvanizar á Rondeau para que impusiese al populacho con proclamas amenazantes y enérgicas. Todos conocian á Rondeau y sabian que no era hombre para la situacion. [1] La prueba de ello fué el vergonzoso suceso que tuvo lugar en la tarde del 8 de Febrero de 1819. Como todas las fuerzas de la guarnicion habian tenido que salir para reforzar á Viamont en el Rosario, la capital habia quedado enteramente desarmada; y el Gobierno habia hecho citar al cuerpo de *Pardos* y *Morenos* para que hicieran el servicio de la guarnicion, mandando darles *pret* y *paga*. Los descontentos y los díscolos, segun la *Gaceta*, se aprovecharon de la ocasion para hacer circular la maligna espécie de que ese cuerpo *cívico* iba á ser declarado cuerpo veterano y sacado á campaña inmediatamente. Alarmados con esta amenaza, los milicianos referidos se armaron en número de 500 á 600 hombres y se acantonaron en la Plaza de Monserrat resueltos á resistir. El Cabildo se reunió al momento y comisionó á tres de sus miembros para que fuesen á apaciguar el desorden; pero los alborotadores dispararon algunos tiros contra los cabildantes, los prendieron cuando estos se retiraban á toda prisa aterrados por el ataque, y despues de haberlos injuriado

1. Véase la *Gaceta* del 3 de Febrero de 1819

golpeándoles los sombreros y estrujándolos, los despacharon en hora mala, y se quedaron dueños absolutos de la plaza. El Gobierno reunió en la plaza de la Victoria algunas compañias del *primer tercio* ó batallon compuesto de la gente *decente* del centro; y valiéndose de los gefes del mismo batallon amotinado procuró disolverlo. Por fortuna, los soldados mas turbulentos se embriagaron y fué posible disolver la reunion y prender á los que habian encabezado el desorden.

Entretanto llegaron comunicaciones del general Belgrano en que avisaba que se moveria de su campamento á últimos de Marzo para aproximarse á las fronteras de Santa-Fé con una fuerza veterana de mas de tres mil hombres, y con todos los recursos necesarios para operar decididamente. En los mismos dias, el general San Martin comunicaba tambien que habia pasado á Mendoza y que marcharia á San Luis el Escuadron *Cazadores* á caballo: que esperaba que á principios de Abril estaria tambien de este lado todo el Regimiento de *Granaderos á caballo*, y el Nº 1º (Cazadores de los Andes) que era uno de los mejores cuerpos de infantería del Ejército Argentino que habia hecho todas las campañas de Chile.

Ni por un momento podia dudarse de que teniendo á la cabeza del Estado un hombre enérgico y prudente, con fuerzas como las del general Belgrano y las que hacia pasar San Martin, los montoneros de Santa-Fé iban á recibir golpes terribles. Pueyrredon era el hombre de energia probada en aquellas circunstancias: era pues indispensable que volviese á tomar el mando, para que incorporase los elementos de la Provincia de Buenos Aires á los que le venian de Tucuman y de Chile. El 3 de Marzo reasumió el

Poder Ejecutivo, y presentándose en el Congreso, que ese mismo dia abria sus sesiones, pronunció un discurso notabilísimo, que merece figurar íntegro en las páginas de la historia, por que es la pintura exacta de la época trazada con la admirable maestria de un grande estadista. [1]

En ese discurso declaraba el Supremo Director que no reasumia el poder sino con dos objetos bien claros y neta-

1. *Soberano señor:* Lleno hoy con satisfaccion mi deber, felicitando á V. Soberania en la apertura de sus sesiones. Los amigos del pais esperan de ellas el término de las vacilaciones en que fluctua el Estado; y sus enemigos temen el dia de ver afirmado para siempre el órden interior y el imperio de la ley, y trabajan con el tezon que impone la desesperacion para alejarlo, ó para que no amanezca jamás. Son públicos y son constantes á V. Soberania los medios varios de que se valen para destruir nuestra paz y nuestra libertad. Seducciones, engaños, conspiraciones contra la vida de las primeras autoridades, libelos para infamar su reputacion, pasquines los mas inmundos son las armas que diariamente emplean para alterar la armonía en que reposan las Provincias Unidas. Es amargo al corazon menos sensible tener que emplear la proscripcion y el destierro con la frecuencia que lo piden los delitos de perturbacion: aún mas, soberano señor: es comtra el crédito del Estado, verá la autoridad siempre armada y siempre castigando á los turbulentos Situacion tan violenta, ó *causa* á los pueblos que la ven, *ó desalienta* á la autoridad que ejecuta.

Es pues de primera y de la mas urgente necesidad buscar un remedio que aniquile radicalmente el gérmen de los males que se observan.

No hay otro que la conclusion de la Constitucion que ocupa las tareas de V. Soberania, y que tiene á los pueblos en una ansiosa espectacion.

Constituida la autoridad, y fija la ley para los que mandan y para los que obedecen, se verá destruido ese espíritu de aspiracion que ha hecho tantas veces los conflictos del Estado, tendrá en una regla segura todo el nérvio y fortaleza que requiere el Poder Ejecutivo;.....Sabe bien V. Soberania en que turbaciones encontré al pais cuando recibí el honor del lugar Supremo .....Se repitieron los intentos, y me ví obligado á repetir tambien el uso de la autoridad. No han cesado en su obra desde aquel tiempo los

mente definidos. El primero era el de urgir la promulgacion de la Constitucion permanente del Estado: el segundo el de hacer que fuese puesto á la cabeza del gobierno, que ella crease, el General D. José de San Martin, para que este tomase sobre sí las responsabilidades terribles, de que huia por usufructuar la parte espléndida y gloriosa de los

ajentes del desórden: ni yo he podido dejar de perseguirlos como un deber de mi puesto. Una sucesion de actos tan dolorosos me ha hecho el objeto de enemistades, de ódios y de venganzas de hombres que en otra situacion podrian haber sido útiles á la causa de nuestra libertad. Tambien esto, señor, pide un remedio pronto. *Yo podria presentarlo en este mismo acto* á V. Soberania, pidiéndole mi separacion del Directorio, Pero no lo creo conciliable todavia con el crédito esterior y aún interior del Estado. La Constitucion es la que dará ese remedio natural eficáz y sin violencia.

Otro hombre, sin los compromisos personales que yó, neutralizará esas pasiones encendidas, con provecho de la causa comun; y con el código de la ley en la mano refrenará y castigará los males (si aparecen) sin que se equivoque su justicia con su malignidad, su rectitud con su personalidad.—Por otra parte, nuestros implacables enemigos, los Españoles, preparan en Cádiz con eficàz diligencia una fuerte expedicion para sojuzgarnos.—El alma me dice que somos invencibles. Pero es preciso prepararnos de *un modo no comun*, y que aumente nuestra gloriosa opinion; pero es preciso tomar medidas al tamaño del peligro.—El Estado debe tomar hoy una actitud mas guerrera; y para ello *necesita poner à su cabeza un Gefe mas formado en las campañas*, y que reuna mas conocimientos militares que los que yo he tenido ocasion de adquirir. Hablo, Señor, con la ingenuidad que me impone el sagrado interes de nuestra salvacion.—Al darnos V. Soberania la Constitucion, *debe tambien darnos ese Génio que pide nuestra situacion*: y como todo esto reclama la mayor prontitud, yo ruego á V. soberania, que quiera redoblar sus tareas y su contraccion á este interesante objeto.—Entoncos completará Soberania los deseos y la gratitud de los pueblos de la union, que por tantos títulos ya le es debida.—*Y descendiendo yo entonces de este lugar de amarguras, haré ver à la Nacion que es muy fácil obedecer y muy difícil mandar.* (Sesion del 25 de Abril de 1819.

¿Era por un patriotismo sincero, ó por un despique vengativo é insidioso, que el Supremo Director avanzaba estos conceptos de tan doble sentido, que tendian nada menos que á arrancar al general San Martin de las preocupaciones mirovolantes que lo dominaban, para atarlo al pilote de los sinsabores revolucionarios?

Para mí, es evidente que era lo uno y lo otro. Y no fué poca en mi concepto la íntima satisfaccion que Pueyrredon sintió al comprometer así á San Martin, con palabras tan solemnes y tan sérias, delante del pais entero y de la *Lógia*, haciéndole ese presente griego, y diciéndole en aquellos momentos—*¡Venid á mi lugar y olvidaos de Lima!....* En efecto: Pueyrredon habia encontrado un nuevo terreno de noble reyerta con el general San Martin. Le habia notificado que no reasumia el mando sino para *agitar presurosamente* la redaccion y promulgacion de la constitucion definitiva, y á fin de consagrar todos sus esfuerzos á la eleccion del heroe de Maipú, para PRIMER PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LAS PROVINCIAS UNIDAS, por que este, como Washington, era el único que podia salvar á *la Patria* y *á sus amigos* de una completa disolucion y ruina: protestándole que si el General no se resignaba á este grande deber que le imponian las circunstancias, él, por su parte, se retiraria completamente de toda ingerencia en los negocios públicos, convencido de que todo iba en el camino de su perdicion inmediata é irremediable.

Con esta resolucion, el Director Supremo volvió á tomar el poder y volvió á imprimirle con su presencia la grave y persistente energia que su carácter personal sabia dar á la

marcha de los sucesos. Los conjurados franceses que habian prestado su cooperacion criminal á todas estas indignas complicaciones de la anarquia y de la guerra civil, habian faltado al mas sagrado de los deberes que pesa sobre un estranjero, el respeto absoluto de las leyes y de las autoridades bajo cuyo influjo ha entrado voluntariamente á vivir; y dado nuestro caso y el tiempo de los sucesos, esos criminales le sirvieron de ejemplo al Gobierno, que tan acosado se veia, para notificar bien alto á todos: que estaba profundamente convencido de su buen derecho para defender la sociedad, y que era aún bastante firme para ejercerlo con rigor contra los que atentasen á él. Robert y Lagresse fueron condenados á muerte y ejecutados el dia 3 de Abril (1819) en la plazuela del *Mercado*: hoy edificio del Congreso Nacional:—«Se ha permitido á sus paisanos enterrarlos en la Iglesia de la Merced con la mayor pompa funeral»—decia una nota de la causa con una fria majestad.

Vigil fué absuelto. Pero de regreso á Chile, volvió á complicarse en otra conjuracion contra O'Higgins, y fué á perecer en Colombia al servicio de Bolivar. Mercher tambien fué absuelto. Pero, inmediatamente despues de verse libre, corrió á unirse en Montevideo con Carrera, y acompañó á este en sus vandálicas correrias por la campaña de Buenos Aires. Parchappe y Dragumette tambien fueron absueltos. El primero se hizo estimable y ha gozado hasta su muerte de grande aprécio en Buenos Aires: el otro desapareció sin dejar rastro ninguno en nuestra historia. Pero esto basta para mostrar que en el rigor mismo del castigo, hubo voluntad de perdonar y clemencia generosa para con todos aquellos que no habian desempeñado un papel principal en el atentado,

no obstante la complicidad manifiesta que habian tenido en él.

Volvamos ahora nuestros ojos á la movible fisonomia que tomaba la guerra civil.

§ VIII.

Vacilaciones del general San Martin—Su deseo de negociar—Situacion estratégica—primeras operaciomes del general Belgrano—Ventajas y desventajas recíprocas—Armisticio de San Lorenzo—conveniencias del general San Martin—Prórroga de la trégua—Fundacion de la Casa de Moneda de Famatina—La Nueva Constitucion—Sus objetos personales y su doctrina fundamental—Enfermedad mortal del general Belgrano—Insurreccion de Tucuman—Gcemes y Araoz—Estado de los ánimos en Córdoba y en el ejército auxiliar—El general San Martin abandona la escena—Renovacion de la guerra civil—Sublevacion de Arequito—Sublevacion del Regimiento de Cazadores en San Juan.

Al mismo tiempo que Pueyrredon reasumia la Direccion del gobierno argentino en 3 de Mayo de 1819, el ejército del general Belgrano campaba en *Ranchos*, villa de provincia de Córdoba, prónto á entrar sobre Santa-Fé, desde que se le reuniera el General San Martin, que con una preciosa division de caballeria habia hecho el aparato de adelantarse hasta

Rio Cuarto. Y decimos el aparato, por que el verdadero objeto del General San Martin no habia sido el de enredarse en la guerra civil, ni entregar al Gobierno Nacional, bajo otro gefe, los escuadrones de *Granaderos á Caballo* y de la *Escolta*, que componian la caballeria que le era indispensable para su espedicion al Perú. Aquella demostracion era un mero efecto del duro compromiso en que lo habia puesto el Supremo Director, entre el estreno de una rebelion escandalosa del ejército, ó de una sumision aparente al menos al império de las circunstancias. Pero el general, que se sometia á esa necesidad contra sus miras y contra los intereses de su gloria personal, estaba decidido á mantenerse en una posicion ambigua, y procuraba con su conocida habilidad negociar é intrigar antes de comprometerse en la lucha contra el caudillo en Santa Fé y las turbas que le seguian. Así que llegó al *Rio Cuarto*, se entendió con un vecino influyente llamado D. Ramon Almados, oriundo de Santa Fé, que tenia reputacion de ardoroso partidario de D. Estanislao Lopez, le habló de que estaba convencido de que el sistema federal era indispensable, á su juicio, en las Provincias Argentinas, para dejar á cada gobernador el *gobierno de la suya*, con tal que todas hiciesen un esfuerzo comun para acabar con los españoles de Lima y para arrojar á los Portugueses de la Banda Oriental; le aseguró que este habia sido su modo de ver desde 1814 y 1815, y que habia dado exelentes resultados en Salta; por que al mismo tiempo que él formaba el *Ejército de los Andes* para libertar á Chile, con la mira de libertar tambien al Perú, Güemes en Salta habia sido reconocido como gefe nato de la Provincia: y fuerte con su propia

independencia, el pais entero lo habia apoyado, no solo para libertar á Salta de todo peligro, sino para hacer imposible nuevas invasiones. Este ejemplo, agregaba el general, era el que debia seguirse en las provincias del litoral. Hecha la paz entre Buenos Aires y Santa Fé, el *General Lopez* y el *General* Ramirez debian ser el antemural contra los portugueses, obrando con la misma independencia con que habia obrado Güemes; y el Gobierno general debia darles tropas y recursos de todo género, mientras el General Belgrano, situado en Córdoba, debia servir de centro de apoyo á todas las operaciones del litoral; ó bien, reforzar con alguna de sus divisiones las fuerzas del Gobernador de Entre-Rios, para sostenerlo contra las pretensiones de Artigas y contra las amenazas de los portugueses. Arreglado todo así, la América volvia á presentarse invencible: el *ejército de los Andes* marcharia á cumplir en el Perú los destinos con que habia sido creado; y si Buenos Aires, era atacado por la espedicion marítima de Cádiz, (como se propalaba, sin que él lo creyera) bastarian los *Generales* Lopez y Ramirez apoyados por Belgrano, para acabar con ellos; tanto mas, cuanto qué, enemistados los *godos* con los portugueses, unos y otros tenian que hacerse mal.

Almados voló á Santa Fé con estas indicaciones, y con cartas en que el general San Martin le instaba á Viamont que buscase la solucion de estas dificultades, tan tristes para la pàtria, en un arreglo honroso que tomase por base el mismo plan que el mismo Director Supremo D. Juan Martin de Pueyrredon habia adoptado en 1816, al subir al poder, para arreglar á Güemes con Rondeau, lo que tan preciosos resultados habia dado.

El caudillo de Santa Fé que temia naturalmente el ataque combinado de Viamont por el lado de Buenos Aires, de Belgrano por el Sud-Oeste, y de San Martin por el Sur, comprendia bien que en tal conflicto, no le quedaba mas recurso que meterse en el Chaco; donde en pocos meses tenia que perecer ó que someterse desde que una fuerza invencible de verdadera caballeria le impidiese hacer correrias; ó bien que pasarse á Entre-Rios, donde tenia que caer bajo la férula de Ramirez, como subalterno ó protejido, y donde el ejército veterano iria necesariamente á seguirlos en número bastante fuerte y con tropas hechas, como para no dejarles esperanzas de triunfo. Esto que se ha hecho despues con tanta facilidad, se habria hecho con mayor facilidad entonces, á no haber tenido los montoneros de su parte la escandalosa sedicion de los gefes principales del ejército del general Belgrano, y la semi-complicidad del general San Martin.

Por una parte: el caudillo Lopez no podia saber á punto fijo si el general San Martin y el general Belgrano, puestos entre la espada y la pared, obrarian al fin en el sentido terrible que él temia para su provincia: que era la que iba á servir de primera víctima al ataque de los tres ejércitos combinados. Por otra parte, comenzaba á ser notorio en la opinion pública, que en el ejército de Belgrano germinaban malísimos síntomas, y que el general San Martin hesitaba entre tales dudas y escrúpulos, que para los que estaban bien interiorizados en la política interna, nada habia que esperar de él, sino idas y venidas, aparatos insustanciales que nada habian de producir en el momento de la necesidad y del conflicto. Por parte del General Belgrano todo era

abnegacion y sumision á la autoridad del pais; pero la conducta del general San Martin tenia completamente desmoralizada la opinion pública; y vagos rumores de ruina general y de desquicio prevalecian en los espíritus con una obstinacion que nádie podia desvanecer:—« No se sabe « por qué algunos génios tristes calculan tristemente del « Estado, que aunque acometido de mil males, no carece « de fuerzas para resistirlos y para triunfar de ellos» [1]. Todo esto provenia de la conducta del general San Martin. Sus vacilaciones no solo minaban el poder del gobierno, sino que introducian un espíritu de desobediencia en las líneas del Ejército, cuyo resultado habia de ser muy pronto que se tomase por pretesto y egemplo su nombre y su política para cohonestar la inícua sedicion de *Arequito*.

En estas dos faces que todavia no se habian diseñado en los hechos, consistia la fuerza y la debilidad del gobierno general: y á su vez la fuerza y la debilidad de los caudillos montoneros que lo atacaban. Si los dos ejércitos veteranos obraban con fidelidad en el cumplimiento de su deber, era incuestionable el triunfo definitivo de los poderes constitucionales, al menos en aquella época de nuestra historia. Pero en el caso contrario, el gobierno general tenia que caer exhausto y minado hasta en sus cimientos por la descomposicion social mas completa que se haya visto en nacion alguna.

Entretanto, el General Belgrano llegaba enfermo y resignado á la frontera de Santa-Fé, por el lado de Córdoba. Allí ordenó al bravo Coronel Zelaya, gefe de caballeria acreditadísimo desde el principio de la guerra de la independencia, que marchase con los tres escuadrones de

1. Véase la *Gaceta* del 3 de Marzo de 1819 art. *Anarquista*.

Dragones que mandaba, á ocupar el paso del arroyo de las *Mojarras*, con la mira de que todo el Ejército se reuniese allí para invadir á Santa-Fé, y para combinar las operaciones con el *Ejército del Centro* que mandaba Viamont. Durante esta marcha, las tropas nacionales no habian encontrado sino pequeños grupos de montoneros: de los cuales unos habian huido á largas distancias, y otros fingiéndose amigos y decididos á la paz, se habian aprovechado de las órdenes clementes y amigables que habia dado el general Belgrano á sus tropas, para acercarse á las guardias ó partidas avanzadas, y para llevarse uno ú otro hombre que se descuidaba ó que se resolvia á seguirlos.[1] Era claro que los grandes grupos de montoneros se habian reconcentrado en la costa del Paraná, para evitar una sorpresa ó un ataque conjunto de los dos ejércitos invasores. El general Belgrano continuó su marcha hasta la *Esquina* respetando *con una disciplina admirable la propiedad particular, pagando lo que consumia el ejército, sin tocar nada de lo abandonado*, y procurando hacer sentir una intachable mansedumbre y clemencia para con las gentes de la provincia en Santa-Fé y sobretodo para con los prisioneros que se tomaban por sorpresa.[2] Pero el 3 de Abril al emprender el ejército por la madrugada su marcha hácia el litoral buscando la comunicacion con el general Viamont, se presentaron como en actitud de hostilizarlo grandes grupos de montoneros que no bajaban de 800 hombres. El comandante Paz recibió órden de salir á perseguirlos con un escuadron de Dragones apoyado por su gefe el Coronel Zelaya á la cabeza de todo el rejimimiento; y en efecto, por

1. Memorias del general Paz, tomo 1. pág. 325.
2. Id., id.

mas que al principio se figuraran los montoneros que podian hacer con los *Drajones del Ejército Auxiliar del Perú*, lo que habian hecho por dos veces antes con los del Coronel Ortiguera, tuvieron que sufrir el empuje de los veteranos, y por último resultado tuvieron que huir despavoridamente, abandonando toda tentativa de concentrarse para su favorito *entrevero*. Y eso apesar de que la pequeña avanzada de caballeria que los habia arrollado, se habia separado mas de cuatro leguas del grueso del ejército, hasta los *Desmochados*, y quitádoles como trescientos animales vacunos que arreaban y como doscientos y tantos caballos.

« La viveza de nuestra persecucion era tal que la fami-
« lia de Gallegos (propietario de la estancia y de la posta) que
« tenia todo dispuesto para retirarse con los suyos, no tuvo
« tiempo de hacerlo, y él mismo (que era uno de los corifeos
« de los montoneros) fué sorprendido en su casa: no tuvo
« mas remedio que meterse en cama y afectando una doloro-
« sa enfermedad daba grandes aunque fingidos ayes. Sus
« hijas y otras mugeres parecian desoladas y mostraban los
« mas vivos temores.... Allí (en los Desmochados) me al-
« canzó una órden del coronel para que cesase la persecucion
« y regresase.» En los dias posteriores, es decir hasta el 6 de Abril, el Ejército marchó hasta la *Candelaria*, sin que se hubiesen presentado mas montoneros, ni hubiese sido preciso hacer adelantar cuerpos de caballeria. Las casas estaban vacias aunque se conocia que sus moradores acababan de desalojarlas con precipitacion. No se veia en los campos alma humana. [1]

Con estos antecedentes, bien se vé que la situacion no era

1 El General Paz: *Memorias*—pág. 325 y 326.

satisfactoria para los gefes de las montoneras, si las tropas veteranas seguian obrando con esta decision, y si el General San Martin venia con las suyas á aumentar el peso de los recursos de que el gobierno podia disponer en aquellos momentos para asentar sólidamente su lejítima autoridad. Pero dados por otra parte los temores que se tenian de las dudosas intenciones del General en Gefe del ejército de los Andes, de su resolucion fija de abandonar las provincias argentinas para irse al Perú, de la disponibilidad absoluta en que queria tener á su ejército con esta grande mira; y del mal efecto moral que estos rumores debian provocar en las líneas y en el campamento del General Belgrano, es preciso tener presente que si la situacion se ofrecia peligrosa para las montoneras, lo era tambien para los hombres que ocupaban el gobierno nacional en Buenos Aires; por que estando ellos en las interioridades de la política del gabinete, conocian los peligros de que estaban rodeados. Bastaba pues que el armisticio y que la negociacion de paz hubiese sido *propuesta y recomendada* por el General San Martin, para que se entendiese que esa recomendacion era una condicion *sine-qua-non*, una alternativa de cooperacion ó de desistimiento que el general *le intimaba* al gobierno. Y en efecto: al mismo tiempo que despachaba á Almados á Santa Fé con la iniciacion del arreglo, retrocedia del *Rio Cuarto* á Mendoza, asegurando que no volveria á adelantarse hácia el litoral sino en el caso en que el Gefe de los Federales de Santa Fé no quisiera aceptar bases de concordia tan justas como las que el general habia indicado.

Lopez se guardó muy bien de negarse á estos consejos, que, por el momento al menos, le desembarazaban de grandes

peligros y de pérdidas; y habiéndose prestado inmediatamente á las insinuaciones del General, hizo conocer al señor Viamont su buena voluntad para arreglar las tristes dificultades que dividian su provincia y la de Entre-Rios con la de Buenos Aires.

Ocurria en el egército federal otra circunstáncia grave que hacia mas difícil la posicion de sus gefes. Artigas habia roto completamente con Ramirez, y le amenazaba con su venganza, porque este se habia resistido á enviarle tropas entrerrianas para contener á los portugueses que lo invadian por la frontera. Y como el *gefe de los Pueblos Libres* se consideraba gefe nato y Supremo de Entrerrios, Corrientes y Santa-fé, la resistencia de Ramirez y el título de Gefe Supremo que este habia tomado á su vez de este lado del Uruguay y del Paraná, eran un acto de rebelion y de traicion para el caudillo oriental. Con esta mira pues, este caudillo arrimó fuerzas al Uruguay como si intentara lanzarse sobre Entrerrios, en Marzo de 1819, y Ramirez que le temia mucho aún, retiró precipitadamente del poder de Lopez los mil seiscientos hombres con que le habia auxiliado dos meses antes á las órdenes de don Ricardo Lopez Jordan y del aventurero Campbell.

Bajo el influjo de estas circunstáncias fué facil entenderse por el momento; y el 5 de Abril de 1819, el general Viamont celebró con Lopez un armisticio. Por él debian cesar inmediatamente las hostilidades reconcentrándose á sus campamentos, detrás de las fronteras, las tropas de Buenos Aires y las del general Belgrano. Cada una de las partes concordantes comprometia toda la lealtad de su patriotismo en separar todo motivo de disgusto ó de desconfianza que

pudiera perturbar la buena armonía en que se constituian; comprometiéndose tambien á darse esplicaciones de todo evento desagradable para separar sospechas injuriosas á la buena fé de unos y de otros, mientras durase esta negociacion de paz y de concordia definitiva entre los pueblos argentinos. Para esto se habia convenido, *reservadamente* y por separado, que las partes concordantes *aunarian* sus esfuerzos y tropas para el caso en que Artigas ó los Portugueses atacasen el territorio de Entre-rrios ó Santa-fé; y que juntos harian la guerra para arrojar á estos últimos de la Banda Oriental, si Artigas entraba en la liga sometiéndose al acuerdo que querian formar los gobernadores de Santa-fé y Entre-rrios con el Gobierno de Buenos Aires; mas, que como esto ofrecia graves inconvenientes para entrar á tratarlo desde luego, acordaban en que nombrarian Delegados ó Diputados de cada una de las tres partes, que debian reunirse en *San Lorenzo* el dia 8 de Mayo, para concertar un acuerdo definitivo de union y de confraternidad.

Celebraron este armistício del 5 de Abril, por parte del general Viamont—el general del Estado Mayor don Ignacio Alvarez-Thomas, y por parte del caudillo de Santa-fé don Agustin Urtubey y don Pedro Gomez. Como el general Belgrano era el general en gefe de todas las fuerzas que debian operar sobre Santa-fé, el general Viamont le sometió el arreglo para su aprobacion, advirtiéndole que hasta que la diese ó la negase quedaban suspendidas las hostilidades. El general Belgrano comunicó su aprobacion el 12 de Abril; y retiró su ejército unas cuantas léguas acia atrás, acampándolo en la posta de Arequito: lugar destinado á hacerse tristemente célebre, en los fastos del año XX, sir-

viendo de teatro á un motin inícuo y eternamente vergonzoso para los gefes militares que lo encabezaron.

El artículo 3° del armisticio establecia que una division de tropas á las órdenes del general don Marcos Balcarce que Buenos Aires habia desembarcado en Entre-Rios para acometer á Ramirez al mismo tiempo que echaba sobre Lopez las tropas veteranas del Perú y de los Andes, debia tambien desalojar sin demora aquel territorio, y trasladarse á *San Nicolas de los Arroyos*.

A nadie le venia mejor este arreglo efímero é imposible que al general San Martin. Toda la cuestion era para él, que las cosas le diesen tiempo para completar el armamento de la escuadra, que á toda prisa hacia pertrechar y armar en Valparaiso. Cuando ella estuviese pronta, debian sobrarle los motivos para levantar otra vez las tropas que habia acantonado en Cuyo, reunirlas al campamento de las Tablas con el resto del Egército, y zarpar para el Perú. Al desentenderse de las Provincias Arjentinas tenia la esperanza de ocultar la poca claridad de su conducta política, bajo los raudales de gloria americana que debian caer sobre su fuente despues del triunfo, y que debian ponerlo en evidencia delante de la admiracion y de los aplausos de los pueblos libres de su época. Sin embargo, hay cosas que jamás se ocultan á la conciencia sana de los pueblos y á la nocion simple del deber moral que ellos llevan en su alma; así es que la reputacion y la gloria del general San Martin, quedaron para siempre dañadas entre nosotros, con esa niebla de la duda moral, que pone sombras indefinidas sobre el rostro de los grandes hombres, cuando no han sido, como Washington, todo sinceridad y

de todo abnegacion en los actos de su vida. El egoismo de la gloria es tambien una acusacion contra el carácter de los grandes hombres; que si bien no llega hasta hacerlos criminales porque fueran demasiado elevados los móviles que los estimularon, los deja por lo menos defectuosos delante del deber y de los sagrados compromisos que pesaron sobre éllos.

Apenas se firmó ese armisticio del 5 de Abril el general San Martin declaró terminantemente que habiendo contribuido á que el Gobierno de Chile hiciera *enormes sacrificios* para formar y pertrechar la escuadra poderosa con que empezaba á dominar las aguas del Pacífico, sin otro fin que el de libertar á Lima y al Perú, él por su parte no podia dejar burladas aquellas grandes esperanzas, ni dejar perdidos aquellos valiosísimos recursos que se habian reunido, desistiendo de aquella empresa y desprendiéndose del egército de los Andes que él habia creado para ella: que, por otra parte, estaba seguro de que el egército mismo estaba resuelto á desobedecer, antes que desistir de ese propósito general y originário de sellar el mas grande de sus triunfos destruyendo en el Perú el poder colonial de la España. Con este tema, en que todo era cierto, bien que preparado por él mismo segun las conveniencias de su gloria, volvió á insistir en que no habia otro remédio para cortar el conflicto, que el de darle recursos para levantar en *Cuyo* y en *San Luis* dos nuevos regimientos de caballeria sobre el modelo de los *Granaderos* y de los *Cazadores* á caballo. Proponia con este objeto comenzar por aumentar estos dos cuerpos con cuatro escuadrones mas, á fin de que incorporados así, los nuevos soldados recibiesen toda la educacion militar de

los viejos; y de que llegado el momento de separarlos en dos regimientos, el uno volviese á Chile para ir al Perú con el egército de los Andes, quedándose el otro con el general don Marcos Balcarce, para que se reuniese con el general Belgrano si la guerra civil volvia á encenderse con Santa-Fé. En cuanto á encargarse de la Presidencia constitucional de las Provincias Unidas, el general San Martin declaró categóricamente que no asentiria á ello y que semejante cosa era contraria á sus compromisos con Chile y con los Patriotas del Perú: con quienes estaba al habla, y quienes por lo mismo le esperaban ansiosamente.

No hubo mas remédio que asentir, y encomendarle la creacion de la division de caballeria que ofre cia formar en reemplazo de la que él debia llevar en el Ejército de los Andes. Para no despertar la alarma de los montoneros, se tomó el pretesto de cubrir estos nuevos armamentos como si fuesen remontas indispensables para los cuerpos del Ejército Espedicionario; así es que el General Balcarce no debia presentarse á tomar el mando sinó en el momento oportuno.

Este gefe era en efecto el hombre mas capaz y mas propio para mandar esa division, de los que quedaban en aquellos momentos á la disposicion del Gobierno de Buenos Aires. Como militar era muy superior á Rondeau, y mas apto que Belgrano mismo para hacer con éxito una campaña, como esta, en la que era preciso habérselas contra grupos ligeros y llenos de perfidia en todos sus movimientos. De todos modos, las cosas quedaban pendientes de las negociaciones que iban á entablarse en *San Lorenzo*. El gobierno de Buenos Aires, ó por mejor dicho, el gobierno nacional, nombró por delegados suyos para tratar con los de Santa-Fé, al

General D. Ignacio Alvarez-Thomas y al Dr. D. Julian Alvarez. Estos y el Diputado Seguí, nombrado por Lopez, se juntaron en efecto en *San Lorenzo* del 12 al 18 de Mayo. Pero como el Delegado Santafesino pretestó mil inconvenientes, falta de instrucciones definitivas y escasez de tiempo, lo único á que se arribó el dia citado fué á que los Diputados de Buenos Aires esperasen en *San Nicolás* el aviso que les daria el Gobernador de Santa-fé, de hallarse pronto á tratar y de haber nombrado sus comisarios al efecto; debiendo entretanto conservarse la mayor concórdia y paz entre las partes interesadas y sus tropas respectivas.

Bajo muchos aspectos, esta demora le convenia tambien al gobierno nacional; porque en el intérvalo movia milicias para reforzar su ejército del Centro, habilitaba nuevos cuerpos en la Capital, remontaba el Ejército del General Belgrano con piquetes de Córdoba; y el General San Martin removia la provincia de San Luis con tanto éxito, que en 21 de Agosto se dirigia al Gobierno avisándole haber incorporado á su division, para formar nuevos escuadrones, nada menos que el número de 2185 soldados [1], que, adiestrados por él, eran los que debian quedar á las órdenes de Balcarce (D. Márcos.)

Preocupado siempre el Supremo Director con los grandes intereses del pais, aún en médio de los aflijentes conflictos que hacian tan pesada aquella situacion, se aprovechó de aquel momento de trégua, y volvió á tomar en consideracion la necesidad que habia de establecer una Casa de Moneda y un *Banco de rescates* que supliese la falta del de Potosí; y fijó su atencion en el mineral de Famatina que

1. Véase *La Gaceta* de 15 de Setiembre de 1810

desde entonces gozaba ya de la fama de ser de una abundancia estraordinaria, y de contener tesoros inagotables de que hoy todavia se habla con insistencia sin que hayan tenido lugar las pruebas que lo demuestren. Desde el año anterior de 1818, el gobierno habia movido este asunto con grande interés provocando las resoluciones del Congreso. Obtenida su autorizacion, el Director procedió á decretar el establecimiento de la casa de Moneda en Córdoba, y el de un Banco de *rescate* de la plata en pasta y *callana* de fundicion, por cuenta del Estado, en la Rioja. Para fomentar las labores é incitar el trabajo de las minas, se mandaba dar tierras en propiedad á todos los trabajadores que quisiesen establecerse en aquellos parajes y fundar Villas. Asegurábaseles el *rescate* ó venta de sus pastas ó fundiciones á razon de siete pesos cuatro reales, deducidos los derechos de laboreo, se les debia suministrar los azogues á razon de cincuenta pesos el quintal, que era el costo efectivo de los que el Gobierno tenia almacenados; y se ponia en vigencia provisória la Ordenanza de mineria de Méjico, definiéndose la legislacion definitiva de la materia para cuando recobrado Potosí de poder de los Españoles, pudiese la Nacion tener médios bastantes de estudiar el asunto en todos sus aspectos y estension.

Ni Pueyrredon, ni ninguno de los hombres verdaderamente politicos que le rodeaban, tenia el candor de creer que dando la Constitucion nueva, iban á hacer desaparecer los singulares conflictos é incoherencias que hacian tan insubsistente como incurable aquella situacion. Pero como el Director y los Congresales eran agentes y representantes de los intereses oligárquicos del partido que les im-

imponia ese sacrificio, aspiraban naturalmente á poner un término á sus compromisos por médio de la nueva Constitucion. Creian que una vez sancionada era indispensable la renovacion de todo el personal administrativo; y de esa manera, el Director y los hombres mas comprometidos y mas cansados de esta tan amarga lucha, encontraban un médio decoroso y legal de echar sobre otros hombres las cargas y las responsabilidades que ellos ya no podian sobrellevar por mas tiempo.

Dotado de uno de esos caracteres que influyen poderosamente sobre los demás, el Director movió el ánimo de todos sus amigos del Congreso en el sentido de su discurso de apertura;[1] y todos ellos se dedicaron con ardor á terminar la Constitucion de las *Provincias Unidas de la América del Sur*, para nombrar Director Supremo al General San Martin. Encargado el Dean Funes de preparar el proyecto, fué obra de muy pocos dias para él, redactarlo; y así fué que el 23 de Abril (1819) ya pudo el Congreso sancionar la Constitucion y mandar que se jurase el 24 de Mayo siguiente: haciéndola preceder de una exposicion de *Antecedentes* y *Motivos* que tiene en sí mísma un grande valor histórico.

La Constitucion del año XIX no podia tener vida práctica. Las circunstancias la habian condenado á muerte desde antes que naciera. Aquellos mismos con cuyo apoyo se habia contado al concebirla, y que tenian el deber de defenderla por la gratitud y por el respeto de los antecedentes que traia, habian resuelto tradicionarla y abandonarla á su mala suerte, para seguir el rumbo de otros intereses y de otros fines totalmente agenos á los del órden interior y legal de

1. Véase pág del tomo

la Pátria. Sin embargo, dados los precedentes administrativos de nuestra Revolucion, habria bastado que los gefes del Ejército *de los Andes* y del Ejército *Auxiliar del Perú* hubiesen sido fieles á la ley del deber, para que la Constitucion del año XIX hubiese triunfado. Ella, como todos los trabajos de este género que produjo el Dean Funes, era una masa heterogénea de aspiraciones teóricas, fundadas en combinaciones artificiales ó en principios absolutos de doctrina que carecian de verdad esperimentada ó práctica, y mezclados con imitaciones parciales y erróneas de la Constitucion inglesa. Pero nó, de la Constitucion inglesa genuinamente estudiada, sino de la Constitucion inglesa vista al través engañoso de Montesquieu, de los pálidos reflejos de Delolme, y lo que es peor todavia, vista al través de las copias *traducidas* y *acomodadas* con que Sieyes habia querido unir ese génio amplio y *sano* que hace prácticas y *humanas* las libertades inglesas, á la dominacion teológica, encumbrada y nebulosa de princípios absolutos, colocados en las conciencias como leyes de un Dios político, ó mas bien de una *Política de Dios*; que es con la que siempre ha perdido su camino la Revolucion francesa, creyendo que la libertad es obra de los principios, cuando no es ni puede ser sino obra de los procedimientos.

Trabajada en un momento en que los intereses políticos de los hombres que habian hecho la revolucion contra la España se hallaban seriamente comprometidos por la insurreccion de las masas populares, era natural que la Constitucion del año XIX naciese eminentemente oligárquica y conservadora; pero es justo decir que en este sentido habria tocado en la region de lo verdadero

si sus autores hubieran podido saber cual era el delicado procedimiento con que la Constitucion inglesa une sus fuerzas conservadoras con las fuerzas progresivas de la opinion pública, ó mas bien dicho—con las fuerzas *estimulantes*; pues es preciso tener presente que la Constitucion inglesa menosprécia la fórmula *absoluta* del Progreso, y que la sostituye con la fórmula *práctica* de los estímulos directos y libres del individualismo y de la opinion. El Dean Funes ignoraba, como lo ignoraban los maestros á quienes copiaba, que todo el secreto con que los ingleses unen la *solidez* de su gobierno á la *libertad* y al *imperio* de la opinion pública, consiste en una *descentralizacion administrativa* que hace de todo el pais un sistema de corporacion libres y propias, que se gobiernan á sí mismas; y en el *mecanismo parlamentário*, arreglado de modo que los gefes de la mayorías electorales se mantengan ó se succedan en el poder, solo y cuando estas mayorias los apoyan. Viéndose el Dean en el apuro de tener que combinar una Constitucion política en momentos en que sus amigos anhelaban ante todo resistir á la insurreccion de las masas, *creando un gobierno fuerte y sólido*, echó mano del único médio que conocia: medio vulgar y empírico, que consistia en fabricar un testo para declarar legal y omnímodo el poder de los amigos políticos que le habian encargado la obra. Creyó que para esto bastaria tomar de la Constitucion inglesa sus elementos aristocráticos como fuerzas moderadoras y resistentes; y trasladando esa utópia á la Constitucion Argentina, constituyó un Poder Electoral y un Senado enteramente á la inglesa, que no tenia mas que el pequeño defecto de no tener vida política propia. Daba por sentado esta Constitucion que cada ciudad debia tener un Cabildo, como dis-

ponian los Estatutos de 1815 y 1817, electo por su vecindario. Cada uno de estos Cabildos debia diputar un miembro de su seno y un vecino de su distrito *afincado por diez mil fuertes á lo menos*, para que reunidos todos estos Diputados de las diversas Ciudades de cada Provincia en un lugar central de ella, formasen una terna (uno de cuyos miembros *debia ser de fuera de la provincia*) sobre la cual terna el Senado mismo debia designar, á mayoria de votos, cual de los tres propuestos habia de ocupar el asiento. Ademas de este Senador *provincial*, eran tambien miembros del augusto cuerpo, el Obispo de la Diócesis de la Capital por la primera vez, y despues un Obispo que debia ser electo por los cuatro ó cinco Obíspos del territorio Entraban tambien en su composicion tres Senadores *Militares* de alto grado, cuya designacion se dejaba al Gefe del Poder Ejecutivo. Los Cabildos eclesiásticos, reunidos á los Curas, de parroquias y otros prelados componian otra asamblea electoral para elejir tres Senadores *del clero*; y por fin, cada Claustro Universitario de los reconocidos en la República para conferir grados académicos, tenia el deber y el derecho de nombrar otro Senador entre sus Miembros.

Con esto, el Dean Funes se figuraba haber constituido en el Congreso un gran poder moderador, capaz de resistir al Ejecutivo por intereses de *clase y de arraigo territorial*, como la nobleza inglesa, y apto al mismo tiempo para cooperar á la accion salvadora del gobierno contra la turbulencia imprudente de los partidos plebeyos, animados del deseo *irreflexivo* de demoler el edificio tradicional, que la Revolucion habia puesto en manos de los patriotas, con el fin de que lo adaptasen poco á poco á las nuevas necesidades. Pero sea de esto

lo que fuere, la verdad es, que por criticable que fuera en cierto sentido el plan del PODER CONSERVADOR que habia trazado el Dean Funes; en otro sentido, y abstraccion hecha del momento histórico, sus fundamentos serán siempre de una eterna verdad; y la misma Democracia de la América del Norte ya está dando al mundo el triste espectáculo de una corrupcion precoz y rápida, procedente de ese su mecanismo de gobierno, que no tiene mas resortes activos que la incesante intriga de las elecciones populares y la omnipotencia personal de los Presidentes, sucediéndose de la mano del uno á la mano del otro, sin resortes intermedios que dén entrada á los influjos de la opinion y del debate parlamentario, como en Inglaterra y en Suiza. En nuestros mismos dias, cuando uno de los pensadores mas liberales y mejor intencionados de la Francia quiso imaginar una forma completa de *gobierno liberal y ponderado* para esa gran nacion, (que tan pronto habia de darnos un desgraciado espectáculo) no encontró por cierto otra forma mas práctica que la del Dean Funes, que presentar al estudio y á la adopcion de su pais; [1] y hoy mismo, no hay un publicista sério en ninguna parte del mundo cuyo objetivo principal no sea el de ver como se pueden adaptar á la constitucion republicana de los pueblos libres, los *elementos propios* de toda sociedad civilizada, cuyo juego es tan facil y tan completo dentro del mecanismo inglés; al paso que el mecanismo norte-americano no se mueve ni se expande sino mutilando y anulando muchísimos de los elementos mas vitales de una nacion, oprimiéndolos de una manera tiránica que de dia en dia es mas contraria á la justicia, á la

1 Prevost-Paradol: *La France Nouvelle*: composicion del Senado ó *cámara alta* del proyecto de Constitucion Republicana.

verdad política, y á los intereses generales sobre que reposa la civilizacion de todo pueblo libre. [1]

La Cámara de Diputados procedia de la eleccion popular sin mas limitacion que la calidad de *propietario ó rentado* que debia tener el electo, y la de que se eligiese un Diputado por cada 25 mil habitantes.

En cuanto al Poder Ejecutivo, como el Dean Funes no tenia un Rey de quien echar mano, copiaba á los Norte-Americanos y traspasaba al Presidente ó Director todas las atribuciones de ese poder, pero le quitaba las limitaciones que en los Estados Unidos le pone la intervencion del Senado; y le entregaba el nombramiento y destitucion espontánea de sus ministros para que fueran su simple hechura, y nada mas que los actuarios serviles que debian refrendar sus actos: fórmula vacia y absurda, contaria á todo mecanismo sério de gobierno, por que no se necesita mandar que el Gefe del Ejército tenga *favoritos titulares* que le ayuden á hacer su antojo en el poder. Que se le mande ó no se le mande eso, es indispensable que sus paniaguados estén á su lado y que recíprocamente se sirvan de instrumentos personales para gobernar. La Inglaterra obra de otra manera, como se sabe; allí el Ministerio es una Comision ó Gabinete, un cuerpo colectivo igual en el fondo al de Suiza, y procedente de los movimientos eventuales de la opinion pública.

Así como esta fué la primera vez que en el desarrollo orgánico de nuestra Revolucion se hizo sentir el influjo norte-americano por la division del Congreso en dos Cámaras, fué tambien la primera vez en que ese mismo influjo llevó á nuestros constituyentes á combinar, con sistema, un

1. Véase en esta *Revista* mis artículos sobre el *Poder Ejecutivo*.

Departamento Judiciario. Pero es preciso convenir en que ninguno de los que tomaron por norma este modelo, habia comprendido el resorte práctico de la constitucion de los Estados Unidos en este punto. Copiando el aparato esterior y los nombres de los tribunales, desconocieron el mecanismo especial y soberano con que esta constitucion impera en el límite que une lo *Politico á lo Civil*, para someter la Ley y los Poderes que la dan, á la verdad práctica y absoluta de la institucion fundamental.

Podria pues decirse con verdad que la parte reflexiva y adaptable de la constitucion del año XIX estaba reducida á buenos propósitos en el sentido de los intereses conservadores, que son siempre lejítimos y respetables en toda sociedad libre y liberal. ,Pero al mismo tiempo, tenemos tambien que decir que todo su sistema de resortes prácticos, era no solo erróneo y mal estudiado, en nuestro concepto, sino que habiendo sido concebido y adoptado en mira de un interés de partido, de un conflicto de situacion, debia levantar en contra suya todas las prevenciones y conveniencias con que los otros partidos se movian, para suplantar revolucionariamente á los que procuraban crear esas fuerzas *resistentes* con que querian *conservarse* en el poder.

Como era natural, la Constitucion del año XIX mantuvo la Seccion V del Reglamento Provisorio de 1817, que habia dicho—«Las elecciones de Gobernadores Intendentes, Te-
« nientes Gobernadores y Subdelegados de Partido, se harán
« *á arbitrio* del Supremo Director del Estado, de las listas
« de personas elegibles de *dentro ó fuera* de las Provincias,
« que todos los cabildos formarán y remitirán en el primer
« mes de su eleccion.» Pero ella no mantuvo esta resolu-

cion clara y terminantemente, sino guardando un absoluto silencio en el particular, y diciendo asi en el *capítulo final*:—« Continuarán observándose las Leyes, Estatutos, y « Reglamentos que hasta ahora rigen en lo que no hayan « sido alterados ni digan contradictoriamente con la Cons- « titucion presente *hasta que reciban del Congreso las refor-* « *mas que estime convenientes.*»

En cuanto á garantías individuales la Constitucion consagraba algunos principios absolutos del *Hábeas corpus* inglés. Pero como sus autores no habian comprendido que todo el mérito de esa garantía consiste en ser *una escepcion prévia de nulidad por falta de causa eficiente*, desconocieron que sus virtudes prácticas estaban en el procedimiento civil que autoriza al reo á hacer verificar por cualquier juez la causa de su prision, bajo el réjimen de la accion de daños y perjuicios y de multa, si no hubiera conocido y juzgado la escepcion en el término perentório de la ley. Desconocido esto, que era lo esencial, de nada servia ni á nada conducia el declarar que *la casa del ciudadano era inviolable y sagrada* con otras sublimidades que quedaban reducidas á palabras delante del interés y del antojo del poder.

No es por cierto poco característica la filosofia política con que el Congreso vindicaba todo este organismo en el solemne manifiesto de Precedentes y Motivos con que promulgó la constitucion. En algunas partes se le vé recurrir al *idilio* como los famosos *Montañeses* de la Convencion, que pretendian tomar el *naturalismo* por regla absoluta de la organizacion social, y que exterminaban los vícios con la guillotina para restaurar en la sociedad los *mansos*, los *dulces*, los *tiernos sentimientos de la madre naturaleza*. Así

vemos á nuestros Lejisladores del año XIX deslizarse con encanto en frases como estas:—« Fué preciso á vuestros « tiranos que cerrasen los Archivos de la Naturaleza para « que no pudieseis encontrar los títulos de vuestra libertad, « igualdad y propiedad. Pero ellos se os abren hoy á « vuestra vista.....Entrando el Congreso en el corazon « del hombre, y conociendo la marcha de las pasiones pre- « vino las consecuencias de un paso resbaladizo.....» «¡Hemos tenido presente el *tierno cariño y confianza* que debe unir *el corazon* del pueblo á los Diputados que elije!»

Pero tambien es justo decir, que salvo uno que otro punto débil de la redaccion, el Manifiesto es un precioso papel político, que resúme con pasion elevada y noble todos los antecedentes de nuestra guerra contra la España: de nuestras desgracias internas; el heroismo de los pueblos en los sacrificios que han hecho para obtener la victoria; y la pasmosa confusion de ideas que ha prevalecido sobre ellos, al mismo tiempo, para impedirles que tomaran al fin la forma definitiva que ahora les daba el Congreso como solucion á todos esos males, á todas esas dudas, «y como complemento de su grandioso destino.» Una vez que uno se hace una idea de las angústias del momento en que fué hecha esta suprema tentativa, y de los nobles propósitos que ella tenia en vista, es imposible leer ese papel sin sentir una emocion llena de piedad religiosa ácia los patriotas que cayeron con ella mártires de los intereses y de las responsabilidades que les habia impuesto la Revolucion misma. Su mira habia sido:—«organizar de un *modo mixto* los Poderes « Públicos bajo una forma *unitaria* de gobierno; porque, ¿qué « otra cosa es la constitucion política de un Estado, sinó

« ese solemne pacto social que determina la forma de su « gobierno, asegura las libertades del ciudadano y *abre los* « *cimientos del reposo público*?.....La presente Constitu- « cion, como decia una pluma sábia (Sieyes) no es, ni la « democrácia fogosa de Atenas, ni el régimen moral de « Esparta, ni la aristocrácia patricia ó la efervescencia ple- « beya de Roma, ni el gobierno absoluto de Rusia, ni el « despotismo de la Turquia (oh!) ni la *federacion complicada* « de algunos otros Estados.....Para hacer buenas leyes, « dijo un filósofo, se necesita *cabezas frias* y *corazones* « *puros*.»

Apesar de todas las perfecciones con que la Constitucion del año XIX pretendia organizar la República Argentina, los pueblos que ocupaban su vasto territorio se hallaban en mal momento para entenderse con *tierno cariño* sobre el modo de gobernarse con el juicio y con la sensatez que los Lejisladores querian pedirles. Se hallaban unos en plena revolucion, y los otros dominados por pasiones incoherentes y por caudillos locales, que hacian imposible el avenimiento reflexivo de todos; para que renunciando á los moviles sórdidos de su egoismo, sugetase cada uno su posicion y sus miras á los influjos orgánicos de la ley general.

En este embate de aspiraciones emancipadas de todo freno, el único recurso imperante que hubiera podido salvar á la Constitucion Nueva y hacer prácticas sus claúsulas, estaba en la fidelidad y en la abnegacion de los Gefes que mandaban el ejército *Auxiliar del Perú* y el ejército de los *Andes*. Pero el General Belgrano estaba moribundo; y solo haciendo un sacrificio dolorosísimo habia podido mantenerse á la cabeza de su ejército, haciendo incurable quizás

la enfermedad que muy pronto debia acabar con su preciosa vida. Retirado su ejército á la *Cruz-alta* en virtud del armisticio de Abril celebrado con el caudillo de Santa-fé, presidió la *Jura* de la Constitucion el dia 24 de Mayo, como estaba ordenado; y no pudiendo permanecer por mas tiempo en el campamento, dejó el Ejército á las órdenes del General D. Francisco Antonio Cruz, uno de los hombres mas honorables por cierto de nuestro pais; y se fué á Tucuman con la esperanza de que aquel clima cálido y consistente pudiese aliviarlo, para continuar esa carrera de abnegacion y de templanza que lo hace un personaje único en nuestra historia.

El viaje del general Belgrano, aunque forzoso por la situacion desesperada de su salud, tenia tambien un objeto que coincidia con la política. Un rumor autorizado por muchas circunstancias concurrentes, hacia temer que reventára en Tucuman un motin, aprovechándose los descontentos de la salida y del alejamiento del ejército; y aún se decia tambien á voz en cuello que existian relaciones sediciosas con algunos de los gefes principales del ejército; se esperaba pues que la vuelta del venerable general sería de bastante influjo para estorbar ese escándalo. Güemes habia tenido anuncios de lo que se maquinaba en Tucuman y se lo habia escrito al General Belgrano, diciéndole:—«Compañero y amigo: son ciertamente « de grande consideracion los males que han ocasionado los « partidarios del desórden; y es preciso que si no se convencen por su propio desengaño, sean escarmentados al fin por « la justicia. No faltan hombres virtuosos que nos ayuden « para acabar con la causa de la anarquía. Yo me propongo con empeño castigar tanto á los perturbadores del « sosiego público como á los enemigos de la libertad etc.

« etc.» Al hablar así Güemes invocaba la autoridad que investia, porque temiendo el general que al sacar el ejército de Tucuman quisiese alguien querer alterar el órden público, ó que Olañeta invadiese la provincia con los realistas del Alto-Perú, habia nombrado á Güemes Comandante General de Vanguardia, encomendándole el mando directo de la guarnicion que dejaba.

Marchaba el general con la lentitud á que le obligaba su mal estado, cuando le llegó la noticia de que el coronel de milicias D. Bernabé Araoz habia encabezado un movimiento anárquico en Tucuman y habia declarado la independencia absoluta de la provincia. Producido el hecho, el General nada podia remediar. Su postracion física era tal por otra parte, que no le permitia reunir ni dirigir elementos de reaccion en caso que hubiese podido hallarlos. La guarnicion que el General habia dejado allí se componia de varias compañías ó piquetes sacados de los cuerpos veteranos, que componian un total de quinientos infantes y sesenta *Dragones*, á las órdenes del Coronel Arévalo: hombre que á su génio bondoso reunia un temperamento indolente y un cuerpo obeso. El Capitan del piquete del número 9 de línea D. Abrahan Gonzalez se habia comprometido con D. Bernabé Araoz á sublevar su piquete con tal que este caudillo cooperase con gruesos grupos de campesinos que ocurriesen á la ciudad en el mismo momento en que estallase el motin. El 8 de Abril á las once de la noche Abrahan Gonzalez puso en armas su piquete y complicado con otros oficiales ocupó la plaza principal y mandó tocar *à arrebato* con las campanas de la Matriz. Desde la tarde del mismo dia se habia preparado Araoz á

cumplir por su parte lo convenido, con tanta mayor exactitud cuanto que aquel movimiento se hacia para entregarle el Gobierno de la Provincia. El Coronel Arévalo dormia á la sazon en el Cuartel de los *Dragones*. Al oir el alboroto, quizo armarse y salir al conflicto; pero fué detenido por el Sargento Mayor D. Felipe Heredia y por otros oficiales que le intimaron prision y lo encerraron. El Gobernador La Motta, atacado en su casa por un grupo de gauchos comandados por el mismo Araoz, quiso hacer armas, pero habiendo sido herido por un bayonetazo [1] fué tambien puesto en prision. Entretanto Abrahan Gonzalez que se habia declarado Comandante General de Armas de la Provincia de Tucuman y D. Bernabé Araoz despachaban correos por todas las campañas inmediatas ordenando á los vecinos que bajasen á la ciudad el dia siguiente á las 10 de la mañana *para nombrar al Coronel Mayor D. Bernabé Araoz Director de la República independiente de Tucuman*: república cuya historia haremos mas adelante, al caracterizar la situacion interna y relativa en que quedáron las Provincias argentinas despues de esta disolucion general del cuerpo político que hasta entonces habian constituido.

Este escandaloso atentado fué el primer síntoma que anunció el terremoto general que iba á derrumbar para siempre, sobre sus propios cimientos, el edificio orgánico y administrativo del viejo régimen en que se habia ubicado la Revolucion de Mayo, para echarnos en ese azaroso y oscuro camino del régimen federal, que no podiamos alcanzar sino al través de campos de sangre y á costa del sudor de

1. Peligros y desgracias de la pátria pág. 7 etc. etc. *folleto* del Dr. D. Manuel Antonio Castro (1820.)

nuestra frente, como el réprobo de las Escrituras que tuvo que ganar su redencion con el sudor de su trabajo.

Araoz, gefe de la insurreccion de Tucuman, era una especie de tipo clerical y beato: grande hipócrita en las formas, y en el fondo diabólicamente díscolo y ambicioso. Habia tomado una parte activa en la guerra local contra los españoles, cuando estos, pasando de Salta, habian tocado en Tucuman; pero nunca habia salido de su provincia, cuidando siempre de figurar á la cabeza de sus milicias, entre las cuales, por su riqueza rural y su estensa familia, tenia ciértamente mucho influjo. Sus modales y sus hábitos eran aguazados: sus ideas estrechas y completamente plebeyas. Habia entrado de lleno en los propósitos de Ramirez y de Artigas, para segregar de la Union argentina á Tucuman, y para constituirlo en *Repiblica independiente*. Participaba de todos los ódios y preocupaciones que hacen incoherentes los intereses provinciales con la coexistencia de leyes generales de gobierno.

El movimiento anárquico por cuyo medio se habia colocado á la cabeza de la provincia de Tucuman, segregándola del Congreso, ponia á Güemes en una dificil situacion. Como Güemes habia mandado hasta entonces en su provincia apoyado por el Ejército y por la estrecha amistad que tenia con Belgrano, el poder personal con que pesaba sobre Salta habia estado hasta entónces, por decirlo asi, garantido de todos los lados y exento de todo peligro. Pero alejado el ejército é insurreccionado Araoz en Tucuman, las cosas cambiaban de aspecto. Salta estaba llena de descontentos: lo eran las gentes mas visibles y mas distinguidas de la Provincia. Para ellas, ese poder personal de Güemes,

era insoportable, por lo mismo que le venia del predominio que tenia sobre las masas y sobre la plebe. Él mismo, si no era tirano, era completamente rebelde á los influjos de la opinion, y tenia el hábito de gobernar á su solo antojo, disponiendo de los hombres y de los caudales segun él lo entendia, y perseguia tambien, como era natural, á los que intentaban derrocarle para gozar de mayor influjo y de mayor libertad. La revolucion de Araoz vino pues á levantarle una espécie de rival, y á crearle un peligro sustrayendo á Tucuman de su influencia directa. Movido por estos intereses, Güemes se habia declarado contra *los anarquistas* que pretendian descomponer una situacion cómoda y asentada para él, como la que se habia hecho consiguiendo esta escepcion consentida respecto de la situacion política en que constitucionalmente estaban los demás gobernadores.

Verdad es que esta escepcion tenía su razon de ser y grandes ventajas para los intereses lejítimos del pais. Salta era entonces un *campamento de avanzada* militar mas bien que una provincia administrativa. Y en este sentido, era indispensable que su gefe tuviese aquellos poderes discrecionales que son de todo punto necesarios para hacer la guerra y repeler invasiones. Pero esto no impedia que esa Provincia tuviese tambien en su seno caros intereses civiles y políticos, que vivian ajados por aquel caudillo militar; asi es que la situacion interna de Salta era sumamente complicada. Güemes era odiadísimo por la burgesia de su provincia, á pesar de sus esclarecidos servicios, al mismo tiempo que venerado por las masas guerrilleras de la campaña: las qué, siguiéndolo con abnegacion y con entusiasmo, obedecian al atractivo prestijioso que la gloria militar,

cuando es verdadera, tiene siempre sobre ellas. En esta posicion escepcional, todos sus intereses estaban pues del lado del órden nacional existente: lo cual venia á hacer inminente el peligro de guerra civil, no solo entre las dos Provincias, sinó complicando tambien á Catamarca y Santiago del Estero.

El sacudimiento anárquico de Tucuman produjo una impresion funesta en las provincias interiores. Todos comprendieron que aquel era el principio de una série de perturbaciones, cuyo fin y consecuencias eran bien fácil de preveer en la ruina total de toda la organizacion pública, de un estremo á otro de la República. En Córdoba sobre todo, fué donde el ejemplo contribuyó á dar mayor ánimo á los hombres que propalaban la necesidad de derrocar, para siempre, la prepotencia administrativa y local, que los partidos de Buenos Aires habian ejercido hasta entonces en la marcha de los sucesos y en la direccion del pais. El General Paz conviene en sus Memorias [1] en que el partido disolvente ó montonero contaba allí con la adhesion de todas las familias antiguas, de todos los hombres activos y acomodados, de los guazos de la campaña y de la pleve de las ciudades. Si Córdoba no se habia colocado yá á la cabeza de los movimientos anárquicos contra Buenos Aires, habia sido porque su situacion mediterránea, enclavada entre las demás provincias, la hacen un territorio sin fuerzas de defensa propia, un mal punto estratégico, como dicen los militares, que carece de médios para cerrar sus entradas y de respaldares seguros para retirarse. Flanqueada á la vez por la division de San Luis y por el ejército del norte, habria ca-

1. *Memorias* vol. 2. pág, 7.

recido de todo para sostenerse y aún para subsistir, en el caso de que se hubiese lanzado á un movimiento de segregacion. Pero el conato de la revolucion germinaba en cada casa y en el corazon de cada uno de sus hijos.

Córdoba estaba pues en aquellos momentos en una grande efervescencia. Jamás habia tenido antes, ni ha tenido despues, un gobierno representado por hombres mas distinguidos y mas honorables que los que Pueyrredon habia comisionado para gobernarla: eran el Dr. D. Manuel Antonio Castro como Gobernador Intendente, y el General D. Juan Antonio Alvarez de Arenales como Comandante General de Armas. Pero es preciso decirlo: jamás tampoco estuvo aquel pueblo animado de pasiones políticas mas ardientes, ni mas uniformadas que entonces, contra ese gobierno y contra la capital donde tenia su orígen legal. Todas las miradas de los descontentos se dirigian á los gefes de las montoneras, como á Salvadores de la Patria y Precursores de los grandes bienes desconocidos que anhelaba el Patriotismo de la provincia. Movidos por este sentimiento casi unánime, los cordobeses ponian todas sus esperanzas en el General Bustos Gefe de Estado Mayor del Ejército, y en el Teniente Coronel Paz, naturales de Córdoba. Ambos eran muy influyentes en el Ejército: el uno por el puesto elevado que desempeñaba en él, el otro por que era el oficial de talentos militares mas aventajados entre todos los que mandaban los cuerpos. El uno y el otro se prestaron á oir á los descontentos de su Provincia natal, y entraron con ellos en el plan inícuo y vergonzoso de fraguar la sublevacion del Ejército. Ambos aspiraban secretamente al predominio local de la provincia. Lo que era Lopez en Santa-fé, Ramirez en Entre-rios, Artigas

en la Banda Oriental, Araoz en Tucuman, Güemes en Salta, era lo que Bustos y Paz aspiraban á ser en Córdoba. Por el momento, ambos aunaron su respectivo influjo en el mismo plan de sublevar el Ejército, y de apoderarse de su precioso bagaje, para constituir un centro de poder militar en su provincia natal. Pero Paz despreciaba á Bustos completamente. Le tenia con razon por un militar inepto: lo creia demasiado negligente para temer que supiera ganarse el espíritu de la tropa, ó constituirse un partido que fuese suyo. Esperaba pues servirse del influjo que le daba el rango de Mayor General para que encabezara el motin; pero se reservaba desbancarlo despues, para colocarse de Capitan General y Supremo en Córdoba. Sus mismas *Memorias* lo declaran con muy poco disimulo. Por mas que el General Paz haya querido vindicar los propósitos que lo guiaron entonces, y manifestar su arrepentimiento tardio despues que pasó por la vergüenza de ver burlada su triste ambicion por su cómplice, con cuya sorna paciente no habia contado, ya veremos á su tiempo como su criminal proceder queda revelado, por pruebas fehacientes que no se pueden rehusar; con pruebas dadas por él mismo que demuestran que todo su objeto habia sido constituir en Córdoba, bajo su mando directo, un centro de poder militar, y un partido personalmente suyo que le apoyase. Su conducta fué hija del mal ejemplo y de la desmoralizacion general; pero no fué la consecuencia de las altas y nobles miras con que ha querido cohonestarla, y cuya realizacion, él, mejor que nádie, sabia que era incompatible con el paso que daba; paso que lo alejaba para siempre de la estimacion del General San Martin, de Belgrano y Güemes, que eran los únicos gefes con quienes podia

pensar en continuar sus servicios en la guerra de la independencia.

El General San Martin estaba perfectamente al cabo de todas las dificultades de la situacion: conocia los síntomas malísimos que germinaban en el ejército del General Cruz acampado ahora en el *Pilar*, á orillas del Rio Segundo á doce leguas de Córdoba; sabia las diarias idas y venidas de los oficiales á entenderse con los descontentos y anarquistas de la ciudad. Pero retirado á Mendoza tenia á Necochea en San Luis, á Alvarado en Mendoza, y á Zequeira en San Juan, diciplinando las fuerzas con todo empeño para poder separar á tiempo las que debia entregar á D. Marcos Balcarce, y llevarse las demas; pues él comprendia perfectamente que el armisticio de *San Lorenzo* no daria resultados, y que muy pronto iban á romperse las hostilidades. Los caudillos de las montoneras sabian bien todo lo que se hacia, y contaban por su parte con un auxilio que debia mandarles D. Bernabé Araoz desde Tucuman, á las órdenes de Felipe Heredia, para apoyar la insurreccion de los campesinos de Córdoba y la sublevacion del Ejército en el Pilar; en cuyo plan estaba tambien complicado, como cabeza, el Coronel D. Alejandro Heredia hermano del anterior. Asi es que dada la situacion, eran naturales y necesarias las precauciones y las intrigas de los unos y de los otros; por que eran medios de defensa recíproca en esa lucha terrible en que los partidos estaban empeñados. Los montoneros contaban en todas las provincias con un partido local que aspiraba á usurpar el gobierno interno rompiendo todo vínculo político con la Soberania nacional. La insurreccion de Tucuman lo probaba; y era muy probable que la chispa hubiese prendido en el Ejército *Auxiliar* acantonado en el *Pilar*; y

quizás en algunos de los cuerpos del de *los Andes* acantonados en Cuyo. Todo esto hacia que el General San Martin estuviese en Mendoza como sobre áscuas; pues resuelto á no obrar militarmente contra el desorden, su único anhelo era romper cuanto antes las ligaduras que lo ataban á esta infernal situacion.

Con esa habilidad consumada con que sabia teger poco á poco y desde lejos los hilos de un plan político, él habia conseguido ir preparándose á desembarazar su posicion. Para esplicar su proceder permítasenos hacer algunas reminicencias. Retirado á Mendoza por el disgusto que tuvo con Pueyrredon, Zañartu habia quedado encargado de formular las bases que dieron por resultado que el general retirase su renuncia y que trajese á Cuyo parte de sus tropas, *quedando por arreglar* con mayor formalidad, entre comisionados especiales de Buenos Aires y Chile: 1.° lo relativo á la Expedicion del Perú: 2.° la defensa de Cuyo y las operaciones contra los Montoneros. Con este motivo, el gobierno de Chile urgido por San Martin, despachó inmediatamente á uno de sus ministros, el Sr. D. José Antonio Irrizarri, para que cuanto antes se celebrase ese tratado. El Gobierno de Chile tenia grande interes en la defensa de Cuyo, para cerrarle alli el paso á Carrera si intentaba invadir. Asi es que el General San Martin habia acantonado á Las Heras en *Curimon* con el Segundo Cuerpo del Ejército, para que estuviese en disposicion de proteger los pasos de la Cordillera, ó de acudir al socorro de la capital en el caso de una asonada.

En el tratado que hizo Irrizarri hay un episodio curioso, que hasta ahora no ha llamado la atencion de los escritores por que el hilo de todas estas complicaciones está en la parte

secreta y tradicional del movimiento. En ese tratado se estipula que el ejército Aliado marcharia al Perú perfectamente dividido en las dos nacionalidades, al mando de dos Generales en Gefe y que cada uno de estos dos Generales tendria *á su cargo respectivo las cuentas, la mansion del Ejército en Lima y la conservacion del orden de las tropas.* Si se reflexiona sobre el inmenso prestigio y aun predominio que San Martin ejercia en Chile, parecerá á cualquiera muy estraño y tambien absurdo que se hubiese pactado una forma tan inadecuada para una operacion militar de aquella importancia. Pero esa habia sido obra del General mismo. Aparentando un temor que no tenia, de verse obligado á entrar en las ideas de Pueyrredon aunque fuera contra su voluntad manifiesta, como no cesaba de protestarlo, buscaba ante todo un compromiso del gobierno argentino de hacer con Chile la expedicion al Perú, y se sometia á la eventualidad de que no pudiendo ir él en persona, fuese menester que lo reemplazase el General D. Antonio G. Balcarce, el General Las Heras, ú otro. Con esto, el General San Martin suprimia dudas y desconfianzas para ir pronto al tratado que era lo que queria primero; y como estaba seguro de que su voluntad y su influjo era el que habia de predominar en Chile, una vez que estuviese pronta la expedicion, lo estaba tambien de suprimir en el momento decisivo al General Chileno, para concentrar en sus manos todo el mando de ella. Pueyrredon se habia retirado ostensiblemente del gabinete pretestando la herida que le habia hecho el polvorin. Pero ni Rondeau que le sostituia, ni los ministros hacian cosa alguna sin consultarlo y sin recibir sus órdenes. Esto dificultaba la situacion de San Martin por que el Director se le habia puesto á trasmano para evitar el contacto y hacer una resistencia tanto mas intratable cuanto mas intan-

gible era oficialmente el que la hacia. Aparentando pues flexibilidad, aunque sin dejar de protestar contra lo que se exijia de él, conseguia remontar sus divisiones con nuevas reclutas, y levantar mucho dinero para pertrechar los buques de la Escuadra y las tropas. Jamas á pueblo alguno le costaron mayores sacrificios y mayores amarguras que al nuestro los grandes y generosos beneficios que hizo á los demas! No he tenido ocasion por mi parte de examinar las cuentas oficiales de aquel tiempo, ni sé tampoco si existen rastros para averiguar el monto de los dineros que el general San Martin tomó y aplicó en esta época al pertrechamiento de la Expedicion al Perú. Pero consta que muchas veces detuvo cantidades gruesas en *efectivo* que el comercio de Mendoza y de Chile remitia á Buenos Aires y á Europa, girando letras contra nuestro erário, que causaban á veces enormes apuros y rumores notórios. Dándole noticias de esto Dª. Javiera Carrera á su hermano D. José Miguel, se espresaba así—«Este último correo de Chile no metrajo ninguna « carta de mi familia, ni sé otra cosa sino que segun se dice se « pasa para allá muy pronto San Martin ó *Neron*; pero qué sé « yó si creerlo; por su última hazaña parece que lo verificará « traia el penúltimo correo 30 ó 40 mil pesos de varios indi- « viduos. Se echó en Mendoza sobre ellos y libró contra « este gobierno á cuenta de los 500 mil pesos que habian « acordado mandarle para la tercera entrada en que tal vez « lo venzan. Parece que en médio de grandes dificultades, « estas cajas están cubriendo, no sé si todo ó parte de la can- « tidad. Ello es que ya ni cartas ni plata están seguras al al- « cance en que la rapiña puede ejercer su costumbre» Como esta carta fué interceptada, y figura por eso en el *Proceso de los franceses*, el editor oficial le pone esta nota:—«Mentira y « contradiccion mugeril: *el dinero que se toma del comercio*

« se cubre religiosamente. . . .y es un favor para el comercio « entregar aquí la cantidad *si acaso fué tomada*» El hecho es incuestionable y nada hay en él que autorice una calumnia contra la probidad de un hombre que á su génio superior reunia la mas noble probidad y el arreglo mas escrupuloso en todo lo que era de administracion; y solo asi se esplica que con los miserables recursos que tenian entonces estos paises, él hubiese podido libertar á Chile, pertrechar escuadras poderosas y libertar al Perú. Eso solo es un prodigio que prueba hasta la evidencia la infame procacidad de los que han querido mancillar su honra. San Martin era purísimo, muy clemente y ejemplarmente parco. Su conducta no se presta al menor reproche, ni puede hacérsele otro que el de haber abandonado á Pueyrredon y á los Argentinos en pos de la gloria de libertar al Perú y de arrojar á los Españoles del suelo Sud-Americano.

Ordenada la Jura de la Constitucion para el 24 de Mayo y levantada la candidatura del General San Martin por Pueyrredon mismo como necesaria, como indispensable, fué preciso que las cosas hicieran crisis, y que San Martin se resignase ó que se emancipase de las responsabilidades que se le querian imponer. Su negativa fué terminante. En ella le notificó á la Lógica que no aceptaria jamás el poder: que cubriria militarmente á Cuyo mientras se formaban las fuerzas nuevas con que debia reemplazar las suyas: que en Noviembre á mas tardar debian enviarle al General D. Marcos Balcarce para que se recibiese de ellas; por que él lo tenia ya todo preparado para pasar á Chile y ponerse á la cabeza de la Expedicion; y añadia que si el gobierno argentino encontraba

1. Véase páj. del número anterior de esta Revista.

que su resolucion era contraria á los intereses políticos de la administracion, estaba conforme en renunciar á su grado y desolver sus despachos.[1] Pueyrredon sabia muy bien que esta habia de ser la respuesta del General, pero queria prevalerse de ella para darse por ofendido, para poner un término definitivo á los sacrificios que estaba haciendo, y para echar sobre otra víctima el empuge de los males y desordenes que veía venir, sin remedio posible, desde que las fuerzas militares y los Generales le diesen la espalda á esa infeliz Constitucion, que despues de tanto labor, para darle formas, nacia expósita y muerta.

El 28 de Mayo de 1819 se reunió la Lógia á pedido del Supremo Director con este motivo. Él mismo hizo valer su nombre para que asistiesen los afiliados, por que desde que las cosas habian empezado á presentar mal aspecto no era fácil lograr crecida concurrencia. Pero reunida asi una concurrencia *respetable*, el Director usó de la palabra exponiendo con claridad la situacion en que se hallaba el pais. Declaró que él se consideraba perdido en la opinion y en una imposibilidad completa de obtener resultados, por que no solamente se habia gastado, sino que habia perdido todo el aliento y la fé que en otros tiempos habia tenido. Estaba desencantado, vencido; y se creia con el derecho de que le dejasen vivir al menos. Por otra parte, dijo que tenia una grave ofenza contra el General San Martin que era una llaga para su corazon; por que cuando él, que se habia sacrificado por el General, creia que este era quien debia ha-

1. La voz pública venia propalando el rumor de este incidente desde algun tiempo atras como se puede ver en la Gaceta del 19 de Enero de 1820 y en las *Memorias* del General Paz, tomo 2 páj. 13, (nota).

ber tomado la direccion de las cosas, ó venir al menos á traernos los frutos que los argentinos tenian el derecho de recoger despues de sus triunfos, el General los abandonaba á los acasos de la mala suerte y arrastraba en pós de sí las tropas con que la Pátria debia salvarse. Fué tal la profunda emocion con que el Supremo Director enunció sus ofensas, tal la tristeza de sus conceptos, el aspecto dolorido y sereno con que los expuso, conteniéndose sin embargo en los límites de una esquisita urbanidad, que nádie se atrevió á negarle su justicia; y aunque todos le rodearon haciéndole instancias premiosas para que no dejase el mando, él, cada vez mas sério é intransigente, lo rehusó, y se retiró dejándolos que deliberasen sobre cual seria el patriota bastante honorable y resignado á quien se le impondria el terrible deber de tomar el gobierno en aquellos momentos.

Despues de una muy corta deliberacion, todos se convinieron en nombrar al honradísimo General Rondeau: hombre lleno de abnegacion; sumiso al deber, animado de un patriotismo puro, candoroso, y bastante sereno ó frio para no sentir vacilaciones de espíritu al arrostrar las responsabilidades de una situacion, que era en verdad demasiado densa para las fuerzas de su mirada.

El Congreso aceptó publicamente el dia 9 de Junio de 1819 la renuncia del Sr. D. Juan Martin de Pueyrredon; y nombró al General D. José Rondeau Director Supremo de las Provincias Unidas de Sud-América.

Entretanto, las cosas de Santa Fé comenzaban á presentar un aspecto malísimo y desleal. En obséquio de la verdad es preciso convenir en que Lopez no mostraba un encarnizamiento tan grande contra Buenos Aires como el que habian

mostrado hasta entonces Artigas y Ramirez. Lopez era demasiado astuto para no comprender que por su propia situacion territorial, estaba forzado á ser el protegido y subalterno de Ramirez toda vez que se hiciese intransigente con Buenos Aires, porque para hacer á este la guerra, tenia forzosamente que depender de los auxilios del otro: mientras que captándose la acquiescencia de la capital, se hacia el árbitro de la situacion, y podia decír como aquel Duque cortejado por dos reyes enemigos, que para recibirlos habia hecho teger alfombras con esta mote: *cui adheream prœst.* Lopez aprovechaba por esto, siempre que podia, de la ocasion de ir formando afinidades y antecedentes benévolos; pero en el año XIX no se habia puesto todavia en bastante evidencia, para que en Buenos Aires le diesen importancia propia. Se le tenia por un simple teniente de Ramirez; y él mismo contemporizaba con esta idea, mientras trabajaba rápidamente en su próxima independencia y predominio. Ramirez y Lopez conocian bien el estado del interior y las conjuraciones que se forjaban en los dos ejércitos: sabian que Paz y Bustos estaban decididos á sublevar el ejército *Auxiliar*: sabian que en la provincia de San Juan un tal Mendizabal, capitan retirado, hombre corrompidísimo y perverso, trabajaba por seducir oficiales del Núm. 1°. para sublevarlo; y como por el lado del Urúguay un nuevo ejército portuguez á las órdenes del Conde de la Figuera se habia situado, en los vados del *Quchuay*, para operar definitivamente contra Artigas, este caudillejo habia tenido que reconcentrar sus fuerzas dejando á Ramirez libre de todo temor de ataque, y en aptitud de emplear sus fuerzas contra el Director. Con estos antecedentes, en lo que menos pensaban Ramirez y Lopez era en tratar con el go-

bierno de la Capital ó en someterse por consiguiente á la Constitucion que se acababa de hacer jurar. Aceptado por Ramirez, D. José Miguel Carrera habia venido de Montevideo á Entre-Rios; con algunos partidarios que le seguian habia reunido un grupo como de doscientos veinte compatriotas suyos al que le daba el enfático título de *Division Chilena*.

Los Comisionados del Gobierno de Buenos Aires enviados para hacer la paz, estaban en *San Nicolás de los Arroyos* esperando que los Caudillos de Santa Fé y de Entre-Rios nombraran los suyos para comenzar la negociacion como lo habian ofrecido. Pero habian pasado cinco meses, de Abril a Setiembre, sin que este dichoso nombramiento se hiciera; y las causas con que se diferia eran ya notoriamente ridículas y burlescas. Entretanto, al gobierno de Buenos Aires le urgia mucho salir de las dudas, por que la situacion era insostenible en esta tirantez. Si habia voluntad de hacer la paz, no habia para qué tener al pais en semejante insubsistencia; y si por el contrario se hacia necesaria la guerra, era menester tomar medidas en este sentido, y que el Général Balcarce fuese á Cuyo á tomar el mando de las fuerzas del Gobierno.

Para salir de ambigüedades, los Comisionados de Buenos Aires le pasaron al Gefe de Santa-Fé una nota con fecha 8 de Setiembre de 1819.[1] Invocaban en ella la *profunda* satisfaccion que habian tenido el 18 de Mayo anterior al firmar en *San Lorenzo* los artículos adicionales al armisticio del 5 de Abril, por los cuales quedó convenido que *se encomendaba á la buena fé* de D. Estanislao Lopez *el activar la reunion* de los Comisarios que debian tratar de la paz. Esta alusion

1. *Gaceta* del 3 de Noviembre de 1819.

partia de que Lopez habia mostrado inclinaciones por la paz que parecian sinceras, al paso que Ramirez había pretendido hacer imposible la negociacion insertando exigencias de predominio personal exactamente iguales á las que Artigas habia pretendido imponer en 1816; [1] es decir, entrega de las fuerzas militares, armamento, artilleria, recursos etc. etc, á pretesto de ser el Gefe que tenía que defender el territorio contra *enemigos exteriores*. Lopez se habia comprometido confidencialmente á moderar las exigencias de su aliado trayéndolo á mejores términos, y habia demostrado con razon que mientras no lo hubiese conseguido, era inutil reunir los Comisarios, y era mucho mejor mantener la tregua con perfecta buena fé aunque fuera como estado transitorio.

Pero se habian pasado cinco meses y no se lograba que los *caudillos federales* nombrasen sus Comisarios. Todos sabian que la dificultad nacia de Ramirez mas bien que de Lopez; y como el espíritu público comenzaba á inquietarse de una manera tanto mas alarmante, cuanto que ya no era la voluntad séria é imponente de Pueyrredon la que estaba al frente del Estado, sinó la pasiva bonhomia del General Rondeau, la *Gaceta oficial* esplicaba la situacion levantando una punta del velo; y mostrando, muy bien en el fondo, el papel hábil, discreto é insidioso, que comenzaba á desempeñar Lopez en los negocios del litoral:—« Las circunstancias « *bastante dificiles*, decia, en que ha quedado constituido el « pueblo de Santa-fé, *á consecuencia de sus conexiones ante-* « *riores*, y de los obstáculos que se esperimentan general- « mente para restablecer la tranquilidad cuando por des- « gracia se ha empeñado la guerra civil entre hermanos, han

1. Véase el tomo pàg. de esta Revista.

« hecho imposible la reunion de los Comisarios que debian « concurrir á tratar definitivamente con los que hace cinco « meses que por parte del Gobierno General esperaban en « *San Nicolás de los Arroyos*. Cuando estos entendieron « que el Gobierno de Santa-fé, *fluctuante entre la fé de sus « pactos y las dificultades de su cumplimiento*, prolongaba « las esperanzas sin hacer acercar el término deseado, le « avisaron que *no podian esperar* sino hasta el 18 del cor- « riente (setiembre.) »

En efecto, la nota que los comisarios de Buenos Aires pasaron al de Santa-fé éra un perfecto *ultimatum*, en el que le reprochaban todas las ambigüedades de su proceder; pues que habiendo ofrecido varias veces nombrar sus Comisarios en *breves dias*, habia hecho que Larrechea le escribiese á Alvarez-Thomas diciéndole que habia sido nombrado y que iba á partir; lo cual no solo no se habia verificado, sinó que se habia retirado el nombramiento sin sostituirlo. Y como era preciso resolver las cosas de Cuyo, sobre las cuales urgía con imperio el General San Martin, siendo tambien urgentísimo hacer venir á Buenos Aires el Ejército Auxiliar que se estaba desmoralizando cada dia mas en Córdoba, para retemplarlo y ponerle gefes mas seguros, los Comisarios de Buenos Aires le intimaban á Lopez, en esa nota, que la fecha del 18 de Setiembre era el plazo que habian fijado para dar por terminada su comision y para retirarse. Pero le insinuaban al concluir que en todo caso, *las cosas podrian quedar en el mismo pié*, continuándose en la observancia religiosa de los armisticios.

A unos y á otros les convenia aprovechar el tiempo para prepararse. Ambos contaban con la renovacion de las hostilidades; por que Ramirez, que no habia querido ceder,

usaba de la supremacia que tenía sobre Santa-fé para imponerle su voluntad; y Lopez no podia aún separarse de esa proteccion para entregarse solo á las influencias *porteñas* y constitucionales que permanecian imperando todavia, política y personalmente, organizadas en la Capital.

Sin embargo, Lopez contestó con maestria y aparentando una buena inclinacion que no tenia:—«A la política re-
« convencion de ustedes satisfago en cumplimiento de mi
« deber, declarando que *no ha estado en mis alcances* evitar
« la inaccion que se me hace presente, por no haber dirijido
« á ese destino los Diputados etc. etc., pero *ocurrencias es-*
« *trañas* han impedido *totalmente* el cumplimiento de aquel
« pacto. Pero como la *confianza mútua* asegura en todo
« trance los resultados de aquel principio, *vivan* ustedes
« persuadidos de que *por mi parte* continuarán los armisticios
« celebrados como hasta el presente, hasta que las circuns-
« tancias permitan el cumplimiento de lo ajustado. »

Por muchas ilusiones que el Gobierno de Buenos Aires quisiera hacerse, era evidente que lo que estos dos caudillos buscaban por el momento, era *dar tiempo á que se produjesen los motines y sublevaciones* cuyos anuncios tenian; como el que habia estallado y triunfado en Tucuman. Al norte de Córdoba ya recorrian los campos numerosas montoneras que se habian alzado. De Tucuman habia salido una fuerza veterana á las órdenes de D. Felipe Heredia, que venia por Santiago para apoyarlas, y para tratar de que la insureccion se hiciese general. El General Arenales habia marchado á batirlas, pero habia tenido que atrincherarse en la Villa de los *Ranchos*. Por otra parte, Ramirez hacia reunion general de fuerzas en Entre-rios. Era sabido que su voluntad

imperaba, y que encantado con ser el Protector de Carrera habia entrado en todos los proyectos de este, comprometiéndose á darle médios y recursos de todo género para invadir á Chile, así que triunfasen de Buenos Aires y que se apoderasen del armamento y de las riquezas de este gran centro político y comercial.

En vista de todo esto, la Lógia creyó que era ya indispensable que D. Márcos Balcarce saliese á tomar el mando de Cuyo y el de la Division militar que debia suplir los servicios del Ejército de los Andes; y que llevase como Secretario al Dr. D. Mariano Serrano, que era sin duda uno de los hombres políticos mas distinguidos y mas sagacesde su tiempo para dar solucion á las complicaciones dificiles. Era elocuentísimo en las grandes escenas, insinuante y ameno en lo confidencial, sensato y audacísimo en los consejos; y predispuesto á la accion, cualquiera que fuese el peligro que hubiese que arrostrar; con la singularidad de que todo esto lo envolvia con un porte, franco al parecer, pero lleno del mas profundo disimulo. La consistencia de su lealtad era algo dudosa á la larga; pero como era muy ilustrado y pensador, gozaba de mas renombre que influjo real entre los contemporáneos.

Estos dos señores salieron de Buenos Aires el 23 de Setiembre en un convoy de carretas numeroso y muy cargado de mercaderias y de pertrechos, en que iban tambien de viaje el Dr. D. Facundo Zuviria, el canónigo Dr. D. Pedro Ignacio Castro Barros, un comerciante fuerte de Jujuy el Sr. Portal, y varias otras personas distinguidas. Este convoy ó *tropa de carretas* atravesaba lentamente los límites australes de la Provincia de Santa-Fé que eran entonces verdaderas *pampas*, cuando el 13 de Octubre (1819) á las 8 de la mañana

les salió al camino una fuerza armada como de 150 ginetes santafesinos, y se apoderó de todo conduciendo á Santa-fé el convoy y las personas que viajaban en él. En el momento de ser tomados, el gefe de la partida hizo que le presentaran al General Balcarce y al Dr. Serrano. Bien cerciorado de que aquellos eran, mandó amarrarles los brazos con coyundas, y los hizo colocar á caballo poniéndoles á la gurupa un ginete armado que los custodiara. Cuando llegaron á la capital de la Provincia, Balcarce y Serrano fueron puestos en una dura prision, en la que permanecian amarrados con cueros frescos siendo víctimas de una crueldad esmerada como se vé. Fué en vano reclamar de este atentado al gefe de la frontera inmediata que estaba en el Rosario; pues se limitó á contestar friamente que habia procedido por órdenes de su superior. Al mismo tiempo, Lopez con una fuerza como de mil hombres caia repentinamente sobre el Pergamino, donde el Coronel D. Francisco Pico, reunia las milicias como comandante de aquella frontera. Los asaltantes asesinaron brutalmente á este benemérito compañero del General Belgrano, que habia combatido en la batalla de *Salta* (20 de Febrero de 1813) a la cabeza del batallon número 6 y de la 3ª Division [1]; y despues de arrebatar caballos y ganados, retrocedieron inmediatamente, dejando literalmente aterrada la campaña de Buenos Aires, en busca del verdadero convoy de pertrechos militares que el Gobierno General habia enviado por la Pampa para distribuir entre las tropas del Ejército *Auxiliar* y las de Cuyo para habilitarlas así para operar. Por fortuna, este último convoy iba custo-

1. Véase el parte del General Belgrano datado el 27 de Febrero de 1813.

diado por un oficial de honor y bravo, el Mayor D. Ignacio Inarra: quien, tan lejos de dejarse imponer, resolvió resistir y en efecto, haciendo marchar el convoy en dos filas paralelas, esperaba á los Santa-fecinos, y cuando los tenia á tiro descargaba sus armas bien parapetado en sus carretas, y despues que huian salia á sablearlos con su escolta. Ello es que logró así despues de dos dias de peligros, entrar en la jurisdiccion de Córdoba y salvar todo lo que se le habia entregado.[2]

Ha llegado el caso, decia la *Gaceta* en su artículo oficial, de no haber otro remedio que ocurrir á las armas. Y como es inevitable este paso—«nuestro Supremo Director ha creido « de su deber el vengar él mismo el honor vulnerado de su « autoridad, del soberano Congreso y de la Patria. Prévio « el consentimiento de la Augusta Representacion de los « Pueblos ha marchado ayer (2 de Noviembre) al frente de « las fuerzas que han salido de esta capital, á situarse por « ahora en la villa del Lujan. etc. etc.» Al marchar, el General Rondeau distribuia esta proclama que justifica el aspecto estratégico y social con que nosotros estamos exponiendo los antecedentes de este vivísimo drama:—«*Compa-* « *triotas*: Los pueblos disidentes que invocaron la concórdia « *en los momentos críticos en que debieron ser inevitablemente* « *reducidos al órden* por el poder de las armas, han faltado « del modo mas inesperado á sus promesas, á la fé de los « armisticios solemnemente pactados, y á sus juramentos. « Los riesgos que amenazan á la Patria con los anuncios

2. Se lo he oido contar á él mismo. por que era un amigo íntimo de mi padre. Inarra era un caballero completo y hombre de espíritu muy cultivado. Véase la *Gaceta* del 3 de Noviembre de 1819; y las *Memorias* de Paz, tomo 2. pág. 13.

« de la Expedicion española han sido calculados por ellos « friamente y han servido de base á la nueva agresion á que « han dado principio con ináuditos escándalos etc. etc.»

Esta otra amenaza á que hace alusion esta proclama, tomaba, en verdad, proporciones graves. Los ministros ingleses habian avisado con interés á los representantes argentinos que la España enviaba decididamente su grande ejército de Cadiz sobre Buenos Aires, y que *todo estaba formalmente preparado* para que las fuerzas saliesen de la Península en los primeros dias de 1820; y el embajador inglés en Rio Janeiro le participó al doctor don Manuel José Garcia una comunicacion reservada de su gobierno, en la que le ordenaba que participase al Rey de Portugal que la conviccion del gabinete inglés era que en Enero de ese año salia el convoy espedicionario. Si esto se realizaba, Buenos Aires estaba irremisiblemente perdido. Su estado interno estaba de tal manera anarquizado, y su espíritu tan postrado, que el Gobierno no podia hacerse ilusiones: era preciso abandonar la capital, hacer salir á sus moradores capaces de llevar armas, y de tratar de enardecer la lucha en los campos. [1]

Si en estos momentos buscamos aflijidos en las páginas de la historia qué se habia hecho el brazo potente del general San Martin, ellas nos contestarán sin emocion que se habia trasladado presurosamente á Chile para terminar los preparativos de la Espedicion al Perú: que mirando como una burla las amenazas que el Conde de Calderon, gefe de las fuerzas españolas, nos hacia desde Cadiz, queria mostrarle que los argentinos, aún pareciendo postrados, eran capaces de desembarcar en el Perú, en persecucion de sus opreso-

1. *Gaceta* de 27 de Diciembre de 1819: Proclama de Rondeau, de 23 de Agosto de 1819.

res, antes que un solo soldado de Fernando VII pudiese victorear á su amo en las playas del Rio de la Plata. El general San Martin y el heróico ejército que comandaba, obedecian al impulso *instintivo y providencial* de la Revolucion de Mayo. Ella, con ellos, persistia *de suyo* en tomar á Lima: su blanco primitivo desde 1810, como el navio que marcha por *su propio empuge* hasta el lugar de su fondeadero, aún despues de haber suspendido el movimiento de sus máquinas. Y de veras! yo, que invocando la sencilla moral de mi conciencia, critico como hombre á estos gloriosos soldados que abandonaron á sus fieles amigos en un caos vergonzoso, me pregunto, sin encontrar respuesta satisfactoria, si las reglas del vulgo honrado deben ó no prevalecer, cuando se trata de hombres que acometen y realizan con éxito empresas de tan noble talla. La historia los ha aplaudido. No es un hijo de la República Argentina el que ha escrito:—«Jamás se presentará ella mas grande que « en aquella época malhadada, en la cual, apesar de que « cada provincia se ensangrentaba contra la otra y se devo- « raban por la guerra civil, la Nacion Argentina ostentaba « sin embargo su poder esterior dando libertad á Chile y « moviendo su ejército para libertar al Perú.» [1] Hé aquí el veredicto inapelable de la posteridad, que consagra nuestra gloriosa posicion entre las Repúblicas Sud-Americanas.

Sin embargo, todo esto que aparece tan claro y tan luminoso ahora, formaba entonces un presente calamitoso y desdichado. El honorable General Rondeau ponia todas sus esperanzas en el Ejército Auxiliar, y esperaba que el General Alvarado que habia quedado encargado por San

1. Paz Soldan: *Historia del Perú independiente* vol. I° pág. 42.

Martin de hacer la separacion de las dos divisiones, obedeceria á las órdenes que ahora le daba de moverse rápidamente ácia Buenos Aires. El pensamiento del gobierno era, como hemos dicho, hacer pasar todas esas fuerzas al lado de la capital, para retemplar el espíritu público y para levantar un ejército de diez mil hombres.[1] Es indudable que si se hubiese conseguido aquella concentracion y que si los gefes militares hubiesen cumplido fielmente su deber, los sucesos habrian podido tomar todavia una direccion muy diversa de la que tomaron en 1820.

El Ejército *Auxiliar* á las órdenes del General Cruz alzó su campamento del *Pilar* el dia 12 de Noviembre de 1819; y de acuerdo con las órdenes del Director Supremo D. José Rondeau, emprendió su marcha ácia el *Rosario* para cortar por el sudeste la provincia de Santa-Fé y reunirse al Director en San Nicolás de los Arroyos. Los montoneros no tenian fuerzas capaces de estorbar esta marcha, ni el Ejército Auxiliar tenia por que preocuparse de ellos, pues que le bastaba seguir impasible su camino para estar seguro de que siempre lo encontraria despejado; por que aquellas hordas ligeras no tenian como estrellarse contra sus masas ni como resistir las cargas de la caballeria veterana. El general Cruz, hombre grave y muy sensato, conocia lo mucho que Paz y Bustos trabajaban por sublevar el ejército antes de que pasase á Buenos Aires;

1. Véase *Memorias* del General Paz vol. 2 pág 11, 12. Este escritor se entrega allí á divagaciones absurdas y á calumnias vulgares con este motivo. Los hombres cuya honorabilidad injuria eran purisimos é impecables en el sentido en que él habla, y sus palabras son tanto mas desgraciadas cuanto que con ellas quiere vindicarse de un atentado como el de Arequito, que no tiene vindicacion posible, como el mismo lo confiesa implicitamente declarando su arrepentimiento.

pero, como él contaba con los gefes mas distinguidos y honorables, á saber: los coroneles Zelaya, Pinto (Chileno), Moron, Dominguez (D. Leon) Martinez (D. Benito) La Madrid y Ramirez, creia que llevando firmemente la marcha en la direccion en que la habia emprendido, conseguiría ponerse en Buenos Aires antes de que los conjurados hubiesen tenido tiempo de ejecutar su inícuo plan. El General Cruz sabia que el mas persistente y apto de los sediciosos era el Teniente Coronel Paz; [1] y con el fin de inutilizar sus dañinos trabajos lo mandó con ciento diez hombres de caballeria que fuese á ponerse á las órdenes del General Arenales en la Villa de los *Ranchos*: creyendo con esto haberlo alejado del Ejército. Como el plan no estaba maduro todavia, Paz fingió obedecer y marchó en la direccion de los *Ranchos*; pero de los *Calchines* se volvió rápidamente á reunirse otra vez con Bustos en el Ejército, para encabezar el movimiento antes de que el ejército pasase la frontera de Córdoba. Logró en efecto incorporarse el dia 9 de Enero al Ejército que iba en marcha. El regimiento á que pertenecia llevaba la cabeza de la columna al mando del bravo y honrado Coronel Zelaya; de modo que para tomar su puesto Paz pasaba al costado de los demas cuerpos. Al verlo, los oficiales conjurados se congratularon de ver volver al gefe mas apto del complot y se separaban de los cuerpos á concertar con él la sublevacion para esa misma noche. El ejército acampó en *Arequito*, y Paz fué á dar cuenta de su comision al General en gefe. Este lo vió llegar alli con el mas grande disgusto [2]

1. Mem. de Paz vol. 2 páj. 18—Memoria de La Madrid pág. 178 y siguientes.

2. Mem. de Paz vol. 2 páj. 19.

como era natural, pues que lo habia separado para verse libre de sus intrigas y de sus trabajos sediciosos; pero Paz con la astucia que siempre lo distinguió, esplicó su vuelta diciendo que el General Arenales le habia comunicado que *la montonera que la asediaba ya habia desaparecido, y que por consiguiente retrocediese al Ejército.* Era natural que el general Cruz no creyese una sola palabra de aquella disculpa ¿Como podia Arenales rehusar cien hombres de buena caballeria, en aquellos momentos en qué la Provincia de Córdoba estaba recorrida por montoneros, en que Felipe Heredia venia de Tucuman con ciento cincuenta Dragones á fomentar la insurreccion, y en que Arenales y el Gobierno no tenian fuerzas ningunas que oponerles? Esto debia ser un misterio oscuro para todos; y el General en Gefe, que no creyó una palabra, comprendió muy bien que Paz lo burlaba indignamente con motivos criminales que inmediatamente pasó á concertar con Bustos [3].

Paz se vindica asegurándonos que todo esto se hacia *sin la menor inteligencia con los gefes federales ni con la montonera Santafesina.* Puede ser: ¡pero la cuestion de fondo no era esa sino saber si los que sublevaban el ejército como el Sr. Paz, hacian *lo mismo que lo que hacian los montoneros y los federales*, precipitando el desquicio general de la Nacion. El Coronel Paz no pudo creer que la sublevacion del Ejército veterano pudiera tener por objeto volverlo á las fronteras á hacer la guerra contra los Españoles. El Sr. Paz sabia muy bien que ese pretesto era *falso* é imposible; y un hombre como él no puede decir cosas que son contrarias al sentido comun mas elemental. ¿Con qué GENERAL y bajo la accion

3. Id., id pág. 19.

de qué GOBIERNO iba el Sr. Paz á emplear ese ejército? Con qué recursos administrativos, con qué jurisdiccion, con qué centro regular y orgánico iba á operar ese ejército contra los Realistas, ó iba á mantenerse concentrado como una fuerza militar organizada? No se vé que todo eso era imposible, y que nada de eso habia podido entrar *en la mente y en las esperanzas* de los gefes que sublevaron el Ejército Auxiliar? El General Paz no podia suponer que pudiesen ir esos batallones y escuadrones á buscar el cuartel general de San Martin, porque lo primero que este General habria hecho, era pasar por las armas á los gefes que se le hubieran entregado; no solo para cumplir con su deber, sino por interés própio y como ejemplo para sus propias tropas y gefes. El mismo Sr. Paz conviene en que el General San Martin lo miró desde entonces con tal repugnancia, que jamás quiso permitirle que fuese al Perú, cuando él, desesperado de su mala situacion en Santiago del Estero, lo solicitó por medio de un amigo. [1] y el Sr. Paz odiaba tanto al General San Martin, que no teniendo como decir nada desfavorable del estadista y del *grande hombre de guerra*, se desquita de una manera cruel con sus inocentes deudos, insinuando en sus *Memorias* calumnias bajas que jamás debieron tentar la pluma de un oficial argentino, y sobretodo de un padre de familia. [2] Estas páginas de las *Memorias* del General Paz, que por desgracia ya no podemos arrancar á la publicidad, son para mí una mala accion: una accion peor todavia que la sublevacion de Arequito.

¿Que figura podian hacer en el ejército de los *Andes* Co-

1. Memorias del General Paz vol. II páj. 42 y nota.
2. Id. id, id, vol. I páj. 328—329.

roneles y comandantes que sabian sublevar sus cuerpos contra un general de la honorabilidad del General Cruz, y contra el Gobierno mismo que San Mrrtin servia hasta entonces *oficialmente al menos*? Por lo demas, el Sr. Paz dice bien claro en sus *Memorias* que el objeto de los sublevados era *ir á las fronteras* á hacer la guerra á los españoles; y como San Martin no estaba en las fronteras, es claro que no era unirse con San Martin lo que ellos pensaron.

¿Era acaso Bustos el hombre destinado á realizar *los nobles propósitos* con que el Sr. Paz entró en aquel escandaloso motin? Pero ¿como?.....El mismo nos cuenta en sus *Memorias* que desde cuatro años servia con Bustos, y no cesa de hacernos despreciar (y con razon) la ineptitud, el egoismo rastrero y la supina negligencia de este malhadado personaje. á quien llama estúpido. [2] No podia ser pues este *ente* el General destinado á ser la cabeza del nuevo y patriótico Gobierno que debia crearse en reemplazo del General Rondeau, para que el Ejército *Auxiliar* cumpliese los nobles propósitos que el Sr. Paz le dá al motin de Arequito. No era Güemes tampoco; por que el Sr. Paz lo miraba como inadecuado y como indigno de mandar á *verdaderos* y bravos militares.

Pero supongamos que hubiera habido algun General bien apto. ¿Cual era el gobierno, el poder social, el agente público que debia nombrarlo, para darle la fuerza moral y displinária de que ese gefe necesitaba? ¿Cual iba á ser el centro de los recursos, el oríjen de la administracion que habia de *sostener* y *gobernar ese ejército*? ¿En donde pensaba el Sr. Paz poner este centro de accion, cuando él mismo

1. Mem. I—pág. 306 - 310—y siguientes.
2. Mem I - pàj. 308,

lo destruia sublevando las tropas y encabezando un motin contra todo el organismo público do su pais. El General Paz se calla sobre todo esto. Pero su sentido comun y el de los demas bastan para manifestar, que no pudiendo contar con nada de esto, él no pudo tener los móviles que aduce, ni pudo suponer que ese organismo se supliria con el que crease, Ramirez y Carrera cuando quedasen en aptitud de ir á sojuzgar la Capital. Pero nó: lo que él creyó y lo que él quiso, fué organizar todo eso en Córdoba, es decir, lo mismo que queria Bustos, el estúpido Bustos. Pero si se figuraba que desde allí iba á estender el influjo de su Gobierno sobre Güemes en Salta, sobre Ramirez y Lopez en Entre-Rios y en Santa-Fé, sobre Carrera en Chile y sobre Buenos Aires, es preciso convenir en que la sublevacion de Arequito fué en él, hija de un delirio criminal. El General Paz se calla sobre todo esto; pero basta seguir en las páginas de las *Memorias* del General Paz los incidentes de la sublevacion de Arequito para ver que él era el gefe eficiente de ella. Al dar las 12 de la noche, su cuerpo encabezado por él mismo *fué el primero que* montó á caballo, prendiendo á su Gefe el Coronel Zelaya. En seguida, tomó las armas el núm. 2, arrestando á su Coronel D. Bruno Moron, y el núm. 10 arrestando al Coronel D. Francisco Antonio Pinto. Dudando los oficiales de *Húsares* de que pudiesen levantar en masa el Regimiento, por la popularidad de que gozaba entre los soldados el Coronel Lamadrid (á quien no se habian atrevido á tocar) le habian pedido al Gefe del E. M. G. Bustos que dividiese el cuerpo con pretesto del servicio; y en efecto hecho así, los oficiales de mayor graduacion arrastraron al 2.° Escuadron quedando Lamadrid con el 1.° Los cuerpos sublevados salieron del campamento llevándose presos los gefes. Y

dirigidos por Bustos, fueron á formar como á diez cuadras al frente, donde esperaron que amaneciese el dia 10.

Apercibido el General Cruz de que habia estallado el movimiento que tanto se temia, reunió en Consejo á los Comandantes de los demás batallones que no habian tomado parte en aquel escándalo, á saber: los coroneles don José Blas Pico, Leon Dominguez, Benito Martinez, Antonio Ramirez y Lamadrid. Este último queria emprender el ataque inmediato de los sublevados; y aseguraba que así que él se presentase á *sus Húsares*, estos y multitud de soldados de los otros cuerpos habian de aclamarlo y volver á la obediencia. Pero los demás opinaron que lo mas conveniente era salvar el parque y los trenes de artilleria, que afortunadamente habian quedado intactos en el Cuartel General, y para continuar la marcha al dia siguiente hasta pasar á Buenos Aires. Al amanecer pudo verse que los sublevados habian recojido y retirado gran parte de las caballadas y boyadas del parque y de la comisaría; y entonces, el General Cruz exijió que se le devolviesen las que pertenecian á las tropas que habian preferido seguir á sus órdenes. El Coronel Herédia vino por parte de los sublevados á prometer que las dividirian con tal que se dividieran tambien el Parque y la Comisaría. El general en gefe no aceptó; mandó uncir los bueyes que pudo recojer, y puso en movimiento su columna. Al momento aparecieron montoneros; pero eran impotentes para detener la marcha. Los sublevados seguian á la distancia tras de la columna; pero como vieran que esta se internaba decididamente, habiendo avanzado yá como dos leguas arrollando á los montoneros, se presentó otra vez el Coronel Alejandro Heredia con D. José María Paz intimándole al Ge-

neral que les entregase la mitad del Parque y de la Comisaria; por que de no hacerlo, se verian forzados á emplear contra él la superioridad de su caballeria. ¿Era esto ó nó unirse á los montoneros? Al mismo tiempo veíanse venir de todos lados por la Pampa gruesos grupos de santafesinos, con lo cual la posicion del General Cruz comenzaba á ser insostenible ante la intimacion de los sublevados: se vió pues forzado á detenerse; y á pesar de estar ya al caer el dia, procedió á la entrega de una parte del parque y de la comisaría. Este triste espectáculo acabó de relajar la disciplina; así es que en esa misma noche se desbandó una gran parte de los batallones núm. 2, núm. 3, núm. 9 y del de artilleria.

Estaba apenas amaneciendo el dia 11 cuando un enjambre de montoneros trabó un nutrido tiroteo con el campamento del General Cruz, como si trataran de traerle un ataque general. Pero Bustos, que tenia sus *miras ulteriores* como despues lo veremos, y que no estaba dispuesto á entrar en ligas con nádie, le ordenó á Heredia que montase al momento sus tres escuadrones y que saliese á protejer el campamento del General en Gefe, intimándo á los montoneros, con una demostracion séria, que si no se retiraban los sablearia *sin piedad*; y así fué que al ver venir los *Dragones* y los *Húsares*, mandados por Heredia y Paz los primeros, y por el mayor Ramon Lopez los segundos, los montoneros se replegaron contentándose con observar á la distancia los movimientos de las tropas.

En este trance, el General Cruz se resignó á entregarse con los gefes y restos de tropas que le habian quedado. Bustos lo puso en arresto; y dueño ya de todo, contramarchó

ácia Córdoba, quedando consumado este atentado que fué el orígen de que se entronizasen en las provincias argentinas los caciques sangrientos que las barbarizaron durante cuarenta años. La mancha que sus autores y fautores echaron sobre su nombre, es de aquellas que no se borran jamás con disculpas ó con motivos mal hilados, delante de los que sepan juzgar los hechos con una crítica segura ó con un juicio independiente y moral.

Bustos habia conseguido sus fines, y supo desde aquel momento tomar una línea de conducta singular y estraña que nádie hubiera esperado de él. Su primer rasgo fué rehusar con energía todo contacto con los intereses y con los fines de los montoneros. Hacia unos pocos dias que habia sido dado á reconocer como General en Gefe cuando apareció á su frente D. José Miguel Carrera con una larga y alborotada comitiva de secuaces. Venia completamente poseido de su importancia y del influjo que contaba egercer sobre Bustos para ponerlo de parte suya y para sacarle, cuando menos, una buena division de tropas que cooperase en la guerra que los caudillos pensaban llevar yá sobre Buenos Aires, puesto que la sublevacion de Arequito les libraba del único inconveniente que los habia alejado hasta entonces de la Capital que tanto deseaban humillar. Sinembargo, en la carencia completa de facultades positivas, Bustos tenia dos talentos eximios, que como toda cualidad muy desenvuelta en un individuo, basta para salvarlo de ser vulgar. Los dos talentos de Bustos eran: un egoismo estrecho pero muy *sensato*; y una *sorna* imperturbable que le hacia parecer estúpido ó idiota, al mismo tiempo que su espíritu llevaba un rumbo fijo que nádie podia hacerle descubrir. Parecia un tonto silencioso y humilde, pero su silencio era una piedra con un

enorme peso de gravitacion cuyo declive era siempre inaveriguable. Asi que Carrera vió al General de Arequito, se tiró garbosamente del caballo y vino con un semblante animado por la alegria y por la satisfaccion en ademan de abrazarlo. Pero Bustos, lleno de encogimiento y de modestia, aparentó no comprender la efusion petulante de su nuevo amigo; y apenas, como con verguenza y con una sonrisa insignificante de agrado poco espontáneo, le alargó una mano fria y floja que dejó desconcertado á Carrera.[1] Bustos haciéndose siempre el pobre hombre, lo convidó á sentarse en unas banquetas que tenia á poca distancia, hasta donde les siguieron los ayudantes respectivos. Así que se sentaron, Bustos mandó que trajesen un *mate* y se quedó en silencio. Carrera tomó entonces la palabra y le dijo:—Vengo por encargo de mis Compañeros y Aliados, el Gefe Supremo de Entre-rios y el Sr. Gobernador de Santa-Fé á felicitar á V. E. y á los Gefes que han derrocado la tirania corrompida que pesaba sobre el pais; y yo, señor General Bustos, tomando la voz del pueblo Chileno y á nombre de toda la América del Sud, declaro señor que V. E. es el benefactor mas grande de las dos Repúblicas; y espero que unido con V. E. si V. E. me acepta como amigo para cooperar á la grande obra, como no lo dudo, de libertar á mi patria de sus dos verdugos, y restituir la moral y la igualdad entre los dos pueblos libres, espero, digo, que un dia próximo el nombre de V. E. y de los gefes beneméritos que le han ayudado en este gran paso, estarán colocados por la gratitud universal en la galeria de los grandes hombres.

1. Conversaciones que tuve en 1840 con el Canónigo Dr. D José Gregorio Baigorri y con el Médico inglés Dr. Gordon, que decia haber estado presente.

Bustos no levantó los ojos del suelo mientras Carrera hablaba; pero el Teniente Coronel Paz se dió vuelta y salió del círculo diciendo á algunos de los gefes—*este es un badulaque que no sabe donde pisa.* Si señor, dijo Bustos cuando Carrera dejó de hablar—Los señores gefes que me acompañan no gustaban de la guerra civil: yo tampoco; y creo que los pueblos *de este lado* están muy cansados tambien. Como se piensa en llevar la guerra al Perú, á todos nos gustaria mas contribuir á acabar con aquellos tiranos estrangeros para entrar cuanto antes en paz—Pero, señor general, eso no se logrará antes de que un cámbio radical de cosas tenga lugar en Buenos Aires, en Cuyo y en Chile, para que formándose una fuerte alianza de Pueblos á las órdenes de héroes populares como V. E. el general Ramirez y el general Lopez, y nó de tiranos impopulares como O'Higgins y San Martin, sea posible combinar *nuestros* grandes médios de accion y asegurar el resultado. Chile, señor general, es la base de operaciones necesaria. Pero Chile, señor general, ódia á sus mandones; Chile gime bajo la planta brutal de dos caciques cooligados para robar y para oprimir á todo el mundo; y mientras Chile no sea libre, mientras Chile no se incorpore con la masa de riquezas y de recursos que tiene, crea V. E. que es un delirio que pueda llevarse la guerra al Perú con fuerzas diminutas, con fuerzas que aspiran como aspiraba este benemérito ejército á sacudir el papel de opresores sanguinarios que los dos tiranos imponen á los gefes beneméritos que tienen que obedecerles. etc., etc.

Bustos oyó de nuevo sin la menor emocion ni mirar siquiera á su interlocutor, y se quedó en profundo silencio cuando este dejó de hablar. Viendo esta situacion insípida

Carrera pronunció otra *tirada* en su sentido y la terminó diciendo—He venido, pues señor general, yá que hoy *nuestros objetos son los mismos por identidad de posicion*, á saber de V. E. con qué condiciones formaremes la alianza para hacer comunes nuestros esfuerzos. El Supremo de Entre-rios y yo, dejaremos á V. E. la posicion que quiera tomar, para que designe con qué fuerzas de las de este ejército, y con qué gefes ha de ser representado V. E. en la campaña que vamos á abrir.—Sobre ese punto, dijo Bustos con calma, no me atreveré á decir á V. cosa ninguna. El ejército quiere ser neutral. Yo hablaré despues con los gefes. Por ahora lo que hemos resuelto es marchar á Córdoba; y allí se verá lo que hemos de hacer. Pero yo no veo tampoco que necesidad hay de que Ustedes hagan campaña sobre Buenos Aires. Desde que el ejército ya no los amenaza á Ustedes, lo mejor seria hacer la paz y reunir un Congreso que ordene de qué modo debemos quedar todos bien acomodados y en armonia estable. Carrera hizo un movimiento de impaciencia. Habló otra vez largamente de sus intereses en Chile, de los propósitos y del poder de Ramirez, y creyendo que habia dicho lo bastante para hacer pensar de otro modo á Bustos, concluyó preguntándole—¿En qué quedamos, General?—En nada, *amigo*, le contestó Bustos. Lo que á mi me gustaria es la concórdia y un nuevo Congreso que podria reunirse en Córdoba. Yo me propongo trabajar por eso no mas—Entonces, Señor General, es difícil que V. E. consiga la paz, al menos con nosotros. A estas palabras de Carrera los de su comitiva dieron muestras de aprobacion—De todos modos, general, he tenido mucho gusto de conocerlo, dijo levantándose, y creo que hemos de ser amigos al fin y por la fuerza de las cosas—

Dios lo quiera! por que yo deseo mucho la paz, para que nuestros esfuerzos sean todos dirigidos contra los Españoles.

En cuanto es posible restablecer las cosas por referéncias, este fué el tono y las ideas que ocuparon aquella conferencia que Bustos y Carrera tuvieron en médio de la Pampa.

La verdad es que Bustos estaba resuelto á no entrar en la liga de los caudillos litorales. Tenia esperanzas de que Lopez había de comprender al fin que le convenia el apoyo de Córdoba para sacudir la Supremacia de Ramirez; y estaba resuelto á no dejar á Carrera que pasase al Sur; ó por lo menos, queria buscar la alianza de Cuyo, y congraciarse con el Gobierno de Chile y con San Martin rechazando estos influjos que tenia por dañinos para el poder central y dominante que trataba de fijar en Córdoba, donde iba á poner su cuartel general.

Hé aquí la Revolucion de Arequito en sus detalles y en el carácter político que Bustos le dió cuando se vió dueño del Ejército. El Sr. Paz estaba inclinado á otro lado, y tomó otro camino, como veremos despues, cuando entremos á detallar el carácter de los movimientos internos, de los intereses personales y políticos que hicieron esa revolucion.

Otra catástrofe mas sangrienta aunque con caracter político muy diverso, tenia lugar en la Ciudad de San Juan un dia antes de la sublevacion de Arequito. El 9 de Enero de 1820, rayando apenas el crepúsculo, varias descargas de fusileria sacudian el sueño de los habitantes causándoles un pavor tanto mas grave ,cuanto que hacia muchos dias que los ánimos andaban muy sobresaltados con rumores de que el Regimiento Núm. 1.º (ó *Cazadores de los Andes*) mostraba disposicion á sublevarse. En efecto, el regimiento se ha-

bia sublevado en aquel instante, habia destituido y aprisionado cruelmente á su Gefe el Teniente Coronel Garcia Zequeira y á los demas oficiales; habia prendido y encarcelado al teniente Gobernador D. José Ignacio de la Rosa, hombre benemérito, á quien el General San Martin debia en gran parte el poder moral con que habia hecho de la provincia de Cuyo la base de la formacion del ejército de los Andes; y reunida la soldadesca con el populacho y con algunos vecinos enemigos personales del teniente Gobernador depuesto, habia elegido para sustituirlo al capitan retirado D. Mariano Mendizabal Gefe y autor del motin [2].

1. Recordarán nuestros lectores la bella conducta y el ojo certero de este oficial en la Batalla de Maipu. Despues se habia distinguido muchísimo en la campaña del Sur de Chile lo mismo que el Sargento Mayor y amigo intimo suyo, D. Lucio Salvadores. Le he oido al General Las-Heras estas palabras:—"El *Salteño* (Garcia Zequeira) era la planta de soldado mas linda que yo he visto. No teníamos en el ejército mejor oficial de infanteria. Muy pronto iba á ser general; y yó lo habria nombrado General en Gefe del Ejército en la Guerra del Brasil con toda confianza, si hubiera vivido." Y en verdad ademas de su mérito militar Garcia Zequeira era un hombre de mucho y de muy cultivado talento que estaba bien preparado para figurar en las altas regiones de una Nacion culta.

2. Mendizabal era nativo de Buenos Aires, y tenia ahora 36 años. Aunque de muy buena familia, habia sido siempre un jóven corrompido y perdulario. Era pendenciero y bravo, pero brutal y bajo: tan pronto para *pelear* con un hombre como para *golpear* sin piedad á una pobre muger. En la *defenza* contra los ingleses, Mendizabal que era Sargento del núm. 1.º de Patricios comandado por Belgrano, demostró un gran dennedo. Despues de la Revolucion pasó á ser teniente en el núm. 6 del Coronel Soler, y volvió de Capitan despues de la toma de Montevideo. Como tal iba en la Division que se amotinó en Fontezuelas, el año 16 fué á Mendoza y entró como Capitan del núm. 11 que mandaba el Coronel Las-Heras. Pero no se habia corregido, mostraba al instante en todas partes su depravacion y era muy dado á la ebriedad. El Coronel Las-Heras, que era rígido y exigente en punto á decoro y decencia, arrojó á

El regimiento núm. 1.º de los Andes y el núm. 11 eran los dos cuerpos de infanteria mas fuertes y mas fogueados del ejército. El núm. 11 era la base de la *Primera Division* del *Ejército* espedicionario: el núm. 1.º lo era de la *Segunda*: y las tropas Chilenas debian formar la *Tercera*.

El núm. 1 habia recibido en San Juan gran número de reclutas de San Luis y de Córdoba con el objeto de adiestrarlos en el servicio, de separar de su masa varios paquetes, y de montarlos para formar con ellos dos escuadrones de *Dragones* que debian quedar en Cuyo con el General Balcarce. Garcia-Zequeira hacia en consecuencia grandes esfuerzos por completar la enseñanza de su tropa; casi todos los dias hacia ejercicios violentos, marchas de cinco leguas, y tenia á gala seguirlos y mandarlos á pié sin mostrar jamás la menor fatiga. Este exceso de trabajo era motivo sin embargo de que los enemigos de la situacion introdujeran malas insinuaciones, y críticas insidiosas entre la tropa, procurando inocularle la desmoralizacion politica de la época.

A esta causa se reunieron otras dos: una de política local, puramente *local*; y la otra de política general. El Sr. La Rosa era un hombre benemérito y dignísimo bajo todos aspectos. Comprometiendo su persona y todos sus bienes, habia cooperado de una manera constante y enérgica á la formacion del Ejército de los Andes desde 1815 á 1817. En ese empeño se habia hecho el instrumento decidido del

Mendizabal á los tres meses, y desde entonces se habia retirado á San Juan. Allí se casó con una hermana del Teniente Gobernador la Rosa. La sevicia con que la trataba, y cuestiones de bienes hereditarios, produgeron un ódio implacable entre él y la familia de su desgraciada muger. Este era el jefe que estaba capitaneando el Regimiento *Cazadores de los Andes*, sublevado en la plaza de San Juan el dia 9 de Enero de 1820.

General San Martin para conseguir ese precioso resultado. Pero por lo mismo, se habia creado profundas enemistades, pues habia tenido que ordenar y ejecutar repartimientos de contribuciones, en animales, caballos, mulas, carretas, tejidos, imposiciones de empréstitos, y mil otras exacciones, indispensables pero terribles, y muy pesadas para el vecindario y para la propiedad particular. Habíase pues formado contra él un partido que callaba, pero que tenia su valor relativo, en el que figuraban con mas ó menos ardor Fernandez-Maradona, Yanson, Laspiur, Albarracin, Cortinez y muchos mas: los unos por enfados locales, los otros por inclinacion á las exigencias *federales* de los montoneros.

Ademas de estos elementos que habian cooperado estensamente à la sublevacion del núm. 1, habian contribuido tambien otras causas mas generales, que ya hemos indicado y que tienen un valor histórico muy sério. En toda la República era notoria la disidencia gravísima en que estaba el Gobierno Nacional con el General San Martin. Era esto tan corriente y tan autorizado, que servia de tema á todas las conversaciones y cálculos que se hacian sobre la situacion del pais y sobre la probabilidad de los sucesos; y lo que es mas: servia en ese momento de motivo y bandera ostensible á la sublevacion de Arequito. El General Paz dice en sus *Memorias* con una perfecta verdad: «Segun la *voz pública no desmentida en aquel* tiempo el Gobierno Directorial disgustado de « la *resistencia* del General San Martin *á venir con su ejército*, lo mandaba relevar por Balcarce para que tomase el « mando de él. No faltó con este motivo quien atribuyese « inteligencias á aquel digno Gefe con los aprensores (los « montoneros) lo que debe juzgarse enteramente falso.» [1]

1. Nota de la pág. 14 vol. 2.

Aunque se supusiera que el Sr. Paz hablaba de esto por errradas reminiscencias, ó mal informado por rumores calumniosos del partido interesado en anarquizar la situacion, no podria jamás suponerse esos mismos móviles á la Gaceta oficial, redactada en el mismo ministerio de Gobierno. Este papel en su número del 19 de Enero de 1820 se ve obligado al fin, tan fuertes y autorizados eran los rumores de la voz pública, á *revelar* mal de su grado, toda la gravedad de la disidencia en que el general San Martin se habia colocado respecto del gobierno de Buenos Aires, en un artículo tan notable á este respecto que creemos indispensable trascribir largos trozos de él. El ministerio alude allí á estos rumores, y principalmente á la noticia de que el general habia *devuelto sus despachos de general* argentino para pasar *al servicio de Chile*, y agrega—«para conservar ileso su honor « aquel ilustre gefe no necesita que se cuenten las cosas « de otro modo que como son. No ha habido tal devolu- « cion de despachos; lo que ha habido es UNA RENUNCIA « del mando del egército fundándose *en la ruina de su sa- « lud*, y todo el mundo sabe que hace mucho tiempo que « el general San Martin padece un peligrosísimo afecto al « pecho, que á lo menos en la noche le aflije estraordina- « riamente.» A esto, argumentaban los enemigos ¿y como es que si el general se halla en ese estado para rehusarse á hacer una campaña de verano, bajo el clima benigno de la República Argentina, prepara todo el egército para ir á hacer una campaña en el clima pútrido y mortífero de las costas del Perú? —« El señor general, (respondia la Gaceta) habrá creido « por delicadeza *que no pudiendo venir á operar en campaña « contra los disidentes* debia hacer dimision del mando del

« egército de los Andes; pero el Supremo gobierno ha creido « que no debia admitírsela, y *sí dejar á su discrecion todo el « tiempo que pudiera necesitar* para su restablecimiento.» Se obgeta que esa falta de salud *no le prohibirá el marcharse á Chile* y encargarse de la expedicion á Lima.

La *Gaceta* contesta que el general San Martin es *dueño y libre* para aventurar su vida é ir á Lima agonizante si quiere. Pero la voz Pública y los amigos del gobierno preguntaban á su vez ¿y el egército argentino que se vá con él, es tambien *libre y dueño* de hacer lo que quiera? El general es *dueño de esas tropas* de nuestro *Estado*?.... « No « señor: dicen los otros (copiamos la Gaceta) sabemos que la « razon es que el general San Martin está disgustado con algu- « nos *individuos notables de los que corresponden á la actual « administracion*.—Sí, señores, responde el Editor, así será « ó no será así: *así será*, porque *tal maña* se han dado « los que tienen interés en *desunir*, en *enemistar*, y en « destruir las relaciones de recíproca benevolencia, de « gratitud y de amistad que le han conservado siempre los « que en ningun evento dejarán de ser los mejores ami- « gos del señor general San Martin: *no será así*, porque « dicho general conoce que los que han participado con « admiracion y enternecimiento de sus gloriosas proezas, « y los que han considerado su persona como uno de los « mas fuertes baluartes *del órden* y de la libertad no cam- « biarán tan fácilmente de sentir, aún *concediendo* de gracia « que hubiese *algunos ligeros motivos de disgusto*. »

La *Gaceta* invoca en este punto la *indulgencia*:— « Entre los que mas ardientemente se aman se levantan « frecuentes tempestades que no producen otro efecto

« que el de estrechar cada vez mas sus vínculos.....el
« resentimiento embarga el juicio y la razon: y en este
« estado ¿presume alguno acertar? Hagamos al menos de
« modo que no lo pague nuestra *pobre* pátria!....Por este
« estilo corren tambien vários caprichos en órden á las pro-
« vincias de Tucuman y de Cuyo en que cuando menos se
« exagera sin piedad. »

Hemos hecho aquí la trascripcion de este artículo para poder esplicar la naturaleza política de la sublevacion de San Juan, pues ella fué, bajo ese aspecto, diametralmente contraria y *opuesta en miras* á la de Arequito. En Arequito los gefes sublevados amotinaron el ejército Auxiliar contra el gobierno Nacional, pretestando que *querian imitar* la noble conducta del general San Martin. En la de San Juan, los gefes sublevados amotinaron el regimiento N. 1° del general San Martin, protestando que querian restablecer la *obediencia* al gobierno Nacional que el general y sus agentes habian roto. Por mas honorable y digna que haya sido la vida del general Paz, por mas viciosa y repugnante que haya sido la vida de Mendizabal, el uno y el otro disienten así diametralmente en los documentos y en las miras con que pretendieron justificarse. Pero en uno y en otro caso, la resisténcia que el general San Martin opuso á venir á sostener el gobierno legítimo, de que él su y egército dependian, sirvió de pretesto y de bandera. Así es que todo el personal de ese partido, por falta de aquel apoyo, fué á dar á las cárceles, á los calabozos, y vió sus piés uncidos con los grillos de los grandes criminales. Oh! las glorias guerreras que indisputablemente tenemos, nos cuestan muy caro á los argentinos; y quizás porque nos cuestan tan caro es que

tenemos el derecho y el deber de amarlas con todo nuestro corazon.

Asi que el motin del N. 1.° colocó á Mendizabal á la cabeza de la gobernacion de San Juan, se elijió *popularmente* tambien un Cabildo nuevo compuesto de enemigos de la administracion derrocada. Todo esto se hizo levantando una acta para dejar auténticamente asentado que el objeto político de aquel movimiento, era restablecer en la provincia de Cuyo la supremacia y las órdenes superiores del Supremo Director de las Provincias Unidas, quebrantadas antes por las autoridades derrocadas que eran meramente agentes del General San Martin, y rebeldes contra el gobierno superior. El acta dice, que entre los puntos interesantes que se habian acordado, el principal era:—«Dar un parte exacto al Exmo. « Sr. Supremo Director de la Provincias Unidas del Rio de la « Plata, pidiéndole su suprema aprobacion, y protestándole « que el Gefe Militar y el Cabildo no se animan de otro deseo « que el de recibir sus superiores órdenes y cumplirlas con « toda exactitud y honor, á que están ligados por el solemne « juramento que han prestado de *no reconocer otra autoridad « que la de la Primera Majistratura de la Nacion*:. . . .que « el Capitan Mendizabal se habia apoderado de la fuerza « armada y depuesto al Teniente Gobernador D. José Ignacio « de la Rosa *por coligado* con los *demas Gefes de la Provincia « de Cuyo empeñados* en desobedecer al Exmo. Sr. Supremo « Director de la Nacion. . . y que se tuviera tambien presente, « que aunque electo en el primer momento, el Capitan Men- « dizabal habia renunciado obstinadamente para que no se « creyese que habia tenido otro objeto, al apoderarse de la « fuerza armada, que el de libertar de su tirano el Pueblo de

San Juan *uniendolo á la Nacion*. . . y por consiguiente, el Gefe Militar y el Cabildo están resueltos *á no reconocer otra autoridad* que la del Supremo Director del Estado. . . . asegurando y protestando que están unidos con intimidad en sus ideas políticas de sumision á la suprema majistratura y de *ódio á la anarquia* (es decir *á los montoneros.*)

Estendida esta acta, Mendizabal pasó una nota al Director en términos análogos, y el Cabildo hizo lo mismo. En la primera se hace referencia á duros y crueles castigos impuestos á los soldados, que quizas tuiveron algo de cierto, por que el Comandante Garcia—Zequeira pertenecia á esa escuela rígida y severísima, que funda en la absoluta disciplina toda la exelencia de la fuerza militar. Pero lo importante de la nota como rasgo político es este:—«Dígnese V. E. mandar un « Juez *nombrado para tomar* conocimiento de lo que ha su- « cedido, y que sea persona imparcial, para que oyendo al « pueblo en plena libertad, *trasmita* á esa Supremacia el re- « sultado de la causa, y entonces etc. . . . . y suplico « rendidamente á V. E. que á la brevedad posible se sirva « nombrar un teniente Gobernador—que cumpliendo con sus « deberes, sepa merecer el aprecio de este noble vecinda- « rio. . . . . y confio que tendrá á bien no desaprobar mi « determinacion, y que si no obstante, ella pareciese discon- « forme á los principios liberales en *que está fundada nuestra* « *Constitucion, sufriré con resignacion las penas á que me* « *juzgue acreedor el recto ánimo de V. E.*»

Al proceder así, Mendizabal no procedia por *miedo* ni por inspiraciones de una política astuta y trascendental, sino por pasion del momento y por motivos inmediatos ó *vulgares*. No procedia por miedo, por que el Director no solo no tenia

como amenazarlo, sino que no tenia como protegerlo de toda la fuerza con que el General Alvarado podia caer sobre él. Desde que Mendizabal desafiaba al fuerte para acatar al débil y al lejano, obedecia pues á otras sugestiones que al miedo. ¿Seria acaso por que era porteño, y seguia en aquellos momentos el *patriotismo local* que le inspiraba su provincia? Eso parece lo natural. Tratándose, como aquí, de un hombre audaz y aturdido, privado de otra luz mental para guiar sus afecciones políticas que no fuera el efecto inmediato y mecánico de la tierra, ó de las personas, es evidente que al sentir los rumores de que se negaba á Buenos Aires su derecho de imperar, y de que se queria desobedecer al gobierno *de su tierra*, Mendizabal habia encontrado una bandera política á la altura de su razon y de su corazon; y combinado este sentimiento, mas ó menos político, con el deseo natural de los soldados de no ser arrebatados al pais de su nacimiento, para espediciones lejanas, se formó el espíritu y la tendencia que vino al fin á hacer estallar la sublevacion del Regimiento N.° 1.

Entretanto, es digna de ser estudiada la forma de intervencion nacional que este perdulario le trazaba instintivamente al Gobierno, desde el cuartel de un Regimiento sublevado: un juez para sumariar á los dos partidos: el secuestro provisorio de la autoridad local mientras se procediera; defensa libre de las partes; y senténcia jurídica. Si creerán algunos jurisconsultos que merece estudiarse este episodio!

El Coronel Alvarado salió de Mendoza para San Juan el dia 11 llevando una pequeña escolta. Contaba con que su prestigio provocaria una reaccion á favor suyo. Al saberse esto, el Rejimiento salió á encontrarlo el dia 15, pero no para volver á la obediencia sino para batir á su antiguo Gefe. El

Coronel prefirió retirarse el dia 16 sin tentar nada decisivo. Verdad es que por su espalda recibia noticias funestas y alarmantes. El Ejército *Auxiliar* se habia sublevado todo entero y contramarchaba para apoderarse de Córdoba!.....El General Luzuriaga, hombre inteligentísimo y ligado en cuerpo y alma al general San Martin, comprendió que Buenos Aires quedaba perdido con este golpe. Ahora pues ¿para qué aferrarse á Mendoza con una division desmoralizada yá del Ejército de los Andes, y para qué exponerse á que prendiese en el resto de los cuerpos el influjo febril de la sedicion? Era pues indispensable tomar una resolucion rápida y vigorosa; que era la de preparar con prudencia, y ejecutar con firmeza, la retirada de toda la division al otro lado de la Cordillera, para que el General San Martin reconcentrase otra vez en Chile las fuerzas que tanto habia disputado á su gobierno. Con la mira de prepararse á la ejecucion de esta retirada, Luzuriaga renunció el gobierno de la Provincia; y despues de algunas semanas, la Division de Alvarado dejó á Mendoza y pasó á Chile por el Portillo. Habia perdido el Ejército de los Andes el *precioso regimiento Núm.* 1.º como dice el General Paz; pero Luzuriaga y Alvarado se llevaban todas las compañias de nueva creacion que habian sido destinadas para el General Balcarce.

No quedaba yá Mendoza en tanto peligro como se hubiera creido; la desmoralizacion de la tropa y la anarquia que reinaba entre sus oficiales ó gefes hacia que fueran impotentes para obrar á la distancia. Mendizabal se disgustó muy pronto con Corro y trató de deshacerse de él. Una noche lo hizo llamar con engaños; y así que lo hubo, lo hizo montar á caballo custodiado por una partida y lo envió á la Rioja, solicitando ó mandando que se lo retuvieran preso hasta nuevo aviso.

Como Corro habia adquirido bastante popularidad en el batallon por su falta de dignidad y por su bajo roce con los soldados, Mendizabal hizo correr que lo habia enviado con una comision muy urgente é importante. La verdad traspiró sin embargo: la tropa se amotinó exigiendo imperiosamente que le devolviesen á Corro; y Mendizabal se sometió haciéndole regresar.

Con esto, la tropa se hacia de momento en momento mas inmanejable, por los bandos y delirios que la ebriedad y la licencia promovian entre aquellos sargentos y soldados abandonados á sí mismos y dueños del poder. Los Corifeos de la sublevacion comenzaron á temer que estallara de pronto un movimiento para reponer á Zequeira y descanzar al fin de tanto desorden restableciendo la gerarquía legítima del Regimiento. Para evitar este contraste, Mendizabal mandó que una partida armada condugese al Comandante, á Salvadores, Fuentes Bosseau y Benavente, á la Rioja, y que de allí los pasasen á Tucuman. Capitaneaba la partida un *godo realista*, llamado *Biendicho* precisamente por lo grosero que era para hablar, que habia tomado parte en la sublevacion por ódio á los *oficiales de la patria*. Este malvado, fuera que tuviese órdenes reservadas, fuera que lo hiciese por vengarse, cuando se encontró bien retirado y en lugar solitário, comenzó á egecutar sobre los presos una matanza feroz y desordenada, en la que sucumbieron estos oficiales desgraciados y valientes haciendo esfuerzos supremos por defenderse contra los golpes de un prisionero de Maipu! Garcia Zequeira tenia 34 años y Salvadores 28.

Los vícios, los caprichos, las violencias y la ebriedad habitual de Mendizabal tenian sofocado al vecindario, y bajo

aquella especie de terror inquieto que pesa sobre el que se halla bajo las amenazas ó delirios de un demente, es decir, sin saber cuando ni como le vendrá el peligro. Muchos de los vecinos que habian fomentado y fraguado el complot del 9 de Enero, empezaban á temblar ahora delante del corifeo que habian levantado; y pudieron al fin persuadir á Corro que lo destituyera y que lo *asegurase*. En efecto, Corro se puso á la cabeza de otra revolucion; y el 21 de Marzo destituyó á Mendizabal, lo puso preso é hizo que nombrasen gobernador á Fernandez Maradona. Pocos dias pasaron sin que Mendizabal comenzase á tener en alarmas á sus carceleros; y entonces, como el hombre era realmente peligroso, y obcecado, prefirieron regalárselo al gobernador de Córdoba general Bustos, porque le suponian bastante fuerza militar con que contenerlo y castigarlo, si llegaba el caso. Bustos no era amigo de encargarse de nada que le diera que hacer, ni aún de egecutar castigos: y mandó que llevasen á Mendizabal hasta la frontera de Santa fé con órden de que allí le dejasen libre.

Si este hombre desgraciadamente tan vicioso hubiese tenido alguna inclinacion á la causa y al servicio de los montoneros, libre estaba para entrar en sus filas. Pero él, en esa misma noche en que los soldados que lo conducian le dejaban en la posta, se dá vuelta y corre solo á San Juan. En *Hacha* encuentra cinco soldados desertores del Regimiento, los seduce con promesas y los pone de su parte: con ellos entra al pueblo á las ocho de la noche y cae de sorpresa sobre el cuartel procurando apoderarse del ánimo de la tropa. Pero rechazado y vencido, le volvieron á deportar. Para que no repitiera sus ataques entregaron su

custódia á un oficial de temple, llamado D. Calixto Calderon, quien le condujo bien amarrado hasta la Rioja con un oficio ó exhorto para que le tuvieran allí con buena guarda. Tanto ponderaban los remitentes la índole y los peligros del preso, que el Teniente-Gobernador de la Rioja, que lo era á la sazon el viejo general don Francisco Antonio Ocampo entró en una profunda inquietud, sin saber como haria para tener asegurado á semejante tigre. Despues de mucho vacilar consultó al coronel Güemes; [1] y este le contestó: remítamelo V. para mandárselo al general San Martin, que es lo que corresponde; allá lo juzgarán. En efecto lo hizo conducir á Chile como reo de Estado. De Chile lo hicieron llevar al Perú, donde el general San Martin habia desembarcado; y sometido allí á un Consejo de guerra, Mendizabal fué sentenciado y pasado por las armas en Huaura el 18 de Noviembre de 1820.

He aquí la historia de las tres sublevaciones que consumaron el desquicio de todo el organismo social levantado por el Congreso de 1816 y que parecia afirmado por las victorias ganadas por San Martin en Chile y por Güemes en Salta.

Ahora, es indispensable que volvamos á tomar en Buenos Aires el hilo conductor de las cosas del año XX, para que reanudemos despues todo el grupo nacional. En ese sentido, vamos á estudiar la estraña labor con que la anarquía interna de cada provincia ha venido operando la solucion del problema general, para seguir la lógica latente y la direccion providencial que tomaron los sucesos: si es que me sea permitido dar este nombre al encadenamiento natural con que

1. Consta de una larga nota firmada por Ocampo que tengo á la vista entre cartas y papeles inéditos del coronel Güemes.

las pasiones y los intereses de las masas, balanceados y ponderados por las fuerzas inteligentes del pais, se han armonizado poco á poco en la historia, con fines racionales y propios de los hombres civilizados, hasta producir la situacion orgánica que vino á dar un desenlace justo á los conflictos del combate unos meses despues.

No sé si la Provincia tiene alguna parte directa en esta série de hechos. Pero, que si fuere el acaso, este mismo, siendo feliz ó adverso, estimulante ó retardatario, viene á combinarse con las masas de intereses que la razon cria en el movimiento de los pueblos libres; y como la razon viene de lo alto, los resultados generales que esa combinacion produce, asumen al ojo de la filosofia social la fórmula de grandes leyes cuyo, imperio procede de la constitucion moral y primitiva de nuestra especie.

Por eso, lo que tiene de mas bello la historia argentina, no es tanto el movimiento múltiple y vivísimo de sus cuadros, desempeñados por actores que se mueven alumbrados por los rayos fulgentes de la gloria, cuanto esa conformidad de su marcha con las leyes de su territorio y de su porvenir, cuya exposicion fiel y clara forma el principal objeto de mis esfuerzos en este trabajo.

Pero para escribir la historia del año XX es menester que el escritor se resigne á quedarse muy abajo de los sucesos, cuando quiera restablecer por el artificio de las letras, la vida y el movimiento que ellos tubieron. La pluma no alcanza á seguir con las ideas ni con las palabras el drama que tiene lugar en ese horizonte de nuestra historia, negro y profundo como el caos, pero tan animado por el bullicio y por los fuegos de la tormenta, que antes de que uno se dé vuelta para

señalar hácia donde ha rujido el último trueno, cual es la escena que ha iluminado el último relámpago, cien truenos mas, cien relámpagos mas, cien escenas mas, bulliciosas, fantásticas y arrebatadas por la vorágine del tiempo, han pasado yá, se han oscurecido yá, sin que hayamos podido dominar por un momento ese torrente de detalles en que cada cosa vive, en que todo se mueve y en que todo vale.

§ IX.

ABNEGACION DEL GENERAL RONDEAU—SÍTUACION DESASTROSA DE LOS NEGOCIOS—FUERZAS BELIGERANTES—DESASTRE DE CEPEDA—LEVANTAMIENTO DE LOS ÁNIMOS EN LA CIUDAD—TÉRMINOS MÉDIOS—SOLER—SARRATEA—TRATADO DE PAZ Y AMISTAD—ENTRADA OFICIOSA DE RAMIREZ Y DE CARRERA—IRRITACION DEL ESPÍRITU PÚBLICO—ENTRADA DEL GENERAL BALCARCE—REACCION DEL PARTIDO DIRECTORIAL—APARICION DE ALVEAR — INDIGNACION DE LOS CÍVICOS Y DEL CABILDO—CAIDA DE BALCARCE Y RESTAURACION DE SARRATEA—TENTATIVA DE CARRERA Á FAVOR DE ALVEAR—SUBLEVACION DEFINITIVA DEL ESPÍRITU LOCAL CONTRA LOS MONTONEROS—RECHAZO Y PERSECUCION DE CARRERA—CAIDA DE SARRATEA Y ASCENSO DE SOLER—LEJISLATURA DEL LUJAN—SOLER DERROTADO EN LA CAÑADA DE LA CRUZ:—ACEFALIA DE LA CAPITAL—REACCION DEL ESPÍRITU PÚBLICO COMUNAL ENCABEZADA POR DORREGO:—DEFENSA DE LA CIUDAD—RETIRADA DE LOS MONTONEROS—DORREGO DERROTA Y ANONADA Á LOS CHILENOS EN SAN NICOLÁS—DERROTA Á LOPEZ EN PAVON—ES DERROTADO EN EL GAMONAL—RESURRECCION DE LA BURGUESIA DIRECTORIAL—ELECCION DEL GENERAL DON MARTIN RODRIGUEZ—REACCION DEL PARTIDO DEL CABILDO Y DE LOS CÍVICOS—ASALTO Y COMBATE DEL 5 DE OCTUBRE—VICTORIA DEL PARTÍDO DIRECTORIAL Y REACCION LATENTE DEL UNITARISMO.

El general Rondeau habia dado una prueba honorabilísima de abnegacion dejándose imponer las responsabilidades

del mando en semejantes momentos. Ninguno de los conflictos anteriores de nuestra historia se habia presentado con mayores dificultades, y nunca habia estado en la direccion de los negocios un hombre de menos génio para superarlas. De todas partes parecia que se despeñaba rugiendo sobre la capital un torrente de desastres; y los hombres superiores habian desaparecido de la escena. Los unos abandonaban la patria á su mala suerte para colmarla de gloria, los otros la traicionaban; y los mas comprometidos se retiraban convencidos de su impotencia para mantener en pié aquel lúgubre edificio, que crugia sobre sus asientos próximo á desplomarse sobre todos. Así empezaba el año XX.

Sin voluntad própia y sin génio, pero lleno de una resignacion serena, el general Rondeau se habia dejado arrastrar hasta el frente de la catástrofe, cuando la sublevacion de Arequito vino á descargar el golpe de grácia sobre el órden constituido. Despues de este atentado cobarde, era muy facil preveer que los caudillos de la montonera quedaban completamente libres de todo cuidado, para echarse en masa sobre la provincia de Buenos Aires; y el Supremo Director se apresuró, en consecuencia, á levantar su campo del Lujan, para ir á reunirse con la division del general don Juan Ramon Balcarce que estaba en San Nicolás de los Arroyos. El Ejército con que el honorable magistrado marchaba á desempeñar este acto final de la lucha entre el sistema unitário, connaturalizado con la Revolucion de Mayo, y las pretensiones federales de las masas semi-bárbaras del litoral, se componia en su mayor parte de milícias de caballeria de nuestra campaña: gente colecticia, que no solo carecia de toda organizacion precedente, sinó qué, por su

mismo espíritu vecinal y campesino, carecia tambien de pasiones y de intereses própios para ir á batirse con denuedo por el poder de la oligarquia política que predominaba en la capital. Mas que egército, aquella era una masa de hombre forzados á dirimir un conflicto ageno; y de toda ella, solo dos batallones pequeños y un piquete de ochenta artilleros con sus piezas de campaña, que compondrian como seiscientos hombres á lo mas, eran la tropa con que el Supremo Director podia contar como punto consistente en un momento de batalla.

El general Rondeau era un hombre sereno, de estatura menos que mediana, de semblante serio, pero de génio apático y sin rapidez ni oportunidad en el mando. Su escasa fantasia no le alumbraba para preveer los sucesos, ni para combinar aquellos golpes premeditados con que un general verdadero prepara y desenvuelve sus planes. El Supremo Director se limitaba en sus campañas á marchar sobre el enemigo, ó á esperar al enemigo en las condiciones en que este queria encontrarlo. Otro, en su caso, habria operado en retirada hasta respaldarse en un centro firme, para reaccionar desde allí cuando el empuge del enemigo hubiera venido á quebrarse en la solidez de la resistencia; y esto habria sido tanto mas necesario entonces, cuanto que era indispensable obrar así visto el caracter de las hordas hábilmente dirigidas con que iba combatir, y el de los médios que les iba á oponer.

Para comprender la marcada superioridad con que los montoneros de Santafé y de Entrerrios habian combatido hasta entonces contra los ejércitos regulares del gobierno de Buenos Aires, basta tomar en cuenta ciertos fenómenos ge-

nerales del arte de la guerra, que se han presentado con resultados idénticos en todas partes, desde las campañas de los Romanos contra los Partos hasta las campañas de los Franceses contra los Beduínos. Cuando los hombres del desierto montan á caballo movidos por una pasion social, se *amontonan* en derredor de caudillos populares de su propia eleccion; y levantando la bandera del patriotismo local, contra la dominacion de intereses que les son estraños, cada *monton* obra bajo la direccion libre de su gefe, con una iniciativa tanto mas ardiente é indomable cuanto que brota de sus propias pasiones.

Para combatirlos, es indispensable echarles en alcance fuerzas de caballeria regular. Pero, mas ágiles que las masas compactas de los escuadrones que los buscan, los montoneros se fraccionan á su antojo en grupos menores, que se desparraman por el desierto, y obligan á sus contrarios á subdividirse tambien en todas direcciones. En este afan, la caballeria regular pierde al fin las ventajas de su solidez para igualar con sus movimientos la ligereza de sus contrários; y la equivalencia individual de cada fuerza respectiva tiende á tomar así su equilibrio en el combate. Pero, desde ese momento, se invierten las ventajas de las posiciones: la evolucion se continúa en sentido contrario y la igualdad desaparece. Porque mientras las fuerzas regladas disuelven su masa para hacerse ligeras y difundirse persiguiendo ó sus enemigos, estos se aglomeran sobre cada fraccion, y acaban por poner de su parte el número y los demas elementos del triunfo en cada encuentro parcial.

Con las primeras victorias crece el prestíjio de los cau-

dillos que las alcanzan: se afirma la fidelidad y la confianza de sus secuaces; y se hace necesário al fin que el ejército regular que lucha contra ellos, cambie radicalmente la táctica de sus movimientos, echando mano de la infantería para proteger las operaciones lejanas de su caballería. Pero esta novedad rebaja necesariamente en esa arma, desde ese momento el nivel de su importancia. El conocimiento de su impotencia la hace cobarde, ó inepta, para operar por sí sola en un terreno estenso; y estrechando cada vez mas su rádio, acaba por convertirse (si no es incesantemente reorganizada y reforzada) en un apéndice humilde de la masa lenta de resistencia inerte que la proteje. Cuando los Romanos esperimentaron esta ley de la guerra contra la barbárie del désierto, fueron exterminados por los Partos; y los Franceses, que habian caido tambien en esta degeneracion del arte militar, por las guerras contra las tribus nomades de la Argelia, se han encontrado, hace bien poco, muy inferiores á los prusianos para hacer operar su caballería con el alcance y con el brio que tenia en los tiempos de Murat.

Pero ¿cuáles son las condiciones constitutivas del terreno y de la sociedad que dan nacimiento y caracter á este fenómeno? He aquí la parte interesante y sustancial de este problema, que generalmente no ha sido estudiada; por que se ha dado mas atencion que la que merecia á la parte superficial, que es el heroismo y la fervorosa tenacidad con que cada grupo ó guerilla de montoneros desempeñaba sus deberes. Si se examina los sucesos con un juicio bien informado, se verá al momento que esta es una clase de guerra privativa de los paises desiertos ó de las montañas

agrestes, en donde el suelo no está poseido ni esplotado por la industria; y que solo brillan en ella, por consiguiente, los pueblos que viven aún en la barbárie, ó que han caido en ella por la pobreza. Así es que la debatida cuestion del heroismo popular y del brio relativo de los combatientes, se resuelve de suyo por el grado del desarrollo social de cada uno de ellos; y cada uno toma así la línea y el nivel que le corresponde en la historia de la civilizacion y de la guerra.

Aquella energia pues tan justamente ponderada que los *montoneros* de la Banda Oriental, de Santafé y de Entrerios desplegaron de 1814 á 1820, en su guerra tenaz contra Buenos Aires, tenia por base ante todo el grado relativo de la cultura de cada parte beligerante; y esta diferencia era la que daba su caracter especial á esa guerra, de acuerdo con la barbarie del territorio en que se hacia, y con las pasiones que animaban el patriotismo de las masas populares que vivian en él. Cuando el toque eléctrico de la revolucion social las puso en accion, ellas se incorporaron como hordas bravías, y muy pronto hallaron gefes superiores á quienes la naturaleza habia dotado pródigamente de las raras y enérgicas cualidades que requerian los momentos y que requeria el empuge con que venian á influir en el rumbo de los sucesos.

Si en aquellos momentos el Gobierno nacional y la Capital hubiesen podido disponer del lleno de sus recursos y de sus fuerzas, sin otros cuidados que el de la insurreccion de los montoneros, estos habrian sido al fin traqueados en sus desiertos y sometidos á la ley civil y política, por el poder de las armas; por que la barbarie es siempre débil delante de la civilizacion relativa que la combate. Y para mí no tiene duda que si el ejército de los Andes hubiera opera-

do sobre Santafé y sobre ambas márgenes del Uruguay, en combinacion con el Ejército Auxiliar del Perú, y con los medios marítimos de la Capital, habrian bastado sus escuadrones de carabineros y lanceros para barrer en dos dias todas las turbas de las montoneras, hasta internarlas en el Paraguay ó en el Brasil dado caso que no se hubieran sometido y docilizado.

Pero todas las fuerzas y los recursos de la Capital se habian agotado desde 1810 en sostener la guerra de la independencia. Habia sido menester reparar los contrastes que Belgrano y Rondeau habian sufrido en el Alto Perú; y al mismo tiempo que con esfuerzos gigantezcos el Gobierno unitario, que habia tomado sobre sus hombros la salvacion de la independencia, reconquistaba á Chile, tenia tambien que luchar por someter á las provincias litorales con restos miserables y escasos de malas tropas, que eran los únicos de que le permitian disponer las exigencias insaciables de esa lucha titánica contra la España. Esta obra de civilizacion, esta creacion de la pátria, lleva en sí una gloria de otro nivel y de otro esplendor que la indómita energia con que la barbarie provincial luchaba por su propia independencia: y lo admirable de la historia de nuestro pais, es: que uno y otro sistema hayan combatido entre sí, desempeñando el uno contra la España un servicio para el cual era inepto el otro, mientras este removia el suelo mismo de la nacion para apropiarlo á un orden de cosas para que era inepto aquel; y cuando el uno defendia la bandera de la revolucion encastillado en el régimen colonial, el otro demolia ese régimen por su base, poniendo, por un instinto maquinal, los asientos del orden nuevo, del órden de cosas que la Revolucion traia en sus entrañas maternales desde el dia primero de su vida.

El año XX fué la época climatérica de esta rara y doble evolucion que los elementos sociales hacian sobre el centro mismo de nuestra nacionalidad; y por eso es indispensable que al entrar en los dias de su historia, para narrar la lucha de las dos tendencias, les preguntemos á los combatientes de cada campo como entendian la bandera que cada uno defendia y los fines que buscaba:—«¿Por qué pelean los anarquis-« tas? preguntaba el diario oficial, momentos antes de la ca-« tástrofe final ¿Quienes son ellos? Cuales sus calidades y « sus médios de establecer un sistema cualquiera regular? « Se les atribuye la pretencion de establecer la *Federacion*. « Y hay alguno entre sus gefes que sepa pronunciar correcta-« mente siquiera esa misma palabra? Hasta ahora no hemos « oido esplicar razonablemente á los pretendidos federales « cuales son los alcances de su sistema. Hubo tiempo que « en Buenos Aires (1816) asomó el deseo de reducirse á solo « su provincia, aún excluyendo á Santafé que es pueblo de « su dependencia provincial, y á *nadie asentó peor la pro-« posicion* que á los partidarios de tal régimen.[1]» Y en efecto: la segregacion ó independencia de Buenos Aires habia levantado siempre en las demas provincias un grito de alarma parecido al sentimiento de una decapitacion. Pero por lo que sigue, va á comprenderse que si los pretendidos federales ignoraban las condiciones esenciales del régimen constitucional que invocaban, los altos políticos que habian rodeado al Supremo Director y procurado renovar con constituciones liberales el edificio de la Colonia, ignoraban tambien, á tales términos, esas mismas condiciones, que no podian comprender que dentro de su mecanismo pudiese ser

1. Gaceta; 15 de octubre de 1819.

tanto mas práctica y compacta la unidad nacional cuanto mas descentralizada estuviera la administracion pública, por esa série de jurisdicciones articuladas, que constituyen el derecho federal:—«Los federalistas (continuaba diciendo el diario « oficial) quieren no solo que Buenos Aires, no sea Capital, « sino que, como *perteneciente* á todos los demas pueblos, « divida con ellos el armamento, los derechos de aduana, « y demas rentas generales:» en una palabra, que se establezca una igualdad fisica entre Buenos Aires, y las demas provincias, *corrigiendo* la naturaleza que nos ha dado un puerto, unos campos, un clima, y otras circunstancias que le han hecho físicamente superior á otros pueblos, y á la que por las leyes inmutables del órden del universo está afecta cierta importancia moral de un cierto rango.»

No negaba sin embargo el escritor oficial, que absolutamente hablando la federacion fuera buena. Pero decia, y decia ahora con muchísima razon—«Cuando una provincia *fe-* « *derada*, la que domina Artigas por ejemplo, rehuse concur- « rir al cumplimiento de los *pactos establecidos* ¿cual será el « médio de reducirla á su deber? Es bien notorio *que él no se aviene con que las provincias federadas* de Entrerios, de Corrientes ó de Santafé, *se sustraigan á su dependencia Soberana y despótica*: él confia en que *su gente* ha de ir á su voz á donde él la mande. ¿Y qué se hará en este caso? ¿Se reunirán todas las demas provincias para someterla á la obediencia? iriamos á pelear? ¿Contra quienes? *contra nuestros hermanos*. Entonces nada hemos adelantado con la *Federacion*..... El Soberano Congreso compuesto de los Representantes de todas las provincias, «*nos ha dado* una ley « constitucional cuya observancia hemos jurado: muramos

« pues cumpliéndola; y al exalar nuestro último aliento,
« elevemos nuestros ojos al cielo, para darle gracias de que
« nos haga concluir nuestra carrera, con dolores sí, pero nó
« con remordimientos. » Aquí está, neta y puramente diseñada en toda su verdad, la situacion política del pais: era intransigible la lucha, y no habia término medio entre la UNIDAD y la SEGREGACION ABSOLUTA de las provincias, en el órden administrativo por lo menos.

Si no se toman en consideracion todos estos antecedentes, para juzgar de los sucesos de 1820 y de la espinosísima situacion en que se hallaban las cosas, cuando el general Rondeau tomaba el mando de la Capital y de las milícias provinciales con que salió al encuentro de los Montoneros, seria fácil formarse ideas falsísimas de la naturaleza moral de esos sucesos, del carácter de sus actores, y de los resultados sociales que se produjeron.

Luego que la sublevacion de Arequito dejó á Ramirez y á Lopez libres de cuidados por el lado de Córdoba, los diversos grupos ó *montoneros* que componian sus fuerzas se vinieron á incorporar sobre el *Arroyo del médio* con el Cuerpo principal que mandaba Ramirez en persona, para invadir la campaña de Buenos Aires. Cuando el general Rondeau sintió la aproximacion del peligro, marchó de San Nicolás ácia la confluencia del cañadon de *Cepeda* con el *Arroyo del médio*, teniendo en vista que el terreno le era mas favorable allí, que en otra parte, para resistir el empuge de la caballería enemiga; pues que además de estar cerrado por los arroyos de *Ramayo* y del *Médio*, se componia de lomadas y albardones bastante pronunciados, donde podia colocar la artilleria y la infanteria de manera que dominasen

el campo, y que sus fuegos pudiesen ofender eficazmente las masas de la caballeria enemiga.

Colocado allí, podia tambien defender las entradas de la provincia y protejer á *Pergamino,* flanqueando ó amenazando por la espalda á cualquier grupo considerable de montoneros que penetrase. El general Rondeau tenia por fortuna á su lado al general D. Juan Ramon Balcarce, que aunque un poco atropellado de jénio, era sinembargo hombre de accion, vivaz y activo en el Campamento, y bastante bravo y acertado en el campo de batalla.

Los primeros encuentros, aunque reducidos á escaramuzas de meros reconocimientos, no fueron satisfactorios para la caballeria porteña. En los *Manantiales* se sintió un grupo de montoneros; un escuadron de *Dragones* salió el dia 4 de Enero á rechazarlos; pero habiendo pasado el Arroyo del médio en la persecucion, los porteños fueron arrollados por la caballeria entreriana, y traidos con bastante pérdida y dispersion hasta que pudieron asilarse en el grueso de las fuerzas del gobierno. El mes de Enero pasó así con sucesos vários aunque sin importáncia. Los montoneros, seguros yá del lugar donde pensaban *atropellar* las fuerzas del general Rondeau, habian ocupado todo ese tiempo en agrupar las suyas en tres columnas, relativamente poderosas y muy bien montadas, que se componian de Entrerianos mandados por Ramirez, á los que estaban unidos como ochenta chilenos con Carrera; de Santafecinos mandados por Lopez, y de Correntinos mandados por Campbell.

En la mañana del 1.° de Febrero las avanzadas del Ejército provincial vinieron á toda prisa á comunicarle al general Rondeau que el enemigo, dividido en tres gruesas colum-

nas, estaba pasando resueltamente el *Arroyo del Médio*, é inclinándose al flanco izquierdo de nuestro frente. El general Rondeau encargó al general D. Juan Ramon Balcarce que dispusiese convenientemente la infantería y la artillería, reservándose presidir él mismo las operaciones de la caballería; á cuyo fin la aglomeró toda entera sobre su flanco izquierdo, creyendo con razon, que desde que la infantería apoyaba su flanco derecho en las orillas pantanosas del Arroyo del Medio, era bastante fuerte para rechazar toda operacion que el enemigo quisiera practicar por aquel lado para pasar á retaguardia de la línea.

Un momento despues tenia lugar el choque. Los Santafesinos de Lopez y los indios correntinos de Campbell acometieron sin vacilar la caballería porteña; y esta, al sentir no mas la resolucion bien caracterizada del empuge con que los enemigos se venian á estrellar, se descompuso, vaciló, y sin que nadie lo pudiera remediar, abandonó el campo en masa, llevándose envuelto al general con los gefes y oficiales. Perseguida de cerca por los montoneros, fué dejando cadáveres hasta que se disolvió en pequeñitos grupos, que aterrados se salvaron por sus buenos caballos ó por otros accidentes afortunados. Ramirez y Carrera trageron su empuge hasta la inmediacion de las líneas de la infantería. Pero el general Balcarce estaba firme, la tropa decidida á defenderse con la conciencia de que era muy superior á los asaltantes; hizo fuego y los montoneros retrocedieron hasta ponerse fuera del alcance de los fusiles, procurando reunir todos sus grupos para darle un asalto definitivo. La batalla de *Cepeda* habia durado apenas unos minutos.

Despues de algunas horas empleadas en retemplar el

ánimo de la tropa, el general Balcarce redujo á pocas carretas su parque y todo el material que queria salvar: á todo lo demás le prendió fuego: unció á las carretas todos los bueyes de que disponia, para moverlas sin tropiezo, y se puso en retirada cubriendo su retaguardia y flancos con guerrillas de cazadores. A las 12 del dia hizo alto: formó su tropa en cuadro: dispuso convenientemente sus carretas para que le sirviesen de parapeto, y mandó *carnear* para que comiesen sus soldados. Ramirez con una gran parte de sus masas le seguia á la vista, sin acometerlo. Al ver que la columna del general Balcarce hacia alto, el caudillo se figuró que algo hubiera ocurrido que lo hacia vacilar en su resolucion de retirarse; y mandó al Comandante Perez de Urdininea (á quien habia tomado prisionero ese mismo dia) con una intimacion al Gefe de la columna diciéndole que se rindiese á discrecion, en la seguridad de que haciéndolo perdonaria las vidas y dejaria la libertad de que cada uno se retirase á donde quisiere: pero bien entendido que de nó someterse, los iba á pasar á cuchillo sin misericordia. «Que- « dan en poder mio, decia en su nota, un número considerable « de prisioneros de todas clases; y se hallan tendidos en el « Campo de Marte cantidad considerable de soldados y oficia- « les, *entre ellos el General* BALCARCE y casi todos los gefes « de caballeria.» Ramirez dirigia la intimacion al coronel Rolon suponiéndolo Gefe de la Columna; pero Balcarce no era Rolon, y presentándose con desprécio y con altivez al parlamentário, le contestó que ¿cómo tenia la ridiculez de hacerle semejante intimacion cuando habiendo quedado dueño del campo de batalla la tropa enemiga no se habia atrevido á aproximarse á su posicion? Que obrase cumo quisiese, pues tan lejos de temerle se tenia por muy superior en todo.

La derrota de Cepeda cayó sobre Buenos Aires como un rayo en una manada de potros. La primera noticia vino probablemente del campamento de los federales, por que todos repetian la muerte del general Balcarce como indudable. Era yo un niño de pocos años, y me acuerdo todavia del espantoso conflicto que ese golpe produjo en el seno de mi familia. Mi padre que era íntimo amigo del general Balcarce, como lo fué toda su vida, estaba sumamente comprometido en la política del Directorio. Eran como las ocho de la noche; y en médio de aquel pánico (confuso para mi tierna inteligencia) recuerdo que me tomó de la mano, y que seguidos de mi madre, me arrastraba literalmente por las calles hasta la casa del general. Allí presenció un espectáculo que nunca se ha borrado de mi memoria. La bellísima señora con el cabello suelto y las manos crispadas sobre su espléndida cabeza, puesta de hinojos en el médio del salon y rodeada de personas aflijidas, invocaba el favor del cielo; con el ademan enérjico y própio de su alma altiva y dominante, arrojaba gritos de despecho, y nadie podia hacerle comprender la dura ley de la resignacion. Yo no he visto en mi vida una escena trájica como aquella; y la cuento por que creo que tiene algun valor histórico para dar una idea de lo que era la situacion social de Buenos Aires en aquellos momentos. Aquellas lágrimas arrancadas por el dolor y por el orgullo de su nombre que ella creia mancillado por la derrota y martirizado por la desgracia: aquel rostro bellísimo en su misma desesperacion, las ropas del seno desgarradas, los cabellos tendidos, todo contribuia á la impresion terrible en el aspecto de aquella sublime muger, que habia concentrado en el afecto de su marido y en el culto de la pá-

tria las intensas pasiones de su alma naturalmente ardorosa y exaltada. No sé lo que siguió: recuerdo solo que á la media noche hubo grandes golpes en las ventanas de mi casa, y que la voz de D. Tomás de Luca le participaba á gritos á mi padre que—«*Balcarce se habia salvado*, y que venia con la tropa de infanteria á defender á Buenos Aires.» En efecto, acababa de llegar un oficio del Coronel D. Celestino Vidal, gefe de la guarnicion de San Nicolás que decia «á las nueve de la mañana de este mismo dia 2 « de Febrero, hé recibido *parte verbal* del Sr. Coronel Ma- « yor D. Juan Ramon Balcarce, Comandante del Ejército Di- « rectorial, desde la posta de *Olmos*, traido por el alferez de « caballeria D. Manuel Fernandez, de haber llegado á aquel « punto en la madrugada de hoy 2 del corriente con toda la « infanteria, artilleria, municiones y demas bagajes del « Ejército que ha sabido salvar con su natural serenidad é « intrepidez»—El general Balcarce no habia perdido un soldado de su infanteria ni una sola pieza de su bagaje, y se retiraba á San Nicolas con intencion de embarcarse y de llegar á tiempo para reforzar la defensa de Buenos Aires contra el ejército federal, que él suponia en marcha sobre la Ciudad.

Ya puede suponerse cual era el tumulto y la agitacion de las pasiones que habia provocado la fatal noticia de esta derrota. La angustia de las familias, el terror de los hombres comprometidos en la política que hasta entonces habia predominado, la indignacion del orgullo local humillado, las acriminaciones contra los gobernantes que no habian sabido precaver ó superar tan ruinosos resultados, la necesidad suprema de defenderse contra enemigos á quienes se suponia

feroces, aunque fuera con los trozos restantes del gran partido de *Comuneros* que en 1816 habia mantenido y restaurado el imperio de la Capital, y que todavia estaba de pié en los diversos cuerpos de la administracion: todo en fin, contribuia á producir una de esas situaciones raras, que aunque vagas en las pasiones y propósitos de detalle, son luminosas y persistentes en cuanto á la direccion que debia seguirse: que era la de sacar ileso á Buenos Aires de en medio mismo del conflicto. Y lo singular es, que este fin llevaba directamente las cosas á una solucion conciliatoria por el momento, pero que en el fondo tendia tambien á una restauracion inevitable de la supremacia de la Capital. Vamos á esplicarnos. La derrota habia derrumbado el edificio social en cuya cumbre predominaba la ciudad de Buenos Aires. Esta ciudad habia perdido todos sus medios de accion esteriores, todos sus recursos y los ejércitos con que habia entrado en la lucha para sostener la prepotencia del sistema unitario ó metropolitano sancionado constitucionalmente por el Congreso. Reducida pues á sí misma, la ciudad renunciaba por el momento á esa ambicion de gobernar á la República, que venia incrustada en sus tradiciones coloniales, y que el movimiento propio de la revolucion habia justificado en nombre de las necesidades supremas de la guerra de la independencia. Definitivamente derrotados en Cepeda los principios constitutivos de la política trádicional, Buenos Aires renunciaba á esa ambicion de hoy en mas imposible; y se tomaba á la bandera de sus própios enemigos, para salvar y defender su independencia local; reteniendo por el momento

miras y complicaciones que muy pronto debian ponerse en juego, para tomar otra vez el rumbo fatal de la lucha anterior, aunque bajo diversas faces y combinaciones que las que habian obrado habian hasta el presente.

Al influjo de esta tendencia, toda la dificultad de la solucion conciliatória consistia pues en que los gefes federales no pretendiesen, tampoco por de pronto, sojuzgar á la ciudad de Buenos Aires bajo una prepotencia personal concentrada en sus caudillos; es decir, en que no pretendiesen invertir la tradicion histórica, poniendo á Buenos Aires bajo un réjimen personal y concentrado fuera de ella; y digo bajo un réjimen *personal* y *concentrado*, por que la solucion de una federacion constitucional era entonces de todo punto imposible, por la calidad de los hombres que encabezaban la reaccion federal, por la naturaleza de los médios con que obraban, y por el caracter de los fines que perseguian. El empuge social, diremos así, era el de la mera desagregacion, con el propósito de que cada porcion evolucionase dentro de sí misma como pudiese, de que cada provincia combinase con su própio trabajo los elementos de su propia sociabilidad.

Por fortuna, era ya posible en 1820 lo que habia sido imposible en 1815. La España estaba vencida por los Argentinos en el territorio nacional. No habia ya necesidad de un esfuerzo de concentracion social como el que se habia hecho entonces, para desembarazar nuestras fronteras venciendo en Chile y en Salta. Nada habia que temer ya de la España dentro de nosotros mismos. Y si bien quedaba el grave temor de la expedicion que se preparaba en Cádiz, no era urgente, aunque muy sério, por que los pueblos no

le veian todavia la cara al enemigo, y esperaban á ver brillar sus armas para preocuparse de los esfuerzos que tendrian que hacer para arrancárselas de las manos.

Libres pues de un peligro inmediato, las provincias argentinas podian abandonarse sin riesgo al impulso natural de inmediata desagregacion que los dominaba; y puesto Buenos Aires en esa misma corriente, por la derrota que acababa de sufrir la tradicion orgánica sobre que reposaba su predominio anterior, era fácil entenderse, si los Caudillos federales seguian obedeciendo á la bandera de recíproca independencia con que habian levantado las masas de cada provincia.

Muchas razones habia para que no pudiera dejar de ser así. Ramirez rechazaba, como contraria al régimen federal, la supremacia que Artigas queria atribuirse sobre él; y no solo trataba de mantener la liga, sino de aumentarla con Buenos Aires para repeler las agresiones que temia de parte del Caudillo Oriental. Lopez entreveia bien claramente que si Ramirez triunfaba de Artigas, habia de pretender convertir á Santa-fé en instrumento de su ambicion y de su predominio personal; y buscaba visiblemente un apoyo contra esa emergencia ganándose á Buenos Aires. Bustos preveia tambien que su seguridad y su quietismo dependian de que Ramirez no predominase en Santa-fé ni en Buenos Aires, y de que Carrera no se apoderase de Cuyo. Todos los elementos de aquel caos estaban pues en gestacion; y á eso se agregaba la imposibilidad que Ramirez entreveia de dominar, por la fuerza de las armas, la resistencia de la ciudad de Buenos Aires, donde ocho ó nueve mil Cívicos estaban naturalmente dispuestos á defender su municipio natal, y á repeler las hordas de ginetes

y de indios que eran toda la fuerza de los caudillos federales.

Estos eran los perfiles generales de la situacion: veamos ahora los hechos.

Apenas amaneció el dia 3 de Febrero se fijó en todas las esquinas, y se repartió profusamente por las calles y en los subúrbios, un BANDO impreso con grandes letras y de redaccion solemne, firmado por D. Juan Pedro Aguirre, Alcalde de primer voto del Cabildo, es decir—*Mayor* de la Comuna, á quien el General Rondeau, al salir de la Ciudad, habia encargado tambien del despacho del Egecutivo Nacional, con el título de Director Sostituto del Estado. El bando ó proclama del *Mayor* nada disimulaba: un peligro inminente amenazaba al pueblo. El ejército de la Ciudad, que el Supremo Director *mandaba en persona*, habia sido derrotado; y el enemigo, lleno de orgullo, marchaba á humillar á Buenos Aires, á hollar sus nobles fueros, á despojarla de su antígua gloria para arrancarle sus preciosas ventajas y para postrarla *víctima* de los consejos de su irritacion. Este, y no menos, era el fin que se proponian los *pretendidos federales*. Pero los hijos de Buenos Aires no habian de *consentir este opróbio* que queria imponerles un *enemigo fratricida*. El gobierno se incorporaba para *libertar de estas fúrias* á la Ciudad, y esperaba que seria segundado. Pero con esto no queria decir que *no estuviera dispuesto á hacer la paz*, dado caso de que ella pudiese hacerse sin mancillar la honra de la Comuna. Sinembargo, para lograrlo era menester tomar *una actitud imponente*.

En consecuencia, el Alcalde Mayor nombraba al General Soler general en gefe de todas las nuevas fuerzas con que la

Comuna se preparaba á defenderse; y mandaba que se formase á sus órdenes un *campo volante*, ó esterior, con el resto de tropas veteranas que tenia aún la Capital y con las milicias de campaña que se mandaban movilizar inmedíatamente. La mision del General Soler era observar los movimientos del enemigo, y maniobrar de manera que paralizase sus marchas, ó que tuviera que subdividir sus masas para atender á diversos puntos de sus flancos.

Para organizar la defensa de la ciudad se mandaba que en ese mismo dia 3 de Febrero, á las 4 de la tarde, ocurrieran los Tercios Cívicos á ser *revistados* y *armados* para destinarlos segun conviniera á la defensa. El primer Tércio, compuesto de tres batallones, debia acamparse en la plaza de la Concepcion. El segundo Tércio, compuesto de cuatro batallones en la *Fábrica de fusiles* (hoy plaza del Parque), y los *Cazadores del Comercio* en la Fortaleza (hoy Aduana) debiendo incorporarse á sus respectivas compañias todas las otras clases militares: retirados, rebajados, licenciados, asistentes, y todo otro individuo que por la ley estuviere llamado á alistarse. Movilizábase tambien por el mismo bando á los tres batallones llamados *Argentinos* que se componian de los hombres libres de color; y con ellos se ponia bajo las inmediatas órdenes del general D. Eustoquio Diaz Velez, Gobernador intendente de la provincia, á los carreros, carniceros y abastecedores de mercados, cuyo punto de reunion era la *Alameda*, ó octual *paseo Júlio*.

Para movilizar y poner en accion esta masa de fuerzas, el Alcalde Mayor ordenaba perentoriamente que todos los Alcaldes de bárrio, por sí y por médio de sus tenientes, inventariasen prolijamente todos los caballos y monturas de

sus respectivos distritos. El Cabildo tomaba sobre sí el acópio de víveres y el servicio de carnes, granos, y demás suministros que hubieren de necesitar las fuerzas movilizadas y la ciudad, mientras se rechazaba al enemigo.

Lo mas notable en los procederes y órdenes del Mayor de la Ciudad no fué el acertadísimo conjunto, y el buen sistema de disposiciones que contenia este famoso Bando, modelo acabado en su género de esta clase de medidas, sino la admirable actividad y eficácia con que él mismo, multiplicando sus esfuerzos, puso en activo servicio todo este conjunto de elementos, haciendo valer y concurrir cada parte en perfecta correlacion con el sistema de que era un resorte.

El general Soler salió á situarse en el *Monte de Castro* lugar inmediato á Moron. De allí pasó al *Puente de Marques* con las primeras fuerzas que se le reunieron. Y tan eficaces fueron las medidas y la actividad del Alcalde Mayor, que el dia 8 estaban ya en el campamento volante mas de cuatro mil hombres, y en la ciudad otros tantos, acantonados en las azoteas y detrás de palizadas levantadas para impedir el ataque de los enemigos. [1]

Por el lado del Paraná se amenguaban tambien las ventajas que Ramirez podia haber esperado obtener con el triunfo de Cepeda. Toda la infanteria, artilleria y bagajes del pequeño ejército del Centro habia logrado llegar á *San Nicolás*. Ramirez lo habia seguido á la vista; pero sin osar acometerla. Una vez acantonado en el pueblo, el general Balcarce estaba completamente libre de todo peligro; no solo por la seguridad de su base de operaciones, sino por que tenia á sus órdenes en el Rio Paraná una escuadrilla sutil

1. Gaceta del 9 de Febrero de 1820.

con que defender el puerto para embarcar su tropa, y para venir fácilmente *aguas-abajo* hasta las Conchas ó San Isidro. Ramirez comprendió al instante que si la division de Balcarce lograba bajar hasta Buenos Aires, no le quedaba otra solucion posible que un tratado de pacificacion, con algunas ventajas de puro detalle, que el interés mismo de la Comuna le habia de conceder en los primeros momentos del apuro y de la agitacion. Así fué que con fecha 2 pasó una nota al Cabildo de Buenos Aires mostrandole que por la derrota del dia anterior, el Directorio era ya impotente para pretender preponderancia sobre las provincias ó para conservar esperanzas de someter por las armas la resistencia de los confederados del litoral; y que por consiguiente, la provincia de Buenos Aires debia renunciar á sus tradicionales ambiciones y decidirse á transiguir con las demas, bajo las reglas del sistema federal, en el que todas las partes son *igualmente libres* é *igualmente* soberanas dentro de sus propios territorios, sin perjuicio de estar *aliadas* en todo aquello que fuere de interés comun. La idea de un gobierno general y de una sola ley política y civil no entraba por su puesto en la mente de los dos Caudillos vencedores. Ellos la suplian con una mera *alianza* bélica: Ramirez contra los portugueses como Güemes Bustos y Paz contra los españoles; con la idea tácita y bien clara de constituirse de ese modo el gran centro del poder militar y de los recursos de todo el pais, para gobernarlo en nombre de la fuerza y de su poder personal.

Pero al mismo tiempo que Ramirez daba este paso conciliatorio, echaba mano tambien de un recurso que todavia le quedaba, para ver si hacia imposible que el General Balcarce bajase con sus fuerzas hasta la capital. El aventurero

Campbell corria á Santafé, y de allí á Goya, á tripular de prisa cinco lanchones con un batallon de indios *Tapes*[1] reconocidamente bravos y venia inmediatamente con ellos *aguas-abajo*, ocultándose por las islas para no ser sentido. El 13 de Febrero por la madrugada se arrojó de repente sobre el bergantin Aranzarú, que era el buque de mejores condiciones que tenia la escuadrilla de los porteños, y logró sorprenderlo con bastante felicidad. Mandaba allí dentro el capitan de marina D. Angel Ubac, hombre demasiado bravo para resignarse á la mala suerte que caia sobre él; pero tenia por fortuna suya, una compañia de sesenta cívicos del 2.° Tércio, *Criollos* belicosos y ágiles de los que llamaban entonces *Compadritos*. Así que el capitan sintió el ataque, se puso en armas é incorporó su fuerza, casi mezclada yá y confundida con los asaltantes, trabándose en la cubierta del buque una pelea de cuerpo á cuerpo, á cuchillo y fusilazos, que fué una verdadera y horrible carniceria. Un cuarto de hora despues Ubac y los cívicos habian triunfado: los *Tapes* habian sido literalmente destrozados y descuartizados; el segundo de Campbell, inglés tambien llamado Oliffrant, estaba degollado colgando de un mastelero con la cabeza pendiendo de los últimos músculos como de una cuerda atada al tronco. El resto de los Tapes, con Campbell entre ellos, tirándose al agua, lograban alcanzar á la ribera derecha é internarse en la campaña en busca de las partidas de Ramirez. Pero veintitres cívicos y diez y ocho marinos yacian en la cubierta nadando en charcos espantosos de sangre; y el mismo Capitan

1. Iriondo: Apuntes para la historia de Santafé. Lo cito solamente en cuanto á los *Tapes*, porque en cuanto á fechas y detalles es inexacto como casi siempre.

Ubac estaba postrado allí con las dos piérnas destrozadas y con muchas otras heridas de que á los pocos dias murió.

Para evitar nuevas tentativas que pudieran inutilizar sus recursos, y no teniendo objeto su permanencia en aquel punto, el General D. Juan Ramon Balcarce dejó una parte del batallon de Cazadores bajo las órdenes del Coronel Vidal (D. Celestino) y se embarcó el 15 de Febrero para bajar á la Capital, en una ignorancia completa de lo que hubiera podido tener lugar despues de la derrota de Cepeda, pero decidido á entrar en ella, ya fuese para defenderla, ya para *restablecer las autoridades constituidas*, es, decir: el Réjimen Directorial, como lo decia él mismo en su nota del 7 de Febrero: [1]—«El « entusiasmo y brillante disposicion que manifiestan los cuer- « pos que componen mi division de sacrificarse por la inte- « gridad y seguridad de la provincia, *no menos que por el « decoro y por la existencia de los autoridades constituidas,* « es acreedor no solo á mis consideraciones, sinó tambien á « las de V. E. y demás ciudadanos empeñados en la defensa « de tan sagrada causa. Esté V. E. persuadido que á « cualquiera direccion que (mi fuerza) marche, arrastrará « un número considerable de honrados vecinos que al mis- « mo tiempo de proveerla de lo necesário, obrará en union « contra los que nos invadan, y tambien *contra los aspirantes « que prevalidos de las circunstancias*, fuesen capaces de « poner al heróico pueblo de Buenos Aires en la mas lejana « dependencia, impidiéndole que esprese de un modo so- « lemne y libre su voluntad general, *siempre que nuestro es- « tado político así lo exigiese.* Tengo el honor de hacer á « V. E. el *antecedente anúncio para que use* de él como crea

1. Gaceta del 9 de Febrero.

« mas conveniente á la salvacion de la provincia.» El General Balcarce dirigia esta nota al Supremo Director de la Nacion; y es bien claro que su sentido importaba todo un plan deliberado de producir una reaccion *unitaria* contra la victoria *federal* de Cepéda. Conviene pues que lo tengamos presente, por que este sentido es el hilo conductor y oculto con que se despeja toda la confusion aparente y el desórden superficial que se atribuye á los agitados sucesos que se siguieron hasta los últimos meses del Año XX.

Veamos ahora la diversa tendencia que tomaban las cosas dentro de la ciudad. El sentimiento predominante era el de tratar con Ramirez y con Lopez; no tanto para dejarles la independencia soberana que ellos reclamaban, cuanto para sacar á Buenos Aires del conflicto. Reduciéndolo á su estricto territorio y desembarazando así de las demás provincias se trataba de salvar al mismo tiempo los intereses del partido, que, unitario antes, queria salvar ahora, por las mismas reglas del sistema *federal*, su derecho á quedar dominando en toda la provincia y en la ciudad. Pero, como esta evolucion del egoísmo político era tan natural, los otros partidos interiores que aspiraban á derrocar al partido que hasta entonces habia imperado, trataban de buscar afinidades en el campo de los invasores, para impedir que los caudillos federales transigiesen con la oligarquia directorial y que la consolidasen de nuevo en el poder. En el deseo de que esta cayese, para subir ellos, entablaron pues intrigas y trabajos para que el impulso del derrumbe, dado por la victoria de Cepeda, no se paralizáse antes de producir un cambio interno de personas, que trasladase el poder á manos de los enemigos de Pueyrredon. Para conseguirlo, bastaba

obtener que los montoneros exigiesen, como condicion primordial de la paz, la separacion absoluta del partido directorial, sin cláusula ninguna que pudiese agraviar ó ser humillante para el espíritu local de la Capital. Y como esta tendencia formaba dentro de la ciudad un partido de porteños mas puros que los directoriales, y muy interesado en apoyar su fortuna política en el poder moral y material de los montoneros, era evidente que de este modo la lucha anterior tendía á perder su carácter de guerra interprovincial, para convertirse en un pugilato de las facciones internas de la ciudad, por ganar el poder, para tener garantias contra la persecucion apasionada de sus adversarios; y de ahí, el carácter eminentemente *griego* de las perturbaciones y reacciones que tuvieron lugar en ese famoso año de 1820, que fué, no cesaremos de repetirlo, la época climatérica de nuestra historia: la evolucion orgánica de nuestro ser social definitivo.

En los cuatro primeros dias que se siguieron al contraste de Cepeda, no predominó otro propósito que el de resistir al enemigo, bajo la direccion de los hombres, que, por su propio interés y por su posicion, tenian el mando y el compromiso de defenderlo. Pero al cuarto dia, es decir el dia siete, ya se sintieron síntomas alarmantes en los cuarteles de los Cívicos. Las clases populares de la ciudad habian sido, si nó visiblemente adversas, poco simpáticas al menos con la oligarquía constituida en poder dentro del Congreso, que se formaba de un círculo estrecho de ricos, de especuladores de capital, y de políticos hábiles dados a la intriga y al nepotismo. Llamados á la accion turbulenta de la defensa popular, las ideas de los Cívicos comenzaron á tomar un giro ardiente y tumultuoso en el sentido de rechazar al enemigo

foraneo que pretendia *humillar* á Buenos Aires. Pero al entrar en este movimiento poderoso del patriotismo *local*, tambien daban suelta al profundo ódio que profesaban contra los políticos teóricos y filosóficos á quienes apellidaban *aristocratas* por la sobérbia ó por la habilidad con que habian manejado siempre el poder desde 1810. Y como todas las faltas y acriminaciones de este género habian venido á concretarse en el círculo del Congreso, que se hallaba al frente de la catástrofe final de este largo drama, subia por momentos contra ellos la marea del enojo popular y del descrédito, á términos que el Congreso, Pueyrredon y Tagle, eran la pesadilla del enojo comun, la piedra de todos los escándalos, y de todas las iniquidades que querian imaginar la calúmnia y la procacidad de las facciones alborotadas.

Dos hombres se levantaban en esta primera ola de la tormenta: D. Manuel de Sarratea, y el General Soler.

D. Manuel de Sarratea no podia blasonar por cierto de ser un hombre mas moral, mas puro, ni mas digno de dirigir á un pueblo libre, que lo que era D. Juan Martin Pueyrredon, cualquiera de sus ministros, sin exclir al misme Tagle, ó cualquiera de los congresales, cuyo mayor número estaba compuesto de personas respetabilísimas por el caracter y por sus procederes. Pero casi siempre sucede, que al caer una organizacion social antigua y trabajada por los golpes del tiempo, sucumban con ella hombres de una alta honorabilidad, respondiendo de la corrupcion anterior de sus órganos y de sus resortes, al mismo tiempo que perdularios y cachafaces manchados con todos los vicios y con todas las infidéncias, pero hábiles y ductiles, se ponen á la cabeza de facciones nuevas y mucho mas dañinas, para le-

vantar su voz en nombre de la virtud y de la moral. Por la falta de los escrúpulos y por lo travieso, Sarratea era un hombre de poca cuenta en la ciudad de Buenos Aires.[1] Pero por su habilidad y por la astucia se presentaba á todos los agentes que se movian en estos primeros dias, como un instrumento adecuado para combinar los arreglos necesarios á la paz y concórdia con los montoneros, y para succeder á la faccion de Pueyrredon, como un medio de llegar á esa pacificacion que se deseaba. En este sentido fué que reunió pronto en derredor suyo, por el momento al menos, la cooperacion de la burgesia pacífica y asustadiza, que al ver que los montoneros adelantaban sus marchas sobre la ciudad, creia hallar en este hombre un salvador adecuado; y por lo mismo que todos le tenian por un hombre sin escrúpulos y sin decoro, confiaban en que sabria intrigar con los enemigos hasta sacar buen partido en favor de la ciudad. Pero, por otra parte, toda la vitalidad militar del pais, representada por la numerosa oficialidad que habia pertenecido á los ejércitos en diversas épocas, se habia concentrado al derredor del general Soler, en el campamento del *Puente de Marques*; y con ellos estaba tambien todo el 2° TERCIO de Cívicos, compuesto de los batallones mas numerosos y mas belicosos de los CRIOLLOS de la ciudad.

El general Soler tenia una merecida fama militar. Tres años antes habia mostrado una rara habilidad en el pasage de los Andes ocupando oportunamente los valles de *Achon-Kahuac* y viniendo á tiempo á decidir la victoria de CHACABUCO. Pero el general Soler era dema-

1. Véase el vol. de esta *Revista*.

siado jóven todavia para inspirar confianza en medio de las graves dificultades que surgen á cada instante en una sociedad anarquizada. Dotado de pasiones ardientes habia cuidado poco hasta entonces de aquellos detalles de la vida que dán aplomo á la conducta y seriedad á la vida privada. Él, por el contrario, hacia gala de dar desahogo público á la exuberancia de su temperamento. No pocas veces, en los desahogos del carnaval, su nombre fué el terror de las guerreras de *agua* y *huevos* que guarnecian las azoteas, como lo habia sido de los enemigos de la patria en el *Cerrito* y en *Chacabuco*. Todo caia bajo el furor de sus asaltos, mujeres blancas y negras, hombres viejos y niños: toda la casa entera tenia que pasar por esa prueba del diluvio. Alto, delgado, y agil como un gamo: acometedor como un yaguar: á la cabeza de una turba inmensa de compañeros, militares los mas, armados todos de bombas, arrastrando carretillas de agua, y precedidos de escaleras que manejaban hombres robustos, el general Soler era como el Satanás de Milton en aquella batahola popular. Y no bien asomaba su bandera por una calle, y él á la cabeza de su columna, el grito de *¡Ahí viene Soler!* cundia de uno á otro estremo con un movimiento de alarma estrema en todas las azoteas. Las *niñas* tímidas y recatadas huian al interior del hogar; las bravas, aquellas que gozaban con las emociones del combate y cuyo corazon era poco sensitivo para sus incidentes, esperaban de pié firme el asalto, ayudadas de mulatas fornidas y de negras exaltadas. Ese era el placer del adalid. Ordenaba que fijasen las escaleras bajo rios de agua que se desprendian de lo alto como cascadas. Las defensoras del baluarte se prendian á los estremos de

las escaleras, y no pocas veces lograban volcarlas cuando ya estaban cuajadas de asaltantes. Pero caia el que caia, y volvian á enderezarlas hasta que al fin trepaban. Entonces, ya no habia valla ni respeto: todo caia bajo la férula del vencedor: y las prisioneras de todos los colores eran castigadas con un baño general.

Pero en Buenos Aires, aún en el año XX, la mayor parte de la burgesia constaba de familias recogidas y de gentes sensatas que miraban de mal ojo estos escesos; y esta intemperancia de los gustos y de la conducta personal del general Soler provocaba en el ánimo de la Comuna graves temores acerca de su moderacion y de su cordura para manejar el poder público; mientras que la candidatura de Sarratea agrupaba mayor contingente de opiniones. Todos le tenian á este último por un hombre frívolo y poco honorable, pero lo creian bastante hábil y flexible para salvar las dificultades, con espedientes oportunos; y por lo mismo, mucho menos peligroso que el general Soler para usar con intemperancia del poder discrecional que era preciso acordarle al gobierno en aquellos momentos afligentes.

Don Manuel de Sarratea, de cuya mision diplomática en Europa nos hemos ocupado antes, habia sido removido por Pueyrredon y reemplazado en Paris por don José Valentin Gomez. En consecuencia de esta destitucion, harto merecida, Sarratea se habia venido á Rio Janeiro en el mes de abril de 1819. De allí se trasladó á Montevideo en mayo, y abrió relaciones secretas con Ramirez y con Carrera, ofreciéndoles que tomaria en Buenos Aires la direccion de los descontentos que clamaban contra el gobierno de Pueyrredon y de Tagle; y que formaria con ellos un partido

interno con que derrocarlos en la primera ocasion favorable.

Era entonces precisamente cuando Pueyrredon se retiraba definitivamente del gobierno; así es que servido Sarratea por esta coincidencia favorable, le escribió á Rondeau pintándole el cruel desaire que le habia hecho su antecesor sin otro motivo justificante que la malquerencia de Rivadavia y la *cándida credulidad* de Belgrano. [1]

Rondeau tenia la flaqueza de mirar con celos la justa é intachable reputacion de Belgrano; quien, á su vez, no se cuidaba mucho de mostrar el poco caso que hacia de las aptitudes de Rondeau. Este decia que el otro era un petulante *asonsado* con otras ridiculeces inocentes y propias de un pobre hombre de bien. De modo, que efectado por las quejas de Sarratea, en el punto sensible de su amor própio, Rondeau no tuvo dificultad alguna en asentir á la rehabibilitacion de Sarratea, de esta pobre víctima del rigorismo récio de Belgrano, y le dió toda clase de seguridades para que regresase á Buenos Aires. Con esto, Sarratea regresó en efecto en el mes de julio; y se hallaba por consiguiente en aptitud de aprovechar las circunstancias favorables que le habia creado el desastre de Cepeda.

Hombre bastante flexible y descreido para tener dificultad alguna en doblar la cerviz á las exigencias durísimas del momento, procuró, desde los primeros dias de su regreso á la ciudad, vencer el menosprecio general que inspiraba su persona, reduplicando sus agasajos y cortesias con todas las personas de algun viso, y aún con las menos significantes en el movimiento de la opinion. Pero desleal y travieso siempre, procuró con maña despertar animosidades y coor-

1. Véase la pág. tomo de esta *Revista*.

dinar propósitos en contra del órden constituido, para encabezar y promover algun movimiento subversivo que pudiera servir á la tendencia segregativa de las provincias; para lo cual invocaba diestramente su influjo con Ramirez, y la seguridad que él tenia de que condescendiendo con esta política de los caudillos federales, era facil salvar á Buenos Aires de las desastrosos conflictos que la amenazaban, si se empeñaba, por el contrário, en obcecarse con sus pretensiones de capital. Es bien evidente el influjo natural y poderoso que semejantes sugestiones debian tener en todos aquellos hombres pacatos y de buen sentido que veian avanzando, cada dia mas sobre el pais, aquel cúmulo de males, que, dadas las circunstancias y el abandono en los dejaba el general San Martin, no tenia otro rrmedio que transigir y que someterse á la fuerza de las cosas. Sarratea, pues, habia formado en derredor suyo cierto grupo de opinion moderada, que á fines de 1819, le señalaba yá como el hombre hábil y destinado por los sucesos para dar solucion á las grandes dificultades de una transaccion pacífica, aunque fuese poco honorable para el orgullo local de la ciudad.

Cuando el general Rondeau salió á campaña, don Manuel Sarratea, temiendo quedar sin protector, trató de oscurecerse, y se retiró la chácara de Letamendi, situada á 3 léguas de la capital en el partido de la Matanza. Pero desde allí continuó fomentando diestramente sus miras particulares, en combinacion con el doctor don Vicente Anastácio de Echavarria, hombre hábil y práctico, y con los hermanos Oliden, que tenian bastante influjo con todo lo que habia sido partido *Saavedrista*, compuesto de algunos hombres reácios y mediocres, pero pretensiosos, que no carecian de cierto valor intrinseco, y de cierto séquito tambien entre

aquella parte del vecindário que vivia taimada, mal avenida con el curso que traian las cosas, y dominada por preocupaciones de un órden añejo. Predominában en este círculo algunos abogados de la vieja escuela; patriotas en cuanto á la pasion de la independencia, pero adocenados, vulgares y rutineros en cuanto á los propósitos sociales, y en cuanto á la marcha natural y luminosa con que la Revolucion transtormaba la sociabilidad colonial.

Como los sucesos se hacian cada vez mas sombrios para el partido directorial, las ansiedades del pueblo crecian produciendo una alarma profunda y creando una situacion de mas en mas tirante. Esto favorecia directamente los trabajos de Sarratea, quién, desde su retiro podia intrigar á mansalva; por que las preocupaciones generales eran tan agitadas en aquellos momentos en la ciudad, y tan solitaria nuestra campaña, que, estando él á tres leguas de la ciudad, puede decirse literalmente que estaba oculto en el desierto y fuera del alcance ó del ojo de los enemigos contra quienes maquinaba.

Tomóle en esta situacion la ruidosa derrota de Rondeau en Cepeda. No bien la supo, se trasladó inmediatamente el dia 4 de febrero á la ciudad, y se ocultó en la casa del médico Gafarot, donde tuvo los primeros conciliábulos con sus amigos, para poner en accion el círculo que se llamó, por unos momentos, *partido de Sarratea*, en contravencion con el *partido de Soler*: dos círculos pequeños, puramente personales y efímeros, que debian nacer con gran ruido para vivir y morir en dos dias despues, sin dejar rastro alguno de su existencia en las ulteriores combinacio- de nuestros partidos.

Mientras que los intrigantes y agitadores de segundo

órden ligaban y desligaban sus maniobras, afiliándose en las banderas de Soler ó de Sarratea, la descomposicion anárquica de las antiguas coherencias políticas y personales se apoderaba de todos en la capital. Arruinadas las esperanzas con que habian hecho la revolucion de 1810, las clases cultas y directoras habian perdido en 1820 hasta la conciencia de la posicion política en que se hallaba el pais y habian caido, moral y materialmente, en una postracion mortal. Aquel deshonroso pugilato, de cuyo seno surgian por horas figuras pigmeas y despreciables, como los insectos de un lugar viciado, tomaba á los ojos de los patriotas de la primera decada, las dimensiones de un caos inextricable y superior á las fuerzas humanas. Sin saber como justificarse de que tan generosos principios de gobierno como los que ellos habian proclamado: de que tantas glorias como las que habian obtenido para cimentar la independencia, no hubiesen servido sino para hundir á la república en aquel estado tan próximo á la barbarie, se ocultaban desconcertados en el fondo del hogar, ó huian humillados á buscar asilo en el suelo estrangero.

Verdad es tambien que el mónstruo popular ya levantaba contra ellos sus pasiones ciegas y crueles. Su masa multiforme entraba en ebullicion febril por momentos. Agitadores de poca cuenta y de pocos escrúpulos, azuzaban las emociones y las alarmas de la plebe, sin propósitos definidos, y buscando en el desorden el desorden mismo ó por los numerosos intereses de baja índole que él cria y alimenta. Espantadizo por naturáleza, y exitado por la invasion irritante de las montoneras, el pueblo buscaba desahogos y victimas que satisficiesen su rábia; y en su orgullo, humillado por las des-

gracias que abrumaban la ciudad natal, denunciaba como traidores y como réprobos á todos los personages que habian venido gobernando la república, y que, en resúmen, la habian perdido.

En este movimiento era prominente y amenazadora la agitacion de los cívicos. Ellos eran la imágen del municipio en armas. Enardecidos por todas las pasiones locales, estaban tan decididos á rechazar á los montoneros, como lo estaban los partidarios vencidos del Directorio. Pero como los cívicos eran plebe en su gran masa, se hallaban imbuidos en un espíritu democrático bien caracterizado y rebelde; y odiaban sin rebozo al círculo inteligente y distinguido que hasta entonces habia tenido la direccion de los negocios públicos.

Este doble carácter de los únicos defensores con que contaba la capital, era una nueva y muy grave complicacion en aquellos momentos; por que á la vez que la entidad política del pueblo de Buenos Aires necesitaba de sus cívicos, para defenderse de los enjambres de montoneros bravíos que venian sobre él, esos cívicos estaban animados de pasiones tan turbulentas, y tan agitados por móviles tan inquietos, qué, lejos de que pudiera contarse con ellos para dar cohesion y vida á la autoridad pública, eran, por el contrario, un gérmen vivaz de trastornos diarios, y aumentaban asi el desquicio general en que habia caido el pais. En estas condiciones, era imposible esperar que se sugetasen al influjo de los hombres superiores y de las ideas orgánicas que venian consagradas por la tradicion; ni que se mostrasen dispuestos á someterse á la disciplina militar, aceptando la gerarquia de los gefes que traian su prestigio de la guerra de la in-

dependencia y que habian sido servidores del gobierno caido. Los tiempos se habian conturbado: todos los resortes orgánicos estaban desmontados: los ejércitos, derrotados y desechos, por la accion anárquica de las provincias: sus gefes desacreditados y vencidos. No quedaba pues sino los tumultos de cuartel y de plaza, encabezados por aquellos tribunos efímeros, que por causas del momento, lograban formar un grupo cualquiera con que sorprender el estupor público por un dia ó por una semana.

Los propósitos eficientes, que pudiera tener aquella agitacion de los Cívicos y del vecindario eran bastante complejos tambien por el lado verdaderamente político y nacional. Como democracia en estado de revolucion, los cívicos de Buenos Aires obedecian al empuje fatal de segregacion y de aislamiento, que, partiendo de las masas democráticas y rebeldes de las otras provincias litorales, consumaba el derrumbe del gobierno unitario. Asi es que como soldados del Municipio en que habian nacido, eran eminentemente localistas ó federales; y estaban en armonia de tendencias latentes con los propósitos de autonomia local que daban bandera social á la insurreccion de las provincias Pero como milicia armada, los cívicos eran al mismo tiempo soldados ardientes de la *causa* y *de los derechos de Buenos Aires*; y como Buenos Aires tenia, connaturalizados en su própio temple, los fueros de metrópoli tradicional en el virreinato, con el derecho ademas que le daban los grandes sacrificios que habia hecho por la revolucion y por la independencia del continente Sud-Americano, sus cívicos unian la pasion local á la gerarquia de pueblo dominador; de manera que por ese lado, su própio patriotismo local los hacia enemigos de los montoneros y les

daba aspiraciones *unitarias*, ó si se quiere, una tendencia natural á hacer predominar la personalidad de la capital sobre la de las provincias.

Este era el génio particular y complejo, que el desenvolvimiento histórico de los sucesos le habian dado á la ciudad de Buenos Aires: yá como capital del Virreinato, yá como centro de accion y de poder en el régimen revolucionario; y basta tenerlo presente para comprender, por un lado: el despecho y la humillacion que produjo la derrota de Cepeda, y por otro: la anarquía turbulenta, é impotente al mismo tiempo, que hacia imposible la creacion de un gobierno sólido, ya que con los elementos prexistentes, ya con otros nuevos, fuese capaz de mantener y de salvar la cohesion sistemada del derecho político y administrativo en la nacion, en la provincia ó en la ciudad misma. Todo iba pues á flotar sin direccion ni propósito al viento vário de los tumultos populares y de los sucesos de cada dia.

Pero, entre los tribunos y demagogos que se disputaban en las calles y en los cuarteles el favor tumultuario de los cívicos, y la oligarquia política del partido directorial, cuyo predominio y orgullosa suficiencia acababa de ser derrocada, comenzaban á salir á luz ciertas entidades intermedias que representaban genuinamente al vecindario *comun*, por su mediocridad misma y por el candor de sus afanes patrióticos. El centro y la escena natural de estas personalidades características, era el Cabildo; y no es, por cierto, el espectáculo menos curioso é interesante de nuestra historia el que ofrecen estos *hombres buenos del comun*: patriotas sinceros, y ansiosos por hacer el bien, pero mediocres é inocentes, que se veian forzados á figurar, por comision, en todas las exita-

ciones del pueblo; para ser víctimas de mil intrigas y complicaciones inesperadas, para sufrir todas las inquietudes del tumulto, y para ser el juguete de todas las veleidades de la opinion pública puesta en plena revolucion y anarquía.

Bajo el peso de esta situacion, era evidente que la Capital habia caido en una completa impotencia para influir en la marcha ó en los sucesos de las Provincias. Estas, lo mismo que ella, estában libradas á sus propias convulsiones internas, sin otros reactivos que aquellos que pudiera encontrar cada una en la aplicacion y en el amalgama eventual de sus propios médios. Habia pues desaparecido de Buenos Aires todo lo que era de un caracter ó de un interés nacional; y nadie se preocupaba de otra cosa que de aquello que afectaba, de una manera inmediata, la vida interna y la suerte especial de la ciudad materialmente limitada á su recinto. Era pues de muy poca importancia, por el momento, que las provincias se hundiesen ó nó en la miseria, puesto que ellas mismas, por rebeldes al vínculo de un gobierno general, eran las que se habian echado en los brazos de la barbárie, y levantado el poder ominoso y disolvente de los caudillejos y de las montoneras. Pero debajo de esta indiferencia forzada, que los sucesos presentes le imponian á la capital, ella mantenia el recuerdo de su pasada y tradicional gerarquia; y el despecho mismo con que se veia destronada, era un rasgo peculiar que revelaba la persistencia latente con, que sus partidos conservaban el propósito de reconquistar en la primera ocasion favorable la gerarquia perdida. Tan singular era esta fisonomia doble de la situacion, que al mismo tiempo que Buenos Aires daba la espalda con enojo á las provincias, y que

prevalecia entre los hijos de ambas secciones una enemistad poco disimulada, los unos y los otros procuraban ganar y reatar el poder centralizador, para dar cohesion al gobierno general: los *Montoneros*, conquistando á Buenos Aires para absorverlo y nivelarlo: los *Porteños* rechazando á los Montoneros, y buscando alianzas en el campo enemigo, ó en los pueblos oprimidos, para fundar sobre ellos nuevos lazos de Comunidad, continuando en ser centro y sentido de la nacion.

Pero estas evoluciones, que debian tomar mas tarde un vivísimo colorido, no eran en los primeros dias que se siguieron á la derrota de Cepeda, sino síntomas vagos, que hemos querido caracterizar préviamente en tóda su importancia, para que se comprenda con mayor evidencia el sentido político de los sucesos que vamos á narrar. Hacia mas de un año sin embargo que todos estos gérmenes venian tomando cuerpo en la opinion, y convirtiéndose en una amenaza cuya proximidad crecia á medida que el poder personal de Pueyrredon se desmoralizaba y que perdia los quícios en que se habia levantado. Él mismo, con la perspicacia y el ojo claro que le distinguia, habia visto que era irremediable el desorden, y habia renunciado el mando, dándose, con razon, como impotente para mantenerlo en sus manos desde que le faltase la cooperacion de San Martin y de Belgrano El pobre general Rondeau habia recibido una situacion perdida: y todos los ánimos estaban pendientes del primer suceso que viniese á dar caracter á las cosas. Por eso, comprendiendo el Congreso Nacional que no tenia mas apoyo que la ciudad de Buenos Aires, ni mas soldados de quienes esperar algo que los *porteños*, no solo consintió, sino que promovió la

designacion de D. Juan Pedro Aguirre, Alcalde de primer voto en el Cabildo, es decir *Mayor* de la ciudad, para *Director Supremo Sostituto* de la Nacion: dejando acumulados en su persona el Ejecutivo Nacional con la Presidencia municipal. Esto era librar á la Municipalidad de Buenos Aires la suerte de los poderes nacionales, buscando en el patriotismo de la Comuna y en los Cívicos, medios de reaccion contra el empuge disolvente que venia prevaleciendo desde las provincias.

Tan evidente era que en aquellos momentos no habia otro recurso que atrincherar á la Nacion en las calles de la capital, que luego que llegó la noticia fatal de la derrota de Cepeda, reunido el Congreso en la misma mañana del 3 de Febrero tomó la resolucion de ponerse en receso, acordando al Alcalde, trasformado en Director Supremo, un voto absoluto de confianza y facultades estraordinarias para resolver y proceder en todas las emerjencias de la dificil situacion que se habia producido. Lo natnral hubiera sido que el poder Lejislativo de la Nacion, órgano y producto de la Constitucion vigente, se hubiera declarado en permanencia, y llevado su poder moral y su accion suprema al lado del Ejecutivo. Pero si, como se vé, se hizo lo contrario y tuvieron las autoridades nacionales que cobijarse detras del poder municipal, fué, por que todos reconocian que el Congreso y el Ejecutivo habian perdido completamente las gracias y la confianza de los elementos puramente porteños que surgian en desorden; y creyeron que abdicando en manos de la municipalidad de Buenos Aires, se atraerian el apoyo del pueblo contra el enemigo comun, y lograrian salvar un centro poderoso donde pudieran reorganizarse para reac-

cionar despues. Segun el Congreso:—«El estado critico y « desesperado del Pais exigia medidas extraordinarias y « eficaces, los riesgos eran inminentes; y era preciso ha- « cer cesar la guerra ominosa con la provincia de Santa-Fé « y con los Orientales. En este concepto, el Alcalde Mayor « quedaba plenamente autorizado para poner á la capital *en* « *un pié respetable de defensa*, proporcionándose ó *sacando* « *el dinero necesario, por todos los medios qae le dictase la* « *Suprema ley de la salvacion de la Pátria*; pero se le « recomendaba especialmente que negociara ante todo una « suspension de hostilidades *con el fin sagrado de sellar la* « *union de los pueblos sobre bases de eterna justicia y de interes* « *recíproco*, cesando el Congreso en sus sesiones mientras « duraran los aprestos militares.» La Municipalidad de Buenos Aires recibia pues del Congreso General un título legítimo á la herencia unitaria de la Nacion; la tradicion protestaba y vencia en el terreno del derecho consagrado contra la fuerza brutal de los hechos que la violaba. Esta era al menos la conviccion inapeable del partido de los Políticos cualquera que fuese la bandera en que estuviesen afiliados: el gobierno general era y debia ser de Buenos Aires.

Desde que el Congreso, en la impotencia de hacer otra cosa, abdicaba en el Cabildo de Buenos Aires, el espíritu local surgia con el vigoroso empuge que le daban las inquietudes mismas y la actividad que agitaban al vencindario de quien aquel era hechura; y era forzoso que todo el movimiento y la iniciativa comenzaran, desde entonces, á efectuarse entre el Cabildo y el Pueblo: resultando así que este cuerpo cobrara la espectabilidad tan ruidosa de que gozó durante todos los sucesos de 1820.

Hemos visto ya el famoso Bando que el Alcalde Aguirre promulgó el 3 de Febrero, y el establecimiento del Campo volante á las órdenes del General Soler. [1] Tomando ademas el papel y la importancia de una Asamblea omnipotente, el Cabildo le prestó á su Alcalde una amplísima cooperacion. Para atenuar el caracter angustioso de las circunstancias y obviar á la miseria pública, ordenó por Bando que ningun almacenero pudiese vender artículos de consumo á mayor precio que el que tenian el 2 de Febrero, es decir; el dia anterior á la derrota; y abrió una oficina en su propia Casa para dar á los pobres y á los militares boletos de auxilios (billetes) que podian emplearse como moneda circulante, y que el Cabildo ofrecia amortizar con altos prémios así que pasaran los apuros. [2]

Por muy acertadas y vigorosas que fuesen todas estas medidas para hacer frente al enemigo, á quien era preciso contener en los suburvios de Buenos Aires, nadie tenia fé verdadera en el resultado, tal era el desaliento y la anarquia en que estában los ánimos; y por eso, el deseo mas general, y mas acentuado en el fondo era el de transijir con Ramirez y con Lopez, para reducir á la provincia sola los problemas políticos que ofrecia el orden interno y el establecimiento en ella de un gobierno adecuado: tarea árdua en si misma, cuyas dificultades graves, aún así restrinjidas á lo mínimo, nadie se disimulaba. Tratando de dar satisfaccion á este deseo general de transijir con los montoneros, el Alcalde y el Cabildo resolvieron aceptar la indicacion que Ramirez

1. Véase la pag. 643 de nuestro número anterior.
2. Bando núm. 2 del 3 de Febrero 1820.

les habia hecho á este respecto en nota del dia 2,[1] y proceder á nombrar una Comision que fuese al campo de los federales para negociar preliminares de paz. El deseo de obtenerla era comun á las tres fracciones que predominaban por el momento. Pero cada una de ellas querian negociarla para sí y en provecho propio. Los directoriales deseaban la paz para evitar las últimas consecuencias de la derrota de Cepeda, y para salvarse de las persecuciones personales, que eran de temer si los montoneros triunfaban por las armas y ponian en el gobierno á una de las facciones enemigas. Comprendian tambien, que quedándose dueños de Buenos Aires, les vendrian á la mano mil medios de reaccionar y de restablecer su poder; porque formaban en efecto una oligarquia poderosa por la habilidad reconocida de los gefes y por la suma de riquezas ó intereses que representaban sus adeptos. Por el momento tenian en contra otras dos facciones: la de Sarratea y la de Soler. Pero el partido de Sarratea era un circulo efímero: una cohesion momentánea de los intereses de algunas personas descontentas, que favorecidas por la derrota y por la anarquia que ella habia producido, habian formado un grupo ó cabala bulliciosa y atrevida, que al sentir desconcertados á los directoriales, se habia puesto ella misma en la superficie, y reclamaba el poder levantando el grito contra la criminalidad y la corrupcion de los vencidos. La formaban, como hemos dicho, en primera línea algunos abogados sin ilustracion y mediocres, pero intransigentes y avezados en las chicanas del foro, que habian vivido resentidos de su alejamiento ó poca espectabilidad

1. Véase pág. 646 de nuestro número anterior.

en los gobiernos pasados, á causa de su inferioridad con respecto á los gefes y directores de la oligarquia congresal. Ellos se unieron á Sarratea, cómo se habrian unido á cualquiera otro, simplemente para satisfacer las predisposiciones de un ánimo ofendido, y para desagraviarse con la ruina de sus rivales. Bien se comprende que con semejante origen, ese círculo carecia en el fondo de todo caracter sério; y que sus afinidades con el movimiento popular eran puramente ficticias y de intriga, aunque los momentos les favoreciesen para dar á sus miras personales una aparente armonia con las pasiones populares. Ellos eran los que, desde tiempos atrás, habian sembrado en la opinion de las masas y de las gentes vulgares mil gérmenes de alarmas y de odio contra el gobierno de Pueyrredon y contra el Congreso, presentándolos como traidores y como confabulados con la casa de Braganza y con otras monarquias de Europa, para *vender* y esclavizar á la República con la cooperacion de los ejércitos portugueses que ocupaban la Banda Oriental. El Congreso había considerado tan sério el peligro que se habia dirijido al pueblo, en una proclama que decia:—«Se em-
« peñan en desconcertar la opinion pública derramando
« espécies contagiosas, que favorecidas por los desconten-
« tos adquieran la importancia de una fatal ilusion: ha
« corrido en estos dias la especie maligna, vaciada en
« aquella frágua infernal de que las tropas que ha sacado el
« Director Supremo del Estado se han hecho salir con el
« doble objeto de dejar esta plaza importante á merced del
« Portuguez, con quien se suponen inteligencias secretas de
« las autoridades del pais. ¡Funesta calumnia! ¡Veneno
« mortífero capaz de seducir á los incautos, hacer vacilar á

« los buenos, y servir de instrumento á los malvados!» Esta faccion respondia pues á una intriga de efectos transitorios, y no tenia por consiguiente el valor de un partido hecho y persistente. Sus adherencias se componian, por un lado: de ambiciosos secundarios y acomodatícios; y por otro, de gentes alarmadas, cuyo único fin era salir de cualquier modo de la situacion; para lo cual creian que lo mas espedito era separar y arrojar á los directoriales, que caian con la terrible responsabilidad de haber levantado todos estos problemas, y agravado todos estos males.

Del lado de Soler se ponian dia á dia todos los secuaces de la fuerza militar, que habian vivido en Buenos Aires ó que habian venido desperdigados de los ejércitos que acababan de desorganizarse. Predominaban allí muchos oficiales de Cívicos, y multitud de militares que se habian retirado del Ejército de Belgrano ó del de San Martin, como el General D. Hilarion de la Quintana, los Coroneles Terrada, Pagola, Holhemberg, oficiales de menor graduacion como Pacheco, Sanchez (Modesto) y otros muchos agrupados yá en el Campamento volante del Puente de Marques.

Apesar de que la mayoria de los Capitulares que formaban el Cabildo era adicta al Congreso, como que habia sido electa bajo las influencias políticas del partido directorial, la accion efectiva y el movimiento de la opinion popular, habia pasado á las dos facciones de Soler y de Sarratea, como puede inferirse por la esposicion misma, que acabamos de hacer, del caracter que tomaba la situacion. Solo una sombra de poder era lo que el Congreso habia pasado á manos del Mayor de la Ciudad D. Juan Pedro Aguirre; que perdia todo su valor, por horas, en médio de la agi-

tacion en que habian entrado todos los elementos vivaces y poderosos del pueblo. La Gaceta oficial habia caido, como era natural, en manos de un escritor que sin haber tenido jamás opiniones leales y de conciencia, antes ó despues, procuraba ahora captarse el favor de las facciones, luciendo un ardor retrospectivo fácil y brioso, para propalar las calumnias vulgares que se hacian correr contra el *partido unitario* ó directorial. Buenos Aires queria la paz (decia el Dr. D. Bernardo Velez Gutierrez en la Gaceta del 7 de Febrero) cuando derrocó el partido de la opresion:—«Esos hombres « que hicieron del Estado un patrimonio suyo, han desapa- « recido de nuestra vista. Bajo su despótica administracion « era un delito la palabra *federacion*. Ella va en adelante « á ser el objeto de una pacífica y paternal discusion entre « las Provincias del Sud. Si de su mayoria resultase que « el Estado debe gobernarse por este sistema, él presidirá « á los pueblos, sin que á decision tan augusta se oponga « jamás Buenos Aires, cuyos sentimientos no contrarian « la voluntad general, por que ellos tienden naturalmente á « la union y á la libertad.

Despues de esto, es evidente que los federales, ó mas bien dicho, los enemigos de Pueyrredon, apoderados de aquel nombre que les servia de medio, habian asaltado ya las posiciones decisivas, é imponian su influjo ¿Que podia oponerles el cabildo? tenia que dejarse arrastrar por la corriente. Asi es que en la noche anterior, Pueyrredon, Tagle, y algunos de sus amigos mas comprometidos, se embarcaban fugitivos, y se asilaban en la *Colonia* ó en Montevideo; ¡bajo el pabellon portuguez! Hay vergüenzas en la historia, que deben estar siempre delante de los ojos de los pueblos, para

que aprendan á ser justos y viriles, y para que sepan que los tumultos y la anarquía revolucionaria, tan lejos de ser síntomas de patriotismo ó de heroicidad, son solamente la fiebre de la demencia y la postracion de todo mérito moral.

Bajo el influjo de estas circunstancias, era natural que en el deseo de salvar sus restos, el partido directorial, asido al cabildo por medio de la oligarquía porteña, deseara obtener la paz transiguiendo con los federales, para alejar el influjo de sus caudillos y para reorganizar la provincia en su propio sentido. Desde luego, era evidente que el Cabildo habia de fijarse en hombres suyos para encargarles de una comision tan delicada, en la que tanto le iba al partido que representaba. Pero esto ofrecia tambien sus inconvenientes: yá por la oposicion y enemistad que esos mismos hombres podian provocar en el ánimo de los gefes federales, yá por la alarma que despertarian en las otras facciones, naturalmente empeñadas en que los directoriales no se sobrepusiesen á los efectos de su desgracia por medio de una negociacion feliz. El cabildo corria un grande peligro si entregaba la negociacion á hombres con cuya adhesion no pudiera contar, desde que sus comisionados bien podian entenderse con los gefes federales para que apoyasen con su influjo esta ó aquella de las facciones que se ajitaban en la ciudad por apoderarse del poder; cosa que les era fácil pues bastaba que aquellos gefes hiciesen depender la paz y la generosidad de sus concesiones de la condicion de que tales ó cuales personas ocupasen el gobierno que estaba por crearse en sostitucion de todo lo antiguo.

Pero, para hacer pasar comisionados de su partido era menester unirles uno, al menos, que tuviese otro sentido y

que fuese al mismo tiempo bastante acomodaticio para que el cabildo pudiese ganárselo á sus actuales intereses. Con estas miras el cabildo nombró como primer miembro de la Comision Negociadora á su Presidente D. Juan Pedro Aguirre, uniéndolo con el Dr. D. Vicente Anastacio de Echevarria y con otros dos de sus miembros D. Julian Viola, y D. Joaquin Suarez cuya significancia vamos á exponer. Aguirre era un hombre de juicio sano, de una voluntad muy entera y de una probidad consumada. Tenia una palabra franca é imperiosa con un temple de alma bastante sólido y enérgico. Por sí mismo, y por las estrechas relaciones de parentezco y camaraderia que tenia con los tres hermanos Anchorena, era grande enemigo de Sarratea, y tan *porteño*, en el sentido localísimo de la acepcion, que, para él, un provinciano, y sobretodo un montonero, no era mas que un estrangero empeñado en humillar las glorias y los derechos sagrados del pueblo de Buenos Aires. Bajo este aspecto, el cabildo y el unitarismo, es decir—el predominio de la entidad porteña, tenia en Aguirre un atleta convencido y decidido contra—« las nécias « pretensiones de esas provincias á igualarse con la capital, « y á prorratear á manotazos las rentas de Aduana y las ven- « tajas del comercio.» Puesto en la comision de paz, él era mirado, pues, como una garantia de que los intereses de la comuna porteña no iban á ser sacrificados, ni humillado su legítimo orgullo en la negociacion.

El Dr. Echevarria era hombre de un tipo enteramente diverso: tenia todas las camándulas de un abogado paciente y astuto: era *cuntactor* por carácter como Fabio Máximo; pero de una honradez problemática en sus miras; flexible y astuto al favor de sus intereses personales; tenia un espíritu

descreido y nutrido con una filosofia fácil, burlona á veces para consigo mismo y para con los demas; de modo que era dificil hacerle tomar con gravedad las cosas de la vida política, ni otros intereses que aquellos que podian convertirse en una ventaja material ó pecuniaria. Durante la revolucion, el Dr. Echevarria se habia ocupado solo de especulaciones personales, y con preferencia de empresas de corso ó negocios de armamentos; y habia figurado como socio de Buchard, de Brown, de White, y de otros hombres emprendedores en esos ramos. Apesar de eso, y quizás por su mismo génio removedor y especulativo, habia conservado siempre una cierta notoriedad delante de la opinion; y sin que fuese claro ó definido el papel político que hacia, su persona no era insignificante, ni tal que pudiese pasar inapercibida ante las preocupaciones del gobierno ó del público. En los últimos meses de la administracion directorial, y presintiéndose ya las graves dificultades que le pondrian fin, el Dr. Echevarria habia evolucionado adhiriéndose á las esperanzas y trabajos de la faccion de Sarratea; y habia entrado al efecto en combinaciones con el Dr. D. Matias Oliden, y sus hermanos D. Manuel y D. Jacinto Oliden á fin de organizar un trastorno ó conjuracion de que fueron tambien parte D. José María Santos Rúbio, Somalo y muchos otros oficiales. Pero, como el Dr. Echeverria habia nacido en Santa-Fé, y habia sido íntimo amigo del caudillo D. Estanislao Lopez, el cabildo necesitaba atraerlo ahora á sus intereses, y encargó á D. Estevan Romero y D. José Julian Arriola, que eran sus clientes y amigos, que negociasen su adhesion. La cosa se hizo con facilidad y rapidez; y dió lugar á un escándalo que ocupó mucho la atencion pública y que, calumnia ó nó, fue revelada con grande notoriedad por los partidarios de Sarratea.

Cuando estos supieron que el Dr. Echevarria estaba nombrado para formar parte de la comision, corrieron á él para que renunciase, á fin de que su influjo y sus esfuerzos no salvasen los restos del partido directorial que estaban aún aislados en el poder del cabildo. Pero habiéndose él resistido y mostrándose dispuesto á desempeñar su comision, el Dr. Oliden le enrostró su falsia y la deslealtad de su conducta, quedando definitivamente quèbrados.

Los otros dos miembros eran D. Julian Viola y D. Joaquin Suarez. Viola era lo que entre nosotros se llama un hombre vivo, un hombre pronto siempre á servirse de los sucesos segun el viento que soplara. Tenia un espíritu sagaz y poco sujeto á escrúpulos. Habia sido criatura del General Alvear, pero habia logrado hacerse perdonar este pecado; y no le habian cerrado las puertas los gobiernos subsiguientes, ni impedídole que promoviera y fomentara sus intereses; ya como cabildante, ya como arbitrista, que era su rasgo mas definido. El cabildo le nombró en aquella espinosa comision, por que era miembro suyo, y por que tenia aptitudes fáciles é insinuantes para negociar. Pertenecia tambien al cabildo, y fué nombrado para la misma comision D. Joaquin Suarez; hombre de mucha notoriedad entonces, aunque completamente olvidado hoy. D. Joaquin Suarez era el ganadero mas feliz y opulento de nuestra campaña. Conocia con una precision matemática la poblacion, la riqueza, las sementeras, la índole y las aptitudes de cada uno de sus partidos administrativos; y como era un campesino sano, honorabilísimo, y dotado de aquella sólida nobleza que el *farmer* inglés tiene por su buena familia y por sus tareas rurales, D. Joaquin Suarez era un hombre precioso para los hombres

ilustrados de aquel tiempo, que tomaban grande interés por fundar la Estadística sobre bases científicas y normales; cuyos propósitos servia el Sr. Suarez con admirable celo é inteligencia, revelando los misterios, bastante oscuros entonces de nuestra produccion rural y de las leyes regulares de su progreso [1]. Pero no era un hombre político, ni de facultades perspicaces; y se le habia nombrado, solo por el influjo de su buen nombre y de su riqueza, y por el prestigio de que gozaba entre los vecinos hacendados y laboriosos de la campaña.

No bien se supo que el cabildo habia designado al Mayor Aguirre para primer miembro de la comision negociadora, cuando las facciones que esperaban alcanzar el poder acumulando dificultades sobre la que lo egercia, levantaron el grito contra la inconveniencia y el desacierto de una eleccion que hacia imposible todo avenimiento pacífico. Aguirre era el Director Sostituto del Estado; y aunque tal categoria fuese yá puramente nominal y vana, su orijen y su aparato hacia altamente inconveniente su persona, para negociar la paz con enemigos que habian derrumbado ese mismo régimen gubernativo representado por él. Aguirre era ademas quien habia firmado el Bando belicoso é *insultante* del 3 de Febrero. En él habia dicho—«que el *pueblo* de Buenos Aires era el « objeto de las venganzas en que los pretendidos federales « pensaban saciar su orgullo y su irritacion; que no habia « nada que los satisficiese sino la humillacion de los por-

1. Este señor era abuelo materno de nuestro amigo el Coronel Garmendia, gefe actual del Batallon *Guardia Provincial*, que es tan simpático como estimado entre la juventud de Buenos Aires.

« teños: que los hijos de Buenos Aires no debian ni po-
« dian consentir este opróbio, ni dejar que aquellos ene-
« migos feroces pusiesen su planta sobre su cerviz:
« que la muerte era preferible á esa ignominia que trataba
« de imponer un *enemigo fratricida*; y que el gobierno se
« proponia contener y rechazar sus furias poniendo al pue-
« blo en una actitud imponente»—El hombre que habia dado eco á estas palabras (decian los facciosos de los diversos círculos) no podia ser negociador oportuno de la paz, ni seria recibido por los gefes de los montoneros; y estas razones, que no carecian de apariencia, encontraban asentimiento en las alarmas y deseos pacíficos del vencindario.

Con este desorden, las facciones criaban nuevas álas y mas atrevimiento por horas. La agitacion era excesiva: y las exigencias de los enemigos del órden preexistente crecian á medida que sus resortes y medios decaian en la opinion unos tras otros. Gritábase á voz en cuello que era preciso crear autoridades nuevas y puramente locales que salvasen la capital. Estas ideas y el anhelo de darles realizacion inmediata, no solo prevalecian entre los grupos que ocupaban las calles y las plazas, sino en el ejército del General Soler; donde el gefe y los oficiales se mostraban impacientes por una resolucion que trasladase á sus manos el poder público, adelantándolos á las intrigas de las otras facciones.

Con estos antecedentes, el Alcalde Aguirre, que representaba por sostitucion el Ejecutivo nacional, comenzó á dudar de la conveniencia de su nombramiento para desempeñar la comision negociadora; y concibió temores muy justos acerca de la enemistad que su persona inspiraba á los federales, y de los peligros á que quizás se esponia. Sus

mismos amigos, y todos los demas vecinos interesados en obtener la paz á todo trance, le aconsejaron que se quedase en la ciudad; y el Ayuntamiento lo eliminó en una nueva nota que pasó al caudillo Ramirez, en la que le decia que el Alcalde de primer voto quedaba en la ciudad—«por exigirlo « asi las circunstancias del dia, y creer necesaria su persona « en las ocurrencias presentes.» Los otros tres miembros partieron el dia 8 al campamento de los federales.

Desde el dia 7, Soler habia procurado ponerse al habla con Ramirez por médio del Sargento Mayor D. Gregorio Jayme, con el objeto de alcanzar preliminares de paz antes que los otros partidos, y de imponer su persona al Ayuntamiento, como garantía de pacificacion y de defensa militar á la vez. Pero Ramirez le contestó confidencialmente el dia 9, que no detendria sus marchas sobre la ciudad ni entraria en negociaciones mientras el ejército ó el pueblo no derrocasen todas las gerarquias políticas que tenian su orígen en el Directorio. Soler que tenia un conocimiento cabal de que en la ciudad la opinion popular se pronunciaba contra las autoridades preexistentes, reunió en consejo á todos los gefes de su Ejército; y el dia 10 resolvieron pasar una nota ó intimacion al Cabildo, que empieza con estas graves palabras:—«¿Para cuándo guarda V. E. *su poder*?» é invocando asi el espíritu local del pueblo, para que arrojase ó derrocase esa sombra cadavérica de poderes nacionales, que se ocultaba tras del Cabildo á los ojos del pueblo mismo de la capital, seguia diciendo:—«Desde ayer, el ene- « migo pisa victorioso en el Salto; y aún sus partidas alcan- « zan al Lujan. Las provincias se han separado; y por « consiguiente ¿á quién representan los del Congreso? Los

« enemigos no quieren tratar con autoridad que dependa de « ellos; solo V. E, se presenta en este conflicto como el « iris de paz. Este ejército *reunido* [1] me ha *facultado* para « hacer á V. E. la presente comunicacion; y por mi conducto « esplicar sus sentimientos en uniformidad con los votos de « ese desgraciado pueblo. El ejército ha *jurado sostener su* « *resolucion* de que se DISUELVA EL CONGRESO, y sean sepa- « rados de sus destinos cuantos empleados emanan de este « y del Director, por que estan íntimamente ligados: que « salgan á alguna distancia de la ciudad, á los arrabales; y « que V. E. reasumiendo el mando, oiga libremente *á su* « *pueblo*. Esta resolucion la he comunicado hoy mismo al « *General* Ramirez, invitándole á tratar sobre estos princi- « pios.....Nuestro único objeto es la salud de ese gran pue- « blo, y la *union de los pueblos* separados desgraciadamente; « y entre tanto V. E. no me conteste, *la amargura* y *la zozo-* « *bra* se lee en el semblante de todos.» Firmaron este pa- pel veinte gefes, de generales á tenientes-coroneles; y vino á la ciudad acompañado de una ardiente adhesion del cabildo de Lujan, cuyo vecindario venia á prestar asi una especie de apoyo popular á esa ilegal intimacion del ejército.

El General Soler se proponia resolver el conflicto en su sentido, adelantándose á las otras combinaciones y precipi- tando los sucesos; pero al mismo tiempo, los comisionados del Director Supremo sostituto *autorizado por el cabildo, en quien habia delegado el Congreso*, buscaban por la campaña del Norte el campamento de Ramirez, para entrar en nego-

1. Hé aquí una acepcion curiosísima con la que el Ejército se con- vierte como por encanto en *asamblea política*.

ciaciones con él, á nombre de esa mezcla indefinida de autoridades ficticias, que subsistian con un nombre vano, representadas por otras que aunque efectivas eran puramente *locales*. El desorden no podia ser pues mas completo ni mas intrincado: estaba en las cosas, en los hombres, y en la organizacion social.

La intimacion de Soler reventó como una bomba en medio del Ayuntamiento, y provocó una grita desordenada en el público. Los unos, para que se hiciese pronto lo que el ejército queria: los otros, para que se le resistiese. Segun estos, los miembros del congreso y del cabildo debian morir sentados en sus sillas curules, como aquellos míticos Romanos que habian resistido á los Galos; señores de Roma: El clasicismo era el código del tiempo. No faltaban otros, por supuesto, que voceaban por mil otras combinaciones, para librarse de Soler y de los federales á la vez. Las angustias comenzaban á ser estremas en efecto: la situacion se devoraba á si misma, y el espíritu de la defensa se desmoralizaba por horas en medio de esta profunda y general anarquía.

Desconocido é intimado por su própio ejército, el Cabildo se sometió en el primer instante á pesar del enojo popular que comenzó á prevalecer contra Soler por este atentado. Todas las facciones que tenian interés en desmontar á Soler, se armaron con la opinion latente del pais para condenarlo. Los facciosos, por el peligro que corrian de que Soler les arrebatara el mando; los vecinos bien intencionados, por el alarma con que veian erigirse una tirania ó demagogia militar y turbulenta que se inauguraba con un atentado tan atrevido. Pero los cabildantes, que no tenian en mucho estas fuerzas morales y latentes de la opinion, tuvieron miedo,

por su propia seguridad, de la fuerza efectiva que representaba el Ejército y del carácter de su gefe, y prefirieron prudentemente obedecer la intimacion.

Convocado el Congreso desde luego, en sesion privada, el cabildo envió una comision especial de sus miembros para que esplicara el caso y recabara la disolucion, en vista de la fuerza de las circunstancias. «El Congreso contestó « con fecha 11, que sinembargo de que los Representantes de « los Pueblos tenian un pacto de union celebrado con la re- « presentacion legítima del gran Pueblo de Buenos Aires, y « de que por lo tanto desearian saber la voluntad de este, « cedian á la intimacion que se les hacia.» La disolucion fué comunicada entonces al general Rondeau, quien—«adhi- « rió á la voluntad general, dimitiendo la Suprema Direccion « del Estado *en manos del Cabildo*;» y quedaron asi consumados, en la ruina de la Nacion, los resultados que Bustos y Paz habian buscado en Arequito, para poner á las provincias en una situacion espantosa, de que daremos cuenta despues de haber seguido el encadenamiento de los sucesos en la de Buenos Aires.

Consumada la disolucion, el Cabildo proclamó al pueblo el dia 11 sincerando sus medidas con el deseo de poner término á una guerra *fratricida*, y de cumplir el voto de los ciudadanos virtuosos que habian exigido el cese de las antiguas autoridades. En esta virtud, el Cabildo habia venido á resumir todo el poder de la provincia; y decia que á su tiempo, concurriria á levantar las bases de *una liga*, que, siendo la obra de una reciprocidad de conveniencias, pudiese ser permanente. Mientras se reorganizaba la autoridad, el Ayuntamiento se hacia responsable del órden público con-

tando con la cooperacion que debian darle los ciudadanos, para garantir la propiedad y la seguridad individual y para perseguir y castigar á los que atentaran á perturbarlas. Aseguraba tambien que en la provincia todos estaban conformes con las nuevas bases de asociacion que los pueblos apetecian; y que todas las cuestiones acerca de la reorganizacion de la Nacion quedaban libradas á la unánime concurrencia de las Provincias.

El dia 12 espidió el Cabildo su grande medida para dar autoridades regulares á la Provincia; y por medio de un Bando convocó al pueblo para que todos los ciudadanos concurriesen el dia 18 á votar por *Doce Electores* que debian á su turno elegir el gobernador de la Provincia. En la falta de una ley ó reglamento electoral, se mandó observar en esta nueva eleccion, el bando de Noviembre que habia reglamentado la eleccion de los oficios concejiles, dividiendo la ciudad en cuatro secciones electorales; pero aunque se indicaba allí tambien, de una manera vaga que la eleccion de electores se practicaria tambien en la campaña era evidente que semejante propósito debia quedar sin ejecucion, por que no habia medios oficiales, tiempo, ni oportunidad, para cumplirlo; importando muy poco, ademas, en equellas circunstancias urgentes, que la despoblada campaña de Buenos Aires contribuyese ó no al acto con sus votos. El Cabildo hacia en ese Bando, especial prevencion de que no se admitiesen á votar sino á los *ciudadanos conocidos de sus respectivos alcaldes de barrio*, y que se les hiciese firmar el voto delante de la Comision municipal nombrada para cada una de las cuatro secciones, con el fin de *evitar los escandalosos abusos que con harto sentimiento del*

pueblo, se habian notado en todas las anteriores elecciones.

Para dar unidad de accion á la autoridad, el Cabildo procedió á nombrar por gobernador político interino de la ciudad al ciudadano D. Miguel Irigoyen; y por Comandante general *de las fuerzas de mar y tierra* al general Soler; poniéndole al primero como Asesor al Dr. D. Juan José Passo y facultando al segundo para que propusiera los gefes y oficiales que debian mandar las tropas y su conveniente organizacion.

Todas estas medidas habian sido dictadas y ejecutadas en los primeros momentos, bajo la presion de la intimacion del general Soler. Pero la insolencia del acto, como hemos dicho, habia irritado y alarmado á todos los partidos; y se formó con rapidez una opinion general de que era indispensable obrar con energia y elejir inmediatamente autoridades permanentes, con prescindencia del general, para resistirle tambien en todo caso si fuera necesario. La faccion de Sarratea se mostraba animadísima y exigente en este sentido. Pero los miembros del Cabildo fluctuaban entre mil temores que tomaban diversas formas á cada instante, por que era imposible preveer y satisfacer los cambios repentinos, imprevistos, y veleidosos de la opinion. El miedo y la duda los tenia sin propósito determinado, en médio de aquella lucha abierta de tan agitadas facciones y de intereses microscópicos que bullian y vociferaban en confusion.

El atentado amenazante de Soler produjo pues un resultado que le fué contrário. Todos contaban con la caida del Directorio y del Congreso. Pero su sombra estába protegida por la autoridad moral, vivaz y efectiva que el

Ayuntamiento tenia en la ciudad, y no bien se echó el general sobre sus hombros la responsabilidad del atentado, por congraciarse con los gefes de la montonera, cuando el vecindario levantó una grita general contra el *calavera atrevido*, que se permitia, con tanta insolencia, dar así órdenes para demoler en provecho suyo las autoridades del Estado. En efecto, en el campamento de Soler, se levantaba un militarismo turbulento que inspiraba con razon graves temores.

Hacía allí de corifeo un Coronel Pagola, oriental, hombre exaltado y violento que arrastraba á muchos perdularios sin conciencia ni principios, de esos que, en las épocas de perturbacion social, usurpan aquellos poderes fragmentarios que deja vivos el desorden, y que los clásicos antiguos simbolizaban, con tanta propiedad, en las *teas de la anarquía*. Pagola era el brazo derecho de Soler; pero como era hombre de génio exaltadísimo y malo, su nombre inspiraba terror y enemistad.

Bajo la presion de estas circunstancias, y movidos por un peligro comun, vino á crearse entre todos los elementos urbanos y civiles del vecindario, una espécie de uniformidad de miras, ó cohesion de intereses que, aunque debia ser pasagera, tomó la misma direccion en todos los espíritus. Los moderados del partido directorial, que no habian tenido un papel muy prominente en el gobierno de Pueyrredon y de Tagle, miraban con afecto al Cabildo, donde predominaba todavia un resto decente y honorable de aquel partido. Alarmados con el militarismo que se levantaba en el campo de Soler, é impotentes para hacer dominar sus inclinaciones particulares se entendieron con la faccion urbana de Sarratea,

y un sentimiento natural de conveniencia comun y de salvacion, provocado por el paso irreflexivo de Soler, hizo en un solo dia que Sarratea fuese el candidato general de la Ciudad.

Esta nueva evolucion de las opiniones populares estalló y se formuló del 12 al 13 con un caracter tan vivo y tan resuelto, que Soler tuvo que refrenarse y se puso á contemporizar humildemente con el Cabildo protestando su respeto, llevando sus demostraciones hasta el estremo de estampar estas palabras en una nota que dirijió el 14: «Pues « digo con franqueza á V. E. que siendo yo un jóven sin « relaciones, y sin mayor esperiencia de unos negócios tan « árduos y trascendentales, como los que hoy se manejan no « quisiera tomar providencias, *que tal vez desdigan del plan* « y conducta que V. E. se haya propuesto. Aseguro si que « soy *obediente*, y que obedeceré á V. E. cuanto V. E. « me ordene, y que estos son los sentimientos del ejército, « que enteramente confia en V. E. Parece de mas seme- « jante empeño. V. E. mande y será obedecido. La salud « pública está en manos de V. E.» Despues, agregaba el jóven general estas palabras, en desagrávio de la conducta qne le habia echado encima el enojo público—«Yo estoi « obligado á hablar la verdad como siempre lo juré. Re- « conozco *este mismo deber en V. E.*, y así confio que la « Pátria se salvará.»

Con este cámbio rápido de los síntomas, reapareció de nuevo á la cabeza del Cabildo D. Juan Pedro Aguirre, como Mayor de la ciudad ó Alcalde de 1er. voto; que se habia eclipsado en los dias anteriores, quizás ocultado, á causa de la intimacion de Soler; y el Cabildo, afirmado ya

en el propósito de establecer la autonomia de la Provincia eligiendo á Sarratea gobernador, se propuso adelantar el dia de los Comicios; y en vez de esperar al 18 y 19, como estaba yá resuelto ordenó que se verificasen el dia 16 premiosamente para salir de dudas, de peligrosas, ó veleidosasaspiraciones.

Entretanto, los Comisionados para negociar la paz buscaban á Ramirez, por la campaña del Norte; y no sabiendo *dónde* dar con su campamento en marcha, le oficiaron desde Areco para que les designase el lugar donde resolvia recibirlos para cumplir con la Comision que les habia dado el Cabildo *en virtud* de la invitacion que Ramirez mismo le habia hecho á la *paz y concordia* en la nota del dia 2. Las aspiraciones ó propósitos políticos de Ramirez habian cambiado mucho desde entonces. El dia 2 no habia creido posible, ni fácil, derrocar el poder que las autoridades nacionales ejercian en Buenos Aires; y mucho menos, contar en la ciudad con partidos internos que viniesen á ofrecerle su cooperacion en cambio de su apoyo para darles el poder. Pero el dia 12 ya era otra cosa: Soler y Sarratea le habian mandado emisarios buscando su favor, la ciudad estaba en grande ofervesencia: el ejército estaba animado de mal espíritu, y se habia mostrado rebelde. Lo mejor para él, era pues ganar tiempo, adelantar sus marchas y aprovecharse de los sucesos. Ignorando que ya hubiesen desaparecido las autoridades nacionales, Ramirez tomó pretesto de su subsistencia para no admitir la negociacion que él mismo habia provocado, y contestó á los Comisionados que era inútil que se tomasen la molestia de buscar su campo, porque no estaba dispuesto á oirlos, mientras su mandato no emanase de autoridades

que el pueblo mismo de Buenos Aires eligiese en completa libertad; por que de no hacerlo así todo seria infructuoso; y por que tal era el voto de los pueblos de la Liga *altamente ofendidos con* la conducta observada por el Director Sostituto *al publicar su alarmante y falso Bando del* 3. No contento con esto, el caudillo federal se dirigia tambien al Cabildo; y refiriéndose á los ardientes deseos de paz que este le habia protestado, agregaba: «ojalà que esos deseos no es- « tuviesen desmentidos por *algunos individuos de esa respe-* « *table corporacion*, que, constituidos á sostener intereses « criminales sacrifican la nacion con una indiferencia alar- « mante para los que aspiran al bien de su pátria:» y hablando del Bando del dia 3 circulado por el mayor de la Ciudad Aguirre, agregaba—«en él hemos recibido nuevos « comprobantes de que *los complotados contra la Libertad* « *Nacional* pretenden apropiar sus delitos á los que prodi- « gan su sangre por obtenerla. Los virtuosos esfuerzos « del Ejército Federal por arrancar al pueblo de B. A. de « la esclavitud á que le habia reducido la tirania del Direc- « tor son desfigurados con colores que solo puede inventar la « malignidad de los mismos acusados, *espresados por uno* « *de sus cómplices*, para consumar la ruina del pais, antes « que ver realizadas las dignas intenciones de los libres;» y concluia diciendo: que despues de esto, era inútil toda tentativa que no viniera de un gobierno provisorio elejido por el mismo pueblo libre ya de toda opresion.

Dirijiéndose tambien á Soler, pero sin conocer todavia el resultado de la intimacion que este habia hecho al Cabildo, para que derrocase las autoridades prexistentes, le decia con la misma fecha del dia 12, que esa intimacion era

propia del patriotismo y de la liberalidad de tan ilustre gefe y de tan virtuoso ejército; y que si el Cabildo se prestara á esas benéficas indicaciones, podia el general estar seguro de que era llegado el momento de la reconciliacion comun, de la tranquilidad, y de la dicha del pais—«Pero, Señor Briga-« dier, continuaba diciéndole, pongamos fuertes diques al « torrente de intrigas con que la aspirante y criminal admi-« nistracion amenaza aún la libertad de los pueblos; ella « tiene los médios de seducir á los incautos *valiéndose del « influjo de los* INFINITOS LOJISTAS que no abandonaran sus « intereses mientras no sean aterrados con un ejemplar « castigo en los PRIMEROS DELINCUENTES: muchas de las pri-« meras autoridades de las corporaciones existentes son to-« davia agentes activos de aquellos monstruos; y si V. E. « no lo creyera, vuelva los ojos sobre el Bando del Direc-« torio Sostituto, en el que desconociendo los sacrificios y « servicios de los pueblos de la Liga, presenta al General « Federal animado de sentimientos infernales, que solo « caben en corazones tan corrompidos como los de esa ga-« villa de malvados que tantas lágrimas ha hecho derramar « á la pátria.... Concluyamos, V. E. y nosotros, esta grande « obra para que no renovemos dias tan amargos. Sea en-« horabuena el Cabildo el órgano por donde se haga enten-« der á este heróico pueblo que puede, sin el recelo de las « bayonetas, espresar su voluntad; pero absténgase de mez-« clarse en lo que delibere el pueblo mismo, porque eso se-« ria sostener los intereses de aquellos que tienen jurada su « opresion. Dificultades terribles van á oponerse á las san-« tas intenciones de V. S. *si unidas nuestras fuerzas no se « dedican á proteger la causa de los Libres; acercándose V.*

« S. *al Ejército Federal, no para prodigar la sangre ameri-*
« *cana, sino para estrechar en sus brazos* á los dignos ciuda-
« danos *que obedecen sus órdenes, y para tener* la satisfaccion
« de *hablar con V. S.*: de cuya entrevista resultará la pronta
« conclusion de tantas inquietudes. —¿Y qué diré á V. S.
« de la fuga de los principales traidores Pueyrredon y Ta-
« gle? ¿Quien responderá ante el tribunal de la Nacion á
« los cargos que van á hacerse por los pueblos y por los
« individuos contra aquellos pérfidos?»

En esta nota se puede descubrir con evidencia los signos históricos de la situacion. Ramirez se habia apercibido yá que la derrota del ejército porteño no le hacia dueño absoluto de Buenos Aires, como habia creido. Todos los informes que recibia de la ciudad, y todas las indicaciones que le enviaban los gefes de las facciones interesadas en contar con sus buenos oficios, para presentarse como heraldos de paz, le encarecian que se esforzase en no ofender al pueblo; por que las masas se hallaban en un estado sumamente vidrioso, y por que la menor chispa podia hacer estallar una esplosion de patriotismo (*local*) contra los montoneros, que traeria una reaccion inmediata á favor de los unitarios vencidos en Cepeda.

Y en efecto: esa era de dia en dia la tendencia latente de las cosas. Nadie pensaba en restablecer á Pueyrredon, ni intereses políticos ó instituciones algunas de las que habian caido con él. Pero los hombres que pertenecian á los círculos influyentes, y que aún aquellos por descontento ó por causas personales habian sido enemigos del *Directorio*, tenian ideas encarnadas en el *metropolitanismo*, y obedecian á doctrinas de gobierno basadas en el orgullo y en la prepotencia de la capi-

tal. De modo, que si bien se sometian por el momento al peso de las circunstancias, conservaban intenciones de remontar á Buenos Aires al puesto legítimo que le correspondia, así que ellos tuviesen el poder en sus manos. Alarmado con estos síntomas y convencido de que no tenia médios propios para imponerse, si no se atraia primero el apoyo de algun partido porteño poderoso, Ramirez buscaba, como se vé, una alianza con Soler, proponiéndose sacar de ella el triunfo de su política. En el fondo, Ramirez no tenia nada de federal; era mas bien una voluntad absorvente que procuraba *unitarizar* el poder en su sentido, y que por lo mismo habia venido á estar en conflicto con las otras fuerzas, absorventes tambien en un sentido contrario, pero igualmente *unitarizantes*, de las oligarquias porteñas. La lucha no podia pues tener nada de constituyente en aquellos momentos; y no era otra cosa que una colision de poderes personales, que no habia tomado todavia la forma final y orgánica que acabó recien por tomar en 1852: pero es claro que desde entonces esa forma venia yá, en un estado latente, dentro de las dos tendencias enemigas, como se vé estudiándolas en su valor absoluto.

Los Comisionados que habian salido de la Ciudad el dia 8 para negociar con Ramirez, ignoraban, lo mismo que este, los sucesos ruidosos y definitivos que Soler habia precipitado con su impetuosa intimacion; y desde Areco se dirijieron á Ramirez con fecha 11, como hemos dicho, pidiéndole que les designara el lugar en que queria esperarlos. Este caudillo rehusó la entrevista, por que los poderes que traian procedian del Director Sostituto, con quien no queria ni debia entenderse. Pero como llegara á saber el dia 14 los cambios

que habian tenido lugar en la ciudad, ofició inmediatamente á los Comisionados modificando su anterior resolucion, y citándolos á una estancia del norte para conferenciar con ellos. Tuvieron en esta conferencia el dia 15; pero, si no es imposible, es hoy sumamente difícil saber lo que realmente pasó entre ellos. Parece indudable que el Dr. Echevarría y Ramirez se entendieron sobre algo al menos. Pero muy pocos dias despues, el segundo propalaba con indignacion graves quejas contra aquel: decia que era un pérfido y un corrompido; y lo más notable es que los amigos de Sarratea se hicieron el eco de estas aseveraciones escandalosas, como lo vamos á ver mas adelante.

Cuando Ramirez habia exigido que se creasen autoridades nuevas y que fuese convocado el pueblo para elejirlas, habia contado con que Soler tendria poder para imponerse; ó bien, que si era rechazado, el General se ofenderia y haria alianza con los federales para entrar á la Ciudad. Contando como mas poderosa y eficaz la union con Soler que con la faccion de Sarratea, Ramirez procuraba no ligarse demasiado con este para no enagenarse el ánimo de aquel; y todo su empeño era ganar tiempo, esquivar promesas, y guardar su libertad de accion para cuando estuviese inmediato á la ciudad y á los sucesos. Rehusándose á tratar con los Comisionados del Cabildo, mantenia pues las cosas en una situacion favorable á la iniciativa que Soler habia tomado, é indecisa tambien para con Sarratea. Uno y otro se podian aprovechar de ella; y aquel que ocupara el gobierno tendria que venir á tratar en buenos términos con los federales, por las dificultades mismas de su posicion.

Los Comisionados del Cabildo dejaron á Ramirez en

marcha ácia el Pilar y llegaron á Buenos Aires en la madrugada del 16 de Febrero. El Dr. Echevarría pasó á conferenciar inmediatamente con Aguirre. Este reunió al instante en su propia casa á los miembros mas importantes del Cabildo y del partido que los apoyaba; y enterados de que Ramirez se proponia ganar tiempo para dominar, resolvieron reunir los oficiales del 1er. Tercio de Cívicos, que se componia de la gente decente ó emparentada con las familias conocidas, para unificar las opiniones y hacer elejir electores del partido, que viniesen á legalizar la situacion, para conservarse ellos en el poder, y para tener la personeria legal que Ramirez exíjia. De ese modo se proponian obligarlo á entrar en tratados; y de nó, recurrian al pueblo: invocando su patriótismo para resistir la insolencia del invasor que pretendia avasallar á Buenos Aires.

En aquel tiempo, todos los habitantes de Buenos Aires comian de las 12 á la una del dia, y dormian profundamente la siesta, á *puertas cerradas con llave*, hasta las 5 de la tarde. Escusado es decir que estas eran horas tan solitarias como las altas horas de la noche. Un silencio completo reinaba en las calles y en las casas, como en el desierto, y tan grande era la estagnacion de toda vida ó vijilancia social en esas horas del calor del mes de Febrero, que frecuentemente las aprovechaban los salteadores para perpetrar sus atentados como en la mitad de la noche. Sin estos datos podria parecer estraño á los lectores de nuestros dias, que el Cabildo hubiera hecho la convocacion del pueblo para elejir Electores de Gobernador señalando el dia 16 *á las cinco de la tarde*: esto equivalia entonces á decir la madrugada de nuestra época, y era la hora de la resurreccion de los espíritus. Es

de suponer que los partidarios del Cabildo *trasnocharan* la siesta preparando la *maquinaria electoral* que debia funcionar por la tarde; pues que el resultado fué análogo á sus miras.

A la hora indicada el Ayuntamiento ocupó sus sillones de baqueta; y abiertas las puertas de su sala para que entrara el *pueblo*, tomó la voz el Alcalde Mayor D. Juan Pedro Aguirrre, y expuso que acababa de llegar la Comision enviada acerca de Ramirez: que si el pueblo lo aprobaba, el Sr. Dr. Echevarria iba á exponer verbalmente el resultado, y se procederia en seguida á leer las notas que se habian cambiado con el gefe federal y con el General Soler. El pueblo aprobó al instante por aclamacion, ansioso siempre de pasar el tiempo tan agradablemente; y el Dr. Echevarria informó habilísimamente; por que, al decir que Ramirez no reconocia la autoridad y legalidad del Cabildo, en razon de haber sido electo predominando el régimen directorial, hizo todo lo posible por levantar la enemistad del pueblo contra las intensiones dobles del Caudillo federal; insinuando, que si bien las circunstancias y los sucesos acaecidos, ya habian satisfecho en parte las miras de Ramirez, derrocando á las antiguas autoridades, el pueblo debia y podia *poner sus propios destinos en manos de hombres que no fueran jamas instrumentos de aquel* caudillo, sino hijos *patriotas y servidores acreditados del pueblo* mismo, es decir—de la Ciudad. Este primer acto y su protagonista fueron calorosamente aplaudidos; y pudo augurarse con seguridad cual seria al final la voluntad del Soberano pueblo. El segundo acto, ocupado por las notas que ya hemos visto, produjo emociones vivas. La indignacion se hacia ver en los semblantes; pero, como

las circunstancias eran muy *apuradas*, y como habia muchas dudas sobre el éxito de la lucha, las demostraciones se dividieron entre los prudentes que querian moderar los exesos provocativos de los imprudentes, y los imprudentes que se afanaban por demostrar su patriotismo proclamando el—«A Roma por todo, y venga lo que viniere». El Alcalde de 1er. voto, que era *in petto* el predilecto de la reunion, logró poner de acuerdo á los unos con los otros en provecho del propósito comun; y dijo que, puesto que el pueblo Soberano estaba ya impuesto de lo que ocurria, le parecia lo mejor que el Exmo Ayuntamiento se separase de la Sala, yá por la desconfianza con que los trataban los invasores, yá por que debiéndose debatir si él seria ó nó removido le parecia impropio que él mismo estuviese presidiendo. Pero agregó tambien, que dado caso de que se permitiese al Ayuntamiento que se retirase, la reunion no debia quedar acéfala, y que era indispensable que ella misma nombrase un presidente. Aprobadas ambas medidas, el pueblo nombró presidente al mismo Sr. Aguirre, apesar, y quizás por eso mismo, de lo que Ramirez decia de él por su famoso Bando del dia 3. Fué en vano que el Alcalde Mayor protestase por el desacierto de ta eleccion, haciendo presente hasta *el compromiso en que se le ponia*. Sus razones no fueron atendidas; y quizás contra su gusto, quedó alli cara á cara con el pueblo por unas cuantas horas que debieron parecerle muy largas.

Constituida al fin la mesa, expuso el Sr. Aguirre que el objeto de la convocacion era elegir un gobernante de la provincia, con una comision que *reglamentase* sus funciones, y que resídenciase, segun las leyes existentes, á los miembros del Ayuntamiento. Agregó: que todo esto se podia ha-

cer por *eleccion* ó bien por representantes. Pero poco dispuesto el pueblo á entrar en esta teologia, que en el fondo le alejaba de los propósitos con que habia concurrido, empezó á levantar voces nombrando Gobernador por aclamacion al mismo Sr. Aguirre. Este logró hacerse oir y demostrar lo inconducente y mal aconsejado de semejante eleccion dadas las circunstancias del pais; y entonces, otros ciudadanos hablaron tambien en el mismo sentido, protestando que si así no fuese, esa eleccion seria acertadísima y merecida. Al fin se acordó que cada ciudadano presente votase por dos electores; y que los *doce* que resultaren con mas votos fuesen proclamados *Representantes* con las siguientes atribuciones—1.ª. Nombrar inmediatamente un gobernador de la Provincia con el encargo especial de ponerla en un *estado respetable de defensa y ofensa*:—2.ª Resolver sobre el *cese* ó prorrogacion de los poderes del actual ayuntamiento, y nombrar otro si acaso:—3.ª Promover todo lo necesario para la pacificacion honrosa y estable de la provincia; y para el desempeño de estas tres grandes atribuciones, se facultó á la JUNTA DE REPRESENTANTES de la Provincia de Buenos Aires, con todas las facultades, sin restriccion alguna, que necesitare ejercer. Aceptado por aclamacion, se trató de proceder á la eleccion de Representantes componiendo allí mismo tres mesas receptoras de votos. Del escrutinio resultó que el pueblo soberano se componia de *doscientos veintidos* votantes. Eso sí: bien conocidos é influyentes todos, pues hoy mismo podemos recorrer esa lista y encontrar que toda ella se compone de gefes y miembros de familias conocidas y bien puestas en el comun del vecindario, que era, por decirlo así, el asiento de la oligarquia directorial y unitaria. Resultaron electos por

Representantes doce vecinos de lo mas notable de la ciudad y pertenecientes todos, menos uno, con mas ó menos notoriedad, al partido que los montoneros querian derrocar [1]. El dia 17 se reunieron los Representantes. La prudencia habia comenzado á prevalecer en sus consejos como se habia notado yá por los síntomas de la reunion del pueblo que los habia nombrado. Era dificil decir en qué espíritu estaban Soler y su fuerza respecto del Cabildo; y si este exageraba su posicion, era de temerse que Soler, Ramirez y Sarratea se entendiesen para producir un cámbio radical. La mayoria de la Junta era segura é independiente. Este era un gran punto ganado. Convenia pues radicar el pacto de armonía que el partido directorial moderado habia hecho tacitamente con la faccion de Sarratea, y nombrar de Gobernador á este para librarse del militarismo de Soler y desarmar las iras de Ramirez.

Sarratea fué pues nombrado y proclamado Gobernador de Buenos Aires *interin* durara el actual estado, y pudiera reunirse la votacion de la campaña. El final de la proclama con que la Junta dió cuenta al pueblo de sus actos, merece trascribirse, por cuanto arroja una viva luz sobre cuales eran las *miras ulteriores* que perduraban en su ánimo; y por qué así se esplican las sorprendentes peripécias que tuvieron lugar hasta 1821: en que estos tumultos terminaron con la muerte de Ramirez y de su satélite Carrera, y con la exaltacion pura y

1. D. Juan Pedro Aguirre—Juan José Passo—Victorio Garcia Zúñiga—Ant. José de Escalada—Vicente A. Echevarria—Thomas Man. de Anchorena—Juan J. Cristobal de Anchorena—Vicente Lopez—Sebastian Lezica—Manuel Luis de Oliden—Manuel Obligado—Manuel Sarratea.

neta de la antigua oligarquia directorial—« Los Representan-
« tes están perfectamente al cabo de el espíritu de *dignidad* y
« *nobleza* que llena los corazones de los ciudadanos: saben
« que estos aspiran á una paz *honrosa*, pero que *detestan* una
« *vergonzosa humillacion*. Tales elementos serán puestos
« en movimiento si se llegase á tocar el inesperado estremo
« de mala fé en el ejército federal. Las glorias del gran
« pueblo de Buenos Aires, adquiridas á costa de su san-
« gre y sacrificios ¿serán eclipsadas por la degradacion?
« El mundo admirador de nuestro valor ¿deberá arrepentir-
« se de su concepto, y retractarlo para situarnos entre
« los míseros esclavos, y seres abatidos que sucumben al
« arbitrio de quien les venda proteccion y les calce cade-
« nas? No creemos sean tales los sentimientos del Ejér-
« cito federal, pero prevenirse es muy compatible con la
« prudencia y con la confianza racional.»

Entretanto, Soler llevaba adelante su atrevida iniciativa para *arreglarse* con Ramirez, al mismo tiempo que al Cabildo le protestaba obediencia y la mas respetuosa sumision. Su deseo era adelantarse á los demas haciéndose árbitro de la paz entre la capital y los federales, por que sabia que ahí era donde estribaba todo el secreto de la situacion. Favorecido á los ojos de Ramirez con los resultados del paso que habia dado el dia 10; é informado tambien este, de que en la ciudad habia intrigas para combinar á Sarratea con los directoriales, se puso en completo acuerdo con Soler, y se citaron á una conferencia el dia 17 en el Lujan. Soler fué solo con seis hombres; y reunido con Ramirez y con Lopez arregló alli, sin dificultad, un armisticio quedando bien entendidos para todo lo demas, es decir: ami-

gos y muy satisfechos reciprocamente unos de otros. Nadie estrañe esto, ni lo que siga, por que en aquellos dias, el objetivo de los partidos y de los hombres cambiaba en toda la escala de los intereses, por horas, y al favor de combinaciones sorprendentes.

El armisticio estaba celebrado por tres dias mientras se combinara un convenio permanente; y se pactaba que para que este tuviera lugar, era condicion *indispensable*: *que no se deje en empleo* á ningun individuo de la administracion *depuesta*, *que haya ayudado ó intentado sostenerla en sus proyectos de opresion, ó cooperado á la ejecucion de sus crímenes.* En garantía de este acuerdo, que mas que armisticio era un atentado revolucionario é inaudito, de parte del General del Cabildo, los pactantes *empeñaban su honor, el de las fuerzas que mandaban, y el de los pueblos que representaban.*

Acababan de celebrar este pacto de alianza para usurpar el poder de perseguir y de gobernar, cuando recibieron las noticias de lo que habia ocurrido el dia antes por la tarde en Buenos Aires. Ramirez se puso airadísimo al ver que el Cabildo habia prevalecido, y que los Representantes no solo eran del partido y de la tradicion directorial, sino que se manifestaban resueltos á defender la situacion con las armas, apelando al pueblo en todo caso. Antes de separarse, Soler y Ramirez convinieron en que al otro dia (por que era ya tarde de la noche) dirigirian notas respectivas desconociendo la legalidad del acto del 16, é insistiendo en que todo el personalse renovase. En efecto, el 18 Ramirez le pasó al cabildo una nota fechada en el Lujan, insolentísima y amenazante, diciéndole que le acompañaba en copia el armisticio que habia celebra-

do con Soler *para darle tiempo á reflexionar sobre los horrores que de nuevo amenazaban á la nacion*, si persistia en eludir y contrariar las justas exijencias de los pueblos—«Es « preciso (agregaba) que V. E. se decida de una vez á sepa- « rar *de entre nosotros* hasta el último de los empleados y « dependientes de la administracion, que haya tomado « parte con esos criminales. Los sucesos de estos dias, « la conducta de algunos miembros de ese cabildo y el « *escandaloso* proceder de la Comision de V. E. cerca de « nosotros, nos ha alarmado, y nos prueba lo que debemos « esperar etc. etc.» Ramirez protestaba—que si no era destituido el Cabildo y sostituido por otro—«que mereciera su confianza, la guerra recomenzaria contra los intrigantes tenaces, que, sin conocer su verdadera situacion, pretenden aún *hacer valer el influjo de sus Lógias* para envolver al pais en sangre.» Haciale cargo al cabildo de que no hubiese aprisionado á Pueyrredon y á Tagle, y de que los hubiesen dejado ir á Montevideo, sin duda, para que sus aliados los portugueses les diesen médios de restablecer su poder. Recordaba el inicuo Bando del 3—«dirijido á desacreditar al Ejército Federal y á *electrizar* contra él al pueblo de Buenos Aires» y decia que él no podia soportar que fuese reelecto y mantenido en influjo el mismo hombre que lo habia firmado. Examinando despues la conducta de la Comision negociadora, aseguraba que sus miembros habian convenido con él en que debian ser destituidos todos los servidores y partidarios de la antigua administracion; pero que, asi que habian regresado á la ciudad, se pusieron á—«gritar que las proposiciones de los federales eran inadmisibles, que ellos venian animados de venganzas, que los vecinos temblasen de su

furor, y que el Pueblo debia mantener el *famoso Bando* del Director Sostituto. Despues (dice) se finge una *eleccion popular*, y se vésalir como ELECTORES: al agente secreto de Rondeau, al intrigante de Areco y pregonero de insultos contra los federales—el Dr. D. Vicente Anastacio de Echevarria: al mismo Aguirre: al congresal Passo; y ultimamente, se trata de interrumpir y hacer imposibles los arreglos con el General Soler haciendo que Balcarce baje á las costas *para ayudar á sus compañeros en sus conflictos y operar contra la libertad de la provincia*. Sentado esto, Ramirez protestaba que no se conformaria con *reformas aparentes*, *hechas* por la misma faccion que se trataba de alejar:—«No!....nuestra resolu-« cion (decia) se cumplirá ó pereceremos con gloria....Va-« mos á obrar activamente contra Balcarce, y ponemos *á la* « *disposicion* del Sr. General Soler una fuerte division, « *para que facilite la ejecucion* de las pretensiones de los « pueblos.»

Soler se habia comprometido, al separarse de Ramirez, á pasarle al Cabildo una nota análoga. Pero aconsejado en su campamento por su secretario D. José Maria Echandia, que era hombre hábil y prudente, prefirió dirijir su nota á la *Junta de Representantes*: haciéndole así un reconocimiento indirecto contra la resolucion de no reconocerla que Ramirez tenia. La nota misma, redactada habilmente por Echandia [1] luce un tono bastante moderado aunque franco y claro en sus propó-

1. Sobre todos estos incidentes hemos tenido en Montevideo muchas y detenidas conversaciones con él mismo. Pero á este respecto, advertimos que jamás usamos de los informes personales sino para comprobar y esplicar los documentos públicos, que son los únicos *documentos históricos aceptables y fidedignos*.

sitos—La salud pública era la que habia impulsado al General para dar ese *enérjico* paso del dia 10, decia Soler en ella; y desde entonces su aspiracion constante habia sido—«*sepul-*« *tar en los abismos* esa guerra horrorosa que nos ha hecho « desmerecer en el concepto del mundo viejo y del nuevo.» Por conductos particulares, él conocia las buenas intenciones de los Gefes Federales; y yendo á verlos, decia, tuvo la fortuna de abrazar á *los virtuosos ciudadanos* Lopez y Ramirez, y de acordar con ellos el armisticio que remitia. Hablando con franqueza, segun él, de los *únicos obstáculos* que ofrecia la paz, creia que todo el mal se reducia *á la falta de confianza* que *inspiraba la actual Municipalidad*—«el Ejército Federal, como el Pueblo todo de Buenos Aires, *conocen bien las ramificaciones* de algunos de sus miembros, con la faccion *espirante que no cesa de aspirar*. No hay remedio: si se quiere terminar la guerra, es preciso disolver el actual cuerpo Municipal.....El Ejército que tengo el honor de mandar tiene hoy las mas lisongeras esperanzas, á pesar de las falsas alarmantes ideas que esparció, en su tránsito, contra los Federales la Comision Municipal, que, por *sospechosa é ilegítima* volvió desairada.»

Soler terminaba su nota haciendo referencia a un incidente grave. El General Balcarce amenazaba por la costa y habia hecho fuego sobre los Federales; y Soler se habia dirijido á él intimándole el cese de toda hostilidad: Hemos dicho que el incidente era grave, por que, en efecto, el General Balcarce venia con sus tropas decidido á provocar ó apoyar una reaccion que estableciese al partido directorial con la plenitud de su poder, en la provincia de Buenos Aires al menos, salvo lo que en ese mismo sentido pudieran dar de sí

los futuros acontecimientos en las otras provincias. El Dr. D. Manuel Bonifacio Gallardo, jóven ardiente y de talentos distinguidos, habia promovido una reunion de amigos, y redactado un largo memorial para el General Balcarce, en el que se le informaba de todo lo acaecido, de los elementos poderosos con que podia contar á su llegada á la Ciudad, de la indignacion en que estaba el pueblo á pesar de la sumision en que dormia, por fálta de un hombre prestigioso y de un cuerpo sólido de fuerzas. Le decia que era posible que los hombres cobardes que ocupaban los puestos públicos acabasen por pactar con los enemigos y por elejir á Sarratea, creyendo salvarse así; pero que ese hombre era despreciadísimo como *embrollon y bribonazo*: y que si llegaba, la fuerza que Balcarce traia todo tenia que cambiar. Que era preciso por consiguiente que finjiese estar de acuerdo con lo que pasaba, pero que no obedeciese en lo posible ninguna órden de retirarse ó detener su regreso, aunque se la diese el Cabildo, la Junta, el Gobierno ú otra autoridad cualquiera: procurando llegar cuanto antes.

Gallardo procuró obtener que le firmasen el papel algunos personages de posicion mas asentada que él, y vió con este objeto á D. Vicente Lopez y otros Señores. Pero todos ó la mayor parte se negaron, aconsejándole que se enviase el papel firmado por él mismo y algunos otros jóvenes, invocando el asentimiento de los amigos; pues todos en efecto deseaban que viniese la fuerza de Balcarce para contar con una proteccion eficaz contra las amenazas insistentes de Ramirez, que ya se han visto. Firmaron el Memorial segun estoy informado, ademas de Gallardo, D. Ramon Diaz, D. Juan Cruz Varela, D. Fortunato Lemoyne y otros dos ó

tres jóvenes de espíritu igualmente ardoroso y atrevido.

El General Balcarce bajaba entretanto por el Paraná, ignorante de cuanto se habia hecho ó se hacia en la Ciudad El Domínico Fr y Ignacio Grela se habia encargado de hacer llegar á sus manos el memorial de los jóvenes unitarios, y se habia valido para ello de un señor D. Felipe Soto muy relacionado en el partido de las Conchas. Pero alarmado este sujeto con tantas recomendaciones de seguridad como le habian hecho, tomó tales precauciones que el dicho memorial no pudo llegar á manos del general sino el 25 de Febrero.

El General Balcarce ignoraba pues todo lo ocurrido en la ciudad, y era natural que al hacer su descenso por las costas del Paraná, operase en el concepto de que los federales estaban en hostilidades. Las alarmas y acriminaciones de Ramirez sobre este incidente eran pues injustas; y Soler lo tranquilizó asegurándole que él y el Gobierno nuevo ya habían comunicado á Balcarce el armisticio y los cambios acaecidos en Buenos Aires, garantiéndole que así que este lo supiese cumpliria cuanto se le ordenaba.

Con esto, Ramirez se apaciguó, y le contestó á Soler— « que aunque ya habia puesto en marcha una division para « cubrir el punto de las Conchas, le mandaba hacer alto en « el Pilar; pero que el *General* Lopez se situaria mas al « norte sobre el Paraná y que *observaria los movimientos* « de Balcarce.»

Prenotada la gravedad de este incidente, cuyos importantes y ruidosos resultados veremos despues, volvamos á tomar el hilo de los sucesos que dejamos pendientes en la Ciudad el dia 18.

Por muy exaltadas que estuvieran las pasiones locales al ver ajada así la altivez de Buenos Aires, por la insolencia de *unos cuantos gauchos* montoneros, no era posible disimular que el *ultimatum* de Ramirez, y las amonestaciones encapotadas de Soler, eran peligros demasiado sérios y urgentes para que debieran ser tratados con lijereza y facilidad. Los hombres discretos comprendieron que era menester llevar mas adelante el sacrificio, y hacer concesiones que eran indispensables en el estado angustioso de los negocios.

Sarratea se recibió del Gobierno el 18: En ese mismo dia á las diez de la noche llegó tambien el *ultimatum* de Ramirez y la nota de Soler. El Gobernador reunió inmediatamente en la Fortaleza á los doce representantes que componian la Junta; y despues de haber discutido convinieron:—1.° en que era indispensable que de acuerdo con la cláusula 2 del acto de su eleccion, declarasen el *Cese* del Cabildo, cuya composicion alarmaba tanto á los Caudillos federales, y procediesen á nombrar otros en su lugar—2.° En que era urgentísimo que Sarratea enviase inmediatamente una Comision al Campamento de Soler para hacerle una parte de la situacion que le satisficiese, ya fuese con un mando militar supremo, ya de otro modo; y que de allí pasase al de Ramirez para acordarle condiciones capaces de producir la paz, dándole seguridades de que el nuevo Gobierno tenia la veracísima intencion de mantenerse en una armonia inalterable con él.

Los Cabildantes estaban muy lejos de querer sostenerse en sus puestos. Por el contrario, sériamente alarmados con el odio y las amenazas de los Caudillos federales, deseaban de veras verse libres de un cargo que les imponia tales inquie-

tudes y amarguras. El dia 19, la Junta declaró cesantes á los miembros del Cabildo, y nombró otros para reemplazarlos: entre los cuales habia partidarios de Soler bien caracterizados como Dolz, Millan, Zavaleta, Blanco, D. Zenon Videla y D. José Tomas Ysasi, y un partidario de Sarratea, D. Jacinto Oliden. Los demas eran miembros inertes y sumisos. Era claro despues de esto, que, de concesion en concesion, el cambio del personal administrativo iba haciéndose completo y radical de dia en dia.

El nombramiento de este nuevo Cabildo fué una inmensa ventaja obtenida por el círculo de Soler, porque el personal nuevo le era tan adicto que sin exageracion puede decirse que esto habia puesto en las manos del General la llave de todas las resoluciones tumultuosas con que la ciudad disponia de su gobierno y de su administracion en aquellos dias. La eleccion de esos Capitulares no habia sido de parte de la *Junta de Representantes*, un acto de humillacion y de sometimiento á las circunstancias, sino mas bien una medida hábil y diestra; pues yá que nombrando Gobernador á Sarratea le habian dado á su partido un influjo peligroso; formando un Cabildo con partidarios de Soler, la Junta se propuso que se contrallaran respectivamente los dos poderes, el uno por el interés del otro.

El Cabildo era nominalmente el *Gefe y Brigadier* General de los *Tercios Cívicos*; y Soler, que comprendió toda la importancia del nombramiento de los nuevos Cabildantes, mandó inmediatamente á la ciudad el *segundo Tercio*, que le pertenecia en cuerpo y alma, para que fuese el guardian y el brazo del nuevo Cabildo. El 2.° tercio ocupó la ciudad el dia 20 por la mañana; y como lo vamos á ver: el hilo de todos los

sucesos hasta el fin del año XX, va á depender de este Cabildo y de los intereses que representaba.

El mismo dia 19 partió D. Manuel Oliden al campamento de Soler en Comision particular del Gobernador. Oliden que era hombre de confianza para Sarratea, era al mismo tiempo amigo particular y pariente próximo del General. Su encargo era arreglar con este una reparticion equitativa del gobierno. Soler estába sumamente satisfecho con el poder que le daba la posesion del Cabildo, y como Sarratea le acordaba ademas el cargo y título de *Comandante en jefe de las fuerzas de mar y tierra,* que equivalía entonces á un ámplio Ministerio de la Guerra, Oliden no encontró dificultad ninguna en desempeñar su Comision, y obtuvo que Soler quedase completamente acordado en intereses con la nueva situacion.

Para comprender la facilidad con que Soler aceptó y se prestó á renunciar así sus aspiraciones inmediatas á la Gobernacion Superior de la provincia, es menester tener presente que, por sus afecciones y por sus ideas, él era eminentemente *porteño*, y que encabezaba una fuerza de *porteños*. Los gefes veteranos que se habian agrupado en su campamento eran un elemento difícil de amalgamar con los montoneros de Ramirez ó de someterse al mando militar de este Caudillo. Por lo demas, quedando á la cabeza de la fuerza y con un influjo decisivo, él y sus amigos se proponian sacar ventaja de los sucesos futuros, con tanta mayor razon cuanto que todos, menos Sarratea mismo, por fatuidad, sabian que el poder del nuevo gobernador era efímero y de circunstancias; y que como no contaba con ningun apoyo sério en la opinion de la provincia, bastaria el menor sacudimiento para traer cámbios inesperados.

Sarratea salió de la Ciudad el 21 á media noche y se dirigió al Pilar, donde Ramirez y Lopez le esperaban yá, sumamente satisfechos del jiro favorable que tomaban los sucesos.

El rasgo característico de Sarratea era la deslealtad de sus opiniones y la inconsecuencia de sus procederes. Con una facilidad asombrosa mentia y daba esplicaciones á todo, usando de formas volubles, y doblegando su verbosidad al influjo de las ideas y de los intereses de aquel con quien hablabá. Era á este respecto un embrollon de exelentes maneras, de ingénio vivo y suelto, de imperturbable impavidez, que siempre estaba pronto á dar á todas las conversaciones el aire de una confidencia íntima sobre las intrigas ó maldades, los crímenes ó los propósitos de los demas. Para algunos, estas son grandes calidades políticas, por que proporcionan espediente inmediato á las dificultades de detalle. Pero la verdad es que ponen tan abajo el nivel moral de quien las emplea, que rara vez deja él de ser instrumento miserable de los demas, y que al fin escolla en sus mismas miserias bajo el menosprecio general. Sarratea era un tipo cumplido de los hombres de esta espécie, y Rivadavia lo habia retratado con exactitud en la transcripcion que hicimos en otro lugar.[1]

Con este caracter y soltura, con la intima alegria en que nadaba su espíritu al verse de Gobernador y á la cabeza de un grupo que él tomaba por *partido suyo*, Sarratea deslumbró á Ramirez y á Lopez. Les aseguró que por el momento era menester condescender un tanto; pero que fiasen en él, pues estaba dispuesto á limpiar la tierra *de logistas*.

1. Tipo comun en todos los paises libres, de que al presente podriamos mostrar ejemplares que serian retratos de aquel.

El habia sido siempre federal, les dijo, porque muy pronto se habia desengañado de quienes eran los hombres de 1812, de 1814 y de 1817. Así que hiciese la paz, trataria de asegurarse en el mando con Soler, y formaria una alianza armada con las Provincias de Entrerios y Santafé, bajo las órdenes de Ramirez, para resistir las invasiones ó maquinaciones de los portugueses y de sus aliados interiores los Congresalistas. Por lo pronto, se obligaba *secretamente* á dar al *General* Ramirez mil quinientos fusiles, dos mil sables, municiones y monturas; á poner ademas á su disposicion, en el Paraná, una escuadrilla sutil, y á proporcionarle cien mil duros en breve plazo. Para poder cumplir todo esto, exigia que el Ejército Federal no pretendiese entrar á la Capital ni apurar su situacion; porque si insistia en obtener satisfacciones de puro orgullo, se corria el riesgo de indignar la fatuidad de *los porteños* y *de producir un grande alboroto*, que le haria imposible *gobernar* y dar lo que ofrecia. Dijo que la *Junta de Representantes* estaba compuesta de puros enemigos personales suyos: que lo habian nombrado á mas no poder y buscando su amparo; pero que si él fingia y se acomodaba, era por descuidarlos para tratar primero, y hacerse del apoyo de los federales para caer sobre la *Junta* cuando estuviese fuerte para consumar la obra.

Todo esto era cierto en el fondo. Esa era la situacion latente de las cosas. Pero él esperaba engañar á Ramirez con estas manifestaciones que debian parecerle sinceras por que eran exactas, á la vez que hablaba en un sentido muy diverso con la *Junta* y con los partidarios del régimen vencido: protestándoles que contemporizaba con el gauchage y con sus gefes para alejarlos, y para tener tiempo de levantar y de

organizar contra ellos todos los elementos de defensa que tenia Buenos Aires.

Por lo demas, es preciso convenir en que Sarratea logró su objeto de entenderse con Ramirez, con mucho mejor éxito que el que tuvo para ganarse el partido porteño, ó para descuidar á Soler. El caudillo Federal alcanzó bien que el hombre le convenia por sus mismas flaquezas y flexibilidades: que le tendria siempre obsecuente y dispuesto á contemporizar con las exigencias del predominio á que creia haber llegado despues del triunfo de Cepeda. Pero en cuanto al partido porteño, no era lo mismo. Sarratea habia sido aceptado como arbítrio y espediente en un momento angustioso. Nadie le apreciaba: nadie ignoraba con cuantas lisonjas y humillaciones tegia la trama de que se valia para darse posicion. Soler procedia en el mismo concepto: y con una habilidad que muchos otros no hubieran sabido emplear en su caso, miraba á Sarratea como un obstáculo pasajero, y creia que poniéndolo bajo su mano, con beneficio de inventário, debia estar preparado al momento oportuno en que fuese conveniente retirarle esa mano, y dejarlo caer por sí mismo, para tomar la direccion de las cosas, con el apoyo de los montoneros ó contra la voluntad de los montoneros, segun fuese el jiro que tomasen las opiniones definitivas del pueblo en las próximas complicaciones.

Al hablar de la CONVENCION DEL PILAR, es preciso hacer distincion entre el convenio *público*, y el tratado *secreto*. La única importancia del convenio público residia en el propósito íntimo que revelaban los pueblos disidentes de reconstituir su preciosa nacionalidad. Ninguno renegaba de ser argentino: ninguno pretendia formar republiqueta, sino

que miraron como una gloriosa *herencia de todos la Comunidad de la Pátria y la Unidad del caracter Nacional.*

Este objeto trascedental de la vida argentina, no solo era un propósito deliberado en el ánimo de los caudillos, que, por ese lado merecen nuestro respeto, puesto que adquirieron un grande mérito ante los ojos de la posteridad, sino una aspiracion nativa de los pueblos, que fué consagrada así en el primer artículo del Convenio público.—« Protestan « las partes contratantes que el voto de la nacion, y muy en « particular en las provincias de su mando, respecto al Go- « bierno que deba regirlas, se ha pronunciado en favor de la « federacion, que de hecho admiten. Pero que debiendo « declararse por Diputados nombrados por la libre eleccion « de los pueblos, se someten á sus deliberaciones»— y acordaban al efecto que cada provincia contratante nombrase un Diputado: que se reuniesen en *San Lorenzo* dentro de dos meses, y que se invitase á todas las otras para que llenasen el deseo que *todos tenian de formar un gobierno central*: es decir-*comun*.

Así convenido, debian retirarse de la provincia de Buenos Aires las fuerzas de Santafé y de Entrerios á sus respectivos territorios. Pero se apelaba al *patriotismo y generosidad de la heróica provincia de Buenos Aires, cuna de la Libertad de la nacion*, que reflexionase acerca de los médios con que debia contribuir á arrojar á los Portugueses del territorio oriental del Urugay, y á poner en plena defensa la de Entrerios, que tan espuesta se hallaba al peligro de ser invadida. Esta vaga estipulacion estaba reducida á un sentido mas positivo en la convencion secreta, como veremos.

Ramirez insistió tambien en que fuesen castigados los

miembros de la anterior administracion; y se estipuló que se les abriria juicio, *por que los Gefes* del Ejército Federal querian *quedar justificados de los poderosos motivos que les habian impelido á hacer la guerra* que acababa de terminar.

Prescindiendo de algunas otras disposiciones de pura forma, como indulto, amnistia, libertad de prisioneros; y de otros arreglos sobre el comercio, la navegacion de los Rios y demarcacion de límites, que se deferian *á las resoluciones del futuro Congreso*, el punto de mayor importancia en la Convencion del Pilar era el que se tocaba en el artículo 10 referente á Artigas. Era evidente que este funesto caudillejo no aceptaria las dos disposiciones, que determinaban la reunion del Congreso y la *reconstruccion de un Gobierno Central*. Su poder efectivo habia decaido en la proporcion misma en que habia crecido el de Ramirez. Artigas estaba acosado por los portugueses que ya dominaban el territorio oriental; y tan exhausto estaba de médios, por su ineptitud como militar y por su terquedad imbécil, que estaba materialmente postrado, mientras que Ramirez era dueño absoluto de Entrerios y predominaba ahora en Santafé y en Buenos Aires. El Teniente era pues el protector del *Protector*; y como este no solo no se avenia con semejante superioridad sino que procuraba imperar en el territorio de aquel, sus relaciones eran puramente aparentes y mas bien estaban en un verdadero rompimiento. Pero era preciso guardar las formas; sobre todo, Sarratea queria satisfacer la inquietud y las dudas del público sobre si continuaria ó nó la guerra contra Artigas, por que era preciso determinar si en el caso que este no aceptase el tratado, como era mas que probable, Ramirez y Lopez se separaban ó nó de él de una manera definitiva para ponerse del lado de Buenos Aires.

Ramirez no queria incluir á Artigas en el convenio; pero se comprometia á repelerlo en cualquiera tentativa que quisiera realizar sobre la derecha del Uruguay. Para él, Artigas no valia nada; y lo decia con la mayor publicidad. Era preciso sacarlo de la provincia Oriental, para restablecer la guerra contra los Portugueses con otros médios y con otra capacidad. Artigas era un obstáculo; y no habia que contar con él sino para quitarlo del camino de los intereses argentinos.

Sin embargo, Sarratea creia que por lo mismo convenia comprometerlo á entrar en la Union, ó bien obligarlo á que se pronunciase contra ella, para tener una razon justa con que proceder; y en efecto, la cláusula 10 del tratado consignó los términos propios en que convenia tocar este punto, con una habilidad incuestionable.[1] Por esa estipulacion, Artigas habia dejado ya de ser Protector de los Pueblos libres: era *solo* Capitan General de la Banda Oriental. Ramirez tenia en ella la osadia de darse por dueño de su voluntad, y de mentir que tenia instrucciones *privadas* para ello; y toda la consideracion personal que se le acordaba, era ponerlo en la alternativa de someterse á un Congreso Argentino, dotado de fuerza propia por la unidad reconstruida de su territorio: ó de

1. Dice así—«Aunque las partes contratantes están convencidas de que todos los artículos arriba espresados son conformes con los sentimientos y deseos del *Exmo. Señor Capitan General de la Banda Oriental* D. José Artigas, *segun lo ha expuesto el Señor Gobernador* de Entrerios, *que dice hallarse con instrucciones privadas* de dicho Exmo. Señor para este caso, no teniendo suficientes poderes en forma, se ha acordado remitirle copia de esta acta, para que, *siendo de su agrado, entable* desde luego las relaciones que *puedan convenir* á los intereses de la Provincia de su mando, cuya incorporacion á las *demas federadas* se miraria como un dichoso acontecimiento.»

sucumbir solo y *repudiado por el sistema* y por las doctrinas mismas que él habia proclamado y propagado. Artigas se puso furioso, como era natural, y resolvió pasar á Entrerios á castigar á Ramirez.

Asi es que en los mismos momentos en que la obra nefanda de Artigas parecia consumada por el triunfo de sus dos aliados ó tenientes mas poderosos, los elementos argentinos renacian de sus mismas ruinas; arrojaban el veneno que habia procurado inocularles el caudillo oriental, formulaban asi el deseo eficáz de una nueva reconstruccion, y rehabilitaban el sentimiento nacional. Divergiendo desde entonces, se divorciaban, para no volver á unirse mas, del bárbaro que habia levant do la bandera de la desorganizacion absoluta y del vandalaje, con el pretesto de la federacion, y con propósitos puramente suyos y personales. Desde entonces, repetimos, los caudillos argentinos, cualesquiera que hayan sido los rasgos que los deformaran ante el derecho federal, entraron en la huella del patriotismo, en la via de una reparacion progresiva del mal que habian hecho; y pudo columbrarse, al menos en el fondo lejano del horizonte, una forma civilizada, orgánica y nacional, que viniera alguna vez á satisfacer las aspiraciones lejitimas y cultas de ambos partidos. Artigas llevó su pais por otro sendero; y haciéndolo así, simplificó felizmente todos los problemas de nuestra convalescencia y los trabajos de nuestra reorganizacion futura. Artigas terminó su fatal carrera el 23 de Febrero de 1820 recojiendo el fruto de lo que habia sembrado. La *Convencion del Pilar* lo mató políticamente y para siempre, realizando por sus propias armas la resurreccion de la vitalidad argentina.

Esta convencion de paz fué recibida en Buenos Aires con suma frialdad. Era un acto necesario, pero era un acto impuesto; y todas las conveniencias cedian á la soberbia local, y á la profunda desconfianza ó enemistad que inspiraba Ramirez: no solo por el poder de que él se jactaba, sino por su génio violento y dominante. Verdad es que la consecucion de la paz habia desarmado todas las resistencias activas y deshecho todos los centros. El cansancio era profundo: todos abandonaron la escena y dieron la espalda á las cosas públicas, completamente convencidos de que no habia resortes para operar en otro sentido. Pero, aunque de una manera latente, en el fondo de la sociedad prevalecia un grande sentimiento de ofensa y de rencor contra todo lo ocurrido; y lo singular es—que ese rencor recaia no solo sobre los federales (mirados como *extranjeros*) sino sobre Pueyrredon, Tagle y el círculo íntimo: de cuya corrupcion y torpe manejo todos hablaban como orijen y causa de la ruina en que el pais se hallaba envuelto. Aquel era un tiempo en que se preparaba una completa renovacion de cosas y de hombres.

El descontento público crecia tanto, que la Gaceta oficial creyó necesario combatirlo:—Los enemigos del *actual* órden de cosas, (decia en estilo ramplon) han asestado contra él tres baterias: 1.ª claman y lloran el *vilipendio* de la provincia. 2.ª Llaman disolucion del Estado á la *federacion*; y predicen qne el pueblo y los empleados van á quedar sepultados en la miseria y entregados al hambre. La Gaceta procuraba «desmontar la artilleria de cada uno de estos reductos» en un largo y trivial artículo, en el que su autor prueba que ignoraba completamente aún aquello que es mas superficial

en el mecanismo federal, para extasiarse en injurias y calumnias contra los hombres del partido caido.

Aumentose el encono del vecindario cuando se conocieron las estipulaciones *secretas* (ya cumplidas tambien) del tratado. Sarratea habia hecho entregar á Ramirez mil quinientos fusiles, con igual número de sables, trabucos de bronce, lanzas, municiones y correajes respectivos. El parque habia quedado limpio, segun se decia, y la Ciudad estaba ya *indefensa* en las garras feroces de sus enemigos. El tesoro habia vaciado doscientos mil duros en la caja del Ejército Federal. Se habia contratado tambien poner á disposicion de Ramirez la escuadrilla sutil del Paranà. A Carrera se le entregaban setecientos fusiles y todos los Chilenos de clase baja y capaces de servir que hubiera en Buenos Aires ó en los cuerpos veteranos, para que marchase á Cuyo y formase una division con que invadir á Chile y derrocar á O'Higgins.

Y lo peor es: que todo era cierto! Ramirez y Lopez sabian, que haciendo ese tratado por su sola cuenta, y en provecho de su propio poder, ponian á Artigas en la necesidad de declararles la guerra y de tratar de reducirlos como rebeldes: querian y necesitaban pues armarse contra él para resistirle. Sarratea comprendia que era necesario acordarles esos médios contra ese enemigo intransijente y feroz de todo orden, y aprovecharse de los Caudillos de Santafé y de Entrerios para acabar con ese peligro. Pero el pueblo de Buenos Aires no queria ver sino lo que era inmediato: él era despojado de sus armamentos y de sus buques: él perdia su poder, y el Caudillo federal de Entrerios quedaba con inmensos recursos para predominar. La imaginacion y la

pasion magnificaban todo este caos, como sucede siempre; y las iras públicas se acumulaban en las entrañas íntimas del vecindario siempre centralista de la Capital.

De todo ello, lo que realmente era indigno, era el auxilio prestado á Carrera contra O'Higgins. Se necesitaba ser Sarratea para autorizar semejante atentado. Pero Ramirez *queria* pagarle á todo trance á Carrera la adhesion con que le habia seguido: queria cumplirle las promesas que le habia hecho en el seno de la amistad y del favor.

La Junta de Representantes, tímida y mal asentada aún en los primeros dias, estaba eclipsada por la supremacia del nuevo Cabildo y por el influjo prepotente de los amigos de Soler. Este prescindia siempre de la Junta, y no dirijia sus oficios y plácemes sino al Cabildo; demodo que Dolz, Ramos, Mejia, Videla, Zavaleta, le devolvian guirnaldas y elógios trenzados por las manos de la Gloria, y llenas de lemas complacientes.

La Convencion de paz fué ratificada el dia 24. Sarratea que era cortesano y lisongero no tuvo bastante energia ó prevision para hacer que los gefes federales no viniesen á ofender, mas de lo que ya estaba, el orgullo local de la ciudad, entrando á ella con sus tropas; y el dia 25 regresó acompañado de Ramirez y de Lopez, cuyas numerosas escoltas, tan sucias y mal traidas que parecian hordas, ataron sus caballos en las rejas de la Pirámide mientras los Gefes se solazaban en el salon del Ayuntamiento. Seguíalos tambien D. José Miguel Carrera; pero sin ningun caracter oficial, y nada mas que como un individuo del séquito. Ramirez permaneció en la Ciudad hasta el dia 1.º de Marzo; pero el grueso de su ejército no se movió del Pilar.

Sinembargo de todo esto, quedaba por saberse cuales serian las resoluciones que tomaria el General D. Juan Ramon Balcarce; que, á la cabeza de la columna de mil y tantos hombres con que se habia retirado del campo de batalla de Cepeda, venia bajando las aguas del Paraná. El General Soler, como gefe superior de todas las fuerzas de la Provincia, habia comunicado á Balcarce el armisticio del 17. Este recibió la comunicacion el 20 por la noche en el puerto de Zárate. En ella se le ordenaba que detuviese su marcha *estacionándose donde la noticia le alconzase, ó que retrocediese á San Nicolás.* Contestando á estas órdenes Balcarce, dijo que le era imposible cumplirlas, á pesar de la profunda satisfaccion con que habia recibido la noticia de todos esos trabajos por la paz, y de que su ley habia sido siempre la obediencia militar y el honor. Pero, que no podia retrogradar al punto de donde habia salido, ni estacionarse; por que el dia 15 se habia embarcado en San Nicolás sin mas víveres que los muy necesarios para *cuatro dias*: así es que si regresaba ó se estacionaba, exponia su tropa á perecer de miseria. Sinembargo, ofrecia obedecer en el *primer punto aparente* que encontrase para detener su marcha.

El dia 21 Balcarce tuvo comunicaciones de Sarratea y conoció el pormenor de todos los cambios ocurridos. En el acto dirijió á Ramirez una nota para imponerle de que recien en aquel momento podia definir la línea de conducta que debia observar. Pero hablándole con enerjia y con franqueza, reclamaba contra las tropelias y robos que las partidas de los federales continuaban perpetrando, *apesar del armisticio*, en los pueblos y vecindarios de las costas por cuyas aguas él bajaba; y le intimaba, que si

no ponia remedio y término á este vandalaje de los suyos, debia estar—«*cierto que* todo este ejército, notablemen-« te aumentado, y yo no podremos contribuir á esa paz « que hoy *lisonjea nuestros oidos.*»

Esta mala situacion en que estaba el espíritu del General se desvaneció completamente el dia 24 cuando recibió las comunicaciones de la paz que se habia celebrado el 23. En el extracto de la convencion que se le remitió, todo estaba favorablemente puesto de realce: las tropas federales iban á evacuar el territorio de la provincia en 48 horas: Un nuevo Congreso iba á ser convocado para que reorganizase la nacion: Buenos Aires quedaba pues libre de enemigos y enzalsada por las palabras mismas del convenio. Balcarce tenia un espíritu impresionable, un corazon impetuoso sobre todo para las pasiones buenas: era confiado y noble, pero de muy poca sagacidad. Creyó todo como se lo decian, y se forjó en la fantasia la idea de que el tratado habia hecho una trasfiguracion de Buenos Aires en gloria y magestad. Sin poder contener su entusiasmo, le dirijió allí mismo á Ramirez la carta mas exajeradamente afectuosa que un hermano podria haber dirigido á otro hermano. Llegaba hasta decir «*¡¡viva el General Ramirez!* « á quien la libertad comun debe bienes tan inapreciables, que « nos ha sacado de la esclavitud á donde miserablemente « eramos conducidos. ¡Viva otra vez! y viva mil veces, eterno « en nuestra memoria, el génio benéfico que nos ha elevado « nuevamente á la dignidad de hombres libres, de la muer-« te á la vida, y de la infamia á la gloria.» Despues le decia que queria abrazarlo, tocarlo, que se yó cuantas otras impertinencias propias solo de su caracter abierto y destituido de malicia.

¿Cual no debió ser la situacion de su espíritu cuando el 26 de Febrero, por la noche, recibió por D. Felipe Soto el Memorial arcoroso y elocuente del jóven Dr. Gallardo, que, por *encargo* y en *representacion de sus amigos consabidos*, le hacia la mas odiosa pintura de la situacion, para reclamar de su patriotismo que viniese á salvar la pátria de la degradante humillacion en que habia caido? Toda la escena anterior dió un vuelco en su cabeza. En el acto reunió á sus jefes. Lleno de furor y de abnegacion, incauto y precipitado, como siempre, cuando no tenia á su lado algun amigo como el Dr. Lopez ó el Dr. Zudañes, de quien aconsejarse, reunió á todos sus jefes, les expuso la situacion de la ciudad, y les reclamó el deber en que estaban de seguir la navegacion hasta los *Olivos* ó *Maldonado*; donde era preciso desembarcar para marchar á libertar á Buenos Aires con las tropas. Como todos lo apoyaran, procuró hacer algunos víveres de prisa, y soltándose otra vez aguas abajo, logró desembarcar en los Olivos el 1.° de Marzo á las 8 de la mañana.

Nadie esperaba en la Ciudad semejante aparicion, cuando cayó repentinamente la noticia dada por el mismo oficial que traia una nota del General dirijida á la Exma. *Junta de Representantes* con prescindencia del nuevo Cabildo, cuya autoridad era intrusa para *Balcarce*. Aludiendo á la carta estravagante que habia escrito á Ramirez, el General decia: que para llegar á los Olivos—«habia tenido que disfrazar sus sentimientos, y usar un lenguaje ageno á su caracter. «He procurado salvar estas fuerzas, ningun sacrificio he omitido: lo he conseguido, y solo me resta que V. E. se penetre de los recelos con que marcho. Repetidos anuncios nos advierten que marchemos con precauciones por que se nos

trata como sospechosos. Decia que el Ejército Federal habia tratado de atacarlo el 22 y aún con artillería que le habia franqueado el nuevo gobierno: que los tratados se estaban violando, por cuanto los federales ocupaban todavia la campaña cometiendo violencias inauditas. Que por todo esto, su ejército, y él, no se consideraban seguros ni podian fiarse de quienes procedian así; é invocando la Representacion honorable de la Junta, pedia esclarecimientos sobre todo esto, y la conservacion—«*del honor de la Provincia.*»

Inutil es querer pintar el alboroto y el alarma que semejante incidente produjo; pues se aseguraba que la columna marchaba rápidamente á ocupar la Ciudad. Ramirez que se hallaba aún en ella, salió precipitadamente. Pero su campamento estaba demasiado lejano, para que sus montoneros pudieran detener á Balcarce. El ejército de Soler se habia desbandado desde que se habia empezado á tratar de paz. El mismo general estaba indeciso al ver el jiro que tomaban los acontecimientos, y no queria perderse tomando puesto en las filas de los enemigos de los porteños. Así fué que aunque Sarratea le ordenó convocar inmediatamente el 2.° Tercio, Soler no se apuró y dejó pasar el dia sin tomar medidas definidas.

Sarratea habia pedido la reunion de la Junta y se presentó ajitadísimo en la sesion. Protestó su noble *porteñismo*: el alto respeto y antigua amistad que le profesaba al General Balcarce por sus virtudes, sus servicios, y la hidalguia siempre *inocente* y generosa de sus propósitos. Dijo que si este gran patriota venia animado de sentimientos hostiles á su persona y á su gobierno, no podia ser sino por haber sido engañado con falsos informes ó con alguna intriga; y

solicitó que la Junta le enviase una Comision especial para desengañarlo, y para desagraviarlo tambien si algo le hubiese ofendido, indicando para tal Comision, al Representante Dr. D. Vicente Lopez, y al Alcalde de 2.° voto D. Ildefonso Ramos Mexia. La Junta accedió y mandó en Comision á las dos personas indicadas. Pero era ya muy tarde; y apenas llegaban al Retiro los Comisionados, cuando se encontraron con la cabeza de la columna, y con el General que la conducia. Despues de unas breves esplicaciones, el General Balcarce protestó su decision de no perturbar el órden, haciendo valer, sinembargo, los derechos que tenía á ser respetado en la persona, grados y mando de su tropa. En esto, no hubo dificultad, y el General siguió con los Comisionados, Estado Mayor y séquito hasta la plaza de la Victoria. Al entrar en ella fué saludado por la artilleria de la Fortaleza; y como por encanto renació la vida de la ciudad, tal era el arraigo de las ideas que buscaban una reaccion. Una inmensa multitud se agrupó en la plaza, y las aclamaciones, con el repique de las campanas y gentio, formaban un bullicio que sonaba placenteramente á los oidos de la gran mayoria. Balcarce mandó formar en columna y proclamó sus tropas. Despues subió al Cabildo, en cuyo salon lo esperaba la Junta de Representantes. Un momento despues entraba tambien Sarratea, siempre cómico, siempre ductil, y se echaba en sus brazos con toda la efusion de un íntimo cariño. Al salir de allí, Soler le tomó del brazo, y juntos llevaron la tropa al Retiro, en cuya plaza quedó acampada una parte, y otra parte dentro de los cuarteles.

El 2 la ciudad estaba yá convertida en un laverinto desastroso de intrigas y de enredos. Balcarce empezaba á com-

prender que sus amigos no le permitian contemporizar con Sarratea y con los Federales. El Gobernador no tenia autoridad própia para hacer que los federales se sometiesen al influjo que habia alcanzado Balcarce, ni médios para desarmar á este. Soler obraba por su cuenta, procurando que Balcarce derrumbase á Sarratea para pronunciarse contra Balcarce y hacerse necesario, ó para aliarse con Balcarce si este acertaba á organizar médios de gobierno.

La alarma y el enojo de los federales llegáron á su colmo con una medida administrativa del gobierno, por la qué, invocando la necesidad de reorganizar el Ejército de la Provincia—«en un todo que muestre las dimensiones regulares» que le correspondian, se erigia una Junta de Gefes encargada *del arreglo del Estado militar provincial, inclusos sus cuerpos cívicos y urbanos.* Esto era mostrar claramente la resolucion de armarse contra el Ejército Federal. Intimidado por Ramirez, que decia ponerse ya en marcha contra la ciudad, Sarratea quiso revocar este decreto al mismo tiempo que reunia secretamente algunos gefes, entre ellos al Coronel Vedia, para ver si podia dar un golpe de mano y desarmar á Balcarce. Sospechando este de lo que se trataba, por indicios que le llevaron sus amigos, se le presentó el dia 3 á Sarratea, y le maltrató de la manera mas violenta. El Gobernador se deshizo en protestas esplicativas y trató de ganar tiempo. Pero las cosas llevaban ya una pendiente irresistible. La opinion pública, exaltadísima, le hacia á Sarratea dos cargos tremendos para el amor própio de la oligarquia local. El primero era la entrada á la ciudad de una parte de las hordas montoneras; y digo hordas, por que su aspecto era desolante, por la miseria asquerosa y por el desorden con que venian vesti-

das. Despues de unos cuantos dias de campamento, las caballadas habian quedado estenuadas, y daban un aspecto raquítico á esa aglomeracion de ginetes sucios y mal armados que se titulaba Ejército Federal. Para colmo de ignominia, la escolta de Ramirez habia tenido la desvergüenza de atar sus mancarrones en las rejas de la Pirámide. Los porteños no podian sufrir la idea de que su decadencia fuera tanta, que hubieran tenido que pasar por tal bochorno, y desahogaban su rabia contra Sarratea, que, por mas obsecuente y bien criado que hubiera sido al recibir aquellos huéspedes dificiles, no tenia la culpa, en verdad, de que los acontecimientos le hubiesen impuesto esos deberes.

El otro cargo tenia mejores fundamentos. Sarratea se habia comprometido, como hemos dicho, por cláusula secreta, á proveer de buen armamento y de artilleria al Ejército Federal. Cuando Balcarce le sorprendió entrándose á la ciudad, no se habia entregado sino muy pequeña parte de ese armamento; de modo que Ramirez, que no habia podido rendir en Cepeda á ladivision de Balcarce, se hallaba mas imposibilitado para venir á someterla en la capital. Era pues urgente para él, recibir el armamento de que necesitaba para operar contra Balcarce; y Sarratea se prestó á entregárselo subrrepticiamente en cumplimiento de lo pactado, haciendo salir algunos cajones y pertrechos desde la noche del mismo dia 1.° de Marzo en que Balcarce habia entrado. Soler no fué tampoco estraño á esta intriga; y cuando menos, la supo sin oponerse. El dia 2 empezó esto á susurrarse, y el 3 era ya una voz general que no admitia dudas. Balcarce y los restos del partido directorial que ponian en él toda su esperanza, levantaron el grito; y todos los ánimos se pusieron en conmocion. El 4 publicó

Balcarce un papel soberbio y provocativo contra los Gefes Federales; acriminándolos de que hubieran llamado falso el parte que habia dado de la batalla de Cepeda, y de que lo hubieran incluido entre los generales *vencidos* por ellos. Insistia en que él habia sido vencedor en Cepeda, pues que el pueblo habia visto y contado los mil y tantos hombres que formaban su division, á cuyas filas no se habia atrevido el enemigo en aquel dia; y se gloriaba de que habia tenido la fortuna de no ser vencido jamás, recorriendo su carrera, hasta el dia, desde la derrota de los ingleses, y desde la victoria de *Tucuman*. Sostenia que por mas que Ramirez se ofendiera de que él lo llamase *caudillo*, no era otra cosa que caudillo, por que jamas le habia conocido título legal ni otro carácter que el de *cabeza que guiaba gente armada*. Con todos estos incidentes, la exitacion del público era ya estremadísima en la tarde del 4; se veia bien que de un momento á otro iba á tener lugar un nuevo trastorno.

Desde dias antes venia preparándose tambien otro grave disgusto entre Soler y Sarratea. Para colmo de desorden faltaba en este laberinto la intervencion del General Alvear. Ligado con Carrera desde 1814, por oposicion y antipatia con San Martin, Alvear habia pasado año y médio en Montevideo en trabajos de zapa contra la administracion de Pueyrredon, y sus recíprocos intereses se habian estrechado de mas en mas. Alvear era imposible dentro del partido nuevo, que habia adoptado con muy poca madurez, mientras los intereses de ese partido estuvieran en manos de Artigas. Pero, disidente yá Ramirez, y bien aceptada por él la amistad de Carrera, este comenzó á propiciar la persona del general Alvear en el ánimo del caudillo. Creíase que Alvear disponia en Buenos Aires de un partido fiel y poderoso, y se deducia que combi-

nado con Ramirez y Carrera, seria un elemento eficáz para obtener todos los resultados; tanto mas cuanto que Soler se prestaba cada dia mas á interpretaciones poco favorables sobre la persistencia de sus opiniones y sobre la lealtad de su adhesion. Carrera sobretodo no podia pasar á Soler, y este le retribuia su disfavor. El primero anhelaba pues por ver á Alvear en el lugar que tenia Soler; y hacia esfuerzos de todo género no solo para que no se le rechazase, sino para que se depositara en él el manejo de la fuerza, y de la opinion en que debia apoyarse el nuevo órden de cosas.

Bastaba que en esto hubiera una intriga, para que Sarratea entrase en ella: tales eran las pendientes morales de su carácter. Pero habia tambien razones de otro órden que lo inclinaban á dejar caer á Soler. Este era soberbio é inaguantable; sus amigos, exigentes y atrevidos: dominaba los batallones del 2.° Tercio, que eran los mas guerreros y amenazantes para el momento; y tenia á su devocion al Cabildo nuevo; con todo lo cual, se puede decir que tenia á Sarratea como un huevo en la presion de los dedos. Soler y Alvear eran enemigos mortales desde 1815; por que el primero habia tomado una parte activísima en la revolucion que habia derrocado al segundo.

Desde el 28 de Febrero habia comenzado á susurrarse que Alvear estaba próximo á presentarse en Buenos Aires; y la prensa habia mostrado mucha alarma á este respecto. Las inquietudes y desconfianzas de Soler se volvian pues apremiantes sobre Sarratea; y como este, lejos de desvanecerlas, daba mas y mas asidero para ellas, Soler comenzó á dar formas amenazantes á sus temores; y Sarratea para librarse de él, ayudado de Carrera, y con la anuencia de Ra-

mirez, comenzó á precipitar la intriga que debia hacer prevalecer á Alvear sobre Soler. El 4 no hubo ya duda: todos aseguraban que Alvear estaba oculto en la ciudad tramando un pronunciamiento para destituir y desterrar á Soler.

Y era cierto. Cediendo á su natural audacia y á la ambicion juvenil que lo devoraba, Alvear no tuvo la discrecion de comprender que para un hombre de méritos tan conocidos como los suyos, la mejor política habria sido la de esperar; y se lanzó al caos borrascoso en que estaba la ciudad, para aumentar el desórden.

En la mañana del 5 Soler se presentó en el Cabildo acompañado del General D. Hilarion de la Quintana, del Coronel Pagola y de muchos otros gefes, á denunciar la presencia de Alvear en la ciudad y las intrigas subversivas que estaba tramando, como un peligro inminente para la tranquilidad pública. Solicitó que el Cabildo lo hiciese saber á la Junta de Representantes, para que esta Corporacion lo comunicase al gobernador en el acto; y para que se procediese á prender y desterrar al famoso Director y Tirano de 1815, que procuraba atentar de nuevo contra la libertad del pueblo. El Cabildo prorrumpió en una profunda indignacion, y ordenó que su presidente Ramos Mexia pidiese en el dia una Convocacion extraordinaria de la Junta, á fin de que se apersonase él mismo en la sesion á espresar los votos del cuerpo Municipal. Todo se hizo en esa forma, y la Junta le pasó al Gobernador un oficio *urgentísimo* sobre el caso, para que, sin *pérdida de instantes*, el Gobernador procediese contra Alvear, y lo reembarcase absolutamente incomunicado. Temiendo además la influencia del partido de Alvear, la Junta exijió que esta medida se

hiciese *estensiva* á todos los que habian sido coríferos y cómplices de esa faccion en 1815.

El Alcalde Ramos Mexia hizo otra grave acusacion contra Sarratea, en la misma sesion, por encargo, segun dijo, del General Soler y de los gefes del Ejército de la Provincia. El gobernador estaba remitiendo armas en esos mismos momentos al Ejército federal con el objeto de que este ejército pudiese operar contra el General Balcarce. Este señor habia sido avisado de ello, y justamente ofendido de tan negra maldad, unia sus quejas con las del Ayuntamiento y con las de los Gefes del Ejército para que la Junta le intimase al señor Sarratea que se abstuviese de proceder así. Soler se agitaba pues contra Sarratea á causa de Alvear: y Balcarce caia tambien sobre él á causa de los Federales.

Con estas denuncias apoyadas por la indignacion pública, la Junta le pasó á Sarratea una nota *llena* de graves reconvenciones. Ella justificaba sus alarmas en la pérfida demora con que el Ejército federal postergaba su salida del territorio. Segun los tratados *secretos*, los federales no tenian derecho alguno á *recibir armas* y pertrechos sino despues *de regresar* á sus provincias, y *solo para defenderlas de estraños.* Hacerlo de otro modo, era *justificar sospechas de fines siniestros*, y esto prueba lo que antes dijimos: que aquella estipulacion se habia hecho contra Artigas.

Creyose generalmente que Sarratea habia fugado de la ciudad en ese mismo momento; pues no se le encontró, ni respondió á las notas de la Junta.

Entretanto, Alvear procuraba por su parte hacer frente á sus enemigos y afirmarse en la ciudad. Comprendiendo que Sarratea estaba perdido en el concepto del pais, pensó

que el hombre que disponia de mayores médios era Balcarce, y se propuso ganárselo, negociándole el apoyo de Ramirez á trueque de derrocar á Soler. Alvear habia dispensado grandes favores, durante su gobierno del año quince, al Coronel D. Mariano Benito Rolon, que mandaba ahora el cuerpo veterano de *Aguerridos* y que era el niño mimado del General Balcarce. Confiando en la honorabilidad de este oficial, á quien tenia tambien por enemigo de Soler, resolvió presentársele de improviso en el Cuartel; y en efecto, se introdujo hasta él en la tarde del 5 de Marzo, con toda la arrogancia y tranquilidad que hubiera empleado si todavia hubiera sido *Director Supremo del Estado*, cuando lo que iba buscando era un asilo donde eludir las pesquizas y violencias de los partidarios de Soler, que lo buscaban.

Alvear no solo era intrépido sino que tenia tambien maneras muy insinuantes y grande impavidez en los casos necesarios. Como conocia bien al Coronel Rolon, sabia que no era hombre capaz de sacudir su influjo personal, y que no solo consentiria en proporcionarle una conferencia privada con Balcarce, sino que le permitiria que se mantuviese allí al amparo de su tropa. Rolon consintió en efecto, limitándose á rogarle que se conservase dentro de la oficina sin dejarse ver. Le dijo que á causa de la ajitacion en que estaba el pueblo y de los graves sucesos que debian tener lugar al dia siguiente, Balcarce habia mandado acuartelar las tropas de su division, y le habia prevenido que vendria á pasar la noche en su cuartel. Balcarce vino en efecto á las siete de la noche, y supo que Alvear estaba allí, y que queria tener una entrevista con él sobre cosas de la mayor importancia para el pais y para ambos.

Balcarce no tenia confianza ninguna en Soler; por el contrario los sucesos anteriores se lo ponian en mal aspecto por la manera con que habia precipitado la caida de las Autoridades Nacionales. Es verdad que desde el dia 2, Soler se habia unido á él para acriminar á Sarratea; pero eso habia sido solo para impedir la entrada de Alvear á la ciudad. Balcarce no podia disimularse que Soler aspiraba á mandar y que su partido ó círculo era contrario al partido ó círculo con que él contaba. Entretanto, por una de esas evoluciones frecuentes en los paises convulsionados, el personal del partído actual de Balcarce era el mismo que habia apoyado á Alvear en 1815, y este partido no solo era siempre enemigo irreconciliable de los montoneros, sino que era tambien y partidario celoso del honor y de la dignidad de Buenos Aires. ¿Cómo era entonces que Alvear estaba ahora echado al lado de Ramirez y contra los suyos? La esplicacion verdadera debe buscarse en las terribles necesidades de la situacion personal, y en el defecto de los caracteres para ser consecuentes con los principios, y para no dejarse llevar por las corrientes varias de los intereses personales. Lo único que podemos ahora decir es que la habilidad del general Alvear, para conversar y para imponer sus opiniones, era muy superior á la malicia del general Balcarce; y que alucinado por la elocuencia de su interlocutor, este aceptó su cooperacion para defender la dignidad y las libertades del pueblo contra las intrigas de Soler y contra las humillaciones de Sarratea. Alvear le prometió al general Balcarce, que una vez dado el golpe, y puesto el gobierno en sus manos, él se encargaria de salir inmediatamente al campamento de Ramirez y de arreglarlo todo sobre las

bases *literales* de la Convencion del Pilar. Balcarce quedaba pues mistificado; y el General Alvear pudo dormir con la lisonjera idea de que iba á reconquistar de nuevo el derecho de ciudad y el influjo personal que tenia perdido. Sinembargo, era preciso no precipitar las cosas; y puesto que Soler habia tomado parte en las acusaciones contra Sarratea, y que debia prestar su cooperacion para los sucesos que debian tener lugar al dia siguiente, convenia que Alvear se mantuviera bien oculto hasta que las cosas estuvieran en el grado oportuno de darles caracter definido.

Con todo esto, la noche del 5 se pasó en una grande ansiedad. Al otro dia, la plaza de la Victoria se llenó desde temprano de grupos agitados, predominando la *juventud educada*, es decir—las ramificaciones sociales del partido directorial que comenzaba á llamarse simplemente *unitario*. Uno de esos grupos encabezado por el Dr. Gallardo se propuso reunir la Junta de R. R. por órden del Pueblo, y fué á sacar de sus casas á los miembros de esa corporacion y á los del Cabildo, para que destituyeran á Sarratea. El movimiento estaba naturalmente amparado en la actitud de las tropas de Balcarce acuarteladas en el Retiro. Imposible fué reunir á los Representantes. La mayor parte de ellos se escondieron; y como las horas pasaban sin una resolucion, al mismo tiempo que llegaban á la plaza mil historias sobre partidas y divisiones federales que Sarratea reunia y traia al ataque bajo las banderas de Ramirez, el *Pueblo* resolvió hacer efectiva su resolucion por medio del Cabildo, cuya mayoria de miembros habia concurrido á la Sala de sus sesiones.

Entonces, una comision del *Pueblo* agrupado en la plaza,

se presentó al Ayuntamiento para entregarle una peticion en tres ejemplares de un solo tenor, y datada asi—*Plaza de la Victoria á 6 de Marzo de* 1820. Bastaba leer su exórdio para señalar los rasgos del partido que la presentaba—«Han « sido muy notórios decia, los sucesos que motivaron las al- « teraciones del *once* y del *diez y ocho* de próximo pasado « Febrero.[1] El *Pueblo no quiere agravar su dolor con repe- « tirlos*. Es verdad que la caducidad de esas autoridades esta- « ba bastantemente indicada; pero *el conducto de su conclu- « sion fué ofensivo á su dignidad y á la de las Provincias*:— El pueblo en esta parte resolverá lo conveniente. Proseguia diciendo, que el gobierno actual no tenia la confianza del Pueblo, por que sin atribuciones se habia atrevido á entregar armamento y vestuarios al Ejército Federal; fuera de otros graves motivos. Que al pueblo solo, era á quien le correspondia determinar con prudencia lo que convenia á su honor, sin perjuicio de la paz celebrada con los gobiernos de Santa-Fé y de Entre-Rios, *en lo sustancial*. En virtud de estas razones, el Pueblo terminaba solicitando que se le abriera la Sala capitular para deliberar en la materia. El Ayuntamiento accedió sin dificultad á la solicitud del Pueblo; abrió sus puertas, y la concurrencia se apoderó del local: Sobresalian en los grupos, llevando la direccion del negocio, hombres de talentos y de antecedentes conocidos, como los Doctores D. Pedro Medrano, D. Vicente A. Echevarria, el Padre Grela, Zudañez, Alvarez Thomas, jóvenes Abogados,

1. Aludía á la intimacion de Soler que habia precipitado la caida del Directorio y del congreso, y al nombramiento de Sarratea y destitucion del viejo Cabildo.

que empezaban á lucir, como Gallardo, Ramon Diaz, Lemoyne, y muchos otros del mismo color político y de las mismas ramificaciones en las letras y en el comercio. Leida que fué la representacion en público y alta voz, se adelantó el General de las fuerzas de mar y tierra D. Miguel E. Soler, á cuyos actos se aludia en ese escrito, como si nada le tocase en ello, y poniendo en evidencia su elevada talla y ademan gallardo, procuró enardecer la indignacion de los presentes haciendo revelaciones terribles sobre los procedimientos inícuos de Sarratea, y poniendo por testigo al General Quintana, que acababa de ser Gobernador Delegado en la ciudad por la ausencia de Sarratea. Soler ratificó la verdad del cargo sobre la sustraccion de armas y pertrechos; y dijo, que el dia 4 el Gobernador habia dado dos órdenes para hacer esa entrega á persona que allí nombró: que él se habia opuesto y resistido su cumplimiento como gefe de las fuerzas, pero que apesar de eso, se habian llevado á cabo; siendo ahora de su deber declararlo al pueblo para evitar toda responsabilidad.

En este sentido hablaron muchos otros con pasion y con brios. Los pareceres fueron varios. No faltaron partidarios ardientes que propusieran la completa restauracion de las autoridades destituidas el 11 de Febrero, y á este respecto conservároнse por mucho tiempo en la memoria de los contemporáneos las enfáticas y célebres palabras del Dr. Medrano. Despues de haber sostenido, con muchos otros, que ese era el deseo unánime de la opinion; y enardecido con la oposicion que otros le hacian, adelantó su hermosísima y gigantezca figura hácia el concurso apiñado en las galerias; y con voz de trueno y con ademan noble, gritó:

« Pueblo Heroico de Buenos Aires! ¿que quereis? ¿Quereis « que se restablezcan las antiguas autoridades?» *Sí! sí!* respondieron muchos apresuradamente, y entonces el Dr. Medrano, con garbo doctoral, dijo ¡*Esa es mi voz*!

Por un momento, estuvo por ser esta la resolucion del Pueblo. Pero Soler y sus partidarios combatieron con indignacion esta medida, y resultaron, como era natural, escenas de enojo y de rompimiento, insultos recíprocos, y todas las miserias del corazon humano en estos casos. Soler se retiró furioso de la reunion, y sus amigos con él. Cuando Soler y sus amigos vieron el giro que habia tomado la reunion y la enemistad que les profesaban los que encabezaban el tumulto, conocieron que nada de favorable tenian que esperar, y se retiraron furiosos á trabajar por su cuenta, llamando á las armas al 2.º *Tercio*, para luchar contra la reaccion que procuraban realizar los partidarios de Balcarce. Yá fuera por el efecto que causó esta retirada, yá por que el restablecimiento de las antiguas autoridades dejaba á Balcarce sin mas colocacion posible que operar á las órdenes de Rondeau ó de Aguirre, en lo que nada se ganaba de positivo, el hecho es: que los pareceres volvieron á cambiar, y que al fin se resolvió unánimente: que se tuviese por destituido á Sarratea, puesto que los cargos que se le hacian, habian sido justificados; y que se procediese á nombrar otro gobernador, por eleccion directa del Pueblo, y nó por la Junta de RR. dando por motivo que se hallaba incompleta y que era imposible reunirla. Comenzó en el acto la votacion y fué electo el General D. Juan Ramon Balcarce, como era sabido de antemano. Proclamado el resultado del escrutinio, el Cabildo le ordenó al electo que compareciese en el momento

á jurar el cargo y tomar posesion del mando. Balcarce dejó entonces el cuartel de Rolon, donde habia tenido la tropa preparada á todo evento, y se recibió de la Gobernacion de la Provincia. Amargos conflictos le esperaban, en verdad!

Quizás este es el caso de hacer notar la peculiaridad que ofrecen las peripécias de la revolucion argentina, cuando se le compara con las de las otras Repúblicas hispano-americanas. En Buenos Aires, la accion del pueblo ha constituido siempre la fuerza que ha *derrocado* los gobiernos, ó *muerto* los partidos. Unas veces *directa*, otras veces *latente*, por acumulaciones paulatinas y apenas sensibles, la opinion pública, ó mejor dicho—el instinto popular, se ha presentado de improviso para formular su juicio contra los gobernantes ó los partidos, que estrechando las mallas de la administracion y de los principios, procuraron reducir el gobierno á las intrigas de aposento y al favoritismo de los iniciados. Y entonces; por lisonjeras y populares que hubieran sido las influencias morales ó personales del oríjen, ha llegado siempre un momento fatal para ellos, en que el descrédito general, la indiferencia hostil, el desengaño, la falta de aire, un *no sé qué* que asfixia, los ha envuelto; y han caido revelando su nulidad á los pies de un *pueblo real* y *viril*, de cuya existencia no se habian apercibido dentro de la atmósfera viciada y del alucinamiento que causa siempre el aparato administrativo. Esa es la prueba por la que han pasado todos: Saavedra—Alvear—Pueyrredon—Rivadavia—Rosas...y esa ha sido la peculiaridad honrosísima de nuestra revolucion. En Bolivia, en el Perú, en Venezuela, en el Estado Oriental: los cambios fueron siempre la obra de los batallones amotinados: jamás se ha visto el empuge de los pueblos mismos haciendo acto

de presencia en el conflicto; y las tiranias personales han durado lo que les ha durado la cohesion ó la lealtad de los soldados nacionales ó estrangeros que las habian levantado. Rosas mismo no habria perdurado entre nosotros, si no hubiese fundado su ascencion en el movimiento unísono y deliberado de las masas populares, sublevadas contra la grande Oligarquia unitaria, que debia ser vencida y deshecha para dar lugar á la RECONSTRUCCION DEL ÓRDEN SOCIAL de que hoy gozamos. Sus maldades son agenas al sentido político de su poder. No se nos objete la marcha escepcional de Chile. Ella no desmiente nuestros asertos, por que hasta ahora, y sin que sea nuestro ánimo criticar la exelencia de las bases orgánicas sobre que crece esa República, la verdad es—que el gobierno ha sido siempre allí un *negocio de Casta civil*; el *pueblo* que habita aquella tierra no ha hecho jamás acto de presencia en sus movimientos: ha sido siempre masa inerte, sobre la que caen los beneficios de un gobierno aristocrático, bien intencionado en general, y evidentemente culto.

Nos hemos creido en el derecho de entrar en estas reflexiones, por que ellas nos sirven para esplicar la estraña situacion en que se vió colocado el General Balcarce asi que se sentó en el poder. Se habia alzado indudablemente sobre el favor de una lucida oligarquia, representada por viejas influencias del pasado directorio, y por una juventud que debia formar mas tarde la brillante falange de pensadores y políticos que dió tanto prestigio á la renovacion unitaria de 1821 á 1826. Pero en aquel momento, esos intereses nuevos no habian tomado la forma renovada con que debian imperar mas tarde, al favor de la *autonomia* misma de Buenos Aires. Esta autonomia no estaba *regularizada* todavia por la combi-

nacion de los acontecimientos futuros; y el movimiento intempestivo que ella tentaba en 1820, tomándose á las bayonetas salvadas de la derrota por el General Balcarce, era simplemente una reaccion imposible, ácia el Réjimen Directorial, que yá no contaba con la fé del pueblo, por mas ilusiones que se hicieran sus promotores soñando con el poder efectivo de opinion y de fuerza que antes habia tenido ese réjimen.

Así fué que apenas se penetró bien la masa del pueblo de que el Partido de Pueyrredon se habia apoderado del gobierno, comenzó una descomposicion moral sin ejemplo. Los Cívicos del 2.° tercio entraron en ebullicion. Contenidos un momento por la presencia de la tropa veterana que habia traido Balcarce, se alborotaron sinembargo con la idea de que este queria acuartelarlos y sacarlos á campaña. Bajo esta impresion, se reunieronn entre sí para garantirse, en la casa de los oficiales, ó se salian con estos al campo para defenderse y reaccionar en todo caso. Los tímidos y los moderados, con aquel ojo claro que tienen siempre para los conflictos estremos, criticaban amargamente la culpable calaverada que venia á renovar en el 6 de Marzo todas las angustias del 11 de Febrero.

Los mismos autores del movimiento comenzaron á asustarse de su obra, al ver que el pueblo la tenia por imposible; y del 6 al 8, el General Balcarce comenzó á verse aislado, y sin mas recurso que el temple inquebrantable de su alma y la nobleza poco discreta de sus propósitos. Puesto en una grande ajitacion de espíritu, que era natural dada la situacion estrema en que se encontraba, sus medidas tomaron un caracter convulsivo y violento. con lo que se aumentó el desgrana-

miento sucesivo de los grupos que lo habian lanzado á la accion, y trajo la abstension de la mayor parte de los hombres de posicion, que lo habrian acompañado si no hubieran venido á ver que aquella aventura no tenia salida.

Para colmo de confusion, se hizo notoria la presencia del general Alvear y la parte que iba á tomar en los sucesos. Los mismos amigos de Balcarce se escandalizaron de que hubiera cometido el error enorme de ligarse á un hombre que levantaba todas las iras del Pueblo, y á quien los *Cívicos miraban* con una adversion declarada y vieja. Sin escrúpulos por la parte que habia tomado en la destitucion de Sarratea, y convencido de la importancia que tenia su persona por su influjo en los Cívicos del 2.° tercio y en el Cabildo, Soler abandonó la ciudad el 7 por la noche, con la mayor parte de sus jefes, y se puso á formar un campamento en San José de Flores y en San Isidro, á donde acudieron en masa sus parciales desde el dia 8. Ramirez y Lopez movieron sus divisiones sobre la Capital; y Sarratea, asilado en el campo de estos gefes, proclamó á los vecinos de la Campaña y del Municipio, para que vinieran á rodearlo y restaurar su lejítimo poder.

Es preciso convenir en que todo esto formaba una atmósfera política sin criterio moral, por falta de sancion lejítima ó de principios que pudieran establecer el derecho, el deber, ó el interes definido al menos, de cada uno. La desmoralizacion se estendia, como era natural, á las tropas inquietando y ofuscando tambien el juicio de los oficiales mismos; que se veian así sin, brújula y sin horizonte, en médio de una sociedad disuelta, que los libraba á los cálculos de su propia salvacion.

Sinembargo de todo, el General Balcarce no doblegó la firmeza admirable de su espíritu. Con el objeto de levantar al pueblo contra los Montoneros, hizo convocar á un Cabildo abierto para la mañana del dia 7. Todos los Alcaldes de Barrio anduvieron en la noche recorriendo sus distritos y ordenando á los vecinos y á la plebe, que acudiera con ese objeto á la plaza de la Victoria. Pero las dudas y temores que inspiraba la situacion eran tan grandes, que no pudo *conseguirse* que se dejara ver *allí* el *vecindario decente*: pues los unos se habian encerrado en sus casas; y los otros, por ser mas visibles, habian ganado escondites impenetrables donde querian esperar un resultado cualquiera para salir á vivir. La concurrencia que se obtuvo era pues una turba inconexa é inutil que habia venido por que la habian citado. Falta de direccion y de respeto, daba síntomas de estar inclinada á tomar la primer pendiente en que la echaran; y el Alcalde *Mayor* Ramos Mexia, que presidia el acto, creyó mas oportuno declarar *disuelto el Cabildo de aquel dia*, y citar á una nueva asamblea del vecindario para despues de la siesta en la *Iglesia de San Ignacio*. Señalaron este lugar para evitar los tumultos *de pópulo bárbaro* que eran de temer en una plaza y con el fin de proporcionar un recinto limitado donde aquel desorden no fuera posible ó probable. Reunida la Asamblea popular á las cinco de la tarde se discutieron los sucesos del dia con grande acaloramiento. Los asistentes eran unos cuantos jóvenes sin séquito todavia, cuyo ardimiento aplaudieron los numerosos curiosos que concurren siempre á todas las escenas de exitacion popular. Poco se hizo; pero observando los peligros del dia, acabaron por resolver 1.° que en adelante no se citase al

Pueblo á Cabildo *abierto*. 2.° Qué la discusion de los asuntos de Cabildo se hiciese por una Asamblea de diputados, que, para el caso, nombraria cada *Barrio*, ó Alcaldage menor de los que componian el municipio.

El 8 expidió el General Balcarce una proclama que acabó de consternar á la poblacion: — «Ciudadanos: es me-
« nester anunciaros con dolor que sin mas razon que la de
« haber querido cambiar de administracion, por que la ante-
« rior habia dado arbitrariamente armas, municiones y ves-
« tuarios al ejército federal, se trata de hollaros é infamaros
« imponiéndoos la ley que quiere el gefe D. Francisco Ra-
« mirez; y algunos oficiales nuestros, como el general Soler,
« coroneles Pagola, Holhemberg, y algunos otros subalter-
« nos, que descuidados de su honor, embriagados con sus
« pasiones, alarman gente de nuestra Campaña é intentan
« hostilizarnos.»

Soler habia puesto su campamento en Caseros. A cada momento llegaban á ponerse á sus órdenes grupos crecidos de cívicos del 2.° tercio y oficiales de los mismos cuerpos que ocupaban la ciudad.

Apurando las cosas de una manera imprevista, y sospechando recien el General Balcarce que se encontraba abandonado y comprometido, apeló él mismo al Pueblo, y convocó á Cabildo abierto para el dia siguiente (9 de Marzo) á las 8 de la mañana. El Gobernador se paseaba en la Sala Capitular con una visible agitacion; y así que se creyó llegado el momento, hizo abrir las puertas y se dirijió el mismo á la concurrencia para darle cuenta franca de la *infame traicion* que Soler, Quintana y otros hacian á la pátria, pasándose á las banderas de sus mas bárbaros enemigos. Dijo — que una pro-

clama de Sarratea le hacia al pueblo de Buenos Aires el insulto atroz de que se habia dejado oprimir por la fuerza militar, é imponer el nuevo gobernante; y pidió que el Pueblo declarase si esto era cierto, ó si lo era que lo habia elejido Gobernador con libertad completa.

El *Pueblo* respondió inmediatamente con gritos repetidos de que ese cargo era una infame mentira; y que ahora, él ratificaba una y mil veces su eleccion, facultando ademas el General Balcarce, como á Gobernador legal de la provincia de Buenos Aires, para que salvase el honor y la libertad del pueblo como viese ser necesario y sin limitacion ninguna. Hecho esto, se cerró el acto, dando, segun dice la Gaceta del dia, un—VIVA LA PÁTRIA! general.

El Gobernador expidió al instante un bando en el que ordenó perentoriamente que todo ciudadano ó habitante capaz de servicio se reuniese al dia siguiente, *á pié ó á caballo*, al Ejército de la Pátria que iba á situarse en las inmediaciones de la Capital, á las órdenes del mismo Gobernador. Se proveia tambien en él á la defensa interior del pueblo autorizando ampliamente al General D. Matias de Irigoyen para que en ausencia del Gobernador tomase todas las medidas conducentes al objeto que le sugiriese su reconocida capacidad. La gobernacion *política* y de *policia* se encomendaba á una Comision presidida por el Gobernador Delegado Coronel D. Juan Ramon Roxas, y compuesta de los Doctores D. Vicente Lopez, D. Miguel Villegas y D. Manuel Bonifacio Gallardo.

En las condiciones morales en que se hallaba la poblacion, este bando hizo una impresion desastrosa. El General tenia fama de ser un hombre sumamente arrojado é intrépido. Al saber que se proponia sacar gente para batirse, todos

calcularon que aquello iba á terminar por una horrible catástrofe, por que no habia quien no supiera que nada habia de sério y sólido con que dar batalla; y conociendo la intransigencia y valentía de su caracter, todos se arredraron de seguirlo ó de comprometerse con él.

Entretanto, la situacion de Alvear era curiosísima y estraña. Sus partidarios personales no tenian cabida al lado de Balcarce, por que los amigos que rodeaban á este, habian sido *pueyrredonistas* y como tales estaban en abierto entredicho y vieja enemistad con aquellos. En esta situacion, por mucho que Balcarce deseara mancomunar sus intereses con los de Alvear, sus partidarios ponian el grito en el cielo asegurándole de que eso seria una imprudencia tal, que acabaria por sublevar contra su gobierno hasta las piedras de la ciudad. Y la verdad era que, el nombre de Alvear sublevaba entonces todos los enconos de la gente del Cabildo, de las facciones de Pueyrredon, de Soler, de Sarratea, y sobre todo de los Cívicos del 2.° y del 3er. tercio, en quienes estaban vivas aún las pasiones rencorosas del año 15. Dificil es decir, por qué un hombre dotado de tan distinguidas aptitudes, era tan odiado del pueblo á quien habia servido. Pero el hecho es incuestionable; y solo podriamos esplicarlo, observando que estas antipatias innatas no son tan raras como podria creerse; y que no pocas veces padecen de ellas los hombres, los pueblos, y hasta los animales entre sí. De aquí resultaba entretanto, que Balcarce tuviera que mantener á Alvear en la oscuridad: y que este creyera conveniente tener paciencia, y esperar la ocasion en asecho, sin comprometerse públicamente con los montoneros para no poner inconveniente á los trabajos que Carrera hacia en su favor por aquel lado.

El 10 se recibió una intimacion amenazante de Ramirez y de Sarratea—«V. S, le decia el primero, por ser Gobernador envuelve en sangre á su patria con una indiscrecion admirable. V. S. va á disponer de fortunas y de vidas por que asi le conviene á sus miras, y *á los intereses* de esa faccion execrable, que vemos entronizarse de nuevo por todas partes desde el momento en que V. S. empuñó el baston en esa capital.» Balcarce le contestó á Ramirez en una forma probatoria y apologética que era probablemente la obra de alguno de los abogados que le rodeaban:—«Algunos cobardes, decia al fin, han abandonado su pais, y tratan de seducir su fuerza, pero no seducirán su noble vecindario.»

En el mismo dia, el Gefe de Estado Mayor, General D. Ignacio Alvarez Thomas daba cuenta de algo muy grave que ocurria en el campamento de Soler; y era:—«que los *Cívicos* del 2.º Tercio que se hallan en dicho ejército, pedian *castigar* por sí mismos á los del *Primero* por reputarlos sediciosos»; agregando que era voz comun que Sarratea, á trueque de que lo repusiesen en el poder, les habia ofrecido no solo eso, sino el saqueo. Asi se iniciaban alli los ódios feroces entre la *gente decente* y la *plebe*, que mas tarde habian de costar tantísima sangre derramada en las calles mismas de la ciudad.

Ese mismo dia á las 12 se sintieron yá las partidas enemigas sobre los subúrbios. Se supo tambien que Ramirez habia avanzado su campamento á la *Chacarita*: que Soler habia puesto el suyo en los Santos Lugares: que Pagola con las avanzadas estaba desde *Miserere* á lo que es hoy *Plaza Libertad*: que todas las milicias de San Isidro, reunidas por los coroneles D. Manuel y D. Mariano Escalada, operaban desde

Maldonado á *Palermo*; y que Sarratea y Oliden estaban reuniendo á prisa las milicias de todo el resto de la campaña. Resuelto Balcarce á salir á batirlos trajo á la plaza el Batallon de *Aguerridos* que mandaba Rolon, y lanzó otra proclama incitando á los que fuesen *patriotas decididos* á defender el honor de B. A. que viniesen á unirse á la columna con que iba á marchar. Pero, en los momentos en que tomaba sus medidas al efecto, vinieron á comunicarle que el regimiento de Granaderos, minado por Soler que habia sido su gefe, y seducido por el Mayor Monjaime acababa de abandonar su cuartel de la *Rancheria* (hoy Mercado del Centro; y que vivando á Soler por la calle del *Correo* (hoy Perú) iban invitando á todos los ciudadanos para que abandonasen, como ellos, á Balcarce.

Este contraste inesperado hizo que el infeliz Gobernador no pudiese llevar adelante su propósito de salir aquel dia en demanda de sus contrarios. Pero siempre enérgico, dirigió todos sus esfuerzos á reunir los cívicos del *Primero* y del *Tercer Tercio*; hizo venir á la Plaza de la Victoria el cuerpo de *Artilleros*, y vivaqueó alli esa noche, con las tropas. Era visible sinembargo el mal espíritu creciente que prevalecia entre oficiales y soldados. La disciplina se relajaba por momentos; todos creian perdido al General: y como carecian de fé y de causa, estaban poco dispuestos á sacrificarse por él.

El 11 se hizo circular una nueva proclama y Bando. A la señal de tres cañonazos tirados en la fortaleza, todo ciudadano capaz de llevar armas debia presentarse con las que tuviere en la Plaza de la Victoria, sópena de traidor. Las puertas debian cerrarse á la misma señal; y todo esclavo que

se presentase al servicio, recibiria su carta de libertad *de manos del Gobierno*, mediante 240 pesos que se abonarian al amo. La ciudad estaba entonces en tal oscuridad por la noche, que el gobierno ordenaba en ese mismo Bando, que los Alcaldes y tenientes obligasen á los vecinos á poner alguna luz en sus puertas ó ventanas durante toda la noche.

Pero todas estas medidas no servian yá sino para probar que la situacion de las cosas era desesperada. Asi es que por muchos esfuerzos que hizo el Gefe del 1er. Tercio Coronel D. Luciano de Montesdeoca, solo pudo reunir en la plaza 62 hombres, en su mayor parte jóvenes estudiantes y del comercio que habian venido espontaneamente á cumplir con su deber, por consecuencia con sus propias opiniones.

No fué tampoco mas feliz el Teniente Coronel Cabrera, hombre de color que mandaba el 3er. Tercio. Aunque muy acreditado entre los de su clase, le sucedió que al sacar la tropa del cuartel en que la habia reunido, para llevarla á la Plaza de la Victoria, á la voz sediciosa de dos sargentos, todas las filas se desordenaron; y los soldados, entre risotadas y gritos, se declararon libres y se dirigieron á sus casas dejando á Cabrera con 22 hombres.

Al caer la tarde, el Gobernador formó el proyecto de verificar esa noche una salida impetuosa, para recuperar el cuerpo de Granaderos que él suponia estraviado por el influjo de los oficiales, y fácil de volver al freno de la ley. Con el fin de organizar la columna mandó llamar al Coronel Rojas á quien habia nombrado Gobernador Delegado; pero le trajeron por contestacion la desabrida noticia de que el Gobernador Delegado se habia pasado tambien al enemigo acompañado de los Coroneles D. Pedro Andres Garcia, D. Antonio Luis

Beruti y de todos los otros oficiales de graduacion que formaban el E. M. G.

Jamás el miedo y el egoismo habian tenido un influjo mas desmoralizador en médio de un mayor desquicio de cosas. La vergüenza y la probidad habian desaparecido. Balcarce con los ojos llenos de lágrimas, arrancadas por la indignacion de tanto oprobio, trasladó á la plaza del 25 *de Mayo* el vivac de los *Aguerridos*, que era la única fuerza que le quedaba; y se encerró en la Fortaleza, mandando alzar el puente levadizo, y entregando la guardia al comandante Cabrera y sus 22 hombres. Le acompañaban en aquellas tristes horas de su vida, el General Alvear, el Coronel Rolon, los capitanes Manuel Oribe, Gabriel Velazco, Sixto Quesada, y cuatro oficiales subalternos.

La ciudad habia caido en un silencio sepulcral, própio de la consternacion y de las inquietudes en que se hallaban todos sus habitantes. Nadie habia obedecido el bando de aquella mañana, ni habia querido señalar su casa poniéndole una luz; y como todas las puertas estaban aherrojadas, las calles espantaban por su lobreguez y su soledad. El General Balcarce y sus compañeros estaban pues encerrados en la *Fortaleza*, como náufragos que esperan la luz del dia siguiente para conocer su suerte.

Él esperaba conseguir un arreglo; y para obtenerlo estaba resuelto á sostener la posicion con el batallon *Aguerridos*. Pero la lealtad de esta tropa yá inspiraba grandes recelos á su própio gefe el Coronel Rolon. De improviso, rompiendo el silencio, se oyen algunas voces descompuestas en la plaza que revelan que se ha producido algun desorden: otras voces se aumentan y estallan algunos tiros.

¿Se han sublevado los *Aguerridos*? ¿Se arruina la última esperanza? Salen inmediatamente Velazco y Quesada á ver desde la muralla lo que pasa. Pero no bien se han mostrado, la guardia misma de la Fortaleza les hace fuego, baja el puente y se desparrama por la Plaza, tras de los *Aguerridos*, que, tambien revueltos, gritando y disparando tiros, se dispersaban á su antojo por direcciones opuestas. Un momento despues, todo habia quedado por alli en silencio y en soledad; y aprovechando esta favorable ocasion, salió Balcarce por la puerta principal, con Alvear, con Oribe y con Velazco. Oribe acompañó á Balcarce hasta la casa de un amigo que debia procurarle salida por el rio, y Velazco acompañó á Alvear hasta la habitacion de su familia.

De este modo acabó en diez dias la imprudente tentativa del viejo partido directorial para reconquistar el poder oligárquico que habia perdido.

Asi pues, al amanecer del 12 de Marzo la ciudad estaba acéfala. La primera fuerza que penetró á la plaza fué la *gente* del Coronel Pagola. Tras de él entró Carrera á la cabeza de una multitud de montoneros. Lo primero que hizo fué inquirir el paradero de Alvear; y luego que supo que se habia retirado á su casa, fué inmediatamente á conferenciar con él. La ocasion les pareció propicia á ambos para dar un golpe de mano, y asaltar la situacion, antes de que Soler supiese el estado en que se hallaba la ciudad; y en el acto volvió Carrera á la Plaza de la Victoria, para promover urgentísimamente la convocacion de un Cabildo abierto, donde Alvear se presentaria con arrojo, para que sus amigos y el *Pueblo* le confirieran el poder militar, antes que Soler y los suyos pudiesen evitarlo. Con este interés, Alvear vino á situarse en

una casa próxima á la plaza. Antes de dos horas se reunia la corporacion del Cabildo y acudian á la plaza los interesados ó aficionados á estos movimientos. Pero la calidad de estos concurrentes varia, como se sabe, segun el partido que predomina; y al cundir la noticia de que Balcarce habia huido, de que el Fuerte estaba abandonado, y de que iba á tenerse *Cabildo abierto*, los *Cívicos* del 2.º Tercio, que habian quedado en la ciudad, ó que estaban regresando de su cuenta en esa mañana, ocurrieron en gran número á la convocacion con muchas otras gentes de la devocion de los cabildantes, que, como se sabe, eran todos partidarios y criaturas de Soler.

Abierto el Cabildo, y apenas comenzaba el Alcalde Ramos Mejia á dar cuenta de la situacion, para proponer que saliese una comision á recibir al Gobernador, entró precipitadamente D. Carlos M. de Alvear con una seguridad altiva; y tomando la voz, se puso á dar cuenta de lo que habia pasado. Recordando lo ocurrido el dia 5 y las acusaciones de Soler contra Sarratea y contra los Federales, insistió en que ese general era el que habia levantado la sedicion peligrosa de Balcarce, para derrocar al gobernador; y en qué, por consecuencia, era un traidor y un partidario encubierto de la ominosa tirania de Pueyrredon.

A la noticia de que Alvear *se habia entrado* al Cabildo, y de que se apoderaba del poder, se levantó en el concurso una borrasca indecible. Por todas las calles adyacentes corrian hombres gritando que Alvear habia hecho revolucion. Algunos grupos de la plaza, indignados con esta sorpresa y osadia, se lanzaron con puñales á la sala Capitular capitaneados por varios oficiales. Uno de estos llamado D. Vicente Suzviela

se arrojó furioso sodre el General, y lo tomó del cuello, en ademan de sacrificarlo, al mismo tiempo que los Cabildantes previendo con espanto un atentado, se echaban al frente de los asaltantes para contenerlos, mientras lograban encerrar al perseguido en una pieza contìgua. El alboroto era estremo; y pasó mucho tiempo antes de que los cabildantes pudieran hacerse oir. Gastado al fin el bullicio, el Alcalde Mayor aseguró al Pueblo que el ánimo de sus compañeros no era hacer escapar á Alvear—«para que, como otro Catilina, fuese á prender fuego á la ciudad por sus cuatro costados:» que al arrancarlo á los que querian hacer justicia en él, harto debida en ese perturbador y tirano, habian querido solo que no se ensangrentaran las manos puras de los ciudadanos y las gradas del augusto templo donde la voz del pueblo esculpia sus leyes. El Cabildo le garantía al pueblo, que si era autorizado al efecto, él respondia de embarcar y alejar de Buenos Aires al hombre funesto de quien tanto tenia que temer la Patria. El Cabildo obtuvo esa confianza; y el Decano D. Pedro Capdevila se encargó de sacar al General por una puerta escusada, y de hacerlo embarcar, segun la palabra de honor que le habia pedido y obtenido.

Restaurado yá Sarratea, parecia que no le quedase otra labor que la de emplear su diligencia en administrar el pais Pero entre él y Soler habian mediado actos de enemistad, muy sérios, para que pudiesen quedar sin consecuencias. El gobernador restaurado sentia crecer el influjo y la fuerza militar del general, y estaba seguro de que asi que se retirasen los Federales, él tambien caia del gobierno arrojado por aquel. El General sospechaba que Sarratea, ganado por Carrera, intrigaba siempre para valerse de Alvear

y derrocarlo á él. Tomaba pues, por su parte, todas las precauciones necesarias para seguir superando, para tener bajo su brazo al Gobernador, y para impedir el éxito de las maniobras de su rival.

Hay en las cosas políticas una cierta fuerza de gravitacion, que despues de la descomposicion de los grandes partidos, obra haciendo que los elementos morales que formaban su fuerza, emigren, por decirlo así, á otros centros, para ensayar formas nuevas, y reproducir con ellas el mismo caracter que antes tuvieron modificado por las condiciones nuevas de su desarrollo histórico. *Los muertos no mueren*, decian los iniciados egipcios, para justificar su famosa doctrina de la renovacion de la materia en nuevos organismos formados por ella misma. Así tambien: el partido centralista *directorial* habia perecido indudablemente en *Cepeda*: era imposible reproducirlo bajo su vieja forma; pero, el *sentimiento local* de preponderancia *Política* y *Comercial*, que la naturaleza y la historia habian dado á Buenos Aires, era una de esas leyes de órden *permanente*, que, aun cuando fuese eludida bajo una forma vieja y usada, tenia, y tendrá siempre, que buscar formas nuevas con que reaccionar con nueva vida, aún á acosta de sacudimientos contra las trabas, las intrigas, ó la fuerza, que se le opongan. Por que apesar de todo, es cierto, que la materia *orgánica ó morat* (permítasenos decirlo) cambia de formas en sus distintas evoluciones, pero *no muere*.

Con este criterio, veamos lo que sucedia en los momentos en que Sarratea y Soler restauraban su posicion venciendo á Balcarce.

En médio de la grande confusion de las ideas, y completamente postrado el espíritu público, no faltaba la bastante vida social para comprender, al menos, que los elementos de poder que sustentaban á Soler eran nativos y propios de la provincia, al paso que los que sustentaban á Sarratea eran *externos* á ella, y dependientes de las fuerzas federales que habian demolido el réjimen directorial, tan caro al orgullo metropolitano de la grande Capital del Rio de la Plata, aún bajo el manto sombrio de Rosas. Desde luego, era evidente: que las ambiciones de Soler eran ahora ambiciones *porteñas*; y que de su lado se iban naturalmente todas las afinidades desorganizadas del régimen caido, que aspiraban instintivamente á reproducir su organismo.

Sarratea que era sagacísimo, tenia una presuncion vaga de esta evolucion moral, que se estaba realizando en el modo de ser del pueblo; y asiéndose á ciertos principios *prestigiosos* de la ciencia política del tiempo, y á ciertos hechos *lisonjeros* para la sociedad argentina, procuró atraerse las partículas de la nueva cohesion que se buscaba el pais, decretando pomposamente la *libertad de imprenta*, realzando su respeto á la Religion del Estado, y procurando reanimar las pasiones republicanas con la persecucion y el castigo de *los traidores que habian estado fraguando con las Córtes Europeas la creacion de una Monarquia presidida por el Príncipe de Luca.*

Vano empeño! con fantasmagorias escénicas no se hace ni se rehace la historia. La libertad de la imprenta era un *derecho natural* conquistado en principio desde 1810, cuya práctica efectiva no podia depender de los decretos de Sarratea, sino del desarrollo social. El pueblo lo comprendia;

y asi es, que aunque la opinion pública se habia mostrado siempre celosa de que nadie tocara en principio á este sagrado derecho; en los hechos, él tenia una aplicacion indecisa y nadie creia, por consiguiente, que fuese un remedio para los males que postraban aquella sociedad de 1820. La religion era para el municipio un interes demasiado *mediato*, para que pudiera cambiar las pasiones ardientes que la lucha política desenvolvia. Dejar de ser partidario de Soler ó de Pueyrredon, y pasarse á Sarratea, solo por que Sarratea propalara su mentido respeto á la Relijion, cuando todos sabian que era un descreido ó un fariseo político, que hacia hipocresia con las formas, por bajeza de caracter y sin creer en lo que fingia adorar, era una de esas cosas que el mas *católico* de los hombres no haria ni hará entre nosotros, aunque vea á un Obispo ó á un Papa echando bendiciones y agua bendita sobre el gobernante que no le place. Tan lejos de que el poder eclesiástico nos afilie á este ó aquel partido, la mujer ó el hombre partidista, en Buenos Aires, divorciará en el acto sus simpatias del prelado que tome una bandera política contraria á la suya, y se pronunciará contra él sin respeto ni consideracion alguna por el caracter sacerdotal que se le atribuya, con tanto mayor desprejo, cuanto que no se le ocultará que esas son intrigas de pura hipocresia, en las que el poder político busca galas de aparato con que remedar las pompas imperiales; y el poder clerical, busca los favores y la esplotacion del tesoro.

La persecucion de los monarquistas respondia mejor al ódio personal y al interés de las facciones. Pero la opinion pública se habia preocupado poco de esas intrigas. Ella

tenia la conciencia de que la República era inatacable en nuestro terreno: disculpaba con indiferencia el estravio mental de los que buscaban otra solucion, que esa, á los problemas de la reconstruccion social; y sabia que esas acusaciones enfáticas eran pretestos inmorales, que los mismos delincuentes del mismo error, levantaban, unos contra otros, al viento de sus rencillas y de sus alianzas efímeras.

Nadie dió pues grande importancia á los pomposos decretos y reglamentos que Sarratea expidió emancipando la imprenta. Merece elogiarse, sinembargo, la esplícita simpatia acordada á los principios, y la sancion amplia acordada tambien á sus aplicaciones. Hoy (aún entonces ya lo eran) son lugares comunes todos los elojios y justificativos con que la doctrina francesa ha popularizado el amor platónico de la libertad de imprenta. Nadie ignora las frases del idilio con que los pueblos incapaces de poseerla, la han sublimado. Pero ese amor platónico, por lo mismo que lo era, no ha podido estorbar las incesantes infidelidades, que en la práctica, le han hecho sus propios adoradores. Entonces los pueblos y los publicistas ignoraban que la libertad de imprenta es una mera arma de fogueo, *completamente inútil* para influir en el gobierno y en la direccion de los pueblos, mientras la Opinion Pública, que está en contacto inmediato con ella y que es su obra, no tenga médios directos para hacerse poder administrativo, eficaz y existente, como lo es en todo pueblo libre, por médio del mecanismo parlamentario. Solo cuando los parlamentos que salen de la eleccion anual del pueblo, ó de los partidos, puedan influir en la marcha administrativa del gobierno, *cooperando* á darle personalidad y direccion, será cuando la libertad de la imprenta ven-

ga á ser un poder, como órgano de las ideas y de las evoluciones políticas del pais en cada momento dado. Pero mientras asi no sea, esa libertad será tambien absolutamente ineficaz para dar resultados prácticos; por que el gobierno podrá ir *como quiera*, apesar de ella, en virtud de las delegaciones absolutas de poder que recibirá de período á período.

Pero esto no se sabia en el tiempo de Sarratea. La Inglaterra, apesar de Delolme, de Montesquieu y de Blackstone, era un mundo desconocido que no habia entregado todavia los verdaderos secretos de su vida libre; y los mismos Americanos del Norte se mostraron entonces incapaces de comprender y de vaciar en el sistema republicano, las preciosas libertades y el engranamiento de resortes vivos que forman la exelencia, sin rival, del sistema inglés. Si algun ejemplo elocuente se necesitare para ver que la posesion de las grandes libertades políticas no es un *fenómeno de raza* sino un *resultado de mecanismos*, bastaria este, que muestra á la rama mas progresista y mejor educada de una *misma Raza*, en una inferioridad vergonzosa, de vida y de moralidad política, con respecto á la otra rama; sin otra causa que la de estar rotos, en la primera, los resortes con que la opinion pública debiera *estar permanente y viva en el poder, por medio de sus órganos verdaderos, que son sus elegidos*, COMO EN INGLATERRA.

En tiempo de Sarratea los gobiernos no habian aprendido por esperiencia que mientras no haya *vida* y *poder parlamentario* en un pueblo libre, bien se puede dejar que la prensa chille y que revele escándalos: por que esos gritos cansan al fin el oido del que los escucha, la garganta del que los lanza, la bolsa del que los paga; y se apagan las voces apenas se alzan sin impedir que el poder administrativo siga su vida

de personalismo y de corrupcion. Era un tiempo aquel en que se creia que poder gritar era poder. No sabian, por lo visto, que cuando el que grita es manco ó cojo carece de los médios esenciales para que sus *voces se vuelvan hechos*, es decir; para que los *propósitos de la opinion pública se hagan actos de gobierno*.

Los pueblos entretanto con esa admirable intuicion con que juzgan en globo las cosas de su interés, muestran, por la indiferencia con que menosprecian la fraseologia de los principios, que todo aquello que no es práctico carece de interés verdadero para ellos. Los bombásticos teoremas de Sarratea sobre esa libertad no tenian, pues, bastante fuerza de atraccion, para superar la influencia que ejercia Soler sobre los intereses locales *ofendidos* y *reactivos*, concretando en su persona el movimiento moral y las pasiones de los *Cívicos* del 2.° Tercio, que, al fin, canalla ó nó, eran un fenómeno propio de la vida y del carácter del pueblo.

Soler sabia que si Sarratea y los Federales contemporizaban con sus exigencias, despues de lo que habia ocurrido, era porque consideraban imprudente romper con él y precipitar la coalicion natural de todas las facciones internas de la capital, esencialmente modificadas por sus nuevas condiciones políticas, y prontas á unificar su enojo bajo un nuevo gefe. Pero como veia que intrigaban contra él, él prevenia; y la cision, aunque disimulada en los primeros dias, era tan notoria, que todos preveian yá sus consecuencias.

Decidido el General á garantirse, despojó á Sarratea de toda la administracion militar; y no solo la concentró toda en su persona, repartiendo sus resortes subalternos en-

tre sus mas fieles amigos, sino que se puso á la tarea de reconstruirlo todo, en ese sentido, para que la provincia (es decir él mismo) pudiese contar con fuerzas propias, llegado el caso de tener que defenderse de enemigos. Con este objeto obligó á Sarratea á que espidiese el 14 de Marzo un decreto orgánico del DEPARTAMENTO DE GUERRA: que fué puesto bajo sus órdenes, como gefe superior, y de las del General French como segundo suyo. Este Departamento estaba dividido en cuatro secciones: la primera era la *De Armas* que abrazaba el parque y la Comisaria: la segunda era la de *Artilleria* é *Ingenieros*, que abrazaba tambien la marina: la tercera era la de *Infanteria*; y la cuarta la Caballeria.

Sarratea y Ramirez comprendieron muy bien que si le dejaban tiempo, Soler iba á quedar armado muy pronto; y que disponiendo como disponia, de la buena voluntad del Cabildo y de los *Cívicos*, seria dueño de la situacion dentro de la ciudad el dia que quisiese. Pero Sarratea no tenia partido, génio, ni recurso alguno para impedírselo. Ramirez era un forastero, y su poder no podia pasar del de un influjo transitorio que no podia convertirse en conquista efectiva. Ademas de esta grave circunstancia, Artigas estaba pasando el Uruguay con fuerzas para apoderarse de Entrerrios, y Ramirez tenia urgencia estrema de ir á contenerlo. No habia pues mas remédio que aceptar, como indispensables, las sugestiones insistentes de Carrera para poner en manos de Alvear las llaves de todos estos intereses.

El 20 de Marzo conferenció Sarratea con Ramirez y con Carrera, y recibiendo la garantia que este le daba de la ingenuidad con que Alvear se comprometia con su honor y

por su conducto, á darle apoyo y mantenerlo en el gobierno, Sarratea aceptó la cooperacion de Alvear: en la intelijencia de que él dejaria hacer á este, sin obrar directa ni indirectamente, y de que toda la responsabilidad del éxito quedaria librada al mismo Alvear; pues que si fallaba la operacion, él, como Gobernador, haria un papel enteramente legal, sin que los Conjurados pudieran acusarlo, traicionarlo ni echarle en cara la manera con que obrase.

Alvear estaba en el puerto, oculto en un buque estrangero de comércio, cuyo capitan, consignado á la casa de Lezica, estaba comprometido á ponerlo en tierra cuando él se lo ordenase. De génio precipitado como siempre, apenas supo lo acordado, creyó que todo dependia de la prontitud; y bajó á tierra el 21, sin haber reunido, ni avisado con tiempo su resolucion, á los numerosos gefes y oficiales con quienes contaba para dar ese golpe atrevido. El 22 cundió repentino como un rayo el rumor de que Alvear, *el nuevo é incansable Catilina*, como le llamaban los periódicos en su estilo de pretensiones clásicas, habia desembarcado, y de que estaba oculto en la Ciudad. La alarma se hizo general y fué creciendo de tal manera, que Sarratea, asustado de la indignacion de los Cívicos y del pueblo en general, obtuvo que se reembarcase á las doce de la noche; y publicó al dia siquiente (23 de Marzo) un verboso desmentido. En él se quejaba hipócritamente de las injustas desconfianzas con que el pueblo le trataba, siendo así, decia, que sus pasos y medidas eran todas ingénuas y tendentes al bien comun:—«Hoy se « hace correr que con consentimiento mio D. Carlos Alvear « se ha desembarcado y conspira en tierra. No es esta la « primera vez, ni será probablemente la última, que esto

« se haga circular por los *faciosos*, empeñados en suscitar « prevenciones alarmantes contra la presente administracion « como queriendo hacer olvidar que son ellos los que lo « presentaron á vuestra vista, y los que le dieron una parte « activa en vuestros negocios. Vosotros lo habeis visto, « Ciudadanos. ..... Por lo tanto el Gobierno se apresura á « deciros SOLEMNEMENTE que es FALSO; y *que cualesquiera* « *que sean sus sentimientos con respecto* á aquel individuo, « jamás se permitirá traspasar las disposiciones superiores, « que á este respecto ha recibido de la H: C: de Represen- « tantes, y mucho menos á obrar en contradicion de la opi- « nion general en este ó en cualquiera otro negocio:» y ahora que se le ofrecia la ocasion, declaraba Sarratea—que si Alvear no habia sido preso y embarcado el dia 5, habia sido por que el Gobierno *se hallaba nulo* y *disuelto* por la rebe- lion de—«los mismos que ahora circulan esta especie, qué « fueron los que lo refujiaron en el cuartel de Rolon.»

Con estas protestas renació la calma y se creyó alejado el peligro. El Gobernador se quejó de la precipitacion del proscripto, que creia que no habia mas médio de obtener los resultados que los golpes de audacia; y combinó con Carrera un plan mas conveniente. Este plan era que se diese aviso á todos los jefes y oficiales que estaban comprometidos en la Conjuracion contra Soler, de que en la noche del 25 se reuniesen en el cuartel de *Aguerridos*, cuyo Comandante Anacleto Martinez habia entrado en el complot. Que Alvear desembarcase, y que puesto á la cabeza de sus amigos manda- se prender á Soler. Para que este no pudiese escaparse ni ser prevenido, el Gobernador se comprometia á llamarlo á la casa de Gobierno á esa misma hora, y á demorarlo el tiem-

po necesario con pretestos de despacho administrativo. De-modo, que yendo allí la partida armada, que mandaria Alvear en el acto de entrar al cuartel, Soler quedaba agarrado, y era fácil apoderarse despues de los demas gefes que le servian para embarcarlos á todos juntos.

Convenido así, Alvear se lanzó á tierra con la rapidez de su caracter el 25 de Marzo á las 10 de la noche, y se dirijió al cuartel de Aguerridos, donde le esperaban los Coroneles D. Gregorio Perdriel, D. Ventura Vazquez, D. Rufino Bauzá D. Juan Ramon Rojas: nueve teniente Coroneles y veinti-nueve oficiales de otras graduaciones. Con esto, tenia ya elementos sérios de éxito. Mandó inmediatamente la parti-da convenida, y aprehendió en efecto al General Soler, en el despacho mismo de Sarratea, que se desesperaba y finjia una grande indignacion á veces, y mayor terror otras veces, con admirable destreza trájica. Prendidos y embarcados Soler y todos sus amigos, los Conjurados dirijieron al Gobernador una representacion, á nombre del *Ejército* y *del Pueblo*, pa-ra que hiciese reconocer á Alvear por General en Gefe de todo el Departamento de Guerra; y para que el Cabildo man-dase convocar y poner bajo sus órdenes los Tércios cívicos.

Estas ruidosísimas novedades pusieron al pueblo en un grande alboroto desde la madrugada. Reunido el Cabildo á las seis de la mañana por la diligencia y la indignacion de los partidarios de Soler, pasó en Cuerpo inmediatamen-te á la casa de gobierno á inquirir lo que habia de cierto en todo esto. Sarratea muy indeciso todavia, les declaró que Al-vear se habia apoderado en efecto del cuartel de Aguerridos, que habia prendido á Soler y algunos otros militares, usando falsamente de su nombre para dar órdenes. El Cabildo

comprendió bien la complicidad de Sarratea como la habia comprendido yá todo el pueblo; y al atravesar las dos plazas para regresar de la Fortaleza á las Casas Capitulares, los Cabildantes pudieron verlas llenas de una multitud exaltada, Cívicos en su mayor parte que se repartian armas, preparándose á defender á todo trance la independencia del Ayuntamiento y á marchar sobre el Cuartel de *Aguerridos*. El mismo movimiento tenia lugar en todos los estremos de la ciudad; y era evidente que si Alvear persistia en imponer su persona, tendria que atravesar calles con azoteas acantonadas y dar una batalla antes de apoderarse de la plaza.

Apremiado por esta multitud armada, que no bajaria de tres mil y mas hombres, segun los contemporáneos, el Cabildo le pasó á Sarratea una nota imponente, fechada á las 7 de la mañana, para que sin mas dilaciones ni términos, ordenase que Alvear dejara el mando que habia usurpado, y que saliese del territorio. Sarratea contestó en el acto que habia circulado yá esas órdenes con calidad de perentorias. A las 9 le pasó un oficio al Comandante de *Aguerridos* para que en el momento, y haciendo uso de la fuerza de su mando, prendiese á Alvear y lo pusiese á disposicion del gobierno. El Comandante contestó que recien sabia que el general Alvear obraba en desacuerdo con el gobernador. Declaraba que habia sido sorprendido; pero advertia que Alvear no estaba en su cuartel (Retiro) sinó en el *bajo* protejido por tropas y oficiales de su devocion. Era claro el caracter evasivo y poco ingénuo de semejante contestacion; y se hacia preciso organizar de una manera formal la fuerza del Ayuntamiento contra este motin ó intriga de cuartel. Parecia natural que la primera de estas medidas hubiera sido

la de hacer desembarcar en el acto á Soler, French, Beruti, y los demas gefes del departamento de guerra que habian sido atropellados. Pero Sarratea, en la esperanza de que Alvear pudiera prevalecer, esquivó esa medida que muchos le reclamaban; y se limitó á citar á los comandantes de los Cívicos y milicias urbanas, cuyo personal, en su mayor parte se hallaba yá en la plaza: Reunidos los Comandantes, Bonorino del *1er. Tercio*; Salces del *Segundo*: Puche del *Tercero*, con un piquete de granaderos, otro de artilleria, y un batallon pequeño de Libertos llamado *Argentinos* ,comenzó á darse organizacion á la fuerza que debia marchar sobre el Retiro; sin contar que por todos los suburbios del Norte se montaban y armaban espontáneamente partidas de caballeria, y guerrillas de tiradores sueltos, que comenzaban á juntarse por los altos de la Recoleta.

La posicion de Alvear era yá muy dificil, y para dar tiempo á que Carrera viniese á sacarlo con la division de Chilenos que organizaba en la Chacarita, pasó una nota al gobierno, en la que, para justificar su conducta, aseguraba que una gran parte del vecindario, de los Cívicos y de la oficialidad mas distinguida de la Provincia, era la que habia arrestado al General Soler y pedídole que lo sostituyera él mismo. El gobernador le contestó que era inaudita la arbitrariedad con que habia procedido al tomar la voz del gobierno, para usurpar el mando; que por lo tanto se marchase inmediatamente del pais, sin dar lugar á que el pueblo fuese con las armas á someterlo, como se preparaba yá para egecutarlo. En efecto, el temple enérgico del pueblo se habia reanimado. La conducta audaz del general Alvear revelaba una maquinacion inícua (se decia) para postrar á Buenos Aires

á los piés de Ramirez y de Carrera; y la indignacion pública, llevada á un grado inesperado, habia servido de resorte para que una multitud inmensa, que era real y verdaderamente el pueblo de Buenos Aires, hubiese juntádose en la plaza de la Victoria á tomar las armas para rehabilitar su dignidad y sus fueros. No habia duda: aquello tenia todos los caracteres de una resurreccion del espíritu civil de la ciudad. El síncope habia pasado.

Desconcertado por este movimiento unánime de la poblacion, Alvear se consideró perdido, y el dia 27 resolvió alejarse á toda prisa, antes que lo rodeasen en el cuartel. Pero al retirarse, necesitaba que alguna fuerza cubriese su retaguardia para contener la persecucion de las partidas que ya se concentraban sobre él, y para reprimir á los *Aguerridos* que se mostraban insubordinados y resueltos á no seguirlo. Carrera ocurrió oportunamente á sacarlo de este grave conflicto; y pasando á retaguardia de los fugitivos les dió proteccion para que escapasen. Sinembargo, cuando los *Aguerridos* se vieron cortados de la ciudad por los Chilenos, y que Alvear trataba de sacarlos ácia afuera, se pusieron en abierta desobediencia. Carrera hizo entonces amago de atacarlos para reducirlos; pero tomando la voz algunos oficiales, los soldados formaron cuadro, resueltos á resistir; y como impusieran respeto con esta actitud, los anarquistas se retiraron dejando libres á los *Aguerridos* para que se volvieran á la ciudad sin ningun embarazo.

Convencido Sarratea de que el General Alvear estaba perdido dió órdenes para hacer desembarcar al general Soler; y como era probable que demorase en llegar nombró al general D. Hilarion de la Quintana para que mandase interina-

mente las fuerzas organizadas en las plazas y en los subúrbios. En la mañana del 27 se supo que Carrera habia avanzado su fuerza para protejer á Alvear; y Quintana dió órdenes á los gefes de las partidas de caballeria que hostilizasen á los Chilenos y que impidiesen la retirada de Alvear mientras él movia dos columnas con artilleria para batirlos y rendirlos. Al mismo tiempo, el gobierno le pasaba una nota á Carrera que decia asi—«El gobierno se halla instruido de que V. S. « proteje á D. Carlos Alvear; y aunque la hospitalidad en « cierto modo lo pone á V. S. á cubierto de esta operacion, « ha de saber V. S. que por lo mismo, á este gobierno lo « deja V. S. *muy comprometido* con el Pueblo, que nada « menos quiere que *permitirlo ni por un momento en su* « *provincia*; y solo en consideracion á la respetable persona « de V. S. y de ser nuestro huesped, el gobierno le propone « que si V. S. quiere protejer la persona de D. Carlos Alvear « disponga V. S. su marcha y se *retire á la frontera con toda* « *la fuerza de su mando.*»

Como todo el mundo levantaba el grito acusando à Sarratea de cómplice en este golpe abortado, y de encubridor de los atentados de Carrera, segun lo vamos á ver, su conducta era hija del miedo que le daba el verse colocado así—entre el ódio del pueblo, que comenzaba á pronunciarse de nuevo contra Ramirez y Carrera, y el temor que le inspiraban estos, cuyas armas temibles todavia á su parecer, eran, por otra parte, el único apoyo de su gobierno. Pero el Pueblo que habia despertado de su letargo miraba los sucesos con pasiones mas ingénuas, y trataba de obrar con propósitos mas hechos contra Carrera y contra Ramirez. El General de la Quintana, órgano é instrumento ahora de Soler, habia

militado con San Martin, y habia traido de Chile un ódio implacable contra Carrera. Asi es que no estaba dispuesto á contemporizar con él, sino decidido á hostilizarlo con vigor.

Queriendo saber á qué atenerse sobre la composicion y número de la fuerza que se armaba para perseguir á Alvear y sobre las disposiciones que hubiera con respecto ásu persona Carrera envió á la ciudad una partida de Chilenos á las órdenes de un tal Jordan, con el pretesto de recojer unos recados que le habia ofrecido Sarratea. Llegaba Jordan al Retiro, cuando salia de adentro una vanguardia encargada de tomar ciertas posiciones para apoyar el movimiento contra los montoneros. Fué en vano que Jordan quisiera hacerse pasar como neutral: los Cívicos del 2º. Tércio, que marchaban á la cabeza de la columna, le hicieron fuego y lo obligaron á replegarse á toda prisa, perseguido tambien por el Comandante Vilela gefe de los *Colorados de las Conchas* que pasaban entonces por el mejor cuerpo de caballeria. Luego que Carrera supo estas novedades dedujo que Soler se hubiese puesto á la cabeza de los Cívicos, y que por lo menos tendria mil quinientos hombres á sus órdenes. Era pues imposible pensar en hacerle frente, y lo único acertado era ponerse inmediatamente en retirada ácia el Pilar para reunirse con Ramirez.

Queriendo sinembargo ocultar su debilidad, contestó en estos terminos á la intimacion ambígua de Sarratea: — «El « General Alvear no está en el caso de necesitar mi protec- « cion cuando se halla á la cabeza de una division veterana y « acompañado de un número de oficiales resueltos á seguir « su suerte. Si yo me he *retirado* á retaguardia de su co- « lumna, ha sido por *evitar un choque* con las fuerzas que

« saliesen de esa ciudad, cuyo recelo tuve el sentimiento de « ver realizado ayer tarde por la *partida del Capitan Vile-* « *la* como lo verá V. S. por las dos cópias que adjunto. « Este atentado lo atribuyo solo á la *ignorancia* ó mala fé del « Comandante. . . . . Esta mañana entró al pueblo el capitan « Jordan, que esperaba desde ayer en el Retiro por cierta « cantidad de recados, y á las intempestivas descargas cer- « radas de unos Cívicos imprudentes, no osó hacer uso de sus « armas en defensa de su partida ni de su persona.»

Me he ocupado de estos documentos y de este incidente trivialísimo, por que él es el que ha dado pretesto al escritor chileno Vicuña Mackena para forjar espécies infantiles sobre el predominio de hierro con que Carrera se habia compensado, en Buenos Aires, de la dominacion, que San Martin y los Argentinos ejercieron en Chile por tres años, con bastante provecho para ese pais, y con mayor gloria para ellos. Con ese fin tan poco sério, adultera los hechos, pone en olvido los documentos, y no habiendo sido Carrera sino un agraciado de Ramirez, el escritor chileno se complace en magnificar, para su própio uso, al subalterno, al satélite, al comensal, vistiéndole con los atributos y con el influjo de su Señor. Exitado por su furia de las compensaciones, y lleno de beata admirácion por la criatura de su fantasia, no trepida en asegurarnos que un partido poderoso de Buenos Aires, le ofreció á su héroe, con empeño, la Dictadura de la República; y que si este grande hombre *sin hechos*, no la aceptó, fué por que no necesitaba de la forma teniendo la realidad; y por que habiendo consagrado su grande cabeza y su brazo fuerte al servicio esclusivo de Chile, no quizo hacer ese valioso préstamo á los Argentinos, ni con usuras

tan enormes como esas del poder dictatorial que le ofrecian. ¡Y el que lo rehusaba se llamaba Carrera!.... El señor Vicuña Mackena debia repartir una edicion de su libro todos los años en el dia de *los inocentes*. Hagamos hablar ahora los documentos para que veamos los desatinos en que puede incurrir una imaginacion fogosa cuando carece de critério.

Que don José Miguel Carrera haya sido el amigo predilecto de Ramirez, y que este cubriera con su poder los esfuerzos que el otro hacia para formar una division, é ir á apoderarse de Cuyo, es cosa que nadie ha puesto en duda. Pero deducir de esto, y asentarlo como hecho histórico, que Carrera haya predominado, *en su propio nombre*, sobre los partidos argentinos: que haya gobernado *per sé*, tenido bandera ó jurisdiccion *suya*, en la política argentina, ni sido otra cosa que un apéndice al servicio de cosas y de hombres de quienes él dependia, es un antojo inocente que solo ha podido tener el que haya querido escribir un panfleto en lugar de un libro: un romance sin ningun valor literario, y vulgarmente escrito en la manera del *Facundo*: que es á nuestra historia real, lo que una mascarada de carnaval á nuestra vida ordinaria.

A Ramirez le convenia que Cuyo cayera bajo la presion de un teniente *suyo*. Bustos en Córdoba, Güemes en Salta, habian declarado su resolucion de reconstruir el poder nacional de *acuerdo* con Buenos Aires; y Bustos sobre todo persistia en una actitud peligrosa para Ramirez no solo porque se habia rehusado á todo pacto con él, no solo por que era clara su antipatia, no solo por la fuerza veterana con qne contaba, sino por que comenzaba á atraérse

ya la coalicion de los intereses de Lopez y de Santa Fé, vivamente inclinados á emanciparse de Ramirez como Ramirez se habia emancipado de Artigas; es decir (y esta es una de las faces mas notables de nuestro desarrollo moral) que los intereses de la *unificacion argentina* tendian á reorganizar su vitalidad en el *centro*, retirándola del litoral que era el que habia dado el empuge de la *disolucion*. Que la historia se esplique por una providencia encargada de dar una marcha fatal á los acontecimientos, ó que se esplique por la combinacion de los intereses personales y de las inclinaciones ó intrigas de los hombres y de los partidos, el hecho es: que en ciertos momentos ella ejecuta evoluciones de conjunto, que, estudiadas á la luz de los grandes resultados, parecen haber sido el secreto deliberado de las voluntades, ó el efecto de los accidentes casuales que los elaboraron.

Para llenar sus miras, Ramirez no tenia pues á mano mejor instrumento ó subalterno que Carrera. No pudiendo darle parte de sus fuerzas ni demorar su campamento en Buenos Aires, por que Artigas le apuraba ya en Entre-rios, se apresuraba á su vez por armar á Carrera; y despues de la caida de Balcarce habia protegido y fomentado algunos atentados que Carrera habia cometido tomando hombres en la campaña y sacando algunos soldados de los pequeños batallones que estaban en la ciudad. Pero esto mismo no se hubiera podido hacer por el influjo solo de Ramirez, si Sarratea, Gobernador de Buenos Aires, no hubiera tenido interes directo y personal en ello, y si por eso mismo, él no lo hubiera *autorizado*.

Sarratea, como hemos visto, queria sacudir el yugo

de Soler y levantar el poder de Alvear con quien tenia antiguas afinidades. Armando á Carrera bajo su amparo, ó pretestando *exigencias irresistibles* de Ramirez, como las que protestaba con cuantos le increpaban esta condescendencia, conseguia ir á su objeto en una forma disimulada, cuyas responsabilidades echaba sobre el cucu peligroso de la época; y decia que era una *condescendencia mas* para alejar cuanto antes este enjambre de aventureros que estaban impidiendo á los porteños su accion libre para reorganizarse; y así hizo pasar por unos *diez dias* (nada mas que diez dias) el escándalo de que Carrera estuviese armando gente en la *Chacarita* al amparo del Campamento *inmediato* de Ramirez.

Sin embargo, este escándalo tenia irritadísimo al pueblo, y las quejas tomaban ya un caracter vivo y amenazante. Una noche, Carrera se habia presentado con una partida al cuartel de *Aguerridos*; y contando con la complicidad del Comandante Martinez ganado á los intereses de Alvear, sacó del cuerpo *por órden* del gobierno, dos sargentos, un cabo, y varios soldados, hijos de Cuyo, asegurando que eran chilenos apesar de las protestas de aquellos desgraciados. Otra noche, contando con igual connivencia por parte del capitan Amigorena, hizo otro tanto en el cuartel de artilleria. De la campaña vinieron quejas contra atentados del mismo género perpetrados en peones sueltos, nacidos en Cuyo ó en Santiago, que por carecer de arraigo, tenian menos medios de evitar estas violencias; y el 28 de Marzo (lo que vale á decir catorce dias despues de restaurado Sarratea) ya levantaba su voz y denunciaba estos hechos, con franca indignacion, el periódico titulado *Año XX*, redactado por una reunion de

jóvenes á cuya cabeza figuraban Manuel Gallardo, Ramon Diaz, Fortunato Lemoyne, Juan Cruz Varela y otros. La revelacion empezó por un comúnicado:—«¿Que quiere « Carrera con fuerza armada en BuenosAires? ¿Con qué fin « forma una recluta, cuya bandera no se sabe de quien es, « en los suburbios mismos de la capital?.. Esto lo sabe « el Gobierno ¿y lo TOLERA?»

A estas preguntas del comunicado respondia así, la redaccion:

—« Nosotros deseábamos hablar de esto antes aún « que se nos hubiese preguntado. Pero el último suce- « so de Alvear ha respondido por nosotros; y despues « acá queremos volver la pelota, y preguntar al que quie- « ra contestarnos. ¿Estará todavia Carrera bajo la pro- « teccion de la ley? Esa fuerza que no obedece á nadie « sino á él mismo; que no lleva mas fin que el que le dé « su gefe ¿no amenaza todavia la libertad del pais que la « sustenta? ¿Esos quinientos *Chilenos* extraidos de nues- « tros regimientos *para robar las estancias vecinas de la* « *Chacarita*, donde se metieron, no han hecho gemir bas- « tante con sus latrocinios á nuestros infelices labradores? « ¿Qué erário los sostiene?»..... y levantando la voz sobre este tono, el periódico dicho terminaba diciendo: Compatriotas! Haceos respetar: tomad las armas, y dad un ejemplo al mundo de que existe, libre todavia, el Pueblo Argentino.

En el estado ardiente que en cada dia tomaba la opinion contra Ramirez y Sarratea, este artículo, que acabamos de transcribir en parte, fué un sintoma terrible contra el gobernador. El espíritu pátrio le hizo responsable de la

insolencia con que se habia consentido que Carrera ajase los fueros propios de la provincia y de su gobierno. Todo el mundo se levantó para acusar á Sarratea de esa criminal contemporizacion; y él vió que ya su caida estaba próxima, pues comprendió que fallida la tentativa de Alvear, Soler, y su partido, el Cabildo, la Junta de Representantes el Pueblo en masa se levantaban otra vez para resistir á todo trance á Ramirez y á su satélite Carrera. Sarratea habia servido solo para la época intermediaria de las contemporizaciones; ya no representaba nada: habia sido el fruto de unos dias de postracion y nada mas. Ahora se trataba de lucha y se necesitaba de ánimos viriles para arrojar al enemigo que ocupaba las puertas de la ciudad ¿qué tenia pues que hacer, ese muñeco de genuflexiones y de bajezas, entre hombres?... Este era el lenguaje de todos: y en efecto, el pueblo se habia propuesto defenderse y triunfar con su propia *autonomía* en nombre del derecho federal; es decir—darse forma, leyes, constitucion, y hombres á su antojo.

El alumbramiento debia ser laborioso y difícil. Era preciso atravesar un caos para llegar á esa isleta de la civilizacion. Pero ¿que importa? ya no habia pueyrredonistas ni demagogos, todos querian ser porteños; y como lo eran en efecto, la union inspiraba una confianza indefinida en el porvenir, y un sentimiento profundo de su fuerza.

Volvia el *Año XX* (periódico) sobre el escándalo de que se le hubiera consentido á Carrera que reuniese jente y decia: ¿«Con qué derecho, se nos pregunta, levanta Car-« rera ejército y forma reclutas en nuestro territorio? Res-« pondemos que con ninguno, sino por la voluntad del « gobernador. Se duda de la direccion que se le dará á

« esa fuerza; y decimos — que ninguna por ahora, pues que « su plan es solo protejer á Alvear, para que colocado este « en Buenos Aires, sea á su vez el protector del otro para « su colocacion en Chile, siendo entretanto Buenos Aires « quien sufrague los gastos de uno y de otro, *por con-* « *ducto de su señor gobernador.* Opinamos así—1° por « que el señor gobernador no ha dado hasta ahora satis- « faccion al pueblo de haber dado dinero, armas y per- « trechos al señor Carrera, permitiendo ademas que nuestros « soldados se deserten á sus banderas: 2° por que el Do- « mingo, estando Alvear en el cuartel de *Aguerridos*, el « señor Gobernador no dió la menor providencia para « sofocar la insurreccion, permitiendo que lo echasen á « bordo al señor Soler, *nuestro muy amado general.* Cua- « tro gatos son los veteranos; á estos los hubiésemos « desbaratado, si el señor Gobernador hubiera dado alguna « órden; pero miró con indiferencia la cosa, sin duda « recordó que *los* Cívicos *de Buenos Aires no necesitamos* « *órdenes cuando se trata del bien de la Patria.*» Los elo- jios á Soler eran un disfraz, que los RR. tomaban para ahondar la llaga, y para cobonestar la firma de *unos Cívi- cos de la union* que llevaba el artículo.

Para apreciar la impresion que este artículo hizo en el ánimo de Sarratea, y el estado vidriosísimo de la opinion, baste leer el largo y pensadísimo memorial con que el Go- bernador acusó al periódico ante la *Junta Protectora de la libertad de Imprenta*, que era un tribunal permanente y especial para estos casos. Sarratea empezaba su queja por dar como cierto lo que realmente lo era, á saber, que el communicado y las respuestas pertenecian á la Redaccion:

cosa que todos sabian y repetian. Pasaba despues á vindicarse con bastante humildad, y llegaba á tributar los mas altos elojios á los buenos ciudadanos, que, aún abusando de la libertad de imprenta, hacian en eso un servicio al pais. Asi es que se abstenia de pedir ninguna pena ó perjuicio contra el escritor; lo único que queria era que la Junta declarase que no *probando* este lo que aseguraba habia incurrido en el delito de calumnia.

La Junta, compuesta del Dr. Anchorena y del Dr. Cueto se hallaba muy mal dispuesta para con el Gobernador, y dijo:—«*No ha lugar*;» fundándose en que sus atribuciones se limitaban simplemente á declarar de *hecho* si habia ó nó abuso de imprenta, y que era inconducente y ajeno de sus atribuciones deferir á la prueba del procedimiento ordinario.

Tal era ya la triste posicion en que habia caido la reputacion y el poder moral de Sarratea, que este veredicto fué el motivo de una grande satisfaccion para todos sin escepcion ninguna. Era un golpe de garrote sobre la cabeza del instrumento *vil* de Ramirez, del *cómplice* de Carrera, del intrigante que habia pretendido rehabilitar á Alvear y que sin embargo lo habia traicionado, segun su costumbre, al verlo sin éxito. Hombre sin virilidad, y flexible como una mujer nerviosa, Sarratea no supo tener entereza ni tomar altura en esta emergencia difícil para él; y cobijando su cobardia bajo el manto poco síncero de su amor á la libertad de imprenta, publicó un papel sin decoro, en el que colmaba de elogios á los escritores que lo habian puesto en la picota: creyendo que con esta humilde deferencia podia hacerse perdonar del enojo público y de la oposicion general que montaba contra

él como una marea amenazante: – «Tal ha sido, ciudadanos, decia, el resultado de este juicio, que ha llenado al gobierno seguramente de la mas pura complacencia, al ver que la Junta, bien penetrada del verdadero caracter y objetos de su institucion, ha procurado, en cuanto lo permitia el asunto, inclinar la balanza en favor del escritor, *como debe ser* para que se verifique que *no es una Junta Censoria*, sino *Protectora* de la libertad de la prensa; y aunque no estoy absolutamente conforme con los principios que pueden haber reglado el pronunciamiento, *yo doy muy gustoso por concluido todo el negocio.*» Pero al mismo tiempo él le pedia al pueblo permiso para hacer algunas breves observaciones sobre la materia que pudieran servir de buena doctrina en otro caso «para que « se consulte siempre la *libertad racional* del escritor, pero « sin perjuicio del honor y de las acciones de los Ciudada- « nos que no quieran llevar la generosidad hasta el punto « que yo la llevo.» La teoria que Sarratea desarrollaba en esta materia, era: que el Tribunal de imprenta debia declarar la criminalidad ó inocencia del artículo acusado; y que en el 1er. caso, el ofendido podia ir, con esa declaracion, ante los tribunales ordinarios exigiendo la *prueba*, ó el *castigo* en caso de no darla. Esta division del hecho y del derecho, aunque tan imperfecta, no dejaba de tener su mérito en aquel tiempo, por mas que hoy sea inadmisible bajo esa forma de proceder.

Pero, sea lo que fuere de la cuestion teórica, suscitada por Sarratea contra el periódico «*Año XX*,» lo que de ella quedó en el público, fué—que el Gobernador habia sido condenado por la *Junta Protectora de la libertad de imprenta*, con satisfaccion general, y que quedaba establecido como op-

nion incontrovertible, que era instrumento servil de Ramirez, protector de Alvear, y cómplice de los atentados de Carrera, contra quienes se sublevaba por horas el encono y la enerjia de la ciudad, sin escepcion de clases. Agréguese á esto que Soler volvia al mando militar, que antes habia ejercido, profundamente irritado por la perfidia de que habia sido juguete, y véase la posicion en que quedaba ahora el Gobernador del 16 de Febrero.

Despues de haber sofocado la tentativa de Balcarce, el Gobernador Sarratea cometió la grave imprudencia de abandonar todos los miramientos, que hasta entonces habia guardado á la oligarquia directorial, y se puso á perseguirla, en nombre de la ley, como delincuente de Alta Traicion.

Segun vimos antes, el artículo VII de la Convencion del Pilar establecia que se abriese un juicio político contra los miembros del último Congreso y demas funcionarios de la Administracion de Pueyrredon, *á fin de que quedasen justificados los poderosos motivos* con que los Gefes del Ejército federal habian tomado las armas, y de que se viesen y juzgasen los crímenes horrendos con que aquella administracion se habia manchado. Pero debemos recordar tambien que cuando se celebró esta famosa Convencion, Sarratea estaba yá un tanto reconciliado con la parte moderada del partido directorial, cuyos miembros eran los que acababan de elejirlo de Gobernador como un término médio, para atenuar los efectos de la derrota de Cepeda y tambien para librarse de Soler. De modo, que esa claúsula del tratado, sobre el juicio político no entró en su espíritu como punto sério que debiera llevarse á ejecucion, sino como una condescendencia de puro efecto moral, para con las tenaces preocupaciones que Ramirez

traia contra las *Lógias Unitarias*, Sarratea habia sido cómplice notório de todas esas negociaciones monárquicas, clasificadas ahora de delito de alta traicion con la mira de darle al juicio el único colorido jurídico con que podia entablarse, así es, que nunca tuvo la idea de llevar á cabo esa parte de la Convencion, que debia enajenarle la tolerancia de un partido interno tan poderoso como lo era todavia el partido directorial, apesar de su derrota; y que debia hacer caer sobre su persona la misma tramitacion y la misma sentencia en la primera vuelta que pudieran tener las cosas.

Haciéndole justicia, debemos asegurar tambien que Sarratea se habia resistido á que semejante cláusula figurase en el tratado. Pero como era hombre sin carácter, y cortesano que jamás habia sabido alzarse á la independencia de sus propios juicios, ni hablar con aquella claridad noble que es peculiar de las naturalezas honorables, se habia acostumbrado á someterse á la influencia de los que podian mas que él ó de los que le inspiraban temores, á trueque de reservarse la intriga y las moratórias de forma, para ir al fin que le complacia; es decir, adúlaba, contemporizaba, mentia, y como él mismo no representaba en la gobernacion de Buenos Aires otra cosa que una aglomeracion casual y mezquina de circunstancias vergonzosas, no tenia cómo resistir la persistencia acentuada con que Ramirez exijia el juicio político de los *pueyrredonistas* para mostrarse consecuente, segun decia, con los pueblos cuya libertad y cuyos intereses políticos pretendia haber defendido.

Obediente en cuanto á la forma, pero decidido á inutilizar con cábulas la exijencia indiscreta del caudillo federal, Sarratea volvió á Buenos Aires con su famosa Convencion del

Pilar, y puso inmediatamente en el secreto de sus amables propósitos, de inutilizar la persecucion establecida en la cláusula VII, á todos los personages á quienes ella pudiera inspirar alguna aprehension. El 28 de Febrero fué él mismo á casa del Dr. Lopez, de Aguirre, de Anchorena, de Rondeau y de otros, á esplicarles su conducta, y á darles las mas precisas seguridades de que aquella cláusula era meramente nominal, pues que el mismo Ramirez habia convenido privadamente en que no se llevase á cabo, dándose por plenamente satisfecho con su ajuste y publicacion.

No se hallaba, sin embargo, en las mismas disposiciones otro personaje importante que se habia puesto al lado del zalamero gobernador, y que se daba grande actividad para hacer pasar su influjo y su deseo de vengarse de anteriores ofensas que le habian hecho los hombres del partido caido. El Dr. D. Pedro José de Agrelo habia sido perseguido en 1817 por Pueyrredon, y arrojado á los Estados Unidos de Norte-América, por razones de seguridad pública á las qué, se dijo, habia dado motivos por sus conatos de subvertir el órden establecido en combinacion con Pagola y con otros gefes. [1] Desesperado por la pobreza y por la nostálgia, Agrelo se reembarcó en Baltimore procurando introducirse de incógnito en Buenos Aires cuando imperaba todavia, en toda su fuerza, el partido de Pueyrredon. Llegado á la rada en 1818 se echó á un bote durante una noche de invierno; pero habiéndose levantado un viento récio, tuvo la desgracia de caer al agua; y salvándose á duras penas, pudo al fin ganar á pié la orilla de Palermo, y dirijirse solo al Convento de la

1 Véase el vol. I pag. 538 y siguientes

Recoleta, donde le pidió un asilo al famoso *Padre* Castañeda. Compadecido este de tanta desventura lo acojió con todo favor; le procuró los primeros auxilios para restablecer sus fuerzas, y salió inmediatamente á recabar el consentimiento de Pueyrredon para que Agrelo pudiese entrar y permanecer en la ciudad, como inapercibido, con tal que el proscripto mismo no hiciese alarde de esta tolerancia. Agrelo habia vivido desde entonces en la mas completa oscuridad, y apesar de los rencores que tantas penúrias habian acumulado en su alma impetuosa y nada benigna, tuvo á raya sus iras; y usó de una conducta sumisa para no llamar sobre su persona las sospechas del partido gobernante. Esta era la situacion en que lo habian encontrado los sucesos del mes de Febrero de 1820.

Pero apenas se consolidó el gobierno de Sarratea con la Convencion del Pilar, Agrelo se hizo un compañero persistente del gobernador; y apoyado por Velez Gutierrez (D. Bernardo) reclamaba con instancia que se abriese contra sus enemigos el juicio de alta traicion de que hablaba la Convencion del Pilar, ofreciéndose él mismo como Juez sumariante. Desde la *Causa de Alzaga* era bien conocida la terrible y práctica velocidad con que el Dr. Agrelo sabia desempeñar estas Comisiones; y Sarratea que sabia que Agrelo era hombre impopular y bastante odiado de todos los partidos, lo toleraba sin darle oidos, hasta que poco á poco lo fué alejando por el influjo de otras relaciones, procedentes del juego mismo de los sucesos y de los intereses que se formaban al rededor de su persona y que eran incompatibles con Agrelo.

Pero, cuando Sarratea contaba haber propiciado el

ánimo de los Directoriales por haberlos salvado al amparo de su candidatura, como él creia, haciéndoles menos pesadas las consecuencias de la derrota, estalló la reaccion encabezada por el General Balcarce; y este ataque repentino, en que el Gobernador pudo ver claramente hasta dónde iba contra él, y contra los Federales, la enemistad de la parte fundamental del partido unitario y de la burgesia genuina de la ciudad, le inspiró tal despecho, que se decidió entonces á perseguir duramente á los gefes de aquel partido con todo el rigor del art. VII de la Convencion del Pilar, dando asi entera razon á Ramirez, que exigia esa persecucion para extirpar de raiz el mal y para obtener sólidas garantías de quietismo en lo venidero. Sarratea echó mano entonces del Dr. Agrelo, encargándole que formulara el sistema de los procedimientos con qué debia entablarse y proseguirse el juicio; y le entregó asi la direccion de la causa famosa contra los Congresales de 1816—á 1820 y contra los Funcionarios que habian actuado en los gobiernos de Pueyrredon y de Rondeau.

Persiguiendo este propósito de venganza, Sarratea incurria en el error imprudente de dejarse enceguecer por el despecho; y cometía tambien una injusticia notoria que iba á quitar al juicio toda su moralidad y el ascenso de la opinion. La oligarquía directorial no habia cooperado á la tentativa de Balcarce con todas sus fuerzas. La parte de ella mas arraigada y mas poderosa como medio y como influjo moral, se habia abstenido: yá por estar dispersa y cansada, yá por falta de tiempo ó de verdadero influjo para concertarse en un movimiento de conjunto; asi es que la tentativa del 6 de Marzo no habia pasado de ser una aventura poco madurada: de

la que solo eran responsables algunos jóvenes ardientes con uno ú otro partidario celoso, quizás ofendido, como los Dres. Medrano y Echevarria. Entretanto, por satisfacer imprudentemente un efímero enojo, que no tenia seriedad para nádie, por lo ridículo del personaje que pretendia hacerse Júpiter cuando no habia nacido sino con aptitudes de servidor subalterno, Sarratea se echaba en un camino sin salida, á perseguir personal y directamente cuanto tenia de mas acreditado, de mas honorable, y de mas distinguido, el vecindario de Buenos Aires; y lo hacia sin otro apoyo, para pesar de ese modo sobre la soberbia y la opinion pública de los porteños, que las hordas aborrecidas de Ramirez y de Carrera.

En este empeño absurdo, Sarratea no debia ni podia contar con el apoyo del General Soler. Por el contrario, le proporcionaba á este general el fácil y lucido papel de mostrarse *porteño* y protector de la mejor parte del pueblo de Buenos Aires perseguida por el gobernador, por Agrelo y por los montoneros: tres entidades completamente nulas y aborrecidas á los ojos de la soberbia burgesia de la capital; y era tanto mas natural que Soler procurase tomar ese camino para rehabilitarse en la opinion, cuanto que el influjo de Carrera y de los intereses de Alvear, en el ánimo de Ramirez, eran un peligro gravísimo para él, que no podia conjurar sino levantando el espíritu de la ciudad contra esos elementos externos que tendian á dominarla. El General Soler habia podido ver clarísimamente que despues de caido Balcarce todo el empeño de Ramirez y de Carrera habia sido levantar á Alvear; asi es que decidido á conjurar este peligro tan sério para su ambicion, procuraba reunir, bajo su influjo, á los Ci-

vicos que tanto odiaban á Alvear, y á la burgesia unitaria que odiaba con no menos encono á Ramirez y á los montoneros federales. El curso natural de las cosas parecia haber venido á colocar al General Soler en esta posicion ventajosísima; y por eso fuéque contrayéndose esclusivamente á la organizacion de la fuerza militar con que se proponia hacer valer y radicar su influjo, se abstuvo cuidadosamente de tomar la menor parte en la política de persecucion jurídica en que se echaba Sarratea, y trató de que todos comprendiesen que él miraba ese proceder como un atentado á la vez que como una sumision propia del carácter envilecido del gobernador á las exigencias de Ramirez. Por eso fué que el «*Año Veinte,*» redactado por Gallardo, Varela, y demas jóvenes unitarios que anteriormente nombramos, lanzaba á menudo discretos elogios á Soler procurando ponerle en pugna con Sarratea, para azuzar la riña que todos preveian como irremediable entre ellos, mas ó menos tarde

La parte oligárquica de la Comuna, ó como entonces se decia, la *gente decente* (aunque no siempre lo fuera) constituia toda la fuerza de opinion y de accion del partido directorial. Por mucho que la clase militar flotara entre las facciones diversas, indecisa y desorganizada en 1820, su parte principal, el centro compacto de ella, se inclinaba tambien notoriamente ácia ese mismo partido de la burgesia; y á todo esto se agregaban yá, buscando su cohesion natural, todos los demas elementos *vecinales* que formaron mas tarde el partido unitario *porteño*, cuya fuerza y grandes medios se pusieron en accion en 1821 bajo las brillantes inspiraciones gubernativas de Rivadavia y de Garcia. Aunque sin formas bien definidas todavia durante los dias en que fué restaurado Sar-

ratea, era preciso estar ciego y aturdido por las superficialidades del triunfo, para no ver y comprender que ese partido enemigo era inmensamente fuerte, por los grandes recursos de opinion y de actividad con que contaba desde que brotaba del terreno mismo de la provincia y de la capital, mientras que el poder de Sarratea no tenia sino una efímera existencia desde que todos sus resortes eran artificiales, y estaban fuera de la opinion pública y de los intereses locales.

En 1820 el partido *directorial* operaba su trasformacion en partido *unitario*, y habia perdido completamente sus caracteres nacionales para tomar una forma y unos apetitos, diré asi, esencialmente provinciales y porteños. Desmembrado y arrinconado por algun tiempo en el fondo del hogar doméstico, despues de la derrota de Cepeda, no habian pasado veinte dias cuando se le volvió á ver salir desde el fondo social afectando las formas de un movimiento puramente vecinal é interno, con entera prescindencia de lo que pudiera afectar ó interesar á las demas provincias. Pero, como renacia espontáneamente de lo hondo de las entrañas de aquella Comuna tan persistente de 1810, traia sus viejas aptitudes virreinales; y venia siempre inclinado á desplegar su bandera poderosa, desde que sus nuevos intereses y sus nuevos medios de accion tomasen la bastante cohesion para hacer revivir en su masa la conciencia de su fuerza.

Sucedió pues, que cuando los hombres y las clases que lo componian comenzaron á salir del estupor de la derrota, conocieron que el vicio capital de la administracion directorial habia estado en haber estrechado demasiado los elementos del gobierno, es decir, en no haber dado á las cosas y á los hombres un servicio más ámplio, y á los intereses

una satisfaccion menos personal. Toda la fuerza moral de la opinion que legítimamente habia ganado el primitivo partido por las victorias de *Tucuman*, de *Salta*, del *Cerrito* de *Montevideo*, de *San Lorenzo*, de *Chacabuco*, de *Talcahuano* y de *Maipú*, que eran á la vez todas las glorias de la Revolucion y la propiedad del partido directorial, habia desaparecido por la falta de elevacion en la política interna, y por el personalismo en que esta política habia venido á concentrar todos sus resortes. Los adeptos de la misma bandera, los interèsados en la misma causa, inutilizados poco á poco yá por las incompatibilidades personales con el *círculo* imperante, yá por los vicios administrativos, se habian retirado del empeño comun dia á dia, poco á poco, y por decirlo así, sin sentirse ellos mismos. Sus ofensas, sus críticas, su falta de cooperacion, aislaron de tal manèra al fin á la parte actora del partido, que la dejaron perdida en médio de un mar de enojos levantado contra ella, á cuyas furias contribuian todos, amigos y enemigos. Esto es lo que esplica por qué es que una gran parte de los hombres de Pueyrredon tienen un nivel personal mas bajo que los demás miembros del mismo partido que pasaron á figurar en la nueva evolucion del partido unitario, dentro de la cual no se pudieron rehabilitar jamás á pesar de la comunidad de orígen y de esfuerzos, ni Pueyrredon mismo, ni Tagle, ni los demás servidores de su política que se habian hecho espectables á su lado en la época de la decadencia del partido directorial.

Pero por lo mismo (y eso fué lo que no supo comprender Sarratea) cuando la derrota les arrancó de la jerencia á los hombres impopulares que se habian hecho odiosos para su propio partido, levantando sobre todo él—un grande pe-

ligro comun, y la férula atentatoria de los montoneros de Santafé y de Entrerrios, sus intereses políticos comenzaron otra vez á tomar un movimiento evidente de cohesion. Las reconciliaciones de los viejos amigos sirvieron de primer núcleo; y el patriotismo local, el patriotismo soberbio de la Comuna, rebelado contra la exótica imposicion de entidades estrañas y de baja esfera, como Ramirez, Carrera, Sarratea y demas, sirvió de resorte poderoso para reconcentrar otra vez el esfuerzo comun y jigantesco con que la Ciudad debia instalar muy pronto el predominio de los unitarios en el gobierno, sobre bases ámplias y generosas, donde cabian en efecto todas las fuerzas morales de la provincia.

Desde estos primeros momentos, los unitarios tenian por cosa evidente que, fuera de ellos todo propósito orgánico era efímero y abortado; por que solamente en ellos residia la luz que podia dar direccion y movimiento progresivo á las ideas y á los intereses públicos. Esta era una conviccion cerrada del partido, tomado en masa, y de cada uno de los sectários que lo componian, cuya base ó punto de partida era hasta cierto punto cierto; porque ellos habian sido los creadores y los salvadores de la Independencia nacional y de la Revolucion social que debia consolidar nuestro derecho á figurar entre las naciones *libres* y *liberales*. Fuera de ellos ningun otro partido habia hecho nada en este sentido: á los federales no se les debia un solo esfuerzo, un solo acto de cooperacion para esos grandes objetos. No era pues estraño, que con este sentimiento singular de su importancia, todos los hombres, viejos y jóvenes, tan justamente notables que formaban aquella grande Oligarquía, y que habia figurado en las Asambleas y Congresos de 1811 á 1820, volvieran á bus-

car sus afinidades naturales. Y como sus dogmas políticos estaban encarnados en la prepotencia orgánica y unitaria de Buenos Aires, ellos tomaban esta forma como la única base que estuviera en la naturaleza de las cosas para afirmar el órden público y para construir un gobierno efectivo y regular.

Indignado Sarratea con la tentativa de reaccion que habia hecho el general Balcarce, no supo apercibirse de nada de esto, que era fundamental; y no reparó en otra cosa sino en que el infame y *vencido* partido de Pueyrredon aspiraba todavia á levantar la cabeza contra los hechos victoriosos y consumados. Al obrar asi, el gobernador desconocia vulgarmente la profunda diferencia que habia entre la forma *pueyrredonistas* yá *muerta* y los caracteres de la evolucion fundamental, que el partido mismo venia haciendo dentro de su propia masa, para renacer con una forma *depurada* de sus antiguos vicios, libre de las responsabilidades y de los cargos del pasado, y bajo el influjo de nuevas tendencias morale y de nuevos gefes. Y como esta gestacion traia su jérmen del seno mismo del pueblo, profundamente indignado contra el imperio que los forasteros trataban de usurpar sobre él, habia tanto mas que recelar de su fuerza, cuanto que, como se ha visto, el gobierno de Sarratea estaba tan lleno de impurezas y tan minado por el descrédito general, que de dia en dia se convertia en un objeto de mofa para todos.

Altamente ofendido de la audacia con que los directoriales se habian servido de Balcarce para atacarlo, Sarratea quiso tomar venganza de ellos; y haciéndose ilusion en cuanto al poder real que tenia, se decidió á llevar á cabo el juicio de Alta traicion contra los miembros del finado Congreso y demas funcionarios del réjimen caido. No podia

haber tomado un capricho mas imprudente ni de resultados mas efímeros. Persistiendo en llamar *pueyrredonista* al partido nuevo que se levantaba contra ellos, Sarratea y Ramirez se ponian fuera de la verdad y del sentido comun; y por consiguiente, iban á descargar sus golpes contra unos pocos partidarios rezagados del aquel viejo réjimen, sin poder alcanzar sus verdaderos y mas peligrosos enemigos del momento; y lo que es peor, sin otro resultado que irritar el espíritu público con una tentativa mas ruidosa, mas ofensíva, mas intolerable, que efectiva y eficaz. En efecto, la opinion pública hubiera quizas soportado el enjuiciamiento de Pueyrredon, de Tagle, y de algunos otros de los partidarios mas comprometidos en los errores ó vicios de la administracion; caida pero estos personajes estaban bien escondidos en la ciudad, ó asilados en las costas orientales; y querer sostituirlos con otros mas desvalidos, ó mas protejidos por la opinion pública del momento, como Passo, Lopez, Aguirre, Anchorena, etc. etc. era un error capital; por que era asumir todas las consecuencias de un proceder rigoroso y cruel, al mismo tiempo que cobarde é indeciso. Pero Agrelo y los demas enemigos del réjimen directorial querian á toda costa un desahogo y una revindicacion. Ramirez y Carrera insistian en lo mismo; sus propias pasiones echaban al Gobernador en ese camino y flaqueando la sensatez al influjo de tantas causas acumuladas para cerrarle los oidos de la reflexion, Sarratea expidió con una arrogancia pueril el famoso decreto del 14 de Marzo que debia servir de *Auto cabeza de Proceso* en la causa de *Alta traicion* cuyo proseguimiento estaba convenido en la cláusula VII de la *Convencion del Pilar*.

Segun ese auto la vindicta pública y la satisfaccion de los

infinitos derechos é intereses que habian sido hollados y sacrificados durante la administracion de 1816 á 1819, exijian que se sumariase *á los criminales por las depredaciones* de todo género, y por la tirania con que habian arruinado al pais para degradarlo y para hacerlo de tal manera impotente que no tuviese mas remédio que aceptar los *tratados secretos* que esos hombres funestos tenian hechos con las Córtes extrangeras—«nó para el reconocimiento de la independencia y de la « libertad proclamada sobre la base de la Constitucion repu« blicana, sino para volver á someterlo á un príncipe de la Ca« sa de Borbon; y como en esto se interesaba el honor y la dig« nidad de las provincias tan inícuamente traicionadas, el « Gobernador ordenaba—1.° que se sacase un testimonio « público de las Actas del Congreso y demas documentos « en que se habia tratado SECRETAMENTE de este negocio, pa« ra que sirviese de punto de partida á los procedimientos « judiciales:—2.° Que sustanciase el juicio interviniendo co« mo acusador un Fiscal especial:—3.° que esa sustancia« cion la hiciese el Gobernador mismo hasta poner la causa « en estado de sentencia; para que nombrando entretanto « cada Provincia un Juez *expensado* con las costas que « tendrian que pagar los culpados (!!!) viniesen todos estos « jueces á reunirse en la Ciudad de Buenos Aires el 20 « de Abril próximo, á mas tardar:—4.° que se publicasen « inmediatamente las piezas que justificaban la acusacion, « y que circulasen por todas las provincias para que fue« sen conocidas.»

El proceso era inícuo por la forma del Tribunal que se le daba y por las bases mismas de la acusacion. Lo primero salta á los ojos, puesto que ese Tribunal iba á componerse de los delegados serviles de un partido revolucionario triun-

pante, cuyos gefes habian sido enemigos mortales de los acusados, al mismo tiempo que estos habian sido funcionarios constitucionales de la Nacion, y los únicos, por consiguiente que habrian tenido jurisdiccion para sustanciar y juzgar procesos en nombre de la ley. Lo segundo, no era menos evidente: bastaba leer los documentos que servian de fundamento á la acusacion, para ver que no habia habido semejante traicion ni conato alguno ó conspiracion para atentar violentamente contra las formas republicanas.

El pretesto ostensible que Sarratea habia tomado para hacer tanto aparato con esta famosa causa era una nota confidencial del *Comisionado Argentino* en Paris Dr. D. José Valentin Gomez en que trasmitia una conferencia confidencial tambien á que habia sido llamado por el Ministro de Negocios Extrangeros del Rey Luis XVIII.

La mision del Sr. Gomez tenia por objeto en Paris, como la del Sr. Rivadavia en Lóndres, perturbar la organizacion y la partida de la grande espedicion española que se aprontaba en Cádiz. Visto el estado tristísimo del Rio de la Plata, que el lector conoce por lo que hemos espuesto, era incuestionable que las Provincias Argentinas no se hallaban en estado de rechazar, por lo pronto, ni de hacer frente á fuerzas de tanto bulto como las que España habia reunido con los auxilios desvergonzados de la Rusia y con las connivencias poco disimuladas de la Francia. Por la nota que ponemos al pié de esta página, puede cualquiera hacerse una idea de lo que valian los poderosos y supremos esfuerzos que Fernando VII estaba haciendo para reconquistar á Buenos Aires. [1] El

1. Estado de la escuadra y convoy que se preparan en el puerto de «Cadiz» para espedicionar contra el «Rio de la Plata.»

Seis Navios de 74 cañones—á saber: Fernando VII (Ruso)—Es-

Gobierno de Pueyrredon, atento é inquieto siempre con esta tormenta que se levantaba en el horizonte, en momentos en que el General San Martin prescindia de todo deber para con el Rio de la Plata, trataba de hacer jugar la intriga, la diplomacia y el dinero, para desbaratar una espedicion que se presentaba tan amenazante. La casa de Baring tenia autorizacion para suplir hasta un millon, á los Sres. D. Tomás Lezica y D. Manuel Agustin Argivel, comerciantes porteños establecidos en Cádiz que tenian el encargo de adelantar dinero á los gefes liberales del Ejército expedicionario para que se pronunciasen contra Fernando y restableciesen la Constitucion liberal de 1812; y al mismo tiempo los Comisionados Rivadavia y Gomez debian propiciarse la proteccion de las potencias parlamentarias y de los intereses del libre Comercio de Francia y de Inglaterra, para evitar que la España restableciese su bárbaro sistema colonial con daño

paña (Ruso)—Numancia (Ruso) Guerrero (español) San Julian (Español). El sesto no ha recibido nombre todavia (es Ruso.)

Ocho Fragatas, à saber; La Perla (española)—Diana (id) La Pronta (Rusa)—Mercurio (id)—Viva (id)—Ligera (id)—La 6.ª y la 7.ª no han recibido nombre todavia; son Rusas.

Tres Corbetas—Fama (francesa)—Victoria—(francesa) La tercera (tambien francesa) no ha recibido nombre todavia.

Seis Bergantines:—Ligero—Jacinto—Golondrina—Flecha—Guerrero—Abispa.

Tres Goletas—Juliana—Roncalera—y otra sin nombre.

Veintinueve Barcas Cañoneras: «Castellana»—«Leonesa»—«Aragonesa»—«Navarra»—«Valenciana»—«Gallega»—«Mejicana»—«Limeña»—«Santafecina»—«Caraqueña»—«Habanera»—«Chilena»—«Guatemalteca»—«Campechana»—«Canaria»—«Mahonesa»—«Catalana»—«Vizcaina»—«Montañeza»—«Asturiana»—«Manchega»—«Estremeña»—

grave del Comercio marítimo y de la civilizacion Sud-americana.

El peligro en que se hallaba nuestra causa era tan grande y tan urgente, que no era posible evitar sacrificio alguno para conjurarlo. En aquel tiempo, las ideas republicanas sublevaban el anatema de todos los paises fuertes. La misma Inglaterra las arrojaba al opróbio como gérmenes corruptores del derecho social. Cuando algun pueblo de América pedia algun favor ó imploraba que lo salvasen, en el interés mismo del comercio y de la industria de las grandes naciones, los Ministros de esas potencias le respondian:—mientras seais republicanos no debeis esperar nada de nosotros: estamos resueltos á negaros todo, aún con perjuicio de nuestros intereses; y tambien lo estamos á ayudar á vuestro Rey para que os someta. Es un compromiso sagrado que hemos jurado entre todos!.... La Diplomacia Sud-

«Inés»—Cármen»—«Valiente»—«Actividad.»

Ciento Veintiun—Transportes.

Fuerzas.

Batallones de Infanteria:—América — Guadalaxara—Príncipe—La Princesa—La Corona—España—Valencei—Sevilla—Valencia—Guias—Cataluña—Astúrias—Aragon—Séria—Canarias—4 compañias de obreros y 4 id de zapadores.

«*Caballeria.*»

2 escuadrones del General. 4 De Alcantara. 4 Dragones del Rey. 4 Farnesio (14 Escuadrones).

«*Artilleria.*»

Un escuadron volante.

Otro de la brigada de á pié.

Fuerza Total.

20,000 hombres.

Americana no tenia mas remedio que mentir, que contemporizar para ganar tiempo, y seguir derrotando parcialmente á las tropas españolas para hacer cada dia mas difícil y mas dispendioso el esfuerzo final de la lucha por parte de la España.

Ni Pueyrredon, ni los políticos que cooperaban á su habilísima política, perdian la esperanza de conquistar á Lima antes de que la España pudiera lanzar tropas al Rio de la Plata; y contaban con que aunque en los primeros momentos fuese necesário ceder la posesion de las orillas, el resto de las Provincias, Chile y el Perú, operando por tierra, y por el mar con la poderosa escuadra del Pacífico, darian fin bien pronto con los Españoles y con los Rusos de la famosa espedicion. Pero para esto era preciso intrigar, hacer demorar las operaciones de la Santa Alianza, hacer creer á las potencias que no persistíamos en ser republicanos, que esta forma era solo la espresion de una necesidad tan dolorosa como fatal, y que estábamos dispuestos á cambiarla por la monarquia desde el momento en que una Casa fuerte y prestigiosa quisiera tomarnos así bajo su proteccion, para contener la pertinácia de la España. No hay duda que muchos de los que ponian en juego esta política patriótica, que llevaba por mira la salvacion de la independencia y de la libertad constitucional, creian teóricamente en la superioridad de las formas monárquicas para asegurar la felicidad de los pueblos libres; y que puestos ellos en la posibilidad de escoger, habrian sido monarquistas liberales de la mejor buena fé. Pero dados los hechos consumados, estas aspiraciones no bajaron jamás del nivel de las ideas puras en el ánimo de nuestros patriotas; y *nunca fueron ellas*

motivo ni pretesto de una conjuracion secreta para *subvertir el órden actual del Estado* en provecho de un monarca. Es menester no olvidar pues, la radical diferencia que hay entre ser monarquistas de teoría, ó como simples pensadores, y ser monarquistas en accion; es decir, conjurarse en un momento dado para cambiar la constitucion social de su pais y levantar sobre ella tal ó cual Rey, tal ó cual dinastia. Entre los fundadores de nuestra Revolucion hubo algunos monarquistas de la primera clase; pero jamás hubo uno solo de los de la segunda. Así es que no hubo ùn solo criminal en este sentido, y que las negociaciones diplomáticas con las cortes estrangeras no salieron tampoco del carácter inocente de intrigas, poco felices, para obtener su cooperacion contra las amenazas de la España; amenazas que por fortuna pudimos conjurar al fin con nuestros própios elementos.

Las dos córtes que podian ejercer un influjo mas efectivo sobre el curso de nuestra Revolucion, eran la de Inglaterra y la de Francia. Los Borbones de Francia debian su trono á la asistencia de la Inglaterra; pero no bien se sentaron en él, cuando comenzaron á padecer, como todo el pais, de la enfermedad de celos, al ver la prepotencia política y comercial que esta potencia libre ejercia sobre todos los paises del mundo. La Francia, libre tambien hasta cierto punto bajo el régimen parlamentário, comerciante é industriosa, no tenia anhelo mas grande que el de rivalizar con la Inglaterra; y como la mayor parte de los *Legitimistas* que gobernaban con Luis XVIII habian vivido emigrados allí, envidiando la robustez de este grande pueblo, llevados ahora al gobierno de la Francia se mostraban inclinados siempre á todas aquellas pequeñas arterias

que podian poner un estorbo en el desarrollo poderoso de ese rival, ó mas bien dicho, de ese grande modelo que les deslumbraba y ofendia al mismo tiempo.

La Inglaterra tenia indudablemente fuerte interés en que los Sud-Americanos asegurasen su independencia para asegurarse ella esos mercados. Pero, como tenia tambien grandes deberes de consecuencia y armonia que guardar con la España y con las demás potencias que la habian ayudado á derrocar á Napoleon, se abstenia aparentemente de fomentar la insurreccion de las colonias españolas, y les ponia siempre un gesto depresivo para alejarlas de su diplomacia, cumpliendo así los deberes estrictos de su posicion. Pero los ingleses, es decir, la opinion pública de Inglaterra miraban como de poca cuenta los deberes de consecuencia diplomática, y como de mucha cuenta los intereses comerciales de los mercados Sud-Americanos; y el gobierno Ingles, que en el fondo estaba del lado de la opinion de su comercio, operaba en el mismo sentido, pero nó directamente, sino apoyando los intereses portugueses del Rio de la Plata con una neutralidad acentuada. Con esto, la España tenia por enemigo posible en la costa oriental á una potencia europea; y como esta potencia era tambien de las que habian combatido á Napoleon, y la que mas estrecha union habia hecho con la Inglaterra, esta nacion ponia en jaque á la España por medio del Portugal sin salir de su papel ni faltar á los deberes de la lealtad.

La España, y la Santa Alianza que la protegia, alcanzaba bien el juego doble de la política inglesa; y el insuperable obstáculo que era para su espedicion, el no poder tomar tierra en Montevideo ocupado por los Portugueses, á

quienes protegian los ingleses decididamente. La Francia movida por sus mezquinos celos y emulaciones, deseaba remover los inconvenientes, que su lealtad para con la España le ofrecia impidiéndole de aprovecharse de los mercados del Rio de la Plata; y deseaba vivamente que esta nacion pactase algo con sus colonias para que terminara el entredicho. Pero, para ello, era condicion esencial aceptar la forma monárquica, y poner fin al escándalo abominable de que colonias españolas y católico—apostólico—romanas persistiesen en querer ser Repúblicas á la faz de las monarquias europeas. Era preciso ademas, que al tomar la forma monárquica, que exigia la decencia del tiempo, se diesen á una Casa católica, para crear intereses del mismo género que hiciesen imposible el predominio futuro de la Inglatera y de las otras razas del norte que tenian, como ella, el vicio abominable de la heregia.

A todas estas dificultades, tan absurdas como enojosas, tenian que hacer frente nuestros débiles gobiernos con una diplomacia *mendicante*, á la que todos los gabinetes le cerraban las puertas, cuando iba á pedirles que protejiesen y salvasen nuestra independencia, en nombre del propio interés de la industria y del comercio de esos mismos pueblos europeos cuyos Monarcas nos eran tan hostiles los unos, y tan indiferentes ó menospreciativos los otros. Verdad es, que todos ellos estaban fatalmente ligados con los vínculos de una *politica comun* en el exterior, que les habia impuesto la guerra contra Napoleon y contra el *Espíritu Revolucionario* que de todas partes tendia á brotar del seno mismo de la sociedad moderna contra los tronos. Hacia unos momentos que todas las casas

reinantes habian sido aliados defensivos y ofensivos en aquel sentido; y todavia en 1818 estaban formalmente comprometidos á reorganizar la Europa sobre las bases dinásticas anteriores á la Revolucion Francesa, para restaurar á cada Monarca en la posesion de todos los derechos y territorios que le correspondian por sus títulos antíguos. Asi es que por muy dispuestos que los hombres políticos del Rio de la Plata estuvieran á prescindir de los gabinetes europeos, para darse formas y constituciones análogas á la índole de sus pueblos y al genio de su Revolucion, tenian que contenerse delante de la amenaza terrible que les hacian los gabinetes de la *Santa Alianza*, decididos á proveer á la España de todos los recursos marítimos y terrestres de que pudiera necesitar para recuperar sus colonias. Todo estaba pronto para ello, y Buenos Aires estaba señalada como el punto primero del ataque.

Destituidos nosotros de crédito moral por el espantoso y tristísimo desórden en que se hallaban nuestras provincias, echadas todas ellas en una guerra civil que tenia en el esterior todas las apariencias del caos y de la barbárie, era imposible que ninguno de los gobiernos europeos quisiera arrostrar, ante los otros Monarcas aliados, la escandalosa responsabilidad de admitirnos en la sociedad de las Naciones *decentes*, para darnos la menor proteccion directa contra los auxilios y los favores con que la *Santa Alianza* y la Rusia, con todo descaro, estaban ayudando á los preparativos bélicos de la España contra el Rio de la Plata. Entre estas naciones solo dos habia en cuya política pudiese tener algun influjo la prensa

y la opinion pública: La Inglaterra y la Francia, á causa de la constitucion parlamentaria que formaba la base de todo su organismo administrativo. Pero habia una diferencia enorme entre ambas. En Francia, el réjimen parlamentario representaba el triunfo reaccionario y personal de una *vieja dinastía* y de un *viejo partido*, que armado del poder y de la fuerza, perseguia y excluia de toda influencia á los otros partidos. De modo que la opinion pública, incompleta, enfermiza, y perseguida en sus libres manifestaciones, gozaba de tolerancia apenas, pero nó de libertad política; y si ella era impotente por esto para influir en los intereses *internos* que mas de cerca le tocaban, mas lo era por consiguiente para arrastrar al gobierno en un sentido diverso de aquel en que le ponian sus pactos y compromisos con los gabinetes que habian colocado en el trono á la Dinastia reinante.

Esta dinastia, y los hombres políticos que la servian, sentian muy de cerca sinembargo el poderoso influjo de los intereses mercantiles é industriales de la produccion francesa. En ninguna parte de Europa, esta produccion contaba mercados abiertos para desparramarse y para abastecerse de materias primas como las que podia darle y retornarle el Rio de la Plata. Aquellos hombres alcanzaban bien la prodigiosa estension que esta grande fuente de cambio podia tomar en el porvenir. La Inglaterra con una política menos leal y menos severa, ó mas bien dicho—los Ingleses por aquella iniciativa propia y libre con que hacian todas sus cosas, se habian echado yá en esa esplotacion; y la España no solo los acusaba de esta infraccion irritante de los deberes que tenian para con ella, sino que

propalaba tambien que tenian la intencion de acomodar príncipes protestantes en la América del Sud, renovando los proyectos de Pitt, de Abercromby, y de otros.

Con esto, la Francia, que por todas partes no veia otra cosa que el espantajo de las rivalidades inglesas, entraba en grandes alarmas; y unas veces, para atajar en Sud-América el desenvolvimiento de la industria y del comercio inglés que amenazaba elevarse á una potencia jigantezca, otras veces, procurando tambien dar ensanche al suyo, cambiaba de objetivo con frecuencia; y tan pronto adoptaba el punto de vista español, para que la España reconquistase á la América y cerrase los mercados al comercio inglés, como adoptaba el punto de vista mercantil, y preferia que la América fuese independiente para que la industria francesa gozase de las inmensas ventajas de sus mercados. Pero ¿cómo podia una rama de la Casa de Borbon entrar en tratos lícitos con una colonia rebelada que no solo habia cometido el abominable pecado de adoptar la forma republicana, que era la peor y la mas pestilente heregia del tiempo, sino que vivia en plena demagogia? ¡Imposible! Condicion sine-qua non, el cambio de forma fundamental y la adopcion de la forma monárquica presidida por una rama de la Casa de Borbon. En medio de este conflicto, los grandes políticos franceses nos imponian mil proyectos de su propia invencion, para dar con una forma que sirviese sus intereses mercantiles y que salvase al mismo tiempo el respeto absoluto, que, segun ellos, debíamos prestar á sus dogmas políticos. Unas veces, Chateaubriand y Montmorency corrian las demas cortes europeas tratando de ligar todas las voluntades, para levantarle un trono,

á Luis-Felipe de Orleans, en el Rio de la Plata, casando á sus hijos y sus hijas presentes y futuros con príncipes españoles y portugueses. Otras veces, Villele y Metternich fijaban sus predilecciones en el archiduque Cárlos de Austria; y por fin, el partido ultra-realista, encabezado por Descazes y Dessolles preferian al Príncipe de Luca sobrino de Fernando VII.

Pero todas estas combinaciones exóticas, que indudablemente se hubieran llevado á cabo por las fuerzas de la Santa Alianza si hubiera podido combinar un esfuerzo comun, fracasaron en la tenaz oposicion de la Rusia; y vamos á ver cómo fué que por exceso de celo y de amistad por la España, ella hizo imposible todo acto sério de hostilidad combinada contra el Rio de la Plata.

La Rusia no tenia ningun interés comercial en el Rio de la Plata; por el contrario, lo tenia muy positivo en que las peleterias argentinas no le hiciesen competencia en los mercados europeos, en la escala en que podian hacérsela, desde que el *comercio libre* y la afluencia de las marinas mercantes vinieran á remover la inagotable produccion de estos vastos territorios en las mismas materias. Pero esto mismo era poca cosa comparado con otro aspecto económico y político de la cuestion. La independencia de Sud-América iba necesariamente á producir tal desarrollo en el poder marítimo de la Inglaterra, en el comercio y en la riqueza de esta nacion, harto poderosa yá, que no era dificil preveer, desde entonces, que dueña de la Asia y de los mercados sud-americanos, concentraria en poco tiempo todos los resortes del capital, del dinero y de las relaciones externas de la Europa. Semejante prevision irritaba todas las suscep-

tibilidades y los propósitos futuros de la Rusia, cuyo antagonismo con la Inglaterra habia yá comenzado en las cuestiones de la navegacion de los Dardanelos y del Mar Negro, que hoy llamamos cuestion de Oriente.

Ademas de esto, la Rusia, infatuada entonces con el poder que habia adquirido en la guerra contra Napoleon, y por el acatamiento lleno de obsequiosa deferencia con que la trataban todas las potencias continentales, no podia soportar las trabas que le oponia el enorme poder de la Inglaterra; y mucho mas le incomodaba que las libertades políticas de este gran pueblo, no solo fuesen al amparo de todos los revolucionarios de la Italia, de la España, de la Francia y de las demas partes del mundo, sino que por médio de una prensa libre, que su gobierno no podia reprimir, estuviese dando formas lisongeras á todas las quejas contra el absolutismo de los Reyes, y fomentando el espíritu liberal que tan tenazmente pretendia subvertir el órden general impuesto por las Potencias vencedoras. No contribuia poco á esta situacion enojosa y desconfiada de los dos gobiernos, el monopolio que la Inglaterra habia hecho del Portugal en favor de sus intereses marítimos, constituyéndose en protectora de la Casa de Braganza contra las pretensiones que habia avanzado la España de que esta casa se radicase en el Brasil, y de que le abandonase toda la parte de la Península Ibérica que habia ocupado antes. La Rusia, que veia en esto un *jaque maté* para escluir á la Inglaterra del Mediterráneo y del Bósforo fomentaba abiertamente esta pretension de la España, y se ligó con ella, mas y mas, á medida que la Inglaterra le resistia sosteniendo los derechos inenagenables del Portugal. La España, por consejo directo de su protectora, se apoderó por la fuerza del territorio y de la

fortaleza de *Olivenza*, que era un punto importante para amenazar al Portugal; pero este, por consejo de la Inglaterra, y contando en todo caso con su apoyo, se apoderó de Montevideo, que era la llave permanente del Rio de la Plata y de toda América del Sur, para el comercio de la Inglaterra; pues aún suponiendo que Buenos Aires recayese en poder de la España, siendo Montevideo portugues, era inglés; y siendo inglés no habia como cerrar ese Rio al comercio y á las mercaderias de aquel gran foco de produccion febril y de exportaciones marítimas.

Segura de su camino, y tranquila en cuanto á los resultados definitivos que buscaba la política inglesa afectaba una frialdad desesperante respecto de la Revolucion argentina, al mismo tiempo que la opinion pública y el poderoso comercio de Lóndres la llenaban de simpatías y de cooperacion. Gobernaba en aquel tiempo, con un imperio soberano, el famoso Lord Londonderry (Castlereagh) gefe de los toreys, hombre frio y soberbio, taciturno y descreido, que tenia á gala menospreciar la opinion pública, ateniéndose á las combinaciones admirablemente prácticas y reservadas del juicio severo y reposado que constituia toda la superioridad de su sistema. Su política respecto de Sud-América habia sido siempre la de no poner trabás á la accion libre del comercio inglés en mercaderias y en armas, y la de inclinar á los independientes á que se resignasen á cambiar su forma republicana por la de monarquías constitucionales, arreglándose, al efecto, con la España, sin tomar la Inglaterra parte alguna mas directa en el negociado.

Pero á principios de 1818 la situacion de las córtes europeas y de la Inglaterra tomaron, con respecto á la Amé-

rica, un carácter cada dia mas apremiante. La Rusia, que habia formado una estrecha alianza con la España, habia precipitado el triunfo completo del partido absolutista, clerical y reaccionario, encabezado por Eguia y Ugarte, que no tenian anhelo mas resuelto que el de volver á los tiempos de la Inquisicion, persiguiendo á muerte todo progreso y toda industria que no fuese la de hacer velas de cera y fabricar casullas para los templos. El principal agente de esta política de retroceso, segun el famoso historiador Gervinus, era el Embajador Ruso, Conde *Tatistchev*—«*Poniéndose en evidencia* « con una insistencia verdaderamente rusa, y dando pruebas « de un grande talento para la intriga, este diplómata se « habia apoderado, desde el principio, del ánimo débil del « Duque de San Cárlos; y prometiéndole las mas increibles « compensaciones y ventajas en Italia y *en el Portugal*, habia « llegado hasta hacerle esperar un casamiento entre príncipes « de las dos cortes, no obstante la diferencia de religiones que « era imposible salvar; y como habia sido el único de los « miembros del cuerpo Diplomático de Madrid, que habia « osado introducir sus manos en el lodo de la *Camarilla*, « para estrechar las de Eguia y Ugarte, habia logrado una « influencia que ningun otro ténia, pues puede decirse que era « *uno de los servidores del Rey*, como este mismo lo clasificaba « en sus cartas particulares. Hacia y deshacia ministros: cam- « bió á Ceballos, que se inclinaba á la Inglaterra, por Pizarro; « despues destituyó á Pizarro y á Garay para entregar el go- « bierno al partido *puro* de los *Anzianos*; é hizo tales prome- « sas, que Fernando mismo se dirijió al Czar el 25 de Marzo « de 1817 consultándole un proyecto para apoderarse del Por- « tugal, como *prenda*, y en compensacion ó *revancha* de las

« Usurpaciones del Brasil en el Rio de la Plata: acto, decia « Fernando, que opondria un dique á la ambicion exesiva « que los Insulares (los ingleses) desplegaban en toda la Pe- « nínsula.» La Rusia disuadió al Rey de España de la « idea de cometer semejante atentado; pero aprovechó la « ocasion para determinarlo á *someterse* á la Santa Alianza, « y le aconsejó que dirijiese sus quejas á las potencias conti- « nentales para que estas *interviniesen* en sus desacuerdos « con el Portugal, y le ayudasen todas *á someter* á sus colo- « *nias. El Czar deseaba que la Restauracion abrazase el* « *globo entero.*»

Ante este peligro, el Gabinete inglés, dirijido entonces por Castlereagh y por Canning, hizo què el Duque de Wellington propusiese un plan general de pacificacion de las Colonias Sud-Americanas, y ante todo—del Rio de la Plata, comprometiéndose la Inglaterra á reconocer como soberano á un segundon cualquiera de la familia real de España —«Pe- « ro, (dice tambien Gervinus,) los clericales y reaccionarios « que gobernaban desde la *Camarilla* odiaban toda mancomunidad con los herejes y liberales de Inglaterra; y como la prensa inglesa, el Parlamento y los emigrados españoles, alzaban su voz, desde allí, para informar al mundo del estado de las cosas en España, los que la gobernaban desataron su hostilidad contra los diarios y contra el gobierno inglés que se declaraba impotente para reprimir esas libertades insolentes que acordaban sus leyes.

Entretanto, este estado de cosas no podia mantenerse indeciso. La España estaba en una pobreza y en un retroceso espantosos. Los hombres empíricos que la gobernaban atribuian esa ruina general y esa horrible miseria á la rebelion

de la América del Sud, sin ver que la causa principal eran —«los conventos, la mano-muerta, el diezmo, las tarifas, y los monopolios fiscales,»— como dice Gervinus. Habiendo de conservarse todo esto, como era indispensable para no caer en las abominaciones de la *Reforma social* que habian alterado la quietud de tantas otras naciones, *era preciso, indispensable* buscar el remedio en la reconquista de la América por la fuerza armada para esplotar sus riquezas con gabelas; y esta era la maravillosa invencion de todo el arte político de la España, dice Gervinus *con profunda y justa ironía*.

Pero como un propósito semejante iba á levantar sérias resistencias de parte de los intereses comerciales del Portugal, de la Inglaterra y de los Estados Unidos, era imposible llevarlo á cabo sin el apoyo y la cooperacion de la Rusia, es decir, sin que las fuerzas y la política reaccionaria de la Santa Alianza se hiciesen predominantes en todos los mares y en todos los continentes.

El Embajador de Rusia en Madrid, Conde de Tatistchev era el mas ardiente sostenedor, segun Gervinus, del malhadado proyecto de someter á la América sin condiciones y por la fuerza, «pero este propósito halagaba (agrega) la ambicion del « Emperador, su amo, que encontraba un grande atractivo « en la idea de que el *poder arbitral* de la Santa Alianza se « estendiese hasta la otra parte del Oceano Atlántico. La « Francia excluida entonces de todo influjo político de las « cosas de la Europa, apoyaba estas miras, con tanto « mayor celo, cuanto que el *partido apostólico* habia conse- « guido que se confiase el puesto de Embajador en Madrid « á uno de los suyos, Montmorency, con lo que las relaciones « de las dos familias borbónicas habian tomado un carácter « mas amigable.»

Pero no eran estos grandes intereses de pura política y de conjunto los únicos que animaban el celo de los actores en este negocio. Otras razones, infamantes y propias de aquellos Beatos corrompidos, eran los que les inspiraban mayor ardor. Porque á la sombra de la diplomacia y de la gran política de aquel tiempo, Tatistchev, Ugarte, Calomarde y Eguia, se dividian en cuatro partes los tres millones y médio de pesos que les habia dejado de líquida ganancia la escandalosa negociacion y compra de los navios y de las fragatas rusas que debian servir en la espedicion contra el Rio de la Plata.—Este negociado (dice Gervinus) ignominioso y completamente impopular, vino á hacerse de peor condicion, aún cuando se vió que Ugarte, el amigo de Tatistchev, era nombrado Director general de la espedicion contra el Rio de la Plata.—« Y así fué que por sus manos tuvieron « que pasar todas las sumas de dinero destinadas á los gas- « tos. Ugarte, *con acuerdo del* Embajador Ruso, fué el « que propuso al Gefe de la Espedicion; de modo que este « Embajador, sin tomar la menor responsabilidad, era el « que disponia del Ministro de la Guerra y el que dirijia « todo este grande é importante negocio de la Expedicion « contra el Rio de la Plata » (Gervinus.)

Alentada la España con la valiosísima cooperacion que abiertamente le daba la Nacion mas poderosa del continente europeo, presentó sus reclamos al Congreso de las Potencias reunido en Aix-la-Chapelle, contra las usurpaciones que el Portugal habia consumado apoderándose de Montevideo y de la Banda Oriental del Rio de la Plata. Esta querella no tenia otro objeto que dar motivo á la Rusia para intervenir en el negócio, y para declararse el campeon de los derechos españoles, arrastrando á la Santa Alianza, con

todos sus recursos á operar la sumision de la América por la fuerza de las armas.

Para el vulgo, que no estaba al cabo de estas árduas complicaciones de la política europea, ni podia calcular la gravedad de los peligros de que estábamos amenazados, y para nosotros que vemos hoy las cosas de atrás, despues que han pasado, es fácil acriminar á los políticos del Directorio por las contemporizaciones que empleaban con la Córte del Brasil, y por la aparente debilidad con que su diplomacia se mostraba facil á dejar la forma republicana, para inclinarse bajo la exigencia que de todas partes les aconsejaban como único medio de captarse la benevolencia de las naciones europeas para salvar la independencia del ataque de las fuerzas unidas de la España y de la Santa Alianza. Es fácil decirles *ahora* que la mejor política habria sido menospreciar esas amenazas y tener el valor heroico de afirmarse cada vez mas á la bandera republicana para desafiar con ella á la Europa entera. Pero trasportémosnos á la época aciaga en que tenian lugar los hechos, pongámosnos en un pais dilacerado por la anarquia y por las facciones cuando la España era aún dueña de todo el Perú, y cuando la Europa entera se proponia, de un modo notorio, ayudarla con sus caudales y sus escuadras para someternos, sin que todavia tuviésemos reconocido por nádie el derecho de Nacion independiente, y cuando al solicitarlo nos decian:— perded toda esperanza de obtenerlo mientras no os hagais monarquía con un príncipe europeo. Y entonces, tan lejos de acriminar á los patriotas de aquella famosa Oligarquía que nos dió *independencia*, tendremos tan solo elogios que tributarles, por la energía, por la constancia y por la habilidad que desplegaron en su

política, para con el Brasil y para con los intereses ingleses por medio del *libre comercio marítimo* y *terrestre*, que, desde el primer dia de nuestra revolucion habia levantado bien alto Moreno, como el grande recurso que teniamos para salvarnos y triunfar.

Cuando el Congreso de Aix-la-Chapelle tomó en consideracion los reclamos de la España, comprendió que era preciso evitar á toda costa ese rompimiento inminente entre la España y el Portugal, porque si tenia lugar era inevitable que tomaran parte la Inglaterra y la Rusia armándose así una guerra continental, á que esta última potencia parecia dispuesta, pero que era tremenda y ruinosa para las demás; así fué que la Prusia y la Francia propusieron una mediacion para restablecer el dominio español bajo la forma de una monarquía separada, avanzando la idea de que bajo la *influencia amistosa* de la Prusia, los Estados Unidos tambien ayudarian á hacer que las cosas tuvieran esta solucion.

Cuando Pueyrredon tuvo conocimiento de estas complicaciones, que no dejaban de ser halagüeñas, creyó que podia aprovecharlas para ganar el tiempo que se necesitaba para llevar á cabo la espedicion contra los Realistas del Perú. Con esta mira nombró al doctor don José Valentin Gomez como comisionado diplomático, y lo hizo salir inmediatamente para Paris, á fin de que ofreciese entrar en acuerdos sobre las bases enunciadas por los gabinetes europeos, con tal que, como paso prévio, se hiciese suspender la salida de la expedicion *ruso-hispana* que se preparaba en Cadiz.

La Inglaterra, por su parte, aparentaba recibir con flemá-

tica indiferencia las provocaciones y los preparativos de la España y de la Rusia. Pero, por bajo de cuerda provocaba contra ellos las inquietudes de los Estados Unidos, y conseguia que el Presidente Monroe hiciese aquella famosa declaracion de que el Gobierno de Washington no admitiria que ningun poder europeo se permitiese intervenir *gratuitamente* en las cuestiones americanas; y al mismo tiempo, Canning le ordenaba al duque de Wellington, Embajador en Madrid, que ofreciese su mediacion para terminar de una manera decorosa la guerra de las colonias sud-americanas con la metrópoli. La España rechazó esa oferta en Setiembre de 1818. Pero prevaliéndose entonces la Inglaterra de la declaracion enérgica y terminante de Monroe, y dejando sentir que ella obraria en el mismo sentido si las cosas fuesen á un estremo que dañase sus intereses, consiguió inspirar un sentimiento de prudencia en el ánimo del Congreso de Aix la-Chapelle; y por comun asentimiento las Potencias se aplazó tácitamente la consideracion de los reclamos que la España habia hecho contra el Portugal, y su solicitud de que la Santa Alianza le ayudase á someter á sus antiguas Colonias.

Mas, como todos los acuerdos de este famoso Congreso europeo, eran naturalmente reservados, cuando el señor Gomez llegó á Paris todo estaba como pendiente; y no podia decirse cual seria la final resolucion de la Rusia y de la Santa Alianza respecto de la revolucion americana. Las amenazas subsistian: y la expedicion de Cadiz, fomentada abiertamente por la Rusia, y con mas ó menos franqueza por la Francia, seguia preparándose siempre en tan vasta escala, que Gervinus la llama siempre el *Grande Armamento* contra la América.

La conducta doble y solapada con que la Inglaterra habia puesto obstáculos á la accion directa de la Rusia, la osadia con que el comercio inglés movia la grande palanca de la opinion y de los intereses de la produccion en favor de la independencia del Rio de la Plata, que era el eje de toda la cuestion; y la insistencia sospechosa con que el gabinete traia siempre á discusion la conveniencia que habria para todos en pacificar las Colonias, creando en ellas una monarquia independiente, por acuerdo y con la cooperacion de las potencias europeas, habia despertado en los otros gabinetes continentales la sospecha de que previendo ella la imposibilidad de que la España aceptase esta transigencia, y de que la América aceptase por Rey un príncipe español y Borbon, procuraba preparar para alguno de sus príncipes el papel de Rey por transacion, y para ella misma la influencia absoluta en la América del Sur. Pero, como de nada estaba mas lejos su ánimo que de esta mira vulgar, el gobierno inglés ponia un esmero estricto en rehusar todo contacto con los agentes sud-americanos, y se mantenia en la mas indiferente y altiva neutralidad. Pero, de acuerdo con sus leyes y con sus intereses, toleraba el tráfico provechoso y la parcialidad notoria con que sus súbditos servian de todos modos la causa de nuestra independencia. Esta política doble era pues la que ponia en una situacion ambígua y dudosa á nuestro agente en Lóndres, el señor Rivadavia; puesto que cada dia tenia motivos para concebir una esperanza de proteccion contra la Santa Alianza, sin que tal esperanza se realizase jamás en una forma definida, y sin que dejase de ser provechosísima, aunque invisible y oculta, la influencia que la

Inglaterra seguia ejerciendo sobre nuestra causa, con una mudez é impasibilidad de verdadera Providencia.

Ella era la que indirectamente habia hecho informar al Gobierno de Buenos Aires de las inclinaciones favorables á la independencia sud-americana que comenzaban á prevalecer en la política del gabinete francés, á causa de los intereses comerciales: y mas que todo, para evitar un rompimiento entre la España y el Portugal que podia arrastrar al conflicto, irremediablemente, á las otras potencias, detrás de la Inglaterra y de la Rusia. Como el Portugal tenia intereses comerciales de primera importancia ligados á la independencia y libre tráfico del Rio de la Plata, ademas de los intereses políticos y territoriales que lo ponian en grave conflicto con la España en cuanto á la posesion de Montevideo, se aprovechaba de las confidencias del gobierno inglés, que era su declarado protector, y que era al mismo tiempo el centro de toda la diplomacia europea y colonial. Asi es que nuestro hábil comisionado en Rio Janeiro, doctor don Manuel José Garcia, á quien el gabinete portugués le suponia una decidida inclinacion por sus intereses políticos y dinásticos, quizas con razon hasta entónces, recibia constantemente una perfecta informacion de todo lo que pasaba y de todo lo que convenia hacer.

Visto pues que el momento era favorable, y bien instruido Pueyrredon de que acreditando un Agente en Paris, en el sentido de los intereses *borbónicos* y *monárquicos*, era fácil, ó probable al menos, iniciar una grande intriga protejida por la Francia, la Austria y la Prusia, es decir, por los poderes que tenian un interés apre-

miante en que la España y el Portugal no perturbaran la pacífica rapacidad con que todos ellos estaban retaceando entre sí á la Italia y la Alemania, nombró al doctor don José Valentin Gomez como hemos dicho, y le ordenó que marchase inmediatamente á Paris, para tranquilizar los celos pueriles que la Francia tenia de la Inglaterra, y para proporcionar á la primera una primacia diplomática en este negociado, que la segunda no solo le cedia, sinó que así indirectamente, y con toda sorna, le provocaba á tomar, decidida á no llevar otra mira que la libertad del tráfico marítimo. Para la Inglaterra era lo mismo que el Rio de la Plata fuera República ó Monarquía Constitucional: que el Presidente fuese judio ó católico: que la casa reinante fuese borbónica ó prusiana. Lo que ella queria, y lo que estaba resuelta á hacer triunfar en definitiva, era la Independencia del Estado Oriental *al menos*, aunque fuese como territorio portugués; y como sabia que la Francia no podria luchar comercialmente con ella, si la cuestion se reducia á estos *términos esclusivamente ingleses*, sino que le convenia todo el Rio de la Plata, ponia en todo esto una paciencia tanto mas hábil é imperturbable, cuanto que, por lo pronto, tenia resueltas en favor de su comercio todos los problemas efectivos y prácticos, desde que los ingleses y los portugueses dominaban á sus rivales en todos los mercados del Rio de la Plata. Por otra parte, la España no consentia ni consentiria jamás en desmembrar el territorio oriental, por que comprendia que en tal caso ese territorio seria un foco inextinguible de *contrabando* y de *revolucion*: que allí estarian abrigados los enemigos mas formidables de su política colonial; y esto bastaba para que

la Inglaterra supiese que manteniéndose en este admirable punto de apoyo, en que hacia girar toda la política europea al rededor de la cuestion hispano-portuguesa, tarde ó temprano habia de triunfar la Independencia Sud-Americana, que era lo que habia resuelto obtener con esa persistencia taciturna que formaba entonces el principal rasgo de la política de Castlereagh y de Canning.

Cuando el Gobierno Argentino decidió mandar salir al Dr. Gomez con toda *prisa*, la *situacion de las cosas era tan* tirante, y tan inminente el rompimiento, que todos los gabinetes *intermédios*, el Austria, la Prusia, la Holanda, y la Francia sobre todos, entraron en una alarma profunda con ese temor. Para concebir cuál seria la angustia que sintieron véase la manera con que Gervinus expone al fin esa situacion.—
« Segun las ideas de Canning, las conjeturas imponian á la In-
« glaterra una doble tarea. Ella debia colocarse firmemente
« en un terreno neutro, bien circunscrito, para mantener la
« balanza entre los *pueblos* que contendian y los *principios*
« que estaban en pugna. En cuanto al conflicto *exterior* de
« los Estados, el Ministro inglés tomó posiciones en el Por-
« tugal, donde tenia antiguos tratados y relaciones que opo-
« ner á los nuevos pactos que la Santa Alianza queria impo-
« ner á los Estados. En cuanto á los principios, Canning
« amenazó que en último caso tomaria posiciones en las
« Colonias españolas. Los diplómatas alcanzaron cuánto
« tenia de inquietante semejante actitud; y vieron desde el
« primer síntoma que las palabras *libertad política y religiosa*,
« que Canning no habia hecho sino pronunciar, resonaban al
« oido de los pueblos como una esperanza contra las pesa-
« dillas espantosas que amargaban su espíritu despues de la

« reunion y de los actos del Congreso de Viena. No falta-
« ron realistas en Francia, que, haciéndose previsores des-
« pues de los desengaños que habian sufrido, vaticinaran: que
« si los procederes de la Santa Alianza continuaban tomando
« el carácter de *guerra de principios*, la Inglaterra tomaria
« una actitud diferente; y que dado caso que las opiniones se
« convirtiesen en armas de combate, esta potencia tomaria la
« cabeza de las opiniones liberales, reconociendo las Cons-
« tituciones que emanasen de los Pueblos, para oponer la
« *Liga de las Naciones* á la *Liga de los Reyes*. Si el absolu-
« tismo estaba destinado á obtener en Europa un predominio
« asaz peligroso contra *toda* libertad, Canning preferiria
« mantenerse fiel á sus *antiguos* principios, combatir un
« extremo por otro, y levantar al Oeste (América) un baluarte
« de Estados Democráticos contra las monarquías absolutas
« del Este (continente europeo.)»

Dirigido por estas grandes miras, que nuestro famoso Dr. Moreno habia preconcebido *antes que nadie*, al romper no mas de la Revolucion Argentina en Mayo de 1810, el Gabinete inglés negoció con los Estados Unidos la famosa *declaracion Monroe* que amenazó con la intervencion marítima del Gobierno de Washington á toda potencia europea, que, sin derechos preexistentes, interviniese en la lucha de la América del Sur contra la España. Obtenida esta famosa declaracion que forma hoy una de las bases de nuestro derecho de gentes,[1] la Inglaterra sostuvo ante la diplomacia europea el

1. Ella sirvió de punto de partida á los Estados Unidos para ordenarle á la Francia imperial que se retirase de Méjico donde pretendia seguir apoyando á Maximiliano.

buen derecho con que se proclamaba este principio, dejando entender que si la Santa Alianza, es decir la Rusia, persistia en aliarse á la España, para someter á las Colonias y atacar al Portugal, la Inglaterra cooperaria en el sentido de los Estados Unidos y sostendria al Portugal por lo menos.

El Congreso de Aix-la-Chapelle por la intervencion clamorosa de la Francia consiguió disuadir á la Rusia, comprometiéndose la Inglaterra, por su parte, á no intervenir directamente en las cosas de América para favorecer un interés dinástico cualquiera, que pudiese ser obstáculo á la idea de colocar en el trono del Rio de la Plata un príncipe de la casa de Borbon, que era lo que el congreso europeo deseaba, si fracasaba la expedicion de Cádiz: expedicion que se miraba como el último esfuerzo sério que la España podria hacer contra los Sud-Americanos.

Como la travesía del Rio de la Plata á Europa era entonces muy larga, y como el Sr. Gomez tuvo que demorarse en Rio Janeiro para conferenciar con el Sr. Garcia, y recibir las últimas informaciones de que debia servirse en su mision, cuando llegó á Paris habia desaparecido yá el cuidado urgente de la ruptura, que tanto habia angustiado al gobierno francés; y aunque este gabinete miró de muy buen ojo la llegada del Comisionado, no le dió ascenso ni oidos por mucho tiempo, limitándose á hacer que el Baron Reyneval, consejero nato y décano de la diplomacia francesa, le hiciese al Sr. Gomez una visita semi-oficial: que le hablase de las simpatias del Ministerio, *sobre todo, por su distinguida persona*; y que le aconsejase algun tiempo de espera, que el ministerio pensaba aprovechar para concebir y preparar un negociado, en el que, los Sud-Americanos, los Soberanos europeos, y la España pudiesen encontrar grandes y recíprocas ventajas.

A lo que parece, el Baron Reyneval era un hombre de fácil y de amenísimo trato, sumamente entendido en las rencillas y en las crónicas internas de todas las Cortes, de un espíritu facil si nó liberal, de génio y de porte muy simpáticos, que apreció al momento los distinguidos dotes de nuestro enviado, trabándose entre ellos una sostenida y cordial amistad desde entonces.[1] Sinembargo de ella y de la amistad del Baron, ni el Ministerio, ni ese mismo amigo se resolvian á recibir la mision del Sr. Gomez como una cosa séria, para darle alguna forma práctica y abrir un negociado cualquiera. Habia pasado asi el tiempo, hasta el 1°. de Junio de 1819, en que nuestro enviado fué citado *repentinamente* (segun él dijo) á una conferencia privada con el Ministro de Negocios Estrangeros, General Dessoles.

El General Dessoles era un hombre ligero y poco sustancial que ocupaba aquel puesto como simple complemento del gabinete, y bajo la notoria direccion del Sr. Descazes. Como buen militar, tenia ojeriza con el poder y el desarrollo de la Inglaterra; y comprendia que la Francia perdia tiempo en no seguir á su rival por las mismas huellas del Atlántico. Perder tiempo era poco decir todavia: lo mas grave era, que agobiada por la inmensa deuda que le habian dejado las guerras del império, la Francia estaba despreciando las pingües ventajas del comercio sud-americano, cuyos mercados solos bastarian para enriquecerla en diez años de frecuentacion. La

1. Recuerdo bien los esfuerzos que el Sr. Gomez, siendo Rector de la Universidad de 1826 á 1832, hacia dia á dia, por radicar como testo del Estudio del Derecho de jentes un librito bastante vulgar que el Baron habia escrito sobre la materia, y que buscaba su mercado en la América del Sur con bastante instancia.

llegada del Dr. Gomez á Paris habia despertado las ideas y la discusion en este sentido. El Abate Deprat, subvencionado por el gobierno argentino, repetia cada mes sus luminosos opúsculos sobre las ventajas que llamaban á la Francia á unirse con la Inglaterra para reconocer la independencia de la América del Sur, y desatar su comercio en estas feraces regiones. Con todo esto, el gobierno formó el antojo pasagero, é insustancial á la verdad, de ver si podia dar una *realizacion decente* á la independencia sud-americana, resolviendo con ella el problema internacional de acuerdo con la *infatuacion dinástica* del gobierno francés y con los intereses comerciales del pueblo; y habiendo inventado un gran proyecto, el Ministro llamó al Sr. Gomez á la conferencia mencionada para deslumbrarlo con aquella maravilla política, que resolvia, como por encanto, todas las dificultades de la independencia de Sud-América y de la Europa.

Oigamos á nuestro Enviado, trascribiendo algunos pasajes de la preciosa nota con que dió cuenta á su gobierno de lo que habia ocurrido entre él y el General Dessoles. —«Despues de haberme hecho S. E. un largo razonamiento « sobre los grandes deseos del ministerio por el feliz resul- « tado de la gloriosa empresa en que se hallaban empeñadas « esas Provincias, y al mismo tiempo sobre los considerables « embarazos que le impedian tomar una marcha determina- « da, activa, y *manifiesta para protegerlas*, pasó á decirme: « que preocupado de sus verdaderos intereses, habia llegado « á convencerse que estos se encontraban intimamente « *ligados con la forma de Gobierno* que se dieren, bajo cuyo « influjo pudiesen gozar tranquilos de los beneficios de la « paz; y que él creia no debia ser otra que la de una Monar-

« quia Constitucional, fijándose en un príncipe de la Europa « cuyas relaciones añadiesen al Estado una nueva respe- « tabilidad, y facilitasen el reconocimiento de su independen- « cia nacional. Que penetrado de estas ideas, habia llegado « á *ocurrírsele* un pensamiento que consideraba *feliz*, é iba á « exponérmelo con la mayor sinceridad, proponiéndome « un príncipe cuyas particulares circunstancias eran las mas « oportunas para que se allanasen todos los obstáculos con « que podia tropezar un proyecto semejante, *atendidos los* « *diferentes intereses de las principales naciones* de la Euro- « pa, y la *variedad de las miras políticas* de sus respectivos « gabinetes. Que este era—el Duque de Luca, antiguo here- « dero del reino de Etrúria, y entroncado por línea materna « en la augusta Dinastia de los Borbones. Que consideraba « que su eleccion no infundiria celos en las cortes principa- « les, antes bien encontraria la mejor acojida en sus sobe- « ranos, principalmente en los Emperadores de Austria y « de Rusia abiertamente decididos por su persona, y en « mayor grado *por los intereses generales del continente.* Que LA INGLATERRA NO ENCONTRARIA UN MOTIVO JUSTO Y DECENTE PARA RESISTIRLO. Que S. M. Católica (Fernando VII) no miraria con desagrado un sobrino suyo sentado en el trono de unas provincias que habian sido de su dominacion, y de quien podia esperar algunas consideraciones al comercio de la Península, al menos las que fuesen compatibles con la in- dependencia absoluta de la nueva nacion y política de su gobierno. Pero que particularmente S. M. Cristianísima (Luis XVIII) cuyos sentimientos le eran conocidos, le miraria con especial complacencia, y emplearia en su obséquio sus altos respetos y su poderoso influjo con los demás soberanos,

sin perdonar cuantos otros médios estuviesen á su alcance para protejerlo; «bien fuese por los auxilios de toda clase « que fuesen necesarios, bien para convencer á S. M. Católica « que desistiese de la guerra en que se hallaba empeñada « con esas Provincias. S. E. (dice el Dr. Gomez) se detuvo « en varias otras observaciones que seria difícil detallar, pero « particularmente en las del caracter personal de S. A. el « Duque de Luca, ponderándome los principios de su edu- « cacion, análogos á la ilustracion actual de la Europa, y la « liberalidad de sus ideas *enteramente contrárias á las que « dominan el ánimo* de S. M. Fernando VII, *tan estraviado* « de la política adoptada por los demas soberanos para el « gobierno de sus Pueblos.»

Despues que el Dr. Gomez pone en toda su luz el juego de este nuevo *vendedor de Elixires* políticos, que le ofrecia uno tan maravilloso con el cómico *per poco ve lo do* del celebrado Duleamara, agrega:—«Debo confesar sinceramente « que quedé sorprendido al escuchar la indicacion de un « Príncipe sin respetabilidad, sin poder y sin fuerza, para « presidir los destinos de unos Pueblos *que se han hecho « dignos de la expectabilidad de la Europa*, y que han com- « prado su libertad al caro precio de tantos y tan extraordi- « narios sacrificios. Pero, mientras S. E se difundia en « sus *largas reflexiones*, yó me preparaba á una contes- « tacion, que, sin herir directamente su amor própio, dejase « á cubierto los sagrados intereses de nuestro pais, y *puesto* « en puntual ejecucion el artículo 7 de mis instrucciones.»

A lo que he podido averiguar, por meras referencias de amigos íntimos del Sr. Gomez, el art. 7.º de esas instrucciones decia —que dado caso de que el Agente se viese estre-

chado sobre la aceptacion de una monarquia y de un príncipe determinado, asegurara que las ideas y las miras del Gobierno tendian á lograr algo en ese mismo sentido, por que conocia que era de todo punto indispensable; pero que, como el modo práctico de conseguirlo *no tenia antecedentes*, ni habia podido *ser previsto* en cuanto á la persona del Monarca *que la Francia preferiria*, el Enviado debia contestar que iba á dar cuenta, con tal que adelantando las inclinaciones favorables que su gobierno tenia, *en general*, por el objeto, se recabasen antes cuatro condiciones: — 1.ª el reconocimiento de la independencia por parte de la España y cesasion de armamentos, sobre la base dicha:—2.ª la aprobacion y cooperacion de la Inglaterra y de Portugal, cuyas hostilidades no podria soportar el gobierno Argentino en ningun caso:—3.ª Desocupacion y entrega de la Banda Oriental, y—4.ª Que la Francia, y que los Estados que debieran cooperar con ella, proveyesen al nuevo monarca de todos los recursos y médios bélicos necesarios para mantener en el exterior lo que se pactase, y para consolidar su poder en el interior, donde habia facciones que probablemente lo resistirian. El enviado quedaba autorizado ademas, para hacer prudentemente sus reflexiones y tomar resoluciones en el todo ó en la parte sustancial de estas condiciones, de acuerdo con los peligros que encontrase, ó con las ventajas que se propusiera obtener *gradualmente*.

Nuestro enviado opuso pues estas escepciones á las insinuaciones del Ministro francés, espresando sus temores « de que — «ninguna de estas ventajas podia prudentemente « esperarse de la eleccion de su Alteza el Príncipe de Luca; « quien, además tenia la desfavorable circunstancia de hallar-

« se soltero, y de consiguiente sin sucesion; lo que dejaba ex-
« puestas á estas provincias á un interregno, siempre peligro-
« so y funesto.» No bien cometió el Dr. Gomez este desliz, cuando el Ministro francés, aprovechándose de él, respondió vivamente á todo, asegurándole:—« que seria del particular
« cuidado de S. M. Luis XVIII, recabar de S. M. Fernando
« VII la terminacion de la guerra y el reconocimiento
« de la Independencia del Rio de la Plata y de Chile.
« Que el principe de Luca se enlazaria con una de
« las Princesas del Brasil, bajo la expresa condicion
« de evacuarse la Banda Oriental, renunciando el go-
« bierno portugués á toda indemnizacion, por cuyo médio
« quedaria bien asegurada la sucesion á la Corona. Que
« S. M. Luis XVIII contribuiria con auxilios *de todo género,*
« *en los mismos términos con que los habia proporcionado para*
« *un principe de la sangre*, y que sobre todo (volvió á repe-
« tirme) se emplearian todos los médios posibles para hacer
« realizable el proyecto, y con él, la prosperidad de esos
« Pueblos.»

Despues de semejantes aseveraciones el Ministro Argentino debió quedar plenamente *sátisfecho* si su mision era sincera en el sentido de obtener *la creacion de una Monarquia*; ó profundamente *desconcertado*, si su mision importaba solo una *intriga* para ganar tiempo sobre la España y la Santa Alianza. Nada se le habia negado en el primer sentido; mas, por lo mismo quedaba chasqueado y derrotado en el segundo.

Pero el Dr. Gomez sabia muy bien á qué atenerse sobre os proyectos de monarquia; y sabia que en boca del gobierno directorial, es decir—en boca Pueyrredon y de Tagle, esos

proyectos no tenian nada de sério, ni otro fin que acabar la liberacion de Chile en 1819, para conquistar el Perú, y reforzar el Rio de la Plata, trayendo nuestro Ejército. Así es, que desconcertado al ver que el Ministro francés le facilitaba todo el negociado en el *sentido oficial* de su mision, apeló á su falta de instrucciones respecto de la persona del Príncipe de Etrúria y de Luca, y á la sorpresa que debia producir en Buenos Aires la proposicion de un príncipe, como ese, sin notoriedad personal y sin respetabilidad dinástica, para gobernar territorios tan importantes y ricos como los del *Vireinato arjentino* y los de Chile reunidos en una misma Corona. Así fué que contestó que daria cuenta circunstanciada á su gobierno exigiéndole las instrucciones necesarias. El Ministro francés se convino *fácilmente*, repitiéndo que mientras se recibian las órdenes convenientes, *él jiraria la negociacion hasta ponerla en el mejor estado posible, lisonjeándose del mejor resultado con respecto á los gabinetes que debian intervenir en este negocio*..... «No es de « mi resorte abrir dictamen (agrega el Enviado) sobre las « ventajas ó desventajas que pueda prometer este proyecto « á las Provincias Unidas de Sud-América»; pero pedia que se tuviese presente que la Santa Alianza estaba resuelta á estinguir todas las Repúblicas, como ya lo habia hecho con Génova, Venecia y Holanda; que el Congreso de Aix-la-Chapelle habia celebrado una convencion *secreta* con el fin de imponer lo mismo á la América del Sur, si resultase que la España era impotente para restablecer su dominio, con los recursos y médios que preparaba para ello haciendo un esfuerzo supremo. El Rey de Portugal promovia tambien este mismo pensamiento por médio de sus ministros con

particular interés. Y el Dr. Gomez creia que llegado este caso era imposible que las cinco grandes Potencias pudiesen acordar sus divergentes miras é intereses en la eleccion de una dinastia principal, y temia que al fin viniesen todas ellas á fijarse é insistir en algun principillo de segundo órden, como ahora se veia.

El señor Gomez le hizo presente al Ministro francés que siendo notorio que la España alistaba una espedicion contra el Rio de la Plata, parecia natural que el *primer paso* del Gobierno francés, yá que proponia una solucion al conflicto, fuera el de convencer á S. M. Católica de que diera otra direccion á esas fuerzas. El Ministro francés *le significó* que se practicaria esta diligencia;—«Pero no se me ha dado hasta el « presente (agrega) la menor idea de su resultado, ni parece « facil que pueda ser convencido el Rey Fernando. El « hecho es, que algunos navios salieron para el Pacífico [1] y « *que el apresto de la grande escuadra continúa con el mismo* « *ardor* que de *antemano*. La marcha que hasta el presente « ha seguido el gobierno francés tampoco parece bien avenida « con esos sentimientos favorables á la libertad de las Provin- « cias Unidas de Sud-América. En Burdeos se han construi- « do buques de guerra y fletado trasportes para la expedicion « de Cadiz, á pesar de las reclamaciones de la Cámara de « Comercio. En el Senegal se halla detenido el valor de « algunas presas con su cargamento, sin que hayan bastado « las reclamaciones hechas por el caballero Rivadavia, y « repetidas por mí, para su entrega. No han sido suficien- « tes cuantos arbítrios se han tocado para que este minis-

1. La espedicion de la *María Isabel*. Véase pag. del vol.

« terio nombre un Consul. Muchas veces ya han sido « contrariados los esfuerzos de varios miembros de la Cá- « mara de Diputados, que han querido reclamar una con- « ducta mas decidida en favor de las Provincias del Rio de « la Plata y *mas protectriz del comercio francés*.—Todo esto se « procura cohonestar con la posicion *delicada* de la Fran- « cia »....Y para que se vea cuán ageno estaba nuestro enviado, y el gobierno de Pueyrredon, de haber llevado conato alguno monárquico, ó de haber entrado en una conjuracion ó proyecto con este fin, oigámosle cuando agrega—« Pero « ¿qué sabemos si en el Rey de Francia obran los intereses « de familia, y en el gabinete el de una perfecta inteligencia « con la España, *para alejar el influjo de la Inglaterra, que « es el objeto de los cuidados de todos los gobiernos del conti- « nente, y particularmente de la Francia?* »....Despues de esta indicacion de las desconfianzas que le inspiraba el proyecto, el señor Gomez decia: que para él, era indudable que si la España salia fallida en el esfuerzo que iba á ensa- yar, este proyecto de coronar al Príncipe de Luca iba á con- vertirse en una resolucion decidida de la Santa Alianza.— Interesa á todos los Estados del Continente que en las Provincias del Rio de la Plata se eleve un trono, sobre el cual se siente un Monarca *independiente de la influencia de la Inglaterra*: bien sea para contrapesar con el tiempo su poder colosal en el mar; *bien, para disminuir en ellas* la introducion de sus mercaderías por la libre entrada de la pro- duccion las demas Naciones. Además de que, decia tambien el Enviado, quizás éntre en las ideas del gabinete francés brindar al Austria con el Estado de Luca, para que sea aco- modado el hijo de Napoleon; lo cual aquietaria las aprehen- siones que dá este rival.

Para reforzar sus insinuaciones y sus ideas, el Ministro francés le hizo dar al señor Gomez un *memorial* (que este *atribuye* al Baron de Reyneval) dirijido á demostrar las conveniencias del proyecto; que tenia probablemente por objeto trasmitir al gobierno argentino la demostracion de sus ventajas, en una forma mas *genuina* y *mas desembarazada* que la que emplearia, quizas, en su propia relacion, el mismo Enviado. Decia el redactor de ese memorial, que el gobierno francés tenia que obrar con la mayor circunspeccion para allanar obstáculos *procedentes de las circunstancias políticas, principalmente* por parte de la Inglaterra. Esto era causa de que el gobierno francés no demostrara todavia todo el deseo que tenia de relacionarse con el gobierno de Buenos Aires—« pero que no despreciaria proporcion alguna favorable para darle pruebas convincentes del interés con que lo miraba;» y la primera de estas pruebas era el negociado que ofrecia para coronar allí al Príncipe de Luca—« al que daria el socorro necesario, tanto « en fuerza marítima, como en tropas espedicionarias. Aunque este príncipe, de 18 años, es Borbon y sobrino de « Fernando VII, no hay temor de que sea contrário á los « Sud-Americanos, cuya causa abrazará con entusiasmo. « Posee cualidades eminentes, y una educacion militar de « las mas cuidadas; así es que, bajo todos respectos, ofrece « una perspectiva la mas lisongera.» Seguia el *Memorial* hablando del casamiento con la princesa del Brasil, y de la consolidacion en una sola corona de *todo el Virreinato y de la intendencia de Chile*. « Por lo que respecta á los Estados « Unidos, como ellos no tienen que temer *mas que á la* « *Inglaterra*, y como está en sus intereses vivir en buena

« armonía con la América del Sur, es evidente que no se-
« rian difíciles de vencer los obstáculos, que, por parte de
« ellos, pudieran presentarse para el establecimiento de un
« gobierno monárquico.»—Con este motivo, entraba el Memorial en otro órden de consideraciones, y examinaba las ventajas internas que hacian de la monarquía la única forma de gobierno posible en estos paises.—«Se asegura (ob-
« servaba) que en el Rio de la Plata hay un partido poderoso
« que insiste por la forma republicana,» pero haciendo á un lado el ejemplo de los E. U. que *no era posible aceptar* en el Rio de la Plata por las diferencias y el *anti-organismo natural* de las cosas, era preciso, segun aquel oráculo del Olimpo, para hacer una República, que el territorio fuese *muy limitado*; y como si en las Monarquías constitucionales no fuese lo mismo, y la Francia misma no fuese yá un ejemplo bien triste de ello, añadia.—« La fuerza de una república consiste en que haya costumbres depuradas, en que haya armonía de intereses en las clases, y deseo sincero en cada particular de contribuir al bien general: »—
« en una palabra: se requieren virtudes que son muy raras
« en nuestro siglo:»—*ergo*—es mas ventajosa la monarquía, que no requiere esas condiciones, que la república que no es posible sin ellas.

Es verdaderamente cosa de reir el pensar que semejantes desatinos pasáran entonces por apotegmas; y que no se comprendiera que entre el absolutismo y el liberalismo constitucional, no hay términos médios monárquicos ni estremos republicanos; porque una y otra forma, cuando las sociedades oscilan, se mueve y se derrumba porque se mueve el terreno, así como tienden á tomar el mismo centro de gra-

vitacion cuando el sacudimiento normaliza otra vez las ideas y los intereses populares. Pero el Nestor aquel de la política francesa, que escribia el memorial, era demasiado empírico para ver todo esto. La *República* francesa era para él el tipo de todas las Repúblicas posibles: el *Império* el tipo de las perturbaciones: la *Legitimidad* el tipo de las organizaciones definitivas. De modo, que, por la luz misma de los sucesos y por la intuicion del patriotismo, los Cívicos de Buenos Aires, que querian ser republicanos á todo trance, como las masas enérgicas de las demás provincias, tenian un espíritu político mil veces *mas práctico* y *luminoso*, sobre las condiciones normales de la organizacion republicana, que los Consejeros que pasaban por luminares en los Congresos de Viena y de Aix-la-Chapelle. Y no es broma: ahí estan los hechos aquí, y las consecuencias allá de la famosa *fórmula definitiva* de la Legitimidad monárquica. Así pues, el Memorial decia *ex solio*: el pais de « Buenos Aires y Chile carece de la *mayor parte* (esta divi- « sion en *partes* es curiosa) de los elementos necesarios « para ser República; » y como la ciencia política de los franceses ha tenido siempre una ineptitud genial para comprender aquello que es *articulado* y que no responde á la unidad y concentracion de todos los resortes administrativos, el Memorial decia con aplomo:—« Son paises demasiado es- « tensos: su civilizacion es muy reciente, y lejos de haber « tocado á su término las pasiones están en lucha continua: « en una palabra, la anarquía ha llegado á su colmo:» *Ergo*, el único remedio es la monarquía Constitucional y la Legitimidad». Enhorabuena, si hubiera sido posible: habria sido la monarquia inglesa; pero si no era posible ¿hay remedios im-

posibles pàra males presentes? la naturaleza y la ciencia no conocen otros que el dejar al cuerpo social mismo que evolucione libremente, en su sentido, buscando instintivamente su salud; y por muy poderosa que sea la política de un gobierno presente, todo en ella se reduce á retardar ó perturbar las crisis ó los progresos en este sentido: *Deus ex machina.*

Dada la monarquía argentina del Príncipe de Luca, el Memorial nos daba paz octaviana y amistad influyente con todas las Naciones y los Monarcas del mundo: felicidad celestial y derechos asegurados: comercio simpático y riquísimo: agricultura y produccion abundante: las artes y las ciencias florecientes: inmigracion para poblar esos desiertos estériles que seran al instante trasformados en una maravilla de cultura: saldrán á la superficie, como de suyo, los tesoros que la República dejaria siempre cerrados en el seno de la tierra y de las minas; y mil pueblos con rentas inagotables brotarán bajo el cetro de Sus Altezas el Príncipe de Luca y su nítida esposa la hija de la Carlota Borbon. Léase el memorial, y se verá que no exageramos: todo esto es textual.

« Se tambien, decia el Memorial, *que hay en las Pro-*
« *vincias Unidas un partido considerable por los ingleses* . . . .
« Supongo que la Inglaterra coloque un príncipe de su casa
« en el trono de la América del Sur, y que por el ascen-
« diente que ha adquirido en la Europa, en virtud de largas
« guerras que siempre ha costeado, *y que estaban en sus inte-*
« *reses*, pueda poner aquellos paises al abrigo de nuevas
« guerras y darles una fuerza física que cimentase su poder:
« ¿Se cree por esto que el pueblo seria dichoso? ¿En qué
« consiste la felicidad de un pueblo? ¿y principalmente de
« un Pueblo como el de las Provincias Unidas, que trabaja

« tanto tiempo há por conseguir ese estado de independen-
« cia, que debe formar su gloria, y asegurarle una felicidad
« á la que tiene derecho despues de tantos sacrificios?

« 1° En egercer sus derechos naturales.

« 2° En egercer libremente *la Religion que profesa* y
« cuyas verdades saber conocer y apreciar.

« 3° En *conservar* ese carácter nacional que constituye
« el buen espíritu social que distingue yá á los habitantes
« de la América del Sur.

« Ahora pues ¿qué se podria esperar, bajo todos estos
« respectos, de la Inglaterra ó de un Príncipe *imbuido hasta*
« *el fanatismo* en los principios de su nacion? Habrá que
« temer, si nó el trastorno de la religion católica dominante
« en el pais, al menos su envilecimiento, ó quizás guerras
« intestinas de religion que causarian la desgrácia de los
« Pueblos. Además, el carácter inglés, tan opuesto *al de*
« los Americanos civilizados, induciria á actos contrários
« á la felicidad social; y haciéndose odioso á los hijos del
« pais, irritaria su amor própio, arrebatándolos por ven-
« ganza, si nó á destruir la nacion que la exitaba, al menos
« á debilitarla de modo que pudieran manejar las riendas
« sin obstáculo. Por esta pintura que es demasiado cierta,
« se verá, que, lejos de que por ese modo se hubiera estable-
« cido, sobre bases sólidas, el edificio *que se ha empezado á*
« *construir tan bien*, se destruirian sus fundamentos, y vol-
« veria á caer en la esclavitud *un pueblo que merece mejor*
« *suerte.* »

Hemos trascrito todo este trozo, porque él nos dá una idea acabada de cómo concebian el progreso moral y libre de los pueblos, los políticos europeos de la Santa Alianza.

Cada pueblo era y debia ser, segun ellos, un estanque de aguas destiladas, perfectamente limpio de toda mezcla con otros estanques, para que no se desnaturalizase su estirpe y sobre todo su religion. Y bajo la infatuacion de tan absurdo sistema, perdian de vista el mundo de las realidades, la combinacion de razas y de intereses que forma el comercio, la propagacion espontánea, latente y persistente de las ideas; y las influencias, no solo poderosas sinó fatales, incontenibles, con que todas estas causas alteran las sociedades humanas, dando á las unas los mismos gérmenes de trasformacion que operan en las otras.

Todos esos males indispensables, que el Rio de la Plata debia atraerse si se ponia bajo el influjo de los intereses y de las ideas inglesas, se convertian en bendiciones del cielo aceptando al Príncipe de Luca. «Con él *no habia que temer el envilecimiento* de la religion, decia el Memorial, antes bien esta hallaria un apoyo sólido y exento de fanatismo; y el mismo Príncipe se haria tan americano que no tendria otro objeto que hacer florecer la Agricultura, las Artes, las Ciencias, y el Comercio, para atraerse con sus beneficios el amor de sus vasallos. ¡Qué vulgaridad! qué impotencia! La Francia debia haberse agarrado para ella el muñeco que era capaz de producir semejantes maravillas, pues bien las necesitaba; pero preferia decirnos como Dal-camara *per poco, per poco ve lo dó.*

Hé aquí todo el fundamento del Proceso de *Alta Traicion* y *Monarquismo* con que el Gobernador Sarratea habia tratado de perseguir á Pueyrredon y á los miembros del Congreso. Verdad es, que los rumores vulgares le habian dado á este asunto, cuyos detalles se ignoraban, el caracter de una

conspiracion tenebrosa y horrenda tramada por las Lógias masónicas de los Directoriales. Habia contribuido á ello la naturaleza *reservadísima* de la discusion. El ministro francés miraba sus insinuaciones como un acto confidencial y de grande deferencia para con el Enviado Argentino. Entraba naturalmente en sus miras que la Inglaterra no conociese las ideas que emitia respecto de sus condiciones sociales y de su política; y no le convenia tampoco que las otras potencias de la Santa Alianza conociesen, *antes* de tiempo, el paso que daba. Era pues indispensable que el Enviado Argentino recomendase la *reserva* absoluta de lo que comunicaba, como una condicion necesaria para mantenerse en el buen aprecio del Ministerio con quien habia ido á tratar; y no era decente ni admitido por los usos diplomáticos, que el gobierno que habia acreditado á ese Agente violase el total secreto de las comunicaciones confidenciales hechas por el gobierno francés al Agente argentino. Pero los partidos y los enemigos políticos del Directorio no admitian la legalidad ó la fuerza moral de estas reglas fundamentales de lealtad; y de la reserva deducian pérfidamente la complicidad y la criminalidad, agrandándose el rumor mas y mas, con caracteres mas lúgubres cada dia.

Absurdo era retrotraer á Pueyrredon la responsabilidad del proyecto de la monarquia del Príncipe de Luca. Por las comunicaciones del Dr. Gomez, se vé que ese proyecto tuvo origen espontáneo en el Gabinete francés; y que cuando llegó á Buenos Aires la Comunicacion del Agente, que fué *la primera vez* que se supo tal proyecto, yá Pueyrredon habia salido del Gobierno y le habia sostituido el General Rondeau. De las mismas piezas resultaba ademas, que las instrucciones del

Agente no solo habian sido completamente ajenas á esa novedad, sino que no eran determinadas á otra cosa que á ganar tiempo y á estorbar que saliera de Cádiz el armamento y espedicion española.

Pero es preciso tener presente tambien otras circunstancias que contribuyeron á la alarma del pais por este asunto tan ridículo en el fondo. El General Rondeau, que era hombre sin critério própio, tenia al mismo tiempo un patriotismo purísimo y nada le costaba para salvar la pátria. El no sabia ni entendia cómo debia operarse esa salvacion; pero estaba dispuesto á hacer, lo que le exigieran con ese objeto, aquellos otros hombres y funcionarios sobre quienes reposaba la situacion presente. Los momentos en que llegó la famosa nota del Dr. Gomez eran terribles, de aquellos que añublan los ojos mas claros, que perturban las mentes mas tranquilas. En todo el interior se desmoronaba á pedazos la organizacion legal del pais: las provincias estaban en disolucion completa y en tremenda guerra civil de unas contra otras: la Capital amenazada: los ejércitos sublevados y disueltos: las masas en anarquia y en armas: las facciones alborotadas yá en la capital: el Portugal á nuestras puertas y dueño de los Rios interiores: la España pronta á aparecer con 20 mil hombres y con 212 buques!

En horas tan aciagas, cuando ningun recurso sério quedaba para resistir á tal cúmulo de males, llega una propropuesta de la Francia, como la que hemos visto, prometiéndonos dinero y fuerzas, á trueque de que con un principito nos salváramos de la *barbarie interna, y de la conquista vengativa del Soberano á quien habiamos sido rebeldes y traidores segun la ley de las naciones.* ¿Qué hacer?

¿No era racional pensar y reflexionar maduramente, antes de rechazar el único médio de salvacion que la vista humana podia distinguir y aceptar, como efectivo, en aquel caos?

El general Rondeau, que por algun tiempo habia mantenido la nota del Dr. Gomez sin darle curso, se resolvió á mandarla al Congreso exijiendo la mas estricta reserva, y pidiendo que el asunto se tratase en *sesiones secretas* como lo exijia su propia naturaleza diplomática. En el oficio de remision, el Director le decia al Congreso que habia conferenciado con el americano D. Mariano Gutierrez Moreno conductor de iguales pliegos que Irizarri dirijia al gobierno de Chile, y que *segun aseguraba dicho Gutierrez Moreno*— «Los Comisionádos Rivadavia y Gomez le habian encargado « á él mismo, con el mayor encarecimiento, que hiciese « presente á este gobierno que *no dejase escapar* una ocasion « tan favorable y de tan conocidas ventajas para el pais. Con estos datos remito á Vuestra Soberania la nota, recordando, para la resolucion, el *triste estado* en que se hallan estas Provincias, y la suerte que se les depara, suplicando al mismo « tiempo se sirva Vuestra Soberania tomar en consideracion « este asunto con preferencia á cualquier otro, por el gran- « de interés que envuelve, por que hay ocasion próxima « de instruir sobre la materia al Enviado Gomez, y por que « segun la resolucion que se adopte *podrá suspender* en « todo la expedicion española proyectada contra esta parte de « América.»

No hay duda que á ser cierto el aserto del Sr. Gutierrez Moreno, los SS. Rivadavia y Gomez eran, cuando menos, aceptantes y recomendadores de la Monarquia del Príncipe de Luca, que, á la verdad no era menos ridícula y efímera que

la de los Incas inventada por el General Belgrano. Esta tenia al menos el mérito de la audacia inesperada de la concepcion mientras que la otra no tenia otra recomendacion que la rutina del mundo viejo y caduco. Rivadavia era monarquista declarado desde 1814 como el mismo lo confiesa segun hemos visto antes[1] y el Sr. Gomez se habia sometido, por lo visto, á las ideas de su amigo, dominado tambien, como aquel, por los poderosos influjos del espectáculo europeo. Pero esa tímida y desconfiada recomendacion con que ellos envian su proyecto absuelve á Pueyrredon y á Tagle, á quienes ellos suponian todavia en el Gobierno cuando dirigian su nota. ¿Por qué los dos Agentes recomendarian al Gobierno que no *dejase pasar una ocasion tan favorable* como la de este proyecto, y *de tan conocidas ventajas*, si no fuera por que ellos conocian de antemano que Pueyrredon y Tagle no estaban inclinados á aceptarla? ó cuando menos, que estaban muy indecisos? No se recomienda *encarecidamente* un asunto sino ante aquel que lo *ignora* ó que *no está comprometido á aprobarlo*. Luego las instrucciones verdaderas que el Sr. Gomez habia recibido del gobierno de Pueyrredon para desempeñar su mision, no estaban concebidas en el sentido de la monarquia; puesto que si lo hubieran estado, el Agente no habria *recomendado* el resultado como una buena ocasion *que debia aprovecharse*, sino que lo hubiera presentado como *el éxito mas cumplido de su mision*.

El general Rondeau pasó el asunto al Congreso el dia 26 de Octubre de 1819 en el caracter de *negocio reservadisimo*. Pero á pesar de ello, esparciose muy pronto por el pueblo un

1. Vol. pág.

rumor sordo y tormentoso de que los Diputados estaban traicionando á la Pátria y ocupándose de un proyecto horrendo para entregarla maniatada al Portugal y á la Santa Alianza en confabulacion con Pueyrredon y con Tagle, que eran los *mefistófeles* infaltables de toda clase de maleficios en aquel tiempo.

El Congreso, por el contrario, cumplia noblemente con sus deberes al ocuparse asi de este negocio, ridículo en sí mismo, grave por las fatales combinaciones *internas y externas* que formaban de él un singular y sério conflicto, para el orden público en un sentido, y para nuestra independencia en el otro. Preocupándose de ambos intereses á la vez, el Congreso opinó, en cuanto á lo primero:—«que la propuesta « del Gabinete francés era *incompatible* con la Constitucion « que acababa de ser sancionada y jurada solemnemente; y « que importando un cambio de la forma de gobierno, no po- « dia ser discutida ni resuelta sino por el Senado próximo, « que todavia no existia, y con los procedimientos constitu- « cionales previstos para estos casos.» Esta era la única resolucion legal y posible que el Congreso podia tomar; y tomándola, se puso en efecto, á cubierto de todo cargo, de toda responsabilidad. Pero el Congreso era ademas un cuerpo del Estado puesto en lucha y en conflictos con la España, con la Santa Alianza, con el desorden interior; y los intereses vivos del pais, en las graves emergencias de esa lucha, no podian resolverse por principios abstratos de legalidad, sino que era preciso descender *á los hechos* y tomar los negocios del Estado en el caracter que les imponian las fuerzas esternas, que pesaban sobre nuestra suerte y sobre nuestro porvenir.

El Congreso habia pues establecido, con esa resolucion, lo que la legalidad le imponia. Pero la política y la Diplomacia le exijian tambien que salvase al pais en el terreno de la intriga europea, donde la legalidad interna era impotente; y procediéndo entonces con una grande habilidad, el Congreso acallaba sus escrúpulos diciendo—Que en el concepto de que la tal propuesta era un mero proyecto, *convenia ganar tiempo* y *sacar provecho*, aceptándolo como base de una negociacion larga que necesariamente *vendria á ser cruzada* por la Inglaterra,—«potencia á la que no le convenia por ningun lado « que otra potencia de primer órden, como la Francia, com- « binando sus intereses con la Rusia, el Austria y la Prusia, « viniesen á perturbar la preponderancia de los intereses « británicos en estos paises, pasando el poder á un Príncipe « que seria sostenido por aquellas potencias, *para conciliar* « (se dice) pero mas *bien—para subordinar los intereses de la « América* al influjo de la *política continental europea*». Aquí quedaba pues, resumida la idea sustancial y desfavorable que el Congreso formulaba sobre el proyecto en cuestion.

Pero en el interés de sacar ventajas para la independencia y de ganar tiempo para adelantar las operaciones militares de nuestros ejercitos sobre el Perú, y los preparativos de defensa contra la espedicion de Cádiz, añadia el Congreso. «Pero como *ahora* no se trata de *aprobar* ó *ratificar* un trata- « do sino de un mero proyecto, el *interés del pais*, la *política* « y las *mismas críticas circunstancias* de que nos hallamos « rodeados, sin recursos para concluir una guerra tan « dasastrosa y prolongada, *en médio de estar nuevamente « amenazados* de las formidables fuerzas que prepara el obstinado é implacable orgullo español, nos imponen el

deber de —*sacar de aquella propuesta* el mejor *partido posible á beneficio de nuestra independencia, y suspender así, si se puede, los preparativos de la grande expedicion destinada á subyugar estas provincias*; y tambien para que los ministros « de las testas coronadas se acostumbren á ir venciendo la « repugnancia que siempre tienen á *entrar en relaciones con* « *los Enviados de las Repúblicas* nacientes, á quienes, por « mucho favor, se les considera como existentes de *hecho*... « Nosotros podemos tambien *diestra* y *sigilosamente* dar cono- « cimiento al ministerio inglés de las ideas y propuestas que « nos presenta el Gabinete de Paris, para que aquel ministe- « rio reconozca nuestra independencia, y nos ayude á soste- « nerla; y con todo esto nos tomaremos tiempo para *arreglar* « nuestro interior, *preparar* nuestra defensa, y ponernos en « un pié respetable que nos proporcione mayores ventajas en « *este* ó en cualquiera *otro* tratado: *cuyo resultado, en último* « caso, quedaria siempre sujeto á la aprobacion del Senado;» y como esta aprobacion requeria ser tratada en una Legislacion ordinaria, y de acuerdo con los procedimientos escepcionales que estaban establecidos en la Constitucion para el caso de tratarse de un cambio ó modificacion en la letra de ella, el Congreso opinaba que el Poder Ejecutivo podia entrar, sin peligro ninguno ulterior, en la intriga que proponia la Francia. Con este objeto se puso a votacion la proposicion siguiente:—«Se admite ó nó, *condicionalmente*, el proyecto « de que se trata? Habiendo resultado afirmativa, se procedió á nombrar una Comision para que presentase un proyecto de la resolucion con que debia autorizarse al P. E. para que continuase la negociacion.

Hecho asi, el dia 12 de Noviembre de 1819 el Congreso

resolvió que se admitiese la propuesta del gobierno francés, como un simple proyecto á negociar, con las siguientes condiciones—1.ª Qué el Rey Luis XVIII tomase á su cargo allanar el consentimiento de la España y de las potencias del Continente:—2.ª Que tambien se encargase de arreglar el matrimonio del Duque de Luca con la Princesa del Brasil, y la devolucion de los territorios usurpados, de modo que quedase reintegrado todo el Virreinato *cuando menos*—3.ª Que la Francia dé todas las fuerzas y recursos necesarios para afianzar la Monarquia nueva y hacerla respetable—4.ª Que la tal monarquía ha de ser creada *bajo de la Constitucion* que las Provincias Argentinas *tienen jurada*, sin otras modificaciones que aquellas que se refieran á la forma hereditária del P. E. las cuales serán discutidas y sancionadas segun el procedimiento que para este caso establece la misma Constitucion.—5ª Que el tratado que se haga se llevará á egecucion contra la España misma, si ella insistiese en reconquistar estas Provincias, provéyendolas para ello de tropas auxiliares, y de una suma de tres ó mas millones:—6ª Que este proyecto se tendrá por nulo, si, consultada la Inglaterra, se opusiese:—7ª Que mientras tanto se guarde *estricto secreto*, no solo para que no aborte la negociacion, sino *para eludir las glosas malignas* que harian los enemigos de la felicidad pública, si se apoderasen de este tema.

Hé aquí el famoso negociado de la coronacion del Príncipe de Luca, que el gobierno de Sarratea iba á tomar por fundamento para la causa de *alta traicion* con que se proponia estigmatizar y castigar al partido directorial. El mas ardiente republicano, el mas leal de los funcionários de una República puesta en las condiciones en que la nuestra se ha-

llaba entonces, siendo cual hemos visto que era, latamente espuesto, el estado y las miras de la Europa, no solo no habria encontrado cargo alguno que hacer á nuestros hombres, bajo el aspecto de los principios republicanos, sino que en los mismos documentos, que acabamos de estudiar prolijamente, habria encontrado pruebas relevantes y notórias de la fidelidad á sus deberes y de su adhesion á la constitucion vigente del Estado. Esa misma negociacion era la mejor de esas pruebas, y de la hábil pertinacia con que ellos habian procurado salvar las instituciones fundamentales de la República de Mayo.

Pero, tambien es preciso convenir en que el rumor público, azuzado por el secreto de las sesiones y por el carácter reservadísimo del documento, habia forjado las calumnias mas fantásticas y absurdas; y como todos las creian, menos Sarratea, figuraba este que al perdonar de este juicio á los vencidos de Cepeda, echando un velo sobre el asunto, habia tenido para con ellos una generosa magnanimidad. Nuevamente ofendido por la revolucion de Balcarce y desconocidos sus beneficios por los agraciados, tomaba pues en sus manos el látigo del escarmiento contra esos prevaricadores del santo derecho de la Patria. No fué poca empero su sorpresa y la de los suyos cuando se encontró con que todo lo que habia en los archivos, se reducia á la nota del doctor Gomez que hemos visto, al Memorial del Baron de Reineval, y á las dos sesiones del Congreso que hemos relatado: piezas, que tan lejos de acusar, absolvian. Entretanto, estaba dada la órden de *imprimirlas* para *circularlas* por el auto cabeza del proceso, y sin este requisito no podia dar principio á los procedimientos con que queria satisfacer sus enconos.

El doctor Agrelo, sobre todo, fué el que sufrió mas profundamente esta contrariedad; y para disminuirla indicó la necesidad de que el Fiscal pidiese la publicacion y agregacion á la causa de las otras negociaciones tenidas desde el año de 1816 para coronar á los descendientes de las Incas y entroncarlos con la casa de Braganza.[1] Pero al publicar por la primera vez estas piezas, tuvo que encontrarse tambien con la resistencia que Pueyrredon habia opuesto al ridículo candor con que el Congreso de Tucuman habia querido proceder en este asunto. El Director se habia rehusado á abrir ninguna negociacion sobre este particular con la corte del Brasil! « por que era *mas que quimérica* y *de una disonancia tal que* hacia inconciliables *los estremos de un convenio.* Además, la opinion era contraria á la monarquía en las *Provincias Argentinas;* y esta novedad podria ser con razon un principio de guerra civil; con semejante negociado—«la decencia y el honor de las « Autoridades Supremas del pais se compromete y se expone « á quedar en un concepto innoble ante las Naciones. » Verdad es, que á renglon seguido, decia Pueyrredon: que si todo esto podia obgetarse al proyecto de la monarquía de los Incas, no era lo mismo la idea de acogerse á la corona del Portugal. Pero no lo decia favoreciendo en ningun sentido la idea misma de crear una monarquía, sinó *comparando simplemente* los dos proyectos: el de los Incas, que juzgaba *indecoroso* para el gobierno argentino ; y el de los portugueses, que juzgaba como de *mejor condicion* para la diplomacia y ante el mundo europeo. Por lo demás, en ese mismo documento, rehusando toda combinacion portuguesa, decia:

1. Veáse el volúmen I y la pág. · del vol. de la Revista del Rio de la Plata, donde hemos tratado latamente este episodio.

—« El documento núm. 1° que acompaño, pondrá à Vuestra « Soberanía en estado de formar un concepto aproximado « de la mala fé con que proceden los portugueses. »

Con la publicacion de todas estas piezas tan claras, y tan favorables para los hombres de la política directorial, la famosa causa de *Alta Traïcion*, tan imprudentemente inaugurada por Sarratea contra ellos, cayó en el mas profundo desconcepto, y se convirtió en una rehabilitacion prestigiosa del mismo partido que habia querido arruinar.

Este es quizás el caso de lamentarnos del mal que nosotros mismos nos hacemos con las calumnias y la vocinglería con que nuestos partidos políticos se persiguen unos á otros. A pesar de la luz de estos documentos, uno de los mas grandes escritores contemporáneos, Gervinus, en su celebradísima *Historia del Siglo Diez y Nueve*, acoje todas las pérfidas falsedades de los panfletos políticos publicados en Buenos Aires contra Pueyrredon y contra los hombres de la Administracion directorial, para exponerlos al Mundo como tenaces monarquistas que no se ocuparan de otra cosa, mientras tuvieron el poder, que de conspirar contra la República:—« Sobre todo, los gefes militares de mayor consi- « deracion en Buenos Aires, (dice) entre los cuales reinaba, « en general, mucha concordia, parecian tener todos las « mismas opiniones monárquicas. Pueyrredon mostró mas « tarde que era, uno de los que favorecieron mas el gobierno « monárquico. San Martin habia tenido siempre inclina- « ciones monárquicas. Saavedra debia abundar en los mis- « mos sentimientos como lo prueba el brindis de Duarte. (!) « —Segun las informaciones de D'A'Court, el proyecto con- « cerniente al príncipe de Luca habia sido imajinado por Mr.

« Decazes, el Ministro favorito de Luis XVIII «para contrar-
« restar la influencia de la Inglaterra en Buenos Aires. Sin-
« embargo, Decazes *negó que él hubiese hablado* jamás con
« el ajente Gomez, quien, en verdad, habia llevado toda la ne-
« gociacion solo con Saint-Cyr, Ministro de la Guerra.[1] Si el
« gobierno hubiese querido obrar con prontitud y con ener-
« gia, habria podido encontrar en Buenos Aires mismo, en
« la persona de Pueyrredon, el promotor mas celoso de la
« combinacion concerniente al Príncipe de Luca, pues Alva-
« *res Jonte, uno de sus agentes, fué el* que personalmente
« entabló negociaciones en Paris sobre este asunto.»

Lástima es, por cierto, que escritor tan distinguido, y que tanto crédito merece en el mundo entero, por la severa informacion en que afirma sus juicios respecto de la política europea, haya hablado de nuestras cosas con datos evidentemente *superficiales* y mal *estudiados*. Dejándose llevar por las frases mentidas de los *libelos políticos*, no ha reparado en las incompatibilidades notorias de los hechos y de sus asertos. Cuando el Dr. Gomez se mostraba sorprendido por la novedad del Príncipe de Luca, *en quien nádie habia pensado* hasta entonces en América, y cuya existencia oscura nádie conocia, Pueyrredon habia dejado yá el poder, habia perdido todo influjo directo ó indirecto, y mal podia haber promovido lo que habia ignorado, lo que era una *invencion* de la imaginacion de Mr. Dessoles, como este mismo lo asevera, *posterior* al gobierno de Pueyrredon.

Suelen mezclarse ciertas travesuras audaces con los grandes sucesos, que cuando se ejecutan con éxito se atraen

1. Inexacto: con Dessoles, ministro de N. E.

el aplauso disimulado, pero poderoso, de la opinion, como actos de viveza, sin producir el enojo como actos de fraude. Una de ellas tuvo lugar con respecto al célebre proceso de alta traicion, que puso en mayor ridículo la saña perseguidora de Sarratea; y el caso fué el siguiente. Al rebuscar en los archivos del Ministerio de R. E. antecedentes sobre las intrigas monárquicas del Directorio, se encontraron pruebas evidentes de que esos archivos habian sido *recientemente removidos* y robados. El juez fiscal de la causa pidió que se levantase una informacion sumaria de los hechos; y resultó en efecto— que durante los *seis dias de Balcarce*, los oficiales del Ministerio D. Justo Nuñez, D. Juan Cruz Varela, D. Agustin Garrigós, D. Julian Vivar, D. José Cabral, y un jóven San Cristobal, habian abierto las puertas por si mismos: se habian encerrado á llave en él, y habian extraido papeles en gran número, cuyo contenido y cuya naturaleza ignoraban los porteros Camargo y Sanchez, el oficial Martinez Fontes y otros individuos que así lo declararon. Era evidente que lo que estos jóvenes, ardientes partidarios del sistema directorial, habian sustraido é inutilizado, eran algunas piezas, mas ó menos comprometedoras, sobre las intrigas de la diplomacia y de la política personal, que no querian dejar caer en manos del partido enemigo, temiendo el mal uso que pudiera haberse hecho de ellas. Por otra parte, cualquiera que hubiese sido el tenor de esos papeles, hoy bastan los que quedaron, por su carácter auténtico, para poner en una perfecta luz el estado de las Relaciones Exteriores del pais en aquella época: desde que podemos y debemos confrontarlos, para completarlos, con los documentos y con los estudios de los historiadores estrangeros.

Con todo lo acaecido, el famoso Proceso de Alta Traicion

perdió al nacer todo aquel carácter amenazante con que se habia intentado, y la prision de algunos ancianos congresales, que Sarratea hizo practicar, solo para hacer efecto y para causar miedo, sublevó tal enojo, que él mismo se sintió dominado por el disfavor público, y se atemorizó delante del empuje sério y taciturno con que la opinion general comenzaba á sublevarse visiblemente indignada contra su proceder.

Alarmado con este peligro, que era ya inminente, Sarratea puso todos sus conatos en lisongear al general Soler para propiciárselo de nuevo; y con esta mira, se abandonó á un lujo estrepitoso de proclamas y decretos de proscripcion, verbosos y exaltados, contra Alvear, que, escoltado por Carrera, habia lográdo reunirse con Ramirez en el Pilar. Afectando una urgencia ardorosa, dió órdenes apremiantes para reunir caballos, y puso todas las fuerzas, yá reunidas, y las que se seguieran reuniendo, por un movimiento espontáneo del pueblo mas quê por la accion oficial, al mando del General Soler—«quien (decia con fecha 28) sale hoy á perseguir al traidor Alvear y sus secuaces.» Con la misma fecha se dirigia á Ramirez en estos términos—«Sabemos que D. Carlos « Alvear trata de refugiarse bajo el amparo de V. S. Un hom- « bre tan criminal y proscripto por el pais, no debe ser pro- « tegido con razon alguna por ningun amigo de la Federa- « cion;» y concluia por pedir la entrega del prófugo para imponerle el castigo que merecia. Pero Ramirez, resuelto ya á declararse contra Soler, y en connivencia á este respecto con el mismo Sarratea, le contestaba—«Está en mi deber y « exige mi honor el acordar toda hospitalidad al General Al- « vear y á la numerosa comitiva de oficiales que le acompañan, « oficiales que hace muy pocos dias que ayudaron á la repo-

« sicion de V. S., cuando la turba en Buenos Aires pedia la « cabeza de V. S. y del General Soler.....El gefe de la « vanguardia de las fuerzas de la ciudad ha intimado al Ge- « neral Carrera que entregue los refugiados que tiene en su « division: paso que mereceria la execracion pública, y que « yo jamás permitiré, antes bien autorizaré la resistencia á que « se dispone el gefe á quien se ha hecho esa intimacion. Por « consiguiente quiera V. S. dar sus órdenes para que las « fuerzas del General Soler suspendan sus marchas, para evi- « tar un rompimiento que *producirá la total ruina* de esta « Provincia.»

Fingiendo éntonces un estremado enojo, Sarratea lanzó un Bando de un estilo tan ampuloso que rayaba en lo ridículo. Poco le era hablar en él de perfidias, de imposturas, y de calumnias; pues llegaba hasta decir:—que su generosidad *no habia producido sino ingratos, y sobre-* todo, no habia hecho sino irritar la ambicion y la audacia del corazon protervo é inflexible de ese miserable Catilina de nuestros tiempos—Cárlos Alvear, cuya existencia es un cúmulo de crímenes monstruosos que pedian ejemplar castigo; asi es que él, como Majistrado tenia que escuchar el eco universal de la vindicta pública, para imponer ese castigo con el eterno escarmiento de los que intentáran seguir las huellas de aquel proscripto; y no podia suspender yá, ni por un momento, el declarar como declaraba que Cárlos Alvear quedaba fuera de las leyes como reo de alta traicion; y que en el mismo caso quedaban tambien todos lo que le siguiesen y auxiliaren; debiendo imprimirse y circularse este bando para que todos lo conociesen en la ciudad y en la campaña.

Pero, por bajas que fueran las demostraciones de celo y

devocion con que Sarratea tratara de propiciarse el apoyo del General Soler, este sabia bien la poca confianza que merecian; y disimulaba muy poco el desprecio que le inspiraban esos actos innobles, cuando hacia unos dias apenas, como era notorio, que ese mismo intrigante se habia entendido con Alvear y con Carrera para traicionarlo á él primero, y á ellos despues; y el general veia que el mal éxito de aquella perfidia no le habia dejado á Sarratea sino la impavidez de su conducta para no darse por entendido siquiera de que estaba descubierto.

Vuelto pues al mando superior de todas las fuerzas, el General Soler en nada pensaba menos que en obedecerle al Gobernador. Su mira era apoderarse del poder á todo trance; y para lograrlo con seguridad, queria ante todo arrojar á Ramirez y á Alvear del suelo de la Provincia, no solo para que no le *disputasen el* poder efectivo en ella, sino para que Sarratea no tuviese como intrigar, ni como ser restaurado despues que hubiese sido arrojado de la gobernacion.

En efecto, desde que Ramirez y Carrera se declaraban abiertamente protectores de Alvear, Sarratea estaba ya perdido. No le quedaba otro recurso que entrejarse en cuerpo y alma á Soler, con la mira de tomarse tiempo bastante para destruir la oposicion que los unitarios le levantaban en la ciudad, y para ver si entretanto Ramirez, Alvear y Carrera lograban derrotar á Soler, y alianzarlo asi, á él, de nuevo. Llevando adelante su doble papel con esta esperanza, contestó con tono enérgico la nota de Ramirez:—«Es muy mortificante « para estas autoridades (le decia) que no les quede otro « arbitrio, para evitar todo motivo de rompimiento, que el « exigirle á V. S. que las fuerzas de su mando *evácuen in-*

« *mediatamente* el territorio de la Provincia, llevándose esos « hombres desgraciados que se han hecho víctimas de sus « propios caprichos.»

Pero, por una coincidencia singular de los acontecimientos, á Ramirez y Carrera no les quedaba tampoco otro recurso que huir delante de las fuerzas de Soler y evacuar la Provincia, como Sarratea, creyendo que iba á suceder lo contrario, se los exigia fingidamente. El ignoraba que en esos mismos momentos Ramirez recibia la noticia alarmante de que Artigas, arrojado definitivamente por los Portugueses de la orilla izquierda del Uruguay, se habia lanzado con dos mil hombres á Entre-rios: habia derrotado á don Ricardo Lopez Jordan y á Hereñú, y se habia posesionado de todos los departamentos del Uruguay, aprontándose yá para marchar sobre la Bajada, y para castigar á Ramirez como rebelde y como traidor á los fueros soberanos con que se suponia aquel otro famoso foragido. La presencia de Ramirez era pues indispensable y urgente en Entre-rios. Apurado por tales circunstancias, le dió la espalda á Soler y salió precipitadamente con sus fuerzas á pasar el Paraná. Carrera, que no tenia sinó quinientos hombres escasos, era demasiado débil para esperar la fuerza que Soler habia sacado de la ciudad para marchar sobre el Pilar; y tuvo que seguir la fuga de Ramirez para asilarse en Santa-fé, á donde Lopez se habia retirado con anticipacion, lleno yá de cábulas y de reservas, y proponiéndose maniobrar en el sentido de sus propios intereses. Hé aquí la situacion de las cosas y la estrema debilidad en que habia caido tan pronto el poder militar de Ramirez. Oprimido pues por los intereses locales que se levantaban de

nuevo con energía, Sarratea habia tenido que reaccionar oficialmente contra el orígen de su própio poder, intimándole á su propio protector, en nombre de la fuerza y del derecho popular de Buenos Aires, que desalojara la provincia que ese caudillo le habia dado. Y sin embargo, ¡Ramirez y Carrera eran los únicos que habrian podido sostenerlo en el declive evidente en que se deslizaba del poder! Los que han querido suplir el estudio y la verdad con el charlatanismo, para respirar, á falta de atmósfera libre, las brisas gloriosas de un abanico, han pretendido que en estos mismos momentos de que hablamos, era cuando Carrera, no solo dominaba como un Júpiter los destinos de la República, sinó que era el árbitro de Buenos Aires, y declinaba con magnánimo menosprecio el poder omnímodo que los porteños le brindaban á trueque de que *los salvara!....Pero, nuestra* historia vindica sus respetos con la simple exposicion de los sucesos; y puede mirar con indiferencia los desahogos de la envidia y de la calúmnia, que pretenden comparar á un pobre diablo, gefe de un puñado de bandoleros, con San Martin y con el Ejército que trasmontó los Andes en 1817. Buenos Aires no ha sido jamás *presa* ni *hechura* de estraños: Sus desgracias y sus felicidades han sido la obra de sus propias manos: lo que, por cierto, no es poco honor. Volvamos á la historia.

El estado interno de la ciudad era lamentable. La policia no existia; y la pequeña partida de caballeria con que hacia este servicio el famoso Alcaraz, era insuficiente para aquietar la desmoralizacion de la plebe, la desercion, y para dar garantias á la seguridad personal. Puede formarse una idea de

lo que paraba, por el Bando del gobierno de fecha 1° de Abril en que se ordenaba: 1° que ningun almacen ó pulpería pudiese estar abierto sinó de las siete á las diez por la mañana, y de las 5 á las 6 por la tarde, bajo multa de 100 duros: 2° que nadie anduviese armado ni entrase á casa de ningun vecino; y que el que lo hiciese ó contraviniese, fuese aprehendido, sin distincion de persona; 3° que aquellos que *anduviesen haciendo fuego de fusil por las calles* fuesen tomados por los Alcaldes y remitidos al del Crimen, para que se le aplicase el castigo especial que estaba acordado por el Ayuntamiento. Por otro Bando de la misma fecha, se ordenaba la creacion inmediata de cuerpos armados de milicia *imaginaria* encargados de hacer la policia y de prestar mano fuerte á las autoridades públicas contra los malhechores y perdularios que pululaban en la ciudad, sobre todo por la noche. Se puede, por consiguiente, con estos datos, formarse una idea aproximada del estado de profundo desorden y de acefalia en que se hallaba la capital, al mismo tiempo en que las rencillas personales, los ódios de faccion, el embate de los intereses, la ambicion y la necesidad de luchar para salvarse, formaban una de las situaciones mas crueles y mas vívidas á la vez, en que ha podido encontrarse pueblo alguno libre, en los tiempos antiguos ó en los tiempos modernos.

Sarratea habia sido nombrado por una Sala ó Junta de Representantes, compuesta de Diputados electos por la ciudad *solamente*, pues en razon de la urgencia de aquellos momentos que se siguieron al derrumbe de todo el organismo administrativo causado por la derrota de Cepeda, no era posible esperar á que viniesen á la Capital las elec-

ciones de la Campaña, ni habia allá como hacerlas, por haber desaparecido todos los resortes oficiales indispensables para ello. Pero al elegirlo, se habia reconocido el derecho de la campaña á ser representada en una nueva Junta, que debia verificar y ratificar todo lo que se habia hecho en los primeros momentos de aquella reorganizacion apurada y apremiante del mes de Febrero.

Cuando Sarratea logró dominar la revolucion reaccionaria de Balcarce, creyó que ya era dueño de todos los resortes con que se afirma un poder; y aspirando á tomarlo para sí, convocó á una eleccion *nueva* y *general* de otra Junta que aquella que lo habia nombrado á él, en vez de limitar su decreto á la integracion de la que ya existia, con los Diputados de la Campaña. Pero esto último no le convenia, porque la mayor parte de los miembros actuales de la Junta, ó todos mas bien, eran antiguos directoriales que cada dia se le hacian mas reácios al favor de los movimientos recientes de la opinion. Él queria por esto mismo perseguirlos y encarcelarlos, muy principalmente á Aguirre, á Lopez, á Anchorena, á Passo y á muchos otros, complicándolos en el Proceso de *Alta Traicion* como congresales, ó haciéndolos demandar, á título de reparaciones civiles, por aquellos que habian sido perseguidos ó expatriados durante el gobierno de Pueyrredon.

Sarratea creia que estos golpes de energía produgeran grande efecto moral para anonadar las pretensiones de sus enemigos; y cumpliendo una resolucion de la Junta caduca que existia, expidió un Bando convocando al Pueblo, en la Campaña y en la Ciudad, para la eleccion de la Junta Ordinaria y permanente, que se iba á encargar de regula-

rizar el estado transitorio en que se hallaba la Provincia, y de nombrar el Diputado que debia ir á San Lorenzo para tratar con los de las otras Provincias, sobre el arreglo comun de los intereses y autoridades nacionales, en conformidad con lo convenido en el artículo 1° de la Convencion del Pilar. Se ordenaba en el dicho Bando que la Junta saliente y el Ayuntamiento nombraran dos individuos de su respectivo seno, y que ambos formaran la mesa colectora de votos. Esta mesa debia mandar publicar edictos para que los Alcaldes y Tenientes convocasen á domicilio á los ciudadanos *avecindados* en sus distritos, para que el dia 8 de Abril, ocurriesen á votar: cada votante *debia escribir* tres nombres, *cerrar* el papel, *firmarlo* en la cubierta delante de la Comision, y entregarlo á esta con un certificado del alcalde de su barrio que justificase la ciudadania y la identidad de la persona del votante. El voto era *obligatorio*, bajo pena de denuncia pública,—«*para que la abstraccion* de los ciudadanos no sea causa de que prevalezca *el influjo de aspirantes*.» Las mismas reglas debian observarse en la Campaña, con la sola diferencia de que donde no hubiera Ayuntamientos, debian formar la *mesa* dos Alcaldes de Hermandad, ó bien el Juez territorial con cuatro vecinos que el mismo debia designar.

No bien se publicó el Bando de la Convocacion Electoral, cuando la Burguesia se preparó á la lucha, mostrándose claramente decidida á separar del mando á Sarratea; y fué tal el desenvolvimiento de la opinion, que este mismo funcionario comprendió que la opinion pública iba á combatirlo proponiéndose inutilizar los médios oficiales con que él contaba por su parte.

Sarratea contaba con que Lopez seria incitado por Carrera á levantar sus montoneros, y que correria sobre Buenos Aires para que la faccion directorial, nuevamente amenazante, no tuviera tiempo de destruir la obra de la *Convencion del Pilar*. Era imposible tambien no suponer que Ramirez no le hubiese dado órdenes en ese mismo sentido á su aliado el caudillo federal de Santa Fé. De modo, que dado el caso de que los unitarios se llevasen por delante la eleccion, Sarratea contaba siempre con repetir sus pasadas maniobras: pasar al campamento de Lopez, y volver á entrar restaurado por las fuerzas federales. Pero muy pocos dias despues de la Convocatoria Electoral, Sarratea comprendió claramente que su posision era malísima y que le quedaban pocos recursos para luchar. El General D. Martin Rodriguez y el Comandante de Milicias de Campaña D. Juan Manuel Rosas, estrechamente unidos en intereses y miras políticas entónces mostraron tener en la campaña un influjo electoral mucho mas poderoso que los resortes oficiales de que el Gobernador podia disponer; y por lo que hacia á la ciudad, era imposible contrarrestar el empuje compacto de la jóven burgesia de abogados, médicos, estudiantes, dependientes de comercio, tenderos, y demás categorias de esta clase, qué, *avivada* derrepente, se alzaba con la voluntad decidida de recuperar, para sus hombres, el poder provincial cuando menos. Acababa de promulgarse el dia 6 de Abril el bando de la convocacion electoral; y ya era tal la exitacion de los ánimos el dia 10, que Sarratea tuvo que echar una proclama al pueblo que revelaba todas sus angustias: —«Se habla publicamente de un nuevo trastorno. Los díscolos criminales están em-« peñados en sumir al pais en los últimos conflictos, para

« hacerlo presa de sus pasiones y de sus intrigas....La « multitud de imposturas con que se anuncia y se prepara « esta próxima convulsion son públicas ¿cual es el fin razo- « nable de los perturbadores? *La Provincia vá á reunir « sus comicios dentro de ocho dias ¿por qué no esperan las « resoluciones del pueblo?* ¿quieren usurparle sus derechos?»

Estas palabras, bastante significativas, eran hijas del desconcierto en que se hallaba el ánimo del Gobernador. El partido de oposicion, que, como hemos dicho, era toda la parte activa del cómputo social, se habia propuesto al principio abstenerse de concurrir á las mesas; porque estaba resuelto á esperar una ocasion, que no podria hacerse esperar mucho, para dar un golpe de mano y apoderarse del gobierno. Seguros de que en el estado en que se hallaba la poblacion, Sarratea no podria llevar adelante el acto electoral sin que la indiferencia pública lo hiciese caer en mayor ridículo por la soledad de las mesas, consideraron qué, con semejante base, le era imposible sancionar la reeleccion de su persona sin que la tormenta política reventara con furia y lo arrebatase en sus torbellinos. Era tambien de esperar que Soler se pronunciase en contra de una reeleccion obtenida de ese modo, para impedir que Sarratea le escamotase el mando permanente y supremo de la Provincia, que tanto deseaba adquirir para sí. Así es que el General se habia puesto á especular sobre estos incidentes en provecho suyo.

Satisfecho por el momento con el mando de la fuerza armada, trabajaba activamente en todo el Departamento del *Lujan*, que era entónces la parte mas civil y urbana de nuestra campaña, por formar un partido personal de su propia devocion, que apoyado por la fuerza militar de que dis-

ponia, pudiera servirle, llegado el caso, para superar los esfuerzos que el General D. Martin Rodriguez y D. Juan Manuel Rosas hacian en los departamentos de *Matanzas*, *Magdalena y Ranchos* por el restablecimiento del partido unitario, de acuerdo con los gefes que lo encabezaban en la ciudad con nuevo aliento para la lucha.

El hecho fué que el dia 8 de Abril nadie asistió á las mesas. El mismo Sarratea se abstuvo, con la esperanza de que los directoriales la emprendiesen contra los amigos de Soler; mientras que estos se abstenian tambien, porque querian esperar el resultado de la lucha de Sarratea con los directoriales. Al embate de estas intrigas, el Cabildo habia alterado su personal. Ramos Mexia, Capdevila, Santa Coloma, Marmol-Ibarrola, Villanueva, Cueto, Isasi, se adhirieron abiertamente á los *nuevos unitarios*, quedándose *Dolz con Oliden inclinados* á Soler, aunque indecisos por lo pronto en la lucha contra Sarratea.

Delante del singular resultado que dió la total inasistencia de votantes el dia 8, el Cabildo creyó que debia hacerse oir del Pueblo; y publicó una proclamacion con fecha 17 que consideramos hoy importantísima por las adelantadas ideas que emitió en ella acerca de la teoria electoral. considerando este *gran resorte* de las constituciones libres, no solo como un derecho voluntario, sinó como un poder público, y como *una funcion obligatoria*, por consiguiente, para todos los ciudadanos, de cuyo cumplimiento necesario dependia el órden regular y la vida de los pueblos. — «Uno de los asuntos mas « importantes, decia el Cabildo en su proclama, que pueden « ofrecerse á los Pueblos que quieren ser libres, es el de « las elecciones. El ciudadano que ensordece á los Edic-

« tos, que no *obedece* las citaciones que lo llaman á votar,
« dá una prueba tan vergonzosa como pública, de serle in-
« diferente la corporacion que vá á *investirse* de *sus poderes*,
« la autoridad que lo ha de mandar: indiferente à los benefi-
« cios ó á las calamidades que resulten de los gobiernos; en
« una palabra, dá una prueba de que mira con indiferencia
« su libertad, su propia felicidad. Ciudadanos de Buenos
« Aires! Ciudadanos todos de la Provincia! ¿querreis *man-*
« *char* vuestro caracter con esa indiferencia tan *brutal* cuan-
« to *funesta*? No puede imajinárselo este ayuntamiento; y
« pues está abierta para vosotros la votacion mas interesante
« que es aquella de que vá á resultar la Representacion que
« ha de dirigir los destinos de vuestra Provincia, apresuraos
« á sufragar en esta Sala Capitular, y en los puntos señalados
« en la Campaña, por los individuos que mas merezcan vues-
« tra confianza. Asi evitareis las *maniobras* de las faccio-
« nes· así podreis lisongearos de una obra *pura*, desnuda de
« miras particulares, y capaz por lo mismo de llenar nuestras
« esperanzas. Así mostrareis que mereceis en todo su
« lleno el gran título de CIUDADANOS DE UN PUEBLO LIBRE.»

Pero en los dias que se siguieron, la exitacion creció demasiado para que el pueblo pudiese obedecer á una política de gabinete. El partido de la burgesia se sintió fuerte, y concibiendo la seguridad de que iba á triunfar en las próximas elecciones, se decidió derrepente á ir á las mesas, donde contaba de seguro con encontrar el favor del Cabildo y el de la Comisiones receptoras de votos que este habia nombrado. Sarratea, por su parte, previó el resultado; y procurando oponerse al torrente de la reaccion directorial con algun pretesto legítimo y fundado, que pudiera interesar tambien las con-

veniencias de Soler y del partido militar que este encabezaba, trató de hacer inca-pié en el proceso de Alta Traicion por intrigas monarquistas, que, mas ó menos declaradamente, pesaba sobre todos los hombres respetables que formaban la parte culminante de aquella reaccion.

El empeño era vano. La opinion de toda la burgesia se habia pronunciado. La causa de Alta Traicion habia caido en el mas profundo desprecio. No era posible ya darle seriedad ni sancion, no era posible ya asustar con semejante espantajo, ni hacer temer á nadie penas efectivas, aún cuando se supusiese el absurdo de que, dada semejante situacion, fuera posible proseguir siquiera los procedimientos. Soler no estaba dispuesto tampoco á aventurar sus fuerzas y sus medios de opinion al lado de un gobierno tan desacreditado como el de Sarratea, y eludia todo acto ó manifestacion que pudiera hacer pensar al pueblo que tenia la mínima intencion de sostener al Gobernador.

La eleccion tuvo lugar el 27 de Abril; y su resultado no pudo ser mas desfavorable para Sarratea. Sus principales enemigos personales y políticos salieron electos; y desde luego era incuestionable que la Junta iba á poner término á su Gobierno, nombrándole inmediatamente un sucesor. Bastaba ver que componian esa Junta D. Tomás Anchorena y otro de sus hermanos, D. Juan José Passo, D. Vicente Lopez, D. Juan Pedro Aguirre, D. Manuel Obligado, dos Escalada y Ramos Mexia, para comprender que lo más conspicuo del partido directorial entraba de nuevo al poder en la Provincia de Buenos Aires y reaccionaba contra su anterior derrota.

En el acto de recibir el oficio del Cabildo en que se le co-

municaba el resultado de la eleccion, Sarratea contestó protestando contra la ilegitimidad del acto;—«y en médio de la mar-
« cha un tanto lisongera que los negocios iban tomando, me
« es muy sensible verme necesitado á interponer, con respec-
« to á algunos de los señores electos, un *Veto* desagradable
« para mí mismo; pero que lo demandan imperiosamente la
« tranquilidad interior de la provincia, la *subsistencia de los*
« *tratados recientes con las demás provincias federadas por*
« *la Convencion del 23 de Febrero*, y la complicacion parti-
« cular de dichos señores en los asuntos que han motivado
« el grito general de los pueblos.» Nada mas inhabil ni mas inoportuno en aquellos momentos que semejante *veto* fundado en el aborrecido recuerdo de la Convencion del Pilar, que no habia sido otra cosa que el testimonio de la derrota de Buenos Aires, mas mortificante, cada dia que pasaba, para el amor propio y para la soberbia de los porteños.

Sarratea seguia justificando en su nota el veto con los motivos que tenia contra cada uno de los Diputados que él suponia ilegítimamente electos, ó inhabilitados, por lo menos, para ejercer el cargo y para gozar de las inmunidades que él acordaba. D. Juan Pedro Aguirre estaba encausado por que habia ajenciado y contribuido á la fuga de Pueyrredon y de Tagle. El Dr. D. Vicente Lopez habia sido ministro del Director y habia firmado los decretos de expatriacion que precedieron al pasage de los Andes por el Ejército Argentino; y como el coronel Pagola pedia reparaciones contra los dos, era preciso que no pudiesen ampararse de una representacion á la que solo podian haber sido llamados por ignorar el pueblo aquellos antecedentes. El Dr. D. Juan José Passo se hallaba notoriamente complicado en la traicion del Congreso para

entregar al país á los portugueses; así es que para calmar la terrible indignacion de las Provincias, y para evitar la guerra civil habia sido preciso, tanto á él como á Aguirre, separarlos del Cabildo y de la Junta de Representantes. En el mismo caso se hallaba D. Tomás Manuel Anchorena, y debia responder en juicio para vindicarse de cargos que *quizás no reposaban sino en la malignidad con que sus compañeros* le hicieron aparecer como cómplice de aquella traicion. Todos estos individuo además, estaban sériamente complicados en *un gravísimo incidente* relativo á la lógia famosa de *Los Caballeros de América* [1] en cuyas tenebrosas asociaciones se habia tramado muertes, esterminio y dilapidaciones. Aseguraba Sarratea que su generosidad natural lo habia hecho faltar á sus deberes, demorando hasta ahora el enjuiciamiento de estos y de otros criminales; lo cual habia servido solo para que el Pueblo se engañara creyendo que ellos habian purgado sus delitos, ó que estaban exhonerados de su responsabilidad. Pero no siendo así, era preciso separarlos para no turvar la paz con las demas provincias, pues el estado de los ánimos era tan vidrioso y delicado que habia mucho que temer si no se hiciera esto.

El Cabildo contestó inmediatamente rechazando las pretensiones del Gobernador. Por el Bando del 9 de Abril, decia, la Junta de Representantes fué dotada constitutivamente de todas las atribuciones y facultades necesarias para entender ella misma, y ella sola, de todo lo que ocurriere

1. La Lógia de los *Caballeros de América* se componia de los *Rosa Cruces* de la Lógia *Lautaro*, y correspondia á un *grado más* de iniciacion, que en efecto, parece que tenia algo que ver con la mira de constituirse en monarquía.

en la Provincia, y ademas, por la convocatoria y demás actos consumados, ella era una Corporacion que reunia el Soberano Poder del pais. De modo, que sobre ella y sobre sus miembros no habia poder ni tribunal alguno sino *ella misma*. Todos los Representantes habian sido electos por el Pueblo en virtud de un número notorio de sufragios; y sentado esto, á nadie le era lícito poner la mano sobre ellos para deshacer lo que el Pueblo habia hecho. El Cabildo entendia pues, que él carecia de poderes propios para el negocio, y que este debia dejarse á la deliberacion y resolucion de la misma Junta una vez que estuviese instalada.

Sarratea procuró rebatir esta doctrina, que es inconcusa en el régimen parlamentario, con una larga nota de fecha 29 de Abril, con razones especiosas que no tuvieron éxito ninguno. Su principal argumento era que las disposiciones originarias podian establecer *incompatibilidades prévias*; y que recayendo la eleccion en persona que tuviera esos vícios era ilejítima, como lo era en este caso atendiendo á la Convencion del Pilar: que era el grande espantajo con que el Gobernador queria seguir imponiendo miedo á la opinion; sin ver cuánto habian variado las cosas desde entonces. El Ayuntamiento le contestaba—V. tendrá razon, pero la cuestion no es esa: aquí se trata de saber quién es el Juez que ha de examinar las incompatibilidades para privar á los miembros en cuestion de los fueros que les acuerda la eleccion. —V. dice que una eleccion viciosa no dá fueros, pero alguien tiene que declarar antes ese vicio, juzgando los antecedentes: ese alguien no es el Gobernador *principiis obstat*: no es el Ayuntamiento por que está fuera de su esfera el negócio: luego es la Junta y nadie mas que la Junta misma.

Sinembargo, el Cabildo acababa de trasgredir estos mismos principios que invocaba, y Sarratea no se descuidó de echárselo en cara. Habiendo votado el Ejército del Lujan y remitido sus Actas, una mayoria diminuta del Cabildo, ante sí y por sí, las declaró nulas y las devolvió, obrando ilejítimamente en cuanto á los principios, pero con notable energia en cuanto á Soler.

Como el Cabildo viera que la opinion estaba pronunciadísima y exaltada contra Sarratea, trató de apresurar el triunfo para no dar lugar á intrigas que lo hiciesen dudoso, y en el mismo dia 29 le pasó al Gobernador un ultimatum muy significativo que no daba lugar á subterfúgios—«La « Salud pública, decia, exige que los Representantes de « la Provincia, que se hallan prontos actualmente y presen- « tes, se reciban de su cargo y pasen luego á tomar conoci- « miento y deliberar sobre los graves é importantes negocios « del Estado: *protestando contra V. S. los perjuicios que son « consiguientes en la delicada expectativa del Pueblo* que nos « observa. Es de esperar que V. S. comprenda que esta « medida es de la *primera importancia*, y que para cum- « plirla imparta V. S. las órdenes mas activas, á fin de « que *en el dia* quede reunida la Corporacion Augusta de « quien espera al pais el remédio de tantos males, protestan- « do de lo contrario toda responsabilidad por su parte, y « que OBRARÁ EN SU CASO COMO LO CREA CONVENIENTE.»

Esto, como se vé, era manifestar una suprema urgencia y amenazar al Gobernador con una revolucion *al pecho*. ¿De dónde provenia la urgencia? Provenia de que el partido directorial, apoderado del Ayuntamiento y triunfante en la eleccion, tenia sumo interés en construir prontísimamente

la legalidad del poder público, para oponerla con éxito á las intrigas de Soler y á las de Sarratea? El primero estaba de nuevo haciendo citaciones por la campaña y en los pueblos, para remontar su division, pues él mismo la habia licenciado despues de la retirada de los montoneros á Santa-fé, por no haber sospechado que los sucesos internos de la ciudad tomáran tan rápidamente el camino de una solucion. El segundo procuraba ganar horas y demorar la instalacion de la Junta para ponerse de acuerdo con el primero y reunir médios de resistencia contra la reaccion directorial.

El Cabildo, que era el agente de este partido y cuyos miembros mas influyentes acababan de ser electos Representantes, queria pues á todo trance *instalarse en el dia* para nombrar por Gobernador á un hombre suyo, que reorganizando con rapidez los elementos morales de la ciudad, trasladase la accion oficial y los resortes del poder público á manos de la burgesia que servia como de nervio y agente poderoso del partido. Las cosas habian venido bien y la direccion habia sido hábil. Era preciso pues suprimir el tiempo; y tal habia sido la urgencia exigente del Cabildo, que el ultimatum que acabamos de trascribir fué firmado á las doce del dia y remitido á Sarratea por el Ayudante Guaux encargado de decirle verbalmente que si no contestaba en el acto, mandando citar y reunir en el *dia* á los Representantes que se hallaban en la Ciudad, el Cabildo iba á ordenar que *se tocase su Campana* y que se convocase al Pueblo á Cabildo abierto, como era de regla en los casos de urgente peligro.

Sarratea contestó diciendo que como ya eran las doce y cuarto del dia, mandaba hacer la citacion que se le

ordenaba *para el* dia siguiente á las diez de la mañana: — « Lo que aviso á V. E., decia, *concluyendo por mi parte* « *este negocio*, sin perjuicio de lo que V. E. tenga á bien « acordar sobre la nota última (los cuatro Diputados *veta-* « *dos*) que he pasado en esta mañana. » Pero el Cabildo encontró peligrosísima la demora—« que, aunque corta « *puede comprometer* la tranquilidad pública; »—por lo cual el Ayuntamiento *solicitaba* que la instalacion tuviera lugar á las 4 de la tarde. Sarratea se resistió á esta exigencia,— « ni el carácter del gobierno, su dignidad, la de V. E. « *ni el de la misma Junta* que va á formarse, se compone « bien con la informalidad que traeria semejante precipi- « tacion. » Y como en efecto, se habia aproximado la noche en este cambio de notas y recados displicentes, fué preciso esperar. El Cabildo no tocó su terrible Campana de alarmas; pero toda la juventud y los demás adeptos y servidores de sus partidarios, como dependientes, esclavos, comensales, durmieron sobre las armas por los alrededores de las plazas, y en los cuarteles ó barracones donde acostumbraban reunirse.

La contestacion que Sarratea reclamaba el 29, sobre el veto de los cuatro diputados, estaba yá escrita y pronta cuando él la pedia. El Cabildo se ratificaba en su doctrina, porque era *la única consistente* cuando se trataba de miembros de un Poder Legislativo. En cuanto á la devolucion de las actas del Lujan, el Cabildo se limitaba á negar friamente el hecho, sin entrar en mas esplicaciones: — « El « Cabildo estraña que V. S. asiente proposiciones, que, « publicadas por la prensa, tienden á desquiciar el órden « público, de que V. S. *se muestra* ahora tan interesado, y

« que *seguramente es inconciliable* con las ideas que V. S. « espone en su comunicacion. El Cabildo considera que « eso es propiamente *sorprender* el candor del pueblo; « pero está al mismo tiempo convencido de que su vigilan- « cia (la del pueblo) *comprende* las intenciones de su ma- « gistrado; y de qué *á cada uno* le *hace la justicia que* « *merece.*» No podia ser mas duro su lenguaje ni mas incisivo en la reticencia.

Sarratea contestó con fecha 30 de Abril con audacia ó despecho, pero sin habilidad y sin criterio:—«Cuando por la « nota que tengo á la vista veo que V. S. me disputa la fa- « cultad de juzgar á los individuos de la Administracion de- « puesta, desconociendo notablemente la naturaleza de sus « crímenes y de su responsabilidad; y lo que es mas en este « caso—los Tratados y compromisos que sobre la materia « han hecho tres Provincias Federadas.....no me parece « estraño que se lleve el empeño hasta privarme de la fa- « cultad de impedir y *casar* un acto (electivo) *contrário* á la « ley. Pero V. E. debe saber que no es fácil convencer que « *el gobernador* carezca de esas facultades (de juzgar y *casar*) « para contener á todos en los límites de su deber. En uso « de esas facultades opuse mi *veto* á los diputados excluidos. « etc., etc.» y confundiendo asi el vicio originário de la elec- cion con la especialidad del Tribunal que debia juzgarlo, el Gobernador se ponia en mayor ridículo ante la opinion pública, y daba todo el poder de la resistencia legal á los perseguidos, que, como era natural, se afirmaban con entereza en el terreno de la verdad: solo la Cámara era juez de sus Miembros y de la validez ó nulidad de las elecciones, principio absoluto, apo- tegma incuestionable de la ciencia política. En cuanto á la

repulsion de las Actas del Lujan insistia Sarratea en que el cargo era exacto—«pero no era esta tampoco la ocasion de « empeñarse en esas justificaciones odiosas que solo produ- « cirian desazones.»

Pero Sarratea terminaba su nota revelando el fondo de la situacion:—«El gobernador, para serlo, no necesita de « convulsiones pues está en el mando sin ellas. Estas in- « trigas, á mas de ser opuestas á mi carácter personal (!) solo « pueden adoptarse por quien aspire al mando por médios « ilegítimos; y en cuanto á mí, no se presenta un interés que « pudiera impulsarme á promoverlas. V. E. *puede opinar* « *como guste*; yo me libraré siempre al testimonio de mi con- « ciencia reposando en la opinion pública.

Al querer sostener esta cuestion en el carácter en que lo hacia, y reclamando facultades tan monstruosas, Sarratea faltaba á la lealtad personal y á los compromisos contraidos con la anterior Junta de Representantes en documentos auténticos archivados. La Junta del 16 de Febrero *no* quiso ratificar la convencion del Pilar en cuanto al enjuiciamiento de los Congresales y Funcionarios del Directorio, sin entablar antes una negociacion que dejase bien claros los términos y condiciones de ese enjuiciamiento; y por eso habia sido que en el primer periodo de su gobierno, es decir del 20 de Febrero al 6 de Marzo en que Balcarce se pronunció, Sarratea no habia tentado medida alguna sobre aquel enjuiciamiento. Lo acordado en Febrero sobre esto era profundamente diverso de lo que Sarratea habia procurado ejecutar despues; por que los que resultasen acusados no podian ser perseguidos sin *prévio aviso reservado* al Cabildo de sus respectivas provincias para que les hiciera arraigar, *quedando deferido el procedimiento, que se*

hade adoptar para el juicio, al Congreso General de las Provincias que se habia acordado reunir. Sarratea habia querido pues conculcar todos los principios y violar la fé de los pactos celebrados con la Junta de Buenos Aires que esplicaban y fijaban el sentido de la cláusula 7ª. de la Convencion del Pilár.[1]

Tales fueron las revelaciones contundentes que D. Tomas M. Anchorena hizo en la renuncia del cargo de Diputado que pasó al Cabildo el mismo dia 29 de Abril; con cuyo motivo entró tambien en largas acriminaciones é informes sobre la vida de Sarratea, que dieron lugar á una nutrida y larguisima polémica entre ambos; sostenida con cuantos dicterios de desprecio y de ignomia tiene el dicionario de la lengua. Sarratea habia pisado un erizo *dentado* con puas de acero poniendo su famoso veto á la eleccion de Anchorena: espíritu recalcitrante y acre, repleto de soberbia: fuerte en el raciocinio y vigoroso en la dialéctica, antipático y seco para todo lo que no era *él ó suyo*; peroque por esa misma sequedad de los jugos de la vida moral y de relacion, estaba siempre espuesto á prenderse fuegopor todo aquello que afectaba su orgullo ó su egoismo, y á brotar en llamaradas de ira, sin consultar circunstancias ni consideraciones. Solo leyendo los papeles que en estos dias publicó, uno tras otro contra Sarratea, puede uno creer que todo aquello se haya escrito y publicado. Y no es esto decir que el fondo de todos los hechos aludidos no sea de una estricta verdad. Decia Anchorena en esos papeles que si su renuncia no hubiera de leerse en otras partes que en Buenos Aires se hubiera escusado de poner en trasparencia las *tra-*

1. Primera Exposicion de D. Tomas M. Anchorena contra Sarratea. (B. A. 29 de Abril 1820.)

pacerias de Sarratea. Este hombre tan conocido de todos por sus manejos, no tenia derecho á quejarse de la acrimonia del estilo, puesto que era mas perverso y mas corrompido que Catilina, contra quien Ciceron usó con amplitud del derecho de injuriar con su terrible estilo. Con esta admirable *jurisprudencia histórica*, largamente expuesta, Anchorena entraba en materia:—«Para disimular su perfidia, se presenta « este malvado muy ufano con toda la impavidez y el descaro « de un hombre habituado al crímen, echándome al rostro de « que él jamas fué acusado de *traidor*, de aliado á los por- « tugueses, de *ladron*, ni de asesino de sus compatriotas, « como si todo lo publicado por la prensa de esta ciudad so- « bre la pérfida conducta con que le ha permitido á D. José « Miguel Carrera que levante fuerzas aqui y que las arme, « sobre la venida de Alvear, sobre las cobranzas arbitrarias « que le ha hecho al Estado y demas gastos hechos en su mi- « sion de Lóndres, no fuesen solemnes acusaciones de trai- « dor, de ladron y de asesino de sus conciudadanos, á que no « ha satisfecho ni satisfará jamas, porque cabalmente el mis- « mo pueblo ha presenciado su conducta.» Despues de agotar los dictérios, Anchorena hacia la defensa de Pueyrredon y del Congreso, en cuanto al cargo de maquinaciones monárquicas y de connivencias portuguesas, demostrando que toda esa perfidia de Sarratea no tenia otro fin que oscurecer el mérito de los servicios de aquella administracion, y cohonestar su infame conducta, siendo él reo de verdaderos crimenes á este respecto como en la *intriga* de Cabarrus cuyo fin no era otro que un *latrocinio* de los recursos pecuniarios de la Legacion argentina.

La nueva Junta de RR., que habia sido la ocasion de que

estallara el conflicto entre Sarratea y la burgesia directorial, se instaló el 30 de Abril. En su primera sesion del 1° de Mayo, entró á tratar el asunto del veto opuesto á los cuatro diputados; y para ello ordenó al Gobernador que le remitiera las causas en el estado en que se hallaran. Sarratea las remitió con una larga nota esplicativa fechada el 2; y tomando el asunto en sesion secreta se resolvió, que hallándose complicado Sarratea tambien en la intriga de Cabarrus para coronar á D. Francisco de Paula, y que hallándose además acusado de abusos de confianza en cuanto á los costos de esta inicua negociacion, era preciso recabar confidencialmente que renunciara la gobernacion en el dia; ó bien, si se negare, destituirlo, para que el enjuiciamiento fuera igual y justo sobre todos, así por esto como por las responsabilidades civiles de las prisiones y destierros hechos por los diversos partidos y por el mismo Sarratea en su actual periodo. Resuelto afirmativamente este punto, fué encargado el Representante D. Tristan Baldez, cuñado de D. Juan Manuel Rosas, de pasar inmediatamente á darle conocimiento á Sarratea de lo que se iba á resolver, asegurándole que la mira de la Junta era echar un velo sobre todo lo concerniente al juicio de Alta Traicion, si él se prestaba á renunciar en el dia el gobierno; pero que si no lo hacia, obligada la Junta por los propios actos y antecedentes que el gobierno habia puesto, habia resuelto seguir adelante aquella causa, contra todos los que apareciesen complicados en esas intrigas, desde 1810 para adelante, creando ella misma los tribunales y el juicio respectivo para los que resultaren ser residentes y vecinos de la provincia de Buenos Aires, y como tales, sugetos unicamente á sus propias autoridades, nó á *ninguna otra de*

afuera. Sarratea se sometió al momento, y mandó su renuncia por mano del mismo Diputado, fundándola en la decadencia de su salud y en el cansancio que le habian causado las pesadas tareas del gobierno.

La Junta queria contemporanizar con Soler, y en vez de nombrar un Gobernador permanente como debia hacerlo dados los motivos de su creacion, se limitó á dar el encargo de gobernador interino á su propio Presidente D. Ildefonso Ramos Mexia, enviando al mismo tiempo al campamento del General Soler una Comision compuesta de los Diputados de la Campaña D. Pedro Sebastiani y D. Francisco Exequiel Maderna, para que le hicieran presente al General que la Junta habia tenido la primera intencion de nombrarlo Gobernador, pero que habia creido peligrosísimo imponerle las responsabilidades del gobierno en momentos de tanta confusion, y cuando se sabia que Lopez, Alvear y Carrera reunian en Santa-Fé los montoneros y las hordas de los indios del Norte para invadir la provincia y venir á someter á Buenos Aires: en cuyo caso, su puesto era el de salvar la patria á la cabeza del Ejército: que para evitar todas estas complicaciones y otras mayores, la Junta habia querido antes deshacerse de Sarratea que habia sido el artificioso instrumento de las aspiraciones de Alvear y de Carrera, para que libre de traidores y de enemigos internos, la ciudad pudiera hacer los debidos esfuerzos en defensa de la provincia. Que preocupada la Junta de estas exigencias políticas de su situacion, no habia querido nombrar Gobernador permanente, sino uno interino que durase hasta que se hubiesen salvado todos estos riesgos, y se pudiera fijar el voto de la Junta en uno de los verdaderos patriotas que tenia el pais.

Soler no recibió benevolente á la Comision en los primeros momentos, pues estaba sumamente contrariado con las novedades repentinas que habian tenido lugar en la ciudad. Pero todos sus amigos le aconsejaban que contemporizase, porque la opinion que prevalecia en el pueblo era unánime por ahora, y no convenia contrariarla; pero que poniendo su ejército del Lujan en un pié respetable, podia estar seguro de ser en todo caso el árbitro de la situacion. Se resignó; pero trasmitió á los Comisionados palabras amenazantes y duras para el caso en que se propusiesen burlarse de él, ó que quisieren tratarlo como á Sarratea; y agregó que contestaria despues que reflexionase y que consultase lo que correspondia á su decoro y á su puesto.

Ganado como se dice vulgarmente el primer tiron, la Junta y el partido *directorial reformado* ó *perfeccionado*, que despues hemos llamado *unitario*, tenia yá la posesion indisputable de la capital, y se iba á ver de frente otra vez en nuevos conflictos con los *montoneros* como partido porteño, y con la plebe *cívica* como partido *oligárquico*. De aquí, toda la importancia de los sucesos que vamos á esponer.

Por lo pronto, Soler se hallaba en una posicion muy incómoda, por no decir muy difícil. Estaba profundamente desagradado con el giro independiente y rebelde á su prestigio y á su poder militar que habia tomado el movimiento comunal de la ciudad; y bajo este punto de vista habria deseado marchar á la ciudad, disolver la Junta, é imponerse como Gobernador. Pero eso era imposible sin levantar una oposicion que podria hacerse resistencia armada; y entretanto, Lopez recorria yá la provincia por este lado del Arroyo del medio con Alvear y con Carrera, marchando con

la evidente intencion de buscarlo para un combate. Así pues, si era rechazado por la ciudad, quedaba perdido en la campaña; si era batido por los montoneros, quedaba perdido en la ciudad; y ya no podia buscar mancomunidad con los federales como en Marzo, por que Alvear y Carrera le cerraban toda esperanza por ese lado. Entretanto, su persona y su direccion militar era indispensable tambien para el partido que se habia apoderado de la ciudad; y que, con tanto interés como el del general, anhelaba resistir y rechazar á los federales de Santa fé. De modo que concurrentes á un mismo objeto y echados en una misma direccion, Soler y el partido unitario se miraban sin embargo con una antipatia acentuada, desconfiaban recíprocamente de todos sus actos é intenciones, trataban de despojarse de atribuciones, y cada uno de ellos se proponia sacar partido de los acontecimientos en su propio sentido.

Soler no pudo dominar su despecho, y el dia 6 mandó su renuncia. La razon ostensible que daba para ese paso, era que tenia que entablar acciones judiciales contra Sarratea por los actos pérfidos, prision, embarque y deportacion de la noche del 25 de Marzo; y que no era decoróso que promoviera ese juicio siendo general en gefe de las fuerzas de mar y tierra. Este paso no era acertado; mostraba mas bien que el general deseaba que el gobierno no le aceptase la renuncia, y que demostrase que era un hombre necesário, para que se comportase con él en ese concepto. El Teniente Coronel Echandia, portador de la renuncia dijo con toda franqueza, que el general habia tomado ese pretesto porque no podia, ó no habia querido revelar, los motivos verdaderos de su renuncia. Estos nacian de

que la Junta, con toda *mala intencion*, habia nombrado á su Presidente *Gobernador de la Provincia* con *todo el lleno de las facultades que le competian*. Que todos habian entendido que estas facultades lo hacian tambien *capitan general*; y que por consiguiente, el general Soler quedaba destituido de su empleo de gefe general de todas las fuerzas de mar y tierra, sin cuyo carácter no podia hacer frente de ninguna manera á los graves conflictos de la defensa de la provincia amenazada ya de ser invadida por Lopez, Alvear y Carrera. Que habiendo mandado venir á su campo las milicias de la *Magdalena* y de *Ranchos*, el general Rodriguez y el comandante Rosas habian rehusado obedecer sus órdenes, diciendo que no venian del gobernador que era el único Capitan general de la Provincia; y que si no se le daban recursos y hombres, el general no seguiria en un encargo de cuyos buenos resultados no podia responder.

El negociado y las pretensiones eran poco hábiles como se vé. Era evidente á todas luces que al exigir las fuerzas del Sur, lo que realmente queria Soler era desarmar á los amigos del gobierno en esa parte de la campaña; así como procuraba debilitar la ciudad pidiendo toda la fuerza que la guarnecia, y que el gobierno colectaba y armaba á toda prisa, para que le sirviera de apoyo no solo contra los montoneros sinó contra Soler mismo.

Sin embargo, como el partido predominante y el general tenian por lo pronto un interés fundamental, superior y mas apremiante que todos los otros motivos de rencilla y hostilidad que los dividia, vinieron á un arreglo. El gobierno le prometió mandarle al general, armas, una suma de 20 mil fuertes y 400 hombres para que aumentase

sus fuerzas, haciéndole además protestas convenientes de la buena fé y de la alta estima con que el pais lo miraba; y el general retiró su renuncia, convencido de que aquello era todo cuanto podia sacar de la firme resolucion de no dejarse intimidar en que el Comisionado Echandia habia encontrado al gobierno de la ciudad.

El verdadero gefe militar del partido directorial era el general don Martin Rodriguez, quien, entendido con Rosas, y con otros fuertes hacendados del Sur como los Miguens, los Ezeizas, Suarez (don Joaquin) y otros, habia levantado y puesto en accion, desde el *Salado* hasta *Barracas,* una nueva fuente de milicias, que habian estado inactivas hasta entonces, pero que, removidas con unidad, podian dar un poderoso contingente al movimiento político de las masas, y servir de gérmen á cosas de mucha trascendencia. Soler se apercibió de esto, y comenzó á preocuparse de la rivalidad con que aquella parte de la Provincia y sus gefes locales podian querer disputarle el predominio del todo, con que él habia contado creyendo que el Lujan y el Oeste eran los centros decisivos para dominar la campaña.

Ahora pues, como ambos partidos habian conservado su respectivas posiciones, no pasaron muchos dias sin que la hostilidad reapareciese entre ellos con los mismos caracteres y con los mismos embarazos, para desenvolverse y llegar á un conflicto que habria sido fatal para los dos. El gobierno de la ciudad, que cada vez se sentia mas apoyado por la opinion de la burgesia, estaba profundamente inquieto de verse desarmado; y como conocia que tenia grandes elementos para organizar de nuevo una fuerza que pudiera darle seguridad, habia formado la resolucion

de mandar hacer un nuevo enrolamiento. Bien se sabia de antemano el efecto desastroso que semejante medida iba á producir en el ánimo de Soler, que no era tan tonto para no comprender que esa medida llevaba la mira clara de ponerlo en una inferioridad de fuerzas evidente. Era pues de absoluta necesidad mantenerse en una completa reserva, hasta el momento oportuno, para no escollar en la resistencia del general.

En efecto, tomando por motivo la invasion ya cierta de los Santafecinos y de Alvear, la Junta dictó con fecha 18 de Mayo el Bando del nuevo enrolamiento, constituyendo las Mayorías, Brigadas y Gefaturas, y reservando al Cabildo los nombramientos de los oficiales que las habian de desempeñar en la ciudad y en la campaña, con absoluta independencia de Soler. Al tomar esta resolucion, la Junta habia tenido que deshechar, por desgracia, un plan general de organizacion militar y de milicias, que Soler le habia propuesto, y que, aunque acertado como mecanismo de defensa armada, tenia el grave defecto de militarizar demasiado, y de concentrar el todo de las fuerzas en las manos del gefe general de ellas, es decir—de Soler mismo.

Este desaire y la intencion manifestada por la Junta de armarse para garantirse contra el general, volvió á irritar á este, y en el primer empuje de sus iras dirijió una nota insolentísima sosteniendo que el Gobernador y la Junta nada tenian que hacer con las atribuciones supremas militares, puesto que esas atribuciones le correspondian todas á él, porque como general de las fuerzas de mar y tierra, él y no el Gobernador era el Capitan General de la Provincia: que, por consiguiente, exigia categóricamente que

se derogase el titulado Bando de enrolamiento defiriendo en él la facultad de organizacion las fuerzas que debian obedecerle, ó que se le admitiese la renuncia que volvia á hacer del mando de la division acampada en el Lujan.

El Gobernador Ramos-Mexia pasó á la Junta la nota de Soler, y esta evacuó el negocio con fecha 24 de Mayo en estos términos firmes y significativos:—«Reducida á la « mas séria y profunda reflexion la nota de V. S. del 20 « con la inclusa del general Soler del 18 de este, sobre el « deslinde de facultades: esta Honorable Junta acuerda y « resuelve que aunque V. S. reviste el carácter de interino « es *con la* calidad y extension de *Gobernador* y *Capitan « General* de la Provincia, y con *derecho á nombrar el Gefe « que sea de su arbitrio*, en el concepto de que V. S. se « inclinará á conservar justamente al Brigadier don Miguel « E. Soler en el mando y arreglo de las armas *del modo « que lo juzgue mas conveniente*. »

Como Soler viera que su altivéz ó jactancia no le iba á dar resultado, desde que la Junta lo ponia en la alternativa de renunciar *de veras*, ó de someterse á lo que ella habia resuelto en la ley del 18 de Mayo, entró en arreglos sobre la manera en que él, por su parte, como general en gefe, y el Gobernador, por la suya, como Capitan General de la Provincia, egercerian sus respectivas atribuciones. Pero uno y otro esquivaron las dificultades para no ahondar el conflicto, así es que los puntos espinosos quedaron siempre vagos, y sin resolverse el sentido y el alcance que cada uno daria á sus respectivas facultades.

El Gobierno se prestó sin embargo á una de las exigencias que el General Soler hacia con mayor insistencia; y era la

de que se pusiese bajo sus órdenes y en el Campamento del Lujan el Batallon de *Cazadores* que mandaba el Coronel D. Celestino Vidal. Este cuerpo, como antes hemos dicho, habia estado de guarnicion en San Nicolás-de-los-Arroyos desde antes de Cepeda; y habia mantenido aquel punto bajo la obediencia del Gobierno. Pero desde el momento que la Junta derrocó á Sarratea el 4 de Mayo, presumió que la ciudad iba á verse en angustias muy grandes para defenderse del ataque que probablemente le traerian los montoneros, y tambien para rechazar las pretensiones ambiciosas de Soler. Era pues indispensable abandonar á San-Nicolas y traer á Buenos Aires ese batallon, que, en los momentos presentes, éra un precioso refuerzo capaz de servir de núcleo á la organizacion de la defensa. Soler lo disputaba tambien, yá por los mismos motivos, ya por disminuir las fuerzas de la ciudad, al mismo tiempo que para aumentar las suyas. Pero como convenia resistir ante todo á los montoneros, las exigencias del general estaban mejor justificadas que las del gobierno; y el Batallon de *Cazadores* marchó al Campamento del Lujan así que llegó de San-Nicolás-de-los-Arroyos. Esta cesion debia compensarse sin embargo dejando el Batallon en la ciudad un cuadro de cuarenta hombres que debia servir de base á la organizacion de otro cuerpo capaz de hacer el mismo servicio.

Por fortuna, pudo encargarse de eso el acreditado Coronel D. Manuel Dorrego. Libre de toda clase de rencores, alegre y siempre dispuesto á servir al pais, Dorrego acababa de regresar de los Estados Unidos haciendo un completo olvido de todas sus quejas, sin pensar siquiera en reparaciones, sin pedir exclusion contra nádie, allanando por

su parte todas las dificultades, y colmando de atenciones á todos los hombres distinguidos del pais. Hacia todo esto con tal naturalidad, sirviéndose de la genial ligereza de su espíritu, con tal vivacidad, que en muy pocos dias logró vencer las aprehensiones naturales que podian haber dejado las cosas pasadas; y como se mostrara vivísimamente opuesto á los montoneros y á Carrera, muy pronto comenzó á atraer ácia su persona las esperanzas de la burgesia; esperanzas justificadas por las pruebas que tenia dadas de su perícia militar y de su intrepidez. Apesar de la prudente elevacion de su conducta, se percibian afinidades lejanas, presentidas mas bien que *ciertas*, que inclinaban á Dorrego del lado de Sarratea, y que lo inclinaban á Soler despues que el otro cayó. La culpa quizás no era suya: los directoriales formaban un círculo ó núcleo demasiado cerrado y personal, como lo es todo partido oligárquico, para que pudiesen recibir á Dorrego entre ellos con alma franca y corazon sano, aún en aquellas circunstancias, en qué, como enemigo de los montoneros y campeon del honor inmarcesible de Buenos Aires, él venia á ser un elemento militar poderosísimo para los intereses y para el porvenir de ese gran partido, del cual, como vamos á ver, Dorrego fué el verdadero SALVADOR muy pocos dias despues.

Desde que Soler incorporó á su division el Batallon de *Cazadores*, empezó á ser mas insolente y mas amenazante: á términos que en los primeros dias de Junio era ya inminente un rompimiento entre él y el Gobierno. La Junta creyó entonces que lo mejor era dar caracter definitivo y legal á la situacion; y—«para salvar el órden y la tranquilidad de « la provincia, precaviendo males de mayor trascendencia, y

« poniendo al gobierno en el caso de *expedirse con libertad* « *de accion*, de modo que por defecto de facultades no peligre « el pais amenazado de nuevas y acaso de mas duras hostili- « dades,» —resolvió nombrar Gobernador y Capitan General en propiedad; y nombró en efecto, al ciudadano D. Ildefonso Ramos Mexia, para desempeñar este puesto, el 7 de Junio de 1820.

En este paso decisivo hay circunstancias dignas de estudiarse. La Junta procedió como habria procedido una Legislatura de Massachussets, pues no solo nombró el Gobernador sino tambien un Consejo de Ministros ó gabinete, designando para ello á los DD. Passo, Anchorena, Andrade, Ascuénaga, y Aguirre—Lajarrota.

Además de esto, la Junta creó ese Gobierno dándole una perfecta aunque sucinta Constitucion, en la que separó lo *judicial* y lo *lejislativo* de lo *administrativo*, sin perjuicio de la accion policial y correccional. Se le prohibió al P. E. crear pechos y contribuciones, emitir papel, levantar empréstitos por mas de 200 mil pesos, y cambiar las bases de la hacienda (presupuesto) dejándole sin embargo el manejo de ciertos recursos ordinarios, y yá designados por ley anterior para que atendiera á las necesidades públicas. No podia tampoco crear empleos ni proveer altos grados militares, celebrar tratados, entablar negociaciones, declarar guerras, sin anuencia prévia de la Junta, a no ser en casos apremiantes de invasion ó de ataque.

Tres dias se habian pasado á penas, cuando el General Soler pasó con fecha 11 una nota, en la que desahogaba todo su enojo á pretesto de la colecta de vagos y *levas* con que el Gobierno procuraba aumentar las fuerzas que levantaba en la

ciudad. Con tono sarcástico, declaraba que la medida le parecia acertada, pero que se permitia observar que esa composicion de cuerpos, *instruidos* por gefes diversos, sin que estos ni los soldados tuviesen unidad de modelo, de disciplina y de instruccion, jamás formarian un ejército mediocre siquiera; tanto menos cuanto que la anarquia y el desorden en que se hallaba la ciudad, aumentaban las dificultades naturales de esa tarea. Visto esto, él no podia exponerse á continuar sus sacrificios, ni á ponerse en peligro, cuando se desconocian sus atribuciones y el carácter de General de mar y tierra que se le habia conferido: cuando se daba empleos y mando de fuerzas á sus enemigos mas declarados: cuando se alarmaba al vecindario mostrándolo á él como un peligro para el pais. Así, él no podia responder de la defensa de la Provincia; y no queriendo que pesaran sobre él las responsabilidades de un desastre, ni soportar el menosprecio con que se le trataba, preferia renunciar por la séptima vez, *no solo el mando del Ejército sino el empleo de Brigadier*, y *pedia su pasaporte para paises estrangeros*. Ramos Mexia, ó mas bien dicho el gabinete que la Junta le habia dado, contestó con fecha 15 de Junio. Despues de resumir las quejas del general, se le observaba que su nombramiento de Generel de las fuerzas de mar y tierra habia sido meramente transitorio, mientras la Provincia no tuviera gobernador y cuerpos administrativos, como resultaba de la consulta evacuada por la Junta con fecha 18 de Mayo. Que despues de haberse instalado un cuerpo Lejislativo y un Gobernador, este era la fuente de donde debian emanar todos los empleos y jurisdicciones, sin quedar nádie superior á él, por que eso habria sido monstruoso: « y como V. E. (agregaba el gabinete) ha avanzado tanto

« su empeño en la renuncia, que sin anuencia mia, y á un mis-
« mo tiempo, ó tal vez antes de que yo la recibiese, existia ya
« en la imprenta, causando impresiones en el pueblo poco
« análogas al órden y la union que V. S. tanto desea; y como
« por último, este paso pone á V. S. *en el caso de no poder*
« *ya retrogradar*, y á este gobierno en la imposibilidad de
« rehusarla sin comprometer el decoro de la provincia, que
« *con razon considera tener en su seno* sujetos capaces de
« desempeñar ese importante cargo que se halla encomenda-
« do á V. S, oido el dictámen del Consejo, he résuelto
« acceder á la renuncia de General del Ejército en Canton
« que ejerce V. S. y si V. S. insistiese en ausentarse para
« paises estrangeros, franquearle el pasaporte para el punto
« que designe, con cesacion en el empleo de Brigadier res-
« pecto de esta provincia; y he nombrado para que le subro-
« gue á V. S. al Brigadier General D. Martin Rodriguez,» á quien se le habia ordenado que bajara de la campaña del Sur á recibirse del mando del Ejército.

Cuando Soler vió la firmeza con que el Gobierno de la ciudad estaba resuelto á proceder, promovió un movimiento sedicioso en la division del Lujan; y al otro dia, es decir el dia 16 de Junio, todos los gefes y oficiales de esa division desconocieron las autoridades de la Capital, y se dirigieron al Cabildo del Lujan en una *humilde* solicitud, pidiéndole con todo respeto, no yá que repusiera á Soler en el mando del Ejército, sino que para evitar males tremendos, el Cabildo del Lujan declarara escandaloso el paso dado por el Gobierno y que en consecuencia procediese á nombrar al dicho General Soler Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires, con jurisdiccion en toda ella, de modo que no

fuesen reconocidos por gefes de ningun departamento especial *sino* aquellos que él nombrase.

El objeto bien claro de esta cláusula ó facultad, era destituir y perseguir á D. Martin Rodriguez y á Rosas. Pero no contentos, pedian tambien que se abriese de nuevo un juicio contra todos los facciosos de las administraciones anteriores, que ponian en inquietud al pais; y protestaban que este era no solo el deseo que tenian sino tambien una resolucion que ejecutarian con las armas—«llevando, decian, á la cabeza de « las tropas y de las milicias de toda la campaña, á nuestro « Gobernador y Capitan General D. Miguel Estanislao Soler: « ese héroe que ha sido la esperanza de este grande y heroi- « co pueblo de Buenos Aires; y que es el único capaz de « organizar y de mandar nuestras tropas etc., etc. »

Como era de esperar, el Cabildo del Lujan se adhirió al pronunciamiento militar de la tropa, y declaró el dia 16 que el General D. Miguel E. Soler quedaba reconocido de Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires; y Soler con este título de lejitimidad, acompañado de la representacion de los gefes y oficiales de su division, y del nombramiento que habia recibido del Cabildo del Lujan, se dirigió á la Junta de RR. de la Capital para que lo proclamase y lo hiciese obedecer. La Junta procuró ganar tiempo pasando al Gobernador el asunto y mandándole que informase á la mayor brevedad. En el intermédio se trató de organizar la resistencia; pero el General Rodriguez declinó toda responsabilidad y renunció el empleo de general de las fuerzas negándose á venir de Ranchos: Dorrego declaró que preferia renunciar el mando de su cuerpo antes que hacer armas contra el General Soler, su amigo personal, y se negó por supuesto á

tomar un puesto mas comprometido: los Cívicos comenzaron á agitarse y á salirse armados á los subúrbios, al mismo tiempo que las tropas de Soler se aproximaban por San José de Flores, y que sus avanzadas ocupaban los subúrbios del Oeste y del norte.

Mientras esto pasaba en los alrededores de la ciudad, llegaban espresos, unos tras otros, anunciando con terror una invasion vandálica y numerosísima de los montoneros de Santa Fé, comandados por Lopez, Alvear y Carrera. Los avisos eran de tal naturaleza y de tan buen orígen, que no habia como dudar de que en ocho ó diez dias esas masas de gauchage volverian á estar sobre la Capital, en momentos en que sus própios gefes y sus própios soldados estaban prontos á batirse para disputarse el Gobierno. De los dos malès, la Junta de RR. aceptó el menos terrible sometiéndose al General Soler y esperando que defendiese la provincia contra los invasores. Una vez acordado esto, Rámos Mexia renunció. La Junta de RR. se sometió á las resoluciones del Cabildo del Lujan: ordenó que el gobernador saliente *entregase el baston* al Ayuntamiento, y que el Alcalde de primer voto le diese inmediato aviso á Soler de que podia entrar á la ciudad sin oposicion alguna. Despues de esto la Junta se declaró disuelta, y pasó á manos del Cabildo el encargo de velar por la tranquilidad pública, que ella yá no podia desempeñar. Soler no se dió por satisfecho con esta resolucion, sino que violando todos los respetos debidos al decoro ageno y á la dignidad de los funcionarios de su pais, declaró que no entraria á la ciudad, lo que valia á dejarla acéfala en médio de un desórden infernal; «in- « terin los señores DD. (dijo) que representan á la Capital, no « espresen *libremente* la voluntad de sus representados ácia la

« persona del Gobernador y Capitan General que deba ser de « la Provincia: estrañando mucho que la predicha H. Junta « se haya disuelto intempestivamente: que me invite á tomar « el mando por conducto del Cabildo; y que haya usado para « ello de las espresiones que emplea, como si el General « Soler procurase violentar la voluntad de ese digno Pueblo.» Con esta intimacion, el Cabildo hizo reunir de nuevo á los Representantes en su presencia, y dió testimonio de que habian convenido y acordado *libremente* que Soler quedase nombrado Gobernador y Capitan General de la Provincia.

Este estaba yá en San José de Flores esperando esa declaracion; y asi que la recibió publicó una proclama invocando la libre voluntad de los RR. del Pueblo de la ciudad y de la campaña, como orígen y titulo del poder que investia; y participó que al dia siguiente 23 de Junio, de diez á once de la mañana, se presentaria á prestar el juramento de Ley en la Sala Capitular ante el Ayuntamiento y la Junta de RR. cuya convocacion mandaba que se hiciera.

Apenas se recibió del mando el dia 23, Soler lanzó un Bando declarando que como tenia que regresar en el mismo instante á campaña, nombraba como Comandante Militar interino de la Capital al Coronel D. Manuel Dorrego. La razon era que los Santafesinos, dueños yá de todo el norte de la provincia, avanzaban rápidamente sobre la ciudad, con una fuerza considerable por el número y por el espíritu de que venia animada.

La situacion era insoportable; por un lado, pesaba sobre los espíritus la tremenda amenaza y las venganzas de un nuevo triunfo de los federales; por otro lado, lleno de desconfianzas y de sospechas, lleno de temores de conjuraciones

y celadas, Soler queria precaverse y castigar *presuntos* enemigos, con cuyo fin ordenaba barbaramente por un Bando que todos los que hubieren sido Diputados al Congreso disuelto, por él, en 11 de Febrero, *desde* su *instalacion en Tucuman*, y demas funcionarios directoriales, *se presentasen en el Campamento del Lujan en el término* de 48 horas, bajo apercibimiento de ser castigados severamente si no lo hicieran. De modo, que la mayor parte de los ciudadanos, distinguidos se habian ocultado aterrados, y esperaban la ley de la fatalidad en un estado moral verdaderamente lamentable.

Pero, para hacer una exposicion viva y completa de los sucesos que vamos á narrar, de la rapidez con que se precipitaba la accion dramática pasando de un cuadro á otro cuadro; de la entrada y de la salida de los personajes, de la lucha apasionada de los intereses, de la variedad de los caracteres, de lo imprevisto de los contrastes, y de la solucion tan inesperada, como feliz y sangrienta, á la vez, que puso fin á las angustias de aquel año terrible, necesitamos retroceder un poco ácia los dias en que D. Carlos María Alvear, arrojado de la ciudad, se asilaba con Carrera en el Campamento de Ramirez; y tenian que retirarse hasta Santa Fé empujados por las fuerzas de Soler.

Vimos antes que arrojado Alvear de las inmediaciones del Retiro, habia tenido que buscar el amparo de la division de Carrera, y que ambos se habian visto obligados á retirarse hasta el Pilar, donde estaba acampado Ramirez, el Gefe Supremo de los montoneros. Pero la situacion del Entre-Rios, base del poder de Ramirez, era tal, que este no podia perder un minuto sin acudir allá, ni detener-

se por consiguiente á operar contra las fuerzas con que Soler habia salido de Buenos Aires persiguiendo á Carrera. De manera que los tres caudillos reunidos levantaron el campamento del Pilar y desocuparon la provincia. Ramirez para pasar inmediatamente al Paraná, Carrera y Alvear para asilarse en Santa fé.

Los sucesos que habian tenido lugar en la Banda Oriental del Uruguay y en Entre-Rios, mientras pasaban en Buenos Aires los que acabamos de narrar, desde la accion de Cepeda hasta la tentativa felizmente malograda de Alvear y de Carrera, eran sumamente graves. Los Portugueses se habian empeñado en organizar un ejército fuerte en la frontera de Santa Ana. Prontos yá á invadir el territorio Oriental, Artigas habia reunido todas sus fuerzas en el Queguay, y entrado en el territorio brasilero, donde consiguió la lucidísima victoria de Santa Maria, derrotando completamente la division del afamado Brigadier Abreu, muerto algunos años despues en la batalla de Ituzaingó por las tropas argentinas. Pero era tan fuerte el Ejército brasilero que ocupaba aquella frontera á las órdenes del Conde de la Figuera, que los resultados del triunfo de *Santa Maria* no podian ser duraderos para los Orientales. Así fué, que sentida la presencia de Artigas, las divisiones brasileras se incorporaron y lo persiguieron hasta la villa de *Tacuarembó*, donde el caudillo Oriental se decidió á esperar al enemigo, fortificando antes aquel punto con toda su artillería é infantería á las órdenes de los coroneles Latorre y Aguiar. Atacado allí por todo el ejército brasilero, con una poderosa artilleria, fué completamente derrotado el dia 14 de Enero de 1820, y como su capitanejo

Frutos Rivera no solo se negara á seguirle obedeciendo, sinó que comenzara á negociar para entregarse á los enemigos, Artigas se vió obligado á pasar á la márgen occidental del Uruguay con unos dos mil hombres de sus mas fieles secuaces, y situó su campo en *Curuzu-Cuatiá*, punto limítrofe entre las provincias de Entre-Rios y de Corrientes.

Como hasta entonces habia ejercido una *superioridad convencional*, con el título de *Protector de los Pueblos Libres*, sobre las tres provincias de Entre-Rios, Corrientes, y Santa-fe, Artigas pretendió desde allí impartir órdenes como gefe supremo de los caudillos locales. Pero esa superioridad habia sido puramente nominal en Entre-Rios y Santa-fé desde que Ramirez y Lopez se habian hecho caudillos locales en cada una de esas dos provincias por la adhesion personal de sus masas respectivas; demodo que Artigas, sacado del territorio oriental, no era otra cosa allí que un forastero ó un usurpador del territorio y de la jurisdiccion agena. No sucedia lo mismo en Corrientes, donde un facineroso con el nombre *Blasito*, que siempre habia sido su Teniente, seguia obedeciéndole y prestando mano fuerte á las medidas que aquel le ordenaba.

Conociendo esto mismo, era que Artigas se habia situado en *Curuzu-Cuatia*; pues apoyado en la fidelidad del caudillejo de Corrientes se proponia estender su influjo á Entre-Rios, aprovechándose de la ausencia de Ramirez fatalmente envuelto en el torbellino de los sucesos de Buenos Aires que ya conocemos.

Amenazado así por Artigas, procuró Ramirez obtener los auxilios de Buenos Aires para ir á desalojarlo de las posiciones que aquel habia tomado; y de ahí la *Convencion*

del Pilar; y las cláusulas del tratado secreto sobre la provision de armas, vestuarios, dinero y escuadrilla, que celebró con Sarratea. Artigas, por su parte, rèchazó la convencion del Pilar, porque comprendió bien que ella tenia por obgeto hacerle la guerra; y denunciando la conducta de Ramirez como la de un traidor á sus banderas, le declaró decaido del Gobierno de Entre-Rios y comenzó á poner en armas á todos los enemigos del caudillo entrerriano tomando él el mando para apoderarse de la provincia.

Entre los que se declararon por Artigas sobresalia el comandante don Gervasio Correa. Este gefe habia sido hasta entonces celosísimo partidário de los porteños, y uno de sus mas ardientes sostenedores en aquella provincia durante el gobierno de Pueyrredon. Pero, por lo mismo, Correa era enemigo *personal* intransigente de Ramirez; y como viese que arreglado este en Buenos Aires, él quedaba inerme bajo el peso de las persecuciones de su enemigo, se declaró partidário de Artigas por interés própio, y por la necesidad de asegurarse alguna garantía contra Ramirez su enemigo.

La cooperacion de Correa era de grande importancia para Artigas, por el influjo decisivo que este comandante egercia sobre los campesinos del centro de la Provincia y de Gualeguay; siendo de temer que algunos otros lo imitasen seducidos ó atemorizados por el prestigio terrible que el nombre y las huestes de Artigas egercian todavia sobre las masas de todas aquellas campañas semi-salvages. Ramirez se alarmó tanto con el pronunciamiento inesperado de un gefe como Correa, ligado hasta entonces con Buenos Aires, que se empeñó fuertemente con Sarratea para que enviase una diputacion cerca de Correa que lo reconciliase

de nuevo separándolo de Artigas; y como la cosa era importante fué nombrado al efecto el Presidente de la Cámara de Justicia de Buenos Aires doctor don Matias Oliden, quien teniendo una amistad estrecha con Correa tenia tambien grande influjo en su ánimo, y habia sido hasta entonces su consejero director.

Pero al general Soler no le convenia que Ramirez pudiese desembarazarse de las dificultades que lo habian llamado á Entre-Rios; por el contrário, su interés era que la situacion de esta provincia se agravase cada vez mas, para que aquel caudillo no pudiese seguir influyendo en la política interna de Buenos Aires, como influia en aquellos momentos. Así fué que al pasar Oliden por el Lujan en direccion á San Nicolás, Soler lo detuvo el 28 de Abril pretestando serle sospechoso su viaje, y se apoderó de todos sus papeles. Sarratea cayó definitivamente á los tres dias de este incidente; y la diputacion de Oliden quedó sin ningun efecto en provecho de Ramirez.

Cuando este pasó el Paraná, Artigas habia reunido yá dos escuadrones correntinos mandados por Alderete y algunos grupos de entrerianos á las fuerzas con que habia pasado el Uruguay; y estaba invadiendo el Entre-Rios. El Comandante Hereñú y el Gobernador delegado D. Ricardo Lopez Jordan habian intentado detenerlo, pero derrotados por los orientales, habian tenido que replegarse al Sur, sobre el Paraná, buscando el apoyo de las divisiones con que, Ramirez llegaba al mismo tiempo, á marchas forzadas, desde Buenos Aires. Apercibido de lo que pasaba, Ramirez hizo sangear y fortificar la Ciudad del Paraná para parapetar su infantería contra todo evento; y encargando la

defensa de la plaza al Sargento Mayor D. Lucio Mancilla, oficial valiente de cuyo nombre nos apercibimos por primera vez en la história argentina, salió inmediatamente á encontrarse con el famoso Protector de los Pueblos Libres que habia sido el grande promotor de la guerra civil, de la barbárie, de la disolucion política y de todos los escándalos de nuestra revolucion, desde 1811 hasta la fecha. Oigamos sobre todo esto á Ramirez mismo, su satélite y su cómplice en todos los atentados anteriores.—«Cuando sobre el campo de « Cepeda consiguieron las Provincias ver sancionada la Fe- « deracion, un clamor general se oyó resonar por todas par- « tes proclamando con vivas y aclamaciones el dia grande « en que los trabajos, las privaciones y tanta sangre dieran « por fin todo el desahogo al sentimiento general de los « Pueblos al recibir en las manos la grande CARTA que las « armas arrancaban de la injusta y ambiciosa Buenos Aires. « Yo por mi parte debo protestar que si la sensibilidad de « mi corazon no dejó de esplicarse con las lágrimas que el « dolor arrancaba sobre los cadáveres de mis compatriotas, « una suave emocion entre el tumulto de mis pasiones « lisongeaba mi amargura al considerar concluida la guerra « civil que aquel Pueblo habia sostenido por tanto años « contra su própio interés y el interés general de la Revolu- « cion misma, que hasta entonces habia conducido bajo com- « binaciones que solo pudo adoptar la mas falsay la mas erra- « da política.—Pero muy distante estaba yo de que algun gra- « ve incidente engañase mis esperanzas lisongeras, y de que « naciese bajo mis piés un nuevo y mayor peligro del que « acababa de allanar. D. José Artigas supo acogerse á pre- « testos nada decorosos para no reconocer el tratado solemne

« del *Pilar*. Bajo el nuevo sistema en que veia colocarse « el gobierno de *cada provincia*, no dejó de advertir que se « disipaban los prestígios con que hasta entonces habia « alucinado la opinion de los pueblos y *conducídolos á su* « *última disolucion*. Los errores de su sistema militar « acababan de poner bajo la dominacion portuguesa la ame- « na y poderosa provincia de Montevideo; y espulsado de « ella por un resto considerable de fuerza que poco antes « habian combatido á sus órdenes, vino á situarse sobre la « Banda Occidental del Uruguay.—Sin opinion y sin recursos « recordó entonces el título de Protector de los Pueblos « para abrogarse el gobierno absoluto y esclusivo de la « provincia de Entre-Rios y de Corrientes.—No tuvo sufri- « miento para esperar que el Congreso General ya convocado « diese el prémio á sus servicios determinando el rango y la « colocacion *á que una resignacion voluntaria* lo habria he- « cho acreedor. Mi resistencia á sus primeras insinuacio- « nes fué la señal que dió para declarar la guerra á la pro- « vincia de mi mando. Despechado en sus designios, no « fué capáz de contenerse ante el escándalo que iba á causár « hostilizando una provincia cuyas armas acababan de poner « en sus manos la Carta de la Federacion General, que « él no pudo ver establecida cuando bajo su influjo y poder « tenia los recursos enteros de la Banda Oriental; y le ví « venir sobre mi provincia con el *mismo furor* con que lo « habria hecho, si antes unido yó con Buenos Aires me « hubiese decidido á sofocar el voto general de las Provincias « y sus derechos.—Mi corazon se resentia al considerar este « nuevo periodo de sacrificios á que me veia conducido por « la criminal y *bárbara* obstinacion de un hombre cuyos

« designios no presentaban un término pacífico que concluye-
« ra sin sangre y con nobleza las diferencias que habian
« fomentado la guerra civil. No temia la que el Protector
« me declaraba nuevamente. La justicia estaba de mi parte
« mi interés no era otro que el de aliviar á la humanidad
« *oprimida* con todos los horrores *que debo silenciar* come-
« tidos por los Indios Guayeurues, á cuyas licencias entre-
« gaba el Protector los pacíficos habitantes de estos pueblos
« el honor de sus familias y sus propiedades.—Los mas
« nobles esfuerzos no pudieron darme una amigable transac-
« cion, y armado de aquella sagrada indignacion que siem-
« pre causa la perfidia tenaz de un enemigo que hace la
« guerra sin haber sido ofendido, y que la dirige sin recono-
« cer los límites que ha establecido la humanidad, tuve que
« aventurarlo todo á la suerte de las armas.» [1]

Cualquiera que sea el valor político que se le quiera dar á este papel, él se reduce en el fondo á mostrar la lucha final de dos ambiciosos que reclamaban para sí el derecho de mandarse recíproca y absolutamente y de dominar la política de su pais. Artigas no queria degradar su soberbia delante de la prepotencia posteriormente adquirida por su subalterno. Ramirez se enfurecia de que Artigas no escuchase la *voz del patriotismo*, y de que no le reconociese esa prioridad resignándose pacificamente a ser mandado bajo la influencia que los sucesos le habian dado. Prontos para exijir la obediencia y la resignacion de los demás, cuando ellos tenian el

1. Circular que Ramirez pasó en 3 de Noviembre de 1820 á cada gobernador de provincia: una de cuyas cópias *firmada* y *autógrafa* me ha sido dada por mi amigo el Dr. D. Benjamin Victorica.

poder, rebeldes cuando lo perdian, esta clase de *patriotas* reducian toda su moral política á esplotar el poder en provecho própio y de sus favoritos cuando mandaban, y á organizar motines pronunciamientos y rebeliones cuando no mandaban. Bien es verdad que los unos se justificaban por los otros; y que ni los unos ni los otros merecian la simpatias enteras de los que vivian fuera de estas inícuas cabalas, cuyas víctimas expiatorias eran los hombres de bien. Ramirez que encontraba tan bellas razones para exigir de Artigas una patriótica resignacion á los hechos consumados, á fin de crear y consolidar un gobierno estáble, cuando se figuraba que los resortes de ese gobierno iban á quedar en sus manos, debia hacer en Santa-fé, unos meses mas tarde, el mismo papel que hacia Artigas en Entre-Rios; cuando separado Lopez de su influjo y entendido con Buenos Aires, aquel vió escapársele de las manos ese soñado influjo, y sintió que la fuerza de las cosas le reducian á ser nada mas que un Gobernador temporário sugeto á las leyes fundamentales de la Nacion.

Pero, bajo su aspecto histórico, la circular que acabamos de trascribir tiene un valor capital, por que ella demuestra de una manera auténtica cuales fueron los motivos y el origen del cisma que dividió á estos famosos corifeos de la Federacion Argentina, que destruyéndose entre sí por la falacia y por la perfidia de sus mentidos principios, desaparecieron uno tras otro, de la escena, ultimándose recíprocamente como lo vamos á ver.

Mientras Artigas y Ramirez se buscaban para batirse con fiereza en Entre-Rios, Carrera, y Alvear se unian á Lopez, el caudillejo de Santa-Fé para volver en armas contra Soler y el partido directorial, que apoderándose alternativa-

mente del poder en la ciudad de Buenos Aires, como hemos visto, tendian con igual ahinco á borrar los vestigios de la Paz del Pilar y organizar fuerzas para llevar á su vez la guerra sobre Santa-Fé.

En el fondo de su ánimo, Lopez odiaba profundamente á Carrera y Alvear; pero los soportaba porque no osaba todavia romper con Ramirez sin saber á que palo quedarse; y por que del otro lado tenia tal incompatibilidad de intereses y de miras con Soler y con Dorrego, ocasionada por las invasiones que este último habia hecho en Santa-fé en 1816 mandando la vanguardia de Viamont, [1] que no podia prescindir de marchar contra ellos con la esperanza de derrocarlos y de colocar en Buenos Aires hombres mas accesibles á su influjo y menos inclinados á inquietarlo. Decidido pues á destruir la prepotencia militar de Soler que tendia á estenderse, y que si se le daba tiempo podia convertirse muy pronto en poder invasor contra Santa-fé, Lopezcreyó que por el momento le convenia invadir rápidamente á Buenos Aires, atraerse allí los partidarios de Alvear y batir á Soler, para imponerle á la ciudad un gobernante cuya permanencia en el poder dependiese del apoyo que él le prestara. Y habiendo reunido rápidamente como dos mil montoneros, entró en la campaña de Buenos Aires trayendo á Carrera al mando de la division de aventureros que llamaban los *Chilenos*, sin serlo mas que unos pocos con el gefe, y á Alvear, que comandaba un cuerpo brillante de sesenta y dos oficiales, á los que iban unidos como cien hombres mas entre ordenanzas, sirvientes y partidarios decentes de Alvear, todos regimentados y capaces de una

1. Véase *Boletin* núm. 5 Julio 10 de 1820: nota núm. 4.

accion decisiva en el momento del conflicto, por lo mismo que eran todos ellos personas muy distinguidas y militares de carrera acostumbradísimos á los combates.

Con estas fuerzas Lopez se apoderó de toda la línea del Arroyo del Medio, desde el Pergamino y Rojas hasta San Nicolás y se dirigió rectamente hácia la *Capilla del Señor*.

Soler por su parte, no habia andado menos activo. El 23 de Junio habia arrebatado el Gobierno de la Provincia como hemos visto. El 24 habia vuelto á su campamento de Lujan dejando á Dorrego encargado del mando militar de la capital. En ese mismo dia y el 25 se habia ocupado de concentrar todas las milicias de campaña que quedaban á su alcance; y el 26 sacó su columna del Lujan, y convirgiendo sobre su derecha, marchó rectamente tambien el encuentro de los montoneros.

Las fuerzas de Soler eran muy inferiores en calidad y en composicion á las que traia Lopez. Los escándalos que acababan de tener lugar habian desmoralizado el espíritu público. Muchos oficiales estaban perplejos sobre la legitimidad del poder que el general habia usurpado, y muy dudosos sobre lo que les exigia el deber. La tropa estaba inquieta y poco confiada, como era natural que estuviese en semejante estado de confusion social. Todas las medidas tenian aquel caracter convulsivo que manifiesta siempre poca confianza en el éxito de una guerra; y las milicias de la campaña, completamente agenas á las pasiones y á los intereses de la lucha, desmoralizadas tambien por la poca autoridad efectiva que ejercian los gefes que se les habia dado, estaban mas dispuestas á economizar su sangre y sus peligros, que á entrar en encuentros de armas, con decision, por contiendas á

las que sus pasiones y sus intereses eran completamente agenos. Nada era pues mas natural que esta situacion en que se hallaban los ánimos de todos aquellos vecinos pacíficos de la campaña, que Soler, usando de médios violentos y aterrantes, habia arrebatado á sus hogares y traido por fuerza á formar en sus filas.

La única base un tanto sólida que tenia la colúmna de los Porteños se reducia á un cuerpo de caballeria de 200 Dragones que formaba la Escolta del General y á un cuerpo de infanteria que mandaba el coronel Pagola, compuesto de un piquete de 80 *Aguerridos* y de 180 *Cívicos* del 2° tércio, criollos de sangre pura, intransígentes y bravos por tradicion y por temperamento. Todo lo demás era colecticio, y se componia de algunas milicias de San Isidro y de las Conchas, llamadas *los Colorados* por la blusa y por el gorro punzó con que las habian uniformado, y de algunas otras de Moron, Matanzas y Magdalena, malísimamente armadas, que hasta entonces no habian hecho *jamás* servicio alguno de guerra, que no tenian la menor instruccion militar; y que comenzaron á desertarse en grupos apenas inició Soler su marcha en demanda del enemigo, buscando el asilo de sus cercanos pagos, y e lamparo en ellos, del General Rodriguez y del Comandante Rosas, á quienes no dejaba de halagar la esperanza de que Soler fuese deshecho, para librarse de él y para tomar ellos la direccion de las cosas á la cabeza del partido *Unitario* de la ciudad.

La columna del Gobernador de Santa-fé era mucho mas fuerte, no solo porque era compacta en su espiritu por hallarse compuesta de hombres decididos y de masas que seguian con entusiasmo á su caudillo popular, sinó por la calidad de sus cuerpos y por la posicion militar que habian adquirido en

8 años de campañas y de guerras incesantes. Distinguíase entre esos cuerpos un regimiento de Dragones que constaba de 400 plazas, dividido en dos escuadrones y que formaba la escolta del Gobernador.

Obedeciendo á su génio impetuoso é impaciente, Soler redobló sus marchas con la esperanza de sorprender en su camino á los Santafecinos y de compensar la inferioridad de su fuerza con la rapidez del ataque; lo que era tanto mas racional esperar, cuanto que habia tomado todo género de medidas y tretas para que el enemigo creyese que no pensaba en moverse del Lujan, y que su plan era esperarle fortificado en la Villa. Pero un accidente desgraciado hizo que una partida de Santafecinos descubriese en la madrugada del dia 28 de Junio el campamento en marcha de Soler; y habiéndose retirado con precipitacion llevó el aviso de esa novedad al cuerpo del ejército de Lopez, quien al instante levantó su campo y vino á encontrar á los Porteños.

Al ver que su marcha habia sido descubierta y que no podia evitar el encuentro, Soler tomó posiciones sobre la *Cañada de la Cruz* aprovechándose del terreno con su reconocida habilidad. En la parte del frente por donde esta cañada no presentaba obstáculo al enemigo, se colocó él mismo con los Dragones; colocó á su derecha á Pagola con la infanteria (*Cívicos y Aguerridos*) y con un trozo de milicias de caballeria del partido de Ranchos. Convencido de que las milicias de caballeria eran de muy poca confianza, desmontó ciento cincuenta blandengues, los armó con tercerola y los colocó en la izquierda de su línea, cubriéndolos por el frente con las aguas y barriales de la Cañada, al mando del viejo Coronel French Gefe del Estado Mayor, para que apoyase con sus fue-

gos á otros Cuerpos de milicias de caballeria de Matanzas y de Magdalena que formaban tambien en aquella parte de la línea.

Soler era un oficial demasiado experto, para ignorar que con cuerpos de esta espécie no debe nunca esperarse en línea el empuge del enemigo: y que por el contrario, es indispensable hacer que las columnas principales tomen vuelo hácia adelante desde el primer momento. Así es que Pagola tenia órden de lanzarse con su infanteria sobre las líneas enemigas desde que estuviesen á su alcance, y Soler se proponia seguirlo con los Dragones, para aprovecharse de este choque necesariamente ventajóso al princípio, que esa infanteria debia dar sobre el enemigo. Las cuatro piezas de artilleria estaban colocadas entre los Dragones de Soler y la izquierda; y tenian por obgeto alejar al enemigo de ese punto que debia ser el mas débil mientras la accion estuviese indecisa.

Los montoneros de Lopez emplearon grau parte de la mañana en avanzar y retirar guerrillas; hasta que reconcentradas á su línea todas las fuerzas que tenian desparramadas por la campaña, iniciaron el ataque sobre la línea de Soler avanzando sobre la cañada. Pagola la pasó entonces con su infanteria y se echó sobre la division de Carrera, que venia por su frente, haciéndola retrogradar en dispersion. Pero al querer lanzar la caballeria miliciana en persecucion de los titulados *Chilenos*[1] ella se envolvió y

1. La banda de Carrera se componia de perdulários y aventureros de todas partes del mundo en mucho mayor número que de chilenos. Así, entre los oficiales principales figuraban el coronel Felipe Alvarez, su hijo el comandante Manuel Alvarez, su yerno el capitan Moya, que

avanzó en pelotones completamente desorganizados. El titulado comandante Manuel Arias, bravo bandolero de la Sierra Córdoba, rehizo entonces como sesenta de los suyos, á la derecha de los perseguidores, y volviendo sable en mano por ese flanco, los acuchilló y los debarató completamente, dejando á Pagola en médio del campo con sus dos piquetes de infanteria, mientras los Chilenos se rehacian y volvian al campo de batalla.

En el centro habia sido mucho mas sério el conflicto. Soler habia lanzado sus Dragones al mismo tiempo que Pagola habia adelantado la derecha, y habia ido á estrellarse contra el *Escuadron de oficiales* de Alvear. Al toparse, los Dragones descargaron sus tercerolas y se echaron sable en mano sobre el enemigo. Los oficiales de Alvear, con este á la cabeza, se rehicieron dos veces, pero los Dragones los volvieron á arrollar otras tantas. Pero al perseguirlos se encontraron con los afamados Dragones de Santa-Fé que eran cuatrocientos, y cargados los Dragones porteños por los de Santa-Fé á las órdenes del mismo Lopez, en momentos en que aquellos ya estaban estropeados por la ruda lucha que acaba-

eran cordobeses: el bravo bandido Manuel Arias, (de la Sierra de Córdoba,) el Comandante Gregorio Jimenes (de San Luis,) Francisco Aldao, Ildefonso Garcia (de Mendoza,) Manuel Pueyrredon (de B. A.) Yates, Drollet, Kennedy y cinco aventureros mas irlandeses; y mas de otros veinte que es inútil nombrar. La soldadezca era del mismo modo una chusma de criminales, desertores y prófugos de mala alma, atraidos por la licencia y el desórden de que allí gozaban. Esta era la *Legion* á la que un escritor chileno libra las glorias históricas de su pátria. El nombre de *Los Chilenos*, que se les daba, era un simple apodo de guerra, por razon de su gefe y de las miras é intereses *chilenos* que este hacia valer. Era pues aquel conjunto nada mas que un *Cuerpo Franco*, capitaneado por unos cuantos proscriptos chilenos del partido de Carrera.

ban de sostener contra Alvear, comenzaron á ceder el terreno, y un momento despues se deshicieron y se pronunció su derrota. Cuando Pagola, que era un exelente *hombre-de-guerra,* se apercibió de lo que pasaba, trató de replegarse inmediatamente al centro y convirgió sobre su izquierda para apoyar á Soler; pero cuando llegó, la línea estaba ya totalmente deshecha: los Dragones de Soler iban huyendo mezclados con las milícias y sableados todos por los montoneros. La izquierda formaba una informe masa de grupos despavoridos que corrian á pié por todas direcciones á merced del furor de los enemigos. Así fué que la mortandad de esta pequeña accion de guerra fué escepcional y terrible.

Pagola se puso pues en retirada. Al pasar por el campo de batalla encontró abandonadas las cuatro piezas de artilleria: recogió algunos caballos, las tomó á la cincha y las arrastró con su columna de infanteria, tomando la direccion del *Pilar* mientras que lo grueso de la derrota y de la persecucion tomaba la direccion del *Lujan*. Esta batalla pequeña produjo en el general Alvear una grande impresion, y le hizo formar una alta idea del valor militar y de la perícia de Soler. Y así fué que algunos años despues, estando ambos en el Ejército Argentino que invadia el Brasil, y hallándose el general perplejo sobre ciertas operaciones, le decia á su Secretário el coronel don Mariano Moreno, Director actual de la Académia Militar—« La opi-« nion y los consejos del general Soler son los que me me-« recen aquí mayor respeto. »

En prevision de un contraste, Soler se habia reservado su punto de retirada en el Lujan, porque sabia que si se

retiraba solo y derrotado á la capital, era hombre perdido, despues de los atentados con que habia usurpado el poder público el dia 23. En efecto, tenia razon: lo hubieran descuartizado: tal era el ódio que le tenia la burgesia cuyos fueros y cuyo orgullo acababa de hollar inícuamente. Con la mira pues de no esponerse á este peligro, habia fortificado la villa poniéndole de guarnicion el precioso batallon de *Cazadores* que tanto le habia disputado al gobernador Ramos-Mejia. Pero por mucho que se apurara á ganar el Lujan con los dispersos, para hacerse fuerte allí, ó para retirarse á la Capital apoyado siempre por las tropas salvadas, no lo pudo conseguir. La persecucion que le hicieron los Santafecinos fué tan viva y tán mortífera que las partidas de estos se tiroteaban ya con los Cazadores y tenian sitiada la plaza, cuando Soler se aproximó á las chacras; y á duras penas pudo escapar y retirarse al *Puente de Márquez*.

Desde allí le dirigió una nota al Cabildo comunicándole lo que habia ocurrido el dia anterior, desesperando completamente de la situacion:—« Aunque podria hacerse un nuevo « esfuerzo, decia, para reunir milícias de caballeria y « parte de las del egército, será á mi juicio infructuoso para « poder batir un enemigo engrehido y que hoy debe estar « bien montado; en este caso me aconseja la prudencia « que invite á V. E. á que arbitre un médio, que á mí « no se me ocurre por ahora, para *evitar el desastre* de « ese benemérito pueblo, si se acercan *semejantes malva-* « *dos*, en la inteligencia de que ya es imposible que se « reuna la milícia de la campaña.—Yo dispongo no obstante « circulares para Chascomus, Matanza, Magdalena y Ran- « chos, donde considero que hay alguna gente reunida para

« que *venga á protejer* el pueblo; y ordeno al Comandante « de Armas don Manuel Dorrego que se sitúe en Perdriel « adonde marcho ahora dejando órdenes para que vaya tam- « bien alguna infanteria del Fijo con el parque y cuatro « piezas que llegarán á este punto hoy (29 de Julio) á las « diez. [1] Quedarán aquí los Dragones y Blandengues que « se han reunido para hacer descubiertas y comunicar no- « ticias. » Agregaba el general que solo su deber podia haberlo empeñado en una accion como la del dia 28; pues aunque la oficialidad estaba decidida, la tropa estaba malí- simamente armada, y no solo se componia—« de reclutas, « sinó que un sinnúmero *de chismes que habian dividido* « todos los ánimos, habian hecho imposible obrar con fir- « meza, y habian destruido la recíproca confianza. Y no « obstante, puedo asegurar á V. E. que jamás se ha dado « una carga mas fuerte que la mandada personalmente « por mí á los Dragones.....Llegamos á quema-ropa « en línea, se hizo una descarga y á sable en mano se « chocaron ambas líneas haciendo y sufriendo estragos re- « cíprocos. » Toda la izquierda incluso el Mayor General French y la oficialidad habia quedado prisionera en poder de los Santafecinos.

Pagola llegó con su division al *Puente de Marques* (Rio de las Conchas) el 29 á la madrugada. Pero se re- sistió á quedar guardando el paso, como Soler queria, y

1. La infanteria del *Fijo* á que Soler se refiere era dos compañias de ese cuerpo con cuatro piezas que guarnecian la Villa del *Pilar*, á las que Soler habia mandado órden de replegarse al Puente de Marques, ignorando que Pagola venia por ese camino y que las habia incorporado á su columna.

se armó una algazara entre los oficiales y la tropa, oyéndose libres impropérios contra el General, y aún de uno de los grupos le dirigieron dos tiros de fusil mientras hablaba animadamente con vários oficiales entre los que estaban los capitanes Mariño, Arrascaeta y Granada. Un poco mas tarde le llegaron oficios del Cabildo en que este Cuerpo se negaba tambien á enviarle á la chácara de *Perdriel* las tropas de infanteria que habia pedido; y con estas comunicaciones recibió carta confidencial de Dorrego, diciéndole que el Pueblo estaba en una terrible exitacion contra él: que el Cabildo y los *viejos* querian transigir con Lopez y recibir á Alvear, mientras que los jóvenes, los Cívicos y la muchedumbre pedian armas y queria defenderse á todo trance; pero que la furia de todos se contrabia contra él (Soler) y que su consejo era que abandonase la partida y que se retirase, porque no veia otro camino mejor. Le protestaba sin embargo que quisiese ó nó el Cabildo, él iba á salir con tropas hácia Perdriel para apoyar y salvar á los fugitivos, pero que le repetia que quizás no podria sofocar la ira en que esas mismas tropas irian contra el General. Y no mentia.

Luego que Pagola refrescó un poco la tropa y tomó algunos víveres, emprendió su marcha hácia la ciudad sin esperar ni pedir las órdenes del General; y este se decidió á seguir los consejos de Dorrego, que quizás se habia apercibido de la situacion y que, con su natural sagacidad alcanzaba bien el partido que podia sacar de ella, apoderándose de la defensa y tomando sobre sus hombros la salvacion de la Comuna. Despues de esto Soler se dirigió á galope á las orillas de la Recoleta, y echándose en

un lanchon que pudo conseguir en la *canal de las Catalinas*, sin que nadie lo hubiese sentido, dió la vela para la *Colonia* que ya habia caido, meses antes, en posesion de los Portugueses.

Un Cronista, cuyo nombre ignoramos, y que apuntaba todos estos sucesos dia por dia con un buen sentido enteramente *plebeyo* y con un idioma *disparatado* é inexperto, concluye así el apunte referente á este desenlace:—(Dia « 23 de Junio) Segun los papelez. publicos. anuncian. de « undia pa otro seuan abatir. ay aupinionez. alegrez y triz- « taz. al resultado. (Dia 30) Coren Voces que El General « Soler se á Embdo con otros para la Colona ó montv. veá- « se la carera de Goverñtes y En que vino. á parar. la Va- « lentia del afan. de porfuerza querer Govar. Esta noticia « agrió mas. al pueblo. [1] »

Desde que Soler dejó la ciudad el 24, encargada á Dorrego como Comandante de Armas, para ir él al encuentro de los Federales, Dorrego se habia esmerado en propiciarse los ánimos de todos: habia acariciado al Cabildo y á los miembros de la Junta, protestándoles amistad y

1. Esta Crónica es en efecto un trabajo rarísimo. Lo que de ella tengo á la mano es un volúmen de dos mil y tantas páginas en cuya carátula escrita con tinta *negra* y *roia* dice así—Continua este 4 ° volúmen. los su- « cesos. memorables. a. caesidos En. la Reuoluzion de Buenos Ayres y no- « tizias reseuidas. de a. fuera des del 26 de Mayo de 1820. » Es casi indudable por su idioma y ortografía que ha sido escrito por algun gallego de una instruccion muy escasa y apenas rudimental, pero dotado de un admirable buen sentido y de una prudencia esquisita. Siempre conciso y sucinto, se limita al suceso mismo, y cuando mas á una breve reflexion que muestra con singular viveza los razgos capitales del movimiento popular. Por lo que se vé, hay tres volúmenes anteriores cuyo paradero ignoro. El que tengo á la vista pertenece á mi amigo el doctor Lamas.

asegurándoles que mientras él mandase nadie habia de atropellarles, y que por su misma amistad con Soler él se comprometia á contenerlo y á garantir á todos los ciudadanos. Soler le habia dejado órden de que diese cumplimiento al Bando que habia promulgado el 24 mandando que *se le remitiesen al Lujan* á todas aquellas personas que hubiesen formado parte del Congreso y de la Administracion Directorial.

La idea de ir presos á un campamento militar en aquellos momentos, y bajo la férula de un hombre como Soler iracundo é impetuoso, aterró á todas aquellas víctimas cuya mayor parte se componia de padres de familias honorables, inermes y respetadísimos del vecindario. Así es que todos se ocultaron con el mayor cuidado. Pero Dorrego acudió al instante al Cabildo y á las familias de los amenazados protestándoles que en nada pensaba menos que en cumplir semejante órden, y tomando sobre sí la responsabilidad les pidió que volviesen á sus hogares sin ningun cuidado. El 26 de Julio Dorrego estaba yá en la mas íntima union con el Cabildo y con todo el partido directorial que lo miraba como un mediador para calmar ó para contener á Soler. El 27 á la noche corrieron de improviso noticias desastrosas del Ejército. El Cabildo y el pueblo se alarmaron en estremo; y el primero llamó á su seno al Cómandante de Armas. Este ocurrió al momento y protestó que nada habia sucedido; pero con ese motivo se trató francamente de las alternativas que ofrecia la situacion: ya fuese que Soler sufriese una derrota y que amagase el triunfo ó la entrada de Alvear con los montoneros, yá fuese que triunfase Soler, y que abusando de su poder viniese á tiranizar al pueblo.

Dorrego se comprometió para el primer caso á encabezar la defensa del pueblo en el sentido del partido directorial, levantando los elementos y la bandera de la burgesia liberal representada por la JUNTA cuyos fueros habian sido hollados; y en el segundo caso prometió tambien hacer lo posible por contener á Soler en los límites de su deber y de los repetos que merecia la libertad del pueblo, por todos los médios á su alcance, ya fuesen amistosos ya fuesen de resistencia,—« porque, segun dijo, menos que á « nádie les permitiria á sus amigos que tiranizasen á su « pátria; en cuyo caso de *buen amigo* sabria pasar á ser « *buen enemigo.* » Su fama de valiente y de experto militar, su génio fecundo en recursos, su carácter franco y abierto, su vivacidad y la lucidísima ligereza de su lenguage, hacian que todos depositasen en él la mas completa confianza. Y ya fuese *ambicion* ya fuese *patriotismo* (dos cosas que muy bien podian estar unidas en él) el hecho es que tomó una posicion perfectamente hábil y bien calculada para el interés general del pueblo, y para el de sus propias ambiciones. No todos los hombres políticos saben hacerlo; y no es tan fácil conseguirse como puede creerse.

Desde que Dorrego tomó estos compromisos, trató de aprestar la defensa del pueblo para uno y para otro caso. El 26 publicó un Bando movilizando los Cívicos y milicias de la ciudad y de los subúrbios; organizándolos y poniéndolos en egercicios doctrinales. Era tal el influjo de su nombre y la confianza que tenian en él todas las clases del vecindário, que gentes distinguidas y plebeyas acudieron á las plazas en un número y con una espontaneidad que hasta entonces no se habia visto en aquel año aciago.

Todos renunciaban á sus aprehensiones de partido bajo el peso del temor de una derrota del egército, y contribuian con ánimo decidido á prepararse á la defensa del pueblo. Dorrego revistó el 27 por la tarde los Cívicos y demás cuerpos urbanos reunidos; les hizo hacer egercicio en las plazas desde el Retiro á la Residéncia, hablándoles á todos en un lenguaje audaz y adecuado, y repartiéndoles una enérgica proclama del Cabildo que decia así—« El Cabildo se « vé en la necesidad de anunciaros una nueva invasíon á « nuestro territorio por las tropas de Santa-fé unidas con « Alvear y con Carrera. Todo el fundamento de un hecho « tan injusto es el pretesto de que se trata de restituir el « poder á la faccion de Pueyrredon. Conoceis bien la « falsedad de este pretesto. Sabeis, y ellos mismos lo « saben, que no existe. No hay un motivo que pueda « cohonestarlo ¿y permanecereis indiferentes á la vista de « un insulto que degrada tanto vuestro valor, y que ame- « naza vuestra existencia? Acudid ciudadanos á las armas, « y estad prontos para el primer anuncio que se os haga: « disponeos á nuevos egercicios y fatigas; órden, subordi- « nacion y respeto á las Autoridades se os encarga, y « confiad en nuestro celo y vigilancia seguros de que no « se omitirá sacrificio alguno capaz de poner á cubierto « vuestro honor y reputacion. » La ciudad estaba pues apercibida, y tenia confianza en el gefe que se habia encargado de su defensa.

Sinembargo, una cosa es presumir un desastre posible y otra es verlo realizado y temblar bajo el peso terrible de las consecuencias que debe producir. El 29 á las dos de la madrugada llegó á Buenos Aires la noticia del desastre de la

Cañada de la Cruz. Por mucho que se ponderara la estension del descalabro, nada podia superar á la verdad; por que verdad era que habia habido una mortandad excesiva de hombres: que los vencedores, sobre todo Carrera y sus aventureros, se habian saciado de sangre: que casi toda la oficialidad y los Gefes quedaban muertos, ó prisioneros en el campo de batalla. Y es preciso que seamos ingénuos: los brios que por la mañana se habian exhibido en los ejercicios doctrinales, se apagaron de tal modo con las circunstancias del combate y con la fama de la ferocidad y del arrojo de los montoneros, que comenzó á prevalecer una opinion general, que, bajo la capa de la sensatéz y de la resignacion, cubria las angustias del miedo, y se perdia por instantes el noble espíritu de la defensa para prevalecer los consejos de la sumision á la desgracia, y de la necesidad de recibir la ley de los vencedores.

Fué difícil para Dorrego reaccionar contra esta indigna y repentina cobardia, El Cabildo le oia con poca fé: los *hombres de juicio* llamados á Consejo protestaban todos que no era permitido abandonarse á las inspiraciones y *á la furia de un jóven tan conocidamente loco y temerario* como aquel, capaz solo de meter al pueblo en un conflicto sin salida: que lo mejor era, mandar Comisionados al campo enemigo y entregarse á la proteccion de Alvear, que, al fin era tambien porteño, y patriota probado desde mucho tiempo. No pudiendo soportar que prevalecieran semejantes opiniones, Dorrego, seguido de mucha oficialidad de Cívicos y de un inmenso grupo de jóvenes *unitarios*, que se titulaban entonces *partido de principios* ó partido *liberal*, se hizo abrir las puertas del acuerdo del Ayuntamiento y trató de intimidar á

la Corporacion para que no se aventurase en medidas cobardes que enervaran la defensa. El Ayuntamiento retrocedió y autorizó el armamento del pueblo, á trueque de que se le dejase enviar una diputacion de paz al campamento enemigo, reducida á obtener que los Federales se retirasen y se diesen por sastifechos con la deposicion de Soler y con el nombramiento de otro gobernador, que *haria inmediatamente* el pueblo entero llamado á elegir ante el Cabildo mismo.

Despues de discutir acaloradamente la situacion, Dorrego consintió en que se iniciase una negociacion con Lopez á trueque de que se le autorizase á preparar la defensa de la plaza: Con este fin comenzó á reunir gente á toda prisa y lanzó una proclama franca, anunciando su resolucion de marchar inmediatamente en proteccion de los dispersos y cuerpos que se replegaban á la ciudad.—«Nuestro ejército (decia) acaba de « sufrir un contraste. S. E. con un resto de caballeria, la in- « fanteria, artilleria y parque, viene en retirada al Puente de « Marqués, como punto mas cercano para recibir los auxilios « de este heróico pueblo.—Ciudadanos: es llegado el lance « de acreditar vuestro amor al Pátrio Suelo: jamás se os « ha invadido con mayor injusticia. La administracion es « del todo incombinable con el partido de Pueyrredon: sin- « embargo, se os ataca á pretesto de que *este se entroniza.* « Es un pretesto, sí, con el que se trata de paliar una ambi- « cion desenfrenada y abrir el paso á esa misma reposicion. « No visteis todo ese partido unirse á Alvear en el momento « en que apareció? No lo habeis observado preconizar « el pretendido mérito y los talentos de este aspirante á « quien aborreceis por tantos motivos? Él ha ligado su « fortuna á la de *otros que son sus iguales*, y con ellos pro-

« yecta abatiros para escoger de entre vosotros tantas victi-
« mas cuantas señale su sed ardiente de sangre.—Hacedles
« conocer que vuestro ódio no es efímero. Corred á las
« armas para vengar la afrenta con que se os veja. Volad
« conmigo al lado del Sr. Capitan General. Así defende-
« reis vuestro decoro, vuestra dignidad, vuestras esposas,
« vuestras propiedades, y hareis que *concluya el ominoso*
« *periodo en que la heróica Buenos Aires ha sido feudataria*
« *de ambiciosos y desagradecidos.*»

El Cabildo, por su parte, arrojaba al mismo tiempo otra proclama desde sus balcones, algo mas prudente y en el sentido de transigir:—«En esta incertidumbre que amenaza
« vuestra tranquilidad y vuestras fortunas, el Cabildo juzga
« de su deber invitaros nuevamente á tomar las armas, no
« para derramar sangre americana, sino para consultar
« vuestra defensa, dignidad, y decoro..... respetad la quie-
« tud pública: no la altereis con dolor de este virtuoso
« vecindario; y que vuestras armas no sean destinadas sino
« para salvar vuestra seguridad y el honor de este heróico
« pueblo.»

Al mismo tiempo que estas proclamas servian de pávulo al estado febril de la poblacion, y que todos se armaban en medio de un inmenso alboroto, el Cabildo hacia salir el mismo dia 29 una Comision Negociadora de paz y concordia compuesta del Alcalde de 1er. voto D. Juan Norberto Dolz, de Dr. D. Manuel Antonio Castro, D Ambrosio Lezica y Dr. D. Luis Dorrego, [1] y se lo comunicaba al General Soler suponiéndolo todavia á la cabeza de los restos del ejército en el

1. Véase su 1er. Proclama de ese dia (imp. de Exp.)

Puente de Marques, para que les diese el tránsito y cooperacion de que necesitasen para llegar al Ejército federal *acerca de cuyo General iban acreditados.* Las instrucciones que llevaban se reducian á pedir y convenir una suspension absoluta de hostilidades; á exigir que acordada esa suspension las tropas federales detuvieran sus marchas donde se hallaran, ó *retrocediesen* á otro punto mas conveniente para ellas: que las tropas *que no fuesen de la Provincia* se retirasen de ella; y que se dejase al pueblo en aptitud de elegir Representantes con libertad y un nuevo gobierno, nombrándose entretanto un Gobernador provisorio.

Dorrego, como hemos dicho, recibió la noticia del desastre á las dos de la madrugada del dia 29. En el acto hizo reunir algunos Cabildantes y convinieron en que si bien era necesario resistir la pretension de Soler de llevar al Puente de Marques las fuerzas que le quedaban á la Ciudad para defenderse, era indispensable sacar una columna con caballos y auxilios para salvar los dispersos y los grupos de infanteria que estuviesen por el campo en retirada hácia el pueblo. Se convino tambien en que saliese una Comision de personas respetables á verse con Lopez para conocer si era posible hacer la paz con la sola condicion de destituir á Soler, de dejar á la ciudad en la situacion en que se hallaba, debiéndose retirar tambien Alvear y Carrera fuera de la Provincia.

Arreglado esto, y tiradas desde por la mañana temprano as dos proclamas enunciadas tendentes á tranquilizar la agitacion y las angustias del vecindario, Dorrego procedió á colocar en algunas azoteas y en otros puntos convenientes aquela parte mas pesada é inexperta de la guarnicion; y reunien-

do en el Retiro como quinientos hombres de los mas aptos y mas fáciles de moverse, con una partida de cien caballos, salió como á las 8 de la mañana en direccion á Caseros, á proteger y reunir los dispersos y fugitivos

Los comisionados que el Cabildo mandaba á tratar con Lopez salieron de la ciudad entre diez y once del dia. La plaza de la Victoria estaba ocupada por un inmenso gentio profundamente alborotado, que voceaba y se agitaba en una estrema confusion al viento de mil mentiras, de mil calumnias y noticias que corrian sin orígen conocido ni verificado. Apenas habian salido los Comisionados por la *calle del Cabildo* en una galera rapidamente arrastrada á la cincha por seis caballos de posta, cuando empezó á acreditarse el rumor entre la muchedumbre, de que el Cabildo traicionaba la causa del pueblo, de que los Comisionados llevaban órden de hacer entrar inmediatamente á Alvear para entregarle el gobierno con todos sus enemigos y que pudiera saciar en ellos sus viejos enconos. Propalarse este rumor y comenzar un rugido terrible, de parte de los Cívicos principalmente, fué todo uno. Aquellos corifeos mas ardientes en el negocio, profundamente alarmados con la traicion del Cabildo, comenzaron á mandar chasques, los unos á Dorrego para que regresase inmediatamente á salvar la ciudad: los otros á Soler, y otros á Pagola cuya retirada en cuerpo se tenia yá como cierta por las noticias de la campaña que estaban llegando. El Cabildo mismo, alarmadísimo con el giro amenazante que tomaban aquellos rumores, impartió avisos y órdenes terminantes á Dorrego para que regresase inmediatamente y tranquilizase al pueblo, que parecia poner en él solo una completa confianza de que no seria traicionado. Por lo demás, la verdad era

que el Cabildo no estaba nada inclinado á la defensa á todo trance: que lo que mas le lisongeaba era una transacion; y que tan poco apego le tenia á Soler como á Dorrego, por lo cual, salvando de la ruina y del saqueo, cualquiera imposicion, por dura que fuese, le parecia aceptable. Era difícil por consiguiente decir si los Comisionados, que eran hombres de la clase *de los prudentes*, llevaban ó nó algunas instrucciones *secretas o verbales*, para entenderse con Alvear y facilitarle su ascenso al gobierno de la provincia, con tal que se arbitraran medios para deshacerse de Dorrego y del partido popular que clamaba por la defensa á todo trance. Cierto ó falso, el rumor ganaba terreno; y los grupos del pueblo se hacian mas amenazantes por momentos.

Dorrego habia pasado de los Santos Lugares (hoy *San Martin*) en direccion á Caseros cuando recibió las noticias de lo que ocurria. El Cabildo le llamaba urgentemente en su proteccion; los que desconfiaban del Cabildo le llamaban tambien incitándolo á que regresase al instante y se proclamase *Capitan General*. Dorrego no creia en la traicion de los Cabildantes, ni estaba dispuesto á dar el escándalo que le aconsejaban; pero sabia que los Capitulares y todos los hombres de su misma condicion social, tenian el ánimo oprimido por el miedo y que estaban convencidos de que no habia como defender la ciudad. Dorrego temia pues que el miedo fuese causa de algun error lamentable; y por este lado no estaba libre de aprehenciones.

Mientras reflexionaba lo que haria, le trageron la noticia de que Soler habia fugado abandonando la partida, y de que en ese mismo instante iba cruzando Pagola por San José de Flores hácia la ciudad, á la cabezá de la columna que habia

salvado del campo de batalla. Dorrego conocia bien á Pagola, pues habia servido largo tiempo con él en el Ejército del Alto Perú, y sabia por consiguiente que habia que temerlo todo del genio díscolo, adusto y violento de este soldadote repleto de pasiones brutales y sin cabeza para conflictos políticos como aquellos. Así fué que despues de ver si podia recoger algunas noticias sobre el estado de la campaña inmediata y de las operaciones del enemigo, dejó la columna á las órdenes de D. Hilarion de la Quintana y regresó al pueblo á toda prisa.

Al entrar á la plaza venia seguido de un concurso inmenso y fué victoreado por una algazara general. Sin desmontarse dirigió á la concurrencia algunas palabras alegres y *humorísticas* sobre la campaña de tres horas que acaba de hacer y sobre la vanidad de los peligros que criaba la imaginacion. Les aseguró que para él era cosa de dos dias formar una division y batir á los gauchos miserables que formaban las montoneras: los comparó con los tunantes que se vestian de *viudas* para aterrar al vecindario; y les dijo que iba á conferenciar con los Cabildantes para venir á dar cuenta al pueblo de lo que se conviniese; concluyendo por pedirles quietud y confianza, para no perturbar las medidas militares y políticas que era preciso tomar prontamente.

Despues de conferenciar con el Cabildo, convinieron en mandar imprimir al momento una proclama firmada por Dorrego, que entre otras cosas decia.—«Aunque no he podido « evitar las inquietudes que pueden causaros las presentes « ocurrencias, os aseguro con la ingenuidad que me caracteriza que *vuestros respetables Magistrados y Yo* solo as- « piramos á la conservacion del órden y seguridad de vuestras

« personas y propiedades, *alejando* por cuantos medios estén « á nuestro alcance la ominosa guerra en que por desgracia « y á nuestro pesar somos envueltos: á tan privilegiado obje- « to se ponen en ejecucion las órdenes convenientes, y *ha* « *marchado una Diputacion compuesta de personas de probi-* « *dad, talento y opinion pública*, con las instrucciones opor- « tunas: tranquilizaos pues, y vivid ciertos que en obsequio « de vuestra felicidad sacrificará todos los momentos de su « existencia vuestro fiel amigo y compatriota.—*Manuel Dor-* « *rego.*»

Impresa prontamente y en suficiente número de ejemplares esta proclama, Dorrego se presentó en el balcon del Cabildo, y comenzó á arrojar á la plaza innumerables cópias al mismo tiempo que otros muchos agentes las repartian tambien por todo su ámbito. Desde allí comenzaron algunos diálogos vivaces y característicos entre él y los corifeos de abajo quedando por el momento disipada aquella tormenta.

Inmediatamente bajó, montó á caballo, y salió al encuentro de Pagola. Lo encontró en la plaza del Retiro arrastrando una numerosa caballada en marcha ácia la plaza Principal y en actitud de ataque. Por mucho que hizo no lo pudo serenar, ni quitarle la preocupacion de que el Cabildo los traicionaba y de que pretendia entregarlos á Alvear. Pagola le declaró que no oia nada, y que no detenia su marcha hasta no apoderarse del Fuerte. Y en efecto, mientras Dorrego se volvia inquieto al Ayuntamiento, Pagola atravezaba con su columna á la calle del Cabildo, pasaba por la *Vereda Ancha*, se metia en el Fuerte, levantaba el *puente lévadizo*, y colocaba su caballada en los estensos y profundos fosos que aislaban sus murallones. Un momento despues, Pagola mandaba parti-

das por toda la ciudad, tomaba carretas y carros, y se hacia conducir todo el pasto y el maiz que encontraba á mano, ademas de víveres arrebatados á todos los almacenes.

En este apuro, Dorrego le aconsejó al Cabildo que levantase sus sesiones, autorizándole á él previamente, para reunir en Barracas las fuerzas y milicias del Sur, y para entenderse al efecto con el General Rodriguez y con Rosas que venian en marcha á la ciudad con cerca de 800 hombres. Dígase ahora si la história de Buenos Aires en 1820 no es una *história griega* como la de Tebas ó la de Atenas!

El proceder de Pagola, hombre tan temido de todos, habia causado una alarma y un terror indecible. Nádie sabia lo que él queria ni lo que pensaba hacer. Pero todos sabian que tenia de cuatrocientos á quinientos hombres, que con el nombre de Soler disponia á su antojo de todo el 2º. Tercio de *Cívicos*, y que por consiguiente era dueño absoluto de la situacion. La multitud que ocupaba la plaza no disminuia, pero cambiaba de composicion y de carácter. La gente decente se retiraba indignada, temerosa: la plebe aumentaba, parecia satisfecha y decidida por Pagola y por los soldados con que habia entrado.

Sin ningun paso prévio, Pagola se arrogó el mando militar absoluto de la plaza, y á la oracion del mismo dia 30 lanzó una proclama tremenda:—«Es necesario ponerse en defensa « para libertar esta provincia de los enemigos que la atacan, y « que campan yá á doce leguas de su recinto. Ordeno y man- « do á todos los habitantes que cierren sus puertas y que con- « curran á tomar armas á la Plaza grande *sin distincion de* « *personas* y *bajo pena* de la vida el que no lo hiciere, reunién- « dose los Tercios argentinos en sus puntos respectivos para

« armarlos y municionarlos segun los puntos que exija el caso:
« asi mismo se ordena una iluminacion general.»

Cediendo á las instancias de infinitas personas que estaban en grande alarma por los desacatos y atentados que debian esperarse de este hombre apasionado y brutal, Dorrego volvió á verlo en la Fortaleza para tratar de aplacarlo y de reducirlo á un plan ajustado y concorde de operaciones. Pero lo halló intratable. Pagola se mostraba convencido de que todos querian traicionarlo, y decidido á exitar la plebe y la soldadezca hasta el último grado; concluyendo por decirle que no daba oidos á nada ni á nadie:—Que al otro dia iba á armar toda la plebe y á defenderse hasta sucumbir en las ruinas de la ciudad:—Que echaria á patadas al Cabildo y que fusilaria á cuantos *magnates* y *traidores* quisiesen ponerle obstáculos á la salvacion de la Pátria, ó entregarla á Alvear.

Con la conviccion de que era imposible reducirlo á una conducta racional, Dorrego salió de alli: recorrió los cuarteles y lugares públicos; llamando á su lado á tados aquellos oficiales y hombres de séquito popular que le eran afectos y se retiró á *Barracas*, no solo para evitar un conflicto desastroso con Pagola, sino para concentrar alli recursos con que poder reducirlo á la razon. Aquella fué otra noche terrible para el vecindario.

El Cabildo volvió sinembargo sobre su primera idea de disolverse, por que un poco despues, en esa misma noche, regresaban sus Comisionados trayéndole un proyecto de arreglo que presentaba puntos favorables. Lopez ofrecia que sus fuerzas no pasarian de Santos-Lugares, con tal de que fuera solemnemente destituido y desterrado Soler, y de que el Ayuntamiento asumiera el mando *civil y militar*, como

Brigadier y Capitan General de la Ciudad que era, mientras se eligiesen electores en el *Pueblo* y en la *Campaña*, para que eligiesen un Gobernador de la Provincia con quien se trataria definitivamente de la paz. Apesar de que este proyecto era desfavorable en cuanto á los electores de la campaña electos en semejante momento, pues eso era poner la eleccion en manos de Alvear, el Cabildo, á instancias tambien de un sinnúmero de vecinos afligidos y aterrados en medio de aquel caos, volvió á reunirse al dia siguiente, 1°. de Julio á las ocho de la mañana, y decidió eceptar las bases principales, es decir—absumpcion momentánea del mando *civil* y *militar* de la Ciudad, y convocacion inmediata de los electores del *Pueblo*, mandando, sinembargo, una nueva Comision al Gefe del Ejército federal para que le representase las dificultades *insuperables* que el pueblo y la fuerza armada oponian á la simple idea de que D. Cárlos María Alvear pudiese ser nombrado Gobernador. Por lo cual, era mucho mas conveniente á la paz que el General Lopez *hallase* otra combinacion mas capaz de dar el resultado que se apetecia, tanto mas cuanto que los sucesos del dia anterior (30) lo hacian del todo indispensable:— «Conforme esta corporacion con los sentimientos que « manifestó á V. S. por conducto de su Diputacion en la no- « che de ayer, y de conformidad con todo lo que V. S. tuvo « á bien asegurarle á esa Diputacion en la conferencia, *se si-* « *gue obrando* con actividad y constancia, aunque se vé en la « necesidad de informar á V. S. *que se halla en circunstan-* « *cias distintas* y trabajando por calmar una parte *muy con-* « *siderable de pueblo conmovido.*—Con este motivo tiene el « honor de poner en noticia de V. S. que el Cabildo reasu- « mió ayer interinamente el Gobierno de la Ciudad por re-

« nuncia que hizo el General Soler pidiendo pasaporte para paises estrangeros.

La verdad era que ninguno de los partidos militantes de la ciudad queria transigir. Dorrego, que encabezaba el partido democrático y *cívico* á cuyo alrededor formaba la gente guerrera de medio-pelo, estaba de acuerdo en esto con la burgesía oligárquica que traia su origen político del sistema directorial; y Pagola rugia en el mismo sentido á la cabeza de los sargentos y soldados. Demanera, que aunque profundamente incoherentes en las aspiraciones *personales* del momento, coincidian todos en cuanto á la necesidad de defenderse; asi es que el Cabildo no tendria mas remedio que adoptar al fin una política de guerra contra los Federales: cosa que tampoco le desagradaba en el fondo, con tal que llegara á ver medios y recursos capaces de garantir el triunfo del pueblo.

De las tres fracciones en que se habia partido la unidad de la Comuna, la burgesia oligárquica era la que por su especial composicion mostraba fuerzas y pasiones menos vigorosas; asi es que se encontraba dominada y arrastrada por la efervescencia torrentosa de la clase democrática que encavezaba Dorrego, y supeditada por los trozos desgajados del partido militar que encabezaba Pagola. Entre tomar por guia al uno ó someterse al otro, no habia como vacilar: Dorrego era hombre de talentos notorios y de modales finos; tenia suma experiencia militar y una habilidad consumada en el manejo de los negocios públicos, mientras que Pagola era solo un soldado brutal de aquellos á quienes las responsabilidades del mando embriagan y enloquecen.

Lo singular es que por el lado de los Gefes Federales no

habia tampoco mayor armonía ni una conformidad ingénua de miras. López estaba interiormente resuelto á prescindir de los intereses de Alvear y de Carrera desde que en Buenos Aires se organizase un gobierno independiente de todo vínculo con Soler, que le diese á Santa-Fé sólidas garantias de paz. Sus relaciones personales con Alvear y con Carrera eran frías y mas que reservadas; afectaba casi siempre tener en muy poco sus personas para dar direccion á su política, [1] y ellos, que lo comprendian, maniobraban en el sentido de crearse un séquito própio y autoridad personal en la campaña de Buenos Aires para emanciparse de Lopez.

Despues de la victoria del 28, Lopez reconcentró sus fuerzas en la Capilla del Señor y marchó el mismo dia por la noche al Pilar con la mira de acercarse á la ciudad y de tratar de acuerdo con sus miras, que eran eliminar á Soler y echar las bases de una alianza con Buenos Aires para contener ó estorbar la prepotencia de Ramirez, que era ahora su verdadera amenaza, como Artigas lo habia sido de Ramirez.

Alvear y Carrera siguieron otro rumbo, segun lo tenian premeditado; y se fueron al Lujan, que era el *segundo Ayuntamiento* de la Provincia, una especie de *capital subsidiaria* y centro administrativo donde se podia usurpar una forma aparentemente legal para sancionar un nombramiento de gobernador, como lo acababa de realízar Soler ocho dias antes. Allí estaba de guarnicion, como hemos dicho antes el batallon de Cazadores que habia estado en San Nicolás, al mando del coronel D. Celestino Vidal. Este gefe era un hombre honora-

1. Véase la pág. 11 «*Apelacion al Trib. de la Op. Púb.*» de Cavia; que estaba en esos momentos al lado de Alvear.

ble pero muy mediocre, sin ideas ni compromisos fijos de partido, y sin energia para resoluciones atrevidas. En vez de ponerse en retirada para la ciudad atravezando las partidas de montoneros, asi que supo la derrota, se quedó indeciso encerrado en la plaza y al arbitrio fatal de los sucesos, no siendo hombre, por otra parte, capaz de hacer una resistencia obstinada para salvar el punto. Ademas de esto, siempre habia sido amigo grato de Alvear á quien le debia anteriores distinciones, y amigo íntimo del Coronel D. Gregorio Perdriel que era la segunda persona de ese General. Alvear, Perdriel, y los demas oficiales, unidos á los *chilenos* de Carrera, se situaron en los alrededores del Lujan. A las nueve de la noche del mismo dia 28, Perdriel le pidió una conferencia á Vidal; y este se la acordó. Instruido de la situacion y confiando con justicia en la honradez de su amigo, Vidal convino en entregar la plaza y el batallon; pero Alvear no le permitió que dejase el mando del cuerpo, antes al contrario le confirmó en su empleo de Coronel, é incorporándolo á la division de Carrera lo hizo marchar á Moron.

La pérdida de este batallon era un contraste muy sério para la causa de la ciudad, no solo por que la privaba de la única fuerza realmente veterana con que podia contar, sino por que le daba al enemigo un cuerpo de infanteria, precioso en aquellos momentos, con el que era difícil competir en los encuentros que probablemente tenian que sobrevenir. Asi es que la noticia de esta pérdida causó una verdadera consternacion en el pueblo.

Sinembargo de todo, el Cabildo habia concebido una grande confianza en la lealtad de Lopez, que habia tenido la destreza de dejar caer palabras de menosprecio y enemistad

contra Alvear y contra Carrera. Así es que para destruir el mal efecto de la marcha de Lopez sobre el Pilar, el Cabildo hizo distribuir el 1° por la tarde esta proclama que es bastante significativa como vá á verse:—«Ciudadanos:—..La Diputacion « enviada cerca del General en Gefe del Ejército Federal con « instrucciones las mas *decorosas*, ha recibido las seguridades y deseos de una paz inalterable. El Sr. General muy « distante de traer la guerra á este digno pueblo, ha ofrecido « *protejer* la libertad de la Provincia, para que cuando mas « antes proceda, por medio de sus electores, al nombramiento del Gobierno. El no se mezcla en las funciones « de la autoridad de la Provincia, y protesta sus ardientes « deseos por la paz y quietud pública &. &.»

Pero el general Alvear con aquella actividad violenta que por desgracia dominaba en todos sus actos, luego que se hizo dueño del Lujan y de los Cazadores, se ocupó todo el dia 29 de Junio en hacer que se reuniese allí, sin perdida de instantes, una Junta Electora de Gobernador. Con este, fin mandó partidas á todos los pueblos inmediatos del Norte para que le tragesen un vecino *cualquiera* como Diputado de su pueblo, ordenando á los *Alcaldes de Hermandad* que en caso de no haber uno que aceptara la Comision, lo designasen ellos y lo *remitiesen* bajo penas severas.[1] Encargando la ejecucion de este plan al Coronel Perdriel, se dirigió el 29 á medio-dia á Moron y San José de Flores para ponerse al habla con sus partidarios de la ciudad, y estar presente á las intrigas y negociaciones que no dejarian de entablarse por supuesto.

1. Véase—Apel. al Trib. de la Op. Públ. de Cavia: pág. 16.

En efecto la *Junta de Representantes* del Lujan se reunió el 30 con los Diputados *libres* que pudieron remitir los Alcaldes, y con otros que, como D. Juan de Dios Carranza, se atribuyeron la representacion de los pueblos mas lejanos: nombraron de presidente á D. Lino José Echavarria, y de Secretario al Dr. D. Cayetano Escola; é instalados el 1°. de Julio (la cosa andaba!) procedieron á nombrar Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires:—«Y convencidos « (dijeron en el acta de la Sesion) de que es un interés públi- « co y la voluntad general, que exista una cabeza á la frente « de los negocios que mereciendo la confianza y la opinion « pública, reuna á mas el crédito posible por su valor firmeza « y pericia militar, acordaron que D. Cárlos Maria Alvear fue- « se esa cabeza como Gobernador y Capitan General de la « Provincia, *levantándole* (esto es curiosísimo!) *la inícua, in-* « *justa é ilegal proscripcion* del 28 de Marzo &. &.

Súpose en el pueblo esta irritante novedad al mismo tiempo que Lopez recibia la noticia de que Pagola, por un lado, y Dorrego por otro, sus dos enemigos capitales, el uno instrumento de Soler, el otro el enemigo feroz de Santa fé del año 16, se habian alzado con el poder y dominaban al Cabildo. Sucedia pues, que asi como el nombramiento de Alvear en el Lujan hacia imposible todo término de transigencia con el Pueblo, la usurpacion de Pagola y el poderoso influjo de Dorrego en la ciudad hacian tambien imposible todo término de avenencia con Lopez. Pero apesar de eso, este sagacísimo y diestro caudillo se abstuvo de pronunciar una sola palabra, de incurrir en el menor acto que pudiera dar á entender siquiera que conocia, que aceptaba, que aprobaba ó que reconocia el nombramiento de Alvear y los procedimientos

de la famosa Junta del Lujan. Lo único que hizo fué estender sus partidas hasta *Miserere* y los *Altos de la Recoleta*, lo cual causó una grande alarma y alboroto que obligó á Pagola á salir con fuerzas en la misma direccion, para contener á los asaltantes. Una multitud estraordinaria de pueblo bajo le siguió, manifestándose llena de decision por el combate aunque malísimamente armada y sin la menor formacion militar. Con esta demostracion tan lisongera, Pagola exaltó mas su espíritu; y al regresar de Miserere detuvo su columna delante del Cabildo y subió á la Sala del Ayuntamiento á exigir el nombramiento de *Comandante de Armas y de General efectivo de todas las fuerzas*, debiendo reducirse el Cabildo al gobierno civil meramente. A las primeras observaciones que se quiso hacerle sobre lo inconveniente de semejante cosa, se puso furioso, apeló á los sargentos y oficiales que lo rodeaban, y levantó tal tumulto, que el Cabildo tuvo que someterse mandando estenderle el nombramiento y haciéndole proclamar en la plaza á voz de pregonero.

Inmediatamente despues, Pagola reprodujo sus edictos llamando á todos á las armas bajo pena de muerte; y amonestando que lo hacia por vez última y *decisiva*—«os protesto « haceros el cargo correspondiente con la pena, lo uno por « ser causa vuestra, y lo otro porque mi sangre derramada « y la de tanto ciudadano así lo exigen, y del mismo modo « ordeno que todo aquel que tenga caballo ó esclavo lo « presente en el término de 6 horas cumplidas desde la pu- « blicacion de esta mi órden.» El terror que este hombre inspiraba no podia ser mayor; y ya habia muchas gentes que habrian empezado á echar la vista á Lopez y Alvear, como un consuelo, si Carrera no estuviese tambien de aquel otro lado

como otro abismo de maldad y ameuaza de sufrimientos.

Entretanto el Cabildo estaba resuelto á llevar adelante la convocacion de los electores encargados de nombrar un Gobernador interino, que pudiera superar las dificultades de una situacion tan amarga. Con ese fin se circularon órdenes á todos los Alcaldes del municipio para que el dia 2 de Julio se presentasen con los vecinos de su barrio respectivo en las casas capitulares, á elegir doce electores: los que, una vez designados, debian reunirse inmediatamente á desempeñar su encargo. En efecto, el 2 á medio dia, como ciento veinte ciudadanos se hallaban reunidos en el Cabildo; y sin notoriedad ni verdadera publicidad elejian doce electores. En el acto se les comunicó el nombramiento á cada uno de ellos, y se les emplazó para que el dia 3 á las 10 de la mañana se presentasen en la Sala del Ayuntamiento á jurar el cargo, y á proceder á la eleccion del Gobernador ante este mismo cuerpo.[1]

Absorvido por la fiebre de las medidas y aprestos militares, Pagola no se apercibió bien de los actos del Cabildo. Todo el dia lo habia ocupado recorriendo las plazas, colocando cantones, y haciendo sangear las calles convenientes. Despues de haber hecho reunir una crecida multitud de plebe en la plaza del Parque, habia mandado abrir las puertas de las salas de armas é incitado á la muchedumbre á que entrara á los almacenes y se armara. Aquello fué un verdadero saqueo.

1. Y por cierto resultaron electos vecinos *criollos* de bastante arraigo notoriedad y riqueza, D. Francisco Antonio Escalada, D. Francisco del Sar, D. Estevan Romero, D. Juan Pedro Aguirre, D. Manuel Antonio Castro, D. Féliz Castro, D. Pedro Capdevila, D. Manuel Obligado, D. Ambrosio Lezica, D. Francisco Santa Coloma, D. Juan Alagon, D. Francisco Delgado.

Como todas las medidas que tomaba este hombre participaban así de este carácter fantástico y exagerado, la oficialidad de su misma tropa comenzó á desconfiar de sus funestos resultados y del carácter cada vez mas grave que podian tomar sus tropelías; y dos oficiales de bastante influjo, el Mayor Ravelo y el Capitan Otero, tocados por Dorrego, provocaron el 2 á la tarde una reunion secreta de sus compañeros para quitarle el mando en el primer momento oportuno. Con este fin, fueron á verse con Dorrego y convinieron en obrar al otro dia en este sentido, segun se presentaran los sucesos.

Hacia una semana mas ó menos que habia llegado á Buenos Aires el coronel Lamadrid con la fama notoria de ser un guerrillero valiente é incansable. Pagola que habia servido con él en el Egército del Alto Perú y que conocia su índole dócil y entusiasta, le dió el encargo de levantar un cuerpo de caballeria señalándole por campamento la Plaza del Retiro, y mandando que los Alcaldes de barrio le llevasen allí todos los caballos que pudiesen recoger y arrebatar en sus respectivos distrietos. [1]

En ese tiempo, el comercio con las provincias del Norte se hacia por grandes tropas de carretas, cuyo paradero ó mercado era á lo largo de las Barrancas del Retiro á la Recoleta. La peonada de estas tropas se componia esclusivamente de tucumanos, salteños y santiagueños, entre los cuales Lamadrid era tenido por *paisano*, es decir por comprovinciano; y no solo por esto, sinó tambien por

1. Véase el Bando de Pagola del 1° de Julio de 1820—Imp. de Expósit.

su fama de valiente y por sus hábitos de poca disciplina, tenia un poderoso influjo entre las gentes de esas provincias, de quienes era personalmente conocido y querido. Todos estos hombres eran soldados acostumbrados á la guerra de la independencia y á la guerra civil, que dejaban las armas y el caballo para conchavarse en alguna de estas tropas y atravesar el desierto peleando con los indios salvajes; y todos ellos habian servido con Güemes, con Belgrano y con el mismo Lamadrid en diversas y repetidas épocas de su vida. Así fué que en cuanto Lamadrid se les presentó á caballo con una escolta improvisada y un séquito numeroso de oficiales de buena voluntad, que se habian puesto á su lado, unos doscientos á trescientos troperos, condenados á la inaccion al lado de sus carretas por el estado de la campaña que les impedia moverse, se alborotaron por la *patriada* que se les venia á la mano, y tomaron armas y caballo tumultuariamente al lado de su caudillo y paisano, improvisándose así bajo el mando de este, entre troperos y allegados, un número de cuatrocientos á quinientos hombres con el que no habia contado el Cabildo.

Este incidente alarmó bastante á los capitulares; por que si Lamadrid apoyaba á Pagola, que era quien lo habia nombrado, se hacia difícil que el Cabildo pudiera prevalecer contra el Comandante de Armas en la lucha que estaban preparada contra este para el dia siguiente, 3 de Julio; en el qué, acorde la burgésia oligárquica del partido directorial con los gefes de los Cívicos y con otros militares, habian convenido en que Dorrego fuese nombrado Gobernador para que desarmase á Pagola y encabezase la defensa. Pero ha-

biendo surgido la complicacion de Lamadrid con una popularidad inesperada, los sucesos podian agravarse en las calles, mientras los federales enemigos se aproximaban á los subúrbios por todos lados y estrechaban ya á la ciudad con un verdadero cerco.

Llamado Dorrego en el acto al seno del Cabildo y consultado sobre el nuevo aspecto de las cosas, dijo que no habia motivo para alarmarse mucho: que conocia bien á Lamadrid y que no era lo que se figuraban, sino un *buen muchacho inocenton*, á quien el Cabildo manejaria como quisiera con tal que lo llamasen y que lo elogiasen, que lo nombrasen General de las fuerzas del Cabildo y que le armasen grande gritería de aplausos.—« Mandémosle llamar con mu-« chos edecanes juntos: que Norberto (Dolz) y José Miguel « (Diaz-Velez) vayan ahora mismo á traerlo: yo le voy á « dar el primer *¡viva!* y Pagola queda jorobado sin mas « ni mas, como U. U. lo verán. Es muy *buen muchacho.* » Y en efecto así mismo sucedió. Diaz Velez y Dolz volvieron una hora despues con Lamadrid. Todos los circunstantes lo victorearon, y Dorrego el primero como lo habia prometido. El Cabildo le arengó y le dijo que en él confiaba el pueblo su salvacion: que siendo el Ayuntamiento la única autoridad legítima de la provincia, lo nombraba Comandante General de Caballería del Egército de la defensa: que en consecuencia volviese á la plaza del Retiro, organizase los voluntarios que en gran número se estaban alistando con él; y que al otro dia á las nueve de la mañana *viniese con su division á la plaza principal, que formase bajo los altos del Cabildo, y que subiese á la Sala Capitular á recibir órdenes.* [1]

1. Estos detalles, con algunas de las palabras que empleo, los he

Lamadrid no sabia por supuesto ni alcanzaba á imaginar lo que se trataba de preparar para el otro dia; pero los Cabildantes y Dorrego, como era claro, se proponian hacerle cooperar á la destitucion de Pagola y á la ereccion de autoridades mas estables y mas regulares.

Para no ser injustos debemos convenir en que si los médios que empleaba Pagola para llevar adelante la defensa de la Ciudad eran brutales, convulsivos y peligrosos, sus intenciones eran sanas y bien puestas. La bandera que él levantaba era la bandera del viejo patriotismo de la oligarquia guerrera que habia hecho la Revolucion y salvado la independencia en los campos de batalla. En este concepto, es digna de ser leida la arrogante proclama que dirigió al Pueblo el 2 de Julio:—«Os felicito en nombre de la Pátria « por este heróico entusiasmo con que os oponeis á recibir en « vuestro seno á esos hombres que han tenido el bárbaro « placer de traer á vuestras puestas la muerte, la devastacion

tomado conversando con el Dr. Planes, quien me dijo entonces que durante esos dias de Junio y Julio de 1820, habia estado siempre al lado de Dorrego y habia redactado casi todos los papeles que este habia firmado: hechos que he verificado tambien con los recuerdos de mi padre. En el fondo, esta narracion se halla de acuerdo con las Memoriae de Lamadrid, salvo en algunos detalles puramente personales bastanta confusos ó inesplicables en que estas Memorias difieren; y que por otra parte, no son estraños, pues Lamadrid las escribió de memoria, despues de un largo trascurso de años. Todos conocen ademas el candor infantil de su carácter, y la facilidad con que acomodaba todos los hechos en elogio suyo; así p. eg. él asegura que su 1er nombramiento de gefe de la ciudad le vino del Cabildo y del pueblo mismo, mientras que un Edicto *impreso en el mismo dia* muestra que fué Pagola quien lo nombró, estando ya *disidente* y en *lucha abierta* con el Cabildo.

« y el estrago. PORTEÑOS, no mereceriais el nombre de « hijos del *Gran Pueblo*, si no estuviesels, como estais, de- « cididos á arrojar de vuestro suelo á los autores de esta « guerra impía, nefanda, y á cuantos se les unen para humi- « llaros..... Morenos! (decia dirigiéndose á los batallones « de negros) vuestra gratitud á un pueblo á quien debeis « vuestra civilizacion y vuestra libertad, os hacen acreedores « de mi alto aprecio: vuestro empeño en sostener nuestros « derechos os libertará del *destino á que os tiene destina-* « *dos la venganza de un Carrera.* Si él triunfare, vosotros « debereis ir á derramar vuestra sangre en las cordilleras de « Chile, peleando por su colocacion y *por la muerte del* « GENERAL SAN MARTIN..... Ochocientos miserables son « los que os atacan: apenas tendrán tiempo de huir, como « escapados de un naufragio, cuando adviertan vuestra deci- « sion. Escarmentemos pues á esos enemigos de los « hombres de bien, á esos desnaturalizados paisanos, á esos « asesinos de nuestra Provincia, que con delitos horrendos « y con sacrílegos manejos han hecho tan IMPIA LIGA.»

En efecto: la Liga de la causa federal argentina con la causa personal de Carrera, y la intervencion del General Alvear en estos escándalos eran una Liga impia; y Pagola tenia razon. Por fortuna, el gobernador de Santafé comenzaba tambien á comprenderlo; y buscaba inquieto, aunque indeciso, una ocasion para *purificar* al menos aquella tremenda y larguísima lucha entre dos sistemas, con ninguno de los cuales tenian que ver la saña y las aspiraciones intolerables del proscripto chileno. Para federales y para unitarios, San Martin era entonces lo que es hoy y lo que será siempre en la história argentina y chilena:—El Salvador de la

Independencia Sud-Americana. Pagola tocaba pues con admirable habilidad y con valiente justicia la cuerda mas sonora del patriotismo porteño.

El dia 3 de Julio á las nueve de la mañana se reunió el Cabildo y mandó traer á su salon, uno por uno, los doce electores que habian sido nombrados el dia anterior para elegir Gobernador. Un momento despues, Lamadrid llegaba á la plaza con trescientos cuarenta hombres, poco mas ó menos, que no estaban todavia uniformados ni armados; y despues de hacerlos formar bajo los balcones del Cabildo, como se le habia ordenado, subió al Salon. Allí se le recibió con grandes muestras de aprecio y se le ordenó que hiciera reconocer por 2° gefe de la Columna al Sargento Mayor D. Julian Vega, oficial muy distinguido de toda la confianza del Cabildo; para que dejándolo á la cabeza de la tropa, Lamadrid se dirigiese al Fuerte como Comisionado del Cabildo, y le pidiese á Pagola la entrega de armamento, camisetas, gorras, tabaco, y yerba para sus soldados.

Lamadrid que se consideraba altamente honrado con estas distinciones y con la confianza que le acordaba el Cabildo de Buenos Aires, puso su division al mando del Mayor Vega y de otros oficiales subalternos que este último introdujo, y se fué al Fuerte.

Al mismo tiempo, Dorrego ocupaba las plazas de la Concepcion y de Monserrat con Cívicos de los tres tercios entremezclados con mucha juventud; y el General Rodriguez con Rosas se habian corrido desde Barracas al Hospicio con ochocientos hombres de Caballeria que habian traido del Sud prontos á entrar á la plaza á sostener las deliberaciones del Cabildo.

Como Pagola contaba con Lamadrid, creyéndolo á sus órdenes en virtud del nombramiento que le habia dado en la tarde anterior, no le opuso ninguna dificultad para darle el armamento y pertrechos que pedia. Pero cuando lo estaban entregando por grupos de 20 hombres que mandaba el mayor Vega á recibirlo, le vinieron á avisar que el Cabildo estaba nombrando gobernador para deponerlo; y enfureciéndose como un toro bravío llamó á los mas decididos de sus secuaces, los hizo montar á caballo á las órdenes del capitan Cañete (oriental tambien) y se introdujo con ellos en medio de un inmenso alboroto y terror en la Sala de los Acuerdos, donde los Cabildantes y los Electores acababan de nombrar á Dorrego Gobernador interino, y tenian por delante en la gran mesa todo slos registros electorales y demas papeles respectivos. Vamos á copiar para complemento del cuadro lo que encontramos sobre este suceso en la Crónica anónima que antes citamos.

« En este dia se a tocado la campana del Cavildo y ar-
« bolado En la tore la Bandera señal de apuro del pueblo—
« El Exmo. Cavildo reuniendo Votos para la Eleccion de Go-
« bernador nuevo y de un Comandante de armas—Susedió
« al tpo de reunir los. Votos y sufragios se presentó En Ca-
« vildo El coronel Pagola confuria Colerica contra El Cavildo
« arrebatoles los papeles, de sufragios asiendolos. a peda-
« zos y rojolos del Balcon a la Plaza á Vista del Concurso.
« Gritando contra el Cabildo. Espreziones suspechosas. con-
« tra El pueblo & quedando el dicho Coronel Pagola man-
« dando Espontaniamte. . . .Quedo Resentido, abochornado
« El Exmo. Cavildo del suceso. . . . . Se corian. Vozes sise
« quitaria ono El Cabildo. quedó la cosa así.»

Como el Cabildo no habia sido socorrido á tiempo habia tenido que someterse á las iras de Pagola, y se levantó una acta, que este gefe firmó tambien, [1] en la que se hizo constar su oposicion á los actos que tenian por objeto nombrar un gobernador interino. Inmediatamente despues de estendida y firmada esta acta, Pagola se retiró al Fuerte amonestando antes á los Cabildantes de que *los haria degollar* si volvian á intentar destituirlo; [2] y ellos luego que se quedaron solos estendieron una protesta haciendo constar que no habian desempeñado su deber por *haberles faltado garantias y libertad para ello.*

Pero como Lamadrid abandonando á Pagola vino á ponerse á las órdenes del Cabildo [3] este le ordenó que marchase con su division á la Convalescencia donde encontraria al Coronel Dorrego, al General Rodriguez, y á Rosas, á cuyas fuerzas debia unirse para operar en cooperacion. Dada esta órden el Cabildo desalojó las Casas Capitulares, y sus miembros se ocultaron á esperar los sucesos.

En efecto: reunidos en la Convalescencia los gefes y fuerzas que dirijia Dorrego, entraron por la calle que hoy tiene el nombre del Buen Orden, incorporaron allí á los Cívicos del 2º tercio que estaban de Canton en la Plaza de Monserrat y marcharon á la Plaza de la Victoria á reinstalar el Cabildo y la Junta Electoral, con una columna como de tres mil hombres y un inmenso pueblo dispuesto á armarse y á operar militarmente en el mismo sentido. Como Pagola se

1. Impresa en hoja suelta en la Imprenta de Expósitos.

2. Exposicion del Ayuntamiento etc. etc. fecha 11 de Julio:—Imp. de Expósitos.

3. Véanse sus *Memorias* páj. 208.

habia encerrado en el Fuerte resuelto á sucumbir, la Plaza estaba colmada otra vez de ciudadanos que ya habian traido en triunfo al Alcalde Mayor Dolz y otros cuantos cabildantes. Mientras se hacia venir á toda prisa á los demás y se reunia á los Electores que andaban ocultos todavia, se mandó circular una proclama firmada por Dolz solo, *por órden* del Cabildo. Se decia en ella, que el Cabildo habia cumplido con sus deberes en las circunstancias *delicadas* que lo rodeaban: que sus intenciones habian sido siempre sanas apesar de las *glosas siniestras* que se habian hecho de sus procederes, es decir, de las suposiciones que se habian hecho de que habia estado dispuesto á entregar el pueblo á Alvear; y que á pesar de todo lo que habia sufrido y de las amenazas que se le habian hecho, el Cabildo habia sido *inalterable en sus principios*:—«No te-
« mais, Ciudadanos: los Capitulares morirán en union con
« vosotros antes que permitir el descrédito y el ultraje de
« vuestros derechos. El nombramiento de *Comandante mi-*
« *litar interino* que acaba de hacer en la persona del Sr.
« Coronel D. Manuel Dorrego, por remocion del Coronel Pa-
« gola, se halla fundado en la pública desobediencia de este,
« y en que es el autor de la funesta discordia nacida entre
« ambas autoridades desde que se presentó en este pueblo.
« Su abierta y temeraria oposicion al nombramiento de Go-
« bernador interino, tan indispensable en las presentes
« circunstancias, hizo tambien necesaria esa medida; y la
« Junta Electoral tuvo que suspender sus deliberaciones por
« la falta de libertad en que la puso el Coronel Pagola. Ciu-
« dadanos! confianza etc. etc.»

No solamente el Ayuntamiento nombraba á Dorrego *Comandante General de Armas*, sinó que el Pueblo lo *habia*

aclamado ya como tal unos momentos antes. [1] Al tomar su puesto, Dorrego circuló una proclama comprometiéndose á espulsar de la Provincia á los Montoneros que pretendian sitiar la ciudad. En efecto, el pueblo habia encontrado el hombre del momento. En el acto se presentó en el Fuerte y consiguió que Pagola lo recibiese. Entrando con dos ayudantes solamente, procuró convencerlo de que no solo no tenia como resistir, sinó que empeñándose en ello sacrificaba la causa de la defensa en que todos estaban tan interesados. Sin dar tiempo á nada mas, se dirigió á la fuerza que estaba en el patio, y poniéndose á su cabeza le hizo echar fusiles al hombro, le dió la voz de marcha y la sacó hasta el rastrillo, de donde la hizo pasar á la plaza sin que nadie chistase ni hiciese la menor objecion. Verdad es que estaba secretamente apoyado por el mayor Ravelo por el Capitan Otero y por otros oficiales. Los demás siguieron el empuje de la voluntad superior y misteriosa que los hacia mover. Despues volvió inmediatamente á donde habia dejado á Pagola. Este se paseaba en un corredor pensativo y taimado, pero Dorrego le echó los brazos, le protestó que era su amigo, que tenian una misma causa y una misma bandera, y que por forma permaneciese arrestado por unos dias para satisfaccion del Cabildo.

El 4 se reunió la Junta Electoral, y despues de haber nombrado Presidente al Dr. D. Manuel Antonio Castro y secretario al Dr. D. Manuel Obligado, eligió á Dorrego *Gobernador interino de la Ciudad*—«interin que con oportunidad « y en consorcio con los lejítimos electores por los partidos

1. Bando del mismo dia en que se asienta esa aclamacion del Pueblo.

« de su campaña pueda verificarse el del competente Gobier-
« no Provincial, con la condicion de reconocer V. S. la Su-
« premacia del Pueblo en la Junta de Representantes, á cuya
« eleccion debe inmediatamente mandar V. S. que se proce-
« da, segun estilo y práctica observada con las mismas forma-
« lidades y objetos que revestia, y *á que* estaba destinada la
« *última Junta anterior disuelta fuera del órden*, por las no-
« torias circunstancias que la obligaron á tomar semejante
« medida, etc. etc.» La reaccian directorial volvia como se vé á hacer acto de presencia; haciendo restaurar la *Junta de la burgesia* y debemos tenerlo en cuenta para comprender el carácter de los sucesos que ván á seguir.

Necesitamos empero detenernos un momento y estudiar el campo de los enemigos, para mantener la claridad de nuestra vista sobre todo el horizonte de los sucesos.

Hicimos antes notar que Lopez, mal avenido con Alvear y con Carrera, y deseando separar su causa de la de ellos, se habia mostrado fácil y simpático para con los Comisionados del Cabildo. Y en efecto, cuando estos le hablaron sobre la imposibilidad de que el pueblo aceptase al General Alvear y la influencia indirecta de Carrera, diciéndole que este era el grande obstáculo á la paz, Lopez les contestó: «Por eso no se dejará de hacer. Separen Vds. completamente á Soler y á Dorrego: pongan hombres buenos, pacíficos; y yo mandaré á Carrera á Santa-fé, y le diré á Alvear que vaya á donde estaba antes de venir—Pero esos hombres pacíficos tienen que ser *electos* por el pueblo ¿y como quiere V. E. que elija la campaña con libertad si está sugeta á los influjos y á los amigos de Alvear?—Yo les respondo á Vds. de alejar antes á Carrera y á Alvear; de no inmiscuirme en la eleccion, por que nada

me importa con tal que tengamos paz y buena amistad, en una palabra, de dejarlos obrar con toda libertad.»

Al Cabildo le lisongeaba sobremanera el aspecto que ofrecia la negociacion, por que queria eludir las dificultades y los conflictos de la guerra. Pero, como los propósitos anunciados no habian tomado todavia un carácter determinado, no podia aventurarse ni trasmitir al pueblo los datos meramente preparatorios que le hacian esperar una resolucion feliz, como si fuesen ya una conviccion firme y realizable. La única política eficáz era pues la de ganar tiempo, y empujar mientras tanto las cosas en ese sentido.

Pero cuando el Cabildo estaba en esto, fué precisamente cuando Pagola vino á introducir su mano torpe y pesada entre estos finos estambres de la íntriga política. El Cabildo no desmayó por eso; y creyendo por el contrario, que á pesar de Pagola podria continuar su negociacion con Lopez, le pasó un oficio el dia 2—«Desde que este Cabildo se propuso « allanar todos los estorbos que se opusieron á la tranquili- « dad pública, y envió cerca de V. S. una Diputacion que le « manifestase la sinceridad de sus sentimientos, *no se ha* « *desmentido su conducta.* Luego que recibió con la *ma-* « *yor satisfaccion* las esplicaciones que le hicieron sus Dipu- « tados de las intenciones de V. S. empezó á dictar provi- « dencias instantáneas para realizar lo convenido, y muy « principalmente el nombramiento de Electores.»

Sin mencionar el Cabildo el atentado de Pagola en este intervalo, le decia á Lopez en la misma nota, que le habia enviado una segunda Diputacion—«para instruirle de *todo*— pero que detenidos sus comisionados en la vanguardia por mas de doce horas, habian temido las alarmas que esto podia

causar en el pueblo, y habian preferido regresar dejando *allí* la comunicacion que llevaban.

« Actualmente hay noticias de que las tropas de V. S. « tratan de ocupar el punto del Miserere. Esto seria que- « brantar uno de los artículos acordados, por el que V. S. no « debe pasar de los Santos Lugares. En tales circuntan- « cias, el Cabildo *no puede responder de los resultados*, y se « halla en la necesidad de hacer á V. S. responsable de ellos « bajo la mas seria y formal protesta.» En efecto, este adelantamiento de las fuerzas federales habia exaltado la indignacion del pueblo; y se hacia imposible hacerle creer en la paz y en la buena fé de los invasores. Lopez contestó inmediatamente espresando su sentimiento de que los Diputados del Cabildo hubieran regresado antes de que él supiera que le habian buscado, *quitándole la satisfaccion que hubiera tenido en verlos*:—«Ciertamente (agregaba) que V. E. *no ha* « *desmentido* en su conducta ninguna de las protestas que « se dignó hacerme por medio de la Diputacion; y la Procla- « ma que V. E. acaba de publicar (véase pág. 418) es un « documento que acredita la sanidad de sus intenciones; pero, « Sr. Exmo. si la fuerza armada está á las órdenes de UNO de « los Gefes que con bárbaro encono puso á precio nuestras « cabezas en la órden del dia 27; si se aumentan las medidas « de defensa; si se *recogen* al pueblo y se reunen las milicias « de caballeria, nosotros no podemos mantenernos inmóvi- « les;.....pero esto no disminuye el vivo deseo que « me anima de alcanzar una paz honrosa *cuyos resultados* « *sean la dicha presente* de las Provincias Unidas.—Si V. E. « quiere algun tiempo mas para verificar lo acordado, sírvase « V. E. llenar exactamente cuanto se me prometió, sin que

« sirvan de *pretexto* las distintas circunstancias en que me « dice hallarse; por que si V. E. carece de fuerzas para ha- « cer respetar su autoridad, las armas federales irán inme- « diatamente en su auxilio.»

Para Lopez era en efecto una gravísima contrariedad la usurpacion de Pagola; por que al acercarse á Buenos Aires habia venido con la resolucion y con la esperanza de transigir y de echar las bases de una alianza ofensiva y defensiva entre las dos provincias y la de Córdoba, para garantirse recíprocamente de las usurpaciones y de las exigencias despóticas de Ramirez. Todo su plan venia pues por tierra con el giro que habian tomado los sucesos.

Y sinembargo, el Cabildo tenia tambien razon por su parte. Alvear habia sido nombrado gobernador en el Lujan bajo el amparo de las fuerzas federales; el Cabildo, los Cívicos, los directoriales, todos en una palabra, protestaban defenderse hasta el último trance antes que aceptar con Alvear la influencia de Carrera, sin tener por otra parte razon alguna para confiar en la proteccion ó en la buena fé de Lopez, que, por un lado hacia aquellas protestas, y que por otro cubria con su presencia los actos de Alvear y de Carrera.

Todo dependia de que las cosas no estaban aún en sazon.

Por desgracia del giro pacífico de los sucesos, el General Alvear, arrebatado por su génio siempre impetuoso y amigo de los golpes de mano, se habia venido el dia 2 á la vanguardia federal con Carrera y con algunos otros gefes emigrados que le seguian; y dirigiéndose á los Diputados del Cabildo que esperaban allí su pase para ver á Lopez, les dijo con modo alterado—«Con qué en Buenos Aires, protestan

sucumbir antes que reconocerme gobernador, eh? El Dr. Castro (D. Manl. Ant.) le dijo.—Esa parece ser la voluntad del pueblo, Sr. General.—Del pueblo nó! de cuatro pícaros á quienes hice mal de no ahorcar en 1815, y que he de ahorcar ahora para librar al pais de ellos y de los infinitos males que le han de hacer todavia. Dígales V. que ahora ya no hay escape: que por mas que hagan se han de acoger á mi clemencia, por que no tienen como resistir las fuerzas que mando: que si se figuran que soy algun muñeco, para que un animal como Pagola y un loco de m..... como Dorrego puedan privarme de los frutos de la victoria y quitarme la posesion que tengo de toda la campaña y de todos los recursos. ¡Seria de verse!»: y por este tono dió suelta á todas sus viejas y ardorosas ofensas. Carrera sonreia con ironia y con menosprecio á su lado. Castro con tono firme pero moderado, le contestó.—No es mi ánimo, Sr. General asegurarle á V. E. que todo eso no sucederá; pero no dude V. E. que el pueblo ha de resistir hasta el último trance.—Mientras no vean nada de sério, le observó Carrera con rábia—Todo lo que vemos es sério—No: no han visto todavia á *mis muchachos tocar á degüello*!—Es verdad, pero es bueno que sepamos que estan dispuestos á hacerlo—Vuélvanse VV. á la ciudad les dijo Alvear; el General Lopez no se entromete en las cosas de la Provincia; yo soy el Gobernador en ella y digan VV. á esos hombres que conmigo es con quien tienen que tratar y que arreglar todo este negocio—Hemos mandado aviso al Sr. Gobernador de Santa-fé; y estámos dispuestos á esperar un tiempo prudente su contestacion para desempeñar nuestra Comision.—Pues llevarán VV. tambien la nota que voy á dirijir al Cabildo—Muy bien, Señor General;» y se separaron.

Comparando estas circunstancias y la diferencia del lenguage de Lopez con el de los otros dos gefes, puede verse que habia entre ellos una falta completa de unidad en las miras y en los resultados respectivos que buscaban.

La nota de Alvear no tenia nada de característico; palabras encomiásticas al pueblo: deseos de que salga de los errores que cree acerca del General: promesas de felicidad futura producida por su gobierno; y protestas de que solo por someterse á la fuerza de los acontecimientos acepta *interinamente* el mando. El Cabildo le contestó inmediatamente objetando la legitimidad de la eleccion, y diciéndole —que sin traicionar los derechos del Pueblo (cosa que jamás haria) nunca la podria aceptar como válida—«por estar « convenido que la voluntad del pueblo destestaba la perso- « na del General. No se alucine V. creyendo que estos « sentimientos son de nn partido ó faccion. Son los del « Pueblo comunicados por el órgano de su Cabildo etc. etc.»

Nos hemos detenido con alguna insistencia en la exposicion del tenor de los documentos oficiales respectivos, por que interesa á la verdad y á la claridad de la historia que se aprecien bien estos incidentes, que son los que esplican el caracter político del gobernador de Santa-Fé Lopez, y el papel que desempeñó en nuestra guerra civil. No todos lo conocen, ni lo esplican con la justicia y con la imparcialidad que corresponde. La mancomunidad de sus intereses con los de Carrera y con los del General Alvear, fué transitoria, mas bien aparente que real, y duró como una simple consecuencia de sus afinidades anteriores con Ramirez. Desde que él se sintió entidad importante, su inclinacion verdadera fué la de estrecharse con Buenos Aires, para entrar en el sistema

compacto y unisono de las provincias mediterraneas, separándose del movimiento divergente de las provincias litorales Fué pues de los caudillos que buscaron la federacion sin daño de la nacionalidad, cualesquiera que hayan sido sus tendencias como poder personal y como gobierno retardatario en el interior de su provincia.

Dada puesla actitud que habia tomado Pagola en la Ciudad, Lopez se vió forzado á obrar en el sentido de la guerra; y dada la actitud que tomaron en la campaña Alvear y Carrera, el Pueblo y Dorrego se vieron forzados tambien á hacerle la guerra á Lopez. Y se la hicieron con admirable acierto en verdad!

Dorrego tenia una inteligencia demasiado activa y ámplia para limitar sus miras militares á la simple defensa de la plaza. Lo que él se proponia era realizar pronto un conjunto sistemado de operaciones, que diese por resultado envolver al enemigo, y aniquilarlo en los arrabales mismos de la Capital, para apoderarse de sus gefes y para resolver en una semana esta interminable lucha con las invasiones de los montoneros, que en aquel tiempo eran mas ruinosas é insoportables para la provincia de Buenos Aires, que lo que son hoy las invaciones de los indios; porque traian el pánico y la devastacion hasta los huertos que surtian de verduras á la Ciudad.

Con una lealtad política que prueba el espíritu generoso y despreocupado con que servia á la provincia, Dorrego nombró comandante General de las milicias de la Campaña al General D. Martin Rodriguez, que era el gefe notorio del nuevo partido oligárquico que se llamaba á sí mismo—partido *de los principios* y partido *liberal*, antes de llamarse partido unitario,

Al mismo tiempo puso á las órdenes del General Rondeau Director Supremo pocos meses antes, el Vencido de Cepeda, un plantel de tropas para que saliese á la campaña del Norte, á organizar prontamente fuerzas con que operar, de acuerdo con el plan general cuyo centro debia ser el ejército que se formaba en la capital. Así pues, el General Rodriguez y Rosas debian establecer en San Vicente el centro de las operaciones por el Sur, Rondeau en Zárate y Dorrego en la capital. De modo que cuando la division de la capital emprendiese su marcha por el frente sobre el enemigo, las otras dos lo flanqueasen y lo encerrasen para darle alcance y aniquilarlo.

Ayudados de Rosas, el Brigadier Rodriguez y el Coronel Lamadrid habian reunido al Sur una numerosa division de caballeria que estaba ya pronta para operar. El 6 de Junio estos tres gefes acamparon con ella en el *Monte del Chingolo*, á seis leguas de la ciudad. Alvear comprendió muy bien todo el daño que podia hacerle esta fuerza, que colocada sobre su flanco derecho, podia correrse al Sud ó concentrarse á la ciudad en todo amago que se le hiciese. Rápido como era en todas sus operaciones, el 6 por la noche reconcentró sobre Moron todas las avanzadas que tenia asediando á la ciudad; y el 7 al anochecer se puso en marcha con Carrera para sorprender á Rodriguez y Lamadrid.

Desde que Dorrego supo esta tentativa del enemigo mandó espresos para que la division amenazada se corriese por la costa de Quilmes y se viniese á Barracas burlando al enemigo; y despues de haber dado estas órdenes se movió de la plaza con una division de caballería como de 400 hombres, y salió por el nordeste de la ciudad con la mira de caer sobre

Moron y de apoderarse del batallon de Cazadores que se habia rendido á los montoneros en el Lujan, y que se hallaba ahora acampado en Moron. Muchos soldados y sargentos de este cuerpo se habian pasado á la ciudad en estos mismos dias, y por ellos se sabia que todos estaban dispuesto á pronunciarse desde que se les diese un apoyo. El coronel Vidal, el Mayor Rodriguez y toda la oficialidad estaba de malísima gana en las filas de Carrera, pues se consideraban prisioneros suyos mas bien que soldados de su causa.

Con estos antecedentes, Dorrego se movió el 8 á las dos de la tarde; y tomando ácia el noreste se propuso llegar al *Monte de Castro* y caer sobre Moron sorprendiendo la caballeria que allí pudiese encontrar, para tomar solo al batallon. Pero Lopez, que conocia que su derecha habia quedado desguarnecida con la marcha de Carrera, habia reforzado esas líneas; y Dorrego no creyó oportuno *descubrir* inútilmente las inteligencias y las miras que tenia respecto del batallon. Asi es que regresó al instante á la ciudad con la intencion de tentar la misma operacion por el lado del Sur ó Barracas.

Pero á las nueve de la noche recibió parte en que el General Rodriguez le avisaba que estaba al otro lado del puente de Barracas: que habia dejado algunas partidas en su campamento, para que encendiesen grandes fogones en la noche, á fin de que el enemigo engañado por ellos continuase su operacion y procurase sorprender un campamento vacio mientras él se corria á la ciudad. Seguro entonces de que el enemigo se habia alejado de Moron, Dorrego le dió órden al General Rodriguez á las diez de la noche [1] de que destacase al Coronel Lamadrid con 300 hombres por dentro de las quintas del Sud-oeste, á fin de que se presentase en Moron á

1. Boletin núm. 4, 9 de Julio de 1820.

la madrugada del 9 y de que apoyase la marcha de los Cazadores. Lamadrid se movió á las 12, al mismo tiempo que salia por el camino de Flores el Coronel D. Domingo Saenz para proteger la operacion. A la madrugada estaba el primero de estos gefes sobre Moron. Luego que hubo alguna luz, dispersó y acuchilló una partida de *Chilenos* que formaba la avanzada de caballería, entró á la plaza de la villa, se colocó al frente de los *Cazadores* y los arengó en nombre del Pueblo de Buenos Aires. Los soldados y oficiales locos de alegria respondieron con entusiasmo, formaron en columna, marcharon ácia adentro;—«y á la media tarde entra-
« ron á la ciudad entre las salvas de artilleria y en medio
« de las aclamaciones y vivas de un pueblo entero que les for-
« mó la carrera por la calle de su entrada, acompañados de
« todos los Gefes de la guarnicion, y de los cuerpos cívicos,
« armados, que en una columna respetable salieron á recibir-
« los á los Corrales de Miserere.» [1]

Mientras los sitiadores recibian este golpe mortal, el General Alvear y Carrera buscaban á Rodriguez y Lamadrid por el partido de Cañuelas, y perseguian las milicias de D. Hilarion Castro creyendo que era la division de los primeros. [2]

El General Rondeau habia levantado tambien fuerzas en la campaña del Norte; y sus subalternos batian las partidas santafesinas tomándoles muchos prisioneros, y entre ellos algunos de importancia relativa como el caudillejo Zapata, el comandante Palomeque, oriental artiguista, y muchos otros.

1. Boletin citado.
2. Id id.

La situacion no era buena para quedarse en los alrededores de la Ciudad; y Lopez se decidió á levantar su campamento de los Santos Lugares para retirarse á Moron, poniendo entre él y las fuerzas del pueblo una distancia suficiente que le permitiese vijilar mejor su frente y sus flancos. Dorrego, que apreciaba con exactitud las ventajas que habia obtenido, publicó é hizo circular entre los enemigos una proclama que merece conocerse por el noble carácter de las ideas que formaban, por decirlo así, su temperamento político y moral. En ella invocaba los perjuicios, tan enormes como injustos, que los invasores hacian á una provincia hermana deseosa de *confraternizar* con las demas; y tomando el nombre «del Pueblo porteño y de su municipalidad» les pedia que no fuesen sordos al clamor de la naturaleza y al imperio del deber: y que se resolviesen « á extinguir el fuego de la fatal discordia que devoraba á los hijos de una misma tierra para convertir en dias de prosperidad los que eran dias aciagos para todos—« Recordad « (les decia) que estas desavenencias intestinas nos hacen la « *Befa* y el *Escárnio* insultante de las Naciones que nos están « observando. Yo estoy facultado para echar un velo sobre « todo lo anterior..... Nuestras tropas ya estan al frente de « vosotros; ellas os recibirán generosas con el ósculo de « paz. No demoreis, por que nuestros escuadrones solo es« peran la señal de marcha, etc., etc.» [1]

La recuperacion del batallon de Cazadores habia exaltado el entusiasmo y la energia de la ciudad, abatiendo por lo mismo la confianza de los invasores. Los ruinosos efectos que esta pérdida produjo entre los parciales de Alvear, pueden juz-

1. Proclama del 4 de Julio de 1820 (imp. de Exp.)

garse por las cartas de fecha 10 de Julio que se le tomaron al Coronel D. Gregorio Perdriel, Comandante del Lujan:—«Si-« guen una porcion de embustes. La fuerza que corrió ayer « en Moron vino tan asustada, que aunque la reuní en este « punto, se desertó anoche la mayor parte; y el resto lo he « mandado escoltando la artillería que teniamos y *que he di-« rigido á San Antonio de Areco*». La resolucion de retirarse ácia Santa-Fé era pues evidente, y la invasion se podia considerar vencida por el esfuerzo popular que la ciudad y los Cívicos habian ejecutado bajo la direccion de Dorrego. El habia contenido y dominado á Pagola, habia reunido y organizado las *Milicias* y los Tercios, habia recuperado y remontado en seis dias los batallones veteranos, habia vuelto á formar el escuadron de Dragones, habia conciliado los partidos y las disidencias políticas y personales para dar unidad de accion á la defensa, habia salvado al pueblo, y tenia pronta ya una fuerte Division para acometer y perseguir al poderoso enemigo que habia triunfado de Soler diez dias antes en la *Cañada de la Cruz*. *Sir licet*... podriamos decir que solo San Martin, despues de *Cancha-Rayada*, en el llano de *Maipú*, habia consumado análogos esfuerzos, aunque en una esfera de mayor gloria. Y todo esto, como vamos á ver, habia sido hecho en beneficio directo del partido unitario ó liberal.

No habiendo tenido éxito alguno la corta incursion que Alvear y Carrera hicieron en *San Vicente* para batir la division que formaban Rodriguez y Rosas, las fuerzas federales se replegaron prontamente á Moron, y de allí al Lujan, para evitar que Dorrego realizase sobre ellas la maniobra de circunvalacion que estaba preparando y ejecutando yá con suma destreza. Los invasores renunciaban, pues,

el 10 de Julio, á todos los resultados que se habian propuesto sacar de su espléndida victoria del 28 de Junio. Los chasqueados y desairados en esto, eran Alvear y Carrera; porque sus esperanzas perdian para siempre toda su base. Lopez no tanto, porque tenia otros propósitos. Resuelto á desocupar el territorio de Buenos Aires, se proponia esperar la eleccion del nuevo gobernador para promover tratados que le convenian y que creia fáciles de concertar; porque, dada la situacion general de la República, no habia entre Buenos Aires y él ninguna incompatibilidad que pudiese ser estorbo para que cada uno de los dos gobiernos viviese de *lo suyo* y en comunidad de intereses *externos*, que era entonces lo capital para ambos. En el fondo, Dorrego y el Cabildo entendian del mismo modo las conveniencias respectivas del momento. Pero, afectados por el orgullo porteño, que se levantaba con el sentimiento de la fuerza que le inspiraban los acontecimientos recientes, ellos exigian categóricamente condiciones, que, por el momento era difícil que Lopez, acordase, pues debian parecerle humillantes, por mas dispuesto que ya estuviese á arrojar de su lado á Carrera y al general Alvear. El 13 de Julio envió Dorrego, autorizado por el Cabildo, al campamento *en retirada* de Lopez, una Comision Negociadora compuesta de los doctores Castro y Cossio, para proponerle:—1° Desalojo íntegro del territorio de la Provincia con promesa de no volver á entrar en él jamás:—2° entrega y devolucion de todos los prisioneros, armas y pertrechos tomados el 28 de Junio en la accion de la *Cañada de la Cruz*. 3° Devolucion de la artillería tomada en el Lujan el 29: 4° Reunion del Congreso de las Provincias Unidas del Rio

DE LA PLATA, en la ciudad que la mayoria de ellas señalare: 5º Abandono de don Cárlos Alvear; sin que Lopez y Santa-Fé pudiesen mezclarse directa ó indirectamente en las pretensiones de ese general.

Estas eran las bases de la negociacion que Dorrego ponia en conocimiento del pueblo en el Boletin núm. 9 del 14 de Julio; y agregaba—« Si no acceden á estas razo-« nables proposiciones, tendremos la gloria de ir á su ter-« ritorio á obligarles á que entren por las condiciones que « en tal caso corresponden.—En médio de la borrasca que « se ha sufrido, los que han vivido bajo los auspicios del « Gobierno no pueden quejarse de que no *han estado al* « *amparo* de las Leyes. La imprenta ha seguido en la « libertad que tenia; y los que han querido hacer uso de ella, « la han encontrado pronta y sin el menor estorbo. »

El Cabildo, á su vez, tomaba represalias de la jactanciosa arrogancia que Alvear y Carrera habian empleado en sus papeles despues del 28 de Junio, y proclamaba al Pueblo con estas palabras:—« El Egército Federal—*á quien nada im-*« *pone* en el curso *de sus victorias*—vá en retirada llevando « en su frente oprobio é ignominia, y dejando tras de « sus huellas desolacion y espanto, » y agregaba—que dominado y vencido por la energía y por el entusiasmo del Pueblo de Buenos Aires, habia conocido que este era invencible, que no aceptaba la persona de Alvear, y que no habia de consentir jamás que un José Miguel Carrera tuviese ocasion de formar tropas en Buenos Aires para ir á sostener sus pretensiones personales y sus venganzas en Chile:—« Un vergonzoso retroceso es el único partido que les ofrece « su desesperacion. Nuestras tropas van en su seguimiento:

« la guerra mas activa está dispuesta sobre ellos, y serán per-
« seguidos hasta espulsarlos de la Provincia.» Triunfante pues el Cabildo, libre ya la Ciudad de todo temor, fueron licenciados los Cívicos y demas milicianos que la habian guarnecido en los anteriores dias de tribulacion.

Al darles las gracias, en una proclama del dia 14, Dorrego les decia:—«Marcho á la cabeza de una Division respe-
« table que se está organizando en esta Capital, y que escar-
« mentará á los invasores». Otra division á las órdenes del General Rodriguez, de Lamadrid y de Rosas, cruzaba el 16 por el lado Sur de Moron ácia el Oeste y las fuerzas del Norte á las órdenes del Comandante D. Julian Vega marchaban de frente; convirgiendo todas á concentrarse sobre la retaguardia del enemigo:—«Las fuerzas de esta Ciudad
« que van á salir á campaña, decia el Boletin de la misma
« fecha, fueron hoy revistadas por sus respectivos gefes; y las
« espresiones mas vivas no podrian espresar el entusiasmo
« con que se presentaron: Buenos Aires, este pueblo inmor-
« tal, vá á presentar á sus enemigos un convencimiento de
« lo que ha podido hacer en otras ocasiones, pues solo su
« moderacion y sufrimiento habia *interrumpido* el curso de
« sus victorias». En una circular de fecha 17 dirijida á las demas Provincias, decia Dorrego: «En cumplimiento de
« los mas sagrados deberes de mi cargo, me creo en la obli-
« gacion de invitar á los gobiernos de las Provincias y aún
« de conjurarlos á nombre de la Patria, para que con el in-
« flujo de su autoridad *promuevan* la pronta y libre elec-
« cion de los Representantes para el Congreso General que
« ha de hacer la suerte del pais, pues que mientras nos
« hallemos sin un centro *de* UNION, presentaremos un cuadro

« melancólico, y la Pátria estará á una línea de distancia de « un trastorno cualquiera que vendrá á inutilizar para siem- « pre las sanas intenciones de los que aman verdaderamente « la libertad y el Orden.»

El General en gefe de los Federales recibia entretanto con suma distincion á los Comisionados Castro y Cossio. Consecuente, decia, con sus patrióticas intenciones apesar de los sucesos, les reiteraba sus deseos de hacer una paz que tranquilizase para siempre las dos provincias de Buenos Aires y Santafé, y en este sentido le contestaba al Cabildo con una nota notablemente lacónica pero sumamente significativa tambien, por lo estudiado de sus términos, para que no se entendiese que tenia grandes compromisos políticos con Alvear y con Carrera.—«Creo haber manifestado con fran- « queza á los Señores Comisionados mis sentimientos en « favor de esta desgraciada Provincia sin faltar á mis deberes « y sin abandonar la causa de los pueblos que llamaron en « su auxilio al Ejército de mi mando. Exíjase de mí toda « clase de sacrificios por el bien de la Nacion; y *acreditaré « que nada amo tanto como su felicidad permanente.*»

Sinembargo de que las reticencias calculadas de esta comunicacion ofrecian ancho campo á un negociado pacífico, los ánimos estaban demasiado exaltados en Buenos Aires por el éxito feliz de la defensa, para cambiar de direccion; y Dorrego mismo estaba demasiado interesado en la consumacion del triunfo y en llevar la guerra á Santa-fé, para dar oidos á consejos mas modestos ó mas conciliadores. Las cosas siguieron pues el empuje fatal que traian; y Buenos Aires se movió animada con la esperanza de revindicar en Santa-fé, y en Entre-Rios la supremacia y los respetos que

habia estado á punto de perder en Cepeda y en la Cañada de la Cruz. Con la mira pues de justificar su derecho á invadir á su vez el território de los enemigos que le habian traido la guerra hasta los subúrvios de la misma Capital, el Cabildo y el Gobernador publicaron dos manifiestos en forma de circular á las demas provincias—«El Gobernador Lopez, « (decia Dorrego en el suyo) sin la menor premeditacion, « aún de sus propios intereses, se ha dejado conducir mi- « serablemente por sugestiones del Criminal José Miguel « Carrera y del proscripto Cárlos Alvear: reune los mas ván- « dalos de su territorio y se arroja al nuestro con sus dos « socios antropófagos: los ruegos de los inocentes, las lágri- « mas de las esposas, ni las ruinas que por todas partes « multiplica la cuadrilla de ladrones y de asesinos que co- « mandan, les detiene en el bárbaro empeño de destruirlo « todo, etc., etc.»

«El pueblo de Buenos Aires se ha colmado de gloria « y honor (decia la Gaceta del 19 de Julio). Mas de diez « mil ciudadanos han permanecido armados y municiona- « dos por 17 dias sin el menor desorden... Es necesario « que Carrera se olvide de Buenos Aires para siempre: que « Alvear abandone el funesto empeño de gobernar en este « pueblo; y que Lopez entienda que los *Porteños* vuelven á « acordarse de lo que son, que *recobran su importancia*; y « que el rango de Buenos Aires, sus luces, su poblacion, sus « recursos inmensos, todo, todo, se empeñará para confun- « dirlo en sus deseos: que hará uso del derecho que le « asiste para castigarle y vengar los agrávios que con osada « planta ha inferido á los dignos hijos de esta Provincia».

El Cabildo á su véz hacia valer tambien sus agravios, en-

tre los cuales miraba como el mas intolerable, la pretension que los federales habian tenido de imponerle al pueblo como gobernador á D. Cárlos M. Alvear — «como si fuese un don el « mas apreciable, que se presenta en señal de proteccion, sin « desprenderse aquel de su asociado Carrera, que debia tam- « bien entrar *á la parte* de estos aprovechamientos». Pero despues de desahogarse con este motivo, el Cabildo volvia sobre sus enojos y abundaba en inspiraciones pacíficas y generosas, por que solo por la concordia, decia, podian hacerse cesar los escándalos que las Provincias Unidas estaban dando, con satisfaccion de la envidia de las demas naciones, y sin otro fruto efectivo que el de arruinar las fuentes de la própia prosperidad. Por exelentes que fuesen estos consejos, el partido de la burgesia estaba demasiado infatuado con sus nuevas fortunas para dar oido á los ecos de esta política sentimental, y el 18 de Julio á las 3 de la tarde se movió Dorrego de la Capital con la Division que debia formar la base del Ejército de operaciones.

Despues de algunos pequeños incidentes que no tienen interés histórico ni mérito pintoresco, las fuerzas de los Montoneros se pusieron en plena retirada ácia el *Arroyo del médio* seguidas muy de cerca que las fuerzas porteñas, cuyas Divisiones diversas se incorporaron el 20 de Julio con el cuerpo principal al otro lado del rio de las Conchas, á inmediaciones de la Villa del Lujan, hoy Mercedes. [1]

1. Como dato curioso, aunque incidental, haremos notar que figuraban en el ejército porteño D. Juan Manuel Rosas como Comandante de milicias y el *Capitan de Artilleria* D. Manuel Oribe, de quien encontramos, publicada en el Boletin del 26 de Julio, la siguiente carta dirigida á un empleado del Despacho de Guerra—«Mi amigo, el tiempo es muy corto y

Entre estas operaciones de puro detalle, Dorrego hizo ejecutar una que tenia un fin generoso y que tuvo un éxito completo; tal fué la de mandar por retaguardia del enemigo al Sargento Mayor Obando, santafesino emigrado, para que cayese de improviso sobre el Pergamino, donde se hallaban presos todos los gefes y oficiales que los federales habian tomado prisioneros en la accion de la Cañada de la Cruz. Obando ejecutó sus marchas con un admirable acierto, y rescatados desde el general French hasta el último subalterno, Dorrego tuvo la satisfaccion de verlos incorporarse á su ejército el 29 de Julio. Fué tal el despecho de Lopez por este incidente, que hizo fusilar en el acto al mayor Bernal, bajo cuya custodia estaban los prisioneros.[1] Obando se adelantó hasta el Salto para levantar y armar todas aquellas milicias á la espalda de los Montoneros y obligarlos á escapar aprisa ó encerrarlos desmontados en las costas del Baradero donde Dorrego pudiera ultimarlos. En el Salto se le reunió el Comandante D. Francisco Ulloa, gefe local de bastante importancia, y le entregó cartas que habia recibido, en las que por primera vez se encuentra en nuestras luchas el perverso pensamiento que Carrera realizó algunos meses despues de incitar á los indios á que viniesen á tomar parte en la guerra civil. Con este motivo, Dorrego le escribia al

« el papel escaso, ya que V. ansia por noticias vá la primera: hemos dor-
« mido á una legua del enemigo; pero á media noche descampó sin que
« se sepa su direccion»—Este oficial Oribe (decia el Boletin), segun nos dicen, está en la vanguardia, así es que parece que el enemigo ha evadido la accion.

1. Los principales de estos prisioneros eran el General French, Coroneles Montes, Larrea y Salvigni; Mayores Mariño, Vianqui, Ramirez y treinta y tantos oficiales de Capitan á Sub-teniente.

Gobernador Delegado, General D. Márcos Balcarce, así — «Por la inclusa verá V S. que en el despecho en que se halla le ordenaba á Ulloa que moviese los indios. La carta dice: —«Amigo Ulloa, es preciso que V. haga lo de los Indios, « esta diligencia es precisa y aprovecha..... por eso « vine á verme con el General Carrera: si hubiese sabido de « V. me hubiese quedado ahí. Constancia, que todo ha de « ir para bien—Su afectísimo amigo: C. A., Arrecifes 27».

El suceso feliz del Pergamino y el pronunciamiento de todas las milicias del Salto y de Arrecifes pusieron á Lopez en grandes cuidados, puesto que por horas se hacia mas difícil y peligrosa su retirada. Renunciando entonces á toda pretension de mantenerse en una situacion tan ambígua, resolvió desocupar la provincia de Buenos Aires y replegarse á Pavon, con la mira de reunir nuevamente las fuerzas de Santafé y defender su territorio de la invasion con que Dorrego le amenazaba ya de cerca.

Pero este abandono contrariaba profundamente las miras y los intereses de Alvear y de Carrera. Para ellos era evidente que Lopez contramarchaba resuelto á limitarse á defender á Santafé abandonándolos á ellos á su mala suerte, y aún á sacrificarlos si hallaba la ocasion de transigir con Buenos Aires. Entretanto, Ramirez no estaba en las mismas ideas; por el contrario era de esperar que si triunfaba definitivamente de Artigas volveria con mayor prestigio y poder á reclamar su superioridad en la política argentina y la sumision de Buenos Aires, ó por lo menos la garantia de que Alvear fuese aceptado como Gobernador y de que Carrera fuese ayudado para apoderarse de Cuyo y de las fuerzas que tenia Bustos en Córdoba. En vista de estas emergéncias, era pues de una

grande importancia para Alvear y para Carrera mantener un punto fuerte en la Provincia de Buenos Aires, que pudiese servir no solo de centro de recursos sino de base para una nueva invasion bajo las órdenes de Ramirez; así es que se resolvieron á guarnecer á *San Nicolás-de-los-Arroyos*; y no pudiendo obtener que Lopez les ayudase á ello con el batallon de pardos que tenia en el Rosario, hicieron entrar en la plaza á los *Chilenos* con la division de los oficiales de Alvear y alguna milicia, esperando detener con esto las marchas de Dorrego y obligarlo á dar asaltos ruinosos contra las trincheras. Cuando Dorrego supo que los *chilenos* y *alvearistas* habian ocupado á San Nicolás con la mira de guarnecerlo, fingió seguir sus marchas sobre la izquierda como si pretendiese buscar su apoyo en Rojas; pero de improviso el 1°. de Agosto á media noche levantó su campamento y marchó rapidísimamente sobre la derecha, cayendo sobre San Nicolás el dia 2 á las diez de la mañana. Para envestir la plaza formó tres columnas: él en persona tomó el mando de la derecha destinada á penetrar en el centro mismo de las trincheras, y por lo mismo compuesta de los *Cívicos* y de los *Cazadores*: las otras dos, compuestas de caballeria á las órdenes del General Rodriguez la una, y la otra á las órdenes del coronel Lamadrid, debian apurar los otros dos costados de la plaza ó reducto interior, para hacer diversion mientras la columna primera daba el asalto. Como Dorrego era impetuoso y muy avisado habia reconcentrado todo el empuge de sus fuerzas en un solo punto, impidiendo que el enemigo hiciera lo mismo para defenderse. Apesar de eso la Columna fué rechazada dos veces; pero en la tercera envestida logró llevárselo todo por delante; y al impetu de este choque supre-

mo, los otros costados fueron casi abandonados, por que los que los defendian trataron de acudir al punto comprometido. De modo, que al mismo tiempo que Dorrego superaba la resistencia con el brio que le era característico á la cabeza de los Cívicos y de los Cazadores, Rodriguez y Lamadrid cerraban tambien las otras boca-calles, con lo que todos los sitiados se vieron obligados á rendirse á discrecion sin escepcion de uno solo de los oficiales que componian la *Legion de Alvear*, y de un solo hombre de la Division de los *Chilotes*.

El Sr. Vicuña-Mackenna, siempre inventor de cosas que no sucedieron, para realzar con aire novelesco á los aventureros que seguian á Carrera, ha forjado una historieta mirovolante sobre la evasion de Benavente y de Jordan, que eran los gefes inmediatos de esos aventureros; y dice que se escaparon atravesando divisiones porteñas sable en mano. Nada de eso sucedió. El General D. Angel Pacheco, Mayor entonces y gefe de una de las columnas de ataque que mandaba Dorrego, nos ha referido que en el primer momento de la victoria y cuando los vencedores ultimaban y perseguian todavia por la plaza á los enemigos, Benavente le tomó el estribo y le gritó su nombre, porque se habian conocido y tratado mucho en Mendoza y en Buenos Aires poco antes. Otro oficial, que Pacheco no conocia y que supone que seria Jordan, seguia á Benavente con la espada desnuda. No siendo posible protegerlos y cuidarlos en aquel desorden, Pacheco los hizo entrar á una casa inmediata, en la que segun supo despues habitaba la familia de don José Gaspar Chacon, creyendo que Benavente le guardara consecuencia y que se mantuviese lealmente á su dispo-

sicion. Pero este, en vez de eso, se salió por los fondos á las barrancas del rio Paraná: y ayudado por un sirviente de la familia, logró tomar una canoa y asilarse en la *isla*, de donde se pasó al territorio de Santa-Fé en esa misma noche probablemente. Esta narracion del general Pacheco se comprueba con la nota del Boletin oficial del 12 de Agosto que dice así—«Despues de prisioneros fugaron los oficiales «Benavente y Jordan», y con un comunicado inserto en esos mismos dias en el *Desengañador Gauchi-Político* de Padre Castañeda, firmado por un testigo ocular (pág. 220).

Nadie mas escapó. Los Chilotes que se rindieron formaban 366 hombres. De la Legion de honor quedaron prisioneros, con el general Vedia, los coroneles Perdriel, Ventura Vazquez, Juan Ramon Rojas, Iriarte, Anacleto Martinez y J. G. Oyuela, con 58 oficiales mas de Sargento Mayor á Sub-Teniente. Fueron tambien tomados los Doce Representantes que habian compuesto la Junta del Lujan y elegido gobernador á Alvear. La tropa rendida, además de los Chilotes, constaba de 253 milicianos de la localidad, 60 artilleros veteranos, cinco piezas de á 4 y de á 12, un piquete de ciento cincuenta voluntarios de infanteria, 3000 caballos, y como setecientas armas de fuego entre fusiles y tercerolas.

Este suceso brillante no puede mirarse como un desgraciado acontecimiento de guerra civil, porque anuló para siempre la fatal ingerencia que tendia á tomar entre nosotros un aventurero dañino y estrangero, que parecia empeñado en vengar sobre nuestro pais la enorme ofensa que le habiamos hecho al suyo dándole independencia y emancipándole del coloniage español. Despues del suceso de San Nicolás, ese aventurero infeliz no pudo ya mas levanta

cabeza, y persistiendo por despecho, como lo veremos, en todos los escesos del mal, no logró otra cosa que dirigirse á grandes pasos á una catástrofe que pudo haber evitado si hubiera tenido mayor sensatez y elevacion de sentido moral.

La victoria de San Nicolás tuvo consecuencias de la mayor importancia. Lopez, que como hemos visto, estaba interesadísimo en tratar con Buenos Aires, se apresuró á quitar del médio los obstáculos mas visibles que se oponian á ello; y para no aparecer cediendo á exigencias que preveia, se adelantó á echar de Santa-Fé á Alvear con el pretesto de castigar la incúria con que habia dejado atacar y tomar á San Nicolás, y le ordenó á Carrera que se internase al Rincon de Gorondona con los restos de su gente, unos ciento y tantos hombres que no habian estado en la plaza tomada.

El Cabildo de Buenos Aires, por su parte, quiso tambien sacar una paz recíproca como fruto de la victoria, y se dirigió al de Santa-Fé con una nota conciliadora, que no insistia en otras condiciones de arreglo que las de separar de toda ingerencia política y arrojar del territorio argentino á Carrera y Alvear. Entretanto, el Gobernador don Márcos Balcarce entregaba todos los prisioneros militares á un Consejo de guerra presidido por el general don Miguel Azcuénaga, remitiendo antes la Justicia Criminal á los Representantes y particulares que habian seguido las banderas de Alvear.

El dia 5 de Agosto el Gobernador Lopez le escribió á Dorrego un billete confidencial, por medio del cura don Manuel Saturnino Hernando, en el que le pedia una conferencia—«para discutir y establecer tratados de paz *perma-*« *nente* entre ambos territorios» [1] Dorrego aceptó la en-

1. Boletin del 11 de Agosto de 1820.

trevista, y ambos gefes se reunieron á las diez de la mañana del dia 6.—« Se tocaron dificultades, (dice Dorrego en su « comunicacion al Gobernador Delegado,) que no fué posible « superar en los debates continuados que tuvimos hasta la « hora de ponerse el sol. »

No se rompió sin embargo la negociacion; y con el noble objeto de continuarla, Dorrego hizo que el Teniente Coronel don Juan Antonio Argerich acompañase hasta su campo al Gobernador de Santa-Fé. Pero segun se deduce de los sucesos posteriores, parece que lo que Dorrego queria principalmente era conocer bien la situacion de las fuerzas Santafecinas, al paso que lo que Lopez buscaba era ganar tiempo y demorar un poco las atrevidas operaciones que eran habituales en el caracter y procederes de Dorrego. El dia 7, prefijado por este como último plazo, volvió Argerich con una nota de Lopez que decia—«Despues de « muy maduras reflexiones estoy penetrado de la imposibi- « lidad de concluir una paz sólida y estable entre dos « gefes que se hallan á la cabeza de una fuerza armada, y « que necesitan de la ratificacion de autoridades superio- « res para cualquiera de las claúsulas en que puedan « convenir » y concluia por proponer, que por el momento, se redugesen á celebrar un armisticio; y á retirarse ambas fuerzas de las fronteras respectivas, nombrando dos comisionados que tratarian con calma y esmero del arreglo de una paz definitiva. Dorrego aceptó la propuesta con las siguientes modificaciones—1ª Que la linea divisoria entre ambos egércitos fuese la del Arroyo-del-medio: 2ª Que el armisticio durase *solamente* tres dias:—3ª Que se nombrase en el acto el comisionado Santafecino, pues por parte de

Dorrego quedaba ya nombrado el general don Martin Rodriguez. El ayudante don Dionisio Quesada (dice Dorrego con fecha 8 de Agosto en el Boletin publicado en la ciudad el 11) ha regresado con la aceptacion lisa y llana de Lopez; y me informa que Alvear queda preso por Lopez, y aún que este habia dado órden de fusilarle. » Arreglado esto, el general Rodriguez, acompañado de don Juan Manuel Rosas, se dirigió al campamento enemigo á tratar con don Cosme Maciel que era el comisionado de Santa-Fé.

Dorrego, que en medio de todo era inocente é imprevisor, habia cometido una grave imprudencia dándole ocasion á Lopez de que pudiera tentar al general Rodriguez insinuándole que la paz era imposible, mientras un genio impetuoso y atrevido como el de Dorrego tuviera bajo su mando los recursos y las armas de Buenos Aires: que no era posible esperar nada de estable, si antes no tomaba las riendas de ese gobierno un hombre sensato, reposado, y gefe de un gran partido entre la burgésia rica é ilustrada de la capital. Ese hombre era por fin el general Rodriguez, gefe notorio de la gente honorable, querido y respetado por todas las poblaciones de la campaña. Rosas jugó un papel activísimo en esta intriga.

Entretanto, Lopez citaba y reunia en su campamento todas las fuerzas de su provincia aprovechando el tiempo para reforzarse. Cuando Dorrego se apercibió de estos manejos el dia 10 á la tarde por informes reservados que le trasmitió el Sargento mayor Argerich, le ordenó inmediatamente al general Rodriguez que al dia siguiente exigiese las últimas proposiciones de Lopez, y que si no se las daba denunciase el armisticio y se retirase inmediatamente del campo enemi-

go. En ese dia, para ganar tiempo, D. Cosme Maciel presentó las siguientes proposiciones: 1.ª Restablecimiento de los artículos públicos y secretos del tratado del Pilar:—2.ª Restitucion de la División Chilena tomada en San Nicolás:—3.ª Avaluo y pago de los perjuicios sufridos por Santafé desde el principio de la guerra civil en 1816: «y á todo esto « (decia Dorrego en la comunicacion que dirijia al Gober- « nador Delegado) Lopez agrega dictérios y calúmnias indig- « nas contra individuos beneméritos. Esto es no querer la « paz: esto es querer la continuacion de los estragos de la « guerra. Se han roto por consiguiente las hostilidades... » y adviértase que el timbre que Lopez usa en sus oficios ya « no es *Gobernador de Santafé, sino Confederacion de Sud-* « *Amèrica.*

Sinembargo, el General Rodriguez y D. Juan Manuel Rosas hacian oposicion á la renovacion de las hostilidades, insistiendo en que aquellas proposiciones no debian mirarse como definitivas, y en que Lopez tenia exelentes disposiciones para tratar: que por consiguiente lo mejor era mantener el armisticio y dar cuenta al Cabildo de Buenos Aires para que se apurase la eleccion de la Junta Provincial, y se pudiese negociar sobre bases mas sólidas. Dorrego no encontró acertadas estas indicaciones; y moviendo sus fuerzas en la noche del 11 pasó el Arroyo Pavon, y marchó resueltamente sobre el enemigo. — «Los santafecinos estaban mandados por su « mismo Gobernador Lopez, el que engreido con las victorias « de mas de cuatro años creia suyo el triunfo. Mas despues « de una accion brillante de hora y média, en que por ambas « partes no se ha usado de mas arma que del sable y la lanza, « ha sido completamente derrotado y puesto en dispersion y

« fuga, picándosele en ella por mas de cuatro leguas.... « La bravura de nuestras tropas ha sido mayor aún que la « que desplegaron en San Nicolás. Han dado repetidas « cargas sable en mano rechazando las del enemigo con « notoria ventaja.» Con este motivo decia la Gaceta del « 16 de Agosto» —¿Que mas deseais Ciudadanos? Habeis « escarmentado por dos veces á vuestros invasores; y « abandonándose á denuestos de menosprecio contra la *liga* « *santa* de Lopez, Alvear, y Carrera—«¡Loor al gefe de la « provincia! agregaba.... Prez al que á la frente de los « bravos ha sabido darles ejemplo de valor y lecciones « para atacar á los pretendidos Medos, y para hacerles mor- « der el polvo del campo de batalla. Honor á nuestro jó- « ven Temístocles, á toda su oficialidad etc. etc.»

Esta victoria y los zelos que produjo, hizo que estallase al fin el rompimiento de Dorrego con el General Rodriguez y con Rosas, que venia diseñándose cada dia mas por las operaciones y rivalidades electorales que se debatian ardientemente en la Ciudad. Rodriguez y Rosas habian sido opuestos á la invasion del territorio de Santafé, como hemos dicho, y querian que se tratara de la paz retirándose nuestras fuerzas á este lado del *Arroyo-del-médio*. Dorrego, por el contrario, deseaba sacar todos los resultados de su triunfo y ganar su candidatura anulando definitivamente á Lopez para levantar otro gobernante en Santafé, que apoyado por Buenos Aires, viniese á ser una sólida garantia de paz y de alianza duradera entre los intereses políticos de las dos provincias. Y para esto, Dorrego tenia por Candidato al Comandante D. Juan Obando, oficial muy distinguido que gozaba de grande séquito entre sus comprovincianos. Segun oficiaba Dor-

rego—«La persona del Gobernador Lopez era generalmente « odiada por que lo creian autor de esta guerra que todos, « aún los mas afectos á él, tenian por injusta é ilegal.»

Dócil sinembargo á las exigencias que tenian una base moral,ó que afectaban su patriotismo Dorrego,se prestó á escribirle á Lopez con fecha 14 de Agosto; y lo hizo en estos términos—«El Gobierno de Buenos Aires no quiere continuar la guerra: anhela celebrar una paz bajo bases que consoliden la tranquilidad de ambas provincias. Lo invito pues reiteradamente á V. S. para ello, ya sea celebrando tratados, ó un armisticio de tres á cuatro meses para que los Diputados respectivos establezcan nuestra armonia, nuestra amistad y nuestra defensa.» A este oficio público, Dorrego habia adjuntado uno *Reservado* en que decia que para obtener la terminacion de los estragos de la guerra era necesario que Lopez se penetrase—«de que era indispensable mandar que « Carrera saliese del pais y quedase inhabilitado de obtener « empleo ó mando ninguno en las dos provincias. Ese hombre « es la manzana de la discordia. Y esta es una base que exijo « á V. S. como condicion indispensable para llegar al ave- « nimiento deseado.» Al otro dia (15 de Agosto) contestó Lopez con una anbigüedad de términos estraña que tenian sinembargo un sentido eminentemente pacífico en el fondo: —«Los deseos por una firme transaccion que manifiesta V. S. « en su comunicacion de ayer, *son los mismos* de que mu- « cho tiempo há, estoy penetrado y *decidido* á realizarla. « Ojalá que V. S. lo estuviera del mismo modo! y todo seria « concluido felizmente. Repase V. S. con su fuerza el « Arroyo-del-médio. Nombre una Comision bastante auto- « rizada, y *concluiremos una obra* que tanto nos interesa.»

Dorrego tomaba esta respuesta de Lopez como una inícua negativa á la negociacion de la paz. Y al dar cuenta de ella al Gobernador Delegado y al Pueblo de Buenos Aires, decia—«El Gobernador de Santafé se ha negadò á todo, por « que está completamente decidido á hacer la guerra á nues- « tra provincia por influjos de D. José Miguel Carrera *de* « *quien depende*. Por esto fué que sin acabar de leer mis « comunicaciones, las hizo á un lado y *mandó llamar á* « *Carrera* para que las contestase.»

El General Rodriguez y Rosas no pensaban del mismo modo. Ellos creian que Lopez estaba decidido á echar á Carrera de Santafé, desde que estuviera seguro de aliarse con Buenos Aires para contener á Ramirez; y decian que solo era una suposicion gratuita de Dorrego ese avanzado aserto de que tal respuesta habia sido escrita por Carrera mismo: Su propio tenor mostraba la favorable conformidad de Lopez para la paz, segun ellos; y en efecto, esa frase misma de Dorrego en que aseguraba que Carrera era quien habia escrito la respuesta tiene hoy mismo todas las apariencias de un cebo adelantado á las prevenciones populares que reinaban en la ciudad, para justificar su propósito de continuar la invasion de Santafé. Así pues, en disentimiento abierto con Dorrego, el General Rodriguez se retiró en esos dias á la Capital dejando tras de sí rumores que anarquizaron los ánimos. D. Juan Manuel Rosas continuó en el ejército por algun tiempo; pero al ver que Dorrego se internaba en el pais en busca de Lopez, que la caballada se destruia por momentos, y que la desercion era ya muy notoria y continuada, se separó tambien, y tras de él, quizas animadas por él mismo, se desertaron casi todas las milicias del Sur de Buenos Aires.

En efecto, Dorrego habia cometido una imprudencia. Contando con hacer marchas rápidas habia concebido la esperanza de perseguir á Lopez sin dejarle descansar. Para ello habia hecho regresar á San Nicolás toda la infantería, no solo por que en aquel territorio yermo consideraba imposible mantenerla y moverla, sino tambien para economizar bagages. No le valió empero esta precaucion, pues obligado á cruzar campos de pastos dañinos, se le murieron los caballos y se vió en muy pocos dias escasísimo de médios de movilidad. Lopez habia retirado al norte todas sus caballadas, y cuando vió á Dorrego embarazado, salió bordeando la Pampa, abandonó la provincia de Santafé y atacó el pueblo del Pergamino simulando una nueva invasion en Buenos Aires. Dorrego se vió obligado á retroceder precipitadamente: su fuerza era ya diminuta: y atacada por Lopez el 2 de Setiembre en las Chácaras del *Gamonal* fué dispersada; y hubiera sido concluida, si el vencedor hubiera querido internarse en la provincia de Buenos Aires y perseguirla sin descanso. Pero resuelto á manifestar benevolencia para hacer mas asequible la paz que deseaba alcanzar, no solo se detuvo sino que inmediatamente regresó al interior de su provincia, licenció sus milicias, y le dió órdenes estrictas á Carrera de que se internase al Rincon de Gorondona, en donde el proscrito chileno quedó confinado, y bajo la vijilancia del Caudillo de la Provincia, con ciento ochenta hombres que habia vuelto á reunir.

Bien puede verse ahora cuan vulgar y subalterno fué el papel que desempeñó en estos sucesos el proscrito Chileno D. José Miguel Carrera. Pero el Sr. Vicuña-Mackenna, persiguiendo con entusiasmo pátrio la magnífica ilusion de bala-

cearlas hazañas de San Martin y de los Argentinos en Chile, con las hazañas de los chilenos en la República Argentina, ha tomado por tipo de esa contraposicion á Carrera y la *Legion Chilena* que hemos visto sucumbir en San Nicolás bajo el brazo de Dorrego. Lanzado el escritor novelezco en este campo de su fosfórica fantasia, todo lo modifica con un singular desembarazo; y si no fuera proverbial la ligereza de las alas con que sabe atravesar las cosas de la historia, tendriamos derecho á enrostrarle faltas de honradez literaria que en él no son tal vez sino meras tentaciones de justificar el colorido falso que desde el principio habia resuelto dar á su obra.

Con el prurito de amenguar las figuras dominantes de los Gefes Federales Ramirez y Lopez, para reducirlos á *simples tenientes é instrumentos de Carrera* (textual) el escritor chileno no se detiene en adulterar los mismos documentos oficiales que cópia. Ya se vé! su objeto es lisongear el amor própio de su pais lastimado acerbamente por el papel predominante de los Argentinos en la Guerra de la Independencia; y desde luego ¿quien es el que sabe en Chile la História Argentina de 1820 para descubrir esas mistificaciones de un escritor, que mas bien que una historia, ha querido hacer en prosa un poéma épico, ó mejor dicho—un panegírico imaginativo? Por ejemplo, al hablar el Sr. Vicuña-Mackenna de la accion de la *Cañada de la Cruz*, cuya gloria, aunque triste como todas las que se ganan en contiendas civiles, pertenece por entero á los santafecinos, dice con toda soltura:—«Carrera le ordenó á Benavente (chileno) que « hiciera mudar caballos de refresco, y simultáneamente « *le dió* á Lopez, (que *mandaba la derecha*) la señal de « avanzar con sus Dragones. etc. etc.»

Esta ocurrencia de poner á Lopez bajo las ordenes de Carrera no podia ocurrírsele á otro que al Sr. Vicuña-Mackenna. Es preciso ignorar las cosas de aquel tiempo, y no haber tenido nocion séria ninguna sobre los hombres que actuaban en los sucesos, para no saber que Lopez era un hombre evidentemente superior á Carrera en capacidad estratégica y en sagacidad diplomática: que tenia un agudísimo sentido comun y un sentido moral no solo mas elevado, sino infinitamente mas sensato y reposado, como lo vamos á ver despues.

En su empeño de hacer á Carrera General en Gefe de los Ejércitos Federales y Dictador Supremo de la República Argentina, desde el Lujan á los Andes, desde los Andes á Bolivia, el escritor falsifica el texto de los documentos mismos oficiales que inserta como justificativos. Así, al trascribir las instrucciones que el Cabildo de Buenos Aires daba á sus Comisionados despues de la accion de la *Cañada de la Cruz*, introduce á sabiendas un paréntesis de su invencion para sacar avantes sus falsedades. Las instrucciones dicen: *Se apersonarán al Sr. General, y manifestándole el diploma de su comision, pedirán* etc. etc,. El Sr. Vicuña-Mackenna no quiere que ese General en Gefe sea Lopez. Es preciso que esa gran figura sea Carrera; y entonces, recompone á sus anchas la história y trascribe así—Se apersonarán al Sr. General en Gefe CARRERA y manifestándole el diploma *le pedirán* etc. etc. [1] ¡Qué nimiedad! Ella basta y sobra para juzgar al escritor que tal hace.

Pero no es esto solo. Lo que sigue es admirable. Solo

1. Véase la pág. 277 *Ostrac de los Carrera* y compárese con el texto inserto en la Gaceta oficial de Buenos Aires del 19 de Julio de 1820.

la fantasía del escritor chileno, que parece dotada de un lente solar de primera fuerza, por desgracia de su juicio y de su injenuidad, era capaz de llenar el vacío de su libro con estas fantasmas de su propia invencion. Hoy que nuestros lectores han visto pasar todas las figuras de aquel tiempo por delante de sus ojos, pueden juzgar de este trozo estraordinario—« El resultado político de la batalla de la *Cañada de* « *la Cruz* fué colocar á Carrera en una altura á que acaso « ninguno de los hijos de la Confederacion Argentina, y aún « el mismo San Martin, habia subido hasta entonces. Era « en esos momentos el ARBITRO SUPREMO de aquella Nacion, « y *podia dictarle la Ley como Soberano*. La Capital Argen- « tina estaba en sus manos. Lopez y Ramirez, sus aliados, « le aseguraban toda la línea del Paraná y del Uruguay. « Mendizabal y Morillo, que acababan de partir de su campo « con auxilios le guardaban bajo su influjo las provincias los « Andes. [1] Encontrábase rodeado de un Egército valiente

1. Este aserto es completamente falso. Mendizabal no tuvo jamás la menor inteligencia ni comunidad de intereses con Carrera. Por el contrario, cuando sublevó el Regimiento nº 1º. ó *Cazadores de los Andes* fué levantando la bandera del *Centralismo Directorial* y de la obediencia al gobierno nacional constituido en Buenos Aires. Véase el vol. pag. de esta *Revista del Rio de la Plata*.

En cuanto á Morillo, es verdad que fué al litoral á pedir auxilios á Lopez y Ramirez, no á Carrera, que no podia darselos ni resolver cosa alguna sobre el *particular*. Pero es inexacto que le hubieran dado auxilios de ningun género, por que Ramirez estaba yá apurado por Artigas. Lopez lo estaba por Soler, y por Dorrego. Y aún es preciso tener presente que cuando Morillo vino al litoral con esa Solicitud, fué despues que preso Mendizabal por Corro y derrotado este por Cajaraville, el núm. 1º iba yá disuelto y en dispersion acia Catamarca y sin distino fijo. Falsificar una situacion y confundir de mala fé momentos distintos, es tanta falsedad como falsificar hechos.

« y aguerrido al que la victoria consagraba su lealtad (?). « Solo le faltaba insinuarse con una palabra al Gobernador « de Córdoba Coronel Bustos, que aún tenia algunas tropas, « y el *General* Carrera, el mismo Presidario de Buenos Aires « y Mendigo de Montevideo, era el Dictador Supremo de « la República Argentina. » Pero Carrera no queria mandar á los Argentinos, segun este grave historiador: le bastaba ser el Árbitro de los partidos para llevar adelante sus propósitos gigantezcos.—« Su objeto era solo asumir en la República Argentina el mismo rol que jugaba en Chile su grande y terrible adversario el General San Martin; y su aspiracion era encontrar un nombre ilustre y popular *para darle* un puesto análogo al que ocupaba el Director O'Higgins al otro lado de los Andes: » Sarratea no valia nada: Ramírez habria sido el hombre predestinado á ser elevado por Carrera, pero estaba distante y ocupado en su lucha con Artigas: « Lopez era un *gaucho rudo y sin* « *ascendiente de ningun género.* Solo le quedaba un hom- « bre que pudiera *secundar* sus miras y atraer un tanto los « espíritus á la causa que él servia.—ESTE HOMBRE ERA « FATALMENTE (dice) DON CARLOS MARIA ALVEAR. » Y Apesar de que lo mas exacto seria decir que la fatalidad funesta de Alvear, desde 1815, fué su connivencia con Carrera, por zelos contra San Martin, nuestro historiador antojadizo lo entiende de otro modo, y para ensalzar á su protagonista imaginário sacrifica cruelmeate las dotes y las aptitudes del general Alvear. « Así paga el Diablo á quien bien le sirve » dice el sensato proverbio de los Españoles.

Entretanto, nosotros hemos narrado á la luz estricta de los documentos oficiales y de los testimonios unánimes de

todos los contemporáneos, el papel que desempeñó don José Miguel Carrera en la famosa GUERRA LITORAL de los Argentinos, que tantas analogías tiene, por el colorido y por el movimiento, con la famosa *Guerra del Peloponeso* entre los Griegos. Se ha visto que si se desprende al aventurero chileno del apoyo que le dieron los dos caudillos de Entre-Rios y de Santa-Fé, y se le separa del partido militar de Alvear, es bien notorio que su influjo y que su poder fueron totalmente nulos entre nosotros: que jamás fué otra cosa, por sí mismo, que un proscrito lanzado por la desgracia, y por el despecho, al servicio de intereses agenos, y sin escrúpulos delante del crímen y de la violencia. Solo en un momento de su amarga vida pudo vizlumbrar un rayo fugaz de esperanza para sus voraces ambiciones; y ese momento fué el dia en que Sarratea celebraba los *Tratados del Pilar* y le ofrecia *concederle* soldados, pertrechos y dinero, para que fuese á formar en Cuyo una division con que invadir á Chile. Pero hemos visto tambien cuan fugaces fueron esas horas: y que no bien descubrió el pueblo esa *generosidad oficiosa y confidencial*, que era en verdad un enorme atentado, se sublevó indignadísimo é hizo imposible su egecucion. Librado á sí mismo entonces, fué espulsado por las fuerzas urbanas de la Capital, con el general Alvear á quien hizo tan odioso con su malhadada cooperacion, que, aún venciendo á sus contrarios en la *Cañada de la Cruz*, bastó la presencia aborrecida de Carrera para que se levantasen las olas embravecidas del mar popular, y pudiese Dorrego arrojarlo, perdido yá para siempre y separado de sus protectores, á la vida del desierto, de los salteos y del asesinato en alianza con los salvages, que terminó miserablemente en el patíbulo.

Véamos ahora las graves consecuencias que tuvo en la Ciudad el descalabro que Dorrego acababa de sufrir en las chácaras del Gamonal.

La vida revolucionaria ofrece con frecuencia fenómenos estraños, que son tanto mas difíciles de esplicar con claridad, cuanto que se forman casi siempre de accidentes oscuros y pequeñísimos que van agrupándose insensiblemente en la opinion y en el génio de cada partido, para producir de bulto el hecho mismo que nos sorprende. La personalidad política del Coronel Dorrego en la escena de nuestra Revolucion, es uno de estos fenómenos: y estamos ciertos que por mas que se le estúdie, y que cuanto mas elevado sea el criterio moral con que se analice la vida de este hombre ilustre, será siempre asombroso que habiendo sido un patriota ejemplar y lleno de abnegacion, desde los primeros momentos de nuestra emancipacion: que habiendo sido un militar de una bravura admirable, humano y entendido en las cosas de su carrera como pocos: que habiendo sido orador liberal, escritor de talentos no comunes, hombre de génio alegre y sociable, de índole simpática y generosa, haya sido tambien tenazmente perseguido é injustamente odiado por el partido oligárquico de la Comuna porteña que lleva el nombre de partido unitario. [1]

1 Dorrego era de un natural tan benigno y tan generoso, que entre muchos hechos que lo probarian, vamos á referir uno muy conocido y admirable en su género: El Dr. Tagle, además de enemigo político, y de grande actor en la política de Pueyrredon habia ofendido personalmente á Dorrego de una manera grave, que era difícil de perdonar. Cuando cayó Sarratea y subió Ramos Mejia, Tagle se vino de la Colonia, donde se moria de aburrimiento y se ocultó en su casa, contando con que las cosas volvian al órden directorial. Pero derrepente, Soler der-

Apesar de sus dotes admirables, pero quizas por la misma vivacidad escesiva de su espíritu, Dorrego era aborrecido en 1820, como decimos, por aquellos mismos á quienes servia y salvaba en el momento mas azaroso de su naufragio político; pero ellos, no solo no le perdonaban esos servicios, sino que los recibian resueltos á deshacerse de él, así que la ocasion se les presentase; y no solo para separarlo del poder sino con la idea de confinarlo en alguna provincia remota como hombre sumamente peligroso. Y sinembargo, Dorrego y Belgrano han sido quizás, en nuestra história revolucionaria, los únicos oficiales generales que no hayan figurado jamás en motines ó pronunciamientos, sin esceptuar al mismo General San Martin, que tocó, una vez al menos,

roca á Ramos Mejia, y al salir á campaña le deja á Dorrego la órden de remitirle al Lujan á todos los funcionarios del Directorio que pudiere cojer, como hemos visto. Tagle aterrado corrió á ocultarse en casa de D. Miguel Marin, hoy calle de Bolivar entre Moreno y Belgrano; y ahí que tenia razon: su cabeza estaba puesta á precio de tres mil pesos. El pavor de Tagle era tremendo, queria á todo trance que Marin lo embarcase: estaba fuera de sí, febril, loco. Marin que no tenia como embarcarlo, estando la ciudad en asamblea y toda en armas, tuvo la ocurrencia de irse derecho á Dorrego que era Comandante General de Armas y que despachaba en la Plaza bajo los altos del Cabildo—«Manuel, le dijo: como has de estar mas pobre que Aman, vengo á traerte una ocasion de que te ganes tres mil pesos—Mira que te hago fusilar si me engañas—Pues yá verás: tengo oculto en mi casa á Tagle, y te lo quiero entregar—Ah hijo de.... cuando no habias de venir á petardearme... Bueno! está hecho. Esta noche á las 8 lo voy á buscar á la puerta de tu casa. Y en efecto, á la misma hora, Dorrego á caballo y seguido de dos ordenanzas, tocaba á la puerta de Marin. Cuando este le abrió, Dorrego le alcanzó un capote y un gorro de militar: pocos minutos despues, salia Tagle disfrazado, montaba en el caballo de una de las ordenanzas; y Dorrego Comandante General de Armas atravesaba la plaza con él, lo llevaba al murallon del Fuerte y lo ponia en una lancha que dió la vela para la Colonia ¡Que leccion para los partidos de un pais convulsionado!

las aguas impuras del desorden el 8 de Octubre de 1812. Pero Dorrego habia nacido panfletista polemista y guerrero á la vez, de primera fuerza, como Armand Carrel ó Pablo Luis Courrier; y fuese que hablara ó que escribiera, habia en su naturaleza algo de parecido al esquife, que lanzado por el viento corta el mar, pero levanta tambien, delante de su camino, las olas espumosas de las resistencias.

En el momento del peligro todas las facciones de la ciudad,y la burgesia unitaria la primera de ellas,callaron y aceptaron la intervencion superior y salvadora de Dorrego. La direccion de la defensa se puso en sus manos; y bajo sus órdenes se organizaron y se pusieron en accion, con un vigor nuevo,todos los elementos con que el heroe del dia contuvo y humilló el empuje arrogante de los vencedores de la *Cañada de la Cruz*. Pero no bien empezó á ser menos necesaria su persona,en razon de lo rápido y sorprendente de su propio triunfo: no bien empezaron á disminuir los riesgos y las responsabilidades terribles de ese primer puesto, (que el mismo general Rodriguez habia declinado poco antes, negándose al llamado de sus amigos), cuando empezó tambien á declinar la importancia de Dorrego á los ojos de los antiguos directoriales trasformados en el partido nuevo unitario. El escritor independiente que habia batido en brecha el sistema oligarquico de Pueyrredon, que habia levantado el grito de la prensa contra la aristocracia de los círculos escluyentes y favoritistas, que habia procurado desmontar la política de antecámara,y descentralizar el despotismo administrativo,con aquella libertad de espíritu y de palabra que campea por sus propios respetos, volvió á ser aquel insolente é incorrejible díscolo que le habia faltado al respeto al general Belgrano,

que critícaba con sarcasmo y con desembarazo tadas las debilidades de los prohombres, que descubria sin escrúpulos todas las malversaciones del compadrazgo político; y empezó á prevalecer la opinion de que si algo acababa de hacer de bueno, era por que todo se le habia facilitado, y por que habia tenido la habilidad, algo truanezca, de apoderarse de la gerencia de la causa porteña en los momentos mas favorables para lucirse y para triunfar á poca costa. El *jóven* Temistocles del dia anterior, el benemérito gefe que habia salvado á la Capital de caer a los piés de la horda de Carrera, ó de ser martirizada por la soldadezca sin freno de Pagola, se convertia poco á poco, al juicio de la burgesia política de la Comuna, en un calavera de café, atrevido y despierto pero sin respetabilidad, y muy poco sério, para que un Partido honorable, rico y pelucon, que venia consagrado por todas las glorias de la Revolucion Argentina, hubiese de abandonarle el destino del pais y permitirle que actuase á su altura.

Entretanto las dos entidades que el partido oligárquico oponia á Dorrego en 1820, eran el general don Martin Rodriguez, y su cooperador mas intimo en aquellos dias el Comandante de la campaña del Sur don Juan Manuel de Rosas. El primero era uno de los patriotas mas estimables de la primera decada, y habia figurado no solo como uno de los mas fervorosos promotores de la Revolucion de 1810, sino tambien como uno de sus soldados mas constantes en los triunfos y en los grandes descalabros de la primera época. Era un hombre llano y entusiasta: que si no habia sobresalido por las inspiraciones brillantes del talento militar, ni por las altas aptitudes políticas, se habia grangeado, por lo menos, la estimacion general de sus contemporáneos, por la franqueza

genial de su trato, por la modestia de su vida, y por un carácter, que, aunque cordial y bondadoso, no carecia de aquella firmeza en los propósitos y de aquella persistencia en los intereses políticos, que son las dotes elementales de un gefe de partido; y que valen mas ó menos de acuerdo con el talento y con la laboriosidad del que asume ese puesto. Por lo que es su propio genio, el general Rodriguez pasaba por un hombre mediocre. Pero por su buen sentido, por su acierto y por la elevacion moral con que sabia escoger sus amigos y sus consejeros, para poner en buenas manos la direccion de los negocios, y por la modestia entendida con que sabia limitarse al rol de un gobernante dirijido y llevado por la opinion pública y oficial su ilustre partido, será siempre un hombre de inolvidable recuerdo en nuestra historia política, y su administracion merecerá ser el modelo de cuantos aspiren á gobernar bien en una República constitucional, en la qué, por mas que digan los hombres de la maldita escuela personal, el egecutivo voluntarioso é *independiente* de todo control puesto en la opinion dominante, es el germen perniciosísimo de todos los abusos é inmoralidades que corrompen la administracion.

Hoy dia no hay quien no pretenda conocer y pintar la trágica é imponente figura de don Juan Manuel de Rosas, el famoso y abominable Tirano de Buenos Aires. Pero son muy pocos los que podrian decir lo que era ese mismo hombre al entrar por primera vez en los movimientos convulsivos de nuestra Revolucion social. En 1820 don Juan Manuel de Rosas era un moceton de 28 años, fornido como una atleta, y hermoso apesar de la mirada oblícua y taimada que hacia adusta y difícil la espresion natural de su fisonomía san-

guínea, fresca y llena de salud. Al verlo todo vestido de color pasa-oscuro, con el sombrero de anchas alas y bajo de copa, con el pantalon flotante, la bota fuerte y tosca, con la levita holgada y larga hasta mas abajo de las pantorrillas, cualquiera le habria tomado, á primera vista, por un labriego ricacho y empecinado de Santander ó de la Mancha. Pero con un momento de mayor observacion, habria descubierto el tipo perfeccionado del gaucho rico arjentino, en la flexible facilitad del andar, en la livianeza del paso, en la curvatura astuta de la espalda y de la cabeza, en la malicia y en la prudente reserva del trato, y en el refinado disimulo de sus ideas y de sus aspiraciones para lisongear las de aquellos á quienes queria hacer instrumento de sus fines y de sus intereses. Este jóven destinado á ser el prototipo de la perversidad política, y á poner sobre el nombre ilustre de sus padres cuanto tiene de abominable la vida pública y privada de los peores tiranos, afectaba entonces aquel aire candoroso y solícito, cauto y humilde, que toman los campesinos en su trato con los hombres de alta posicion social en las grandes ciudades. Y no era porque careciese de distincion personal, pues que era nieto del Conde de Poblaciones: y bastante orgullo que fundaba en ello: no era por que careciese de fortuna, pues era un grande propietario territorial, ganadero opulento, labrador intelijente y progresista como ninguno, que ponia un esmero y una voluntad de hierro en fecundar todas las fuentes de nuestra produccion rural, aclimatando arboledas en las pampas, poblando el desierto, sembrando cereales en grande escala, arando potreros y fomentando ante todo la cria *sedentaria* é industrial de los

ganados. Pero á pesar de todo eso, y del profundo orgullo que le inspiraban estos méritos, cuyo valor conocia á fondo, don Juan Manuel de Rosas, quizás por la doblez sarcástica de su espíritu ó por la cautela natural de su malicia profunda, exageraba en su trato las apariencias mas triviales del respeto y del comedimiento con que se acercaba á los hombres de posicion social, en cuyo círculo se habia afiliado.

Cuando venia de los campos del Sur, donde pasaba su vida, empleaba una asiduidad rara en visitar la mejor sociedad. Si conversaba mano á mano con alguno de los hombres distinguidos, era abundante, incisivo, informativo, y no agotaba jamás la interesante materia de la riqueza rural y de la manera de desarrollarla, que era entonces, como ahora, el gran tópico de esta ciudad alimentada y enriquecida por los campos que la rodean. Pero si por acaso encontraba círculo (y él los fomentaba con preferencia) tomaba un asiento retirado poniéndose como de propia voluntad en segundo órden, con su sombrero campechano entre las rodillas, con ademan modesto y agradecido, con semblante lisonjero: usaba de palabras entrecortadas y tímidas, y se mostraba solícito siempre, y siempre comedido para servir la curiosidad y los intereses de los que se dignaban ocuparle su tiempo, pedirle algun dato, algun servicio, alguna cooperacion. Por laboriosa que fuese la tarea, él jamás tenia embarazo alguno para servirlos. [1]

Con esto dificilmente podria darse en pais alguno, un campesino industrial que gozase de mayor aprecio y estima entre los amigos de la prosperidad pública, que el que gozaba don Juan Manuel de Rosas entre los *economismas* y

propagadores de la estadística del partido unitario en 1820.

Verdad es que se referian, allá como leyendas curiosas, mil anecdotas sobre los hábitos estraños y grotezcos á que era inclinado este hermoso y amable moceton. Deciase que allá en las estancias era rijido y cruel: que abusaba de sus fuerzas y de su destreza admirable en el manejo de los potros y de los ganados bravios, para estropear á los demás: que apadrinaba criminales, con tal que no fueran ladrones, sino *solamente asesinos* y *feroces*; que era grosero y bárbaro en sus bromas, las cuales siempre tendian á martirizar con torpeza á la víctima ó á hollar la dignidad humana. Pero esas eran cosas allá del desierto, hábitos ó inclinaciones poco delicadas, si se quiere, pero disculpables entre campesinos, cuyas alegrías no son de un tipo pálido ni de un carácter afeminado como las de las gentes de la ciudad; y sobretodo, eso era lo que hacia del jóven Rosas el mas festivo, el mas intelijente, el mas franco, el mas util y el mas influyente de *nuestros paisanos* de la campaña, al mismo tiempo que era el alumno mimado y protejido de la burgesia *ilustrada* y *decente* de la ciudad.

Si se estudian los antecedentes que habian hecho

1. Yo lo hé conocido asi en mi niñez. En esa época de su vida Rosas tenia una relacion íntima con mi padre y aún algunos intereses rurales en compañia; y muchas veces, sentado yo sobre sus rodillas, le he oido encantado promezas de preciosos petizos y de paseos campestres que nunca se realizaron. Al recordarlo, me asombro todavia del grado supremo de hipocresia que ha debido emplear entonces, para lograr que tantos hombres distinguidos y prominentes, como los que le tributaban su estima, no hubieran podido descubrir esa naturaleza de hiena con que el Diablo habia sellado su alma, y de la que mil síntomas claros hubieran podido verificarse con solo examinar el modo fundamentalmente diverso con que vivia en los campos y con que se conducia en la capital.

notoria en 1820 la influencia de Rosas en la campaña, y su afiliacion en el partido unitario de 1820, dificilmente se hallará otro hombre que haya tenido un punto de partida mas justificado y lejítimo que él, para ser aceptado en un partido cuyo tipo económico y político era sustancialmente *fisiocrático* ó fomentador de la riqueza rural.

Rosas, por accidentes que no es del caso narrar, se habia criado desde la niñez en contacto con el desierto y con los hábitos bárbaros de la vida semi-salvaje que llevaban las hordas semi-cristianas que lo poblaban con el nombre de *gauchos*. Cuando la Revolucion de 1810 abrió las puertas de nuestra Rada al comercio europeo, se emprendió en grande escala la matanza de los ganados alzados, que vagaban por nuestros campos, para surtir los buques de ultramar que venian á pedirnos retornos por las mercaderias de que ellos nos surtian. Rosas, aunque ignorado de todos, contrajo sus tareas á esas grandes volteadas ó correrias en el desierto, apandillando numerosas compañias de gauchos; y como era *noble*, fornido, diestro como nadie, intelijente y y malicioso, tomó en poco tiempo la posicion de un príncipe vagabundo, seguido de subalternos, que castigaba sus agravios á su modo y á su gusto: á quien todos temian por lo malo, y á quien todos querian por lo protector y por lo generoso en las recompensas.

El año de 1814 comenzaron á escacear ya los rodeos alzados que habian servido de fuente á las faenas de corambres en el Sur; y Rosas fué de los primeros, que, adquiriendo los mejores terrenos, emprendió la cria sedentaria de los ganados sugetos á gobierno industrial, que de 1815 á 1820 hizo admirables y estupendos progresos. Sus estancias po-

bladas de árboles, subdivididas en chacaras, sugetas á una administracion inteligente y á una disciplina rigorosa, sus grandes ensayos de sementeras, su prolijo conocimiento de los lugares, su asombrosa actividad, su estenso crédito entre los campesinos, su acertada y firme economia, y sobretodo la generosidad con que se prestaba á fundar para sus amigos establecimientos rurales análogos á los suyos, á cuidarlos y organizarlos hasta que los ganados se aquerenciaban y quedaba corriente su administracion, lo habian hecho el personage mas útil y estimado entre los modestos trabajadores de la campaña. Asi es que en 1819, cuando el general Rodriguez tomó el mando de la campaña del Sur como Comandante General de sus milicias, no pudo menos que ponerse en contacto con Rosas, formándose entre ambos, al muy poco tiempo, una íntima amistad que tenia por base la comunidad de los intereses políticos. Rodriguez necesitaba del jóven ganadero como elemento electoral y como resorte para mover militarmente las masas del Sud: Rosas necesitaba del Comandante General para elevar su gerarquía disponer de los influjos del poder oficial á su antogo y para sus miras particulares. Este era el vínculo recíproco con que entraron unidos ambos en los trastornos del año XX.

Derrotado en Cepeda el Director Rodeau, Rodriguez y Rosas no tuvieron tiempo de presentarse á contener á los vencedores, y la ciudad, como se ha visto, cayó en manos de D. Manuel Sarratea. Pero en las distintas complicaciones que se subsiguieron, el General Rodriguez concentró de mas en mas los votos y el favor del partido oligarquico de la Comuna. Con mas arrojo hubiera tomado la gerencia de esos intereses contra Soler; y los sucesos habia venido de tal modo, que

en vez de tomar las responsabilidades de la direccion suprema, despues de la *Cañada de la Cruz*, habia creido que le convenia mas declinar esos compromisos y dejarselos á Dorrego. Este habia sido tan feliz y tan rápido en sus operaciones, para librar la provincia de los montoneros, y habia alcanzado á tal prestigio entre los Cívicos y la muchedumbre de la ciudad, que no era prudente ni fácil quitarle el poder que antes le habian abandonado. Sinembargo, la oligarquia unitária, que era dueña del mecanismo electoral, y que comenzaba á simular grandes alarmas por el mal uso del poder y por las desgracias á que se esponia el pais bajo el mando de Dorrego, entraba de dia en dia en mayor voluntad de aprovechar para sí misma la ventajosa posicion que las cosas tomaban con la victoria definitiva que acababa de obtenerse contra los santafecinos; y segura de que la provincia estaba libre ya de nuevos ataques por parte de estos, veia con toda evidencia que era fácil organizar un gobierno autonómico, prestigioso y regular en la capital del antiguo virreinato que continuaba siendo la parte sustancial del poder y del boato administrativo. Para lograrlo, convenia ante todo hacer la paz con el gobernador Lopez, y fundar una época de concordia y de relaciones amigables con las demas provincias, absteniéndose con cuidado de interesarse directa ó indirectamente en sus disidencias internas, en sus partidos, en sus escándalos, ó en su miseria. Ellas habian querido la disolucion del régimen nacional, habian querido la segregacion y el aislamiento? pues que lo gozaran á sus anchas y con todas sus consecuencias. Para conseguir esta situacion definitiva, cuya base indispensable era la paz con Santafé, no habia otro obstáculo que Dorrego. Mientras este siguiera triunfando con probabilidades de vencer y de derro-

car á Lopez, no era posible destituirlo, por que contaba con el apoyo de la fuerza armada que mandaba, y con la popularidad que su genio, su bravura y su fortuna, le daban entre la plebe que constituia la parte militante de los Tercios Cívicos. Asi es que mientras duró la duda, la oligarquia unitaria contemporizó, devorando en silencio su deseo y sus miras de apoderarse del poder para elevar hombres genuinamente suyos. Pero cuando Dorrego, derrotado en el Gamonal por Lopez, perdió parte del ejército que mandaba, y cayó en el descrédito que impone toda derrota, esa oligarquia se alzó poderosa, se organizó en un momento, declaró cual era su gefe: y descubriendo su ambicion en nombre de la pacificacion y del órden, marchó á sus fines sin embozo.

Mil circunstancias, aún aquellas que podrian mirarse como eventuales, vinieron á servir sus planes. Hemos visto que el 4 de Julio, el dia aquel del terror y del conflicto público, Dorrego habia sido nombrado Gobernador interino por una Junta Electoral votada por el vecindario reunido bajo la presidencia del Cabildo. Las palabras del Bando en que se promulgó esa resolucion son tan importantes, que es indispensable trascribirlas para que podamos esplicarnos el encadenamiento de los sucesos que atravezamos.—«El Coronel « D. Manuel Dorrego ha sido electo Gobernador interino de « esta ciudad, entretanto que con oportunidad, y *en consor-* « *cio de legitimos electores por los partidos de la campaña*, « pueda verificarse la eleccion del competente Gobierno Pro- « vincial: con la calidad de reconocer V. S. la supremasia « del Pueblo en la Junta de Representantes, *á cuya eleccion* « debe V. S. mandar inmediatamente que se proceda segun « estilo y práctica etc., etc.» Aquí se vé pues, que al mis-

mo tiempo que Dorrego salia á campaña persiguiendo con ardor á los montoneros, quedaba pendiente la eleccion general de los Representantes que debian ejercer no solo el poder Lejislativo ordinario, sino tambien nombrar el Gobernador permanente de la Provincia.

Despues de la victoria de San Nicolas alcanzada el 2 de Agosto, Dorrego se creyó asegurado en el poder, por que no era posible preveer siquiera que nádie se atreviese á elegir otro gobernador permanente que él; y para aprovechar de la buena ocasion, como se dice, se dirigió al gobernador Delegado con fecha 7 de Agosto en estos términos: «hallándose « esta provinçia libre ya de la opresion á que la habia redu- « cido la inicua faccion que acaba de ser concluida y ester- « minada por los bravos que me acompañan, y por consi- « guiente en plena libertad para elegir el Gobernador pro- « pietario que habrá de regirla, dispondrá V. S. que en el « *término de 24 horas* de recibida esta comunicacion, se cir- « cule la correspondiente convocatoria, á efecto de que « reunidos los Representantes procedan al espresado nom- « bramiento.» Este paso mostraba en efecto una premura pueril; y la opinion unitaria que veia con pesar cuan favorable y decisiva era la ocasion para que Dorrego se aprovechase de ella, prorrumpió en quejas, en críticas amargas, y tambien en alarmas; por que no estando derrocado Lopez, ni siendo improbable que alcanzase algunas ventajas posteriores, era imprudentísimo hacer imposible la paz, como se haria sin duda, otorgando á Dorrego el gobierno permanente de la Provincia. Pero unos pocos dias despues vino la nueva victoria de Pavon y fué preciso resignarse; salvas las intrigas y manejos, para ver si apesar de todo eso, no seria preferible que el partido de

Rodriguez, apoyado por Rosas en toda la campaña, hiciese un acto de audacia y venciese á Dorrego en el terreno electoral.

Desde luego, era evidente que dadas las condiciones morales de la ciudad y el predominio de Rosas en la campañas, entre los trabajadores de los mataderos y los peones de chacaras de Matanzas y Quilmes, los Representantes por elegir iban á ser todos del partido *liberal*, como se llamaba á sí mismo el partido *directorial reformado*.

El Gobernador sostituto D. Marcos Balcarce, cumpliendo la resolucion de Dorrego, se dirigió con fecha 11 de Agosto al Cabildo para que convocase á los electores de la ciudad; y circuló sus órdenes á los jueces territoriales para que convocasen á los electores de la campaña, tomando por regla el bando del 6 de Abril que sirvió para la eleccion de la Junta que derrocó á Sarratea. [1] Cada ciudadano debia votar por tres individuos en un papel cerrado, firmando en la cubierta, delante de la Comision colectora, y testificando esta la identidad y el derecho del votante. Los que se abstuvieran ó prescindieran de cumplir con este deber, serian castigados con la publicacion de sus nombres *notados de incívismo*. La recoleccion de votos no debia ser simultánea en un solo dia sino *en aquellos dias y horas que los Cabildantes de la mesa considerasen mas oportunos*, á contar del 17 de Agosto en que los Comicios debian abrirse.

La eleccion de esta nueva Junta de Representantes tuvo lugar del 17 al 24 de Agosto, y el resultado fué la reeleccion de los mismos miembros que componian la Junta disuelta ó humillada por Soler, es decir: la que habia destituido á Sar-

1. Véase el vol. X pág. 243 de esta Revista.

ratea, nombrado á Ramos Mexia, ensayado destituir á Soler para nombrar al General Rodriguez, y no solo compuesta de antiguos directoriales, afiliados á la nueva organizacion reformada del partido, sino sostenida por el voto y por la adhesion de toda la burgesia *decente y liberal*.

El resultado estaba tan *previsto que á nadie sorprendió*, á nadie alarmó. Dorrego mismo y los gefes subalternos de su partido habian esperado y cooperado á ello, contando con que esos Representantes, ganados por los sucesos y por los servicios del jóven gobernador interino, no osarian jamás defraudarlo ni dejar de ofrecerle el testimonio de su gratitud. Y en efecto, así hubiera sido: ninguno habria tenido valor ó interés para romper la corriente de las cosas, si no hubiese venido la derrota del Gamonal, acaecida el 2 de Setiembre: cuando la Junta de RR acababa recien de ser nombrada, y no habia tenido tiempo aún ni para instalarse.

La noticia de la derrota del Gamonal causó en Buenos Aires un susto proporcional á la seguridad y confianza que habian inspirado las victorias anteriores de Dorrego. Todo ese trabajo, todos esos sacrificios, todos esos triunfos de nada servian. Todo estaba perdido; y los montoneros, mas indignados ahora, y mas vengativos, iban á entrar de nuevo talando la Provincia. Quedábales sinembargo á nuestros hombres de Estado una esperanza: que era sacrificar á Dorrego, levantar á Rodriguez, y hacer que este no solo propiciase á Lopez sino que, puesto en el gobierno, le sirviese de garantia para celebrar la paz con confianza, y para entrar en pactos mas trascendentales de mútua defensa. Pero esto exijia algun tiempo, y mientras tanto Dorrego hacia esfuerzos desesperados por rehacerse. Con ese fin, pedia sus *leales*

Cívicos del 2º Tercio que habia devuelto á la Ciudad despues de la accion de San Nicolás y de Pavon. Circulaba tambien órdenes y notas, especialmente á la Campaña del Sur, para que le mandaran los Regimientos de D. Hilarion Castro, de Julianes, de Vilela y de Vega. Pero, por muy urgentes é incisivas que fuesen esas órdenes, que él daba desde Areco, á donde se habia replegado, la opinion del partido dominante en la Capital, bajo cuya influencia estaba el honrado y prudente general D. Marcos Balcarce, Rodriguez y Rosás en la campaña, cruzaban todos los esfuerzos de Dorrego, é impedian que marcharan esos refuerzos; demodo que Dorrego se veia coartado. Y sinembargo, así mismo, sin mas base que el batallon de Cazadores que recogió en San Nicolás al retirarse, habia logrado formar otro pié de ejército con el que contenia la invasion, interin le llegaban los refuerzos que pedia para volver á abrir sus operaciones. Pero esa era una ilusion de su parte. La guerra habia concluido. Persistiendo en mantenerla se hacia merecedor de su caida, por que la opinion no estaba con él: las glorias militares son demasiado caras y sangrientas para los pueblos cansados y postrados por una revolucion prolongada. Ya no habia ódio contra los montoneros: estos ya no eran ni bárbaros ni renegados. Que se quedasen en su provincia, que la gobernasen como quisiesen, que se cayese de inanicion y de miseria: todo eso era indiferente, con tal de que Buenos Aires, la Capital del Comercio y de la opulencia fuese la Capital de la paz, de la reforma, de la vida culta, del boato, con toda independencia del resto y con un olvido completo de la unidad nacional. En la atmósfera revolucionaria, como en la atmósfera física, el viento sopla de donde sopla, segun leyes que en su momento propio son inmutables.

Esto basta para que nos espliquemos bajo qué influencias inevitables, y con qué propósitos, se reunia la famosa Lejislatura del mes de Setiembre de 1820 que iba á ser la piedra fundamental de la Organizacion definitiva de la Provincia de Buenos Aires, bajo el rejimen perfecto representativo y republicano en cuanto á los principios: *autonómico y segregado* en cuanto á las circunstancias: unitario y *concentrado* en cuanto á lo administrativo. Sobre esta base debian venir Garcia y Rivadávia, á levantar, como en un invernáculo de flores exóticas, las mas halagadoras teorias de los pensadores liberales de su tiempo, para sostituir en las preocupaciones, siempre nobles y exaltadas, del Pueblo Argentino, las glorias de la Révolucion Militar por las glorias de la Civilizacion, concebidas en la grandiosa escala de la Reforma Social y del Orden Público.

Pero no nos dejemos arrebatar todavia por esa atraccion magnética que tiene la época de aquellos ensueños, que serán realidades sin duda, por que están en la recta de nuestro camino, pero que no lo serán como dones milagrosos del cielo, sino como premio de nuestros esfuerzos y como fruto de nuestro sudor.

El 8 de Setiembre de 1820 se reunian los Representantes electos en la casa dedicada á sus sesiones [1] y declaraban que en consideracion á la urgencia con que las circunstancias demandaban la presencia de la Representacion Provincial, y hallándose presentes casi todos sus Miembros, que eran á la vez *Electores del Ejecutivo* y Poder Legislativo,

1 Estaba en el terreno donde se ha levantado hoy el opulento edificio del Banco de la Provincia. La Junta ocupaba los salones de la derecha; y el Consulado los de la izquierda del patio.

como el Parlamento inglés, la Junta quedaba instalada:— «que en consecuencia se pasase al gobernador interino en « campaña el aviso correspondiente para que prestara el « juramento de regla ante el juez territorial, y despues lo « tomara él al ejército de su mando: que igualmente se « le ordenase al gobernador sustituto que se apersonase el « dia 12 con todas las corporaciones civiles, eclesiásticas y « militares á prestar igual acatamiento.» La Junta en medio de salvas de artilleria y repiques generales quedó constituida el mismo dia con el nombramiento de presidente y secretarios de su propio seno, que lo fueron D. Francisco Antonio Escalada para el primer puesto, para Vice-Presidente el Dr. Passo y para Secretario D. Victorio Garcia de Zúñiga.

Entretanto, el partido criollo, plebeyo ó Cívico, se apercibia de la zancadilla que la oligarquía comunal de los hábiles, que venian continuando la política y el favoritismo administrativo del anterior partido Directorial, le habia dado á Dorrego y al partido de Soler, que meses antes habian procurado acabar con esas tradiciones aborrecidas; y enfurecido por la sorpresa con que le arrebataban el poder y el influjo que habia ganado, procuraba reaccionar y defender la posesion del gobierno en manos de Dorrego ó de otro hombre de los suyos. El general D. Hilarion de la Quintana, Pagola, Salces, Santos Rubio, Salomon, D. Epitacio del Campo, y sus hermanos D. Damaso y D. Estanislao, algunos Cabildantes como Dolz y Zavaleta con muchas otras personas, sobretodo oficiales subalternos y sargentos del 2°. Tercio de Cívicos y de Argentinos (pardos y negros criollos) comenzaron á agitarse de una manera amenazante que hacia prever una grave asonada. Este mismo peligro sirvió de

estímulo á la Junta para apurar sus actos y colocar á Rodriguez al frente de la situacion; para cuyo sosten Rosas reunia yá en el Sur los regimientos de milicias con el fin de tenerlos prontos á obrar, y al mismo tiempo Rosas tambien que habia estrechado relaciones con el gobernador Lopez en las diferentes conferencias que habian tenido antes y despues de las acciones de San Nicolás y de Pavon, enviaba á Santafé el 16 de Setiembre al Comandante D. Angel Castillo (un buen vecino del Sur) con un mensaje para Lopez, pidiéndole que no invadiese inutilmente la provincia, por que haciéndolo le daria álas á Dorrego; que esperase los sucesos, pues el general Rodriguez seria electo Gobernador, y que una vez que lo fuese, la paz seria un resultado indefectible y el principio de una íntima alianza defensiva entre las dos Provincias. Castillo regresó al momento con las mejores protestas del gobernador de Santafé como era de esperar; y el 26 de Setiembre, lanzados ya los espíritus en el camino de la reaccion para levantar nuevamente á los hombres ilustres de la época directorial, quisieron ensayar su poder, y la *Representacion* eligió al Brigadier General Rodriguez Gobernador Interino, como si por el momento no se animase á más, y quisiera esperar el resultado de este ensayo peligroso antes de proceder á dar á su gefe el gobierno permanente de la provincia. Basta en efecto ver las palabras con que la Junta de RR. promulgaba esa eleccion, en el Bando del 26 de Setiembre, para comprender los graves temores que tenia de que este paso atrevido, con que el Partido directorial se restauraba en el poder, provocase una tremenda reaccion: —« Fin á las al-« teraciones y á la anarquia: Reconocimiento á la Autori-« dad Representativa que es la PRIMERA de la provincia:

« y obediencia á sus determinaciones. Los que promo-
« vieren la insurreccion, perturbasen la tranquilidad pú-
« blica ó atentasen contra esta autoridad y las demas que
« se constituyeren: los que de algun modo promovieren
« ó causaren la discordia entre los pueblos, la auxiliaren ó
« le dieren cooperacion directa ó indirecta, serán reputados
« Enemigos de la Provincia y Perturbadores del órden públi-
« co; y serán castigados con todo el rigor de las penas, hasta
« la de *muerte* y expatriacion, conforme al *influjo* que tuvie-
« ren. No hay *clase* ni *persona* que quede exenta del *alcan-*
« *ce* de este decreto.»[1] Tal fué el Bando con que el partido directorial reformado reapareció en 1820; y notaremos que las palabras que hemos sub-rayado estaban calculadamente dirigidas contra Dorrego, para el caso en que intentara resistir á ese golpe de mano con que se le destituia.

Para comprender estos temores que la oligarquia de la Junta sentia al apoderarse otra vez del poder, es preciso tener presente que en derredor de Dorrego se habian agrupado todos los descontentos que desde 1812 estaban en pugna contra el esclusivismo oligárquico de los *Hábiles*, que eran los que desde entonces, hasta la derrota de Cepeda, habian predominado en la Capital estrechando cada vez mas su círculo como era natural. Sarratea y Soler no habian sabido responder á las tendencias provinciales y democráticas de este nuevo partido: el uno por que aliándose con los montoneros y con Carrera habia herido el sentimiento porteño: el otro, por que habia ofendido el pundonor civil del pueblo con

1. Reprod. Agosto 1816.

la arrogancia y con los escesos del despotismo militar. Dorrego por el contrario, acababa de encabezar el movimiento defensivo y espontáneo del pueblo mismo, con fortuna como militar, con pasion como localista, y con ingenuidad como demócrata; demodo, que no solo los descontentos anteriores, sino todas aquellas capas intermédias del pueblo que no eran demasiado *opulentas* ó *hábiles* para tener afinidades oligárquicas, y que no eran tampoco miserables para ser masa inerte, vinieron de suyo, atraidas por el sentimiento local y por el antagonismo democrático, á formar al lado de Dorrego, constituyéndole así un partido activo y fervoroso que debia acompañarlo en los sucesos ulteriores hasta su muerte.

Para este partido era intolerable la maniobra con que los Hábiles del partido directorial reformado, ó *unitario*, acababan de apoderarse del Gobierno de la Provincia. [1] Ellos, por un golpe de mano rápido, y aprovechándose de la primera confusion y sobrecogimiento del pueblo causado por el contraste del Gamonal, habian puesto en movimiento electoral la burgesia, y desenmascarándose derrepente, habian conseguido hacer triunfar la reaccion pura y simple del antiguo régimen. Menos Pueyrredon y Tagle, suprimidos por demasiado usados, y para dar lugar á mas frescas ambiciones, todo era lo mismo: nombres viejos y conocidí-

1. Le llamo yá Unitario, por que como vá á verse mas adelante, el primer paso que dió la Junta al sentirse dueña del poder, y un dia despues de instalada, es decir el 27 de Setiembre, fué pasar una circular á todas las Provincias notificándoles que ahora Buenos Aires era ya fuerte y capaz no solo de iniciar sino de garantir la reunion de un Congreso y la organizacion del PODER GENERAL que emanase de él. Esto queria decir: volvamos al año 16, ó bien—*Aquí la perdimos y aquí la hemos de ganar*, como le decia el Dr. D. José Valentin Gomez al Dr. D. Vicente Lopez en 1826.

simos: igual compañerismo togado: los mismos *arbitristas de la finanza directorial*: la misma soberbia de las posiciones conquistadas: la misma estension y grandiosidad de miras, el mismo tono de la Corte vireinal: y por último, la misma infatuacion del dogmatismo y de los principios absolutos.

Lo singular es (y debemos notarlo) que esta restauracion repentina y afortunada no habria podido tentarse siquiera con éxito, si el nuevo gefe de ese partido reformado no hubiera traido en su apoyo, al apoderarse del poder oficial, á los *Campesinos de la Campaña del Sur* y las peonadas de las chácaras preparados por el Comandante Rosas á obrar en apoyo del General Rodriguez y de la Burgesia *decente* y *liberal* de la Ciudad.

Hasta entonces, la verdadera fuerza de los movimientos convulsivos de la Capital habia estado en manos de los *Cívicos* y principalmente del 2º Tercio. Ellos eran los que habian derrocado á Alvear en 1815, y decidido de todos los resultados del año XX, como lo acabamos de ver. Afiliados ahora al partido de Dorrego, es decir, sostenedores del gobierno establecido, era muy dudoso saber si el elemento nuevo de los Campesinos, que, aliado con la burgesía liberal, formaba la fuerza militar de Rodriguez, seria bastante poderoso para acallar y someter el ferviente enojo de los partidarios de Dorrego, que despechados por la sorpresa con que habian sido destituidos, estaban naturalmente resueltos á echar mano de las armas; y de ahí la inquietud general y las amenazas del Bando que acabamos de trascribir. Se preveia en verdad una lucha terrible y sangrienta, por que el encono y la rabia del partido popular no tenian límites, al mismo tiempo que era decidida la resolucion que la burgesia habia

formado de batirlo, y de anonadar para siempre el influjo armado que los Cívicos ejercían sobre los movimientos políticos de la Capital.

Así fué que en el acto que se conoció el personal de la Junta y que se concibió que el General Rodriguez iba á ser electo en nombre de la reaccion oligárquica, se sintieron yá todos los síntomas de un próximo y árduo sacudimiento. Para prevenir un golpe de mano se hicieron acuartelar las tropas, y los batallones de *Aguerridos* y Cazadores pasaron á guarnecer el *Fuerte* para defender en todo caso la plaza central. Ademas de esto, el General Rodriguez se habia adelantado á escribirle al Comandante Rosas, ordenándole con fecha 26 que reuniera precipitadamente todas las milicias del Sur, principalmente las de Matanzas, Magdalena y Ranchos, y que, sin esperar mas órdenes ni avisos, ocurriera con toda diligencia y se situase en Santa Catalina á dos leguas y media de la Ciudad. El objeto de este llamado era rodear la ciudad de una fuerza fiel, introducirla á las plazas principales de la circunsferencia: incorporar allí los partidarios del Gobierno, y proceder subitamente al desarme y disolucion de los Tercios 2° y 3° de Cívicos y del batallon *Fijo*, que siendo los tres cuerpos que inspiraban mas sérios recelos no era prudente tocar sin poder dominarlos antes. Como todas estas medidas nacian de resoluciones secretas tomadas con toda prevision en el centro director (club ó comité) del partido, se habia resuelto que para llevar á cabo todo el plan, y salvar los grandes intereses que dependian de él, no solo para *vencer* á los contrarios, sino para castigarlos ejemplarmente haciendo efectivas las penas del Bando que hemos trascrito, la Junta autorizaria al gobernador Rodriguez dándole *toda la suma del*

poder público, ó bien facultades ordinarias y extraordinarias.[1]

Las fuerzas armadas que inspiraban mayores recelos, como he dicho eran el Batallon *Fijo* y el *Segundo Tercio* de Cívicos.

El *Fijo* era uno de los cuerpos veteranos que guarnecian la capital, y ocupaba el estremo sur de los Cuarteles del Retiro. Constaba de 280 plazas, rezagos de la division de infanteria que el General D. Juan Ramon Balcarce habia salvado en Cepeda. Escogiendo lo mejor que podia sacarse de esos restos, el General Soler habia procurado hacer con ellos un cuerpo de confianza para él; y yá fuera por su orijen, yá por los oficiales subalternos qué habian quedado en el batallon despues de la caida de Soler, el hecho era que el Coronel Pagola y los demas gefes de ese partido tenian grande influjo en este cuerpo, y que por esto corrian rumores muy alarmantes con una insistencia que probaba alguna verdad en su orígen.[2]

El Segundo Tercio estaba compuesto de juventud de la clase média, menestrales, jornaleros, carreros, ó gentes sin

1. Véase los documentos oficiales contenidos en las Gacetas del 11 y del 25 de Octubre. En cuanto á los conciliábulos de partido en que se trataba de destituir á Dorrego por la intriga ó por las armas, véase las *Memorias* de Lamadrid páj. 228; y allí se verá tambien el papel principal que hacia Rosas al lado del General Rodriguez y en las filas del partido unitario, donde hizo sus primeras armas y recibió su primera educacion en, la política militante de los partidos argentinos.

2. En gran parte de estos detalles y otros que daré sobre la sedicion del 1º. de Octubre de 1820 sigo los datos contenidos en una carta de fecha 15 de Noviembre (inédita) que el Sr. D. José María Rojas, testigo ocular, dirijió al Sr. D. Manuel José García residente entonces en Rio Janeiro. Tengo cópia tomada del original que existe en poder del Dr. D. Manuel R. García, actual Ministro de la República en E. U.

oficio ni quehacer aunque ligados á familias modestas, por sus padres ó por sus tios, de los que entonces habia muchos. Todos ellos estaban acostumbradísimos á los peligros de la guerra; pues muy pocos eran los que no habian hecho alguna campaña, ó no habian concurrido á media docena de asonadas reñidas. Su misma clase, y las exitaciones de la revolucion, los habian hecho apasionados, vinculándolos tambien á su *Tercio* con un espíritu de cuerpo que no lo tenia mas fuerte ni mas activo ningun batallon veterano.

El 2°. Tercio tenia su cuartel en el corralon de San Francisco, cuya puerta dá hoy á la calle de Potosí esquina de Balcarce. Pero como era tán notoria la mala disposicion de los ánimos en él, el Presidente de la Nueva Junta le habia ordenado al Gobernador Delegado D. Marcos Balcarce que no lo acuartelara y que recogiese todas las llaves y enseres para que no se formase alli ningun centro de reunion. Asi se hizo; pero como los Cívicos dependian entonces del Cabildo y no del gobierno, los soldados tenian en sus casas los fusiles y municiones, asi es que habiéndoseles cerrado el cuartel, se pasaron la voz con los oficiales conjurados para acudir al Retiro como punto de reunion.

El gefe militar del complot era el Coronel Pagola, el gefe político inmediato era el General D. Hilarion de la Quintana y el gefe definitivo ó superior en caso de que la asonada se convirtiera en una revolucion, era el General Soler, que esperaba en la Colonia el resultado del primer movimiento. Los amigos de Sarratea, que aunque pocos eran importantes y atrevidos, habian entrado en el complot dirigidos por el Dr. D. Pedro Agrelo, por Chilabert (padre), por Santos Rubio Bares, Malaves y algunos otros. El partido popular de

Dorrego habia ofrecido tambien su poderosa cooperacion; pero Dorrego no sabia nada ni habia cooperado como lo vamos á ver. Los gefes del complot, Pagola, de la Quintana, Agrelo, Soler, Sarratea estaban indignadísimos contra Dorrego, y le acusaban de haber sido, con su conducta indecisa y *tonta*, el agente principal para que el poder cayese otra vez en manos de los Directoriales; y á fé que tenian razon, como se ha visto. Asi es que los complotados no solo no le habian comunicado la resolucion de sublevarse, sino que tenian el propósito de destituirlo tambien y de poner á Soler en el mando, nuevamente aliado con los amigos de Sarratea por la hostilidad comun contra los Directoriales, y salvas las miras ulteriores de cada uno de los dos bandos coligados.

Nadie mas própio que el Coronel Pagola para dirigir una conjuracion militar y para llevarla á cabo con éxito. Era brutal, como hemos dicho; pero era tambien bravo y resuelto. Tenia una voluntad inflexible y una de aquellas astucias que elaboran pronto, la idea, que ven claro en un círculo estrecho de cosas y que obran aventurándolo todo, como si fuesen á juego cierto. Una vez que habia entrado en un complot, que tenia que tomar una resolucion suprema, salvar de una derrota, ó decidir de una victoria, Pagola obraba con una energia peculiar, yendo á fondo sin sentir vacilaciones ni perder el tiempo en reflexiones. Lo mas recto era su regla; pero como su espíritu era estrecho, esas calidades del ánimo ó del carácter no tenian elevacion en la mente, y eran apenas las de un subalterno de empuge.

El gobierno nuevo tenia numerosisimos datos para asegurar que habia un complot próximo á estallar. Pero, no todo era claro para él y se preparaba á defenderse y á obrar.

Con esa mira habia acuartelado en el Fuerte, como ya dijimos, los batallones de *Cazadores* y *Aguerridos*; y hácia pernoctar en los Portales del Cabildo el *Primer Tercio* y el *Tercer Tercio* de Cívicos, debiendo tenerse presente que el primero formaba de la esquina de la *Victoria*, ácia el centro de la cuadra, y el *Tercero* del centro ácia la esquina de *Rivadavia*.

Pesaban pues sobre los ánimos del vecindario las lúgubres preocupaciones que eran naturales en semejantes momentos; y serian como las diez y media de la noche, hora en que todas las familias se hallaban recojidas, cuando el ruido estridente y pavoroso de repetidas descargas de fusilería, en el centro mismo de la ciudad, introdujeron el espanto en todas las casas haciéndoles pensar que sus amigos y sus deudos se estaban matando horriblemente en la plaza y en las calles; al mismo tiempo que entre los espacios que dejaba el fuego nutrido de los fusiles se oian los tetricos écos de la campana del Cabildo tocando á conflicto con urgencia. Pero volvamos unas horas ácia atrás para darnos cuenta de lo que habia sucedido.

Desde las primeras horas de la noche del 1°. de Octubre habian estado reuniéndose ocultamente en el Cuartel del *Fijo* (Retiro) un gran número de oficiales cívicos y veteranos, y gran número de tropa del 2°. Tércio que acudia armada por las calles escusadas. Muy pronto sintió el gobierno este movimiento estraño de hombres armados, y tomó medidas para averiguar lo que se hacia. Era poco mas de las nueve cuando el Coronel Pagola con ocho ó diez ayudantes se presentaba al cuartel del *Fijo*; y á los gritos de—*¡Muera Pueyrredon!—¡Muera Alvear!—Abajo la Faccion! ¡Guerra á los Directoria-*

les!—y otras voces de este género, se armaba un grande tumulto, salia el *Fijo* á la Plaza, salia el 2º. Tércio tras de él, á las órdenes del Comandante Gonzalez Salomon: formaban en columna y marchaban, restablecido un profundo silencio, sobre la Plaza de la Victoria.

Como el gobernador estaba sobre-aviso, supo al momento lo que acababa de suceder, y trató de prepararse rápidamente á rechazar á los agresores. Con esta mira sacó del Fuerte tres Compañias del batallon de *Cazadores* y dos del batallon de *Aguerridos*. Colocó á los primeros en el arco mayor y arquería de la *recoba vieja*; y á los otros los puso en la recoba nueva, dejando en el Fuerte y en la plaza del *Venticinco de Mayo* las reservas ó demás Compañias de ambos cuerpos. Acababa de tomar estas medidas cuando los revolucionarios asaltaban yá la plaza principal. Por la calle de *las Torres* (hoy *Rivadavia)* desembocaban los Comandantes Sosa (Anastacio) y Bares á la cabeza de una parte del *3er Tercio* que desde temprano se habia ido á reunir con el *Fijo* y con el *Segundo*; y como el resto del mismo cuerpo cívico ocupaba la vereda que es hoy la Policia, le daban la voz de amigos, y á la vez que perturbaban todo, atrayéndose los unos y dispersando á los otros, acometian al primer Tercio en los portales del Cabildo, lo desalojaban del edificio y ocupaban las galerias altas, los salones del Ayuntamiento, y la torre, para dar vuelo á su campana.

Por la calle de la Catedral (hoy San Martin) desembocaba Pagola montado en un caballo blanco al frente del *Segundo Tercio*, y entrando en Columna por la acera de la Catedral, desplegaba al frente de la *Recoba vieja* bajo los fuegos de los Cazadores, y formando su linea les hacia una

descarga cerrada y los acometia á la bayoneta, metiendo sus pelotones por entre los arcos con un brio irresistible. Los Cazadores no pudieron resistir el empuge ni la masa de los Civicos, y se desbandaron corriendo á guarecerse en la Fortaleza, á donde un momento, despues entraba tambien desesperado el Gobernador Rodriguez. Por el otro lado continuaba el tiroteo entre los *Aguerridos*, que se habian subido á las azoteas de la Recoba nueva, y el Fijo que con el 3er Tercio habia tomado los altos y la Torre del Cabildo.

Dispersados los Cazadores, Pagola tocó á reunion en la Plaza del *Veinticinco*, y resguardando su tropa en los arcos de la Recoba vieja procuró aislar á los *Aguerridos* en la Recoba nueva para que no pudiesen replegarse al Fuerte.

Dos jóvenes oficiales del *Primer Tercio*, D. Jacobo Varela y D. Miguel Sanchez, que habian salido entre los dispersos del Cabildo huyendo por la calle del Colejio, dieron vuelta por la de *Moreno* y tomando la de *Balcarce* consiguieron introducirse en el Fuerte. El Sr. Rodriguez se hallaba en la mas grande ansiedad, pues no podia apreciar todavia ni el tamaño ni las fuerzas de la rebelion. Recien, por estos dos jóvenes, logró saber el estado en que las cosas quedaban en la plaza. Ellos le incitaron á volver al fuego con el resto de *Cazadores* y *Aguerridos* que tenia en la fortaleza, diciéndole que habia cientos de dispersos en las calles adyacentes que se le unirian; y como el tiroteo que continuaba nutridísimo del lado de la *Recoba Nueva* probaba que los Aguerridos se sostenian bien, el Gobernador dió órden al resto del cuerpo que tenia con el, que hiciese una descubierta vigorosa en la Plaza. Pero no bien se hicieron sentir, fueron mortífera-

mente recibidos por los Cívicos del costado oriental de la Recoba vieja, y cargados con una impetuosidad admirable se desbandaron por la plaza, uniéndose quizás en gran parte á los revolucionarios, pues fueron pocos los que regresaron al Fuerte.

Despejadas las dos plazas, Pagola tomaba posicion con los Cívicos de las azoteas de la Recoba vieja y de las azoteas del edificio de *Escalada*. De modo que la posicion de los *Aguerridos* en la recoba nueva era ya desesperada entre los fuegos del *Cabildo* de la *Recoba* y de *Escalada*. Al instante comenzaron á oirse entre el tiroteo gritos de—¡*Parlamento*! – ¡*alto el fuego*! y los Aguerridos, reducidos á la última estremidad, rendian la armas.

Mientras los Revolucionarios constituian en los Salones del Ayuntamiento una oficina de trabajo administrativo bajo las órdenes del Dr. Agrelo, el Gobernador Rodriguez salia del Fuerte á caballo, por el costado del Rio, con algunos amigos y ayudantes. A la madrugada se detuvo algunas horas en Barracas para espedir órdenes á los gefes Vega y Vilela, de Caseros y de las Conchas, para que acudiesen con toda urgencia á Santa Catalina, donde iba á poner su cuartel general; y donde contaba con encontrar yá al Comandante Rosas á la cabeza de los Regimientos 5° y 7° de Milicias, que formaban como 900 hombres.

Abandonados á sí mismos, los Cazadores capitulaban en el Fuerte, con lo cual Pagola habia completado su obra en la Capital, y tenia, á lo menos, de mil y quinientos á dos mil soldados de primera clase á sus órdenes. Era pues dueño de Buenos Aires.

La plaza ofrecia un espectáculo desastroso. Porcion

de heridos yacian dando ayes en las calzadas, mientras los llevaban en camillas á los hospitales, y no menos muertos estaban amontonados en el centro, en uno de los costados de la piráamide de Mayo.

Por lo demás, la Comision Revolucionaria habia nombrado á Pagola Comandante General de Armas y Gefe Político, y habia mandado convocar inmediatamente el Ayuntamiento. Reunidos estos Senores bajo la *proteccion* de la fuerza Cívica que dependia de ellos, nombraron Coronel de los *Tercios* y *Brigada* Cívica al General D. Hilarion de la Quintana; y convocaron á campana al pueblo para que espusiese sus quejas y tomase sus resoluciones.

Eran las 8 de la mañana del dia 2 de Octubre cuando el Cabildo se declaró abierto. El Dr. Agrelo y otros Ciudadanos de su bando presentaron redactado, y pronto yá, un Bando adecuado á las circunstancias, que fué sancionado por aclamacion y mandado imprimir y promulgar. Deciase en él, que una parte muy considerable de Ciudadanos, auxiliados con la fuerza Cívica que hacia la guarnicion, se habia reunido en la noche anterior:—«para ocurrir ante el Ca-
« bildo contra la eleccion de los Representantes que com-
« ponian la JUNTA, y mas que todo contra el nombramiento
« que esta Junta ilegal, habia hecho para Gobernador y
« Capitan general de la Provincia en la persona del General
« D. Martin Rodriguez, por pertenecer este notoriamente,
« á la faccion destruida del Congreso y del Directorio, ene-
« migos de la libertad de los pueblos y de los patriotas,
« *contra quienes ha desplegado desde su entrada al mando la*
« *misma sanguinaria persecucion* que ha marcado todos los
« pasos de aquella. En consecuencia (decia el Bando)

« ellos han pedido que el Ayuntamiento asuma el mando « mientras se procede á la creacion de un nuevo gobierno « que salve al pais, etc., etc.» Con estos antecedentes, el Cabildo resolvió—1° que se convocase al pueblo para que se reuniese á deliberar en asamblea el dia 3 en el templo de San Ignacio á las nueve de la mañana—2° Que siendo justos y exactos todos los defectos y tachas objetadas á la Junta y á la eleccion del general Rodriguez, se declaraba que quedaban por nulos los actos en que habian sido elegidos ambos poderes. 3° Que los Alcaldes y tenientes de Barrio citasen é incitasen á comparecer á todos los vecinos del municipio; y que *especialmente* fuesen llamados todos los que hubiesen sido miembros de las Juntas anteriores desde la del 16 de Febrero que habia sido la primera. 4° Que para mantener el órden y la libertad de todos los asistentes se nombraba al Ceneral D. Hilarion de la Quintana Coronel de toda la brigada Cívica, bajo la autoridad del Cabildo.

Los revolucionarios creian con toda ingenuidad que habian triunfado, y que ya no tenian otra cosa que hacer que nombrar un gobierno interino en la asamblea que debia tener lugar al dia siguiente en *San Ignacio*; para que ese gobierno se ocupase de acomodar la provincia adecuadamente, para la eleccion de una nueva Junta y nombramiento de un gobernador propietario de su partido. Para esto, contaban no solo con el *hecho* del triunfo material, sino con el *derecho* de acuerdo con la doctrina que entonces prevalecia. El derecho público real, y el derecho eclesiástico, habian dejado tras de sí, y dominando en las ideas de la revolucion, el singular principio de que un gobernador que *fugaba* de la Capital, abandonaba su puesto y perdia su

jurisdiccion originaria, como un obispo *estrañado* ó como un rey que hubiera *ablicado*. Habiendo pues fugado el Gobernador Rodriguez, habia perdido toda la legalidad que hubiera podido pretender á ser respetado; y esta soncera era entonces una cosa *seria*, contra la cual tenia que protestar el mismo gobernador como lo vamos á ver, por que hay trivialidades, que, sin saber por qué, toman el caracter de *cálculus* ó endurecimientos en la razon comun de épocas determinadas.

Pero esta alegre confianza, comenzó á claudicar el dia 2 á la tarde. El gobernador Rodriguez se habia situado en Santa Catalina y reunia allí las fuezas de Rosas á las fuerzas de los comandantes Castro (Hilarion), Júlianes, Castillo, Vilela, con numerosos grupos de gentes que emigraban de la ciudad. Desde allí, el gobernador protestaba que no era prófugo, pues estaba á la cabeza de las fuerzas que defendian el órden, y se aprontaba á atacar y á someter á la Rebelion uno ó dos dias despues. [1] Con esto y con la animadversion pronunciada de toda la burgesia, los revolucionarios tenian mucho que temer: un año entero de perturbaciones y de tumultos diarios habia cansado á todos; y además la figura amenazante de Pagola era un motivo para que la opinion pública rehusase apoyar el movimiento. Habia pues peligro de que una reprobacion general, ayudada por la apatía y postracion de las pasiones politicas, viniese á dejar á los revolucionarios aislados en medio del pueblo, y librados á su propia desesperacion.

El dia 2 á las tres de la tarde llegaba efectivamente el comandante Rosas á Santa Catalina con los Regimientos

1. Oficios impreso con la Acta del 5.

núm. 5 y 7 de campaña, y el gobernador Rodriguez ponia tambien á sus órdenes las fuerzas de Ranchos y de San Vicente. A la noche del mismo dia, se incorporaron las milicias de las Conchas y Caseros bajo las órdenes de Vilela, y como se les habia uniformado á todos con gorros y camisetas punzoes, el pueblo los denominó *los Colorados de Rosas* y *los Colorados de las Conchas*, para reconocerlos en sus dos grandes divisiones.

Las noticias del 2 fueron pues alarmantes para los insurrectos, y la intriga política comenzó á ceder á las conveniencias. Como Dorrego no habia sido avisado ni consultado, estaba ignorante de lo que pasaba; y los insurrectos no podian contar con él, por que en efecto no les habia convenido buscar su cooperacion. Pero viéndose ahora amenazados por las fuerzas de la campaña y por la tibieza de los ánimos, pensaron que era indispensable ocurrir á la popularidad, al prestijio, y á la reconocida habilidad de aquel gefe, y entonces los rebeldes le hicieron escribir urgentemente por el Cabildo para que viniese á la ciudad á marchas forzadas con los mil y ochocientos hombres que tenia en Areco.—« El Cabildo, le decian, única autoridad lejítima « é indisputable del pueblo de Buenos Aires, ha tenido que « reasumir el mando para cortar la discordia y salvar al ve- « cindário. Pero numerosas partidas de campesinos, mal « dispuestos, estan sitiando al pueblo con ánimo de saquear- « lo; y para librarlo de atroces sufrimientos y desastres es « de urgente necesidad que V. S. marche inmediatamente « á la ciudad á ponerse á las órdenes del Ayuntamiento. »

Pagola conocia que el recurso era tardío; y que para que fuese eficaz era preciso disponerse á resistir á todo tran-

ce, nasta que Dorrego tuviese tiempo de llegar. Con esa mira hizo abrir zanjas y formar trincheras en la Plaza, defendidas con artillería y metralla, acantonó por todas las alturas de la circunferencia un gran número de tropas; y para evitar que sus enemigos se aglomerasen al centro, destacó otros cantones por la *Residencia*, la *Concepcion* y *Monserrat*, para que guerrillasen y ahuyentasen á las partidas de caballería enemiga que pretendiesen penetrar por esas líneas.

El dia 3 por la mañana se hacia efectiva por toda la ciudad la citacion al Cabildo abierto que debia tener lugar en el Templo de San Ignacio; y á las nueve se instalaba la Asamblea con un gran número de curiosos, mucha chusma, poca gente conocida, si se esceptúan los corifeos ardientes de la faccion que dominaba en la plaza. Al poco rato comenzó á entrar una cantidad notable de jóvenes estudiantes y tenderos, que parecian animados de un espíritu sarcástico y hostil, aunque sin marcada resolucion de tomar parte en el debate. Un testigo presenta así la composicion del conjunto:—« Primero—la faccion del Cabildo—es decir de « Soler:—2º la de Sarratea á que pertenece Agrelo—3º « Algunos hombres de puñal:—4º Algunos jóvenes honrados « á quienes nada de esto aterraba:—5º los federales de buena « fé:—6º Estrangeros mirones y entremetidos—7º alguna « gente decente en minoria; y bastante chusma.

« El Alcalde Dolz abrió la sesion como Presidente. En « seguida, Agrelo se apoderó de la Tribuna (el púlpito de « la Iglesia) y empezó á decir con furor que era preciso « nombrar gobernador en el acto, escusando los atentados « de Sarratea y de Soler. Suplicó al pueblo que se conven-

« ciese de que Dorrego era federal de buena fé, y por lo « mismo el mas indicado *en las circunstancias* para tomar « el mando. Dijo que era tiempo de empaparse en la san- « gre de los monarquistas y de los partidarios de Pueyrre- « don y Alvear, por que eran *portugueses*. Todo esto fué « muy aplaudido por sus satélites.

« Inmediatamente despues subió á la tribuna un mocito « del campo, cuyo nombre nadie conocia, como de 28 años, « con un *ponchito* colorado atado como banda sobre el « hombro; y con la firmeza del que tiene un *ánimo fuerte* « y luces naturales. [1] Habló con los sentimientos de la « *buena gente*, y concluyó diciendo que él seria el primero « en votar por Dorrego, pero que se hiciese la eleccion « tomando los votos casa por casa, por que la reunion « presente no era libre sino dominada por una faccion. En « el momento se levantó una gritería colmándolo el pueblo « de *vivas* y clamando:—« *que se haga lo que dice el del* « *ponchito*. » Así es que bajó entre un tumulto de aplausos « por un lado, y de negativas por otro.

« Cuando se restableció la calma nos vimos instalado en « el púlpito al italiano Vigil:—Pueblo soberano! esclamó: « mirad! dijo estendiendo sus manos con horror ácia un al- « tar. ¡Oh bárbara preocupacion! ¿Como se atreve Santa « Teresa á tener velas encendidas delante de la Soberanía « del pueblo?. . . . Que risas! amigo ¡que silbidos! el pueblo « echado en su buen humor lo hizo bajar; y volvió á subir « Agrelo. Pero la concurrencia habia cambiado de espí-

1. Se llamaba *Pancho Leal*; nada mas sé de él que lo que dice el testigo que trascribo.

« ritu sin que yo sepa como; y todos comenzaron á gri-
« tarle: Abajo! Abajo! Él se sobrecojió, y dijo que unos
« cuantos enemigos suyos querian impedirle que hablase al
« pueblo. Desde el piso, se sacaron muchos puñales y
« batiéndolos en las manos se le ordenó que bajase, que
« nadie queria escucharlo. Inmediatamente habló Velez
« (Bernardo) y Varela (Juan Cruz) habló en su contra,
« suscitándose acalorados debates y gritería; en la que do-
« minaban las voces de la muchedumbre: *Que se haga lo*
« *que dijo el del ponchito colorado!* De manera que cuando
« el Alcalde Doiz y los demás corifeos de la faccion vieron
« que era imposible elegir allí gobernador, dijeron que la
« votacion se haria en dos dias citando al vecindario por
« turno, y que con esto quedaba disuelta la Asamblea po-
« pular. En este momento apareció *nuestro* D. Nicolás
« Anchorena metido en su capote de bayeton debajo del cual
« vizlumbrábanse armas, y levantando una voz atronadora
« dijo: que acababa de saber que Agrelo habia proferido allí
« mil calumnias contra él, contra su hermano y sus amigos
« mas queridos, y que venia resuelto á hacerlo desdecir-
« se: despues de probar esto, agregó que él a su vez
« venia á denunciar ante el pueblo á Agrelo como un trai-
« dor que en compañia de Santos Rúbio mantenia comu-
« nicaciones, con Carrera. Agrelo, pálido y mudo, no ati-
« naba á escusarse, y mucho mas cuando vió que un jóven
« sacó una pistola para matarlo; pero Anchorena se puso
« por delante y le dijo que no temiese: que él lo habia de
« defender; y Agrelo tironeando y escusándose pudo ganar
« la puerta que dá al claustro y se ocultó en el Colegio.»

En estos mismos momentos se levantaba en la plaza un

grande alboroto: toques de alarma, llamadas de tambores, tañido de la Campana del Cabildo y vários piquetes de Cívicos con los oficiales á la cabeza corrian por las calles acia la Residencia y la Concepcion. Era que el general Rodriguez habia llegado á Barracas con las divisiones de Rosas; y que avanzando gruesas partidas se tiroteaba con los cantones de los rebeldes Muchos de estos cantones se habian pronunciado por Rodriguez, y gran número de Cazadores y de Cívicos del 1º y 3er. Tercio se iban tambien en grupos á incorporársele. Al ver esto, Pagola y Quintana retiraron todos los cantones lejanos para concentrarse en la plaza y en las azoteas inmediatas que dominan las calles de entrada, abandonando todo el resto, pero decididos á luchar sin tregua hasta que se aproximara Dorrego, que supónian se pondria en marcha acia la ciudad así que recibiese las órdenes del Cabildo.

Toda la noche del 3 hubo tiroteo entre las patrullas y avanzadas de la plaza con las partidas de vanguardia del gobernador Rodriguez. El 4 por la mañana este adelantó mas sus fuerzas y se posesionó sólidamente de la Residencia, de la Concepcion y de Monserrat, á la tarde avanzó un cuerpo principal hasta el Hospital de Bet'em, esquina actual de la calle de la Defensa con la calle de Méjico; y las guerrillas por la calle Victoria, Rivadavia, Bolivar y Defensa se hicieron tenaces y mortíferas para uno y otro bando:—«Mu-« rieron muchos combatientes y mirones (dice nuestro testi-« go), por que todo el mundo paseaba las calles como si nada « hubiese. Es de advertir que en todo este intérvalo de « tiempo, los parlamentos no cesaban de ir y venir; y « apesar de su banderita blanca, tenian que hacerlo por « entre las balas.» [1]

1 Yo era entonces un tierno niño; y recuerdo haber visto por la

Este mismo dia, situado ya el gobernador con su cuartel general en la plaza de la Residencia (antigua casa de Wright) pasó una nota á la Junta de RR que empezaba diciendo:—«A orillas de esta Capital estoy en aptitud de « obrar como Gobernador y Capitan General que soy de la « Provincia.» Recordaba en seguida que al tomar el mando habia prometido olvidar odios y desconfianzas para proteger y garantir á todos. Pero el último tumulto lo ponia en la obligacion de hacer efectivas las leyes que habia jurado para defender el órden. En consecuencia, el Gobernador incitaba á la Junta para que volviera á tomar sus funciones y para que oyera en libertad las reclamaciones que se le hicieren y pudiese deliberarse sobre ellas. Pero el Gobernador—«pro- « testaba que estaba resuelto á contener toda innovacion ó « reforma que emanase de conductos que no reconocia», decia aludiendo al Cabildo.—«En este conciso concepto « (agregaba) observe V. H. que yo no soy prófugo, ni ex- « gobernador, sino que salí á evitar las consecuencias de « un tumulto, sin dejar de ser gobernador, antes bien obran- « do como tal.»

Al recibirse esta nota dirijida á la Junta el mismo Cabildo que ya empezaba á ver las cosas como demasiado apuradas, hizo llamar y reunir á los Diputados que pudieron hallarse con mas premura, para que abriesen la Comunicacion, y deliberasen sobre el particular, en union con el Ayuntamiento. [1] Difícil era arribar á nada definitivo en el Cabil-

calle del Perú al Diputado D. Félix Alzaga—arengando las guerrillas á caballo; y gritando *¡fuego al fuego muchachos que soy parlamento!* sin detener el violento galope que llevaba.

1 Se reunieron los Diputados Escalada (D. Francisco) Alzaga, Piñero, Ramos Mejía (Hdo. Jose) Rivadavia (Santiago) y Victorio García Zúñiga.

do, bajo el imperio de Pagola que no queria transigir sino cambiando el gobernador; y así fué que el único recurso que quedaba, era nombrar una comision Conjunta de Capitulares y de Representantes que entrasen á mediar entre los gefes de ambas fuerzas enemigas. A las 8 de la noche regresó la Comision del Cuartel General de Rodriguez. Este convenia en que ambos partidos dejasen la resolucion soberana y dirimente del conflicto á la decision de la Junta prometiendo obedecer la que ella dictase. Llamados á la Sala Capitular, Quintana, Pagola Bares Malavés y otros gefes, se les propuso que accediesen á lo que el Sr. Rodriguez proponia. Quintana respondió que él dependia esclusivamente del Cabildo, y que obedeceria todo lo que este Cuerpo le ordenase, diciendo los demas exactamente lo mismo. Con esto se retiraron los Gefes sublevados á la plaza; y el Alcalde Dolz invocó el patriotismo de la Junta á fin de que deliberasen y propusiesen algo que fuese un *arreglo ingénuo*, por que de otro modo aquello iba á convertirse en un cuadro espantoso de sangre y de matanza. Los RR. observaron que allí nada podian deliberar, pero que iban á hacerlo en otro lugar mas adecuado donde tuviesen para ello mas quietud y mas libertad asegurando que comunicarian al Cabildo su última proposicion.

Los del Cabildo y los sublevados querian ganar dos ó tres dias para darle tiempo á Dorrego de llegar: Rodriguez estaba resuelto á atacar el dia 5 sin ninguna demora, y tomar la plaza costase lo que costase para impedir la llegada de ese auxilio que podía serle funesto.

Una nueva nota del Gobernador le decia á la Junta — «Estas legiones se acercan por amor al órden y para redimir

« á la Patria de los vejámenes en que fué envuelta la noche « del 1°. Toda aceleracion en el despacho es sobremanera « interesante. La gente está llena de un ardor estremado, « y tal vez me será difícil contenerla. Pongo en la con- « sideracion de V. H. este único motivo, que es muy grave « para quien ve las cosas de cerca.»

La Junta se retiró á la una de la noche y escogió el Convento de San Juan (Capuchinas) para deliberar; por que allí quedaba yá bajo la inmediata proteccion de las fuerzas del General Rodriguez [1] Y despues de maduras reflexiones, resolvió: *primero*:—Que ratificaba en el general Rodriguez el nombramiento de gobernador, y mandaba que todos le obedeciesen. *Segundo*:—Que se declaraba una franca y solemne *amnistía general* para todos los comprometidos en los hechos del 1° de octubre, garantiándolos la Junta, é interpelando el honor del gobierno. *Tercero*: Soltura y libertad inmediata de todos los presos y prisioneros que tuviese uno y otro partido.

El dia 5 á las 7 de la mañana entró el Diputado Alzaga á la plaza á notificarle al Cabildo, y hacer saber á los sublevados esta resolucion que habia tomado la Junta. Ellos la rechazaron y propusieron que se reuniese el pueblo á elegir doce RR. mas, para que unidos á los existentes se reconsiderase la resolucion. En estos nuevos negociados pasaba ya el dia. Pero á las 12 de la mañana, el gobernador Rodriguez volvió a echar sus guerillas amagando un ataque general. Pagola habia colocado una parte de sus mejores soldados en

1 Véase el papel publicado por el Presbitero D. Mariano Zavaleta en defensa de su hijo, el Cabildante D. Ventura Ignacio Zavaleta.

dos fuertísimos cantones situados en el café de *Mallcos* esquina del Colegio; y en la alta azotea de Elorriaga esquina de San Francisco. Era indispensable desalojar estos dos puestos defendidos desde la plaza con artillería para poder penetrar á ella. Despues de algun tiempo, los asaltantes pudieron ocupar el Colegio y San Francisco; y desde sus alturas hacer desalojar, aunque con pérdidas dolorosas y recíprocas, aquellos dos fuertes cantones. El Gobernador se situó entonces en San Francisco, y habiendo avanzado tiradores por las azoteas acia la plaza se puede decir que se habia trabado sobre ellas una verdadera batalla en la que los combatientes se amparaban de los parapetos. Pero desalojados al fin los artilleros de la calle del Colegio, entró á la plaza un enorme grupo de la Caballería de Rosas causando una tremenda confusion; y al mismo tiempo otros grupos se abrian entrada por las calles Victoria y Defensa trabándose así un combate de cuerpo á cuerpo entre los dos bandos. Invadida la plaza ya era inutil la defensa. Los gefes de la Rebelion y los Capitulares comprometidos huyeron para no caer en manos de sus enemigos: infinidad de Cívicos se evadieron tambien por las casas y azoteas adyacentes, quedando un gran número de prisioneros, de heridos y de muertos.— «Aquí fué (dice el testigo que antes hemos trascrito) don-
« de todos revueltos se mataban unos á otros sin compasion.
« Muchos de los facciosos, metidos detras de los pilares de la
« Recoba nueva, prefirieron morir á rendirse..... Despues
« del último tiro todo quedó en silencio: no se dió un solo vi-
« va: ni festejo ni signo alguno de alegria pública. Nadie se
« ocupó de otra cosa que de socorrer indistintamente á los
« heridos, y de recoger los cadáveres, que habrán sido de

« 180 á 200.» Este accidente es honorífico, por que prueba que el partido vencedor lamentaba la amargura de una victoria fratricida; y para hacernos una idea de lo vidriosas que habian estado las cosas, veamos como concluye el mismo contemporáneo que hemos trascrito:— «Esta ha sido la feliz « terminacion del suceso del 5. Pero ¿cuál habria sido si « hubieran vencido los contrarios?—1° El saqueo por la « chusma de poncho *agrupada en las esquinas*: y esa misma « noche se les reunen de cuatro á cinco mil hombres de « canalla, si no hubieran sido vencidos:—2° La proscripcion « y la Horca..... Ya V. lo conoce bien: es hombre etc. « etc,.»

El *MS.* anónimo á que nos referimos antes [1] dice— « La noticia de que el General Rodriguez reunia las fuerzas « del Sur *causó* y *no causó* cuidado, por que se creia que « esas tropas no eran capaces de acometer la capital. Pero « cuando empezaron las guerrillas causó novedad no solo « el traje colorado del Ejército campestre, sinó el valor « no creido con que sufrian el estrago de la artillería de « las boca-calles de la Plaza. Cuando se les dió órden « de atacar avanzaron con velocidad y sin vacilar sufrien- « do los fuegos de los cañones y de las azoteas y se metie- « ron en la plaza....¿Quién hubiera creido que unos mil « ochocientos hombres como estos peleasen como leones, « perdido el temor del riesgo de la vida? Todo el pueblo « está abismado del suceso de ayer. El coronel Pagola « ha fugado con muchos otros. Han tomado al Alcalde de « primer voto, al Comandante del 2° Tercio de Cívicos y

1. Pag. 401 de este vol. X de la Revista

« varios otros cómplices. Los heridos los han recojido en las « casas inmediatas, y los muertos los han sepultado en « los templos inmediatos, funcion de noche para disminuir « la consternacion y las lástimas del pueblo. » Los ven- « cedores parecian vencidos: no se les oia una palabra: re- « husaban cuanto se les ofrecia, como no fuera agua pura, y « guardaban con admirable obediencia las órdenes de sus « gefes. Tropas de tan buen órden no las cuentan los mejo- « res ejércitos de Europa. El pueblo entero lo declara, y « alaba esas tropas de su campaña tan leales como bravas. »

El vecindario entero, las familias, los nacionales y los estrangeros abundaban en elojios exaltados de la mode- racion, de la sumision y del órden con que se habian con- ducido los Colorados de Rosas. Referíase que si al pasar por las calles alguien les habia obsequiado con bebidas, las habian arrojado al suelo; y si con alguna dádiva, la habian rehusado. Los periódicos del tiempo contienen innumera- bles anécdotas de este género; y uno de ellos agrega— « daban á entender que si el motin *nocturno* habia sido « efecto de la embriaguez, el ataque de los *virtuosos Es-* « *cuadrones de Rosas* era el fruto y el efecto del zelo « patrio, de la lealtad, de la razon, y en fin de un *santo* « y maduro acuerdo. Mil ejemplos acreditan que el « Ejército Salvador traia en el ánimo la moderacion y la « templanza unidas al valor, como el *laurel* y la *palma* de « la victoria; » y exaltando su entusiasmo al último dia- « pason, otro periodista, acérrimo partidario del Directorio, « decia: « No podemos menos de hablar algo sobre el « manifiesto que nos acaba de dar el AMABLE y en grado « heroico BENEMÉRITO JÓVEN don Juan Manuel Rozas: todo

« él es un vistoso ramillete de pensamientos. Pero, so-
« bretodo aquella espresion unánime y acorde de esa ofi-
« cialidad que lo acompaña y que por tantos títulos es
« honorable: de *Obediencia—Fidelidad—Firmeza*: *son*
« *nuestros pareceres*. Ved aquí, Americanos, unos Catones
« con espada: unos Cicerones armados. Estos son los que
« mejor que César vinieron, vieron y vencieron; » y por
este estilo, de éxtasis en éstasis, arrobado en las alas
del entusiasmo místico, el escritor se postra y le dice á
Rosas—Por Dios! por Dios! Oh jóven Comandante del
« 5° Regimiento de Campaña, no seas tan encantador, tan
« déspota y tan tirano, etc. etc. » Lo que habia inspirado
estos arrebatos eran estas palabras de la proclama ó carta
que Rosas y su escuadron habian dirijido al pueblo.—
« Me despido de vosotros, compatriotas! El 5° Rejimiento
« del Sur es *Amigo de todos*: es *Hermano de todos*.....
« Primer tercio de Cívicos: 2° Tercio: Tercer Tercio!
« Ciudadanos, todos y cada uno, recibid los votos que os
« hago presentes, á nombre de la Division que mando:—
« O lio eterno á los tumultos:—Amor al Orden:—Fidelidad
« á los Juramentos:—Obediencia á las Autoridades consti-
« tuidas! Recibid este desahogo de unas almas patrióticas;
« y esta espresion de unos hermanos agradecidos. Creedme,
« que toda nuestra satisfaccion consiste en haber *tratado*
« *de ser virtuosos*; y la mia particular en haber obedecido
« sirviendo al Pueblo en que nací, y á la Provincia á que
pertenezco. »

Estas estravagancias, que espongo con paciencia por el caracter grave y melancólico que reflejan ahora sobre los sucesos posteriores, tenian un fondo justo; por que era

realmente honroso que en el asalto y toma á mano armada de una plaza tan tenazmente defendida, no hubiese habido la menor violencia fuera del recinto del combate, el menor robo, ni el menor desorden. El Padre Castañeda, el famoso panfletista del tiempo, decia: —« El triunfo no tanto « ha consistido en la derrota y confusion de los Anarquis- « tas, cuanto en la comun admiracion de nacionales y de « estrangeros, que aseguran asombrados que semejante mo- « deracion y templanza, en médio de tanta zaña, es cosa « que no se ha visto en pais alguno de la tierra. » El Primer ejemplo de esto son los *Voluntarios del Comandante Rozas*: se decia, unos dias despues, en la Junta de RR; y el testigo ocular de quien hemos tomado algunos detalles [1] dice—« Habia entre los *Colorados de Rosas* al- « gunos de aquellos paisanos de nuestro siglo de oro, que « apesar de su aire encojido y humilde, honraron á Ceba- « llos, delante de la Colonia » Así pues, el nombre de su Gefe, no por el mérito militar, ni por hecho alguno personal que lo hubiere señalado, sinó por su poderoso influjo en la disciplina y en la sumision de *sus voluntarios*, se hizo en poquísimos dias el proto-tipo del Hombre de Orden, en boca de todos: algo así como un gran ciudadano Antiguo, labrador, patriota y fuerte, al mismo tiempo que servidor modesto y sencillo de los intereses fundamentales de su pais.

Pocos son hoy los que podrian decirnos con verdad tranquila y completa á qué grado llegaba la alta estimacion con que el partido unitário miraba en 1820 á don Juan Manuel Rosas. En la tertulia particular del gobernador

1. Véase la nota de la pág. 966

Rodriguez, aquel tenia un puesto de honor tanto mas realzado cuanto mas *guaza* y astuta era la modestia con que declinaba esos favores; y quizás no me equivoco si digo que alguno de los hijos del honorable y distinguido Magistrado que ha gobernado mejor en nuestro pais, es ahijado de Rosas. En el círculo del doctor Agüero, en el del doctor Anchoris, Rosas era el niño mimado de todos los encómios. Las promesas de la riqueza de nuestra campaña, de los progresos de nuestra agricultura, de la opulencia de nuestra produccion, del valor, de la abundancia y de la mejora de nuestros retornos, cuando fueran fómentados por hombres como Rosas y bajo sus inspiraciones, exaltaban la fantasia encantada de nuestros hombres de estado. Al mismo tiempo que esta entidad ilustre de nueva forma, se levantaba en el horizonte argentino, San Martin surcaba el Pacífico para libertar á Lima, y dar su solucion natural y primitiva á nuestra grandiosa Revolucion de Mayo. Pero San Martin y las glorias de la independencia eran ya tradiciones pálidas y marchitas, para las preocupaciones nuevas del partido unitario, comparadas con la *Entrada gloriosa de los Colorados de Rosas*, que habian restaurado en el poder á los hombres de principios, y salvado el órden social, el 5 de octubre de 1820. Hasta los viejos poétas de la patria se creian obligados á exaltar este suceso con las entonaciones armoniosas de sus versos. Verdad es, que el sentimiento del deber no fué bastante á darles la inspiracion que buscaban; y Fray Cayetano Rodriguez acertaba á penas á comprobar, con un mediocre soneto, sus

buenos deseos y el mal éxito de su empeño [1]. Nada hay en la historia de los Pueblos y de los Partidos políticos que no haya sido preparado por ellos mismos; por que la ley soberana del tiempo está en aquella célebre fórmula de Leibnitz—«El Presente es hijo del Pasado y padre del Por-« venir.»

Algunos escritores vulgares, de aquellos cuyo criterio no se alza una pulgada del color de la divisa que tomaron para sus intereses presentes, nos hablan á cada momento de Rosas como del hijo y del discípulo de los Caudillos Federales: que, formado por ellos, vino á producir como fruto natural de aquellas lecciones los horrores espantosos de su gobierno. Los que vayan á la crónica pátria y á los archivos á estudiar de donde y cómo nació aquel monstruo, bajo qué influjos cobró fuerzas para alzarse con el poder, encontrarán una solucion muy diversa; y verán que estos fenómenos morales son de suyo muy complejos, pues se van elaborando pacientemente con la historia misma de los pueblos

1. A LOS COLORADOS DEFENDIENDO AL PUEBLO

Nobles hijos del Sud, bravos campeones
Vestidos de carmin, púrpura y grana,
Honorable legion americana,
Ordenados valientes escuadrones.
Plantasteis con honor vuestros pendones
Sobre la ruina de la jente insana,
Ilusoria dejando, inerme y vana,
La trama impura y vil de sus mandones.
La virtud y el valor, el alma han sido
De tan *gigante empresa*. Loor eterno
Por tan glorioso triunfo conseguido.
Llenaos de gloria; que aunque el nuevo Averno
Vomite furias, quedará esculpido
En vuestro pecho leal sensible y tierno.

y con los accidentes peculiares de la vida de sus hombres públicos.

Pero no es tiempo todavia de echarnos en este terreno. Lo que ahora nos corresponde establecer es que el sentimiento unánime de la parte culta del pueblo y de todas aquellas clases que tenian intereses normales, ligados á los intereses legítimos del pais, era, que en la jornada del 5 se habia salvado el orden social, evitándose uno de esos cataclismos que trastornan fundamentalmente la vida regular de los pueblos: no era pues estraño que la satisfaccion del vecindario fuese completa. El gobierno habia querido hacer de esto una manifestacion pública y habia ordenado que se celebrase un *Te-deum* con asistencia general de corporaciones, parada de tropas y otros festejos. La Catedral estaba pues ese dia llena de gentes que festejaban la victoria del órden al ruido solemne de los cánticos religiosos que se alzaban á las bóvedas del templo con el humo místico del incienso. De repente, un militar se acerca al Gobernador y le dá un aviso: el Majistrado imparte algunas órdenes bréves, abandona el recinto del templo y se suspende la ceremonia, siguiendo todos los militares al gefe de la Provincia. La inquietud y el desórden se propagan por toda la concurrencia. Un momento despues la Fortaleza disparaba *los tres cañonazos* de alarma: la campana de Cabildo tocaba á conflicto y convocaba al vecindario: el tambor tocaba generala por todos los cuarteles: los ayudantes militares corrian á galope por las calles llevando órdenes, venia artilleria á la plaza; colocaban las piezas en el ángulo de las calles y se tomaban cantones en las azoteas y torres mas elevadas de las cercanías.

¿Qué habia? se preguntaban las gentes corriendo por las calles—Dorrego avanza con el ejército sobre la ciudad: —contestaban los que se daban por informados. Y en efecto, ese era el aviso urgente que el Gobernador Rodriguez acababa de recibir en el templo.

Despues del triunfo del 5 habian quedado en verdad dudas amargas sobre la conducta que observaria Dorrego. Nadie sabia en qué espíritu habria recibido la noticia de los acontecimientos; y no faltaba quienes aseguraran que teniéndose por gobernador legítimo, estaba decidido á resistir la intriga desleal con que habia sido destituido, y á negar su obediencia al general Rodriguez. Pero otros muchos que creian conocerlo mejor, se resistian á creerlo, asegurando que era un patriota intachable, incapaz de ligarse á los atentados de Pagola y de venir á atacar á mano armada al pueblo de Buenos Aires.

De cualquier modo que fuese, Dorrego tenia á sus órdenes como dos mil hombres segun constaba de los estados que él mismo habia pasado pocos dias antes. La tropa era buena; y mandada por él, era difícil que las milicias del Sur pudieran hacerle frente en campo abierto. De modo que si el pueblo tenia que reducir su defensa al rádio interno de la ciudad, era de temerse, ó mas bien era casi seguro que los *vencidos del dia cinco*, y la crecida plebe que tenia afinidades notorias con ellos, se incorporarian con Dorrego; y entonces la situacion podia hacerse desesperada para los vencedores.

El último chasque dejaba á Dorrego en el Lujan en marcha ácia la Capital. Habia sin embargo de todo, un antecedente que hacia esperar que el conflicto no fuese tan

grave como se temia. Dijimos antes que el Cabildo habia oficiado á Dorrego con fecha 2, diciéndole que el 1° á la noche se habia producido un cambio total de cosas, que el Ayuntamiento *habia reasumido el mando de la Provincia* que habia *abandonado* y abdicado el gobernador Rodriguez. Como esto se habia reproducido, varias veces yá, en este mismo año, sin que nadie hasta entonces hubiera osado desconocer en el Ayuntamiento la *autoridad* y *la representacion originaria del pueblo*, Dorrego debió tomar como legítima (y lo era, á estar á los antecedentes consagrados, la notificacion y la órden que se le impartia como á general del ejército que le habia dado el mismo Cabildo en una circunstancia exactamente igual. Sin embargo, como Dorrego habia recibido dos dias antes la notificacion de que el General Rodriguez habia sido nombrado Gobernador por la Junta de RR, y *como* lo habia dado á reconocer en su Division [1] no procedió de pronto, y antes de obrar prefirió tomar mejores datos, para lo cual despachó á la Ciudad con pliegos al Sargento Mayor D. Angel Pacheco. Mas el dia 5 recibió nuevos y urgentísimos oficios del Cabildo, datados el 4, participándole que la Ciudad estaba rodeada por *numerosísimas bandas* de gauchage: que iba á ser asaltada y saqueada; que los Cívicos en la plaza estaban resueltos á sostenerse á toda costa, y que por consiguiente se interpelaba su patriotismo y su honor militar para que viniera *prontamente* á intermediar en

1. Véase la Gaceta del 18 de Octubre (*Oficio del Sr. General Coronel D. Manuel Dorrego*) en donde consta que el reconocimiento de Dorrego *fué entregado en la Sala Capitular el lúnes* 2 de Octubre *durante la sedicion* y NO SE LEYÓ AL PÚBLICO. Esto solo basta para vindicarlo de todo cargo sobre participacion directa ó indirecta en la asonada.

este furor recíproco de los bandos, y salvar al pueblo con su fuerza y con su persona, para que en libertad y orden se pudiese dar el gobierno que le convenia. Dorrego no vaciló; ninguno en su lugar habria vacilado; y se puso en marcha precipitada ácia la capital. Que tuviese ó no tuviese propósitos detrás del cumplimiento de su deber, no es del caso: lo que es justo considerar es, que en su situacion, nadie habria rehusado acudir al llamado del Cabildo, y que poniéndose en marcha cumplió con su deber. Ese fué sin embargo uno de sus grandes crímenes, como lo vamos á ver. Se necesitaban pretestos para perseguirlo, y los dió él mismo con la lealtad y con la rectitud de su conducta. Si él hubiera estado confabulado con los sediciosos de la noche del 1° de Octubre, si hubiera estado convenido con Pagola y con Agrelo, habria venido en el momento oportuno, con la decision y con la rapidez que le era genial en todas sus empresas; y entonces, la causa del general Rodriguez era causa perdida, por que Dorrego tenia un gran partido popular, era hábil, y estaba muy lejos de inspirar las resistencias desesperadas que inspiraba Pagola. Pero la verdad es que los conjurados del 1°. de Octubre le habian escluido, por sus disidencias anteriores del mes de Julio, y que solo apelaron á él cuando ya era tarde, y como último recurso, invocando la autoridad lejítima del Cabildo y no el interés de la sedicion misma: lo cual lo exhonera de todo cargo justificado.

«Cuando esto se escribe (decia el P. Castañeda en el « *Teofilantrópico*) son las 8 de la mañana del 9 de Octubre, « y estamos esperando la intimacion del General Dorrego « que abandonando su posicion, se ha vuelto contra la capi-

« tal, *llamado sin duda por los anarquistas que nada* habran « dejado por intentar para envolvernos en todo género de « males. A media noche, la Fortaleza hizo señal con tres « cañonazos, é inmediatamente se coronó la plaza y azoteas « con inmenso pueblo. Se ha mandado tomar satisfaccion « al general de sus precipitados movimientos, y no dudamos « que será batido. . . . . pues el pueblo está decidido á no « vivir bajo la peste federal de gefes hebdomadários, por que « «mejor mil veces es la *tirania* que la anarquia consiguiente « á las mudanzas semanales de gefes y majistrados. . . . Son « las doce del dia (agregaba en seguida) y dicen que el mo- « vimiento del Sr. Dorrego no fué mas que un equívoco al « que dieron motivo las sugestiones de los que, aún vencidos, « quieren atizar la discordia. Esperamos pues que el gene- « ral Dorrego no interrumpa el curso de sus victorias; y « facilmente nos persuadimos que no solo *acabará con los* « *montoneros externos*, sino que abriendo tambien los ojos, « como los ha abierto este pueblo, tratará de perseguir y de « no abrigar ni por un momento á esos *montoneros internos*, « que mudando mas formas que Proteo han burlado la vigi- « lancia de los que teniamos por Argos, teniéndonos todo el « año en una continua sorpresa.»

La opinion pública se guardaba pues de confundir á Dorrego con los sediciosos de profesion. La cautela y moderada justicia con que habla de él el P. Castañeda, que era el escritor mas hiriente y mas audaz contra todo lo que era contrario á la persona ó al gobierno de Pueyrredon, prueban que Dorrego se habia mantenido en términos prudentes y lejítimos, como lo vamos á ver con verdad, inspirándonos en los mismos documentos oficiales. Dorrego estaba tan

ageno de lo que debia suceder en la capital el 1° de Octubre, que ese mismo dia hacia reconocer y jurar en su division al gobernador nombrado D. Martin Rodriguez, de acuerdo, decia con sus principios de subordinacion militar; y mandaba á la ciudad al honorable Mayor D. Angel Pacheco para que á nombre del Ejército y del Gefe felicitase al Gobernador electo General Rodriguez.

Producido el motin del dia 1°. el Cabildo le notificó á Dorrego que habia asumido el mando de la Provincia; y le ordenó que marchase aceleradamente á proteger al pueblo reducido á la última estremidad y en peligro de realizarse una matanza espantosa. El 4 repitió el Cabildo sus órdenes; y Dorrego haciendo reconocer al Cabildo en su ejército trasladó su campo al Lujan para estar mas al alcance de los sucesos, y para poder darse cuenta mas clara de lo que estaba sucediendo. Entre tanto, Rodriguez habia triunfado el dia 5; y el mismo Cabildo que habia llamado urgentemente á Dorrego, le oficiaba con fecha 6 diciéndole que el Cuerpo Capitular habia recobrado su libertad, y salido de la violenta opresion en que lo habian tenido los facciosos desde la noche del 1°: que ahora podia asegurarle que la destitucion del General Rodriguez no habia sido obra del pueblo, sino de un pequeño número de revoltosos del 2°. Tércio Cívico, que apoderados á viva fuerza de la plaza de la Victoria:—«se han mantenido en ella hasta que ayer se les « obligó á desamparar el puesto por los ciudadanos de todas « clases auxiliados de la tropa del Comandante D. Juan « Manuel Rozas [1] . . . . . No dé V. S. asenso á otras cuales-

1. Ponemos Rozas ó Rosas segun se halla en el documento que tras-

« quiera especies, que solo el interés personal ó el ódio « puede inventar: crea V. S. la voz de la municipalidad que « no tiene otro objeto que el bien público: evitar desastres « y ver restablecido el órden público y la paz entre *hermanos* « y *amigos*, para convertir las fuerzas contra los *vándalos* « (los montoneros) y contra nuestros antiguos opresores. « Bajo el aspecto esplicado en este oficio considere V. S. « las *anteriores comunicaciones que se le han dirijido sobre* « *este suceso*; sin olvidarse de la dignidad, amor y respetos « debidos á este cuerpo, que ya no puede sobrellevar mas « amarguras, conflictos y sacrificios tan enormes en cada « una de estas convulsiones. El Cabildo asi lo espera del « acreditado celo de V. S. en medio de las angustias que « rodean á nuestra amada patria.»

Lo importante ahora es ver cuales eran esas comunicaciones *anteriores*, que este mismo Cabildo le habia dirijido á Dorrego, invocando, como ahora, su carácter popular y sus angustias. Por que aquellas debieron tener, para él, el mismo orígen y el mismo império que estas: y la obediencia que se le pedia para estas últimas, debió parecerle obligatoria para las otras; y desde luego, Dorrego habia cumplido con su deber si habia marchado ácia la Capital por las órdenes anteriores del Cabildo.

Sin recibir la anterior comunicacion, Dorrego llegaba el 7 al Lujan, y desde alli oficiaba á la Junta de RR. en estos términos:—«Con fecha 2 me hizo saber el Exmo. Cabildo que « el mando de la Provincia habia recaido en él, por la volun-

cribimos; pues él mismo individuo firmaba *Rozas* la proclama que dirigió á su Regimiento el 28 de Setiembre en Matanzas y en otros documentos.

« tad de ese pueblo; y de acuerdo con los principios de
« subordinacion y amor al órden que siempre me han guiado,
« fué hecho reconocer en el Ejército de mi mando por Go
« bernador y capitan general. Con fecha 4 *me ordenó* la
« misma Corporacion que me pusiese inmediatamente en
« marcha en auxilio de ese benemérito pueblo que se hallaba
« asediado y atacado por gruesas partidas de caballeria: no
« trepidé un momento en obedecer, animado del deseo de
« evitar desgracias entre mis conciudadanos; y asi lo hice
« entender y proclamé al ejército de mi mando — Al llegar
« (hoy 7) á este punto se me ha presentado el Sargento Ma-
« yor D. Angel Pacheco; y me informa de la dolorosa escena
« sucedida en esa capital.....Yo suspendo mi marcha
« hasta recibir órdenes de V. Honorabilidad; pero es muy
« *de notar* para mí, que en todo este tiempo yo no he recibi-
« do comunicacion, ni aun contestacion á' vários oficios *que*
« *le he dirijido* al Sr. General Rodriguez, como verbalmente
« podrá informar á V. H. el conductor de esta Mayor Pache-
« co. En el entretanto, Vuesa Honorabilidad puede des-
« canzar bajo la firme inteligencia que *la fuerza de mi mando*
« *jamás propenderá sino al órden y tranquilidad de nuestra*
« *Provincia, y al escarmiento de los enemigos de ella.* »

Con la misma fecha del 7, con que Dorrego dirigia esta comunicacion á la Junta de RR. la Junta á su vez le dirigia á Dorrego una nota acre y casi hostil, que no tenia razon alguna de ser:—«Acaba de saber la Junta con la mayor sorpresa
« que V. S. *por comunicaciones que le hizo una parte pequeña*
« *del Cabildo*, en los momentos de su *efímero* y tumultuario
« mando, por equivocados conceptos, *falta de datos positivos*
« ó por otros principios que la Junta se hace violencia en

« creer, se ha puesto en movimiento ácia esta ciudad, aban-
« donando el principal objeto de su destino, y la seguridad
« de la Provincia, que, por este paso irregular, queda espuesta
« á una libre é impune invasion del enemigo, con consecuen-
« cias de alta y lamentable trascendencia de que *en todo*
« *tiempo será V. S. el único responsable.* Omitiendo la Junta
« hacer á V. S. otras reflexiones sobre el pernicioso paso
« . . . . . ordena á V. S. que en el acto suspenda toda marcha
« en cualquier punto en que se halle y obedezca las órdenes
« del gobernador y capitan general Rodriguez, bajo el mas
« sério apercibimiento y responsabilidad á los males ine-
« vitables que no deben esperarse de V. S. por *el amor al*
« *órden* y felicidad de la provincia que V. S. ha acreditado
« en sus anteriores victorias contra sus enemigos, y que
« esta Junta nunca olvidará para conferirle á su tiempo el
« respectivo premio.» Mas adelante se verá cual fué.

La alarma del dia 8 habia sido pues el resultado de falsas noticias. Dorrego se habia detenido en el Lujan: habia hecho reconocer otra vez al General Rodriguez como gobernador de la provincia, por el Ejército, y habia comisionado á su ayudante el Sargento Mayor D. Miguel Planes para que bajase á la ciudad á felicitar de nuevo al gobernador restaurado.

Aclarado todo esto, el Cabildo le escribia asi—«Este
« paso de cordura y de juicio de que jamás dudó esta cor-
« poracion; ha dejado lleno de júbilo á este pueblo y *sofoca-*
« *da la voz de la calumnia y de la maledicencia.* El Cabildo
« se felicita por tan feliz suceso, y tambien felicita á V. S.
« por este nuevo testimonio de amor y *generosidad* tributado
« á la provincia, ademas de los que V. S. ya tiene dados con

« escarmiento de nuestros verdaderos enemigos». Debió ser profundo el consuelo que estas palabras le dieron á Dorrego, porque su contestacion es sentidísima é ingénua: —«El oficio « de fecha 9 me ha sido de la mayor complacencia; por que « mi único voto, mi único deseo, es ser útil á mis conciu- « dadanos; y cuando veo que mi conducta les place, yo he « recibido mi mas alto prémio. V. E. puede descansar bajo « la firme inteligencia de que mi espada y la de los demas « gefes que componen este ejército, jamás se desenvainarán « contra ningun habitante de la Provincia. Destinados á « conservar el honor y el decoro de ella, ó moriremos en la « lid, ó habremos conseguido tan noble objeto.»

Asi concluyó el papel político del Coronel Dorrego en 1820; y nos hemos esmerado en seguir los sucesos con el texto de los documentos, por qué, (con verdad lo declaramos) habiendo sido ese benemérito patriota una de las víctimas mas indignamente sacrificadas en holocausto al odio de los partidos, y sin otro derecho que el de la fuerza militar amotinada, se ha pretendido justificar ese acto sangriento y autojadizo con no sé qué série de antecedentes oscuros y tenebrosos, que venian haciendo del Coronel Dorrego un criminal incorrejible. Protestamos contra esa calumnia con toda la virilidad de nuestra conciencia, con toda la conviccion de nuestro juicio propio; y creemos que todos los antecedentes de esa vida honorable y consagrada al servicio de la Revolucion Argentina, pueden desafiar la mas ancha luz de la publicidad y del juicio de la historia, sin que salga merecedor en ningun sentido de la estrella fatal que le persiguió, ni aún del ódio de sus enemigos. Verdad es que sus altas calidades lo hacian temible en las luchas de la política, y

que la actividad prodigiosa de sus talentos hostigaba sin piedad á sus adversarios en la prensa, en los parlamentos y en los corrillos de la opinion pública. Pero, ni cometió otro crimen, ni hubo otra razon para sacrificarlo, que el despecho de sus adversarios políticos provocado por las calidades agresivas y fuertes del génio de la víctima. [1]

Mientras no estuvo seguro de su terreno, el nuevo partido unitario protestaba y clamaba contra el cargo de *pueyrredonista* y directorial, que no cesaban de hacerle sus adversarios, como si tal cargo envolviese una calumnia intolerable ante la justicia del pueblo; y era que, en efecto, cualquiera que fuese el predominio de la burgesia ilustrada y rica que constituia la fuerza de ese partido, algo grave se venia preparando en el seno de las masas y del sentido político del pueblo, que inspiraba recelos y que impedia declarar

1. Dorrego fué destituido á los pocos dias por el General Rodriguez, y confinado, por precaucion, en San Isidro. A los pocos meses fué confinado á Mendoza. Indignado él de este tratamiento, y aburrido de su largo destierro, dejó á Mendoza por su propia voluntad, y se fué al Alto-Perú buscando la amistad y la proteccion de Bolivar y de Sucre, con quienes trabó estrecha relacion. Pero al poco tiempo se pronunció la oposicion de todos los caudillos provinciales contra la persona de Rivadavia, y Dorrego logró hacerse nombrar Diputado Nacional por Santiago. Incorporado al Congreso se hizo el gefe de la oposicion. Disuelto el órden nacional, por obra de la misma mayoria unitaria, y restablecida la autonomia de la Provincia de Buenos Aires, que habia sido violada, Dorrego fué nombrado Gobernador legal de Buenos Aires, y Encargado del E. Nacional por las demás Lejislaturas de Provincia, en cuyo carácter logró hacer la paz con el Brasil. Derrocado por el motin militar del 1°. de Diciembre de 1828 y fusilado unos dias despues, recogió su herencia un bastardo como patriota y como federal, es decir: federal de circunstancias, y en el fondo, metropolista como un Virrey. De otro modo Rosas no habria sido tan popular en Buenos Aires, como lo fué al principio.

francamente la tendencia ácia la restauracion del poder oligárquico de la Comuna, concentrado ahora en la Junta de RR. y en el Gobernador de la Provincia, como antes lo habia estado en el Director y en el Congreso. Pero cuando los prestigios y los vapores del triunfo militar y político del 5 de Octubre, envolvieron en el incienso de los *te-deum* y en el humo de la artilleria los pasados temores y recelos, ya no hubo para que ser prudente: — El nuevo gobierno tenia en efecto su origen en los hombres ilustres de la época de Pueyrredon, y aunque habia destituido á su glorioso gefe para renovar su sávia, era continuador de aquellas tradiciones, y aspiraba á reanudar los vínculos nacionales en un nuevo Congreso unitario y Constituyente. El Gobernador y la Junta lo declaraban asi con la misma franqueza.

El Gobernador decia en una de sus arrogantes proclamas—«Ellos me incluyen en lo que llaman *faccion* de « Pueyrredon. Son muchos los hombres que han servido « diversos destinos en la anterior administracion directorial « y solamente el atrevimiento de la iniquidad puede calificar- « los á todos de delincuentes. ¿Cuál es el juicio, cuál el « Tribunal, cuál la ley que los ha condenado? Yo no « pertenezco á faccion alguna: soy partidario del bien de mi « patria: soy enemigo de los que tratan de arruinarla.... « Hay fuera de Buenos Aires una terrible liga contra la liber- « tad de Buenos Aires y de las demas Provincias: liga que « elige, por medios, los desórdenes y la anarquia para en- « tregarnos al yugo del despotismo. Se pone en ejercicio « contra nosotros la máxima de *dividir para dominar*. UNÁ- « MOS por lo mismo nuestras fuerzas morales y nuestras « fuerzas físicas; y veremos pronto restituido el esplendor

« de esta Provincia y de TODA NUESTRA PATRIA.» Si el nuevo partido unitario no se hubiera presentado en la escena internamente reformado, y deshaciéndose de sus viejas entidades, de sus *hombres gastados* como Pueyrredon, Tagle y algunos otros, (media docena á lo mas) para ofrecer al pais su mismo conjunto pero distintamente acomodado, no habria conseguido reaccionar; y su habilidad estubo en la persistencia de sus miras y en la reforma de su propia constitucion *interna*.

Fortificando la doctrina con los hechos, para asentar bien su poder, la Junta de RR. le daba al Gobernador nuevas facultades estraordinarias, diciéndole que entre ellas le conferia la de—«poder proceder al juicio de los reos y á la « imposicion de las penas, por los medios que le bastasen « á cerciorarse del delito y del delincuente, sin detenerse en « la lentitud y trabas de las formas ordinarias, por exijirlo « asi la suprema ley de la salud pública de esta benemé- « rita Ciudad y Provincia.» [1] En consecuencia, el Gobernador hacia fusilar en la Plaza del 25 de Mayo al Capitan Salomon que habia estado á la cabeza del 2º Tercio como Comandante en el motin del 1º de Octubre, á un tal Garcia, de Santafé, y á un tal Gutierrez; al mismo tiempo que se activaban los procedimientos contra Dolz: quien, despues de haber corrido un peligro inminente de ser fusilado, salvaba á duras penas solo por pertenecer á una familia de las mas distinguidas del municipio, y por estar vinculado á otra no menos influyente, [2] que hicieron esfuerzos inauditos por arran-

1. Comunicacion Oficial del 7 de Octubre de 1820: inserta en la Gaceta del 18 del mismo mes.

2. Era casado con la Sra. Doña Juana Rosa Ugarte.

carlo á las duras exijencias de la justicia administrativa.

La Junta de RR. habia sido mas franca todavia que el mismo Gobernador, para declarar sus miras políticas, directamente tendentes á reorganizar la Unidad Nacional sobre la base de la ciudad y del municipio de Buenos Aires. Ella se creyó con tanta urgencia de hacerlo saber á todos, que para dar en ese sentido su famoso *Manifiesto*, no esperó que se prodigese la lucha con los descontentos, que todos preveian, ni al triunfo del 5 de Octubre; pues que lo lanzó el 28 de Setiembre, apenas electo el Gobernador que completaba la restauracion del partido. Ese Manifiesto tenia miras y conceptos que son hoy de la mayor importancia para esplicarnos el carácter de los sucesos pasados y de los que debian continuar la história de aquella época ilustre.—«Así que esta Junta ha sido llamada por el « sufragio del Pueblo al árduo egercicio de sus funciones, « uno de los primeros movimientos de su celo lo ha diri- « jido al exámen del estado presente de la Nacion.» La Junta lo consideraba aflijente y desconsolador «esa máquina « política que con la primera rotacion supo imponer respe- « to á sus agresores y atraerse el interés de las naciones « sábias,»—yacia rota por el volcan de la anarquia, que los enemigos del pais habian sabido fomentar con diabólica destreza:—«ha desaparecido hasta el carácter nacional; ha « desaparecido el comercio interior por la interrupcion « de todas las vias interprovinciales; y la riqueza pública « está arruinada. Pero, que no canten el triunfo, decia, « esos enemigos y los cómplices depravados que los sirven, —«siempre que las Provincias Unidas, volviendo atrás « los ojos, recuerden el hermoso oriente de su gloria en

1810, recuerden el acta memorable de 1816, y traigan á juicio *el compromiso solemne* en que están para con millones de almas, [1] para con las tiernas generaciones, para con el mismo autor del Universo, á quien pusieron por garante de la soberanía é independencia nacional, jurando que tenian recursos bastantes y voluntad inquebrantable para fundarla: siempre que estiendan la vista al porvenir, que consideren la grandeza de nuestros destinos futuros, destinos de gloria que la imaginacion mas enérgica no puede abarcar; entonces no podrán menos que ver cortadas estas dos épocas luminosas del pasado y del porvenir por un abismo de oscuridad y de opróbio, porque distraidos por intereses bastardos quedaremos sin un centro vital, cuya falta basta para que desaparezca la respetabilidad y el poder nacional, sin lo cual no habrá el porvenir que anhelamos, asi como no habria habido ese pasado de que nos gloriamos. La Junta sabia que todas las provincias se hallaban en las mismas disposiciones; y esto era para ella una prueba de la sanidad del cuerpo social. Por su posicion geográfica, por sus producciones, por los vínculos tradicionales, y por mil otros motivos, las Provincias Argentinas forman una union tan natural, que toda separacion entre ellas tiene que ser violenta y estraña á sus deseos esenciales. Estaba pues en sus manos presentar desde luego esta obra lenta de los siglos que se llama una Nacion constituida; y corresponde á las autoridades realizarla con solo el esfuerzo de su voluntad. Para ello, era preciso sinembargo anular antes *ó*

1. Es evidente que esto se refiere á la Europa liberal, y á la necesidad de atraer la emigracion industriosa del viejo mundo.

los agentes de la discordia y tener sus nuevos planes.
«Ellos son hoy mas activos y mejor combinados: y solo
« podrán ser reprimidos, si los que tenemos la gloria de
« ser ajentes de la UNION NACIONAL nos apresuramos á
« reunir en UN FOCO todos los rayos del Poder Público
« que hoy estan diseminados y sin la actividad conveniente.»
La Junta se declaraba pues francamente Unitaria y Directorial.—«Dar una cabeza á estos miembros hoy separados,
« formar un centro comun, depositario de la confianza ge-
« neral de todos los pueblos, que, por su respetable inter-
« posicion, ó *poder*, sofoque en su nacimiento las dife-
« rencias indispensables que entre ellos se suscitaren,
« *reorganizar nuestra máquina social* de modo que sea
« capaz de dar impulso á sus resortes y de *recuperar la*
« *grande rotacion* correspondiente á sus destinos: tal es la
« importancia, tales los objetos del Congreso Nacional que
« hoy se anhela por esta Provincia de concierto con las
« demas. Sin la existencia de este cuerpo, y sin el con-
« vénio de las provincias en *darle este poder para exter-*
« *minar* las discordias, este templo que se ha estado levan-
« tando en diez años de libertad, *este asilo que se ha estado*
« *fabricando para todos los hombres industriosos del resto*
« *de la tierra*, va á quedar convertido en teatro vergonzoso
« de guerras civiles, de devastacion y de sangre.»

¡Oh ludibrios de la historia humana! Esta era la política y las miras sociales que desenvolvia el partido unitario, fuerte con el apoyo que debian darle en el dia de la lucha los *Colorados de Rosas!*

«Ya las carabanas del comercio (continuaba diciendo
« el Manifiesto de la Junta) que poco antes cruzaban todos

« los caminos del interior, repartiendo entre los pueblos « la vida y la riqueza, hoy son escuadrones armados de « hierros fratricidas para la matanza y el pillaje; y la ruina « es general. Buenos Aires cuenta empero con bastantes « recursos *para reducir á su deber á los miserables que la « provocan.*» Pero lo importante era que no quedase vivo el gérmen, y que los pueblos se unificasen para sofocarlo — « Nada importante se habrá hecho mientras las Provincias « no vuelvan á entrar en la carrera, para que el Poder « combinado de la Nacion impida y castigue toda via de « hecho entre los pueblos hermanos; via que solo pudiera « tolerarse cuando, en casos estremos fuese autorizada por el « Cuerpo Augusto Nacional. Si no damos al sistema polí- « tico ese tono enérgico, al mismo tiempo que justo y « benéfico, las bocas del abismo quedan abiertas; y esta « Nacion que ha querido formarse en el luminoso siglo « 19, mostrará, para verguenza del nombre americano, un « atraso de diez siglos. Entonces esta Nacion que ha « querido aparecer en el horizonte político tras la Cons- « telacion brillante del Norte, será solo para el mundo un « cometa aterrador ó un meteoro espantoso. ¿Que títulos « haremos valer en los gabinetes para merecer la conside- « racion ó la amistad de las naciones? ¿Qué respeto « impondrán nuestras fuerzas cuando solo estén empleadas, « de un estremo á otro, en luchar y en acabarse á sí mismas?» La Junta no podia menos de confesarse profundamente afectada de este descrédito en que el pais iba cayendo, precisamente cuando todas las circunstancias de la política exterior, empezaban á hacernos esperar que llegabamos yá á tocar el momento de que nuestra independencia fuese

reconocida por la Inglaterra, por los Estados-Unidos y por el Portugal. Estas razones de tan alta importancia eran las que habian estimulado á la Junta para tomar la iniciativa y provocar la reunion de un nuevo Congreso [1].

Pero las circunstancias no eran todavia bastante claras para que el partido unitario porteño osase dar á la reaccion toda la claridad de propósitos con que en el fondo la queria hacer imperar. Bustos en Córdoba, Güemes en Salta, y el pueblo culto de Mendoza, sin ningun caudillo que lo impulsase, y *sin otro motivo que sus patrióticas tradiciones*, querian reorganizar la Nacion y constituir un Congreso y un Gobierno General en alianza y en acuerdo con Buenos Aires. Güemes, entendido á este respecto con San Martin y defendiendo los legítimos intereses de Salta y del Alto Perú, pedia con razon y patriotismo que se reorganizase de nuevo el Ejército Auxiliar del Perú, para invadir las provincias altas al mismo tiempo que San Martin desembarcara sobre

1 En efecto, la Revolucion encabezada por Quiroga y Riego habia destruido todo el armamento y recursos que la España habia estado aglomerando en Cádiz para expedicionar contra Buenos Aires. Sublevado el Ejército contra el Rey Absoluto, esas armas estaban empleadas en la guerra civil española, para liberiar la Península volcando el gobierno y levantando la bandera liberal. La España era pues impotente para espedicionar, y mucho mas para reconquistar. Dedando que el Rio de la Plata ya no tenia cosa ninguna que temer por ese lado. Declarada la impotencia y postracion de la España, la Inglaterra y el Portugal, comenzaron por hacerse asequibles: y fué evidente que iban á reconocer muy pronto la Independencia de Sud-America, con tanta mayor razon y derecho cuanto que los Estados-Unidos lo habian hecho en el acto en que tuvieron la noticia de que el Ejército espedicionario español se habia sublevado haciendo imposible la expedicion. Sobre esto se verá el Apéndice en que narraremos los sucesos, y la parte que tuvieron los dignos patriotas argentinos D. Andrés Arguivel y D. Tomas Lezica.

las costas de Lima. Es verdad que la riqueza y la opulencia de Salta dependia de que se restableciese su tráfico con aquella parte del territorio antiguo, y que para ello era indispensable desalojar de allí, á los realistas que eran los que le ponian una barrera. Pero al mismo tiempo Güemes queria con esto volver á los tiempos, felices para él, de Belgrano, y suponia que correspondiéndole el mando del nuevo ejército, no solo por su inmenso prestigio sino por sus servicios, iba á tener de su parte el poder legal de la *Nacion Constituida, para exterminar en Tucuman* la faccion de D. Bernabé Araoz con quien estaba en guerra incesante. Verdad es que Güemes habia sido siempre *nacionalista* y que Araoz pensaba en declarar á Tucuman *República Soberana*. Pero por lo mismo, á los propósitos legítimos se mezclaban tambien motivos de egoismo, que hacian de Güemes un ardoroso y ridículo de la reconstruccion nacional, que rechazaba con indignacion las sugestiones de Ramirez y de Lopez contra Buenos Aires, al mismo tiempo que Araoz las aceptaba como ardiente *separatista*, segun lo hemos de ver cuando historiemos la situacion interna y respectiva de cada provincia.

En cuanto á Bustos obraba otra clase de intereses que predominaban en su ánimo. Habia sido, y continuaba siendo amigo personal de Güemes, y estaba de acuerdo con este en el propósito de reconstruir la nacion; pero nó como antes, poniendo en Buenos Aires el asiento de los poderes generales, sinó trasladándolo á Córdoba.

Dueño del ejército nacional que habia sublevado en Arequito, aparecia con un poder colosal. Su caracter moderado y sensato, su resistencia y su hostilidad con los montoneros,

su negativa á permitirle á Carrera nada que pudiera acercarlo á Mendoza, su correspondencia activa y honrosa con O'Higgins y con San Martin, que le servian para poner de su parte á las provincias de Cuyo, le habian dado muchísima importancia, y en Buenos Aires mismo se le miraba como un hombre que habia puesto barreras al movimiento anárquico del interior, que estaba bien intencionado, y que seria indisputablemente un aliado muy valioso para exterminar á Lopez y á Ramirez, el dia que formándose un Congreso y un Poder legal, las autoridades nacionales recobrasen su antigua unidad de accion. Así pues, tanto en Salta como en Mendoza y en Buenos Aires, se habian hecho trabajos para que Córdoba fuese el centro de la nueva tentativa para reorganizar la Nacion [1]. Pero sea dicha la verdad, de parte de Buenos Aires y de su poderoso é ilustre Partido Comunal ó unitario, esta concesion no era sino un sácrificio de circunstancias, que la Junta hacia con cierta reservas que mostraban bien su poca espontaneidad. La Junta decia que esos poderosos motivos del Manifiesto que hemos procurado extractar, la impulsaban á efectuar, desde luego, á nombre de su Provincia, la eleccion de Diputados para el nuevo Congreso en las personas de los Dres. D. Matias Patron, y D. Mariano Andrade:—«Ellos « se presentarán en la Capital de Córdoba, donde tienen « órden de esperar los sufragios de los demás pueblos « concurrentes en *órden á designar el lugar en que residirá* « el Congreso, que deberá resultar de la pluralidad de

1. Véase la Gaceta de 13 de Setiembre de 1820: *Oficio del Sr. D. Juan Bautista Bustos.*

« votos. Por medio de este acto y por la espresion « ingénua que acaba de hacer de sus sentimientos á todos « los pueblos, la Junta reposa en la satisfaccion de haber « cumplído con sus altos deberes..... y felicita á las demas « provincias que le han manifestado su comunidad de mi- « ras.... Dos grandes sucesos deben alentarnos en esta « nueva tentativa: el reconocimiento de nuestra indepen- « dencia por el Gabinete de Washington, y la brillante « expedicion sobre los Opresores de Lima. Si por médio « de una conducta sábia y vigorosa, sabemos aprovechar « los influjos de uno y otro acontecimiento, habrá sido « corto el intérvalo de nuestros errores; él se perderá « en la historia de los grandes sucesos con que habremos « vuelto á entrar al camino de nuestra Independencia Na- « cional.» [1]

El partido unitario del año veinte al año veintiseis, está todo entero en los conceptos nobles, vastos y un tanto visionarios de este Manifiesto: que consideramos como el punto de partida de todos los sucesos que caracterizan de un modo tan especial aquel trozo brillante de nuestra história política que se ha llamado despues, con poca verdad, *época de Rivadavia*. El Señor Rivadavia no habia venido todavia de Europa cuando nuestra política interna provincial se teñia yá con esas tintas brillantes y lucientes de las ideas liberales y de las grandes soluciones de la civilizacion sud-americana. Hasta en esas metáforas, tomadas á la astronomia, en que

1. Este papel cuyo tenor integro recomendamos á los inteligentes y curiosos, por el mérito de sus concepcion y de su estilo, fué escrito por el Dr. D. Vicente Lopez, miembro de la Junta y revisado por el Dr. Gazcon.

abunda el Manifiesto, está marcada la época aquella que debia producir la «*Abeja*» y el «*Argos*: que debia fundar la *Sociedad Literaria*, que debia exaltarse con el estúdio de los Cielos, y darse á las matemáticas con un entusiasmo poético, para crear el Departamento Topográfico, para iniciar la Carta Rural de la Provincia y para echar las bases de la Estadística Nacional.

Pero, como antes dijimos, este Manifiesto firmado y lanzado el 28 de Setiembre, fué el acto primo de la *Junta* recien creada cinco dias antes; y dos dias despues reventaba en la plaza de la Victoria el terrible y sangriento motin de la noche del 1° de Octubre. Sofocado cuatro dias despues, salvado el órden y reprimida la anarquía con severos castigos, la política de la Junta, y del nuevo gobierno, pudo marchar y desenvolverse sin tr bas dentro de la Provincia misma y en sus relaciones con las demás.

En cuanto á lo interior, el estrepitoso motin del 1° de Octubre suscitó un cierto órden de ideas y de intereses, que vino á poner en tela de juicio todos los fundamentos ó principios gubernativos que hasta entonces habian subsistido como hechos tradicionales, á pesar de su irregularidad legal. El uno era la representacion política que egercia el Cabildo como ajente inmediato y legal de la ciudad. Desde la revolucion del 25 de Mayo de 1810, todos los actos de la soberanía revolucionaria se habian efectuado en la Plaza y en los salones del Ayuntamiento. Este cuerpo era el que tenia el poder consagrado de *convocar* directamente al pueblo por medio de su campana, el que proclamaba las instalaciones del Cabildo Abierto ó Asamblea general del vecindario: el que presidia los actos populares: y el único que

podia *registrar* y *promulgar*, por Bandos, las resoluciones del pueblo gobernando sus asuntos directamente y sin apelacion á ningun otro poder. Era el Gogobierno Directo de E. Quinet. Como era natural, esto ponia un poder inmenso en manos del Ayuntamiento; y tanto mas temible era ese poder, cuanto que era difícil contrallar y moderar los actos de las multitudes reunidas bajo la accion de la intriga y de la cabala, para producir cambios y conflictos al empuje de las facciones. Sin embargo, hasta entonces todo se basaba sobre la accion directa y la voluntad del pueblo presidido por el Cabildo; y por ficticio que sea el principio para nosotros, entonces era el principio incontrovertible: y nadie se habia atrevido á tocar la institucion de los Cabildos, que pasaba, por consiguiente, como la *Oficina del Pueblo mismo*, como la entidad viva de la capital. En el fondo, la doctrina era buena y esencial en el órden del gobierno *de lo própio*. El mal no estaba en la institucion misma, sinó en el caracter *metropolitano* y *absorvente*, con que la Ciudad de Buenos Aires dominaba y centralizaba la vida política de toda la Provincia y aún la de la República entera; demodo que el Ayuntamiento ya no era Municipal, sinó personaje político y revolucionario, encargado de la jerencia de los intereses políticos de Buenos Aires, es decir: de la Capital y de la metrópoli de la República.

Mas, como esta jerencia era oficiosa y no oficial, como era la dominacion de una de las partes sobre las otras partes, creada por el influjo fatal de causas irregulares, resultaba que el Cabildo vivia á parte, diremos así, del gobierno; aunque pronto siempre á abrir sus puertas al pueblo y á

las facciones para deshacer gobiernos existentes, y para crear gobiernos nuevos, en los tumultos que las facciones le obligaban á presidir para justificar los resultados.

Además de este grave antecedente, se complicaba con él otra consecuencia no menos monstruosa, que tambien perduraba como un derecho consagrado, incontrovertible, y que, para mayor fuerza, tenia un orígen gloriosísimo. Cuando Buenos Aires tuvo que prepararse á resistir y vencer la formidable espedicion inglesa de Lord Witelock, fué el Cabildo el que levantó, organizó y pagó con sus propios fondos las *Lejiones de Patricios*. Una vez armados estos batallones, y triunfadores en las famosas jornadas de Julio de 1807, fué preciso mantenerlos en pié por las diversas perturbaciones que hicieron necesaria su proteccion. Despues de la Revolucion, esa necesidad creció; y las *Lejiones de Patricios*, inspiradas por el ardoroso espíritu de la guerra de la independencia, no solo fueron el eje de para dar á la sociedad colonial el movimiento febril que requeria en la lucha contra la España, sinó que constituyeron la base de la defensa y de la seguridad de la Capital en caso de que fuese atacada por espediciones de mar. Mientras duró la Junta Gubernativa y los Triunviratos del año 11 á 12, los Cívicos siguieron en manos de estos gobiernos, que, por su orígen y por su apoyo mismo, eran esencialmente locales. Pero cuando el general Alvear trató de concentrar el poder político y militar en una esfera mas elevada y puramente nacional, provocó, como se sabe, un movimiento de oposicion tan grande, que poco tardó en derrocarlo; siendo precisamente el Cabildo y los Cívicos las entidades que hicieron un papel mas ardiente

y mas enérgico en esa insurreccion del espíritu civil y urbano contra la centralizacion militar. Desde 1815 los Cívicos quedaron pues bajo el mando directo del Cabildo y sostenidos por los fondos de esta corporacion; por eso es que ella se titulaba *Exmo. Ayuntamiento y Brigadier General de los Tercios Cívicos.*

La doctrina de una milicia cuya base sea el municipio, no solo es aceptable en principio, sinó de exelentes resultados. Todo el organismo militar de la Prusia reposa hoy sobre la union del elemento municipal del vecindario con las listas elementales de la Compañia, del Batallon, del Regimiento y de la Division, con los ejercicios doctrinales y con los estudios de academia de los oficiales. Así es que en todas las tablillas de los caminos que designan las secciones y departamentos municipales y provinciales en Prusia, está tambien la designacion de las categorias militares que les son relativas. [1] Pero la exelencia del principio pasivo de la milicia municipal se habia viciado en la primera década de nuestra revolucion, y los Tercios Cívicos estaban movilizados, acuartelados, y armados, *bajo el mando del Cabildo*, con esclusion de toda intervencion de parte de las autoridades administrativas de la nacion ó de la provincia. Cuando el general Alvear quiso reformar este órden de cosas, se creyó que lo hacia mas bien por asegurarse un poder militar despótico, que por un principio impersonal de buena administracion; se sublevaron contra su persona las furias del Cabildo y de los Cívicos; y cayó, para no levantarse mas, por esa tentativa. Pueyrredon en 1817,

1. Le Play: *Organization du Travail* pag. 314 et 4ª Paris 1868.

hizo tambien otra tentativa para poner á los Cívicos bajo la accion gubernativa de los Poderes Nacionales, por medio de un decreto muy prudente, en que invocaba las urgencias de la guerra de la independencia, y la necesidad de organizar la defensa de la capital, bajo un plan serio que respondiese á una direccion uniforme. Pero, dos dias despues se levantó un alboroto amenzante, el Cabildo arrugó la fisonomía, y el Director, con toda la energía de su poderosa voluntad, tuvo que modificar su decreto y que devolver *sus Tercios* al Cabildo.

Sin embargo, empobrecido el pais por la guerra civil y por la guerra de la Independencia, no bien se tranquilizaba un tanto el ardor de las facciones, cuando el Cabildo mismo le suplicaba al Gobierno que le ayudase á sostener á los Cívicos, por que la ciudad carecia de recursos municipales para este servicio. El gobierno, de acuerdo con su reciente origen en el último tumulto, daba algo á duras penas como recurso eventual; pero ni creaba un órden orgánico para ese servicio, ni el Cabildo se atrevia á poner á los Cívicos fuera de su departamento, por que estos lo habrian resistido. Al principio, el *espíritu cívico* habia sido comun á todos los Tercios ó Regimientos. Pero como el *Primero* se componia de la Burgesia decente, y estaba dominado por la multitud belicosa del *Segundo*, ese espíritu peculiar, que hemos llamado aquí *cívico* en un sentido puramente histórico, se habia concretado en este último y en el *Tercero*, que, como era compuesto de gentes de color, adjuntas en general á las familias de la Burgesia, tenia á este respecto un caracter poco definido, y no era esencialmente de *medio pelo* como el *Segundo*.

Esta diferencia de principios, que venian debatiéndose desde algun tiempo atrás, habia puesto en pugna pues los afectos y los intereses internos del 2º Tercio, con las ideas del partido Directorial, que defendia francamente la absorcion de los Cívicos en el órden administrativo y gubernamental del Poder Ejecutivo. El primer conflicto, como se ha visto, fué el que provocó Soler contra Ramos-Mejia. Aquel, como Comandante General de Armas, nombrado por el Cabildo, negó la supremacia militar de este que habia sido nombrado Gobernador y Capitan General de la Provincia por la Junta de RR. El Gobernador consultó á la Junta sobre el caso, y esta mantuvo en principio la legalidad de la autoridad militar superior del Gobernador: pero le dió en el hecho una forma azas estravagante y débil por que le declaraba esa superioridad con la inteligencia de que estaba obligado á mantener en su puesto al General Soler. Despues hostigada por Soler la Junta le admitió la renuncia manteniendo la jurisdiccion superior del Gobernador; pero Soler se insurreccionó; y la Junta le acreditó ó revalidó el título de Gobernador que le habia dado el Cabildo del Lujan. Los sucesos tomaron tal cesgo, que no vino el caso de resolver constitucionalmente el desacuerdo á este respecto. Pero vencido el motin de la noche del 1º de Octubre, sojuzgado y destronado al fin el Cabildo por el triunfo de la Junta de Representantes —*Poder Legislativo y Electoral* á la vez, toda la armazon *municipal y Cívica*, sobre cuyo ege Comunal habia girado la Revolucion de Mayo, estaba ya rota en su forma esencial.

Con esto vino pues la ocasion que tanto tiempo há deseaba encontrarse; y el Gobierno del General Rodriguez

pudo hacer, despues de la victoria del 5 de Octubre, lo que no habia podido hacer el General Alvear en 1815, ni el Director Pueyrredon en 1817. Consultada la Junta sobre el caso por el gobernador Delegado D. Márcos Balcarce, contestó con tal prudencia, que basta para hacernos sospechar el terror que todavia imponia á las autoridades legitimas de la provincia el segundo Tercio de Cívicos, apesar, de no ser yá sino la sombra vaga de un cadáver. [1] —«En el lleno de facultades estraordinarias que se han « conferido al gobierno, está comprendido el tomar las « medidas mas convenientes para conservar la tranquili- « dad pública sobre el particular de la milicia Cívica á que « se dirige su citada consulta; teniendo muy presentes los « objetos por que fueron concedidas aquellas facultades!» Con esto, el Gobierno resolvió con fecha 20 de Octubre, que desde este dia quedasen los cuerpos cívicos bajo el inmediato mando del P. E. » [2]

No era tan fácil decretar desde los primeros momentos la reforma del órden municipal y hacer desaparecer los Cabildos; porque una multitud de servicios orgánicos estaban deferidos á esa corporacion, en el ramo de mercados, de tributos; de policia, de salubridad, de abastos, y mil otros de una necesidad diaria y apremiante.

1. Lo que se llamaba *Segundo Tercio* en 1820 habia sido aquel *1er. Batallon de Patricios* que se sublevó y que hizo tan sangrienta resistencia en 1811 cuando Belgrano les mandó que se *cortasen las trenzas*.

2. Véase el Bando de 1º de noviembre de 1820 para el arreglo del ejército, que creó la *Legion Patriótica Patricia* en sostitucion de los *Tercios Cívicos*, dándole una organizacion fundamentalmente diversa de la que habian tenido estos Tercios.

Pero, de cualquier modo que fuese, privada la corporacion del mecanismo electoral que hasta entonces habia tenido en sus manos, privada del mando de sus Cívicos, y concentrado el Poder Legislativo, local y provincial, en manos de la Junta de Representantes, los Cabildos de la forma antigua colonial estaban ya muertos; y solo quedaba por temer que en algunos arranques convulsivos por agarrar la vida y el poder que se les escapaba, buscasen la alianza de alguna faccion que necesitara darse aires de legitimidad con la renovacion de las pasadas asambleas populares. Como este temor no era del todo hipotético, el gobierno, y el partido ilustre que lo inspiraba, estaban completamente acordes en que era urgente que la JUNTA entrara en la tarea de crear un órden entero de leyes administrativas que hiciera posible, cuanto antes, la abolicion definitiva de los Cabildos.[1] Por esto, la intitucion continuó siendo tolerada por algun tiempo, pero tan vigilada como pudiera serlo un enemigo; mientras que era demolida cada dia como un viejo edificio, que amenaza ó que incomoda, por leyes fundamentales y adecuadas que la despojaban, con arte y oportunidad, de todas las viejas armas y de las viejas atribuciones; hasta que Rivadavia la hizo quitar del suelo cuando ya era un cadáver inútil. Y quizás no hizo bien, como lo veremos á su tiempo, por que con mayor critério político y administrativo, la institucion podia haber revivido y producir grandes servicios, con tal que se hubiera reconstruido bajo el plan municipal

1. Véanse los documentos insertos en el Bando del 25 de noviembre de 1820.

descentralizado, que la hacia tan fecunda en la América del Norte, en Inglaterra, en Bélgica, y en los demás pueblos libres, cuyo molde jamás comprendieron bien ni Rivadavia ni los hombres de su época. [1]

Los sucesos que pasaban por Buenos Aires en Julio y Agosto tenian profundamente angustiados, como ya lo indicamos, á los principales gobiernos del interior. Güemes, siempre patriota en el sentido de la Revolucion de Mayo y de la guerra contra España, aunque comprometido fatalmente con las exijencias tirantes del gobierno personal y militar que ejercia, tenia un interés vital en que la Provincia de Buenos Aires saliese de los conflictos en que la ponian los ataques de los montoneros santafecinos y entrerrianos, para que volviese á consagrar sus recursos pecuniarios y bélicos á la emancipacion de las Provincias del Alto-Perú, que tanto importaban para la riqueza, para la tranquilidad y para el desarrollo social de la Provincia de Salta. Queria pues cooperar enérgicamente á la expedicion de San Martin: entrar él, ó *bajo las órdenes de otro general* nombrado por el gobierno nacional que se crease, con cinco mil hombres: desalojar á los españoles de todo el sur del Perú; para darse la mano con el ejército argentino que debia tomar las costas, echar al enemigo de la Sierra, y terminar la guerra, con simples operaciones y con una sola batalla, en dos meses á lo mas.

1. Véase sobre este interesante tópico los dos preciosos artículos, firmados—*El Patriota reflexivo* y *consternado*—en la Gaceta del 25 de octubre 1820.

La operacion era tan sencilla y tan gloriosa que hoy debiéramos sentir vergüenza de no haber tenido altura de principios y generosidad política para realizarla, si es que estudiando mas á fondo las causas que lo impidieron, no nos damos la razon justa de los hechos y de los antecedentes.

Si no se intentó sériamente esta grande empresa, culpa fué, como lo vamos á ver á su tiempo, del partido unitário; pues si este partido se hubiera puesto á ello, nos sobraban todavia medios y fuerzas para haber hecho innecesaria la presencia de Bolivar de este lado del Ecuador; y habríamos recibido nuestro ejército, victorioso en Lima, por la Quebrada de Huma-Huaccak donde tantas glorias y sacrificios anteriores le habian preparado un camino para el regreso á la Patria.

Como Bustos era tambien un patriota de la primera década, simpatizaba, á pesar de su caracter moroso, con los propósitos de San Martin y de Güemes. Estos Estadistas ilustres mantenian con él una correspondencia asídua que lo lisonjeaba en estremo, y lo habian traido de ese modo á sus intereses, no solo para que estorbase las tentativas que hiciese Carrera para pasar por Cuyo á perturbar el órden establecido en Chile, sino tambien para que cooperase á reorganizar el *Ejército Auxiliar* con el fin de invadir el Alto-Perú por Jujuí y por Tarija, como Güemes deseaba ardientemente hacerlo poniéndose él mismo á la cabeza de la expedicion.

Güemes y Bustos estaban pues de acuerdo en este grande pensamiento, que, á la vez que era la consumacion gloriosa y natural de la Revolucion de Mayo, servia

desgraciadamente á los propósitos del despotismo local de estos Caudillos; puesto que con esos altos motivos, debia producirse en sus manos la centralizacion de todos los grandes intereses políticos de la República, y darles la posesion de la fuerza militar y del influjo necesario para llevarlos á cabo. La alianza de Bustos y de Güemes en servicio de la causa de la independencia y de la reorganizacion argentina, imponian pues por el momento dos necesidades indispensables que todo el mundo preveia; la ubicacion de todo el poder nacional en manos de Bustos, y la direccion del ejército espedicionario en manos de Güemes. La alianza de Chile y el patriotismo con que Mendoza persistia ligada siempre á la política entusiasta con que se habia ganado la batalla de CHACABUCO, hacia de Bustos el Protector de Cuyo contra Carrera, al mismo tiempo que fomentando las nobles aspiraciones de Salta, por reanudar á su mercado el movimiento y la vida del Alto-Perú, Córdoba, ó mas bien dicho su Caudillo afortunado, venia á ser el eje de todos esos intereses fundamentales del pais, sin comprenderlo bien quizás, ni ir mas allá que lo que su propia ambicion y egoismo le mostraban en este sentido. Resumiendo así en su gobierno todas las relaciones mas importantes de las provincias del norte y del sur, Bustos daba sancion moral é importancia á su poder personal, mantenia con esta misma importancia la moralidad y la sumision del ejército que meses antes habia usurpado á la Nacion: garantia á Mendoza, apoyaba á Salta, y afirmaba su notoria supremacia haciéndose árbitro imparcial y justo entre Buenos Aires y Santafé, para exigirles en nombre de los intereses legítimos de la pátria y de la civilizacion, que pusiesen

un término racional á la guerra inícua y estéril en que estaban enredados. Las dos provincias estaban yá en esa corriente. Pero con esto, Bustos se entrometia en los negocios y en los intereses personales de Ramirez: atravesaba las ambiciones que el caudillo entrerriano tenia, no solo á sostituir á Artigas en el predominio de las provincias litorales, sino tambien en la de Buenos Aires; para lo cual el Gobernador y la política de Santafé debian estar siempre y quedar á sus inmediatas órdenes. Ramirez tenia tambien, para cohonestar sus altaneras pretensiones, las necesidades de otra gran causa patriótica y popular, que era la guerra contra el Brasil para libertar á los Orientales, con lo cual el Caudillo pensaba redondear su império argentino en *otra forma* que la de Bustos y la de Güemes. A pretesto de la guerra contra el Brasil, Ramirez queria tambien ejercitos, tesoros, y supremacia nacional; mas, como esto era imposible sin que Buenos Aires hiciese el capital de la empresa, era indispensable anular á Bustos; y de ahí, el gérmen de hostilidad y de guerra entre todos estos caudillos locales, por hacer la cohesion nacional cada uno en su sentido. La victoria del 5 de Octubre contra el Cabildo y contra Pagola empezó á desatar el nudo terrible de todas estas complicaciones, volviéndole á Buenos Aires todas las fuerzas de su poderosa autonomia y poniéndola en el camino de recobrar su propio albedrio para acabar de desatar ó de cortar el nudo en el momento que le pareciese oportuno. Esto era lo que habia presentido electricamente, diremos así, la opinion pública, y lo que legitimaba la profunda

satisfaccion con que toda la provincia habia recibido ese acontecimiento [1].

Desde los primeros meses del año XX, habia cuidado Bustos de diseñar claramente su política amigable con San Martin y O'Higgins: política, que poniéndolo en abierta enemistad con Carrera, con Ramirez y con Lopez, lo preparaba naturalmente á entrar, mas ó menos tarde, en los intereses del gobierno provincial de Buenos Aires. Al saber las victorias de Dorrego en *San Nicolás* y en *Pavon*, Bustos tuvo una verdadera satisfacion; é inmediatamente, con fecha 28 de Agosto, le pasó al gobierno de Buenos Aires una nota felicitándolo y diciéndole:—«Desde que « por comunicaciones de oficio y particulares del Gober-

1 ¿A quien, se figuran nuestros lectores, que se debió el sangriento y terrible triunfo del General Rodriguez sobre el bravo *Segundo Tercio* de *Civicos* y sobre el temerario Coronel Pagola? Segun el Sr. Vicuña Mackenna se debió á los CHILENOS; por que para él estos Chilenos, son como los enjambres de las moscas en el campo que aparecen sin ser vistos donde quiera que hay sangre, batalla, matanza, catástrofe, y mil otras inmundicias. Oigamos y juzguese:—El gobernador Rodriguez con *unos pocos* veteranos que salvó de la Ciudad, corre en el acto á las Bruscas y pone en libertad á los *Chilenos* que Dorrego habia tomado prisioneros en San Nicolas. Vuelto sobre la Plaza, Rodriguez no trepida en el ataque: ORDENA Á LOS CHILENOS y á los *pocos* veteranos de que disponia, el asaltar las trincheras, sable en mano, lo que AQUELLOS ejecutaron con su acostumbrado denuedo.... Cerca de 400 cadáveres quedaron tendidos por las calles y los mas eran de aquellos *bravos prisioneros* de San Nicolas que así morian por una causa agena y desconocida, sin mas título que ser contados los PRIMEROS ENTRE LOS VALIENTES. Estos primeros entre los Valientes eran sin embargo prisioneros de otros que por lo visto eran *segundos* entre los valientes! que hubiera sido si no hubiesen sido prisioneros sino vencedores! Esto es sublime! Cuando la monomania no se hunde en las miserias de la demencia es de cierto la mejor de las comedias para hacer reir. La idea no es mia sino de Erasmo en su libro *Encomium Moriæ*.

« nador de Santafé, Lopez, y de D. José Miguel Carrera « datadas en 27 y 28 de Abril, y conducidas por un enviado, « se me exijió por ambos que pusiese á la disposicion « del segundo todos los oficiales y soldados chilenos que « hubiese en las fuerza de mi cargo, con el objeto de « *libertar*, como decian, el Estado de Chile, de sus actua- « les opresores, creí de mi deber, no solo despedir en el « acto, como lo hice y sin contestacion ninguna, al envia- « do, sino alarmarme contra estos injustos invasores del « órden, y enemigos de la causa de América; tanto para « impedirles su tránsito por el territorio de esta Pro- « vincia á la de Cuyo, cuanto *para cooperar en cuanto* « *estuviese de mi parte*, á la destruccion de sus fuerzas. « Así lo ofrecí al Sr. Gobernador de Mendoza, y tambien « á los Exmos. SS. San Martin y O'Higgins: y con este « importante designio, es que, con todo sacrificio, sigo man- « teniendo en pié una considerable fuerza. En este estado « recibo una circular de V. S. en que suponiendo que el « Caudillo Carrera pueda hacer tentativas muy esfor- « zadas para emprender su espedicion proyectada á Chile « me encarga tome las providencias que crea conducentes « á la seguridad de ese pais. Yo tengo el placer de « que mis primitivas medidas coincidan *en todo* á los « deseos y miras de ese Gobierno (el de B. A.) á quien « aseguro que en este punto y *en cuanto diga relacion á* « *la causa comun y hermandad de Provincias,* me tendrá « inalterablemente adicto.» Trascribimos este oficio por que revela la situacion importantísima que habia tomado Bustos.

Pero, además de todas estas causas puramente pólí-

ticas que acabamos de indicar, se unian otras, que aunque de otro caracter mas material, eran quizás mas graves por lo mismo, mas urgentes y nó menos trascedentales. Roto el vínculo nacional que tenia concretado el tesoro público en las cajas de Buenos Aires para sostener la administracion y las fuerzas de las provincias internas, estas se habian quedado sin rentas para mantener sus necesidades y para proveer á sus caudillos de médios con que hacer frente á sus erogaciones. Así es que esos gobiernos se echaron en el desórden espantoso de las espoliaciones, creando, cada uno, *aduanas propias* contra las *importaciones*, contra las *exportaciones* y contra el *tránsito* que los frutos de las unas necesitaban hacer por el territorio de las otras. Sabido es que las mercaderías del estrangero no podian surtir las plazas del interior sino recostándose al Rosario y atravesando todo el sur de Santa Fé, para ir á Córdoba, y pasar de Córdoba á las Provincias del Norte. Sublevada la Provincia de Santa Fé contra la Nacion, y dado el estado de guerra montonera y anárquica entre ella y la provincia de Buenos Aires, las árrias y las tropas de carretas en que se hacia la internacion de esas mercaderías, se suspendieron completamente por los salteos y consficaciones que sufrian; y si alguna remesa llegaba á pasar, por algun favor especial, iba pagando tales impuestos por su camino, que los valores llegaban con un recargo de un ciento cincuenta ó dos cientos por ciento, que cada gobierno le iba tomando para su propia renta: en Santiago del Estero, cada carreta pagaba catorce duros de tránsito; y esta misma suma era eventual, pues dependia de la buena voluntad del caudillo

para con el dueño de las mercaderias, de su estado de paz ó de enemistad con la provincia á donde iban destinadas, del favor ó disfavor que le merecia el conductor, de sus necesidades del momento, etc. etc. [1] Cuando la guerra se hizo general y vandálica en Marzo de 1820, este tránsito ó internacion de mercaderias estrangeras cesó enteramente; por que nadie osaba aventurar sus capitales en ese caos; de modo que no solo los gobiernos ó caudillos locales, sino los habitantes mismos se quedaron sin poderse surtir, y sin poder mover sus productos ácia la única salida que tenian, que era el mercado de Buenos Aires. La única parte del território argentino que quedó exenta, hasta cierto punto no mas, de este inmenso y ruinoso perjuicio, fué la provincia de Mendoza, que, por su proximidad á la Cordillera y por su própio capital, pudo hacerse el mercado de Chile. Pero esto mismo era en condiciones mezquinas; por que en primer lugar, la navegacion entre la Europa y el Pacífico estaba muy restringida todavia: en segundo lugar, Chile estaba sumamente pobre: en tercer lugar los productos de Mendoza eran entonces agrícolas y poco adecuados para Chile, con otras muchas causas que amenguaban la proporcion de los cambios.

Esta situacion social era ya insoportable, y habia comenzado á producir una grande indignacion contra el estorbo que Santa Fé ponia al comercio con Buenos Aires, sobre todo en Córdoba y en Salta. Así fué que todo

1. Asi estuvieron los cosas hasta el *Acuerdo de San Nicolás*, en el que se negoció la abolicion de este estado de barbárie.

este cúmulo de causas, políticas las unas, sociales las otras, produjeron al principio un cambio de notas simpáticas entre los gobiernos de Dorrego y de Rodriguez, con el de Bustos, para conseguir que Santa Fé respetara los intereses del comercio interior y se sometiera á arreglar sus cuestiones con Buenos Aires, si no queria que Bustos, autorizado por todos los otros pueblos que eran víctimas de esta situacion, promoviese una alianza ofensiva con los porteños para dar á la guerra civil las proporciones que habia habido de tomar á últimos del año 19 cuando Belgrano y San Martin se preparaban á decidir esta misma cuestion por las armas.

Santa Fé no se habria intimidado quizás de las intimaciones de Bustos, por que este era chico—hombre para hacer cosas de importancia. Sin embargo, Buenos Aires habia recobrado todo su espíritu público. La victoria del 5 de octubre, la cooperacion de las masas de la campaña, movidas y reatadas por Rosas, la de aparicion de todas las necesidades y peligros de la guerra de la independencia y de los ataques de ultramar, hacian fácil para el gobierno la reunion de un ejército de cinco mil hombres, animados de un sentimiento uniforme y resueltos, que, apoyados por el lado de Córdoba, habrian caido sobre Santa Fé con un peso irresistible. Pero no eran estas, sino otras muy diversas, las causas principales que obraban sobre Lopez para disponerlo á oir proposiciones de paz y de alianza con una intencion ingénua y con un deseo vehementísimo de negociarlas y de aceptarlas. Lopez anhelaba sobretodo emanciparse de las exigencias insolentes de Ramirez, y sabia que acomodándose con la

situacion actual de Buenos Aires y del resto de las provincias situadas á la derecha del Paraná, consagraba la estabilidad de su poder local dentro de una situacion pacífica con fuertes alianzas contra las agresiones del caudillo entrerriano, y sin ninguna presion contra la independencia absoluta de su gobierno y de su provincia.

Luego que Bustos se puso de acuerdo con Güemes y con la Provincia de Mendoza para gestionar los intereses comunes en el sentido que hemos señalado, le dirijió á Lopez con fecha 7 de octubre, una nota imperiosa en que le reprochaba que por su causa, por sus caprichos personales, por la proteccion antipatriótica que le daba á Carrera, por espíritu de encono, y sin ningun motivo justo, conocido ó racional, estuviese manteniendo una guerra intransigente contra Buenos Aires, con enorme perjuicio de todos los intereses públicos y particulares: que los males habian llegado yá al estremo de ser insoportables; y que por consiguiente era necesario que la situacion se definiera para evitar que se consumase la ruina general de las provincias. El gobierno de Córdoba (decia,) quiere saber donde está el estorbo para que Buenos Aires y Santa-fé vivan en paz; y se ha puesto de acuerdo con el gobernador de Salta, que tan interesado está en lo mismo, para que los doctores don José Saturnino Allende y don Lorenzo Villegas vayan al litoral, como Diputados, á entablar negociaciones y restablecer la buena intelijencia entre aquellas dos Provincias; no solo para que queden libres y espeditas las vias respectivas de comunicacion, sinó para poder reorganizar la Nacion.

Lopez recibió con grandes honores á los Diputados de

Córdoba y de Salta; y despues de haber conferenciado largamente con ellos, contestó á la nota de Bustos con fcha 20 de octubre. Procurando sincerar su conducta anterior, insistia en las calumnias corrientes contra el gobierno directorial; pero convenia tambien en que Bustos tenia razon, pues que era indispensable hacer la paz, y prepararse á contener la ambicion intratable de Ramirez:—« Al fin, « agregaba, la justicia de nuestros procedimientos se ha « descubierto; pues convencida una parte de la provincia « misma de Buenos Aires de la criminalidad de los desna- « turalizados que la han envuelto en la guerra civil y ven- « dido al estrangero, han empuñado las armas para casti- « garlos y contenerlos. » Esta alusion á la victoria del 5 de octubre y á la destitucion de Dorrego, era soberanamente absurda y desleal; pues, por satisfactorio que fuese para él verse libre de los temores que aquel gefe le inspiraba, no le era permitido á nadie dirijirle de atrás las acusaciones gratuitas que se habian hecho al gobierno de Pueyrredon, con el que Dorrego no habia tenido nada de comun, y por el qué muy al contrario, habia sido perseguido y cruelmente deportado. Pasado este desahogo, Lopez se echaba sobre Ramirez, con alusiones mas claras y mas amenazantes:— « No digo yo (agregaba) que todos los caudillos se propo- « nen iguales miras. Algunos ambiciosos procuran tam- « bien hacer su fortuna á la sombra de estos ruidosos acon- « tecimientos, en circunstancias en que el Portugues astuto « nos observa y fomenta nuestras discordias, con la mira de « hacerse del grande imperio del Sur á que aspira, y cuando « los españoles tenaces, que conservan todavia en nuestro « territorio posiciones ventajosas, dirijen quizás todas sus

« fuerzas contra la expedicion *prematura* del General San « Martin, que debió haber ido combinada con el movimiento « del Ejército de Observacion, que está hoy impotente « para obrar, por el abandono absoluto en que le ha dejado « Buenos Aires, cuyos innumerables gefes emplean el « Tesoro Nacional en saciar su codicia y en fomentar guer- « ras crueles é injustas. » Hasta aquí, como se vé, la nota del caudillo Santafecino era un eco enconado de las malas pasiones y de los absurdos con que Artigas habia inspirado la Cancilleria de los Montoneros, levantando las acriminaciones mas vulgares contra los esfuerzos y los sacrificios que Buenos Aires habia hecho para mantener el vínculo unitário mientras defendia la Revolucion de Mayo contra la España. Y es curioso ver á Lopez acriminando á Buenos Aires *de que tuviera* en abandono el Ejército Auxiliar del Perú, siendo así que ese era precisamente el mismo ejército que Bustos se habia apropiado en el motin de Arequito, y metídolo en Córdoba para su propio uso. « Pero nada de « esto puede remediarse (continuaba diciendo la nota) sin « que nos entendamos los gobiernos de las Provincias y « estrechemos nuestras relaciones de un modo franco y « amistoso, proponiéndonos desde luego contener á los « perturbadores, despreciar á los egoistas, correjir á los « delincuentes y exterminar á los invasores de nuestro « suelo. Con mucha estension he manifestado mis opi- « niones á los señores Diputados de V. S. quienes le ins- « truirán del pormenor de mis disposiciones, para alcanzar « una paz razonable y conveniente. »

Lopez les protestó á los Diputados de Córdoba y de Salta que estaba tan resuelto á hacer la paz, y tambien

á aliarse para contener la ambicion y los atentados de Ramirez, en el caso mas que probable de que procurara pasar el Paraná para castigar á Lopez y continuar la guerra contra Buenos Aires. Pero al hacer estas protestas amigables, Lopez exijia compensaciones algo pesadas para el erario de Buenos Aires, y un tanto vejatorias para el orgullo provincial. Decia que Ramirez era dueño absoluto ahora de Entrerrios y de Corrientes, de donde podia mover con la mayor facilidad cinco mil hombres, por lo menos: que de consiguiente, la Provincia de Santa Fé era la parte que iba á tener que hacer frente al primer peligro, á causa precisamente de la paz y de la alianza que queria hacer con Buenos Aires. Entretanto, el gobierno de esa provincia estaba en tal pobreza que no tenia como pagar á sus soldados y empleados; sin contar con que los hacendados estaban arruinados y los campos yermos por la guerra civil de siete años de que habia sido teatro. Justo era pues que Buenos Aires proveyese de recursos á Santa Fé, en compensacion de los servicios que iba á recibir: y Lopez pedia una subvencion provincial de doce mil pesos fuertes por año, y una cantidad de treinta mil cabezas de ganado, á título de indemnizacion de perjuicios de guerra, para repartir entre los hacendados y gefes de la provincia que habian quedado arruinados, y que eran los que iban á tener que luchar de nuevo contra el caudillo entrerriano.

Los Diputados de Córdoba y de Salta consideraron que las exigencias de Lopez eran muy justas, y espresaron su convencimiento de que el General Rodriguez acordaria esas concesiones con tal que Lopez le hiciera

entrega á Bustos, ó al gobierno de Buenos Aires, de la persona de Carrera; por que era de todo punto necesário sacar del pais á este revoltoso incorregible, y calmar la alarma en que vivian los amigos de Cuyo y de Chile. Para Bustos esta era una condicion esencial, por que siendo sumamente amigo de su quietud personal, aspiraba á quitarse toda la responsabilidad de este servicio á que se habia comprometido con San Martin y con O'Higgins. Asi es que habia obtenido que el General Rodriguez no le acordase á Lopez ninguna de las concesiones que solicitaba, sin que la entrega de Carrera fuese una condicion estricta del arreglo. Pero al oir lo que los Diputados le exigian, Lopez se nego redondamente, diciendo que Carrera era un desgraciado que no valia nada por sí, ni por la fuerza que le seguia: que lo mismo era que se uniese ó nó á Ramirez, pues este nada ganaba con eso, así como nada perdia con su ausencia. Agregó que estaba seguro de que el general Rodriguez no le exigiria un acto tan poco digno como gage de una alianza que debia tener fines tan elevados: que, por lo demás, si la paz se hacia, él, como gobernador de Santa Fé, era bastante para responder de Carrera, y que se obligaria á tenerlo quieto y seguro á su lado.

Por mucho que los Diputados insistieron, nada pudieron obtener; y á punto yá de retirarse á Córdoba, Lopez les rogó que pasasen á San Nicolás á discutir con el general Rodriguez las bases que él les proponia, y su resistencia á entregar la persona de Carrera. Los Diputados dieron conocimiento á Bustos de lo que pasaba, y autorizados por él, participaron al General Rodriguez que

era urgente que viniese á la frontera, por que la negociacion ofrecia graves dificultades en cuanto á Carrera, punto esencial para las provincias de Cuyo y de Córdoba y para el Gobierno de Chile de cuya tranquilidad se habia comprometido Bustos á responder.

La conducta de Lopez, honorable á todas luces, levantó sin embargo sospechas de doblez y de mala fé, por que las pasiones políticas inducen generalmente á pensar con poca justicia de aquello que las contraria en sus fines inmediatos. Se propaló que Lopez procuraba engañar y ganar tiempo, mientras Ramirez arreglaba sus fuerzas en Entrerrios, y las concentraba para pasarlas á este lado del Paraná. Estas voces se hicieron corrientes con suma facilidad, por que en el fondo de la opinion pública de Buenos Aires persistia siempre un fuerte sentimiento de adversion contra los Montoneros y sus Caudillos, cuyas hordas, con su aspecto repugnante y fiereza, habian ofendido tanto la altivez de los porteños. El partido dominante comprendia la necesidad de la pacificacion, pero al mismo tiempo tenia en sus entrañas el grano de la amargura, el recuerdo de lo pasado, y una prevencion pronta á estallar al primer motivo, para volver á la lucha con esperanzas de mejor suceso, por que, en efecto, las cosas habian cambiado favorablemente para Buenos Aires.

En esta duda sobre si Lopez tendria ó no intenciones sinceras de hacer la paz, el gobernador Rodriguez resolvió salir á campaña y tomar el mando de las numerosas tropas que habia movido ácia la frontera de la provincia de Santa Fé; y con este motivo dió la proclama del 21

de octubre que resume bien el caracter general de la situacion:—« He cumplido, ciudadanos, con el deber de « restituiros el sociego interior. Réstame llenar el otro « deber no menos importante de vuestra defensa y segu- « ridad exterior. Marcho pues á campaña con el doble « designio de no rehusar la guerra ni la paz, hasta conse- « guir que nuestras armas sean depuestas con honor, « así como fueron tomadas con dolor..... Marcho *con* la « persuacion de que terminaron yá los dias de humilla- « cion del ínclito Buenos Aires, *nuestra dulce Patria*, y « que recobrará bien pronto con ventajas su gloria y « esplendor..... Empleemos los dias de *serenidad en* « el arreglo de todos los ramos de administracion, que « se han resentido del general trastorno. Trabajemos « por dar curso á las fuentes de pública prosperidad, que « *una série de errores y delirios* habia casi cegado; y el « suceso coronará nuestros esfuerzos.»

El general Rodriguez acampó el ejército en Ramallo y se dirigió á San Nicolás á conferenciar con los diputados de Córdoba, llevando en su compañia al Comandante don Juan Manuel Rosas que era su inseparable favorito. No fué poca su sorpresa al encontrarse allí con las cartas mas cariñosas de Lopez, protestándole que tenia tal confianza en las honradísimas intenciones del gobierno de Buenos Aires, y tal seguridad de la paz, que habia desarmado y licenciado todas las fuerzas de su provincia, y se habia ido solo á Santa Fé á esperar con toda seguridad el buen éxito de la negociacion. De modo que mientras el gobierno de Buenos Aires se habia aproximado á la frontera de Santa Fé con un inmenso

aparato y bagaje de guerra, el sagacísimo caudillo habia desarmado toda su gente y ordenado que cada hombre se retirase á su casa.

Habiendo conferenciado en seguida con los Diputados, Rodriguez, que no daba ninguna importancia á Carrera en lo que tocaba á la Provincia de Buenos Aires, creia sin embargo que para Bustos era una grave incomodidad tener que estar en contínua vigilancia para que este bandolero no se introdujese en Cuyo con la gabilla que encabezaba, y pudiese pasar á Chile donde se le suponia mucho séquito. El Encargado de Negocios de Chile señor Zañartu, empeñaba fuertemente tambien el grande favor de que disfrutaba en Buenos Aires, y los respetos tan merecidos de O'Higgins, para que se le estorbase á Carrera toda maniobra ó movimiento ácia el interior. Influido por estos influjos poderosos, el general Rodriguez tenia pues que hacer punto capital en la negociacion sobre la necesidad de asegurar la persona de Carrera, por interés de otros mas bien que por que él, ó la Provincia de Buenos Aires, tuvieran en ello ventaja alguna que obtener.

Con este motivo le escribió á Lopez con fecha 2 de Noviembre retribuyéndole sus amistosas protestas y espresándole de un modo categórico la poca esperanza que tenia de que se pudiera hacer la paz; pues que por parte de Lopez se declaraba que era inadmisible una de las condiciones esencialísimas de la negociacion, mientras que por parte del gobierno de Buenos Aires habia que declarar tambien que no se podia acceder á la indemnizacion en ganados, por que el Gobierno no los tenia ni podia comprarlos.

Rodriguez decia en sus cartas, que lo sentia tanto mas, cuanto que eran cuestiones de pura forma que quizás hubieran podido zanjarse conversando, no en el fondo, sino combinando garantias para la manera de ejecucion. Lopez comprendió que apesar de lo que le decia el Gobernador Rodriguez: la imposibilidad de darle ganados no queria decir otra cosa sino que era una negativa contra su negativa; y que si él entregaba á Carrera se le entregarian los ganados y se haria la paz y la alianza de las dos provincias. Decidido como estaba á eso, vino el 10 de Noviembre al Rosario, y desde allí le escribió al general Rodriguez (que ya lo aguardaba desde el 9 en la Estancia de Banegas) esta carta:— «Paisano y amigo de mi aprecio—Anoche he llegado á este « punto acompañado con los Diputados nombrados para « tratar con los de esa Provincia. Mis *muchas ocupaciones* « retardaron mi marcha; [1] pero ya no hay obstáculo para « nuestra entrevista que será el dia que V. elija en las « casas de Izaurralde, á donde iré con solo doce hombres, « mi secretario y dos ayudantes, sin otra formalidad ni « precaucion que aquella que V. tenga á bien admitirme. « Cesen pues los males, la sangre y nuestro descrédito. « Para que nuestra reconciliacion sea estable, ciñámonos « á lo justo y á lo honorable: sin que se trasluzca una sola « idea que pueda causarnos recelos, y que nos aleje de « aquella buena fé que debe presidir todos nuestros pa- « sos. Así pues, querido paisano, salgamos de este estado

1 La falsedad era evidente. La verdad era que queria ganar tiempo para que Carrera huyese y le salvase del compromiso de entregarlo.

« de anarquia que nos atrae precisamente el desprecio de « cuantos nos observan de cerca, y que nos priva del reco- « nocimiento de nuestra independencia. Mientras tengo « la satisfaccion de abrazar á V. disponga de este su sincero « y apasionado amigo.»

Los dos Gobernadores se reunieron el 11 de Noviembre en la estancia de Izaurralde: estaba con ellos D. Juan Manuel Rosas; y señalo su presencia por la parte decisiva que tuvo en el resultado. Rodriguez oponia grandes obstáculos á la entrega de las treinta mil cabezas de ganado, limitándose á acordar la subvencion de ocho mil fuertes mensuales. Lopez insistia en negarse á la entrega de Carrera y en hacer la exigencia de los ganados. Promediando entonces Rosas, le dijo á Lopez que si tenia confianza en su palabra, se comprometia á entregarle en el término de tres meses veintiseis mil cabezas de ganado, por indemnizacion de perjuicios: pues estaba seguro de que en obsequio de la paz, todos sus amigos del sur se suscribirian con cuotas relativas, para que él pudiera llenar esa suma; pero que lo harian tan solo en el caso de que el Gobernador de Santafé entregara á Carrera para espulsarlo del pais aunque fuese señalándole una pension.

Viendo Lopez que la entrega de Carrera era una exigencia que el general Rodriguez le hacia, por compromiso con Bustos y Zañartu, mas que por necesidad própia, dijo, que puesto que se hacia de esto un punto capital, se le diese el término de cuatro ó seis dias para conversar con Carrera y convencerlo de que debia aceptar ahora lo que San Martin le habia propuesto vanamente, y que se resignara á irse á Europa con una mensualidad que se le abonaria mientras permaneciese alejado de su pais. Quizas esta pro-

puesta de Lopez carecia completamente de sinceridad; y lo que queria era que Carrera se preparase á desaparecer repentinamente de Santafé con la gavilla que le acompañaba, librándole del compromiso de prenderlo, en que necesariamente se habria visto por la necesidad de hacer la paz. El general Rodriguez no previó este juego ó miró como imposible la evasion de Carrera; así es que consintió en acordar los dias que se pedia para reducir al proscrito chileno á que se sometiera á su mala suerte, y Lopez se separó de la conferencia con este fin, dejando á los Diputados por Santafé, Segui y Larrechea, para que continuasen arreglando las demas bases del tratado: tanto las que debian quedar reservadas, que eran las verdaderas cláusulas del negocio, cuanto las que debian formar el tratado público, que eran de suyo triviales y sencillísimas.

Entretanto, el general Rodriguez comenzaba á alarmarse de las demoras y del silencio de Lopez, con tanta mayor razon cuanto que tuvo denuncias de que Carrera negociaba su evasion por las Pampas, con los Indios; y le escribió á Lopez exigiéndole que se celebrara inmediatamente el tratado público, ya que el reservado estaba pendiente de la diligencia que habia querido hacer cerca de Carrera. Pero si el tratado público se celebraba y se publicaba, la paz quedaba hecha, y Lopez no habia obtenido por ella lo que pedia para Santa-fé. Para obviar pues la dificultad, Lopez ordenó á sus Comisionados que celebrasen *inmediatamente* con los Diputados de Buenos Aires, un armisticio por el término de veinte dias; y cuando el General Rodriguez, que se habia retirado á su campamento de Ramallo, esperaba la resolucion definitiva de la negociacion, recibió el testo del armisticio: que se re-

ducia á esta tregua de veinte dias «quedando entendido que al fin de ella habia de quedar *sancionado y ratificado* cuanto se acuerde y convenga en los tratados que *acto contínuo han de celebrarse.*» Semejante acuerdo era una verdadera burla: el testo y el convenio eran tan disparatados que no ofrecian sentido interpretable siquiera; y no se comprende como los Diputados de Buenos Aires pudieron acceder á semejante estipulacion.

El General Rodriguez se indignó al recibir noticia de lo que se habia hecho; y con la misma fecha les pasó á los Diputados de Santa-fé una intimacion enérgica y categórica que trajo la solucion de todas las dificultades:—«Lejos, « decia, de que yo pueda admitir semejante cosa, la tomo « como un aviso para prepararme á una marcha militar, por « la que mi Provincia conseguirá por la fuerza de las armas « lo que no se quiere que obtenga por un ajuste amistoso. « Solo oir ese término de veinte dias escandaliza, y parece « pretendido para *entorpecer*, para *tomarse* tiempo, y al fin « para obtener algunas ventajas sobre nuestras fuerzas, que « no es posible esperar por otros médios. Asi es que tan « lejos de aceptar tal dilacion, tengo la resolucion mas firme « é invariable de rehusarla; y *solo* doy el plazo de dos dias « *contados* desde mañana, bajo la inteligencia de que pasados, « se entenderán rotas *por mi* las hostilidades. Si se quiere « la paz de buena fé, una hora, un solo instante bastan para « sancionarla. Toda otra cosa significa intenciones siniestras, que *ya es tiempo* que aprendamos á precaver. Estos « son mis sentimientos y los del bravo ejército que comando; « y si ellos no son los de aquellos que presidea á los destinos « de Santa-fé, bien pronto sabrán á qué precio tan costoso

« deben adquirirla.» El gobernador Rodriguez cobraba, como se vé, el rédito de la política y de las victorias de Dorrego; y á fé que era cierto! pues habian pasado muy pronto los dias en que Buenos Aires habia estado desprovista del sentimiento de sí misma; y una vez que lo habia recobrado era indispensable contar con ella. Ese restablecimiento se le debió á Dorrego.

El gobernador de Santa-fé comprendió todo lo arriesgado del momento; y á apenas tuvo noticia el dia veintidos de la intimacion del General Rodriguez, salió del Rosario y se vino inmediatamente á la Estancia de Banejas á verse con el general Rodriguez, mandándole aviso reservado á Carrera que apurara su fuga por que no le quedaria mas remedio que mandarlo prender, en dos ó tres dias mas, para entregarlo. Reunidos el dia veintitrés los dos gobernadores y D. Juan Manuel Rosas arreglaron todos los detalles del convenio reservado. Lopez hacia alianza contra Ramirez comprometiéndose Buenos Aires á tener en la frontera una gruesa division de dos mil hombres que se pondria á las órdenes del gobernador de Santa-fé, y una escuadrilla en el Paraná para el caso de que esta provincia fuese invadida por los entrerrianos. Bustos, á su vez, se comprometia á tener en campaña todas las fuerzas de que disponia con el mismo objeto. Buenos Aires, debia subvencionar al gobierno de Santa fé *indefinidamente* con la suma de ocho mil pesos fuertes mensuales, y D. Juan Manuel Rosas, de su cuenta y por su propia oficiosidad, se comprometió á entregarle á Lopez, para que regalase á sus servidores y hacendados, la suma de veintidos mil cabezas de ganado.[1]

1. Rosas cumplió al poco tiempo. Para colectar esos ganados pro-

Nada mas quedaba pues por hacer, sino el tratado público; tratado que de suyo era sencillísimo, pues se reducia á convenir en que las dos provincias quedaban reconciliadas y obligadas á nombrar Diputados para que á los dos meses se reuniese en Córdoba un Congreso Nacional encargado de reorganizar el gobierno general y de *determinar el punto definitivo de su residencia*. Las únicas estipulaciones que ofrecian entonces algun interés eran dos: la primera—es la declaracion de que el comercio de armas, municiones y todo otro artículo de guerra, seria libre *entre las partes contratantes*; y la segunda, es la del artículo 5° referente á la entrega de Carrera aunque sin nombrarlo:—«Quedan obligados los dos gobiernos « (dice) á *remover*, cada uno en su territorio, todos los obstácu- « los que pudieran hacer infructuosa la paz celebrada, *cum- « pliendo fielmente las medidas de precaucion* con que deben « *estrecharse* los vínculos de su reconciliacion y eterna amis- « tad.» Lopez se obligaba pues á sacrificar á Carrera, como una necesidad cuya satisfaccion era exigida por la paz, por el órden público y por el imperio de las leyes fundamentales de nuestra nacionalidad; pero procuró hacerle llegar á Carrera los anuncios necesarios para que se evadiese antes de ser aprehendido; advirtiéndole que el cuerpo de Dragones de Santa-fé debia llegar el 27 al Rosario para caer sobre su campamento y tomarlo preso.

cedió sumariamente y á lo *Pampa*. Le avisó á cada *estanciero* de los de su obediencia la cantidad con que *tenia que contribuir*, el tiempo en que debia hacer la entrega, y el lugar á donde debia conducir su porcion. Con esto, á los tres meses, recibia Lopez en la frontera de Santa-fé los ganados ofrecidos. La cantidad de veintidos mil respondia al cómputo que habia hecho de la porcion de cada contribuyente.

Carrera habia previsto desde mucho antes que Lopez acabaria por dar esta solucion á la guerra civil con Buenos Aires. La conducta que habia observado en la última invasion, su antipatía y dureza de procederes para con Alvear, su anhelo por emanciparse de Ramirez, y por buscar apoyo para esto en Buenos Aires y en Bustos, eran anuncios que no podian dejar de cumplirse dia mas ó dia menos. Carrera habia informado de todo esto á Ramirez rogándole que acudiese á Santa-fé cuanto antes para sorprender, inutilizar y castigar esta traicion, antes de que se consumase con la alianza que se estaba preparando entre Buenos Aires, Santa fé y Córdoba. Pero Ramirez estaba detenido todavia por la necesidad de pacificar y dominar bien á Corrientes; y otro grande proyecto lo preocupaba: queria conquistar el Paraguay para redondear su propia Republiqueta y echar en ella las bases de un poderoso Ejército con que enseñorearse de todo el litoral. Carrera conocia pues que no debia contar, por lo pronto, con la oportuna proteccion del caudillo entreriano; y buscando recursos propios, trató de aprovechar las conexiones que habian quedado establecidas entre los Montoneros del Lujan y los Indios Pampas, en el mes de Julio, durante la pasagera influencia del general Alvear; yá fuera para esperar entre ellos la venida de Ramirez, yá para emprender por el desierto del Sur su marcha á Chile y juntarse con los Pincheiras y con Benavides: dos capitanejos, que aunque con el nombre de *realistas*, no eran otra cosa que gentuza alzada, sin ley ni rey, que se habrian juntado con Carrera ó con el Diablo, y servídole á pedir de boca en sus propósitos comunes de revuelta y de vandalaje.

Desde el 20 de Noviembre habian venido al campamento

de Carrera dos caciques y cuatro chuzas con el objeto de hacer con él ciertos arreglos prévios de recíproco interés, y de servirle de *vaqueanos* si se veia obligado á asilarse en las Pampas.

En efecto, el dia 25 supo Carrera que Lopez habia celebrado el tratado de Paz; y el 26 á la media noche desapareció, protegido por la tolerancia del gobernador, sin que nadie supiese á punto fijo en qué direccion se habia corrido; y suponiendo los mas que habiria tomado el camino del desierto para salir al Sur de Mendoza y entrar á Chile por el Planchon.